EL ÚLTIMO EDÉN

José Gómez Muñoz

ALGUNAS DE LAS PÁGINAS MÁS BELLAS DEL PARQUE NATURAL DE CAZORLA, SEGURA Y LAS VILLAS

Embalse del Tranco

Índice

NOTA: este libro fue escrito mucho antes del que recoge con más detalle los paisajes y cortijos de la Vega de Hornos. Hablo de “En la aguas del Pantano del Tranco”. Trabajando en la elaboración de este libro, llegué al anterior que al principio fue sólo un capítulo de éste. Luego creció y se hizo todo un bonito libro. Es lo que me ha pasado con otros recogidos en este volumen.

DESDE EL PANTANO DEL TRANCO 27-8-95

El Señor cuenta el número de las estrellas y a cada una le pone su nombre.

LA LADERA Y EL BURRO -1

Aquel día 28, a media mañana, subiste por la ya gran carretera que se empina ladera arriba buscando al pueblo. Toda una gozada por lo ancha que es, lo bien asfaltada que la dejaron y la gran visión que poco a poco va a pareciendo ante tus ojos. Como era agosto todavía el sol calentaba mucho y como ya era también casi medio día aún calentaba más. Sobre la roca se veía el pueblo y de la roca para acá, junto a la carretera, se veían las nuevas casas.

Y aquella mañana, después de tantas mañanas, semanas y meses, traías una ilusión en tu alma. Poca cosa que seguro no interesa a nadie pero que para ti, por ser tuyo y tener su

principio en los paisajes de estas sierras, te llenaba de ilusión y hasta un poco de emoción. Por fin te ibas a parar hoy aquí y con los ojos de quien ya medita y goza las cosas en su corazón, ibas a llenarte un poco de este pueblo y cuanto en él late y, en armonía con las personas, existe. Tanto has oído hablar de este pueblo y tanto te llama la atención cada vez que desde la carretera del valle lo divisas que ya casi no te perdonas sentirte un extraño por aquí. Pero en el fondo tus intenciones eran las arriba mencionadas y algunas más que se pierden por las profundidades de tu corazón y ahí laten en el silencio sin saber si algún día podrán salir a la luz.

Así que con esta casi pequeña ilusión de niño te vienes acercando al silencioso pueblo de la roca, cuando al dar una curva, al lado derecho y frente, se te abre hermoso un gran arbusto de majuelo. Son tantas las vayas que de sus ramas cuelgan y todas ellas tan rojas y brillantes que casi movido por un impulso interior, te paras. Te bajas y después de observar la belleza de este pequeño arbusto decides cortar un ramillete, más por el capricho de llevarte de aquí unas ramas de majuelo tan cargadas de frutos rojos que por otra cosa. Y vas a continuar subiendo por la carretera cuando al mirar lo ves avanzar. Viene siguiendo a su burro color ceniza y sube desde el valle por donde corre el arroyo del Aceite. Al verlo te paras y parece que ya no tienes prisa. Esperas que se acerque y como te mira según viene subiendo hasta empiezas a pensar en lo que él ya puede estar pensando de ti. “Seguro que es uno de los muchos visitantes despistados que como no conoce estas tierras ni los caminos se ha parado para preguntarme por el nombre del pueblo”. Pero no, en cuanto se acerca, lo primero que le preguntas es:

- ¿Son comestibles estas vayas?
- Eso no es comestible. De estas vayas hay muchas por la carretera que va de Cortijos Nuevos a La Puerta. Si usted pasa por allí, vaya mirando a la derecha y ya verá como si las matas estuvieran puestas en fila, en la misma carretera y repletas de bolitas rojas.
- Pero yo creo que estas son majoletas y las majoletas sí se comen.

- Que no hombre. Lo único que por aquí se comen son unas ciruelas silvestres que se crían muchas y se llaman endrinas.
- ¿Hay endrinas por aquí?
- Allí mismo, junto a la carretera y a lo largo de la ladera todo está lleno de endrinas. Eso si se come y hasta lo cogen la gente para hacer bebidas.

Con toda sencillez él te ha dicho que andabas un poco equivocado y a pesar de ello no te quedas muy conforme. Miras el ramillete de vayas rojas que tienes en tus manos y lo miras a él. Ya es muy viejo. Tiene su cara arrugada y bastante ennegrecida por el sol de estas montañas y hasta la dentadura la tiene gastada. ¿De dónde vendrá con su burro y a estas horas? ¿Sabrá él algo de aquel antiguo libro que rompió el gran director para escribir sobre él los planes nuevos que traía para estas sierras? Te dices para ti y con las ganas casi reventando de preguntarle a él. No te atreves y es más bien por respeto. Tienes tu pequeño temor en tu interior y ello te frena, como si en el fondo te diera miedo saber la verdad de aquello y otras cosas que de aquello surgieron pero mira por donde, él te sale al paso y te descubre tu temer oculto.
- ¿Cuál es el mejor camino para entrar al pueblo?
Le preguntas sabiendo que siguiendo la carretera no te vas a perder pero tu pregunta va por otro camino.
- La gente que tiene coche como usted, sube por la carretera pero los que todavía no tenemos nada más que un burro viejo como yo, como ves, la carretera no me sirve para nada. Más bien para estorbarme porque mi senda, la senda que he usado toda la vida, me la han roto. Sigo subiendo y bajando por ella pero ya no es como antes. Resulta que la senda, como puede ver, le entra al pueblo aquí, por este lado de las rocas y del castillo y sólo este último tramo sigue siendo ella con toda su personalidad y belleza de siempre pero desde aquí para abajo, mientras surca la ladera, la carretera la ha roto. Muchos trozos de esta carretera nueva y hacha casi como una autopista, van justo por donde antes iba la senda y otros muchos se cruzan con la carretera como en un juego a ver quien de los dos, carretera y senda, traza la curva más bonita y llega antes al pueblo.

Hace un rato lo has visto subir y era verdad: no venía por la carretera sino campos a través y siguiendo la senda. Bueno, venía su burro siguiendo la senda muy delante de él totalmente decidido y detrás, a cierta distancia y peleando con el burro, subía él. Ahora mismo, el burro ha cruzado la carretera y sin pararse, sigue su senda mientras él charla contigo. Lo miras y sí, se ve que la senda prescinde de las grandes curvas que traza la carretera y va derecha al collado donde también confluye la carretera y parece que descansa o arranca el pueblo.
- ¿Es usted periodista?
Te pregunta de pronto.
- Quizá lo parezca pero la verdad es que no.
- Es que por la pinta que tiene y la ignorancia que demuestra, lo parece.
- ¿No te caen bien los periodistas?
- Lo que pasa es que últimamente se han vuelto muy raros?
- ¿Por qué se han vuelto raros?
- Casi cada día aparecen por aquí buscando fotos para el periódico, para escribir un libro, para hacer un informe.
- ¿Y eso no te gusta?
- No es que no me guste, es que nos tratan un poco como si cada uno de nosotros, el pueblo y nuestras cosas, fuéramos piezas de museo. Se asombran de nuestros burros, del silencio de nuestro pueblo, de la forma en que vivimos, de las macetas, del botijo, de la señora que barre la puerta de su casa, de la leña amontonada en los corrales para el frío del invierno y de que aún hablemos como siempre se hablo en estas sierras.
- Pero eso no es malo y por otro lado su asombro es normal porque muchos de nosotros vivimos en la ciudad llena sólo de coches, asfalto, tiendas, ruidos, prisas y muchas otras cosas raras y al ver como vivís vosotros y como es vuestro pueblo nos extraña.
- Ya lo entiendo pero digo yo que un poquito de respeto no estaría de más.
- ¿Por qué lo dices?
- Es que no somos piezas de museo ni seres de otros planetas. Y lo digo porque así es como una vez y otra nos tratan casi

todos. Ni ellos son tan visitantes como muchas veces quieren aparecer ni nosotros somos tan del otro mundo como ellos nos pintan. Pero a todo esto ¿usted qué busca por aquí?
- Pues mira, para serte sincero en el fondo ni siquiera llego a la categoría de esos visitantes de los que te quejas. Para ti seré visitante y aunque quisiera ser serrano tampoco llego a esa altura; no soy ni ingeniero de montes ni político que viene a echar discursos ni mucho menos periodista ni escritor y ya me gustaría a mí encontrarme entre algunos de estos últimos.
- ¿Pero entonces usted quién es y qué busca por aquí?
- Otra de las cosas que tampoco te puedo responder. Ni siquiera sé qué busco por aquí. En el fondo me gustaría escribir cosas de este pueblo vuestro que tan bonito me han dicho que es, me gustaría hablar con muchos de vosotros, me gustaría andar los caminos que en otros tiempos surcaban estos montes y aprender los nombres de los barrancos y los arroyos. Me gustaría recorrer las calles de este pueblo de la roca, como yo lo llamo y desde aquí ir recogiendo las cosas que pueda y como pueda pero si te soy sincero ahora mismo estoy hecho un gran lío. Periodista no soy, escritor tampoco, amante de esta sierra un poco sí pero al mismo tiempo me siento el más ignorante y despistados de cuantas personas nunca han pisado estos lugares. ¿Qué crees tú que soy y qué es lo que hago por aquí?
- Pues la verdad es que no lo sé pero usted siga y llegue hasta el pueblo. Hable con la gente y diga y haga lo que pueda porque yo poca ayuda puedo darle.

Ya no sabes qué decirle, porque, además, él también tiene que irse. Su burro sigue subiendo y en estos momentos ya va casi llegando a las primeras casas del pueblo. ¿Qué llevará él en su burro? Sube con los serones puestos y los trae llenos de cosas. ¿Serán productos de la huerta? Es lo que a ti te ha parecido, que tiene él una huerta por la zona esta del arroyo. Seguro que ha bajado a ella esta mañana temprano y después de regar y quitarle las malas hierbas, cavarla y otras cosas, cuando ya ha empezado a calentar el sol ha cargado su burro con los productos que de la huerta ya se pueden coger y se viene al pueblo. Y ha resultado que te lo has encontrado por

aquí, subiendo esta cuesta y claro, te ha parecido interesante pararte con él a charlar para ver si te cuenta cosas y así te orientas un poco.

LO QUE SE DIJO Y LO QUE SE DICE - 2

Te ha dejado asombrado. Se ha despedido de ti deseándote buena suerte y sigue por su senda de siempre detrás de su burro y te ha dejado asombrado. Resulta que es verdad: parece que venías por aquí un poco con la intención de descubrir el oro y el moro y no tienes ni que descubrir nada porque todo fue ya descubierto y nadie ni nada necesita por aquí ni de ti ni de otros. Y menos aún necesitan de ti si vienes en actitud de salvador, de mirar las cosas desde fuera y asombrarte porque ellos todavía se las arreglan con burros y lavaderos públicos. Más respeto, más cariño, más amor necesitan ellos porque son lo que son y hasta en el fondo pueden que vayan por delante de ti en el camino de la bondad, de la sencillez y de la verdad rotunda que conduce a la vida final. Así que deja tu soberbia actitud de presentarte por aquí creyéndote algo y empieza pidiendo perdón. Estas en sus tierras, en su mundo, en sus tierras sagradas y tú vienes de fuera y hasta eres forastero aunque no te lo creas.

Meditando estas cosas y pensando que vas a hacer el ridículo andando por las calles de este pueblo, aparentando ser un escritor o algo así, te metes en el coche y mientras acabas de remontar el trozo de carretera que te dejará en el collado de la entrada al pueblo, traes a tu recuerdo lo que leíste el otro día en ese libro antiguo. Hablando de este pueblo, en el año 1850, se decía que: “HORNOS, v. con ayunt. en la prov de Jaén, part. jud. y vicaria ecl. de Segura de la Sierra. Está sit. sobre un peñasco, ventilado por todos los vientos con CLIMA regularmente sano. La pobl. se compone de unas 160 casas circuidas por una antiquísima muralla bastante deteriorada, que facilita entrada al interior por dos puertas; con un cast. cuyo estado igual al de la muralla le presenta también de época lejana: las casa malas en general estan distribuidas en varias

calles irregulares y una plaza; hay casa del ayunt., cárcel y una escuela de primeras letras; igl. parr. Ntra. Sra. de la Asunción servida por un cura párroco y otro ecl. dependiente de este, cuya vacante se prevee por el tribunal especial de las órdenes militares, precio concurso; tiene por anejo la igl. de Bujaraiza. También existe un sitio nombrado la Gloria que es un derrumbadero profundo, donde algunos han encontrado una muerte desastrosa.

Confina el TERM. por el N. con Segura; E. y S. Pontones, y O. Beas; tiene dentro de su circunferencia y en el sitio denominado la Loma de Alcántara, dos salinas y una vega espaciosas: corren por él os r. Guadalquivir y HORNOS: nace el segundo próximo á esta v. y desagua cerca del sitio llamado el Tranco, en el mencionado Guadalquivir; ademas le cruzan varios arroyos, entre los cuales son notables los conocidos con los nombres Ontonares y de los Molinos, y hay algunas fuentes llamadas Motiñana y huebrás, ect. El TERRENO quebrado y de mediana calidad, tiene sin embargo la parte huerta muy buena. Los Caminos de herradura y en mediano estado dirigen a los pueblos limitrofes, recibiendo los vecinos la correspondencia una vez á la semana de Villanueva del Arzobispo. PROD.: trigo, cebada, centeno, maiz, patatas, pinos donceles, blancos y negros, carrascos, robles, lentiscos, cornicabras, madroños y romeros en el monte y cria de ganado menor con lo que hacen un pequeño comercio; la IND.: ademas de la agrícola que es la principal, consiste en las dos fáb. de sal, y algunos telares de lienzo, propios para mujeres, 3 molinos harineros y una almazara. POB. inclusa la de su anejo: 136. Esta v. pertenecia antes de la última division territorial a la prov. de Murcia".

EL COLLADO EN FORMA DE CRUZ - 3

Tiene una senda estrecha que sube desde el arroyo grande y al llegar a lo alto de la pequeña loma el collado le presta su tierra llana para que descanse. A la izquierda queda el gran rincón meciéndose hermoso desde el pedestal de sus rocas blancas y a la derecha la ladera de las encinas. Por arriba, por

el lado del levante, le entra la otra senda que al principio viene un poco metida por la ladera de los pinos y luego descansa porque llega al collado. El segundo collado porque este es el del arroyo de la fuente. Tú ya sabes bien que todo collado es siempre el nacimiento de un cauce de agua que por lo general es un arroyo aunque en ocasiones pueda ser un río. El nacimiento del Guadalquivir nace en un collado. Cañada de las Fuentes, más arriba Cañada de Travino y al final el collado de la Nava Alta del Espino que es donde propiamente empieza nacer el río. Y todo collado, además, tiene un poco más abajo de donde nace el arroyo, su fuente, su manantial y luego ya el cauce grande por donde el arroyo y el manantial de la fuente, corre.

Pues el collado en forma de cruz tiene a demás otros tres collados. El de la pequeña senda que le entra por el lado de sureste y también vienen buscando la hondonada del segundo y el primer collado. Aquí, por donde brota la fuente, se juntan las tres sendas y el barranco ya se hace hondo y hasta un poco oscuro algo más abajo. Por donde corre la fuente se alargan las sombras y en los días de verano el fresco sestea. En los días de invierno la niebla sube por el barranco para luego escaparse por los tres collados al mismo tiempo y formar así, visto desde la cumbre, la hermosa cruz blanca de los tres collados. Cada brazo es un chorro de niebla y cada comienzo de brazo es un cerro de pinos, de encinas y de enebros. El centro de la cruz es el corazón de los tres collados y la fuente del barranco como la boca de un pequeño mar por donde el agua mana sin parar y las sombras se alargan.

Pero cuando llega la primavera, un poco antes que la hierba crezca y las flores broten, al caer las lluvias en las primeras horas de la mañana o en las últimas horas de la tarde, el collado en forma de cruz o el barranco de los tres collados, se vuelve mágico. Si tú vas por algunas de las tres sendas comprobarás que nada hay más bello en este mundo que gozar de estas gotas de lluvia rebotando en la tierra de las sendas y buscando después las laderas, la llanura y los bordes de la fuente. Como si fuera una danza que desciende de las

nubes y juguetea por las tierras silenciosas por el simple placer de jugar aunque ningún ser humano ande por allí. Así que el collado con sus tres sendas, su arroyo central, su cañada, la fuente y luego el gran barranco es lo más bello que imaginarte nunca puedas. Como una pequeña fantasía escondida aquí, donde no llega mucha gente y por eso es todavía más bonita.

EL COLLADO DE LA ROCA - 4

Que también se llama "Eras y el Cruce" y se encuentra donde la carretera traza su última curva hacia la izquierda que es donde ha ido quedando el pueblo y ya empieza recta y casi llana buscando lo que ahora es la entrada principal al pueblo. Justo aquí en esta última curva, a la izquierda salen las tres pistas. Y es porque por este lado queda el magnífico arroyo de las "Aceitunas" en otros tiempos y de los Molinos y de la Garganta en estos tiempos. Dos de las tres pistas es a este arroyo a donde vienen; la otra, la de arriba, se queda en mitad de la ladera en ese bello rincón que todos conocen por aquí por "La Alcoba Vieja". La pista de en medio si baja hasta las mismas aguas del arroyo, al rincón conocido por aquí como la Piscina de HORNOS y la de abajo, entra también en el arroyo buscando el lugar conocido como el Molino de la Central. Por aquí tienes pensado volver luego un día de estos pero será más adelante, cuando alguien te haya dado más información de todo este arroyo y estos caminos y cuando ya te encuentres más o menos orientado y sepas qué es lo que de verdad vienes buscando por aquí y por dónde empezará por fin.

Tu objetivo ahora va directamente al pueblo y por eso avanzas por la recta llana del último tramo de carretera que parece como si supiera con certeza a donde viene pero que al llegar al collado, como si no se atreviera a entrar, tuerce hacia la ladera del lado izquierdo y escapándose por entre las primeras casas, sigue monte arriba. Y es que esta carretera además de venir al pueblo viene también a todos los otros pueblos repartidos por estas grandiosas sierras de Segura, en su parte más lejana, solitaria y bella. También un día de estos,

en su momento, tienes pensado perderte por aquí y lo reservas con gran interés porque presientes que hasta que no llegue ese momento no va a empezar lo realmente grande. Todo lo anterior será como una aproximación necesaria y por supuesto importante pero lo mejor queda esperando.

De todos modos y lleno también de gran interés ya te encuentras sobre las tierras, ahora asfaltadas, de este collado. Y como no se te puede escapar porque lo estás viendo y hasta pisando, este collado es quizá la primera maravilla que te sale al encuentro. Es este un collado pequeño que ni siquiera parece importante y hasta puede que los habitantes de este pueblo eso es lo que piensen. Que no es esto tan importante como para llamarlo collado pero el caso es que a ti si te dice bastante. Es muy bonito este pequeño portillo donde lo primero que descansa son las tierras del cerro que te quedan a la izquierda, el pico HORNOS. Lo segundo que descansa y por aquí se cuela para seguir subiendo es la carretera, senda en otros tiempos y después camino y lo tercero que por aquí descansan son las casas, por ahora, más importantes de este pueblo. La Panadería Chispa al lado izquierdo y justo aquí mismo pero al lado derecho, una bonita casa que destaca entre las otras. Algo más arriba, por el lado de la panadería, cerrado, solitario y rodeado de jardines y también bastante grande, la casa cuartel de la guardia civil.
- Ya no viven aquí.
Te responde el primer hombre mayor que al llegar al pueblo te encuentras.
- ¿Qué ha pasado?
- ¿Tú no lo sabes?
- He oído algo pero eran cosas del todo el país.
- Pues esas cosas han llegado hasta este pueblo nuestro. La Guardia Civil se fue de aquí el otro año y nos dijeron que no tendríamos problemas, que incluso íbamos a tener más seguridad que antes y ahí se encuentra el edificio vacío.
- Un gran edificio, con un buen sitio y con un espacio grande que eso debe ser importante en vuestro pueblo.
- El espacio en nuestro pueblo es importante. Un día terminamos con todo el espacio que teníamos dentro de la roca

y ahora todo el mundo que desea construir tiene que salirse por estas laderas. Como si desde la roca rebosara el pueblo al igual que cuando se llena de leche un vaso.

La roca con su castillo te queda a la derecha pero sobre el collado, la única salida natural del recinto de la roca aquí a tu izquierda, te queda otro edificio importante aunque es pequeño y de construcción moderna: el Ayuntamiento, sólo por un tiempo.

EL MIRADOR DE
LAS ESPERA - 5

Y a donde primero tienes pensado ir es al Ayuntamiento. Llevas ya bastante tiempo queriendo saber todo lo que sea posible de la aldea de Bujaraiza y es porque esta aldea te tiene a ti fascinado. Buscas escritos, deseas rebuscar en el archivo a ver qué encuentras de esta aldea que desapareció bajo las aguas del pantano del Tranco, aunque hoy no esté precisamente bajo estas aguas por lo seco que ahora mismo se encuentra este pantano. Tú tienes creído que esta aldea fue importante en aquellos tiempos. Y como hoy no es un día de fiesta ni fin de semana quieres llegar al Ayuntamiento de este pueblo y meterte en el archivo, si es posible, con la intención de mirar documentos. Entre otros motivos este es casi el principal que por aquí te trae hoy.

Y por fin ya estás aquí y el Ayuntamiento lo tienes ahí mismo. Dejas la carretera y a la derecha buscas un sitio para el coche y si es posible a la sombra para protegerlo del fuerte sol que ahora mismo, a la una y media de la tarde, cae sobre este pueblo. Es esta la Puerta Nueva de entrada al pueblo y ya con esto se puede intuir que existe otra puerta. A la antigua entrada a la villa y a esta nueva tienes pensado volver algo más tarde. Ahora te concentras en dejar el coche e ir al archivo porque escasamente tienes media hora; a las dos se van los que trabajan en este Ayuntamiento.

Cerca del mirador, también llamado de la Puerta Nueva, dejas el coche, a la sombra de unos árboles que es donde ten ha indicado el señor mayor que has visto hace un rato y que ha tenido el detalle de acompañarte.
- Mirador de la Puerta Nueva lo llamamos a esto pero para mí, desde hace tiempo, lo considero y lo llamo el Mirador de la Espera.
- ¿Y esos por qué?
- Desde aquí se ve todo el gran valle que cubrió el pantano y ese gran valle fue la dehesa más rica de estos contornos. Desde que lo perdimos, desde que dejó de ser nuestro para que lo cegara el pantano, a todos nosotros nos falta algo y por eso desde entonces seguimos esperando. Muchos venimos todos los días a asomarnos a este bello balcón y recorremos con nuestra vista toda esa gran llanura como esperando.
- Pero esperando ¿qué?
- ¿Tú no lo sabes?
- He intuido algo y por eso ando hoy por aquí y fundamentalmente porque quiero enterarme de eso que intuyo y tú me preguntas.
- Pues mira, aunque no sepa decirlo y te lo explique así a lo rápido lo que sucedió es que hace muchos años, antes de que las tierras de la llanura fueran cubiertas por las aguas, ellos se fueron.

Asomaron por allí, por el fondo, allá a lo lejos por donde las cordilleras son cortadas o fueron cortadas por las aguas de los ríos, por allí venían antes los caminos y siguiendo esos caminos asomaron ellos. Venían con sus almas todas llenas de ilusión porque el deseo de volver a la tierra y estar de nuevo entre sus árboles y sus arroyos, les llenaba de vida. Y el mayor les decía a los otros:
- En cuanto lleguemos a esos picos ya nos tiramos para abajo y por allí, por la llanura, al otro lado del río, se alza el cortijo.
- ¿Hasta dónde llegan las tierras del cortijo?
- Cogen media ladera por aquel lado del río, media llanura junto al río y otra media ladera por este lado del río.
- ¿Tan grande es esta dehesa?

- Esta dehesa es medio mundo y más grande es aún todavía ahora cuando ya están los trigos granados, las praderas repletas de hierba y por entre ellas los rebaños pastando. ¡Ya veréis vosotros qué asombro! En cuanto lleguemos a esos pinos vais a ver qué asombro de parajes, casi todo llanura surcada por los arroyos, sembrada de pequeños pero hermosos cortijos con sus huertas y la gente por ahí trabajando cada cual en lo suyo. Pero lo más bello, lo que le da una vida especial, por su alegría y su candor, son los niños. Se juntan ellos en grupos como los corderos pequeños y se ponen a jugar sus juegos por entre los trigales, la corriente de los arroyos y las dehesas llenas de hierba. Los ves llenando toda esa llanura y te corre una felicidad por el alma que te mueres de gusto. ¡Ya veréis vosotros qué cosa tan bella sólo la visión de este valle!
- Con sólo oírlo y respirar este aire ya me arde la emoción en el alma. ¿Cuánto queda?
- Desde esos pinos ya lo veremos. A partir de ahí el camino empieza a bajar y cruzar la llanura con su río, es cuestión de nada.

Esto es lo que ellos venían hablando y celebrando entre sí mientras por el camino subían buscando ese rincón hermoso en el centro de este valle. Pero dicen que a ellos se les cayó el mundo encima cuando llegaron a los pinos y en lugar de ver el valle que esperaban, se encontraron con el gran “charco”. Todo el río para arriba, desde lo hondo, ya no era río ni eran llanuras ni laderas sembradas de trigo, con los huertos y los rebaños a un lado y otro del río. Todo eso ya no existía porque en su lugar lo que aparecía ahora era un gran charco que hasta cortaban los caminos que siempre habían servido para bajar a las llanuras y después de cruzar el río, repartirse por estas laderas. Junto a los pinos dicen que se quedaron ellos parados, llenos de tristeza mirando para el valle y preguntándose por lo que allí había pasado.
- Ni siquiera se ve el cortijo.
- Yo sí lo adivino; se encuentran, por entre aquellos pinos y el camino para desde aquí ir al cortijo, se tira por entre estas rocas para abajo.

- Vamos a seguir.
- Si ves que el agua lo tapa todo ¿cómo vamos a seguir?
- Para llegar hasta el cortijo habría que dar la vuelta a toda esta agua. Tendremos que seguir subiendo como si fuéramos al pueblo de la roca y luego, cuando se acaba el agua, volver otra vez para atrás buscando el cortijo.
- Pero dices que el camino se tiraba por aquí, directamente a lo hondo del valle buscando el cortijo.
- Exactamente así era.
- Pues vamos a seguirlo.
- Pero es que nos lo corta el agua.
- Por lo menos hasta donde lo tapa el agua, vamos a seguirlo. Quiero conocer este camino y saber, ver con mis ojos y tocar con mis manos, las curvas, las piedras y la tierra de este camino. El que le da la vuelta al charco ni lo conozco ni me dice nada, en cambio éste sí. Este es como un trozo de mi propia vida.
- Pues vamos a seguir.

Dicen que ellos siguieron, con el corazón ahora ya un poco roto y cuando llegaron a la orilla del agua dejaron de ver el camino.
- Iba por aquí mismo y todavía hasta llegar a la orilla del río le queda más de medio kilómetro.
- Pero fíjate que las aguas lo empiezan a cubrir justo donde el camino empieza a ser más bello.
Con la ilusión de pisarlo y algo desorientados por la contrariedad de encontrarse lo que ahora se estaban encontrando, siguieron ellos bajando por el camino. No lo advirtieron y cuando se dieron cuenta se encontraban atrapados en ese fondo barro que rodea las aguas de este charco.
- ¡Socorro que me hundo!
Gritó el primero y como los demás acudían en su ayuda también se quedaron atrapados en el barro. Lucharon por salir y como además de en la franja de barro ya estaban en las mismas aguas, en ellas fueron quedando sepultados.
- ¡Por favor, venid a salvarnos!

Seguían gritando pensando en los que vivirían en los cortijillos de las laderas de enfrente y que ahora también estaban hundidos bajos las aguas. Pero dicen que desde el cortijo se oyeron salir las voces de los que siempre habían vivido allí.

- Vamos a por vosotros. Seguid luchando que enseguida estamos juntos.
- Es que nos hundimos para siempre en las aguas de este charco y lo único que queremos es llegar al cortijo para veros y estar junto a vosotros.
- En un momento nos encontraremos todos y ya para siempre estaremos juntos como en aquellos tiempos.

Seguían diciendo los que vivían en el cortijo. Y dicen que allí se quedaron hundidos para siempre junto a las tierras de lo que en otros tiempos habían sido la senda que cruzando el valle venía al cortijo.

Desde aquellos días y sabe Dios hasta cuando, este mirador no es otra cosas sino eso: el mirador de la espera. Te pones aquí y miras al gran valle, lleno de agua algunas veces, seco otras pero siempre solitario, con los cortijos hundidos y rotos, con los caminos también rotos y llenos de tarayes, con las tierras convertidos en yelmo, con el sol de la tarde cayendo sobre él y con los arroyos, ríos y huertas secas y los que no, hundidos en las aguas y cuando desde este mirador ves todo eso, con toda fuerza surgen en tu interior la tristeza; el triste gozo de la espera.

- Pero ¿a quién se espera o quién tiene que llegar?
- No sabes a quién ni a quienes pero alguien en cualquier momento tiene que llegar asomando por los caminos que siempre vinieron al valle y a los cortijos del valle. Algo así como cuando esperas en la estación a que llegue el tren o en el autobús con la persona querida.

TIERRAS SAGRADAS -6

Tienes prisa porque te van a cerrar el Ayuntamiento que es donde piensas buscar a ver si encuentras algo escrito que por ejemplo te hable de los caminos y cortijos que cubrieron las

aguas de este pantano. Tienes prisa pero ahora que ya estás aquí sobre este mirador de la Puerta Nueva y que en el fondo es el lugar, el mirador de la espera, se te hace como más urgente otro asunto: los caminos perdidos de este valle, los cortijos con sus rebaños, el pantano, la aldea y de nuevo la otra aldea de Bujaraiza.

Desde aquí se ve y no se ve y aunque también quieres irte por este pueblo para conocer, ver y tocar sus casas, sus calles y hablar con la gente, ahora estás aquí en el mirador y parece como si una voz oculta te estuviera llamando hacia estas tierras que desde el mirador se dominan. El hombre mayor que te ha saludado y gentilmente se te ha ofrecido para indicarte las cosas que ignoras y quieres conocer, te dice:
- El valle, los caminos, su visión y más aún su recuerdo, tienen como una fascinación que te cogen por dentro y tiran de ti hacia ellos.
- Y sobre todo los caminos ¿verdad?
- Los caminos que son como la luz que te llevan al reino de la verdad, de lo eterno.
- ¿Se ven desde aquí por dónde iba alguno de ellos?
- Se ven por donde iban casi todos y hasta el más importante de todos. ¿Adónde quieres ir?
- En este momento quisiera ir a todos los sitios, a todos los rincones de este valle, sus laderas y sus montañas y además de ir quisiera quedarme por ahí para siempre. Con ellos, con sus sueños y sus luchas por la vida. Quisiera recorrer todos estos caminos par ir a todos los sitios y ya no volver nunca más de ese mundo tan grande y bello que en silencio grita. Pero en fin, como los sueños y los deseos, a veces no es posible convertirlos en realidades aunque te arrastren con la fuerza de la muerte, por ahora vamos a quedarnos con el camino que iba y venía a donde el Guadalquivir corta el gran monte.

- Yo te voy a decir a ti una cosa.
- ¿Qué me quieres decir?
- Que a veces, más de una vez he soñado con estos caminos.
- ¿Y qué ves en tu sueño?
- Casi nunca veo nada a pesar de ver mucho.

- Explícalo para que lo entienda.
- Es que todo se me presenta como una tierra muy grande llena de laderas, montañas, llanuras, valles y arroyos. Siento y hasta veo que van por ahí los caminos surcándola y como no descubro con claridad por dónde van ni a qué punto se dirigen, siempre me quedo con la gran sensación de que tanto las tierras como los caminos son sagrados. Como un universo secreto lleno de silencios donde ellos duermen y todo, absolutamente todo, es sagrado. Y luego, alguna ve que he preguntado, casi siempre me dicen que sí, que todas estas tierras que ahora mismo estamos viendo nosotros, todos estos bosques tan llenos de sol y silencios, todo es sagrado. Todo pertenece al recinto de lo sagrado aunque los hombres que ahora andamos por aquí, las carreteras llenas de asfalto, los coches y los visitantes no caigamos en la cuenta de ello y mucho menos se comporten como si así fuera. Es problema de ellos y de nosotros pero siempre descubro que su comportamiento y su actitud no quita ni un ápice al carácter de sagrado que emana de todas estas sierras. ¿Tú qué dices a ello?
- Los sueños pueden que sean representaciones de las cosas más profunda que llevamos en el alma. Puede que incluso en ellos aflore esa realidad inmortal que cada uno de nosotros somos y hasta puede que en ocasiones sean como un encuentro, una comunicación de nuestro ser con el Creador y dueño del Universo. Para mí que cada sueño siempre tiene algo de sagrado.
- ¿Quiere decir, entonces, que la realidad que en mi sueño palpo y veo, hasta existe?
- Puede ser que sí. Pero en fin, déjalo ahí y si en el fondo, lo que en tu espíritu queda después de este sueño, es paz, saboréalo y déjate morir en él. Eso es bueno. Por ahí anda Dios rozando con su espíritu algunas fibras de tu alma. Pero ahora ¿qué me ibas a decir el camino?
- Te iba a decir que ese camino, el que desde tiempos inmemoriales llevó y traía del Tranco y aun todavía sigue llevando aunque no se use, lo puedes coger ahí mismo, donde la carretera cruza el río HORNOS.

- Un momento, ahora que hablas del río HORNOS, me acuerdo que tengo un pequeño lío con éste y otro río que también desde Cortijos Nuevos corre dirección a la Puerta.
- ¿Cuál es tu lío?
- Pues que no acabo de saber el nombre exacto de aquel y éste río.
- Mira, aquel que como dices arranca de allí, de Cortijos Nuevos aunque más bien es del lado de El Ojuelo y del otro lado, se llama río HORNOS y éste, que como también dices arranca del mismo Cortijos Nuevos pero que le pasa como al otro, se fragua en las vertientes de este pueblo y en la vertiente de la aldea del Tóvar, se llama río de HORNOS. Los dos con el mismo nombre pero diferentes cada uno. Y otra cosa que tienes que tener muy en cuenta es que, este río de HORNOS se llama así a partir precisamente de ese puente, por donde cruza la carretera. Del puente hacia este pueblo de HORNOS primero es el arroyo del Aceite, luego el arroyo de los Molinos, luego el arroyo del Recodo y por fin, hasta la misma cumbre, el arroyo de la Garganta. Por el lado de la aldea del Tóvar y el mayor se llama arroyo de Guabras, muy parecido a la aldea que existe justo donde nace este arroyo que se llama Guadabraz. Desde el puente para arriba y hasta Cortijos Nuevos corre un arroyo que lleva el nombre de arroyo de Cortijos Nuevos y por este lado, paralelo al arroyo del Aceite pero más pegado a aquel pueblo que a este, desde las laderas del Cerro de la Chaparra, baja el arroyo de Mata Asnos. Así que ya puedes orientarte para a partir de ahora no confundir más un río con otro.
- Con toda seguridad que a partir de ahora voy a saber diferenciarlos. Sigamos con el camino.

POR DONDE VAN LOS CAMINOS - 7

- Pues te sitúas al otro lado del puente del río de HORNOS como si fueras dirección a la aldea del Tranco. Ahí mismo, nada más cruzar el puente, a la izquierda, sale una pista de tierra. No tiene pérdida porque se ve la tierra roja y la pista que es buena pero si eres visitante y quieres ir en coche no podrás

hacerlo nada más que un trozo pequeño. Lo mejor es que te dejes el coche en el puente mismo y te eches a andar para así sacarle a ese camino toda la sustancia que hay que sacarle. Antes de que hicieran la carretera ese camino era nuestro camino y que cuando luego hicieron el pantano lo arreglaron un poco y lo trazaron por algunos sitios nuevos.
- ¿Lo cubre las aguas cuando el pantano se llena?
- Justo por el borde mismo de las aguas va él serpenteando y al principio atraviesa unas alamedas y luego unos pinares a cuya sombra puedes encontrarte un rebaño de ovejas sesteando. Te ladrarán los perros pero no temas, son mansos y más si no te asustas y los acaricias. Algo más adelante, a la derecha y ya por una ladera llena de olivos, te encontrarás una vieja casa abandonada. Y ya que estamos ahí, fíjate, aquí tengo un pequeño escrito que unos amigos míos me dieron el otro día donde hablan de esta ladera a y el trozo de camino que estamos recorriendo. Lo pongo en tus manos porque ello lo explica mejor que yo.

El te alargar un trozo de papel que guarda en su bolsillo y lo coges todo lleno de interés. Te pones a leer y descubres que el escrito dice lo siguiente: “A la derecha, antes de cruzar el puente del río de HORNOS, se desvía la pista que ya imaginaba yo. Es la que recorre toda la zona del arroyo de Montillana y los Parrales, antigua carretera de la Confederación Hidrográfica. Es una pista de tierra y por aquí, he entrado con el coche hasta bien avanzado pero aunque al principio sí estás bien, no sé más adelante como se encontrará. Me gustaría llegar hasta donde se encuentran los antiguos baños. A un kilómetro o así me he encontrado con una manada de ovejas sesteando bajo los pinos y he buscado al pastor pero no aparece por ningún lado.

Tampoco estoy muy seguro de que pueda seguir con el coche y recorrer toda esta pista porque ya he llegado hasta un sitio donde el firme de esta pista se encuentra muy estropeado. He querido dar la vuelta pero no he podido, este coche mío es tan grande y sobre todo tan largo que no se puede hacer maniobras con él en cualquier sitio. He avanzado con bastante

miedo y he dejado el coche en un rellanillo donde sí he podido maniobrar para volverme para atrás. Voy a seguir andando un trozo más a ver si quedan por aquí cerca esas ruinas que busco. Y sí, aquí a la derecha veo ahora ya un cortijillo al cual me voy a llegar cuando luego regrese porque en este momento sigo pista adelante con la intención de descubrir lo que en el fondo deseo.

Y lo primero que voy descubriendo es que cada cien metros se ve un poste de estos con las iniciales de la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir. Por aquí hay mucho jaguarzos, aulagas y realmente la tierra seca. Son estas plantas ahora mismo una buena muestra de la dura sequía porque tanto el jaguarzo como la aulaga sí aguantan bien la falta de agua. Pero cuando el agua falta hasta el extremo en que ocurre este verano, hasta estas plantas sucumben. Me he asomado aquí a este barranco, una lomilla que tiene este puntal como si bajara buscando las ruinas del antiguo balneario pero no veo nada. Me vuelvo para atrás. Crecen por aquí muchos olivos entre el monte y aunque olivos hay también por todo el cerro este y se ven cultivados, estos que salpican el monte los han dejados perdidos. Se ve que son árboles muy antiguos de un sólo pie, viejos y no cultivados. En cambio ya, de la pista para arriba, sí y lo que te extraña es que estos árboles no tengan ni una sola aceituna. Te extraña y no debería extrañarte, porque la sequía les está afectando profundamente pero por estas sierras los olivos siempre resistieron bien tanto la sequía como los fríos y los calores. Los expertos dicen que este año va a ser un año bastante malo para la cosecha de aceituna y creo que tiene mucha razón según estoy viendo ahora mismo. En este olivar no sólo no estoy viendo ni una sola aceituna sino que algunas, que en su día llegaron a cuajar, se han secado. Están por completo secas. Las cojo en mis manos y las veo secas, como si fueran ciruelas pasas. El algunos he visto unas cuantas verdes pero poquitas.

Ya estoy aquí en las ruinas de este cortijo que como decía queda entre el olivar cultivado al lado de arriba de la pista. Y lo primero que me asombra son las cuatro o cinco encinas que le

rodean. Aunque es olivar toda esta ladera, junto a este cortijo no cortaron las encinas cuando en aquellos tiempos cortaron todo lo que cortaron, quizá en un principio para no sembrar nada y luego para sembrar olivos y pinos. Y lo que ya siempre he dicho: si todavía crecen por aquí cuatro o cinco encinas que son como catedrales es muestra esto de que en aquellos tiempos hubo muchas; muchas y muy grandes en todas estas tierras. ¡Qué hermosos sería ver ahora en esta ladera, en la siguiente y en la otra, no olivos o pinos carrascos como estoy viendo sino un gran encinar! Si fuera así al menos tres cosas buenas y hermosas ocurrirían: no sería barbecho esta ladera como ahora mismo es, no se estarían secando las encinas como ahora mismo se secan los olivos y para la vista ¡qué hermoso sería la gran visión de este encinar viejo cubriendo todas estas laderas y no estos pobres olivos y estos pobres pinares! Además, la tierra también estaría llena de vegetación y no como ahora que sólo veo tierra roja y desolación.

Es un cortijo grande. Tiene la fachada mirando hacia lo que en otros tiempos fue el río de HORNOS y ahora, cuando el pantano se llena, la cola de este pantano. Tiene una puerta, cuatro ventanas arriba y dos a los lados. Entro por la puerta que en estos momentos ya no es entrada porque de este cortijo sólo quedan las paredes de piedra sin techo y dentro veo que también todo se ha hundido. Una pequeña estancia con las vigas caídas, una segunda estancia también con su puerta y merco todo caído. Es un poco extraño aquí este cortijo porque por esta ladera no se ve que brotara ningún manantial y un venero de agua era siempre fundamente para la presencia de una vivienda serrana. Por la parte de atrás de este monte que llega a alcanzar los 911 m. sí se encuentra la aldea de El Tóvar, el Majal, Guadabraz y más adelante Cañada Morales. Y por aquí, cerca de las ruinas de este cortijo, además de unos olivos, también veo ahora algunos almendros que tampoco tienen almendras y aquí mismo, por la parte de atrás, otras ruinas que se parecen a lo que sería el horno y junto a la pared de estas ruinas y de la casa, la temporada pasada hicieron fuego los aceituneros. Estas laderas son muy escarpadas y a pesar de eso la sembraron de olivos y las aran con tractor.

Pero este año, con esto de la gran sequía, no habrá aceitunas ni para cubrir los gastos.

Aquí, a la bajada del cortijo, tengo el coche y como ya me he convencido de que no puedo seguir, voy a dar la vuelta. Ya veré si en otra ocasión logro recorrer todo este rincón de un extremo a otro”.

Así que este pequeño escrito te ilustra un poco esos cuatro o cinco kilómetros primeros del camino viejo que en otros tiempos te llevaba y te traía desde el pueblo para el Tranco y al revés. ¿Para dónde quieres que sigamos ahora?

- Ya que estamos metidos en camino y por ese camino que me fascina sin saber por qué, vamos a seguir. ¿Qué ruinas eran las que según el texto buscaba el que iba por allí?

- Se refiera a las ruinas de unos baños árabes que en otros tiempos hubo por estas llanuras de La Laguna.

- ¿Y caen por allí cerca o no?

- Por allí cerca, siguiendo todo esta pista forestal caen las ruinas de lo que en otros tiempos fue casi una aldea.

- ¿Te refieres a ese cortijo que se encuentra junto a las paredes de una gran cascada seca?

- A ese cortijo me refiero ¿De qué lo conoces?

- Es caso es que lo conozco nada más que de vista pero ni sé cómo se llama ni qué fue aquello en otros tiempos ni ninguna otra cosa.

- Luego te digo yo su nombre y lo que aquello fue en otros tiempos, porque antes te toca a ti explicarme lo que conoces de aquello.

CRUZANDO LA LLANURA DE LA LAGUNA - 8

- De aquel rincón, bastante grande, un tanto misterioso al menos para mí y fascinantemente hermoso, yo conozco lo siguiente: hace unos días, paseando me fui por la pista esta que desde el puente del río de HORNOS baja siguiendo el borde de las aguas del pantano hasta Fuente de la Higuera y a estas tres o cuatro aldeas que hay antes de llegar a lo que vosotros llamáis la Laguna. Desde hace mucho tiempo tengo

gran interés en conocer bien cada una de estas aldeas y los muchos rincones bellos que por aquí existen. El caso es que después de pasarme por ahí casi toda la mañana, cuando ya me venía, al llegar a ese punto donde se divide la pista para la Platera y Fuente de la Higuera, me paré. Dejé allí mismo el coche y por el puntal aquel abajo que tantas encinas y robles tiene, bajé hasta el arroyo de la Platera que por supuesto no tiene agua ninguna. Lo crucé por entre aquellos grandes y espesos tarayes y a la derecha, remonté otro punto donde en todo lo alto todavía se mantiene en pie las paredes de un cortijo que en otros tiempos hubo allí. Las ruinas dan testimonio de ello, en lo más alto del cerrete que por supuesto, cuando el pantano se llena, las aguas las cumbres y también el cerro y hasta mucho más arriba, que esto se ve perfectamente ahora aunque el pantano se encuentre casi seco.

Y aunque allí sólo se vean ahora trozos de paredes de piedras rojas y sucias por las aguas cuando en otros tiempos cubrían aquello, por lo que allí se ve da la impresión de que aquel cortijo fue una gran casa en sus tiempos. Las tejas morunas y las piedras recogidas de todos aquellos barrancos se esparcen por el cerro e incluso ya caen por las laderas hacia la llanura. ¿Sabes cómo se llamó aquel cortijo?
- A ese cortijo con las tierras que le rodean nosotros siempre le hemos llamado el Cortijo del Tío Joaquín o “Loma Alcanta”. Loma es el terreno y Alcanta es el cortijo que también le da nombre al terreno.

Al oír el nombre de “Alcanta”, caes en la cuenta que en las Relaciones topográficas de Felipe II, se menciona esta loma cuando habla de las salinas del pueblo de HORNOS.
- Pues desde lo alto de aquel hermoso cerrete, al mirar para el frente, totalmente bonito y destacado quedaba ante mí el hermoso pico de Monte Agudo en cuya ladera norte se encuentra las aldeas de la Canalica y la de Fuente de la Higuera. Al mirar para el levante me encontré clavado sobre el monte la otra gran belleza: el pueblo de HORNOS y más a lo lejos el cerro de HORNOS, el pico de Yelmo Chico y al final el majestuoso rey: el gran Yelmo. Por lo alto de este último monte

aquel día se alzaba una gran nube negra de donde no dejaban de salir, de vez en cuando, los relámpagos seguidos de escandalosos truenos. Desde ese cerrete también ya estaba viendo con toda claridad las ruinas del viejo cortijo al otro lado del río, por donde va el camino, junto a la cascada seca. ¿Qué era aquello que desde lejos se veía tan grande y hasta incluso bello? Era lo que en todo momento me estaba preguntando.

Así que bajé del cerrillo, con la intención de atravesar la llanura, cruzar el río y subir hasta las ruinas. La llanura, según la iba cruzando, me resultaba bonita de verdad y como la tormenta no dejaba de avanzar desde el Yelmo hacia el valle cada ve que sobre mí retumbaba un trueno no me llenaba de miedo, porque a mí las tormentas nunca me dieron miedo, sino que me decía: “por el ruido y los relámpagos que esta tormenta trae en cualquier momento va a empezar a caer el diluvio universal”. Así que me metía prisa a mí mismo y con mi corazón y mis ojos puestos en las ruinas de la ladera de enfrente y de vez en cuanto en la oscuridad de la tormenta iba ya cruzando las tierras de la llanura cuando de pronto me encuentro con algo que me llama la atención: por entre el pasto seco de la gran llanura se ven muchos hormigueros y las mil pequeñas sendas que las hormigas han trazado a través del campo en busca de las semillas.

Pero no son las hormigas lo que me llama la atención sino el que ni por las sendas ni por los hormigueros se viera ni una sola de estas hormigas. Quizá es una simpleza pero me llama tanto la atención que enseguida me pongo a pensar que las hormigas estaban presintiendo la lluvia que traía la gran tormenta que retumbaba sobre las cumbres del Yelmo. Ellas presentían aquel diluvio y se habían adelantado refugiándose en las galerías de sus hormigueros para así salvarse de aquel remojón que se abocinaba. Esto fue lo que pensé mientras seguía cruzando la llanura y ahora empezaba a descubrir el gran pastizal que la cubría.

Un pastizal casi de medio metro y ahora me llama la atención que estas tierras tan buenas y con tanto alimento para

el ganado no estuviera precisamente llenas de rebaños de ovejas. Luego me dije que claro, todas esas tierras son ya propiedad de la Confederación y aunque en este momento estuvieran sin agua por la sequía del pantano, en estas llanuras no manda nadie más que el Estado.

Junto al río, a lo que en otros tiempos fue el cauce del río de HORNOS porque ahora hasta me lo encuentro seco, los tarayes se amontonan y al meterme entre ellos buscando una salida hacia el otro lado, me encuentro con el caparazón de una tortuga de agua dulce. Cosa curiosa que también me llamó la atención porque después de tanto tiempo caminando y recorriendo estas sierras, es la primera ve que me encuentro una tortuga de agua dulce aunque en esta ocasión ya sea sólo el esqueleto. Me acordé de cuando pequeño y las mil veces que en los charcos de los arroyos de mis sierras yo, no sólo había visto sino hasta había jugado con estas hermosas tortugas. Pero claro aquellos arroyos corren por Sierra Moreno donde el clima es mucho más templado y por supuesto las aguas de aquellos charcos son más templadas y por eso más propicias para otro tipo de vida.

Ante este esqueleto que ahora me encuentro aquí me hago una reflexión a la cual no le quise dar más importancia y después de cruzar el río me puse a subir por la ladera derecho a las ruinas de aquella gran casa. Y de nuevo la misma sorpresa: toda esta pequeña ladera me la voy encontrando repleta, poblada de multitud de hormigueros. Mil hormigueros con ni siquiera una hormiga ni en la puerta ni por las sendillas ni por ningún otro lado. Totalmente solitarios a pesar de lo bonitos, la casi perfecta obra de arte que son cada uno de ellos, con sus pequeños montones de granzas por la puerta, sus mil veredas trazadas por entre el pasto de la ladera y cruzando tarayes y rocas en busca de los alimentos. De nuevo me digo que estos insectos andan barruntando la tormenta. Según subo la ladera ya con las ruinas del viejo edificio a dos pasos, el aire de la gran nube negra empieza a alcanzarme. La nube, al menos a mí me lo parecía, era realmente grande y más grande me pareció cuando en una de aquellas ocasiones

miro para atrás y veo todo un río de fuego sobre las cumbres del Yelmo.

Llevaba miedo, no creas más por el gran chaparrón que pudiera caerme que por otra cosa, porque por esta zona de la sierra nunca me ha cogido una tormenta pero como el interés por las ruinas del viejo caserón me fascinaba y, además, ya la tenía a dos pasos de mí, seguí. Me dije que si acaso las nubes se extendían por el valle y descargaban su furia ya me refugiaría en algún sitio, que siempre, en caso de necesidad, encuentra uno alguna covacha pero abandonar la idea de llegar hasta las ruinas y explorarlas, ni se me ocurría. Así que seguí subiendo y como entrándole, más que las ruinas del caserón me llamaba la atención la enorme cascada, en el arroyo al lado izquierdo, hacia ese lugar me fui derecho.

Salté por las rocas y en un momento me puse totalmente debajo de esa cascada hoy por completo seca. No tiene agua ninguna y, además, da la impresión de no haberla tenido desde hace mucho tiempo pero, aún así, ¡qué bonita es esa cascada en ese salto tan pura roca! ¡Qué bonito el valle de la izquierda con su llanura y los reflejos azules del agua del pantano allá al fondo! ¡Qué bonita la ladera de Monte Agudo con la aldea de Fuente de la Higuera entre los olivos, la Platera, el Carrascal y HORNOS el viejo entre los oscuros pinares! ¡Qué bonito todo ese barranco por donde baja el arroyo de la Platera con sus tres aldeas aplastadas, casi perdidas en el barranco, por la ladera norte del Cerro Robledillo salpicada acá y allá de encinas! ¡Qué bonita visión se ve desde donde salta la cascada de todo este gran valle tan callado y quieto pero al mismo tiempo gritando desde su silencio! ¡Qué bonito es todo esto y cómo te coge por dentro! ¡Qué bonita esta cascada y las ruinas del gran cortijo sobre las rocas que me he ido dejando a la derecha! ¡Qué bonita en general es toda la sierra de este pequeño pueblo de HORNOS y cuanto encanto encierra en cada uno de sus rincones! ¡Qué bonito, qué gozo y cuántas gracias tengo yo que dar a mi Creador y no a los hombres, por haberme puesto en contacto con estos paisajes tan bellos y permitirme que los goce del modo en que los estoy gozando!

No creo que ahora mismo haya otro mortal sobre la tierra que sea más feliz que yo. Cuántas gracias tengo que darle al Creador del Universo por ser tan bueno conmigo sin que yo merezca absolutamente nada.

LA CASCADA DEL CHORREON - 9

Ya debajo, entre otras muchas cosas, lo primero que observo es que esta fascinante cascada se parece a la que también existe en el cortijo de los Parrales en esta misma ladera y por la orilla del mismo pantano. Aquella es muy bonita, allí recogida entre los pinos y cayendo desde la pared de rocas. Esta no se encuentra tan recogida entre pinos sino mucho más abierta al sol de la tarde y a los espacios de la gran llanura pero cae casi por la misma pared rocosa, aquí más pegado al pueblo de HORNOS mientras que aquella se halla más cerca del muro del pantano.

El agua que en otras ocasiones cayó por aquí fue depositando la cal sobre la pared de piedra y a lo largo del tiempo se formó la maravilla. Hermosas figuras de rocas de tobas que cuelgan ahora de esta pared y ni son estalactitas siendo estalactitas y estalagmitas y, además, bloques preciosos, anudados, perfectamente fundidos con la roca de la pared. Todo el farallón, desde lo más alto hasta la poza de abajo que es donde caía el agua que saltaba por la cascada, ha quedado preciosamente engalanado y aunque ahora esta singular cascada no tiene agua, si se ven aquí las señales que a lo largo de los años la corriente de este arroyo dejó sobre las rocas por donde se despeñaba. ¡Que bonito, que asombro tan gran es esto!

Con la prisa de la tormenta ya casi encima del valle y el asombro de los truenos, apenas me da tiempo de recrearme un buen rato frente a esta cascada. Así que salto por los grandes bloques de rocas que despeñados desde lo alto han quedando por aquella zona y me voy a venir para las ruinas, cuando me

asombro una vez más: una ampulosa y verde mata de té de roca brotando allí mismo, entre la tierra y las rocas desprendidas de la pared. Nunca he visto antes, y mira que he visto matas de té de roca, una mata tan grande y tan perfectamente redonda, como si fuera toda una maceta cuidada con el mayor esmero, en lugar de crecer de la forma en que casi siempre me lo he encontrado, una mata con cuatro o cinco tallos clavada y colgando en las paredes de las rocas.

Pero no, la que aquí veo es toda una gran maceta. Una planta que se ha desarrollado tanto, que de tener sólo cinco o seis tallos tiene más de cien brotes, todos vigoroso, llenos de verdor y como, además, ha venido a nacer no en la pared de este acantilado sino en la parte de abajo, donde la pared se clava en la tierra, no cuelga sino que bellamente se abre en forma de maceta. Corto un buen puñado de esta olorosa y en este caso bien desarrollada planta de té, Jasonia glutinosa, y aunque quisiera quedarme mucho más rato debajo de esta cascada para mirarla y remirarla desde un lado y otro, como la tormenta sigue tronando y ya incluso caen algunas gotas de agua, la prisa me come.

¡Una pena porque es todo lo contrario a la que es siempre mi disposición cuando vengo por estas sierras! Me digo que si empieza a llover y me coge por aquí me tendré que buscar un refugio entre estas rocas o debajo de algún árbol pero si me coge cercas de las ruinas de este caserón o por entre ellas, por allí me será más fácil encontrar algún refugio mejor y con menos peligro.

Así que sintiéndolo mucho me vuelvo para atrás, despidiéndome ya de esta bonita cascada y me voy hacia las ruinas. Remonto un poco una corta ladera rocosa y ya estoy entre las paredes de piedra que sobre esta otra gran roca se desmoronan. Y claro, que había pensado que estas ruinas podrían ser los restos de aquel antiguo balneario del cual unos y otros me habéis hablado, me siento ahora un poco decepcionado. Me he equivocado y se equivocaron los que como yo pensaron lo mismo.

Una vez que ya desde aquí dentro voy mirando despacio veo que esto tiene pinta de haber sido un gran cortijo y no un balneario. Le entro por la parte de atrás y veo dos cosas: el camino este de la Confederación que pasa por aquí mismo e incluso al llegar a la cascada le entra por la parte de arriba, cortando la roca casi sin temerle y sigue adelante y la otra cosa es que en una de las paredes que de este edificio todavía quedan de pie veo como muchas pequeñas divisiones. Con pared también de piedra, desde la parte más larga que sería el muro principal, a lo largo de la fachada norte, existe toda una hilera de divisiones que al verlas me recuerdan a las cochineras que en mi niñez vi en los cortijos de Sierra Morena, para individualizar a las marranas con sus gorrinos cuando acaban de parir. No me refiero a la pocilga que es donde duerme toda la piara sino a unas divisiones pequeñas especialmente dispuestas y construidas para un solo animal con sus crías. Las marranas recién paridas sólo entran a estas pocilgas para amamantar a los lechones y cuando salen sus crías se quedan dentro para así evitar que se mezclen con los de las otras marranas paridas.

A estos apartadijos me remitían estas pequeñas divisiones que acabo de ver sobre la vieja pared de este edificio en ruinas. Y no me sorprenden porque según sigo adelante voy viendo más divisiones y estos son corrales. Por entre este laberinto de paredes semi derruidas ya no existe ningún aposento que tenga techo. No veo nada más que trozos de paredes y hasta tengo la impresión de que aquí en otros tiempos sólo se encerraban animales porque entre estas ruinas no aparece ningún rincón que tenga aspecto de haber sido antes vivienda humana. Y por lo que voy descubriendo hasta empiezo a pensar que esta roca hace ya mucho tiempo que fue abandonada.

En el rincón de varias de estas paredes crece una encina que por lo menos tiene ya cuarenta años y la rodean varias matas de coscoja, cornicabra y pinos. Todas estas plantas han nacido aquí después de haber sido abandonado este lugar. Y

realmente el lugar es bonito. Algo así parecido al pueblo de HORNOS, lo proyectaron ahí, sobre la base de una amplia roca, un poco llana por la parte de arriba y la misma lancha que sirve de plataforma para toda la construcción, hace de pared, de muralla por el lado que mira al río. Y como este punto se encuentra aquí tan elevado y en un lugar tan concreto del valle, la vista que desde aquí se observa es magnífica. Como si la única finalidad de esta construcción fuera sólo ser mirador natural justo donde el valle empieza.

Así que satisfecha ya mi curiosidad y recorrido muy a lo rápido este pequeño y hermoso rincón de la cascada y las ruinas, me pongo en movimiento y cruzo de nuevo la llanura en busca del coche. Tan emocionante ha sido el encuentro con las ruinas para mí que hasta me he olvidado de la tormenta y ello ha sido también porque la tormenta al final se ha ido deshaciendo sobre las cumbres del Yelmo y un poco por las laderas hacia el valle. Ni siquiera llueve con seriedad a pesar de tanto escándalo. Pero tengo que decir que por culpa de esta tormenta no gocé yo a fondo como realmente me hubiera gustado, este enigmático rincón. Es cierto que sí se me ha quedado algo más claro de lo que antes lo tenía pero todavía este lugar es bastante desconocido para mí.

El hombre mayor que sobre el Mirador de la espera, como lo has bautizado, te da compañía y durante todo el rato te ha escuchado, toma la palabra para darte ánimo y decir:

- No te preocupes que ahora vamos a intentar y conocer un poquito más todo este lugar que por otro lado, como bien has dicho, es de las ruinas más bellas en las tierras de este pueblo. ¿De qué cosa concrete quieres que te hable?

- Me gustaría y hasta creo que lo necesito un poco clarificar no una sola cosa sino un montón. Te las pongo en orden y haces lo que puedas.

- ¡Venga, empezamos!

- Pues empezamos por el nombre ¿Cómo se llama y por qué se llama así ese rincón?

- Mira, de toda la vida, tanto los cortijos que ahí hubo como la cascada y la zona nosotros lo hemos llamado a eso “El

Chorreón". Y ya te puedes imaginar por qué se llama así. No sé quién y seguro que fue en tiempos muy remotos, lo bautizó con ese nombre por la cascada. En aquellos tiempos aquello era un auténtico chorreón de agua que ni siquiera en verano se secaba. Así que ningún otro nombre le podría caer mejor.

- La cascada que tanto me gusta, se encuentra en el cauce de un arroyo que aunque he buscado en los mapas no viene ¿cómo se llama ese arroyo?

- ¡Claro que sé cómo se llama! Ese es el arroyo de Cañada de Morales que como sabes también es una preciosa aldea desparramada sobre la llanura de la parte alta y junto a la carretera que lleva al Tranco. Por ahí, no hace mucho, han inaugurado un lujoso hotel. Pero el arroyo que es lo de tu interés baja desde el Pico Peguera que tiene 1331 m. y que aunque no lo parezca, se encuentra dentro del término de HORNOS y no en las Sierras de Beas. Nace este cauce casi en la misma cumbre de este pico pero por el lado del levante. Por el lado sur y paralelo al arroyo de Cañada Morales, nace el otro gran arroyo que todos por aquí conocemos por el arroyo de Montillana. Pues en aquellos tiempos tanto este arroyo de Cañada de Morales como el de Montillana, eran dos auténticos ríos con mucha agua. Cuando pases por la aldea de Cañada de Morales pregunta por allí y verás como cualquier persona mayor te dice que ese arroyo siempre fue todo un río de aguas limpias que ni en verano dejaba de correr.

- Y lo seco que está ahora ¿verdad?

- Ya lo has visto, ni en invierno corre.

- Y aquellas ruinas que sobre la magnífica roca se desmoronan ¿son o no de un cortijo?

- Aquello no sólo fue un gran cortijo sino que en sus tiempos llegó casi a la categoría de aldea. Vivían allí varias familias con sus rebaños de animales, sus tierras de cultivo y una gran noticia para ti.

- A ver qué noticia.

- Lo que el otro día viste en las paredes de aquellas ruinas y que te llamó mucho la atención no son parideras para las marranas sino "trojes".

- ¿Qué son trojes?

- Pues lo que viste allí. Un lugar limitado por tabiques para guardar frutas, especialmente cereales que en el caso de El Chorreón para lo que más se usaron fueron para guardar aceitunas. Aquellas familias, como casi todas las familias de los cortijos de estas llanuras y estas sierras, eran casi autosuficientes. Hasta un pequeño molino tenían ellos allí para moler sus aceitunas y su trigo. Ya te he dicho que ese lugar tiene unas tierras muy fértiles que producían de todo y en cantidades grandes.
- ¿Era entonces El Chorreón el molino más importante de este lugar?
- Con toda seguridad que sí. El cortijo más importante de todo el valle, aquellos momentos, ese era El Chorreón. Ya te he dicho que tenía su molino y todo y yo lo recuerdo bien y recuerdo hasta cuando molía y todo.
- ¿Y cómo se molía?
- No era con la fuerza del agua como cualquiera puede pensar por eso de tener allí mismo la cascada y aquel arroyo tan caudaloso. Se molía con un mulo en el mismo cortijo.
- Explícamelo porque esto es nuevo para mí.
- Esto es un palo, aquí enganchamos la “ritranca”, que es como se llamaba eso, mientras el mulo entre los dos palos y esto iba atrás, el mulo iba dando vueltas y molía las aceitunas pero por fuera la aceituna y los rulos. El mulo iba firme, firme y molía, entonces la base la recogían y la echaban a los “baleos” y prensaban. Y salía un aceite virgen. Eso era aceite y no el que ahora sacan, aceite puro, en frío, sin agua caliente ni nada. Cuando decimos “Balea” nos estamos refiriendo a un escobón para barrer las eras y si decimos “Baleo” nos referimos a echar la masa o pasta de aceituna molía en los capachos para prensarla.
- Pues este mismo aceite que dices se sacaba antes en el molino de El Chorreón, prensado en frío y sin agua caliente y sin refinar, lo venden ahora en algunos sitios de España, vamos lo anuncian en las revistas como aceite “ecológico”, por eso, porque tiene todas sus propiedades y el proceso de extracción ha sido artesanal y completamente limpio. ¡Tú fíjate!
- Para que se vea que las cosas de aquellos tiempos a pesar de lo poco adelantado que estábamos y los escasos medios de

qué disponíamos, eran buenas, es decir, mejores que muchas de las de ahora.

- ¿Y de dónde traían antes las aceitunas?
- Todos los olivares esos que aún se ven por las laderas y por las llanuras de estos rincones, todas las tierras que no podían regarse, estaban plantados de olivos.
- Y volviendo a los trojes, que es un descubrimiento para mí y por eso me pasa como a los niños pequeños con los juguetes, que no me olvido de ellos, quisiera saber de qué modo os organizabais en la temporada de aceitunas.
- Aquello éramos socios y yo aquí tenía mi troje, cada uno estaba marcado, yo el uno, el otro el dos y así y cada uno tenía su aceituna en su troje. Molía su aceituna él, no como ahora que se juntan todas; yo molía mis aceitunas aquel día y estaba todo el día moliendo, luego otro y así.
- ¿Y el aceite se llevaba cada uno el suyo?
- ¡Exactamente! Le dábamos, eso cobraba de diez arrobas una. Uno era el amo de todo aquello pero luego cuando molía lo hacía con los obreros que él tenía allí fijos y al dueño le pagábamos en especie. Tantas arrobas de aceite, tantas para el dueño. Yo no tenía que darle nada más que eso; estar allí aquel día para ver lo que recogía y recogerlo.
- ¡Cómo han cambiado las cosas!
- ¡Vaya que si han cambiado!
- Y El Chorreón además de molino ¿También era vivienda?
- ¡Claro! Ya te lo he dicho, allí vivían fijas cinco o seis familias.
- Y cuando no era la época de las aceitunas y no había que moler ¿de qué vivían esas familias?
- Tenían sus tierras. Del arroyo y el cortijo para el valle, por la parte de abajo de las riscaleras aquellas, había una “tina” que se decía la “Tina de Covatilla”, pues todo eso era de ellos y allí criaban trigo, cebada, maíz, de todo. Vivían de eso, su ganada y las aceitunas. En aquellos tiempos no se necesitaba tanto como ahora.

- Según las noticias que me estás dando descubro que ese lugar fue un verdadero mundo lleno de vida y riqueza pero me

queda por ahí la confusión del balneario. ¿Hubo o no balneario en algún lugar de esa llanura?
- Sí que hubo balneario por esos llanos y eso en los textos antiguos puedes leerlo pero no se encontraba por esta parte de El Chorreón.
- ¿Por dónde estaba?
- ¿Tú conoces el “Ojo de la Laguna?”.
- ¿Te refieres a ese charco de agua turbia que hay cerca de Fuente de la Higuera?
- Allí donde todavía sigue funcionando la única zona de acampada libre que existe en el Parque, ahí mismo se encuentra lo que nosotros llamamos el “Ojo de la Laguna”.
- Pues sí la conozco. Varias veces he ido por allí porque con esa laguna me pasa como con las ruinas de El Chorreón, me tiene fascinado.
- Pues allí mismo, doscientos metros más abajo aún se ven las ruinas de lo que fueron “Los Baños”, que es como por aquí nosotros llamamos a ese lugar.
- ¿Y por qué dejaron eso?
- Tú tendrías que saber que esos baños son muy antiguos y aunque ya antes de la construcción del pantano no funcionaba a partir de cuando el pantano se llenó, todo quedó cubierto bajo sus aguas. Dicen que el agua de esos baños es una de las mejores del mundo porque las han llevado a Madrid y todo y dicen que van a sacarlos de esa zona a un lugar donde el agua del pantano no llegue para poner en funcionamiento otra vez esos baños pero la verdad es que yo no sé si eso será posible y el dinero que pueda costar. Quizá si ese proyecto, casi sueño se hiciera real, podría ser bueno para este pueblo mío, porque fíjate que teniendo como tenemos estas y otras cosas tan buenas, casi únicas en el mundo entero, nadie le da importancia y ahí se pudren sin aportar ningún beneficia a la sociedad y menos a los pobladores de estas tierras. Quizá ese decir se quede en lo que se quedan tantas otras cosas que también dicen. Sería estupendo ¿Verdad?
- Sí que lo sería y por eso hay que esperar a ver si al final salen adelante estos proyectos que dicen pero la verdad es que yo todavía no he terminado con la aclaración de estas dudas mías.

- ¿Qué más cosas quieres saber?
- Lo quiero saber todo, tanto de El Chorreón, que no puedo olvidarlo como del Balneario que tampoco puedo olvidarlo.
- Pues dime qué más quieres saber de El Chorreón.
- Lo de ahora se centra en el camino.
- ¿Qué le pasa al camino?

EL PASEO DEL CAMINO VIEJO -10

- Es que yo en realidad no conozco del todo ese camino y resulta que me tiene tan fascinado como las ruinas del viejo caserón y las del balneario. A partir de ese rincón en que me decías antes, de la casa y las encinas en la ladera de los olivos que se secan ¿Cómo es este camino?
- Pues ahora me metes en un pequeño aprieto, porque si te soy sincero la verdad es que no sé qué decirte. Para saber lo que me preguntas habría que recorrerlo de un extremo a otro y despacio. Pero desde la casa en ruinas entre los olivos, el camino sigue rozando siempre las aguas del pantano cuando se encuentra lleno y pasa cerca de otro cortijo que se llama Solana de la Pesquera. Algo más adelante, a la derecha, se desvían una senda que atravesando todo ese cerro que se llama Cerro Molina y tiene 911 m. de altitud y pertenece el monte ordenado número J-1017, con el nombre de Cumbres de Beas de HORNOS, viene a salir a la misma aldea de Guadabraz. Nosotros seguimos el camino que a ti te fascina y donde ya traza una curva primero a la izquierda y luego a la derecha, te encuentras con otro cortijo que se llama Tainada de la Rinconada. Ahí mismo, justo en la curva y también a la derecha, se aparta otra senda que atravesando el monte y buscando luego el arroyo de Cañada Morales, viene a salir justo a esta aldea. Los dos caminos que te he dicho, son sendas recientes, porque en otros tiempos, aunque sí existían por ahí los cortijos de la Rinconada y de la Pesquera, los caminos eran otros, como el que a ti te tiene lleno de interés y sé que llamaba “Camino de HORNOS a Villanueva” o al revés. Mucho antes de que hicieran en pantano ya existía ese camino ese hermoso camino y pegado a él pero más por el valle, subía

otro que se llamaba “Camino de Bujaraiza a los Cortijos” que luego ya más cerca del pueblo se llamaba “Camino de la Vega” porque venía por ahí, cortando toda la vega esa derecho a este pueblo.

Si nosotros seguimos adelante por ese hermoso camino viejo que fue desde siempre el camino principal y ahora, como el cerro se adentra hacia el valle, la curva en forma de panza, la traza a la izquierda y luego se remonta buscando el camino de arroyo de Cañada Morales. Por ahí, como las rocas le salen al paso formando una fuerte muralla casi infranqueable, los hombres en aquellos tiempos tuvieron que cortar estas riscaleras y como ya has visto pasa por la parte alta de la cascada, colgado casi en el mismo borde.
- Eso sí es verdad, por ahí lo he visto yo aunque un poco desde lejos y precisamente a partir de esa visión es cuando este camino se me clavó dentro dejándome fascinado. ¡Qué bonito es este camino por ahí ¿Verdad?!
- Por ahí y a lo largo de todo su recorrido. Pero tienes razón, especialmente bello es este camino cuando en ese punto corta las rocas y atraviesa el arroyo que por cierto y para que lo sepas, en un mapa del Ejército editado en el año 1899, en este lugar se pone el nombre de “Cortijo del Charcón” que por supuesto se refiera al El Chorreón que atrás hemos visto.
- Pues siguiendo con el camino tengo que decirte que hasta he soñado yo muchas veces con él y por eso en más de una ocasión me he preguntado si no merecería la pena rehabilitarlo otra vez.
- Rehabilitar ¿para qué?
- Ahora todo el mundo y sobre todo en estos pueblos serranos, andan buscando la manera de atraer visitantes ¿tú te imaginas lo bonito que sería trazar una ruta por este camino?
- Es que eso tiene su peligro y tú lo sabes.
- Que los visitantes podrían estropear lo que ahora es tan bonito.
- ¡Exacto!
- Es que mi ruta sería otra cosa que no se pareciera en nada a lo que hasta ahora han hecho otros por estas sierras.
- ¿Qué sería tu ruta?

- Un paseo por este camino viejo para recorrerlo andando. Nada de coche, caballos o bicicletas. Una ruta andando desde el Pantano del Tranco hasta el puente del río de HORNOS siguiendo el trazado del camino viejo.

El auténtico camino que a vosotros los del pueblo de HORNOS os sirvió a lo largo de tanto tiempo para ir y venir. ¿Tú te imaginas lo bonita que sería esta ruta? Y, además, yo la llamaría "El Paseo del Camino Viejo", por ser eso: todo un delicioso paseo por entre los paisajes y rincones más bonitos de todas estas sierras. ¿Tú te imaginas lo bonito que sería cuando llega el otoño y caen las primeras lluvias? Hasta me parece ya respirar el olor a pasto mojado que desde la llanura sube. Y lo mismo cuando llega el invierno con esas nieblas blancas que se fraguan primero en lo hondo de los barrancos y luego suben por los arroyos cubriendo toda la cola del pantano y los bosques de las laderas de Fuente de la Higuera y HORNOS el Viejo. Y cuando ya el invierno se mete en nieve te imaginas lo hermoso que es seguir este camino con la compañía siempre a tu lado de las cumbres nevadas. Y cuando llega la primavera ¿qué te voy a decir yo?

Con todas esas praderas y las laderas llenas de hierba verde, con las mil flores llenas de rocío y los rebaños de ovejas aún pastando por ahí. Y luego cuando el verano derrama sus rayos de sol dorados al amanecer y dorados al atardecer ¿te imaginas lo bonito y emocionante recorrer el paseo del camino viejo? Si nada más que pensarlo se me deshace el alma en gozo. Porque, además, tanto silencio y tanta paz como por ahí existe, todo el paseo se convertiría en una gran ocasión de gracias al Creador del Universo. ¿Por qué no convertir este viejo camino en el "Paseo del Camino Viejo" que al mismo tiempo sería el gran paseo de las sierras del Parque Natural?

- Según lo pintas sería fácil y al mismo tiempo sería casi imposible, porque aunque tu sueño es un sueño bonito, no deja de ser sueño.
- De todos modos ya te he dicho lo que pienso.

- Y, además, me gusta que me lo hayas dicho porque ya que estamos en este trozo de camino ¿para dónde quieres ir?
- Yo quisiera seguir camino adelante hasta llegar al pantano y luego desde allí irme a donde estuvo esa hermosa y desaparecida aldea de Bujaraiza.
- Pues seguimos camino adelante y luego te diré por quién tienes que preguntar allí, en la aldea del Tranco para que te acompañe a tu aldea de Bujaraiza pero esto luego. Ahora, como estamos en la mitad del camino que es, además, el rincón que más te gusta de todo el lugar no quiero irme de aquí sin antes contarte algo muy concreto de aquellos tiempos.
- ¿Qué me vas a contar?
- ¿Has oído hablar de ellos y de la mañana en que se fueron?
- Nunca oí hablar ni sé quienes fueron ellos ni lo que hicieron ni lo que pasó aquella mañana.

DESDE EL MIRADOR DE COVATILLA -11

Así que ahora, después de habernos empapado de este rincón y ya que hemos recorrido el viejo camino hasta este punto, verás lo que hacemos.
- Vamos a seguir. Quiero llegar hasta el mismo muro del pantano que es donde se encuentra la otra aldea y donde también se guarda la historia escrita. Quiero buscar por allí y luego si puedo quiero irme pantano arriba hasta la otra aldea que se perdió para siempre bajo las aguas.
- Pues tú mandas aunque sea sólo en la imaginación. Vámonos para el pantano y cuando lleguemos a esas casas que clavaron por las rocas de la ladera cuando en aquellos tiempos construyeron el pantano, ya te diré por quién tienes que preguntar para que te acompañe a las ruinas de Bujaraiza. Aunque también me decías que Juan Paco es tu amigo y que nació por allí.
- Es mi amigo y lo que tengo pensado es pedirle que luego me acompañe, si puede porque mi amigo ya tiene muchos años y con el alma tan llena de recuerdos, no sé si será capaz de aguantar lo que tengo pensado pedirle.

- En fin, ya veremos luego. Ahora seguimos el camino a partir de donde ya nos encontramos.
- A partir de las primeras rocas según bajamos desde el puente, lo tengo recorrido hasta un poco antes de la altura del cortijo de Montillana.
- ¿Y desde ahí hasta el pantano?
- Hasta el cortijo de Los Parrales también lo tengo no sólo recorrido sino vivenciado, con una experiencia tan bonita que ese trozo del camino no quiero que nadie me lo toque. Es tan dulce y bella la vivencia que de ahí tengo que eso no quiero que nada ni nadie me lo toque.
- Pues entonces empieza y si no te importa te acompaño en aquellos trozos que lo desees.

- Pues sentado en la roca de este espigón que sobresale algo más arriba de las ruinas de El Chorreón me encuentro como en un maravilloso mirador. Por aquí pasa el camino cortando estas rocas. Es quizá este el punto desde donde existe la mejor vista sobre el valle y las laderas norte que vierten al pantano. Empezando desde la derecha, porque yo estoy frente a frente del arroyo de la Cuesta de la Escalera, al fondo tengo las últimas aguas de la cola del pantano, por la derecha veo las aldeas de Fuente de la Higuera entre los olivos, más a la izquierda el Pico de Monte Agudo coronando la ladera y el valle y un poco más entre los olivos acercándose al arroyo de la Laguna, los cortijos de la Canalica. Por abajo, el gran valle cubre cuando se llena, amplios y espesos bosques de tarayes y las llanuras tapizadas de pasto y ya más cerca de las aguas que al fondo se mecen, las tierras son rojas y no tienen ninguna vegetación.

Por arriba, el cerro del Robledillo, toda esa ladera llena de olivares y pequeños centros de pinos. En el barranco se aplastan las tres aldeas a las cuales las aguas no llegaron: Carrasco, la Platera y HORNOS el viejo. Y también veo por donde sube la pista que por esa ladera busca las otras aldeas de La Parrilla y La Ballestera.
- ¿Sabes lo que esa pista va a ser en el futuro?
- He oído decir que va a ser una carretera.

- Puede ser la carretera que ahora mismo pasa por este pueblo y lleva hasta los pueblos de Santiago de la Espada y Pontones con sus mil aldeas. Eso es lo que quieren que sea, para evitar la cumbre y las grandes nevadas que en invierno caen sobre la cumbre.
- ¿Y eso será bueno o malo?
- Mejor lo dejamos otro momento pero no lo califiques ni de bueno ni de malo. Mas ahora, como andamos con otro asunto, intervengo para decirte que el arroyo de la Platera que es el que baja por ahí desde el Cerro del Robledillo, es uno de los tres grandes arroyos que surcan las tierras del término de este pueblo. ¿Los conoces?
- Si lo que quieres decir es que son los tres arroyos más grandes que por esta ladera sur descienden al pantano, conozco este de la Platera que es el más pequeño, el arroyo de la Cuesta de la Escalera que es el más grande y el arroyo de la Garganta o del aceite que es aún más grande ¿He acertado?

- Has acertado; estos son los tres cauces que de mayor entidad desciende por estas laderas y por si no lo sabías, allá por donde nace el arroyo de la Cuesta de la Escalera, hubo en otros tiempos una muy bonita aldea que se llama Hoya del Cambrón y unas cortijadas que también tienen casi el mismo nombre y que se esconde en uno de los ramales más caudalosos y bellos del nacimiento de este arroyo, Hoya Redonda.
- Sabía algo de esa aldea y de la cortijada y sabía que la Hoya del Cambrón se encuentra muy cerca del gran pico de Aroca que tiene 1532 m. Y para que también lo sepas, tengo pensado, es decir, estoy dándole vueltas a un proyecto muy hermoso donde incluyo a este barranco y las aldeas si es que logro llevarlo acabo.
- ¿Se puede saber cuál es ese proyecto?
- Se puede saber pero no quiero sacarlo aquí. Tendrá su momento y su lugar; así que sigamos adelante.
- Adelante sigue porque hasta este momento vas bien orientado. Avanza por tu recorrido.

- Pues mi recorrido sigue desde el Robledillo, girando hacia la izquierda y desde mi mirador sobre las primeras tierras de las llanuras del pantano, veo todo el gran barranco de este arroyo de la Cuesta de la Escalera, las ruinas de las últimas salinas, todo el valle o más bien ladera hacia HORNOS, el cementerio algo más arriba de las salinas, la carretera y ese otro mirador que junto a la que querían fueran la piscina de HORNOS, se asoma al valle. Arriba queda el Cerro de HORNOS que ya sé tiene 1143 m. por detrás el barranco del arroyo de la Garganta con la aldea de la Capellanía refugiada a la sombra de Peña Rubia que a su ve se clava en las laderas del Yelmo el Chico que tiene 1518 m. y el Yelmo grande que ya más a la izquierda me lo tapa el monte que me queda a las espaldas.
- Otro alto en tu recorrido.
- ¿Qué pasa ahora?
- ¿Sabes cómo se llama el cerro eso que tienes a tus espaldas y que queda entre las aldeas de Cañada Morales, El Majar y El Tóvar y el valle este que tienes ante ti?
- Ya lo hemos dicho antes.
- Sí pero te lo pregunto de nuevo porque algunos confunden el nombre de ese cerro con el que queda enfrente que se llama Cerro del Romeral que es también otro monte ordenado, el número J-1016 y que se encuentra por encima de HORNOS el Viejo. El que tienes a tus espaldas se llama Cerro Molina y tiene 911 m. con dos pequeños cerros cerca de ti: las Morras.
- Bueno y justo debajo de mí pero en las tierras del valle que tengo las ruinas de otro cortijo ¿cómo se llama?
- Eso lo cubre el pantano cuando se llena y de ahí que no tenga ya nombre porque no es nada aunque sí lo sea para siempre y lo fuera antes. En aquellos tiempos esas ruinas fueron la “Tina de Covatilla”. Y si desde este lugar tuyo miras siguiendo la ladera esta de El Chorreón, en el valle al fondo, verás un rebaño de ovejas.
- Sí que las veo y no sólo esta tarde sino que las he visto otros muchos días. ¿Quién las guarda?
- Es uno de los tres pastores que aún quedan por este valle y luego cuando acabes con el recorrido de este trozo de camino, como a mí no me dejas que entre en ese otro trozo que va desde el Cortijo de Montillana hasta el Cortijo de los Parrales,

me voy a ir contigo valle adelante hasta donde el pastor carea a sus ovejas ¿Vale?
- ¡Pues vale!

LAS TRES REALIDADES Y LA PUERTA -12

Desde el puntalillo este del cerrillo donde las rocas afloran en forma de filón que se adentra hacia la llanura del valle, sigo el camino. Ya me dejo atrás todo este gran tramo que viene desde el puente del río de HORNOS. Desde el puente viene el camino recorriendo la ladera sur del Cerro Molina y las Morras que este último trozo que va desde el mirador hasta la cascada del chorreón. Al partir del mirador el camino desciende un poco para adaptarse a la cuenca de un pequeño arroyuelo que baja por aquí y cortando las rocas de este espigón.

No se encuentra modernizado, es decir, tal como estuvo en aquellos tiempos permanece todavía y por supuesto, por aquí no podía pasar un coche a pesar de que eso es más o menos la anchura que tiene. La anchura de un coche pero el firme es muy irregular con muchas rocas que sobre salen por aquí y por allá y en muchos tramos en forma de escalón lo que haría imposible el paso de un coche. Y cuando digo que no lo han modernizado me refiero a que no han metido máquinas con el fin de adaptarlo a los tiempos modernos buscando siempre que los coches sí rueden con la máxima comodidad.

Este pequeño arroyuelo no tiene puente aquí sí una pared de piedra que por el lado de abajo sujeta el camino durante algunos tramos. Remonto un poco el pequeño cerrillo y ya tengo aquí mismo las ruinas de esta vieja casa. Sigo avanzando y cada vez con más fuerza siento las tres grandes realidades que en todo momento me acompañan mientras recorro este camino: las de ellos, las de los humildes y sencillos habitantes de estos viejos cortijos y otros muchos perdidos y desaparecidos para siempre en estas sierras; las de los otros que no eran ni humildes ni sencillos porque representaban el poder y perseguían la riqueza material y la de los niños hijos de

los primeros que parecen como si aún estuvieran por aquí jugando sus juegos.

Estos últimos, los niños, son todo espíritu y se mueven por el espacio casi sin rozar el viento, saltando de un pino a otro y de roca en roca como si esto fuera uno de sus juegos más gozosos y bellos. Los segundos, los que tienen el poder y puesto su corazón en las cosas de la materia, preparan juntos las exquisitas y abundantes comidas para ellos y los amigos, amontonan riquezas materiales, cuentan y se recrean en sus éxitos según la nueva casa que se han comprado y los muebles nuevos que en ella han metido y siguen demostrando que son ellos los que tienen el poder. Y los otros, los humildes que no tienen poder ni riquezas materiales y por eso son pobres de verdad, se afanan silenciosos en la lucha diaria con al tierra para que ésta les dé sus frutos en forma de maíz, centeno, trigo o animales y así tener cada día algo que comer.

Las tres realidades que a cada instante siento mientras avanzo por este trozo de camino, golpean mi espíritu y yo aquí en el centro como otra realidad más y preguntándome a cual de las tres pertenezco. Porque me siento errante, sin techo, aunque lo tengo, sin riquezas y sin poder y por eso me pesa tanto tantas cosas. Es como si a través de este camino y otros muchos por estas sierras buscara encontrar ese punto, que tan cerrado tengo en el presente, y me permitiera pasar a la realidad que ahora mismo palpo por aquí: la de los humildes de esta tierra o la de los hijos de los humildes de estas tierras. Porque de la otra vengo huyendo. No la quiero porque ellos no son buenos; se han cegados con su poder y la materia y hacen daño constantemente.

Ya estoy tocando con mis manos las ruinas de las que fue la casa de El Chorreón y ahora parece como si el camino muriera aquí. Me sale al paso un espeso bosque de pinos, una vieja encina quebrada y seca, muchas sendas de animales que bajan hacia la cuenca de la cascada, un intenso olor a manada de ovejas y precisamente eso también: el valido de una oveja. El pastor la ha dejado encerrada entre las paredes de esta

ruina. La oveja ha parido esta noche y tiene tres blancos corderillos. Pienso pararme pero no lo hago. Sigo y a partir de aquí el camino se remonta. Donde parece que muere para quedarse entre las piedras de esta vieja casa y no muere, que es el lado de abajo, tres grandes pinos secos; dos tronchados como la encina y otro por completo caído y arrancado hasta la raíz. Por mi mente cruza la imagen y tanto el pino caído, los dos tronchados y la encina quebrada, no son árboles rotos sino símbolos. Todo ha de venir otra vez a la nada como este pino arrancado de raíz, seco y ya un poco rodando por la ladera para hundirse en el barranco y pudrirse por ahí.

Remonto el camino y ahora va recto al otro gran pino. El que se clava en las rocas al lado de abajo de la senda y junto al puente que da paso al arroyo de la cascada. Este permanece en pie porque sobre su tronco se apoyaron los que aquella mañana se fueron mientras esperaban a los que bajaban de la sierra. Otro símbolo y éste como representando la inmortalidad, lo eterno. Tiene este árbol clavados sus raíces en las mismas rocas y parece que eso es lo que le da la fuerza frente al tiempo y a la destrucción que siempre el tiempo trae consigo. Desde el pino de la despedida el camino ahora sube casi recto buscando el arroyo grande que es como la vena principal de este rincón de la sierra donde se concentran casi todas las cosas importantes y bellas. A saber: un buen arroyo con su cerrada, su cascada, su gran “riscalera”, voladero o paredón de rocas, sus buenos pinos y robles, sus barrancos, sus silencios, sus laderas inaccesibles y para que nada falte, las ruinas de un importante cortijo.

Y Aquí se encuentra el puente, cortando la piedra, con un sólo ojo que es justo por donde, diez metros más abajo, ya se despeña la cascada. Aquí mismo, al lado derecho, en la parte de arriba, crece otro magnífico roble pero se ha secado. Seco se encuentra también el arroyo sin que corra una chispa de agua por este cauce. Me asomo un poco al abismo y veo que en la parte de abajo crecen muchas zarzas y aquí mismo es donde se encuentra la caída de la gran cascada que tengo que adivinarla porque la vegetación me impide verla.

Pasado el puente, primero el camino se allana un poco, luego sube y enseguida al lado de arriba la gran pared de rocas que con maestría cortaron para que el camino pasara. Se ve aquí mismo una covacha donde incluso no hace mucho hicieron fuego y por la pared rocosa el té de roca cuelga verde y en abundancia mecido por el viento fresco que sube de la llanura. Es esto solana y, además, toda roca viva que es lo que le gusta a esta planta. Por la parte de arriba del camino queda por lo menos cuarenta metros de pared rocosa y por la parte de abajo casi otros cuarenta. Por lo tanto, el camino por aquí perfectamente tallado, avanza embutido en la roca por la mitad del infinito y el suelo. Para que no se caiga, por el lado de abajo, en algunos tramos le construyeron un muro de cemento y aun con esta dificultad, el camino sigue manteniendo sus casi cuatro metros de ancho. Casi puede pasar un coche por aquí pero no pasa y es mejor.

Justo donde se encuentra un trozo de muro de cemento sujetando el camino, a la derecha se le aparta una senda estrecha pero que no tiene personalidad de senda sino vereda de animales.
- ¿Me permites un momento?
- ¿Para qué?
- Tenía que decirte que si ahora mismo siguieras por esa senda que se la aparta al camino por el lado derecho, empezarías a vivir otra nueva y bonita aventura.
- ¿Conoces esa senda?
- Esta vereda de animales va por aquí en busca de los olivos y en busca también de una pista que sube por allí y que se aparta de este camino viejo allá en el otro puentecillo semejante al que has visto en las ruinas de El Chorreón pero al otro lado del arroyo. Y fundamentalmente esta vereda busca por aquí la aldea de Cañada Morales, ya arriba en la llanura. Por eso es una mezcla de vereda y camino y por eso si te fueras por ella te internarías entre los pinares de la ladera hasta que ya, por la zona más llana y de mejor tierra, empiezan los olivares.

- Es bueno que me haya hecho esta observación pero voy a seguir por el trazado de este bonito camino y después de unos diez metros atravesando bosques de pinos, robles, zarzas, romeros y con la hondonada del gran barranco al lado de abajo, llego a la loma de este segundo puntal. Porque hay dos puntales, ¿sabes? He descubierto que la gran cascada queda recogida entre las tierras de dos bellos puntales que bajan desde las cumbres grandes y los dos mueren casi donde el arroyo se convierte en cascada y luego se queda perdido por las llanuras de la vega. Desde la cascada, el camino ha venido bajando y desde este segundo puntal hasta el cortijo de Montillana y arroyo con el mismo nombre ¿cuánto me queda?
- Casi nada y, además, se acaba la vegetación y las cuestas. La tierra ya es llana porque va entrando en la enorme vega que formaba el arroyo de Montillana cuando por fin terminaba de bajar de las partes altas.

- De Montillana para delante, el cortijo de los Parrales y luego la parte que engancha con la carretera asfaltada y enseguida la aldea del Tranco, ahora podría seguir pero aquí en Montillana me quedo. No quiero ni tocar aquella bonita vivencia que el año pasado, una tarde cualquiera, viví por aquí. Así que en este puntalillo, justo donde a la derecha sale la pista que lleva a Cañada Morales y a la izquierda sigue bajando buscando la llanura, me quedo.

- Pero antes de terminar quiero decirte que esta pista que sigue bajando en busca de la llanura ni siquiera es pista sino rodadas de coches todoterreno que los visitantes meten por aquí y atravesando la llanura, ahora seca total de la cola del pantano, van a salir justo al arroyo de la Platera y desde ahí al cruce de la pista que lleva a esas aldeas. Justo donde me dijiste el otro día tú dejaste tu coche para irte a buscar las ruinas de la vieja casa.
- Pues ya está. Aquí termino yo este recorrido del camino viejo de HORNOS y como me dijiste que deseabas acompañarme, te toca a ti seguir. Pero atención, sin meterte para nada en ese trozo de camino desde Montillana a los Parrales.

HACIA “PRAO PELAO” -13

- Pues según me permites, te voy a acompañar desde las ruinas de El Chorreón hasta “Prao Pelao”, que es una llanura por la parte baja de tu cortijo de Montillana, sin tocarlo. También se le conoce o se le conoció en otros tiempos a esta llanura con el nombre de Laguna o “Recomesto”.
- Dentro de este rodal de tierra que pisamos ¿Por dónde se encuentra “Prao Pelao”.
- Cuando pasabas por El Chorreón ¿no has visto allá a lo lejos un rebaño de ovejas?
- Sí que lo he visto; pastaban allá por donde se ven las primeras aguas de la cola del pantano, casi a la misma altura del cortijo de Montillana.
- Pues ese rebaño de ovejas es del pastor que ya tiene setenta años y sigue usando las ruinas de El Chorreón para encerrar a su rebaño.
- ¿Por qué caminos nos vamos a ir para acercarnos hasta el pastor y sus ovejas?
- Ahora, cuando ibas recorriendo tu viejo camino tan contento y lleno de gozo por lo mucho que a ti te gusta este camino, al llegar a las paredes estas del viejo edificio en la gran plataforma rocosa, pues al pasar por ahí, en lugar de seguir rumbo al cortijo de Montillana, por donde se encuentra el pino caído, te tiras para abajo. Tú has visto que ahí existe una ladera con muchas rocas y toda es tierra roja. Las ovejas, el rebaño sube y baja por ahí continuamente tanto para beber agua en el arroyo como para pastar por las tierras que ahora el pantano no cubre. Así que por esta ladera no existe ninguna senda sino muchas veredas de ovejas.

Pero las veredas van a puntos muy concretos. Unas caen derechas hacia el arroyo y vienen a cruzarlo donde ya las tierras son llanas, a unos trescientos o cuatrocientos metros de la cascada. A la vieja cascada, a donde justamente caía el agua cuando caía, a ese rincón suben otras veredas. Pero como ya la cascada la conoces de aquella tarde, hoy no vamos a pararnos más por aquí, aunque te digo una cosa: aquella tarde no te empapaste bien de las cosas curiosas y bonitas de esta cascada. La viste muy a lo rápido y ni siquiera

te metiste por entre esas grandes rocas en la poza donde caía el agua, no caíste en la cuenta de las muchas parras que por aquí crecen aún ni te recreaste en la escultura tan bonita que el agua fue modelando pegada y trabada en la pared por donde los caños caían. Ahí, en esa pared existe toda una maravilla que poco a poco se ha ido rompiendo de tan seco como se encuentra aquello. Viste por allí esas preciosas macetas de té de roca pero te pasó lo mismo: sólo te encontraste con una o dos y eso te deslumbró y cegó para no ver el resto, porque el té de roca que por allí crece no se acaba en esas dos macetas sino que hay muchas más. Tan abundante, buena y verde es por allí esta planta que no exagero si te digo que es donde más té de roca existe. En ningún sitio de este parque se concentran tantas plantas de té de roca como en este pequeño punto. Pero en fin, nosotros vamos a seguir por la ruta que ya hemos pensado. Te dejas caer desde la ladera buscando el arroyo. No es fácil cruzar este arroyo por la cantidad de sargas que en él crece y también por la buena corriente de agua que baja por ahí. Porque esto es lo primero que te sorprende: la buena corriente de agua limpia que por este arroyo baja. Porque y otros podéis pensar que como la cascada no corre y la sequía que ahora padecemos es tan grande, pues este arroyo cuyo nombre es arroyo de Cañada de Morales, se ha secado para siempre. A lo mejor piensas esto y te equivocas. Justo unos metros más abajo de donde se encuentran las pozas llenas de rocas, brota el manantial. Un caño de agua limpia y en tal cantidad que casi supera el cuerpo de una persona. En cuanto te acercas te asombra el borbotón de agua que ahí brota aunque desde lejos y por la sequía que padecemos y las tierras áridas que por la zona se ven, indiquen todo lo contrario.

Pero ojo: las veredas que vienes siguiendo no te traen al manantial sino a un pequeño vado que este arroyo tiene ahí, en lo hondo del barranco. De tanto pasar por la zona el rebaño, las zarzas se han roto y las torrenteras se han allanado surgiendo el vado con su hermosa corriente de agua limpia recién brotada del manantial unos metros más arriba. Derecho a este vado desciendes porque, además, ya desde lejos se ve que este es el único punto por donde se puede cruzar el arroyo. Y conforme

vienes bajando te va sorprendiendo dos cosas que ni te las esperabas y, además, son realmente hermosas y bellas.

LA ENCINA -14

Que por mucho que mires no la verás porque la encina ya hace mucho tiempo que desapareció de las tierras de este valle. Tampoco la he visto nunca pero según me han contado a mí, creció ahí mismo: en las tierras rojas de esa laderilla que en este momento recorres, camino del valle del arroyo. Ahí mismo creció y creo que la encina era de asombro. Tenía sus raíces clavadas en esas tierras rojas y en las rocas que por su esa ladera también hay y dicen que sólo su tronco era como el cuerpo de seis hombres juntos. Extendía sus ramas hacia el valle y creo que toda esta ladera se quedaba cubierta por sombra. Cuando desde el valle subía el viento, se estrellaba contra el follaje de esta encina y según me han contando a mí, aquello era todo un bosque temblando y un universo ceniciento de tantas hojas como allí se movían y tanto viento silbando por entre aquellas ramas.

Pero con ser aquella encina, su tronco, sus raíces y su sombra, lo más grande y hermoso que por ahí se conocía, dicen que lo más grandioso de aquel árbol eran sus bellotas. Casi parecían nueces de tan grandes, de buenas y apetitosas no tenían que envidiarle nada a las mejores castañas. Todo el mundo en el valle celebraba la época en que la encina tenía sus bellotas maduras pero los que más esperaban que llegara este momento eran los niños. Como las bellotas eran tan gordas y tenían un sabor tan bueno y alimentaban tanto, para los niños aquellos frutos eran más que exquisitas golosinas.

Se juntaban ellos en pandillas de cuatro o cinco y en aquellos días de otoño, cuando ya las lluvias habían regado todos los campos y las nieblas cubrían con su manto blanco el valle y las hondonadas de los arroyos, ellos se iban por las sendas organizando sus juegos. Y aunque sus juegos eran divertidos y les llenaba de profundo gozo, a ellos lo que más les gustaba era la encina. Primero juntarse allí bajo la encina, ojearla por aquí y por allá y cuando estaban algo seguros de sus buenas

bellotas ya negras, maduras, a punto para cogerlas y comérselas, emprendían la aventura. Subían por su tronco y con una rama, un trozo de palo de un metro o un metro y medio en la mano, vareaban todas las ramas de la encina dejando el suelo cubierto de aquellas gordas y ricas bellotas. Llenaban luego, después ellos sus bolsillos de aquellos frutos y mientras partían unas ahora y otras luego y se las iban comiendo, regresaban por la llanura cada uno a su cortijo.

Y dicen que era toda una fiesta, entre las personas mayores, las bellotas que aquellos chiquillos traían en sus bolsillos. Todos celebraba tener en sus manos un puñado de bellotas y todos compartían y saboreaban los ricos frutos de la encina más grande del valle. Y, además, decían que esto fue así todos los años durante mucho tiempo hasta que por fin un año ya la encina dejó de vivir. Desapareció para siempre de esa pequeña ladera por donde durante mucho tiempo luego crecieron pinos y después ya no creía nada porque el agua cubrió todas esas tierras.

LOS PESCADORES -15

Hoy por esa pequeña laderilla de tierra roja bajas buscando el vado del arroyo y cuando vienes saltando por algunas de las rocas sueltas que por ahí ruedan, te sorprende la segunda cosa: hasta tus oídos llega algarabía de niños. “¿Quiénes serán? Si esto se encuentra por completo solitario y hasta parece que tan lejos se encuentran estas tierras y tan abandonadas por los humanos que por aquí nadie puede venir”, te dices al tiempo que te paras para mirar y escuchar bien. Vuelves a oír la algarabía y viene justo del arroyo, por donde se encuentra el vado. “Seguro que son algunos niños de visitantes. Estarán los padres por la llanura y ellos mientras tanto juegan en el agua del arroyo”. Te sigues diciendo.

Saltas por las rocas al mismo tiempo que esquivas a los juncos y las matas de tarayes y bajas derecho al vado. Como vas sintiendo que ellos andan por completo en sus juegos por las risas que hasta ti llegan, te dices que ahora, en cuanto te vean aparecer hasta se pueden asustar. No esperan ellos que

de pronto aparezca por aquí un hombre, como tú tampoco los esperabas a ellos y esto les va a sorprender bastante. Piensas, por esto, en la manera de aparecerte para que sea lo menos terrorífica posible y aunque esperas que te vean cuando te acercas no sucede así. Tan en sus cosas andan ellos que ya te encuentras a diez metros de donde juegan y aún no te han visto. Hoy hace bastante calor y como por aquí el arroyo sí tiene mucha agua, hasta piensas que su presencia aquí puede deberse a esto: que se están bañando en algún charco. Pero no, ya te encuentras en el mismo arroyo y los ves. Son tres niños que al parecer se han parado aquí a beber. Te ven ellos a ti justo cuando te paras sobre la torrentera ya en el mismo arroyo. Ahí te quedas quieto y los saludas diciendo:
- ¡Hola, jóvenes!
Al verte, remontado sobre la torrentera mucho más alto que ellos, quieto ya cinco metros del arroyo en cuya corriente juegan, te miran bastante sorprendidos, dejan sus cosas y te saludan:
- ¡Hola!
- ¿Sois vosotros hijos del pastor que se ve ahí en la llanura?
- Nosotros venimos de pescar en el pantano ¿no ves los peces?
Y uno de ellos, el de estatura mediana, te enseña una bolsa de pescador bastante nueva y bonita, casi llena de peces. El otro, el más pequeño, juega con uno de los peces en el agua del arroyo.

- Este aún respira.
Y es verdad, un pez grande, barbo de casi un kilo de peso, aletea en la corriente del arroyo por donde el niño juega con él.
- ¿Tú qué eres guarda?
Te pregunta el tercero que de presencia parece el mayor al menos en la estatura.
- No soy guarda.
- ¿Entonces quién eres y qué buscas por aquí?
- Voy buscando al pastor de las ovejas que se ven ahí en la llanura.
- Si te vas por aquí te encontrarás enseguida con él.
- ¿Y cómo habéis pescado peces tan grandes?

- Pues con la caña ¿no la ves?
- ¿Y de dónde sois?
- Somos del Majar ¿lo conoces?
- El Majar es una aldea pequeña que se encuentra ahí, entre el Tóvar y Guadabraz. Por ese lugar he pasado alguna vez. Desde aquí yo creo que cae lejos.
- ¡No que va! Nosotros nos vamos por una trocha que sale por aquí y sube recta a Cañada Morales. Media hora tardamos en llegar a nuestra aldea.
- Y con los peces que habéis pescado ¿qué hacéis?
- Pues nos los comemos, anda que no están buenos fritos. Mira tengo aquí peces de tres colores.

Y alzando la bolsa te enseña un balbo, una carpa y un blac blac. Por lo que compruebas que es verdad y compruebas, además, que ellos han estado por aquí todo el día pescando. Les preguntas y te dicen que han comido sólo una lata de sardinas. Ninguno de los tres lleva ni camisa ni jersey, sólo unas sandalias y pantalones cortos, por eso los tres tienen tanto las espaldas como los brazos y el pecho más que morenos, casi negros.

Le dices que un día de estos va a ir por la aldea de El Majar y ellos responden que allí te esperan, que la escuela donde estudian la tienen en Cortijos Nuevos y que en su aldea sólo viven seis o siete familias. Luego te siguen aclarando que el agua de este arroyo se bebe, que es buena y se despiden de ti. Antes de que se alejen, cuando ya van empezando a subir la cuesta, les pides que se vuelvan y les haces una foto para el recuerdo.
- Espera que saco los peces para que se vean.
Te dice el más pequeño alzando la bolsa de nuevo y cogiendo en la mano uno de los peces. Les hace la foto y ahora te aclaran que ellos se llaman José, Julio y Sergio.
- Cuando vayas por El Majar pregunta por nosotros y nos llevas la foto.
- Seguro que no se me olvida.

Comienzan su subida en busca de la trocha y , como ya cae la tarde, echas una ojeada a la corriente del agua que de verdad es abundante, limpia y corre por aquí metida por entre los juncos y la torrentera y sigues tu ruta. Quieres encontrarte con el pastor y quieres no perder mucho tiempo para así estar un buen rato charlando con él.

BUSCANDO AL PASTOR -16

Los tres niños te han dicho que el pastor es de los últimos por estos rincones y ahora ya sí te pones a caminar en serio por esta llanura en busca de su rebaño lo primero que haces es precisamente esto: repetirte mentalmente el nombre del pastor para que no se te olvide. En cuanto te encuentres con él lo vas a saludar pronunciando su propio nombre. Piensas que este detalle va a gustarle y al mismo tiempo a ti te servirá para que el encuentro sea lo más natural del mundo. Desde hace más de un año, andas buscándolo porque casi siempre que pasas por la carretera ves las ovejas por estas llanuras y aquellas veces que por fin bajaste por estas tierras luego nunca tuviste la suerte de encontrarlo y hablar de las cosas que a ti tanto te gustan y piensas que él conoce perfectamente.

Por otro lado la llanura es toda una pura sensación, desde un aspecto dulce, nostálgica desde otro aspecto y llena de ausencias desde todos los aspectos y tremendamente preñada de vivencias. Y le vas entrando a esta llanura a media ladera entre el camino viejo que discurre por la derecha metido entre los pinos en la línea en que las aguas llegan cuando rebosa el pantano y el río de HORNOS en el centro de la parte más baja.

Desde esta línea se domina y ve mejor todo, la cumbre por lo alto y la llanura por el fondo. Pero la llanura es lo que ahora te interesa y el rebaño que no se te pierda de vista. Y desde esta media ladera según avanzas, dentro del alma te crece la doble sensación. Algo existe u ocurrió por estas tierras altas de la llanura que a tu lado derecho vas dejando y algo aún más profundo existe y ocurrió por estas tierras bajas que son las

que forma la llanura. Te gustaría a ti saber qué es ese algo que sientes vibrar con tanta energía dentro de tu alma pero no puedes ver ni tocar ni tampoco concebir con claridad dentro de tu mente. Todo se te presenta por la región de los invisible y aunque notas su presencia porque se te clava en el espíritu no acabas de saber ni su forma ni su realidad material si es que la tiene.

Por el lado de la ladera, la dulce y profunda sensación te llega en forma de vagas imágenes transparentes y al mismo tiempo materiales. Como si en tiempos muy lejanos hubiera existido por aquí y aún existiera una tierra, no roja como las que vas pisando esta tarde sino transparente, en forma de trozos de viento que se puede tocar, pisar y hasta saborear pero que es una materia que no pertenece al mundo de la materia que se ve con los ojos. Como si toda esta tierra estuviera preñada de ese fantástico mundo transparente que son trozos de viento cristalizados y entre ellos las personas con sus sentimientos y sus hermosas figuras, las de aquellos tiempos pero realzadas y engrandecidas que aún siguen aquí. Más allá no te es permitido llegar a ti porque todo es así: como un mundo de materia transparente que transmite sensaciones dulces y placenteras que existe y late aquí pero que no puede tocarse.

Y por el lado de la llanura la sensación es como de nostalgia, como si ellos estuvieran aquí, vestidos con sus mejores trajes y en medio de sus momentos de luchas y sudores, celebrando una fiesta donde todo se convierte en un puro manantial de gozo y placer. Pero te pasa lo mismo. ¿Quiénes son ellos que a pesar del tiempo la juventud y belleza resplandece en sus rostros? ¿Quiénes son ellos que aunque casi los estás viendo revestidos de tanta hermosura pero al mismo tiempo no los ves ni los tocas? ¿Y por qué parecen como inmortales y al mismo tiempo existe entre ellos y un abismo infinito? Y ellos, su fiesta, sus danzas, su presencia en el centro de esta llanura, transmite hacia tu ser un chorro de sensaciones dulces, profundamente dulces y gozosas y tan profundamente agradables son que ya te parece doloroso y hasta desagradable pisar, ver y tocar la

tierra, la materia que ahora mismo ves y tocas e incluso hasta las personas que se mueven y respiran por esta materia. Tan profundamente agradable es todo lo que ellos te transmiten que conforme vas avanzando ya sientes nostalgia por lo que atrás se va quedando.

¿Qué es aquello y qué esto y qué la tierra que ahora pisas que parece como si ya no existiera? Esto es lo que te preguntas mientras recorres la ladera surcándola a media altura en busca del último llano que se ve al fondo por donde las aguas todavía llegan y las ovejas pastan.
- ¿Y qué es aquello y qué es esto?
Le preguntas al hombre mayor que te da compañía en el balcón del pueblo mientras mira hacia las llanuras de la vega y espera sin saber qué.
- Pues aquello es la vida, la inmortalidad de lo que siempre fue bello que aunque el tiempo parece que lo pudre y los humanos lo machaquen con sus egoísmos y sus soberbias, permanece y vive para siempre y tú lo sabías.
- ¿Qué sabía yo?
- Que te iba a pasar lo que te ha pasado en cuanto te adentraras en la soledad y al mismo tiempo esplendor de la llanura.
- ¿Y por qué sucede?
- Es este todo un mundo tan lleno de fuerza y repleto de presencia y reminiscencias humanas que es normal que aquí se sienta y se capte lo que no es posible saborear en ningún otro rincón de este planeta. No es esta llanura un trozo cualquiera de tierra aunque en estos momentos, esta tarde, permanece silenciosa, seca, atravesada de franjas de tierras roja, repleta de tarayes verdes y con la presencia de un pequeño rebaño de ovejas pastando por ahí.

LA OVEJA RECIEN PARIDA -17

En cuanto desde el lado del arroyo remontas un poco hacia la otra ladera gemela con la que sostiene las últimas paredes de El Chorreón, ya divisas la gran llanura. Y ahora resulta que

las ovejas se han ido. Hace un rato las viste pastando en la misma llanura blanca y un rodal de tierra más llana que se encuentra por aquí más cerca. Pero ahora se han ido de aquí y se ven allá abajo, cerca de las aguas del pantano, por entre las aneas. Sin embargo, en la llanura se ha quedado una oveja. En cuanto la ves sabes por qué se ha quedado por aquí. Acaba de parir y como el rebaño sigue por las tierras buscando la cola del pantano, el pastor se la ha dejado por aquí pensando volver luego a por ella. El animal al verte se asusta de ti e intenta irse hacia donde se encuentra el rebaño pero no puede. El corderillo recién nacido aún no se sostiene de pie y la oveja todavía no ha expulsado la placenta, "los pares", que es como también se le llama entre las personas del campo.

Como sabes que en estos momentos el animal lo que necesita es tranquilidad, para evitar que salga huyendo de ti y se deje por aquí a su pequeño cordero, te subes pegando al camino. Es decir, te alejas dando un rodeo y lo primero que te encuentras por esta nueva ruta es un buen puñado de tarayes y por entre ellos te vas yendo procurando retirarte lo más posible de la oveja parida para no molestarla y buscando al mismo tiempo al pastor. Cada vez que vienes por aquí o al menos las tres o cuatro veces que has venido por aquí, se te pierde y hoy y no quieres irte sin saludarlo y hablar con él un buen rato. ¿Cuántas cosas no sabrá él de esta llanura y las tierras que le rodean? Esto es lo que te atrae y por eso quiere hacerte su amigo.

Ya has rebasado el rincón donde se encuentra la oveja y ahora vas recto al rebaño que ya se ve junto a las aguas. La llanura es impresionante, de tierras buenas y casi desoladas por la sequedad. Por aquí sólo crecen algunos tarayes y algunas hierbas de poca calidad que ahora mismo sólo son pasto machacado de tanto como las ovejas lo trillan.

Adivinas lo hermosa que se pondrá esta llanura en primavera, cuando vienen buenos años de lluvias. Desde aquí se ve muy bien el pueblo de HORNOS que ciertamente es bonito desde el centro de estas tierras llanas. Se comprende

por qué construyeron el pueblo justo donde se encuentra levantado. Desde esa roca se domina perfectamente todas las tierras llanas de este valle. Como un mirador perfecto que si hubiera sido construido por los humanos no habría llegado a la perfección que por sí la naturaleza logró. Desde aquí te encuentras también bastante cerca de la Platera, el Carrasco y HORNOS el Viejo porque te encuentras casi enfrente. Sólo cruzar el cauce del río y remontar las primeras laderas. También por aquí te encuentras muy cerca de lo que es el ojo de la Laguna y el balneario, los baños antiguos que es como por aquí lo conocen ellos. Ambas cosas aún son como pequeñas nebulosas en tu mente. Sabes que existen y que fueron importantes en aquellos tiempos pero es pura imagen e inconcreta en tu mente.

Sigues ahora bajando encontrándote en estos momentos casi al nivel del agua de la cola del pantano y esto es una auténtica llanura, una delicia, un campo de fútbol, casi un mundo entero. Lo fértil que sería esto y las buenas cosechas que de aquí saldrían. Lo vas adivinando y hasta casi lo ves mientras te acercas.

LOS BAÑOS DE LA LAGUNA -18

Mismamente donde se remansan las últimas aguas de la cola del pantano, donde el fango es más peligroso y crecen las aneas, aquí te encuentras con el pastor. Y como a pesar de todo no lo conoces de nada, tus primeras palabras con él son un corto saludo y enseguida le dices:

- Llevo buscando el balneario por aquí más de un año y aún no he dado con él ¿sabes dónde se encuentra?

Él te mira con la sorpresa de no haber comprendido la pregunta y entonces caes en la cuenta que la palabra “balneario” a él no le dice nada.

- Unos viejos baños árabes que me han dicho existieron por estas llanuras.

- ¡Ya está hombre! Eso son las aguas esas donde se bañan para que se les quite la “riuma”.

- Pero creo que es peligroso meterse ahí ¿no?
- Claro, en el pozo no, en lo que es peligroso meterse es en el ojo de la laguna que es todo cieno. Ahí no, en las obras que hay más para abajo. En lo que está cieno ahí no se mete nadie. Conque es, fíjate, aquí hay un “roal” igual. Este “roalete” ahí se sorbe; el otro día se me metió a mi una oveja y a pocas la puedo sacar. ¿Tú nunca has estado en esos baños?

- Si te digo la verdad yo he estado por ahí dos o tres veces. Este invierno cuando hacía mucho frío y toda esta ladera norte olía a ramón de olivo quemado en las lumbres que hacen los aceituneros, estuve en las mismas casas de Fuente de la Higuera. Exactamente junto a ese armatoste de paneles solares que los de la Junta de Andalucía les pusieron a las personas que allí viven y que ahora ya casi no sirve para nada. Estuve en otra ocasión hace cinco años con unos niños y bajamos a bañarnos al pantano y después también nos bañamos en ese arroyo que pasa cerca de la laguna. ¿Cómo se llama?
- Arroyo de la Laguna, precisamente aunque otros también le dicen arroyo de la Canalica o de Monteagudo por encontrarse cerca tanto de la aldea como del monte.

- Pues aquel día al caer la tarde estuvimos sentados en la sombra de los pinos que crecen junto a la fuente que hicieron para los visitantes. Pero ni en esta primera vez ni en la segunda aprendí demasiado de estos baños ni de la laguna. Luego, después, un día mi amigo Aquilino que vive en HORNOS el Viejo me estuvo diciendo que: “Mira, la Dehesa de la Laguna es todo esto; toda la llanura esta que cubre el charco. Nosotros desde siempre llamamos a esas tierras con ese nombre, Dehesa de la Laguna pero en realidad eso es La Laguna que es el nombre de unos de los montes ordenados del estado. El número 123 y todo el conjunto se llama así, La Laguna. Bueno, pues al lado de allá de lo que es el ojo de la laguna nace la fuente esa de los baños. Yo fui por allí en los meses de noviembre y diciembre y es curioso como de aquel manantial brota el agua caliente, caliente; lo que pasa es que eso es de los mejores balnearios que hay en España. No, si

han mandando agua a Madrid o no sé y dicen que es de lo mejor que existe. Eso es que como el pantano ha estado antes lleno hasta arriba cogía todo el cerro pero como ahora ha bajado ya se ve pero ya le digo, eso es un agua terrible de buena. Se daban tres baños uno y salía corriendo. Lo han "solicitao" para hacerlo más para arriba pero es que eso yo no sé, porque tenía mucha fuerza un pantano así, si no estaba funcionando bien puesto en orden. Aunque el año pasado tuvo eso mucho ruido de que habían mandado agua y dijeron que a lo mejor lo ponían en funcionamiento, porque dijeron que era lo mejor que habían visto en Madrid para curar".

Estas cosas son lo que un día me dijo a mí mi amigo Aquilino de HORNOS el Viejo. Luego otro día, desde ese bello mirador de la Puerta Nueva en el mismo pueblo de HORNOS, mi otro amigo me dijo que: "Mire usted, yo no sé si las aguas de este baño serán buenas o malas, yo sólo puedo decirle que cuando tenía tres años no podía andar del reuma. Tenía las manos torcidas, los pies también y no podía ni moverme. Buen pues yo fui un día a esos baños y me bañé, me di tres baños y al cuarto ya subía por todos estos cerros como si no tuviera nada. Me dijeron que con tres baños tenía bastante pero me di hasta siete y desde entonces todo aquello que yo tenía se me fue para siempre. Tenía yo tres años y aquí me tiene usted con casi ochenta tan fuerte y tan sano. Desde aquellos días no sé yo lo que es el reuma. Así que esto es lo que puedo decirle de las aguas de esos baños".

Luego otro día, allá por el mismo collado de la Hoya del Cambrón, donde el pico Aroca y su gemelo forma un collado primoroso y brota un manantial que le han puesto cinco tornajos de madera para que beban los animales, allí una tarde de otoño, me encontré yo a mi amigo Ceferino que estaba cogiendo agua en sus garrafas de plástico blanco para llevársela a la aldea de las Casas de Carrasco que es donde vive él. Le pregunté algo sobre estos baños y me dijo que esto antes era de los padres de la Dora. Así que esto es lo que sé de los antiguos y viejos baños árabes o romanos, que tampoco lo tengo claro, de aquí, de la fuente de la laguna de aguas

saladas y que para siempre quedaron rotos por las aguas del pantano cuando se llenó. Y hoy, esta tarde ando otra vez recorriendo el rincón en busca de más información de los baños. Como te he visto a ti por aquí careando a tus ovejas me he dicho que seguro que sabes mucho de estos baños y por eso me he venido en tu busca a ver si me dices algo. Seguro que eres el que más sabes tanto de la laguna como de los baños y del manantial de aguas medicinales.

El pastor de las llanuras de La Laguna, dueño ahora de las ruinas de El Chorreón para encerrar a sus ovejas, te mira y como otra vez le preguntas por las ruinas que se ven algo más abajo de donde brota el manantial, te dice:
- Si ya te lo he dicho: los baños se encuentran cerca de ese ojo. Casi arriba del todo. Lo otro, lo que me estás diciendo ahora era antes una pequeña aldeilla.
- ¿Que la derribaron?
- Claro, la derribaron porque se llenó de agua todo eso.
- ¿Recuerdas cómo se llamaba?
- Eso se llamaba el Cortijo Moreno y lo derribaron igual que aquellas dos ruinas de casas que se ven allí, el Soto del arriba y el Soto de abajo. Dos preciosos cortijos hechos de pura piedra y que se asentaban en la llanura de un pequeño arroyo que baja desde el Pico de Monteagudo en cuya falda, entre pinos y olivares, aún se encuentra Fuente de la Higuera. Si algún día vas por ahí, por donde ahora se ven los cortijos del Soto, como las aguas del pantano lo han dejado al descubierto fíjate bien y verás qué bonito es todavía aquello. Tan recogido en la hondonada, tan majestuosamente alzado frente a las otras tierras llanas, las que ahora mismo cubren las aguas. Y como las piedras que formaron las paredes de esas dos hermosas casas durante mucho tiempo han estado bajo las aguas y como estas viendo, las tierras que por aquí existen son todas de color rojo, ahora que esas piedras están al descubierto, según te acercas a las ruinas te parece que aquello en lugar de piedras son adobes de barro. Eso es lo que les oigo decir de vez en cuando a los visitantes pero ya sabes, los visitantes son todos unos analfabetos. Con la cantidad de piedras que tienen estas tierras nuestras a quién se le ocurre

pensar que los serranos de aquellos tiempos iban a usar adobes de barro para construir sus casas y no piedras como es lógico y siempre se hizo.
- Pero ¿y los baños?
- Mira, apréndete de memoria lo que voy a decirte para que ya de una vez por todas conozcas esos baños, en el sitio exacto en que se encuentran y lo que por ahí queda ahora mismo.
- Venga , estoy preparado. ¿Cuál es el mejor camino para llegar hasta la laguna y una vez ahí qué senda me lleva hasta el manantial?

- Tú tienes que aproximarte siguiendo la pista que arranca justo en el puente de río de HORNOS. Si vas dirección al pueblo, en cuanto cruces este puente, a la derecha arranca la pista. Fíjate que también a la derecha antes de cruzar el puente arranca ese camino que recorre todo el borde del pantano y pasa por El Chorreón. Tu camino favorito que en realidad es el mismo que también te sirve para venir a los baños. Al cruzar el puente lo coges y al principio te lo encuentras asfaltado, deslizándose por entre unas hermosas choperas y dejando a la izquierda una extensa ladera de tierra multicolor. Enseguida cruzas otro puente que es el de arroyo del Aceite o de los Molinos ahora arroyo de la Garganta y a continuación entras en una gran llanura. Una preciosa cañada coronada por el pueblo rey a la izquierda y engalanada con álamos y olivos a la derecha. ¿Qué decías que te habían dicho de esa cañada?
- A mí me habían dicho de esa cañada que cuando en primavera se llena de hierba y cuando la hierba empieza a florecer, esa cañada en los más bonito que existe en estas sierras.
- Y no te han dicho cosas falsas. Ven algún día por aquí cuando la primavera haya reventado y ya verás cosas hermosas de tanta hierba verde como ahí crece de las mil flores que de esa hierba brotan, el aire tan limpio que por ahí siempre corre y el perfume tan delicado que de toda esa llanura mana. Un rincón delicioso dentro de un paraíso como es todo este gran rincón de la cola del pantano para este lado del pueblo de HORNOS.

Pues como te iba diciendo, por esta cañada de ensueño, a la derecha, tienes el campo de fútbol del pueblo de la roca. Como verás se encuentra bastante lejos del pueblo pero es que allí arriba, donde se alza el pueblo, no es posible un campo de fútbol. De eso ya te habrás dado cuenta.
- Claro que de eso ya me he dado cuenta.
- Sobre aquellas cumbres, si allí se hiciera un campo para jugar, cuando el balón se escapara no dejaría de rodar hasta llegar al río. Para bajar a por él y subir luego, dos horas tardas.

En cuanto dejas atrás esta llanura, la carretera todavía asfaltada comienza a bajar y a subir y a trazar curvas y esto, aunque no lo creas, tiene su emoción. Atraviesas por aquí los paisajes más bonitos de todas estas sierras. Es una zona esta en la que los mil arroyuelos que descienden por la ladera van muriendo en la llanura del río ahora convertida en pantano y por eso las subidas, las bajadas y las cuencas se suceden una detrás de otra. Justo en un arroyuelo que a la entrada de la Loma de Alcántara por el lado de la sierra queda y que baja desde el cortijo de Covatilla, aquí justo termina el asfalto de esta pequeña carretera.

Te darás cuenta enseguida no sólo por el firme que ya se convierte en tierra y piedra viva sino por la pequeña y hermosa llanura sembrada de chopos y olivares, que aquí se extiende. Si miras bien verás que a la izquierda arranca una pista que atravesando olivares, cruzando arroyos y remontando lomas sube hasta el mismo pueblo de HORNOS por el lado de las casas nuevas. A ti en esta ocasión no te interesa este camino. Sigue recto y al poco tiempo te encuentras a la derecha con las ruinas de la antigua salina de abajo. ¿Que cómo se llama ese arroyo?
- Eso quería preguntarte.
- Pues mira, ese arroyo tiene unos pocos nombres aunque todos son uno y uno son todos.
- Explícalo que lo entienda porque yo soy corto de luces.
- ¡Te lo explico! Ese arroyo se llama entre nosotros o al menos se llamó, el de los Saleros por aquello de las dos salinas famosas de este pueblo de HORNOS. Las dos salinas se

encuentran muy cerca de donde corren las aguas de este arroyo. También se llama arroyo de los Molinos por aquellos de los dos o tres molinos que en otros tiempos hubo instalados en el cauce de este arroyo y luego, además, se llama arroyo de la Cuesta de la Escalera por aquello de que si lo recorres desde abajo hasta la cumbre no parece otra cosa sino una pura escalera de tantas curvas, cascadas y cerradas como tiene. ¿Lo entiendes ya?

- ¡Perfectamente!
- Pues seguimos. Mismamente donde se ven todavía las ruinas de la salina de abajo, unos canalillos de mezcla y unas pequeñas albercas con muy poca profundidad donde se embalsaba el agua para que la sal se cuajara, se alza un puente que da paso al arroyo de los tres nombres. Y pon atención a este arroyo: en algún momento de este gran recorrido tuyo por el Parque Natural tendrás que andártelo para aprendértelo con todos sus detalles.
- ¿Por qué dices esto?
- Es este arroyo no sólo realmente bonito, caudaloso y espectacular, sino importante, muy importante entre todas las tierras, montes y arroyos del término de HORNOS y mucho más. Si un día no te lo aprendes a fondo, si no lo recorres y metes dentro de ti cada uno de los charcos, cascadas, curvas y otros mil detalles, siempre te faltará quizá la pieza más importante del gran puzzle de este hermoso territorio hoy Parque Natural. No lo olvides: se llama arroyo de la Cuesta de la Escalara y otros dos nombres más y es hermosamente grandioso.
- Tranquilo que con lo que me está diciendo ya he tomado nota. Seguro que no lo voy a olvidar nunca.

Pues como vamos a seguir, cruzas su puente y a partir de aquí la carretera, ahora ya pista forestal de tierra, traza curvas y más curvas. Por aquí cada vez más las llanuras del gran valle del pantano, se van cerrando y la gran ladera umbría también cada vez más se va ensanchando. ¿Me ibas a preguntar que cómo se llama esta ladera que dejamos a la izquierda?

- Te iba yo a preguntar por algunos nombres de esta ladera de la izquierda porque creo que por ahí se encuentra el Cerro del Romeral.

- Se encuentra por ahí ese cerro, el Cerro del Robledillo más arriba y Cumbrecillas más adelante. Claro que esto es así a lo grande, a lo pequeño entre nombre y nombre existen ciento y pico o más. Frente al Cerro del Romeral te queda la Solana de la "Pariera" que ya lo conoces por el Cerro Molina.
- Lo de las Cumbrecillas es lo que no tengo muy claro.
- Un día de estos te decidirás y por fin subirás al gran pico de Monteagudo ¿me equivoco?
- Es lo que te quería decir en cuanto tuviera una oportunidad. Un día de estos, antes de que pasen muchos días, quiero subir al pico de Monteagudo.
- Pues en su momento ya te diré a ti por dónde tienes que entrarle a ese pico, cómo se llama ese collado que estamos viendo ahí por encima de la aldea de la Canalica, cómo se llaman también aquellos mil cortijos que al otro lado del collado y del pico de Monteagudo se encuentran, lo que hubo por las vegas del gran arroyo de Montero y otro montón de cosas más que todo ellos darán para escribir un buen libro pero además, bonito y lleno de emociones. Todo este monte y aquel barranco fue un hervidero de seres humanos cada uno con su cortijo, sus huertas, sus animales, sus tinadas, sus olivares, sus molinos, sus sendas, sus tierras sembradas de trigo y centeno y su hermosa lucha por la vida entre bosques y cascadas. Ya un día hablaremos de aquel arroyo con su monte aquí delante y su collado.
- ¿Pero y lo de Cumbrecillas qué?
- Las Cumbrecillas son esas que bajan desde el Cerro del Robledillo hasta el Collado de Montero que es como se llama donde terminan las Cumbrecillas y empieza en Pico de Monteagudo y el arroyo de la Laguna. Pero ahora seguimos. Te hablaba de la ladera y te hablaba de la llanura y te digo que ambas cosas dan como resultado que los cauces de los arroyuelos que la pista va cortando también sean cada vez más profundos y complicados. La pista se adapta a ellos en lo que puede adaptarse y por eso se convierte en una pura curva

hasta que llegas otra vez a la altura de la auténtica Loma de Alcántara. Enseguida lo adviertes porque los espacios se ensanchan y las encinas milenarias aparecen a un lado y otro, el bosque es casi todo carrasca y algunos robles que se enredan entre las viejas encinas y sobre todo lo adviertes porque los caminos se dividen. Un gran letrero puesto ahí por la Junta de Andalucía te lo indica y otro letrero más pequeño te indica hacia donde queda la Platera, el Carrascal y HORNOS el Viejo. También quiero decirte que prestes atención a este lugar porque tendrás que irte un día por esta ruta para empaparte bien del grandioso trozo de tierra que por este lado tiene el pueblo de la roca. A lo mejor por aquí tendrás que coger el camino que te llevará a Monteagudo y al arroyo de Montero, porque si te decides ir con el coche, no hay otra ruta.
- Ya tomo nota también y cuando llegue el momento decidiré si voy en el coche o busco otros caminos por los cuales creo que también se llega aunque tenga que ser andando.

- En su momento también te diré cuales son esos caminos aunque sean sólo arroyos para que tengas varias posibilidades. Así que te iba diciendo que es sencillamente un ensueño lo que por aquí existe. Tú ruta de hoy sigue recta y no tuerce ni a la derecha ni a la izquierda y prepárate porque a partir de ahora es cuando empiezan de verdad las curvas y los barrancos que al mismo tiempo están repletos de olivares y pinos carrascos. Todos los arroyuelos son pequeños pero muy parecidos y que descienden desde los olivares y algún que otro cortijillo. Sólo corre agua por estos arroyos cuando las lluvias caen en abundancia sobre las cumbres de Cumbrecillas y casi siempre más que agua lo que corre por ellos son toneladas de tierra roja. Y no te hablo de oídas; con mis propios ojos he visto más de una vez bajar riadas que eran toneladas de tierra roja de todas estas laderas. En esto momentos recuerdo especialmente una que me cogió a mí cuando era pequeño.

Llovió aquella noche toda ella entera sin parar pero el día anterior e incluso la tarde antes de aquella noche ni siquiera estuvo nublado. Era un día de primavera delicioso y como ya empezaba el calor y las praderas todavía permanecían verdes

y repletas de flores, aquella noche, en el cortijo de la cañada, decidieron dejar el rebaño en el campo. Allí en medio del campo bajo las encinas grandes y también por allí se quedaron los dueños de las tierras, el cortijo y el ganado, pues eso, gozando de la noche tan agradable que hacía y dándole compañía al rebaño. Pero aquella noche empezó a llover sobre las cumbres del Cerro Robledillo, sobre Cumbrecillas y por Monteagudo y tanto llovió que cuando por fin vino la luz del día ni se veía la cañada donde el rebaño se había quedado ni el cortijillo ni el rebaño y a los dueños sí se les veía pero era porque pedían auxilio remontados sobre el cerro de enfrente.

A mí me cogió allí cerca y aunque todavía era pequeño recuerdo muy bien ahora cómo fue todo aquello. El agua color chocolate bajaba por allí extendida como en un gran manto, cubriendo toda la cañada y llevándose por delante las cosechas que crecían en aquella cañada, los árboles, las ovejas y hasta las paredes del cortijo. De este lado del río subimos nosotros, los niños a curiosear y los mayores a echar una mano y aunque espectacularmente allí el agua cubría y arrasaba corrales y tierras, especialmente allí ocurría todo un gran desastre. Nosotros los niños nos quedamos remontados en el cerrillo y ya te digo, desde allí era digno de verse aquello. El gran manto de agua que más bien era puro barro, saltaba en cascadas y borbotones llenando toda la ladera y todos los arroyos y formando luego una gran laguna en la parte baja. Sin ganado, sin cortijo, sin tierras se quedaron aquellas pobres personas y eso fue lo que más me impresionó a mí. Lo vi todo con mis propios ojos y desde entonces no lo he podido olvidar.

Pero en fin, te iba diciendo a ti que hoy atraviesas estos arroyuelos y también la cañada y tierras donde estuvo aquel cortijillo y cuando ya sales de un arroyo, la pista traza una pequeña recta y al final aparece la zona que todos llaman y conocen por Fuente de la Higuera. ¿Que cómo se llama ese arroyo?
- Te iba yo a preguntar eso porque ya sabes que valoro mucho los nombres con los que vosotros llamáis a ésta y a aquella parte de la sierra.

- Pues ese arroyo ya sabes que se llama el arroyo de la Laguna y el que hay un poco antes es el arroyo Salado. No aparecen en los mapas o más bien aunque aparecen señalados el arroyo no le ponen ningún nombre. Y lo que te decía antes, Fuente de la Higuera, era el nombre del camping que no de la aldea que se llama lo mismo y queda más arriba, sobre la ladera de Monteagudo, asomada al barranco donde se embalsan las aguas del pantano y asentada en los terrenos de un pequeño puntalillo. Nada, cinco o seis familias viven allí y otras tantas casas y los pobres hasta sin luz eléctrica están. Ellos son de aquellos que utilizaron para la experiencia de la energía solar y que pasado el tiempo todos ya hemos visto como ha fracasado. Pero, aún así, la aldea es una pequeña joya de tan blanca, recogida sobre la ladera, entre montes y olivos y con los niños allí jugando. Cuando puedas ve por allí y hazte amigo de ellos ya verás como aquellas cuatro casas no parecen cuatro casas sino un auténtico paraíso colgado en las nubes y el infinito del cielo.

Pero como hoy vamos exclusivamente a la llanura de Fuente de la Higuera camping, te quedas por ahí. Mismamente ahí muere un ramal de la pista y lo primero que ves son los cuatro pinos carrascos amontonados junto a la fuente donde los visitantes cogen, beben y lavan sus ropas y cachivaches de cocina, la laguna de las aguas turbias y saladas, las mesas de piedra y asientos repartidas por la sombra de los pinos, la fuente que es un tubo de plástico que han puesto allí por donde sale el agua que viene de la parte alta del arroyo de la Canalica que también se llama así este arroyo. En realidad a esta zona casi todos la llamamos camping y no lo es porque eso de ahí es una zona de acampada libre, la única de tantas como la Agencia del Medio Ambiente creó y ha quedado por estas sierras y la que también debería desaparecer rápidamente y por completo.

En el folleto que también la Junta de Andalucía en la época del auge de este Parque 1989, en el apartado que dedicaba a las áreas de acampada libre, de este lugar se decía: “El área de acampada de Fuente de la Higuera está localizada en la

cola del Pantano del Tranco, justo al límite del vaso del pantano. El acceso al área de acampada se realiza a través de la carretera loca Cortijo Nuevos, HORNOS, siguiendo ésta local se llega al cruce con la local que se dirige al Tranco de Beas, a unos 8 kilómetros de distancia de dicho cruce y a la izquierda se encuentra situada el área de acampada. El tipo de usuario que afluye a estas instalaciones es familiar y grupos de gente joven y posee un alto nivel de asistencia durante todo el año. Cuenta con los siguientes servicios: letrinas, recogida de residuos sólidos y fuente de agua potable. La vegetación de la zona está formada por el pino carrasco, el lentisco, el taray y el olivo, siendo los ejemplares faunísticos más representativos el ciervo, el jabalí, la ardilla, el águila culebrera, la trucha, el barbo y la carpa".

Esto era lo que se recogía en aquel librito que repartieron a los visitantes que visitaban las tierras de este Parque por aquellos tiempos. Esto era lo que recogía y decía de esta zona y ahora que hemos tocado el tema, hay que ver la cantidad de folletos, letreros, zonas de acampadas y otras mil cosas más que pusieron en marcha por aquellas fechas los de la Junta de Andalucía. Aquello fue como una fiebre para de alguna manera convencernos a los serranos de que la historia esta del Parque era buena. ¿Tú no te diste cuenta?
- ¡Vaya que si me di cuanta!

- En fin, nosotros vamos a lo nuestro porque si no vamos a estar por aquí un año entero. Hablando de este rincón te sigo diciendo que hoy casi seis años después de aquel folletito que el AMA repartió a los visitantes, lo que allí se decía de Fuente de la Higuera es todo una falacia. Cuando llegues a ese lugar date una vuelta por allí. Enseguida descubrirás el campo sembrado de excrementos humanos junto a las sucias compresas de las mujeres y los montones de papel higiénico. De letrinas tal como se decía en el escrito nada. La gente que viene por aquí tiene que hacer sus necesidades por entre los bosques de los verdes tarayes y bajo los pinos carrascos.

Desde luego que es una preciosidad el charco ese que nosotros llamamos “el ojo de la Laguna” pero si te decides recorrerla metido por entre los juncos y los tarayes que le rodean, ten cuidado que pisarás de todo menos tierra limpia. Y el otro tema es que por aquí cada uno acampa donde quiere. Meten los coches por esta preciosa ladera y en cualquier sitio aparcan, montan la tienda y organizan sus fogatas y demás diversiones. En la fuente, en un letrero mal pintado y clavado en el tronco de un pino, puedes leer: “Agua potable, no controlada”.

Tú puedes dejar el coche a la entrada misma de esta zona, en la misma pista junto a al fuente, pegado a los pinos para que no estorbe y en cuanto te bajes lo primero que ves es el charro de agua que cae por el tubo de plástico negro que cuelga hacia los tornajos de madera. Verás allí mismo las mesas y los asientos de piedra y un poco más abajo, cayendo hacia el arroyo de la Canalica, la laguna remansada entre aneas, tarayes y grandes juncos. Te llamará la atención el color turbio que tiene el agua de esa laguna que es el mismo color de la tierra que le rodea y siempre se ve lo mismo. Tanto en invierno como en verano, en primavera y en otoño esta laguna siempre tiene sus aguas turbias cosa que creo que nadie podrá decir por qué. En cuanto la ves enseguida piensas que lo normal es que un agua embalsada y que mana sin parar, se presente transparente y más la de esta laguna que tan protegida se encuentra por ese casi infranqueable muro de vegetación que le rodea. Es decir: nadie entra ni sale ni tampoco animales en las aguas de esta laguna. Nadie remueve las aguas ni los cienos de la laguna sino que en todo momento permanece serena y llena de placidez y, sin embargo, no te explicas que siempre se le vea turbia como si acabaran de removerla para ensuciarla acaso hecho.

También te llamará la atención unos pequeños letreros que la Junta ha puesto por entre esos juncos. “Peligro permanente, laguneta”. Una cursilería y un desprecio, una provocación a nuestras cosas y a nosotros mismo porque desde tiempos lejanísimos todos los que hemos vivido en estas sierras y

somos de ellas, toda la vida hemos llamado a ese charco la laguna o El Ojo de la Laguna pero “laguneta”, jamás nadie lo ha dicho por aquí hasta que llegaron estos de la Junta con el tema del Parque Natural y los visitantes. ¡Qué tontería y cursilería llamar “laguneta” a lo que siempre fue nuestra misteriosa y bella laguna! Pero allí está escrito en esos también cúrsiles letreros pintados de blanco y clavados entre los juncos sin ninguna estética ni gusto. Dicen que este invierno del 1995 le van a poner, por la parte de los visitantes, unas estacas clavadas en el suelo y cogidas con cemento y quizá también una alambrada para que así se evite el peligro de que un día un visitante despistado se caiga y ocurra una desgracia.

Y por último, otra cosa que te llamará la atención nada más empezar a meterte por aquí es la gente, las cuatro personas que de vez en cuando vienen a este lugar a pasar unos días. En primer lugar te encontrarás, entre las mesas y los asientos de piedra que hay cerca del charco de la laguna, un montón de garrafas de plástico amarradas con una cuerda. Son de un señor solitario que todos los años acude a este lugar desde Jaén a “veranear unos días”. Siempre se trae con él un montón de garrafas de plástico para llenarlas de agua de aquí porque dice que es la mejor agua del mundo. Que esta agua que sale por ese trozo de plástico que cuelga sea la mejor agua del mundo está por ver. Primero ya lo advierte el letrero que allí han puesto; ni siquiera te garantizan que sea potable y segundo es que esta agua la cogen del arroyo que baja por entre los olivos y metida en ese tubo de plástico recorre toda la ladera. Por eso cuando la bebes hasta te sabe a plástico y está caliente y no fresquita como siempre se encuentran todas las aguas que brotan en los mil manantiales de esta sierra. Pero en fin, este señor, si le preguntas, te dirá que él viene aquí todos los años a “veranear y a llevarse toda el agua que pueda de este chorro que sale por el tubo de plástico”.

Si te fijas bien verás que ahí mismo, entre los pinos tiene colgadas varias jaulas de madera vieja y dentro de ellas pájaros.

- Son chamarines, jilgueros y colorines que siempre me traigo conmigo para que también tengan sus vacaciones.
Te dirá si le preguntas. Algo curioso que te puede dar una idea de la clase de visitantes que acampan en la zona esta y que, además, te puede servir para comprobar que lo que se decía en el folleto de la Junta no se ajusta mucho a la realidad que por aquí encuentras. Por cierto, si te coge por aquí el atardecer o la noche, no te sorprenda las grandes bandadas de tordos que a estas horas, todos los días se refugian entre la vegetación que rodea la laguna. Llegan ellos al atardecer empezando a oscurecer y en cuanto amanece se van. Tanto al llegar como al irse forman una gran escandalera y luego, la laguna y sus tarayes, se quedan por completo en silencio. El fenómeno este se repite todos los días sobre todo en la época del verano.

El camino de coches que baja por entre los tarayes y surcando la ladera, después de varias curvas, viene a salir a una amplia llanura que queda un poco al sur y más abajo de la laguna. Por aquí verás un montón de restos de lumbres. Cada visitante que viene hace lo que quiere y luego cuando se va cada uno lo deja como quiere a pesar de existir hornillas de piedra allí, junto al chorro de agua de la fuente que los de la Junta hicieron para que los visitantes asaran sus chuletas. Pues, en cuanto te encuentras en esta llanura, ya sólo te quedan dos pasos para tropezarte con las ruinas de los viejos baños y con el chorro de agua que por allí brota que eso sí que es gloria y no la fuente de los visitantes. Pero aún todavía te extrañará porque la llanura de las lumbres de los visitantes y todo lo que por allí alrededor existe, se encuentra tan seco, tan lleno de aridez y tierra roja, que nada te puede indicar que a dos pasos más abajo brote un manantial como el que verás dentro de un rato. Sin embargo, te vienes un poco para la parte de abajo de la llanura de las lumbres y enseguida empezarás a ver algunos montones de piedras. Con gran facilidad se adivina que esas piedras son las ruinas de un antiguo edificio que enseguida asociarás a la de los baños que vienes buscando y no te equivocas. En cuanto avanzas unos metros ya se ven algunos de los trozos de pared que todavía quedan por ahí en

pie. Pero tu impresión sigue siendo la de que por aquí es imposible que brote ningún manantial de agua.

Un poco más y te adentras por entre las ruinas y cuando te detienes para, desde lo alto de uno de estos montones de piedras observar el panorama, oyes el chorro de agua. Sigues sin creértelo pero ahora ya la evidencia de la música del agua cayendo empieza a convencerte. Y en este momento sí tienes un rumbo fijo: te dejas llevar derecho hacia donde se oye el chapoteo y de pronto lo ves: al lado del levante de un trozo de pared de cal y canto, bastante ruinosa, por la parte de abajo, por un agujero en la pared, sale el chorrillo. Corre como un metro o así protegido por unas piedras gordas y al final se recoge en una canal de uralita que unos serranos pusieron un día allí y desde aquí cae a la pileta que inmediatamente adivinas fue una de las bañaderas de aquellos tiempos. Es una pileta bastante profunda construida de piedra y revestida de cemento y excavada en el suelo, tendrá como un metro y medio de larga por cincuenta centímetros de ancho y unos sesenta de profundidad. Tiene dos escalones en la parte que da a la montaña que seguro servían para bajar al fondo de ella cuando se encuentra llena y uno se mete para bañarse.

Antes de seguir, antes de mojar tus manos en el agua que sale por el agujero de la pared y cae a la pila, te paras y aquí de pie, en el centro de estas ruinas y junto a la vieja bañera con su chorro de agua, observas despacio el rincón. Te parece mentira que esta bañera, estas paredes y estas piedras sean de aquellos tiempos. De la época de los árabes dicen algunos y a pesar de este gran abandono y rotura por ser tierra esta que el pantano cubre con sus aguas, aún siguen aquí. Silenciosas, aguantando el correr del tiempo y viendo pasar a los curiosos que por aquí se acercan.

Muchas veces se te viene a la mente y ahora se encuentra ante ti como una verdad clara: nosotros los humanos, las cosas que ahora los humanos se traen entre manos, por más que nos parezcan grandes y por más largos que nos parezcan los días y los años, al final se acaba y lo que no tiene fin se

encuentra precisamente ahí mismo, a dos pasos de este tiempo nuestro que sí tiene fin y de estas casas nuestras que también se desmoronan. "Hagamos lo que hagamos siempre estamos en la actitud del que se va. Así vivimos nosotros, despidiéndonos". Y es que la mayoría de los sentimientos tienen un matiz temporal y algunos de ellos son estrictamente vivencias del tiempo: añoranzas del pasado, vestigios del presente, ansiedad, angustia, o esperanza del futuro. Se puede vivir mirando hacia atrás o hacia delante pero entonces el presente se nos escapa.

Todas estas verdades y otras ahora mismo, frente a este chorro de agua, estas ruinas y esta bañera, se te vienen a la mente pero de todas ellas lo que sí tienes claro es que el tiempo real se encuentra al otro lado de nuestro tiempo y de nuestras cosas. Allí donde no existe el tiempo y por lo tanto ya nada pasa ni es presente, pasado o futuro. Te agachas ahora y mojas tus manos en el chorro de agua. Te han dicho a ti que este agua mana caliente y es verdad. Compruebas ahora mismo que sí está algo templada pero ahora en verano o en otoño no es la mejor época para hacer una prueba y ver si este agua brota o no caliente. En pleno invierno, cuando el frío hiela las cascadas de los arroyos, entonces es el mejor momento para percibir si el agua de este manantial brota templada, no caliente del todo pero sí templada.

Párate ahora aquí y si puedes goza de este tan curioso chorrillo que al mismo tiempo también es bonito. No se encuentra tapada la bañera y por eso el chorro cae estrellándose en lo hondo y luego se pierde también por el agujero que tiene en una de las esquinas. En otras ocasiones, me la he encontrado tapada y entonces en cuanto llegas, lo primero que ves es la bañera rebosando por ese otro agujero que tiene en la misma esquina pero en la parte de arriba. Una cosa y otra, un agujero y otro sirven para llenar o vaciar la bañera y son los visitantes que vienen por aquí la que la tapan y destapan.

Los que vienen a bañarse, que alguna gente sabe bien que esa agua es medicinal, la tapan y sobre todo ahora, en la

época de verano, los que acampan en esta zona porque a muchos de ellos les gusta llenar la bañera para fregar allí los platos que han usado para comerse la paella o las chuletas y la verdad es que a mí ya no me queda mucho, porque los caminos, los nombres y hasta el lugar, ya te lo he dicho pero para que todo quede redondeado te diré que junto a la pileta, por la parte de los dos escalones que llegan hasta el fondo, entre las piedras de las viejas paredes que se caen, crecen varios tallos de higueras y muchos juncos junto a la canalilla de uralita por donde corre el agua. Y como has oído tanto de estos baños, aunque no padeces ninguna enfermedad, tienes ganas de bañarte ¿verdad?

- Por ahí va la pregunta que te decía antes. Aunque no sé para qué, por el hecho de estar junto a este manantial de aguas tan buenas, parece que sería lógico darse un baño. ¿Cuántas veces te has bañado en este lugar?

- Mira, por puro placer, para refrescarme en verano y para quitarme el barro de los días de lluvia en invierno, en esta pileta y ese caño, me he bañado muchas veces. Cuando era pequeño es cuando a mí más me gustaba meterme bajo ese calentito chorro de agua. ¿Y sabes una cosa?

- ¿Que cosa?

- Pues que en más de una ocasión, mientras sobre mi cuerpo estaba cayendo esa agua calentita me decía que alguien muy grande y muy poderoso era muy bueno conmigo porque no sólo me permitía disfrutar del agua más limpia y buena de la tierra sino que hasta me la calentaba y me la ponía en medio del campo y entre vegetación para que me encontrara a gusto. Porque precisamente eso era una de las cosas que de pequeño más me intrigaba ¿quién y dónde se calentaba esa agua?

- Ahora ya lo sabrás ¿verdad?

- Sí que lo sé y desde ese día no dejo de darle gracias a Dios por esa tan pequeña pero al mismo tiempo hermosa y perfecta maravilla.

- ¿Cuál fue para ti el más emocionante de todos aquellos baños?

- Especialmente recuerdo uno de una fría tarde de invierno. Era todavía bastante joven y se me ocurrió aquel día subir al pico

de Monteagudo. En otro momento te diré por dónde me fui aquel día para subir hasta lo más alto de ese pico, porque si me pongo a hora a contarlo todo con los detalles que aún lo recuerdo vamos a estar aquí todo lo que nos queda de tarde. El caso es que me puse en camino atravesando el campo y aunque el día estaba nublado con nubes muy oscuras y hacía mucho frío, me eché para delante y me encajé en el mismo collado de Montero.

Desde allí me fui alambrada arriba, la crucé luego por algunos agujeros que a esa alambrada le fueron haciendo unos y otros y después de llegar hasta ese cortijo que se encuentra allí detrás, sobre un puntalete y muy bien remontado en la ladera mirando al gran arroyo de Montero, me vine para la derecha. Volví a cruzar por allí la alambrada dos o tres veces más y después de recorrerme todo aquel ranchal de tierra que por allí tenían sembrado los de cortijo y dejándome ya atrás el pilar y la fuente donde mana el agua que usaban los de aquel cortijo, me encajé en lo más alto de la raspa que lleva a la cima del pico. Le entré por el lado de Bujaraiza y recto arriba, por la misma cumbre fui subiendo hasta plantarme en lo más alto del monte.

Según iba haciendo mi recorrido de vez en cuando me caía un pequeño chaparrón de agua pero cuando me encontré en todo lo alto, se dejó venir una gran nube negra desde el lado del valle del Guadalquivir y como venía acompañada no sólo de una buena lluvia sino de mucho viento y frío, me refugié en unas covachas que allí en todo lo alto tiene ese monte. Dejó de llover en unos minutos y entonces fue cuando aproveché para gozar de la gran panorámica que desde ese pico se domina. Un espectáculo precioso y lleno de grandeza que me impresionó profundamente. Me dije, en ese mismo momento que había merecido la pena subir hasta la misma cumbre de Monteagudo y estaba intentando descifrar el misterio de la gran explanada que las rocas de la cumbre forman allá en todo lo alto, cuando empezó de nuevo a llover. Una lluvia que ahora sí era fuerte de verdad y con grandes ráfagas de viento. Me volví a refugiar en las covachas y como pasó mucho tiempo y

no paraba, temí que luego se me hiciera de noche y no acertara a encontrar el camino de bajada.

Y en realidad, aunque en aquel mismo momento me puse a bajar desafiando tanto a la lluvia como al viento, no encontré ningún camino. Me tiré monte a través y no te digo lo que por allí fui viendo. Unas laderas muy empinadas, llenas de madroñeras y otro monte muy alto y espeso que yo creí que de allí no iba a salir nunca más en mi vida. Busqué por aquí y por allá a ver si por fin venía a salir al mismo collado de Montero y como cada vez aquello se complicaba más, decidí tirarme ladera abajo recto al collado. ¡Madre mía lo que pasé! La lluvia había empapado toda la tierra de la ladera y el monte estaba tan chorreando que a cada paso que daba era un resbalón seguro seguido de un porrazo y unos pocos tumbos. “Pero de aquí salgo ”, me decía. Y salí. Claro que salí casi dos horas después de empezar la bajada mas todo empapado, lleno de barro y convertido en un puro arañazo por todo el cuerpo.

En cuanto llegué al collado me tiré derecho ladera abajo pensado en venir a salir precisamente aquí, a los baños que ya por aquel entonces estaban arrumbados y solitarios. “En cuanto llegue me meto en la bañera y como Dios nuestro Señor me tiene el agua calentita, me quedo nuevo. No me importa llenarme de barro hasta las orejas porque ahí me lo voy a quitar todo”, me venía diciendo mientras bajaba. La ladera esta por donde bajaba ya por aquellos días era olivar y te puedes imaginar la cantidad de barro que tuve que atravesar. Todo era puro barro porque la tierra de los olivares ya sabes que está suelta, en cuanto caen cuatro gotas no hay quién pise y si alguien se atreve a pisar esas tierras ya sabe lo que se encuentra: barro y más barro que además de ponerte como un cerdo se te pega en los pies y no puedes ni andar de tanto como pesa.

Pues cuando uno es joven hace estas tonterías y aquel día me lancé a la aventura. Crucé por fin el olivar, atravesé el arroyo, crucé este camino que sube a la aldea y me planté en los mismos baños. ¡Qué alegría y que gozo empecé a sentir!

Así que como estaba solo, me quité los pantalones, la camisa y aunque hacía mucho frío, en cuanto me metí en la bañera que ya rebosaba de agua calentita, me sentí en la gloria. Ni barro, ni lluvia ni viento ni monte ni pico existían en aquel momento para mí. En un instante me olvidé de todo y me dejé morir en aquel gozo de la bañera tan llena de agua y tan buena.

Y ya no te digo más, sólo que para terminar aquella tarde, cuando me di cuenta ya era casi de noche y todavía estaba metido en esa bañera gozando de tan delicioso baño. Cuando salí estaba nuevo y, además, sentí en mi alma una satisfacción como nunca había sentido antes. Y claro, aquello era el gozo de haber subido al pico más alto de estos contorno, de haberme empapado de agua, de haberme embadurnado de barro y de haberme casi muerto de frío y luego todo me quedé reconfortado y satisfecho con un baño como el que me había dado. Una gozada y una experiencia que nunca jamás pude olvidar y creo que no olvidaré mientras viva. ¿Qué te parece?
- Pues me parece sencillamente que no tengo palabras para comentar, ni siquiera brevemente, la aventura que me acabas de contar. Es fabuloso y me imagino el gozo que sentirías. Envidia tengo ahora de no poder contar entre mis experiencias de sierra una tan bella como la que me has contado. ¿Y sabes lo que te digo?
- ¿Que me dices?
- Que en cuanto pueda, y si es posible un día de invierno como el que cogiste, me tengo que recorrer esa ruta a ver si tengo la suerte de vivir las mismas aventuras que viviste. Me gustaría llenarme de barro, empaparme de lluvia, rodar por la ladera, perderme en el monte, saltar por las alambradas y dejar que el viento me azote cuando me encuentre allí en todo lo alto.
- Tú prepárate y deséalo verás como un día todo se te presenta derecho y logras el sueño. Pero ahora ¿no estábamos en el momento en que parece que tú también te ibas a meter en la bañara ya que sabes dónde se encuentra los baños que tanto has buscado?
- Sí, estábamos en ese momento y te digo que ahora mismo he visto a una mujer mojándose los pies en el chorrillo. Espera que me voy a acercar y le pregunto aunque sea una visitante.

- Espero, acércate.
- ¿Para que sirve?
Le preguntas.
- Me han dicho que es tan buena esta agua que aunque no padezco ninguna enfermedad real, ya que he venido de tan lejos, no quiero irme sin mojarme un poco.
- ¿Y de dónde viene usted?
Le sigues preguntando.
- Yo soy de Cabra de Santo Cristo, un pequeño pueblo aquí en la provincia de Jaén pero de pequeña me fui a Gerona y desde hace cuarenta años vivo allí. Es la primera vez en mi vida que vengo por aquí y estoy asombrada de maravillas tan grandes. Nunca hubiera creído que en las tierras de Andalucía y menos en las de Jaén, que es mi tierra, hubiera lo que estoy viendo hoy y como a pesar de todo esto lo considero tierra mía, por eso me estoy mojando los pies en este chorro de agua.

Me retiro y dejo ahí a la visitante. ¿Que te parece?
- Pues que también hace unos días llegó un visitante que ni siquiera sé de dónde era y como le habían dicho que el agua de este manantial era buena para curarlo todo, el hombre deseó quitarse aquí su resfriado. Tapó el agujero que la bañera tiene en la base y se metió en ella, metió luego la cabeza bajo el chorro y después de un buen rato con todo su cuerpo sumergido en el agua se salió. No tenía ni toalla ni nada y por eso se puso ahí, encima de una piedra para que el viento lo secara y luego se fue. El hombre tenía un gran resfriado y por lo visto estaba en el peor momento y claro, el agua de este manantial más que curarlo, lo que hizo fue acentuar su gran resfriado. A punto estuvo de morirse y luego empezó a decir que el agua de los baños de la Laguna de Fuente de la Higuera era todo lo contrario de lo que decía la gente: mala; que no curaba sino que empeoraba. Y es que hay gente para todo en esta vida y algunos son analfabetos por completo.
- Eso es lo que me decías antes ¿A qué te referías?
- Lo que te iba a contar ante, también se refiera aun visitante y es un caso muy curioso.
- ¿Por qué es curioso?

- Fíjate lo que pasó: estaba por aquí junto a las aguas del pantano cuidando de las ovejas y veo un hombre que viene desde aquel lado, desde donde se encuentran los baños y se me acera. Me saluda y me dice:
- ¿Es usted de por aquí?
- Sí señor, de por aquí soy yo. En estas tierras nací y aquí he vivido toda la vida. ¿Desea usted algo?
- Es que si no le importa le iba a hacer una pregunta.
- ¿Qué quiere usted saber?
- Me han dicho que las aguas de estos baños son muy buenas y eso quería que me lo confirmara una persona que conozca el terreno de verdad ¿Es cierto?
- Sí señor que es cierto, no le han engañado.
- Pues entonces le voy a contar lo que estoy pensando.

- ¿Qué es lo que usted está pensando?
- Desde hace tiempo llevo dándole vueltas en la cabeza a una idea que a mí me parece grandiosa.
- Pues dígame usted a ver qué idea es esa.
- Que como estas aguas son tan buenas se podría montar aquí un negocio de los mejores. ¿Usted quiere que le cuente cómo sería ese negocio?
- Diga usted que le escucho.
- Pues mire. Primero se coge y se hace un buen edificio, se deja el manantial de las aguas dentro para que nadie pueda ni beber ni coger agua sin permiso de las personas que dirigen ese edificio y a continuación una de las salas del edificio, se acondiciona con todo lujo. Mesas, lámparas, muchos azulejos y grandes cristaleras. Se anuncia luego en todos los periódicos y en el mensaje se pone muy claro: “Se da a beber agua milagrosa, en vasos de cristal, a personas exquisitas y en salones de lujo”. Se indica también en los anuncios que aquellas personas que quieran venir a beber de esta agua se les atenderá con trato delicado pero al mismo tiempo se les pide que vengan vestido con el mejor traje y siempre con guantes blancos.

Sí, sí, con guantes blancas de verdad y si no vienen con los guantes puestos no se les admitirá. Se les sentará en las

lujosas mesas del salón y se les servirá solo un vaso de agua. Por una cosa y otra tendrán que pagar una buena cantidad de dinero que al principio mucho no les gustará pero cuando se den cuenta que esto es de lo más exquisito del mundo porque hay que venir hasta con guantes blancas puestos y todo, mucha gente, montones de gente querrá venir a beberse un buen vaso de esta agua milagrosa. “Aquello es de lo de más lujo que existe en el mundo, vamos sólo para personas de mucha categoría”, comentarán ellos entre sí y ello hará que todos quieran venir a los locales de esta agua de los baños. Vamos, lo más elegante y exquisito que pueda darse en establecimientos de esta categoría. Así con este negocio tan bueno y con el poco gasto que ello tiene, porque el agua mana por ahí sin parar y no cuesta nada, usted fíjese cuanto dinero se puede ganar en poco tiempo. ¿Qué le parece mi idea?

De inmediato no le contesté. Me quedé mirándolo pensando que aquello que me había dicho podría ser un chiste o se trataba de una broma pero cuando pasó un rato y vi que el hombre venía muy enserio, lo miré y le dije:
- Como idea creo que es brillante pero a mí me parece una tontería eso del agua milagrosa y los salones de lujo y más aún me parece una gran tontería pedir que la gente venga con los guantes blancos puestos. ¿Para qué es eso de los guantes blancos?
- Porque así se le da a la cosa más misterio y seriedad.
- Usted perdone pero lo que me acaba de decir es la chorrada más grande que he oído en mi vida.
- Claro, de un pastor de estas sierras ¿qué se puede esperar? No entienden de nada y por eso tienen aquí mismo ese tesoro del agua milagrosa y ni siquiera saben cómo explotarla. En fin, lo debía haber pensado antes.
Y sin más, aquel hombre dio media vuelta y se fue. ¿Qué te parece?
- Que ni en sueño se encuentra cosas tan extrañas.
- ¡Es que algunos de los que por aquí vienen se las traen! En fin, lo mejor es que no seas de esos. Si te lavas las manos, la cara o la cabeza, no lo hagas con el deseo de que te crezca el pelo de la calva en media hora. Todavía no he oído decir que

esta agua sea milagrosa. Al parecer, lo que sí cura muy bien es el “riuma” y claro, eso después de unos cuantos baños ordenados y repartidos en el tiempo.

Cuando puedas habla con la personas mayores de por aquí y ya verás como casi todos te cuentan cosas de curación en él o en su familia. Así que ahora, después de lavarte las manos en este chorrillo y comprobar lo que ya te he dicho, que las manos se te quedan suaves como si tuvieras jabón, te despides de la bañera y te vas para la parte de atrás. Quieres ver de dónde brota esta agua y por la parte de atrás de la pared no ves nada. Crecen por aquí muchos juncos y tarayes y ahí, en la espesura es donde brota el manantial. En lo alto de un pequeño cerrillo, donde termina la llanura redonda que los de fuera han llenado de círculos de piedras para encender sus lumbres. Te sigue pareciendo curioso el lugar donde brota este manantial y miras hacia la ladera que te has dejado atrás. Aquí, a unos doscientos metros a la izquierda está la laguna de verdad y allí, remontada sobre la ladera, se alza la aldea de Fuente de la Higuera. ¿No será esta agua la misma de la laguna que se filtra y viene a salir a lo alto de este cerrillo? Es lo que te preguntas y te lo preguntas porque encuentras que alguna lógica existe.

La laguna se encuentra más remontada sobre la ladera y por eso cabe la posibilidad que el agua en ella embalsada se filtre y venga a salir a este cerrillo. Pero también ves claro que la laguna vierte hacia la cuenca de este pequeño arroyo que desde el Collado de Montero desciende y que se llama Arroyo de la Laguna. El agua que de este embalse rebosa busca y corre por el cauce de este arroyo y no para el lado del cerrillo donde se encuentra en manantial de los baños. Así que esta teoría no parece muy lógica pero ¿y si en aquellos tiempos hicieron una conducción subterránea y desde la laguna llevaron el agua al cerrillo de los baños? Eso sí podría ser porque el agua perfectamente puede ir por sí misma hasta el cerrillo. Podría ser que en aquellos tiempos hicieran una conducción subterránea y cogiendo el agua de la laguna se la llevaran hasta el cerrillo.

Pero ¿por qué te haces todas estas preguntas? Y a ti mismo te dices que es porque existiendo como existe aquí esta gran laguna de agua, de alguna manera, el manantial del baño tiene que tener alguna conexión con el manantial de la laguna. Tanto los baños como la laguna están rodeados de un pequeño halo de misterio. Claro que también puede ser que este manantial y el manantial de la laguna vengan de una misma fuente pero salen a la superficie totalmente independiente el uno del otro. Ahora caes en la cuenta que en alguna ocasión por algún sitio leíste que el agua de los balnearios viene de otro sitio distinto al agua de los manantiales normales.

Y leíste que estas bolsas de agua medicinales suelen ser grandes bolsas subterráneas a profundidades bastante considerables y leíste que estas bolsas pueden tener hasta ciento de años y que por eso poseen tantos minerales que son en realidad los beneficiosos para la salud. Estas grandes bolsas apenas tienen variación sean los años secos o lluviosos; por eso los manantiales de los balnearios siempre manan la misma agua. Y desde luego de este manantial eso es lo que dice todo el mundo.
- Siempre mana de ahí la misma cantidad de agua llueva mucho o llueva poco, sea verano o invierno, siempre brota la misma cantidad de agua.

Desde los juncos por donde brota el agua te mueves hacia el lado de abajo y como por aquí ya has visto las ovejas de mi otro colega, el segundo pastor, te dispones a bajar y encontrarte con él. Igual que ahora conmigo, quieres preguntarle cosas de estos lugares y quieres preguntarle también cosas de la sierra y las aldeas que quedan a este lado del pantano. Antes de bajar miras bien y como el rebaño sube desde las aguas del pantano y por la ladera esa donde se encuentran las ruinas de lo que fue el cortijo de Moreno, se alejan hacia la loma de Alcántara, te dices que en lugar de irte para abajo le vas a cortar por detrás del cerro. Así que te vienes hacia el arroyo de la laguna entrándole a este misterioso charco por el lado de abajo, coronando la cuesta y rodeando el

cerro, le sales al rebaño de frente. Tal como habías pensado en cuanto asomas ves a las ovejas que suben por este lado del cerro, el que da al pueblo de Hornos, por donde ladera arriba abunda el pasto. Te acercas despacio para no espantar el ganado y todo tu interés está en ver por dónde se encuentra el pastor.

Y como no lo ves, atraviesas por entre el ganado y situándote sobre las ruinas de las paredes de este cortijo de Moreno haces una foto a espaldas del sol cogiendo unos trozos de pared, la mitad del rebaño y al fondo el pueblo de Hornos. Y justo cuando te encuentras en pleno entusiasmo con tu foto, al lado derecho ves la era donde aquella gente trillaban sus cereales. Se encuentra casi tallada en la ladera del cerrete y es casi por completo redonda. Te acercas sólo por la emoción de pisar las tierras que les pertenecieron y al mirar hacia el barranco ves al pastor. Tiene en su mano un cordero recién nacido y está parado junto a una cabra que también acaba de parir.

En este momento ya te entra la alegría. Dejas la era del cortijo, las ruinas y cortando por entre el ganado te vas a su encuentro. Según te vas acercando te mira y para romper el hielo le vas preguntando que si puedes hacerle una foto al corderillo.
- ¡Sí hombre!
Te responde mostrando gran confianza en estas sencillas palabras suyas.
- ¿Qué sabe usted de los baños de la Laguna?
- Pues que están diciendo que van a sacar el agua arriba, fuera de lo que pilla el pantano cuando sube pero eso, no creo , porque eso vale mucho. Por cierto, el padre de mi consuegro dice que se cayeron un par de vacas ahí mismo, estaban arando y les picó la mosca, que antiguamente picaba la mosca e iban corriendo al agua y se metieron ahí y no se vieron más.
- ¿Hablas de la Laguna?
- Sí, del charco grande que se embalsa cerca de donde acampan los visitantes.

Es curioso pero esta historia de las vacas que se cayeron en la laguna y que nunca más salieron casi todo el mundo te la cuenta. Y por eso piensas que fue verdad la historia esta de las vacas. La manada de ovejas se mueve rápida hacia el lado de arriba y como El segundo pastor se va detrás de ellas llevando en sus manos al chotillo y al corderillo recién nacido, te vas con él y mientras cruza la ladera escuchas atento las explicaciones sobre la finca de Hontonares por donde se encuentra Hoya Redonda que es en realidad casi toda la cuenca del gran arroyo de la Cuesta de la Escalera. Te habla después del collado de Montero y te indica por dónde tienes que irte para llegar hasta ese lugar y luego desde aquí recorrer ese otro gran arroyo también llamado de Montero y por último te habla de esta cumbre entre el Cerro del Robledillo y Monteagudo que se llama Cumbrecillas.
- Este arroyo por donde ahora mismo suben las ovejas y como está viendo es paralelo al de la laguna, se llama Barranco Salao. En fin, cuando usted tenga tiempo se viene un día por aquí conmigo que desde esta llanura le voy a explicar toda la sierra. Porque sí me conozco bien la sierra.

Le dices que sí, que un día de estos te vas a venir con él porque otro de los rincones que tienes gran interés en conocer a fondo es precisamente el gran barranco del arroyo de la Cuesta de la Escalera con los cortijos de Hontonares, la Cuesta de la Escalera, Hoya Redonda y la Hoya del Cambrón y luego ese otro barranco del arroyo de Montero. Eso ya es término de Santiago de la Espada pero quieres también recorrerlo y conocerlo a fondo y sobre todo las cinco o seis aldeas abandonadas que a lo largo de ese gran arroyo existen. Le dices esto y justo ahí, en el Barranco Salado lo despides porque aquí él vuelve su rebaño para atrás. Tiene que regresar para recoger a las tres ovejas paridas que ha dejado por la ladera y también a la cabra primeriza.

Y aquí, el pastor, da por concluida su explicación para que te enteres por dónde se va y se encuentran los baños que durante tanto tiempo te han tenido un poco intrigado. Miras

ahora hacia el camino que también desde hace bastante tiempo te inquieta y lanzas la pregunta que llevas dentro:
- Y del camino ¿qué sabes?
- Es camino es que como quitaron todos los otros caminos que nosotros los serranos desde siempre habían tenido para ir de un rincón a otro de estas vegas y del resto de la sierra porque los cubrió el agua, entonces la Confederación hizo su camino particular alrededor del charco para que transitara la gente. Es un camino de la Confederación Hidrográfica.
- ¿Entonces ese camino no es que existieras antes del pantano?
- Ni hablar. Los caminos viejos iban todos por donde hoy las aguas se embalsan, muy cerca del cauce de este río y de aquel otro.

Te señala con su garrote hacia el centro de esta gran llanura que es por donde ahora mismo bajan las aguas del río de Hornos y las de los tres o cuatro grandes arroyos que a él se les entregan.
- Por ahí mismo, cruzando esta llanura desde el pueblo de Hornos y buscando el portillo donde ahora se encuentra el muro del pantano y luego la otra llanura de San Román y Bujaraiza, iba el camino, siguiendo el mismo cauce del río.
- ¿Y entonces ese que pasa por El Chorreón, lo hicieron antes que la carretera asfaltada?
- ¡Ese camino, claro! Antes del movimiento de antes. Cuando ya construían el muro y empezaron a "despropiar", entonces hicieron los caminos para que la gente pudieran seguir transitando a todo su alrededor.

Desde donde te encuentras ahora en compañía del pastor que vive en Cañada Morales y pastorea a sus ovejas por los llanos que ya no cubre el pantano, se ve una gran extensión de terreno. Las dos grandes laderas a un lado y otro, los grandes arroyos que surcan estas laderas buscando las aguas del pantano y las llanuras que cubre las aguas del pantano cuando el pantano tiene agua de verdad. Quizá este punto podría ser el centro de las tierras de este pueblo, no porque sea el centro propiamente dicho, sino porque parece que la historia, las

cosas grandes que ocurrieron por estas tierras y la belleza, tiene aquí su centro. Porque aunque no quieras sólo mirar a un lado y otro ves huellas, señales de aquellos tiempos. Por eso no paras de preguntar y como él sabe bastante y quiera complacerte, te dice:
- Mira, empezando desde aquí, desde los muros de los cortijos de Soto de Arriba y el Soto de Abajo y subiendo hacia el pueblo de Hornos, tenemos las ruinas de lo que en otros tiempos fueron los siguientes cortijos: sobre el barranco, pegado a Fuente de la Higuera pero en lo hondo, ya lo sabes, los cortijos del Soto del Arriba y el Soto de Abajo y un poco más arriba el cortijo de Moreno. Las ruinas de los baños las dejamos porque las hemos recorrido aunque puede que tanto tú como yo tengamos cosas nuevas y así vamos completando la historia.
- Eso me parece una brillante idea. Como cuando en aquellos tiempos os ponías a construir uno de estos cortijos, entre todos acarreabais las piedras, colocabais los marcos, los tejados y ponías las ventanas y puerta. Una obra construida entre amigos y por eso era de todos y para todos.
- Sí pero ahora sigo.
- Sigue; íbamos por el cortijo de Moreno para arriba.
- Pues a continuación de ese cortijo tenemos el cortijo de Los Parras que no debes confundir con el cortijo de Los Parrales que se encuentra en este lado y ya conoces.
- Sí que conozco este cortijo y lo guardo con cariño en mi corazón.
- Pues por encima del Ojo de la Laguna tenemos la “Tina de los Mirabuenos”, y siguiendo más hacia arriba, allá sobre el puntalillo se ven las ruinas en forma de media pared todavía en pie, tenemos otro cortijo, el de Tío Joaquín que otros han llamado a eso la Loma de “Alcanta”; la loma es el terreno, el cortijo era el de ese señor. También en los papeles lo puedes encontrar como el cortijo de la Loma de Alcántara.
- Y eso es cierto; en el Diccionario de Madoz yo he leído lo que me dices. Lo cuenta así: “Tiene dentro de su circunferencia y en el sitio denominado la Loma de Alcántara, dos salinas y una vega espaciosa”.
- Lo de las salinas ya sabes que se encuentran mucho más arriba y fuera de la loma, en la hondonada.

- A mí me da la impresión que los libros cuando hablan de esta loma lo hacen tan a lo grande que ya la loma deja de ser loma para convertirse en cerros, barrancos y llanuras.
- Para que llegaras a conocer bien todo esta llanura tendrías que venirte conmigo unos cuantos días; ibas a ver como yo a ti te contaba con detalle cada rincón y el nombre de cada uno de ellos.
- Por cierto, naciste por aquí ¿verdad?
- Yo soy de aquí y nacío desde el primer día. Ahora vivo donde está el hotel, en Cañada Morales ¿Lo conoces?

Enseguida comprendes que se refiere a ese hotel que inauguraron hace poco. Tú lo conoces porque seguiste sus pasos desde el principio. La aldea la tienes vista mas de mil veces que has pasado por aquí y por eso sabes que donde ahora se alza el hotel en un principio era sólo eso: un trozo de tierra, pequeña llanura dentro de la llanura de esta pequeña aldea. Empezaron a mover tierra, a abrir zanjas, a poner ladrillos y sólo con el armazón de los hierros y las columnas se estuvo viendo durante varios años en medio de esta llanura. Porque tardaron mucho tiempo en construir este hotel y luego en terminarlo por completo. Ahora ya sí recibe visitantes aunque siempre que pasas por ahí lo más que ves son tres o cuatro coches parados en la puerta que mira hacia la carretera y por eso sabes que de presencia al menos es bonito aunque en la misma línea de todos los demás hoteles que se han hecho en los últimos tiempos dentro de este parque. Moderno y guardando poca armonía con el entorno, mas, sin embargo, este hotel ahora se anuncia a los visitantes diciendo que tiene cafetería, restaurante, que dispone de amplios salones para comedor “donde podrá degustar nuestra especialidad y la comida tradicional de la sierra”. Por supuesto sabes que Cañada Morales es una de las muchas aldeas de este pueblo de Hornos.
- Pues de ahí soy yo.

El pastor que se siente muy a gusto contándote sus cosas y las cosas de su tierra te dice ahora que estas tierras son tierras buenas.

- ¡Si hubieras visto las sementeras, los maizales, las huertas, las dehesas y las buenas huertas que por aquí en aquellos tiempos hubo!
- Y en Monteagudo, el cerro que nos queda al frente, por encima de Fuente de la Higuera ¿recuerdas que en alguna ocasión ocurriera algo?
- ¿Cómo que si ocurrió algo?
- Quiero decir si sabes o recuerdas alguna leyenda que te contaran a ti y que ocurriera en este monte.
- ¿Por qué me haces esa pregunta?
- Es que parece que sólo con verlo te está diciendo que ahí, en sus cumbres, bosques y laderas, han tenido que ocurrir muchas cosas, muchas historias. ¿Recuerdas alguna de ellas?
- Lo que dices es verdad, en las laderas y bosque de este monten han ocurrido muchas cosas que no lo sé pero de mí sí puedo decirte que en una ocasión viví una de las aventuras más extrañas que se puede contar.
- ¿Qué fue?

EL DE LA ESCOPETA -19

- Primero voy a empezar diciéndote que ese monte que se llama Alto de Monteagudo tiene 1059 m. y que a continuación de él existe otro que se llama Alto de Montero que supera en unos metros al primero, 1062 m. Al otro lado de ambos montes corre un arroyo que se llama de Montero y que nace justo casi en la aldea de las Casas de Carrasco y baja dejando a un lado y otro un montón de cortijos y aldeas. Bajando, por la derecha queda la Ballestera y los Goldines y entre ambas la Parrilla. Casi a la misma altura de la Ballestera, al otro lado queda el Cerro de Montalvo que tiene 1349 m. la aldea de Montalvo junto a uno de los ramales de este gran arroyo. Más abajo se encuentran los cortijos de las Zahordillas y más abajo aún, casi en la llanura, tienes las Agraceas que es el mismo nombre que también lleva un arroyo allá por el barranco de Roblehondo, por el río Borosa y los cortijos de Enmedio, de Montalvo y del Cura ya casi llegando a las aguas del pantano.

Pero aunque te parezca poca cosa todo esto dicho así de "carrendilla", sin embargo, échate a andar por esas laderas, arroyos y ya verás qué hermosura de bosques, de barrancos, de cascadas, de silencios y de presencias humanas. ¡Qué rico es ese rincón y cuánta belleza, recuerdos y ruinas humanas existen por ahí desparramada! Y es quizá por esto y otras cosas parecidas que no son fáciles de contar ni cabrían en un rato de charla como este que estamos teniendo.
- ¿Y qué es lo que te ocurrió? Cuéntamelo ya que me tienes en ascuas.
- Pues mira, me ocurrió lo siguiente: era todavía un zagal y un día de primavera me encontraba justo por las cumbres de ese pico de Monteagudo. Tenía por ahí una punta de ganado que llevaba y traía todos los días por esas tierras en busca de los mejores pastos y dio la casualidad que aquel día los animales se fuero hasta casi la misma cumbre de ese monte. Era como media mañana un poco ya metido en el centro del día y como los animales se encontraban por allí a gusto metido por entre el monte me subí hasta lo más alto. Me fui elevando por el lado este de Fuente de la Higuera y entrándole por detrás al rebaño buscaba la parte más elevada del monte.

Cuando ya estuve por allí junto a unas rocas me senté frente a las aguas y llanuras de este pantano y así me quedé largo rato gozando de la hermosa panorámica. Y aquella mañana, no sé por qué, allí sentado y con la visión de estas ricas tierras y sus aguas me sentía hondamente feliz sentado en aquella roca de la cumbre del monte. Son estas cosas que nunca te las explicas: estás toda la vida paseando, yendo y viniendo por las misma tierras y el mismo rincón y de pronto un día cualquiera y en la hora que menos lo piensas, descubres que todo aquello es fantástico y tiene una belleza que te quema de tan grandiosa como la encuentras.

Esto fue lo que me pasó a mí aquella mañana y potenciado un poco más por la presencia de mi rebaño allí pastando por entre el monte de la ladera. Así que allí me quedé largo rato y cuando ya los animales se vinieron para el otro lado del cerro, dejé aquel rincón de ensueño y me fui en la misma dirección

que el rebaño. Coroné un poco más el monte y luego bordeé unas rocas y al irme por la parte de abajo me salieron unos animales. No me sorprendí porque de otras veces sabía que por esa zona se movían algunas manadas de animales silvestres. Así que no le di importancia y seguí andando. Pero cual no fue mi sorpresa cuando cien metros más adelante, de la parte de abajo, oigo una voz que me dice:
- ¡Alto ahí!
Me quedé parado un poco sorprendido y mirando hacia el lugar de donde procedía la voz. Enseguida descubro lo que es. De detrás de unas rocas salía un hombre vestido todo de verde y se dirigía a mí.
- ¡Alto ahí porque tenemos que hablar!
Me seguía diciendo mientras de piedra estaba mirándolo y, bastante aturdido, logro articular dos palabras y le pregunto:
- ¿Qué ha pasado señor?
- ¿Que qué ha pasado?
- Pero explíqueme su enojo para que sepa qué ha pasado.
- Pues mi enfado es porque me has estropeado el día.
- ¿Y qué he hecho yo, señor?
- No tendría que darte ninguna explicación porque siendo tonto como eres ni siquiera mereces que se te explique nada pero para que lo sepas te voy a decir que estoy cazando aquí y me has espantado a los animales.
- Pero señor, yo ni sabía que usted estaba aquí cazando ni tampoco sabía que estuviera prohibido andar por este monte. Toda mi vida he venido por aquí y nadie me dijo nada.
- Claro, de esa forma te quitas la responsabilidad pero a mí ya me tienes con el día echado a perder.
- ¡Un momento!
Dijo de pronto una voz que salía por la parte de abajo, por donde estaban los animales.

El hombre de la escopeta y yo miramos a las rocas y saliendo de entre el monte vimos a mi amigo. Se acercó a mí y dijo:
- Coge por esa ladera para abajo y que no te vuelva a ver más por estos montes.
- Hombre, es que era una broma.

Dijo el de la escopeta sintiéndose descubierto por mi amigo que como ya te he dicho se ponía de mi parte defendiéndome de aquel extraño cazador.

- Aunque sea una broma y como sabes que él y su ganado tienen más derecho sobre estos montes que nadie, me sienta mal que te enfrente a este hombre de la manera que te estás enfrentando. Así que dame esta escopeta y coge ahora mismo esta ladera abajo y desaparece para siempre de estos montes.

El hombre de la escopeta dejó en manos de mi amigo su arma, se dio media vuelta y salió corriendo por aquella ladera.
- Y ya sabes, no vuelvas más por aquí y menos a molestar a mi amigo.
- Te acordarás de mí.
Fue lo que dijo aquel hombre mientras desaparecía por aquellas riscas. En cuanto mi amigo y yo nos quedamos solos, lo primero que hice fue darle las gracias.
- No las merece porque ya sabes como pensé siempre: primero vosotros, los pastores y los serranos y luego ellos, los de las ciudades aunque tengan millones y puedan pagar mucho dinero para venir a estas sierras a matar animales.
Sigue diciendo mi amigo mientras ya los dos bajamos por la ladera en busca de los animales que seguía con su careo por entre el monte ajenos a nuestras cosas. Y aquí pongo punto y final. ¿Querías preguntar algo?
- Sí, quería preguntarte por tu amigo ¿qué fue de él?
- Ni lo sé. A partir de aquel día no volví a verlo más por estas sierras y no te puedes imaginar lo mucho que lo he sentido a lo largo de toda mi vida.
- ¿Pensaste lo que yo?
- Seguro que sí. Pero una vez más te digo que aquel amigo mío sí lo fue como Dios manda y como nunca hubo otro en esta sierra.

LA LLANURA
RECOMESTO -20

- Esto es lo que querría contarte porque la historia, aunque para ti no sea importante, para mí que la viví me resultó curiosa dentro de lo que aquello tenía de tragedia que llegué a comprender cuando ya pasó el tiempo. Lo pasé mal y lo seguí pasando por no saber qué fue de mi amigo.
- Como bien dices fue curiosa aquella historia pero ahora pienso que además de aquellas cosas del coto, los cazadores, los pastores y las tierras de esta llanura ¿qué eran?
- Ya te decía antes que eran de todo y más que nada tierras buenas de regadío. Aquí mismo tenía mis tierras que por cierto me cogió sembrado de cebada y aunque sabíamos que iban a cerrar el pantano, como no dijeron nada, todo el mundo sembró. Dejaron sembrar pero no dijeron que iban a tapar y nadie creía tampoco que iba a llover lo que llovió. Y se llenó; fue uno de esos años cargados y aquí, bajo el agua se quedó perdida mi última sementera de cebada.
- Cuando aquello ocurrió, como fue la primera vez que todos vosotros visteis el pantano lleno y vuestras tierras sumergidas bajo el agua ¿qué sentíais vosotros?
- ¿Pues qué íbamos a sentir? Que aquí bajo el agua se quedaban para siempre sepultadas nuestras casas, nuestras ilusiones, y nuestros sueños; pero, aún así, la primera vez como estas llanuras se iban convirtiendo en un gran charco, a pesar de todo era emocionante por el espectáculo. No sé si me entiendes.
- Imagino algo cómo aquella hermosa sementera primero flotaba sobre el agua y después se hundió para siempre en el color achocolatado de este gran lago.
- Era triste y a la vez bello. Toda la vida viendo estas tierras con sus rocas, sus árboles, sus arroyos, sus cortijos y sus huertas y cuando pensabas que a partir de aquel momento no sólo ya no era tuyo aquello que tanto amabas sino que para siempre ibas a dejar de verlo y de recorrerlo, se te rompía el alma. Hasta pensabas y quería que se rompiera el muro del pantano o que no lloviera más en mucho tiempo para que así no se perdiera lo que siempre habías estado pisando. Era una pena y al mismo tiempo una tristeza.

- Te digo que a mí me hubiera pasado igual.
- ¡Maíces! Esto era lo que mejor se criaba en estas tierras. Hortal y aquí había muchas vacas, muchas, muchas. Vacas de carne y de labor. Los agricultores las dedicaban a arar y luego cuando estaban gordas las mataban. Este sitio era el mejor, el llano este; esto era una maravilla.

Te señala un pequeño rellano en forma de campo de fútbol, totalmente llano y que ahora se encuentra cubierto de pasto y de una buena masa de tarayes. Es casi un redondel de tierra roja, sin piedras ninguna y que se encuentra entre las últimas aguas que ahora forman la cola de este pantano y la llanura donde hace un rato has visto a la oveja recién parida. Se eleva ya un poco este redondel sobre la llanura esta de El Chorreón y Montillana y al ver las tierras y al pastor tan entusiasmado con ellas enseguida se te ocurre lo de siempre.
- ¿Cómo se llama este rodal que dices fue tan bueno?

- To esto se llama... su nombre propio es... ¿Cómo le decían a esto?
- Si es casi una era ¿verdad?
- Claro, si entraba el agua por allí y por su propio pie lo bañaba todo. ¡Ya sé! El llano Recomesto, el Prao Pelao le llamaban de nombre de verdad. Como estás viendo aquí no hay piedras ninguna, aquí no hay nada más que tierra. Y otros le decían, tenía dos nombres, La Laguna; se encharcaba y por eso le decían La Laguna o el Prao Pelao.
- Pero según tengo entendido la laguna era toda esta llanura ¿no ?
- No, no. La Laguna es aquel charco que hay junto a los baños. Esto es nombre que se ponen a las tierras. Como a to esto le decían el Recomesto.

Al oír esta palabra haces un esfuerzo a ver si logras averiguar qué significa pero no te suena de nada. Es la primera vez en tu vida que oyes la palabra Recomesto. Te dices que en cuanto puedas consultarás diccionarios y libros hasta que consigas encontrar el significado de palabra tan original. Pero lo que no sabes ahora es que cuando llegue el momento por

ningún sitio vas a encontrar escrita esta palabra. Así que por si acaso esto sucede ahora que tienes la oportunidad le preguntas.
- ¿Y Recomesto qué significa?
- Eso vendrá en los libros pero nosotros le decíamos el Recomesto porque era lo mejor, lo más exquisito, lo más bueno de todo. Así que seguramente será eso: la mejor tierra, la más fértil, la que cría los mejores productos. Si no tienes nada más que ver esta llanura lo que es, si fue una pena lo que hicieron. Es que es mucho terreno el que cogió y muchos cortijos y muchas familias que las arruinó. A los que no nos arruinó de una vez fue porque nos hicimos duros pero ya no se vivió nunca como antes. Y además de esto, pregunta ahora en cualquier cortijo o aldea de por aquí a ver quién sabe algo de la llanura de Recomesto y aún menos nadie sabes dónde se encuentra esta llanura ni cómo es.

Y con los frutos, los cereales de estas tierras aquella gente ¿qué hacían? Tú sabes que en esas campiñas cordobesas lo que más se produce es precisamente esto, cereales pero aquello no se puede comparar con esto ni al revés. Por eso tu curiosidad te lleva a preguntarle.
- Al molino iba casi todo; a ese gran molino que teníamos en El Chorreón y se molía con piedras. Se levantaba la palanca y el agua se encargaba de todo lo demás. Eso molía entre treinta y tantos kilos, eran cincuenta y tantos y quedaban, en harina, unos treinta y tantos. Se perdían un par de kilos.

- ¿Y la cebada?
- También se molía para el ganado. El centeno, por los sitios en que se criaba, también se convertía en harina pero por aquí no se criaba el centeno. Eso era por las laderas de esas cumbres de Santiago de la Espada. Aquí los cereales eran de maíz que luego también se molía y de esa harina salían unas migas de aquellas de panizo rubio, lo revolvía y eso salía... porque le echabas su grasa y todo y aquello era rico. Aquello era rico porque no se le echaba ni pan ni na y se comía y estaba un hombre comío a lo mejor diez o doce horas y no sentía hambre. Como le echaras una sardinilla de esas salá, pa pillar

una sardina y un bocado, una cuchará de eso ¡vaya! Ya estaba uno comío pa to el día. Y ahora no, ahora no lo catamos. A mí me envidia. Todavía lo recuerdo yo y en mi casa lo comento y digo: ¿ y no comemos unas migas de maíz con lo bueno que está eso? Traen harina de maíz de por ahí, de donde sea pero ya no es como el que se criaba. Se molía, se cocía y se hacían unas migas de panizo que aquello daba gloria. Y ese maíz, el mejor maíz que se criaba en todas estas tierras, salía de aquí, de este llano de Recomesto, de Prao Pelao.

LOS ANALFABETOS -21

Poco a poco, mientras el pastor te va contando las cosas que recuerda de estas tierras, vais subiendo hacia El Chorreón. Su rebaño y él empiezan a buscar este rincón y la oveja recién parida que se mueve por la llanura de arriba y como por allí, por el arroyo de El Chorreón y la ladera, has visto mucha rodadas de coches, andas un poco desconcertado.
- ¿Es que por esa zona iba antes algún camino?
- Ya te he dicho que los caminos de antes iban por aquí, bien pegado al río incluso los de carne, el que usaban los rebaños para ir de un lado a otro. Siguiendo toda la orilla del río.
- ¿Y quién mete entonces los coches por esta llanura?
- Pues quién los va a meter, la gente que son unos analfabetos.
- ¿Y eso?
- Sí, sí. Digo que son unos analfabetos y te lo demuestro. El otro día se presentó por aquí un señor con un coche bueno y con un chiquillo muy bonico y el chiquillo no había visto nunca los peces y estaba to esto lleno de peces; no había hierba ni na y el chiquillo se metió y le digo al padre: “haga usted el favor, el chiquillo no es mío pero que no se meta el chiquillo que se va a atascar”. ¡Eh! Eso no pasa na. Me contestó. No hizo caso de mí y tiró del coche, se enfangó el coche y tuvo que venir una grúa y un tractor a sacarlo porque sino no sale el coche. Yo lo que temía era por el chiquillo no le pasara algo pero el hombre le estuvo muy bien porque era un analfabeto total. Si le estoy diciendo que no meta el coche ni el chiquillo ahí, ¿pá qué lo mete? Y también el año pasado se atascó otro todoterreno por

ahí y tuvieron que venir tres cacharros a sacarlo. Ahí así es, mira las rodadas todavía. Haz el favor.

Y ciertamente es verdad. Sobre la tierra seca de la llanura se ven las rodadas.
- Sí que las veo, sí.
- Por donde están las salguillas esas. Quisieron tirar el coche desde allí a este lao y al verlos les digo: "¡Che, no pasen hombre que se atropellan!" Pues ni me hicieron caso. Se metieron por entre los juncos y allí de cabeza se quedó el coche. Dos días estuvo ahí metido en el fango y tuvieron que traer cacharros para sacarlo. Pero también les estuvo bien empleado por lo analfabetos que son. Hay gente que porque vienen de la ciudad y traen un coche ya se creen ellos los amos del mundo y a nadie les hacen caso ni preguntan. Uno está aquí todo el día y se conoce bien estas tierras pero ellos son unos analfabetos.

DESPIDIENDO AL PASTOR -22

Ya hace rato que la tarde ha caído bastante y por eso las ovejas buscan la carencia de la majada. Se te ocurre a ti que aquí con él te quedaría un mes entero pero también tienes que buscar tu coche y regresar. Por eso lo despides y antes de alejarte todavía le preguntas algo más.
- Ya no me acuerdo de los pastores que me dijiste tenéis por aquí ahora las ovejas.
- Te dije que en estos tiempos sólo quedamos tres pastores por la llanura de la cola del pantano. Uno de ellos, el tercer pastor, es el que tiene su ganado por las tierras esas de Cortijos Nuevos, el segundo pastor, que es el que vive en Hornos el Viejo, muy cerca de la casa de Aquilino y que ya te he dicho soy de Cañada Morales. Sólo tres quedamos ya y cada uno tiene sus tierras para carear a su rebaño, por un lado y otro y por la cala final. Luego por el pueblo de Hornos y por otros rincones hay más ganado pero aquí nada más que lo que te acabo de decir.
- ¿Por qué tenéis vosotros la exclusiva?

- Es que aquí no han dejado que entre el ganado hasta ahora. Yo lo tenía antes por las cumbres esas, en un sitio que se llama el Quijarón y se empeñó un señor que era muy rico, un tal don Antonio, en quedarse con la subasta de aquellos pastos y me echaron fuera. El hombre dio más dinero que yo y porque yo vi que iba a pegar fuego y me lo iban a cargar a mí y me dije: “¿le voy a tener que dar al tío este un leñazo y ser yo un criminal y matar a un tío? ¿quiere usted para su capricho y puede? Pues para usted”. Y yo me ladeé y me quité de en medio. Estas tierras son muy buenas pero aquello tenía una tierra maravillosa y aquí no hay tiná ninguna. Aquí si viene un invierno cargao ahí le caen a las ovejas toda el agua. ¿Recuerdas que hace unos años cayó aquel gran nevazo?
- Sí que lo recuerdo. Pasé por aquí una semana después y vi como los pinos estos carrascos de las laderas del pantano, los bosques enteros se habían partido por el peso de aquel gran nevazo. Por Ubeda y por toda esa loma de olivares también se rompieron cientos de árboles y decían los del lugar que ellos no habían conocido una nevada tan grande como aquella hacía mucho años.

- Pues a mí me cogió esa gran nevada con las ovejas metidas en las ruinas de ese Chorreón y encima les cayó toda la nieve y ahí estuvieron metidas casi diez días sin salir. Es esta tierra peor que aquella de la cumbre. Y ya te digo, en el Tijerón hay una tiná muy buena con el agua en la puerta y todo. Esto, además, en cuanto venga un invierno cargado de agua como los de antes, en cuanto llegue a las olivas y al monte aquel, el ganado que hay aquí, yo he tenido que encerrarlas y tenerlas tres años encerradas porque el pantano estaba lleno y no tenía tierras para los animales.

A partir de esta realidad te haces una pequeña reflexión. El pastor te deja claro que es verdad eso que se dice que nunca llueve al gusto de todos. Cuando ahora mismo media Andalucía está pidiendo a gritos que llueva porque hasta los pantanos están secos como es el caso de este gran pantano del Tranco, él se siente a gusto. Si el pantano se encuentra seco más tierras tiene él para que pasten sus ovejas.

- Pero no creas, yo prefiero que llueva para que se apañe tanta gente como ahora está desarreglada con esto de la sequía.
- ¿Aunque suba el pantano y te quedes sin tierras para que tus ovejas pasten?
- Aunque yo me fastidie quiero que llueva como llovía en aquellos tiempos. Encerraré a las ovejas otros tres años más o seis si fuera necesario y las tendré a base de pienso pero eso de que se llene el pantano y todo el mundo tenga agua a mí me gusta.
- ¿Pues sabes una cosa?
-¿Qué es?
- No sé por qué tengo el presentimiento de que este invierno de 1995 y 96 va a llover mucho. Presiento que este pantano va a volver a tener otra vez mucha agua como en aquellos tiempos. Se cubrirán las ruinas de los cortijos del Soto de Arriba y del Soto de Abajo y toda esta llanura y eso aunque es bueno ¿no crees que es una lástima?
- Por mí ya te he dicho que no. Si tengo que encerrar las ovejas las encierro pero que llueva hasta que este pantano se llene. Hay que pensar en los demás antes que en uno mismo. Ya te he dicho yo que tengo setenta años y sabes que este rincón es toda mi tierra aquí en este mundo. Pero que llueva y que se llene este pantano para que se apañen las criaturas que lo están pasando muy mal.

Te vas despidiendo y antes de alejarte te enseña donde crecen las mejores matas de poleo quizá en toda la sierra de este Parque y para que te convenzas la coge en la mano y te la muestra puesto de rodilla en la tierra para arrancarla. Toda una gran maceta de poleo en una sola mata que él dice nunca arranca aunque todos los años corta de ella las mejores ramas para hacer infusiones.
- Según me estás diciendo ya el año que viene no podré verla porque las aguas del pantano la cubrirán así como también cubrirá toda esta hermosa llanura de Recomesto. Si tu presentimiento fuera cierto, hasta puede que nunca más vuelva a ver esta llanura. De aquí hasta que otra vez baje y las tierras se queden secas como ahora, pasarán muchos años y para entonces yo estaré muerto.

- Pero claro, , como dices, lo de la sequía es muy malo. Eso de que por fin se acabe será estupendo para mucha gente aunque no vuelvas a ver más esta hermosa mata de poleo que se parece al té de roca que crece en los paredones de El Chorreón.

Te muestra también lo que él llama la “Sal de lobo”, un trozo de piedra casi blanca de calcita pura.
- También lo llamamos nosotros “Cuajao de sal”.
Tú sabes que este tipo de rocas abunda mucho en estas sierras porque te las has encontrado en montones de sitios. Se lavan con un poco de agua fuerte y se quedan limpias, como trozos de tocino. Sin embargo, él te sigue insistiendo que eso es “Cuajao de sal” y que por eso se llama “sal de lobo”.
- Eso es lo que decía mi abuelo.
- ¿Pues sabes estas piedras de dónde vienen?
- Claro que lo sé; de aquellos años cargado de lluvia. Llovía y llovía y luego cuando dejaba de llover los arroyos seguían corriendo durante todo el año y nunca se secaban. Empalmaba un invierno con otro sin secarse y en aquellas corrientes de aguas limpias en los arroyos a lo largo de tanto tiempo y sobre todo en verano, se iba cuajando esta sal. Al caer por las cascadas el agua iba cuajándose hasta forma una costra sobre las rocas del arroyo. Luego aquella costra, con el tiempo se rompía y rodaba por las laderas hasta los barrancos donde ahora nos las encontramos en forma de piedras más o menos grandes pero sé que esto viene de aquellos grandes años de lluvias casi eternas.

El pastor te dice que ya tiene que irse porque va a recoger a la oveja parida que se quedó en la llanura y quiere ver cómo se encuentra la otra que dejó encerrada entre las paredes de El Chorreón. Le dices a él que también tienes que irte porque antes de que se ponga el sol quieres llegarte a la antigua casa forestal de Los Casares y ver la tienda que ahí han montando este verano y lo despides.
- Cuando quieras vuelve por aquí que ya seguiremos hablando de las cosas de estas tierras.
- Cualquier día de estos volveré.

Le dices y empiezas a subir por entre los olivos en busca del coche.

PANTANO DEL TRANCO POR LA COLA DE HORNOS 17-11-94

LA FUENTE -23

Donde la carretera se adapta a la hondonada del barranco, totalmente en solana y mirando a la aldea de Fuente de la Higuera, al otro lado del pantano, corre la fuente. Digo corre porque en propiedad no es aquí donde nace. No sé su nombre a pesar de haber pasado por el lugar por lo menos doscientas veces. La hicieron expresamente en esta solana y no hay aquí ningún manantial; el agua la cogieron del arroyo que corre cerca y como el nombre de este arroyo sí me lo sé, que es el de Montillana, me imagino que el de la fuente podría ser el mismo. Yo al menos, mientras no descubra si tiene otro, la voy a llamar así; lo mismo que el de las cuevas que hay, en este mismo arroyo, algo más arriba de la carretera, entre las rocas. Existen aún todavía, ya abandonadas, con su letrero junto a la carretera que pone: "Cuevas de Montillana".

Hoy que es sábado, algo lluvioso, toda la sierra cubierta de niebla y no muy frío el ambiente, pretendemos trazar por aquí una ruta sencilla a fin de conocernos a fondo todo este rincón. Porque a pesar de las muchas veces que hemos bebido agua en la fuente nunca nos fijamos en el cortijo que se alza en el centro del valle un poco más abajo. Hace un mes o así pasamos por aquí y sin pretenderlo descubrimos el cortijo porque nos llamó la atención el rebaño de ovejas que por ahí pastaba.

- Fíjate que postal más bella; la manada por la pradera, las ruinas del cortijo en el centro del valle, el pastor allí sobre el cerro y las aguas del pantano al fondo.
- Si no fuera porque ya queda poca tarde parábamos para bajar.
- Será emocionante todo lo que este hombre nos cuente del rincón.

- Seguro que en todo el contorno no hay otro que sepa más de las sierras que nos rodean y circundan el valle.
- Es una pena que no podamos bajar, porque cuando volvamos, si volvemos otro día, vete a saber si tenemos la suerte de encontrarlo por aquí.
- Pero tenemos que volver otro día porque una maravilla como ésta merece la pena.

Y hoy hemos vuelto. Enseguida buscamos a las ovejas y se ve el cortijo de abajo pero nada de rebaño ni pastor. ¡Lástima porque no va a ser lo mismo! Así que nos ponemos en ruta empezando por la fuente que está casi en la misma carretera. Pero no me gusta lo que hoy veo en la fuente. Tres mujeres lavan ropa usando limón y vinagre, que será seguro para no contaminar las aguas y son del camping que hay unos trescientos metros dirección al muro del pantano, en la misma carretera; camping de Montillana, el mismo nombre del arroyo, de las cuevas y creo que también del cortijo que hay en el centro del valle. Ni las saludamos ni le decimos nada por algo de pudor pero nos quedamos con las ganas porque están contaminando este limpio chorro de agua. Nos llega el olor de su colada, y huele rara, mucho antes de llegar a la fuente. ¡La de barbaridades que a veces ve uno por estas sierras!

LAS INTERROGANTES -24

Y es verdad: la ruta de hoy es la de las sorpresas y el primero más sorprendido soy yo. Expresamente hoy, antes de pisar este rincón, ni he leído nada de por aquí, que no hay mucho escrito, ni he mirado los mapas ni he preguntado a nadie. A la aventura total que es lo emocionante. Pero es que, ni por asomo, me imaginaba lo que ahora empiezo a descubrir por esta ladera.

La intención principal es sólo bajar al cortijo y en todo caso, un poco más, hasta la orilla del agua del pantano. Ningún otro proyecto ni pretensión. Pero la primera sorpresa aparece enseguida, unos cuantos metros más abajo de la fuente. Por cierto, la fuente la hizo Icona y es de piedra con paredes

gruesas; tiene un sólo gran caño de agua y otro sólo gran pilón para que beban los animales, casi seguro, porque no hay por aquí ningún otro acondicionamiento. Ni mesas ni bancos de piedra ni nada de esas cosas que a Icona le gusta instalar en sitios con agua como podría haber sido esta fuente.

Pues la primera sorpresa está junto al carril de tierra, pista forestal que, trescientos metros más abajo, me encuentro: un pequeño poste de cemento de forma cuadrada y clavado al borde de la pista con tres letras grandes grabadas en cada una de sus caras CHG.
- ¿Qué es esto?
- Parece uno de esos postes que se ponen junto a las carreteras para escribir los kilómetros pero en miniatura.
- Lo que se ponía en las carreteras y exactamente eso es lo que parece éste que vemos aquí.
- Pero en una pista forestal ¿qué sentido tiene?

Aunque nos sorprende lo aceptamos como un trozo más de nuestras ignorancias por estas sierras. Ni siquiera nos tomamos mucho interés en llegar a saber que es esto. La pista desciende dando grandes curvas por la hondonada del barranco y cruzando el arroyo varias veces. No la seguimos nosotros sino que como venimos derechos al cortijo, nos tiramos campo a través por donde, en algún momento, nos cruzamos con trozos de la antigua senda. Ya muchas veces he comprobado que contagia una emoción especial andar por estas antiguas veredas, en muy malas condiciones casi todas ellas y las que no, convertidas en pistas para los coches y tractores. Ya no hay ni burros ni caballos ni gente que vaya andando de un cortijo a otro a no ser alguno como nosotros.

LAS ENCINAS - 25

Desde la fuente para abajo, hacia y casi hasta el cortijo, que aunque todavía no he llegado si lo estoy viendo, toda esta ladera es un puro olivar. Obra reciente porque los olivos que por aquí crecen no son muy viejos. Me acuerdo de lo que ya en varios sitios he leído. Resulta que tanto esta zona de la cola del

pantano como la otra que le entra por el Guadalquivir, este lado es la del Río Hornos, en tiempos pasados eran dehesas. Alguien me ha dicho que más que dehesas, estas llanuras se parecían mucho a las llanuras de las huertas de Murcia, para decir que todo esto era un puro vergel. En otro lugar hablaré más extensa y profundamente de las dehesas hoy cubiertas por las aguas del pantano. Pues en tiempos pasados todo esto eran fértiles llanuras y praderas que estaban pobladas de cortijillos con sus majadas, sus trozos de tierras para cultivar, sus hortales y sus praderas tanto para el pastoreo de las vacas como de las ovejas. Toda esta tierra era un hervidero de vida entre pastores, cencerros de animales y majadas llenas de corderos.

Resulta también que por esta zona existían grandiosos encinares de cuyos frutos, las bellotas, se alimentaban tanto el ganado como los dueños o cuidadores del ganado. Por ejemplo: una de las ordenanzas del año 1580 dada en el pueblo de Segura de la Sierra para toda esta zona, decía: “Item ordenamos y mandamos que ninguna persona pueda coger ni barear la bellota de carrasca hasta el día de San Lucas de cada año y la bellota de roble y melhojo hasta el día de San Miguel de septiembre de cada año so pena que el que antes destos días la cogiere o bareare para ganado incurra en pena de trescientos maravedíes y el que desgrumare las carrascas con la mano o en otra manera incurra en pena de cien maravedíes por cada carrasca que así desgrumare aplicadas las dichas penas sigun desuso y quando los dichos nuestros caualleros los hallaren cogiendo o bareando o desgrumando segun dicho es los prendan a tales personas y por sólo su juramento sean creydos y se execute en las tales personas e por sus bienes por la dicha pena otrosí que ningún pastor porquero ni otra persona andando con el ganado no pueda traer vara de avellano ni de otro árbol fuera de su gancho so pena que si fuere hallado con tal vara que fuere dos varas y media de medir de largo incurra en pena de trescientos maravedíes por cada vez que ansí con ella fuere hallado y que la tenga en su hato y permitimos que qualquier vecino de Sigura y de las villas y lugares de su tierra puedan coger un

celemín de bellotas antes de dicho día de San Lucas para su comer sin incurrir en pena alguna e la pena del barear bellota antes de los dichos días se declara que sean trescientos maravedíes repartidos por tercias partes juez y caualleros”.

Hoy, según vamos bajando, por aquí y allá, nos tropezamos con magníficos ejemplares de aquellas encinas aún vivas por el lugar. Algunas se han salvado de las cortas, los incendios y los arranques y sobre los cerrillos se mecen en forma de auténticas piezas de museo; reliquias vivas de los que fueron aquellos fabulosos encinares. Los olivares que han ido desplazándolas y poco a poco van cubriendo toda la ladera, como necesitan tierras limpias, por aquí no pisas nada más que barbecho: tierras que se aran y se dejan sin cultivar durante uno o más años para que descansen, porción de tierra arada para sembrar. Que en el caso de los olivares, se aran todos los años pero no se siembran jamás, porque la finalidad es que no crezca la hierba por entre los olivos para poder coger bien las aceitunas. Pero en este caso aún es más grave porque al ser ladera muy pronunciada, cada vez que llueve el agua arrastra buenos puñados de tierra que deposita en el fondo del pantano. Así que con el tiempo, cada vez habrá menos laderas, menos tierra en las laderas y más fango en las partes bajas del embalse para que también le quepa menos agua y todo siga su cadena de ser cada año un poco menos.

EL CORTIJO - 26

Antes de acercarnos a las ruinas del cortijo cruzamos la pista varias veces y en dos o tres de ellas volvemos a ver los postes que atrás decía. También descubrimos algo que por primera vez encontramos en estas sierras; y me estoy refiriendo a las tierras que quedan comprendidas dentro del Parque Natural y por la zona esta de Segura de la Sierra, son trozos de mineral de yeso cristalizado.

- Ya decía que este color rojo de la tierra no es lo habitual por estos montes.
- Desde luego; es una tierra distinta a la que encontramos en otros sitios.

Predomina el color rojo pero de vez en cuando afloran vetas con tonos nuevos: ceniza casi tirando a azul y son margas porque con la agüilla que está cayendo se pegan en los zapatos que dan gusto.

El cortijo, el que fue y ahora sólo quedan paredes, casi todas caídas con algunas vigas de madera todavía dando tumbos por aquí y árboles frutales, se alza en lo alto del cerrillo. Un lugar precioso por el dominio que tiene sobre todo el valle y las laderas de enfrente. Por detrás corre el Arroyo de Montillana que no se seca ni en los años más pobres en lluvia como es el caso de éste que está terminando; hacia el pueblo de Hornos, llanuras y cerrillos y al frente, porque mira hacia el valle, por donde corría el Río Hornos y ahora debería existir la cola del pantano, el frente queda precisamente esto: lo más hondo del valle que sería el río y al otro lado la ladera del gran macizo del Banderillas. Se aplastan por ahí las aldeas de la Platera, Hornos el Viejo, El Carrascal, Canalica y Fuente de la Higuera. Un rincón delicioso por donde pienso irme un día de estos porque desde hace mucho tiempo sueño conocerlo más de cerca y a fondo. Sin mucho esfuerzo podemos adivinar con bastante claridad la actividad de laboreo de aquella gente. Tengo por aquí una antigua ordenanza que dice: “Item ordenamos y mandamos que qualquier persona vecino deste comun y que por tiempo fuere de el que tuviere qualquier titulo y posesión o otro qualquier derecho de tierra y labores en estos nuestros términos y en qualquiera parte de ellos pueda libremente sin caer en incurrir en pena alguna cortar y talar y sacar de quaxo y rozar y quemar todo el monte y arboles que hubiere nacidos y de nuevo nacieren de qualquier suerte que el monte y árboles fuere y las dichas sus labores con tanto que en la parte que en las dichas labores hubieren carrascas o robres de dental arriba dexe dos pies de carrascas orobres en cada fanega donde estuviere tal monte y si hubiere pinos donceles o salgareños de dental arriba no los pueda cortar sin que primero sea visto por uno de los del consejo de la villa de Sigura y este dé razón para que si fueren de provecho los mande aprovechar el dicho concejo y los demás pinos de dental abajo los pueda cortar libremente con el demás monte como dicho es y los

pinos que por orden del dicho concejo se mandaron dexar que en cada fanega dos pinos estos los dueños de la heredad los puedan limpiar y desacar hasta medio del dicho pino poco más o menos y de las cumbresarriba sea obligado el señor de tal heredad a dexar en cada fanega de la dicha su labor en la tal parte donde hubiere carrasca o robre o pino puede el dueño de su heredad limpiar segun dicho es sin pena alguna”.

LO QUE CUBRE EL PANTANO - 27

Nuestro primer proyecto, la intención inicial, era sólo venir hasta el cortijo, da alguna vuelta por aquí y regresar otra vez a la fuente y de aquí al coche. Pero nos ha pasado lo siguiente: una vez aquí nos pica el gusanillo y como el trozo de tierra que hay desde estas ruinas hasta donde se ve la cola del pantano, es muy sugerente, seguimos bajando. Es como si no pudiéramos evitarlo. No buscamos nada concreto ni desde aquí se observa ninguna cosa especial pero es que ésta llanura, antes de recorrerla, ya parece que te insufla gozo sólo eso: recorrerla. El llegar al agua, verla ahí cerca, tocarla con la mano y sentir que estás en la misma orilla del pantano por la cola del Río de Hornos, también parece que te gusta aunque no haya más ninguna otra razón de peso.

Así que seguimos bajando y la llanura que ya pisamos es por donde el otro día pastaban las ovejas. ¡Qué pena que hoy no estén por aquí! Sin embargo, las oímos, se oyen las esquilas, cencerros pero retañen en la otra ladera, al otro lado de la cola azul del pantano. Las vemos pastando por allí, por la umbría de Hornos el Viejo que lo tenemos casi al alcance de la mano y más cerca aún tenemos otro pequeño puñado de casas blancas: la aldea de Fuente de la Higuera.
- Ahora que la veo, me pregunto una cosa ¿Por qué en ése lado aún sigue viviendo gente y en éste lo rompieron todo?
- Casi por intuición se adivina: la solana por donde andamos es una vertiente mucho menos pronunciada que la umbría por donde pastan ahora las ovejas y se asientan las aldeas.
- Esa es una verdad pero a simple vista, las tierras buenas parecen las de este lado; las llanuras y las dehesas están aquí.

- Precisamente ahí podemos encontrar la respuesta: cuando el pantano se llana, todo esto y hasta algo más arriba del cortijo, se inunda. La tierra por aquí es más llana que la de aquel lado.
- Si estuviera el pastor quizá nos confirmaría esta teoría nuestra pero seguro que enriquecida con muchos otros matices que nosotros ignoramos.
- De todos modos, un día de estos trazaremos una ruta por la umbría de las aldeas para saber de ellas más de lo que ahora mismo sabemos. Se ve con claridad hasta donde cubren las aguas cuando el pantano rebosa. Otra cosa es cuándo se llena. En los últimos quince años creo que sólo un invierno salió por el aliviadero. Además, aquí, en el lado de la solana, también existen varias aldeas aún vivas como Cañada Morales, Guadabraz, El Majal, El Molar y El Tóvar, porque las Cuevas de Montillana, en este mismo arroyo y algo más arriba, también están muertas y a esa zona, ni soñando puede llegar el pantano cuando se llena.

LA GARZA REAL - 28

Ya estamos junto a las aguas de esta cola del pantano que por cierto, hoy está bajísimo. Creo que ha llegado a unos de sus niveles más bajos en toda su historia; un diez por ciento o así de su capacidad total que es de quinientos millones de metros cúbicos. Y estamos en Navidad que aunque hoy llueve mansamente de ninguna manera se va a notar en este embalse.

Por cierto, en una de las guías para los visitantes, se dice que al pantano "se llega por un paisaje donde predominan olivos y tres clases de pinares, salgareños, carrasco y resineros. Tiene esta presa una altura de 92 m. de arco de gravedad y una potencia de 38.800 Kw. y la pequeña aldea. Sale también de este punto la carretera que conduce a Villanueva y a Villacarrillo a través de la Sierra de Las Villas, con paisajes tan pintorescos como el Charco de la Pringue y garganta del Guadalquivir".

La tierra que ahora mismo pisamos es fango. Tierra roja que el agua ha ido depositando en el fondo de este embalse. Por aquí, por donde pasamos ahora mismo no hay ni una brizna de hierba precisamente por eso: porque este fango no es fértil. Algo más arriba, por donde hemos venido hasta llegar a la orilla, aunque es zona que cubre el agua, sí está llena de hierba, tarayes y otras plantas. Esa es la tierra propia que siempre tuvo este valle.

Frente a nosotros, en la parte que cubre el agua, casi asomando a la superficie, se ven las paredes de un cortijo.
Éste sí estaba bien metido en el valle porque creo que desde que las aguas lo cubrieron por primera vez no ha vuelto a quedar descubierto hasta el día de hoy. Pues ahí, en los trozos que de pared sobresalen del agua, estaban paradas tres garzas. Cuando veníamos bajando nos vieron y han levantado el vuelo hasta una isleta que hay al otro lado, más cerca del muro. Pero como luego nos hemos ocultado tras el montículo por donde baja el arroyo, los animales al no vernos, han vuelto otra vez a la pared del cortijo. Debe ser éste un rincón querencioso para ellas por lo alejado que queda de toda presencia humana.

La garza real que caza al acecho mientras camina por el agua, la orilla e incluso la tierra, yo la he visto por estas épocas del año bastantes veces por este pantano y por las corrientes de los ríos que a él vierten. Tiene esta ave el iris amarillo, mantiene el cuello desplegado en forma de S y lo dispara bruscamente hacia delante en busca de su presa. Las plumas de la nuca miden entre ocho y doce cm. y sus grandes dedos facilitan el desplazamiento por el agua.

La nuestra de hoy al vernos, nuevamente ha levantado el vuelo y en esta ocasión ya se ha perdido en las profundidades del pantano buscando la cola que va hacia las ruinas de Bujaraiza. Por cierto: en la orilla del agua hemos visto algunas conchas de almejas que no se parecen ni a las almejas de mar ni a las de los mejillones. Como no sé mucho porque mi

ignorancia sobre las cosas de estas sierras, es muy grande, les digo que:
- No estoy seguro que sean almejas de agua dulce.
- ¿Por qué?
- Ni siquiera sé que se den almejas en las aguas de este pantano. Tendremos que buscar más información.
- Es que se da el caso que yo tengo esa información.
Comenta uno de los que hoy forma este grupo de excursionistas por la cola del pantano

- ¿Qué es lo que sabes de este tema?
- Sé que la Super familia Unionáceos son bivalvos de agua dulce de tamaño medio a muy grande, cuyos miembros más grandes, hasta de treinta centímetros de largo de concha, son desde luego los mayores moluscos de interiores. Se les llaman náyades por usar las legendarias ninfas de las fuentes y los ríos, encargadas de conservar la pureza del agua. Náyade, en la mitología griega, cualquiera de las ninfas de los ríos, lagos y fuentes. Ninfa, estado juvenil de aquellos insectos que sólo tienen metamorfosis parcial, cuya forma es muy similar a la de los adultos.
- Pero ¿cómo explicas estas conchas que estamos viendo ahora mismo aquí, junto a las aguas del pantano?
- Como veis el estado interior de esta concha se compone de una capa de nácar, blanco porcelana a rojizo o con reflejos amoratados. Son estas almejas del grupo de la subfamilia unioninos donde se encuentra la almeja universal que estamos viendo aquí y que vive en gran número de ríos, lagos y brazos muertos y para que tengáis alguna más de información este especie figura en la lista roja de la CEE.
- Pues mira por donde, ya hemos salido un poco de ese mundo de ignorancia que nos aturde sobre tantas y tantas cosas en las tierras de este parque.

LA FOTO DEL ATARDECER - 29

Que no es que la hayamos hecho nosotros desde este lugar y esta misma tarde; no es nada de esto sino lo siguiente: un amigo mío el otro día se compró una magnífica cámara de

fotos y ahora, le pasa igual que a los niños con sus juguetes al día siguiente de reyes, no deja de hacer travesuras. Como desde Ubeda siempre se ven maravillosas puestas de sol él, en cuanto le entra por los ojos uno de estos atardeceres, se pone a sacarle fotos. Nada, tonos rojizos o anaranjados con alguna nube y el resto cielo y poco más.
- Que una cosa es lo que entra por los ojos y otra lo que se puede fotografiar con la garantía de que va a ser una gran fotografía.
Le digo yo siempre. Pero ahora mismo, desde la orilla de esta cola del pantano, acabo de ver la foto del atardecer que mi amigo debería sacar. La he visto y yo hoy no traigo cámara, porque, además, tampoco se da hoy aquí, la foto perfecta. Es el sitio y el punto ideal para otro día. Hoy está todo nublado y los elementos que entrarían dentro de la gran foto del atardecer quedan sin color y algunos tapados por las nubes. Porque la foto sería la siguiente:

La masa azul del agua en primer plano reflejándose en ella los pinos y las cumbres de ambos lados del pantano; de fondo, la sierra de Las Lagunillas con el pico Almagreros y por lo alto de estas sierras el sol poniéndose. Luego, el cielo aparece lleno de nubes entre cirros y cúmulos que son las bonitas y reflejándose sobre ellas, la luz del atardecer. Es una foto única que ahora mismo la estoy viendo aunque falta casi todo para poderla hacer.

Y esto es lo que ha pasado. Al ver, sólo en mi imaginación, esta foto, me he acordado de mi amigo. Ahora mismo me digo que él tiene que venir a este rincón con su cámara de ensueño para que pueda sacar esta foto que también tanto sueña. Porque desde luego, si con éste marco y todos los elementos que lo rodean él no consigue una puesta de sol de concurso, que es otra cosa que sueña, no va a lograrlo en ningún otro sitio. Así que en cuanto lo vea se lo voy a decir a ver si se anima y un día lo traigo para que compruebe que no es mentira lo que esta tarde acabo de ver por aquí.

LAS TOBAS - 30

Siguiendo con lo de antes: desde este punto nosotros no pretendemos llegar más lejos porque lo de hoy no es una excusión ni ruta en serio. Era sólo curiosear el cortijo que a estas alturas ni siquiera sabemos cómo se llama aunque parece que vamos teniendo una pista que más adelante sacaré.

El caso es que estando aquí y mirando hacia el grueso del pantano, por este lado, hemos vistos unos enormes peñones sobre la ladera. Es más ladera allí que aquí y se entiende fácilmente puesto que el valle se va cerrando según nos acercamos al muro, la desembocadura de todos los ríos que bajan por estas laderas. Se ven con formas y color raro porque es zona que estos años atrás la ha cubierto el agua. Y como nos atrae decidimos irnos orilla adelante de las aguas y volver luego por el pinar, límite y zona de seguridad del embalse cuando se llena.

Ya en las rocas comprobamos que son tobas. Rocas que se han formado por la sedimentación de la cal del agua al despeñarse ésta por la cascada que, por el acantilado que hay entre los pinos, debió caer en otros tiempos. Una muestra más de la gran abundancia de aguas en estas sierras años atrás. Son tan grandes estas rocas que por alguna causa debieron quebrarse y caer rodando por la ladera con sus estalactitas y estalagmitas que debieron, también, ser grandes y hoy ya no tienen. En su lugar se ve la herida por donde los visitantes las rompieron para llevárselas.
- Es normal, si por aquí cerca estuvo o está la zona de acampada esa que dices, fíjate si ha habido oportunidades y personas buscando tesoros por estos lugares.
- Totalmente de acuerdo contigo y casi cierto que así ha sido.
Tienen estas rocas, por ser tobáceas, multitud de agujeros por todos sitios. Desde agujeros grandes que puede caber perfectamente un gato montés, animal que no existe por estas sierras, hasta agujeros pequeños, propios para los nidos de rapaces. Y justo estamos pensando en esto, cuando de uno de los agujeros sale un mochuelo.

- Debimos pensarlo.
- Desde luego, porque es este sitio y lugar ideal para ellos y había visto por allí algunas egagrópilas.
- ¿Que es eso?
- Las aves depredadoras se alimentan de otras aves y mamíferos pequeños pero al estar desprovistas de dientes no pueden masticar sus alimentos. Por eso despedazan a sus presas con las garras o las engullen enteras tragando grandes cantidades de pelos y plumas que no pueden digerir. Una o dos veces al día regurgitan esos elementos inútiles amalgamados en unas pelotillas llamadas egagrópilas.
- ¡Qué curioso! ¿no?
- Sí que es curioso y más todavía porque estudiando la forma de esas bolas se puede identificar la especia de ave de la que procede y examinando su contenido se puede determinar de qué se alimenta.
- ¿Por dónde las has visto?
- Por lo alto de esas rocas pequeñas.

Y nos vamos para el lugar con la intención de, durante un rato, dedicarnos a conocer algo sobre las aves que por estas rocas viven. Vemos algunas y nos ponemos a estudiarlas. Contienen de todo: elictros de escarabajos, plumas, pelos y tierra que proviene de comer lombrices.
- Seguro que este mochuelo anida por los agujeros de estas rocas.
- Seguro pero claro, en la época de los nidos, porque ahora sería imposible.
Seguimos curioseando un poco y luego nos vamos hasta la roca más grande. Lo vemos otra vez y ahora muy cerca de nosotros. Se ha posado no muy lejos de donde tiene su agujero y al ser sorprendido nuevamente se limita a una volada corta formando casi un círculo alrededor nuestro y la roca que ocupamos como si no quisiera irse de aquí.

El mochuelo, Athene noctua, junto con el autillo es la otra rapaz nocturna más frecuente en toda la geografía española y por supuesto, en estas sierras. Su área de distribución mundial incluye toda Europa ocupando una gran franja que llega hasta

China, pasando por todas las zonas templadas de Asia, norte y este de Africa y Asia menor. En España, la subespecie vidalii aparece en toda la península siendo una especie muy conocida por tener hábitos diurnos.

Con una longitud de 276 cm. y un peso que no supera los 200 gramos es un ave sedentaria que suele cazar al acecho desde hormigas hasta pequeño gazapos lanzándose desde un posadero. En los meses de abril y mayo, dentro de las oquedades de troncos viejos y rocas, como ésta que ahora recorremos y hasta en antiguas madrigueras de conejos, los mochuelos ponen entre tres y cinco huevos.

Cuando yo era pequeño, unas de las cosas que más me ilusionaba era precisamente encontrarme con alguno de estos nidos. En las sierras de lo que hoy es el Parque Natural de Los Villares, al norte de la provincia de Córdoba, los mochuelos son abundantes y entre las grietas de las rocas de granito de aquellos montes me los he encontrado muchas veces tanto con huevos como ya con las crías nacidas.

El autillo se parece al mochuelo pero es más pequeño; el más pequeño de los búhos que nidifican en España y también el más frecuente. Es una especie claramente mediterránea que se distribuye por casi todo el continente europeo. De hábito solitario y crepuscular es también un hábil cazador.

LOS PARRALES - 31

La palabra parral se refiere a un grupo de parras sostenidas por un armazón, sitios donde hay parras, viñas que ha criado muchos vástagos. Desde aquí, desde los peñones tobáceos donde hemos encontrado a nuestro amigo el mochuelo, si miramos hacia el norte vamos, en primer plano un buen rodal de juncos. Baja por la ladera desde el lado de los pinos, la franja que va recortando el bosque y señala los límites de las aguas cuando el pantano rebosa.

Subimos por esta ladera porque ahora ya sí pensamos regresar pero en lugar de irnos por donde hemos venido, pretendemos volver por la parte más alta siguiendo el límite que señalan los pinos. Unos amigos de Córdoba, en varias ocasiones me hablaron de la zona de acampada de Los Parrales.
- Es un rincón donde todos los años pasamos unos días de vacaciones.
Me decían; no sé dónde está ese trozo de tierra por aquello de que me siento más atraído hacia otras partes de estas sierras: las cumbres y esos lugares por donde apenas se ven visitantes. Siempre intuías que el rincón debía caer por aquí pero nunca llegué a saberlo exactamente. Sin embargo, en una ocasión, entrando desde el mismo Pantano del Tranco para arriba, a unos quinientos metros, cogí la pista que sale a la derecha con la intención de llegar hasta la zona y conocerla por fin. A la mitad me cansé y por lo menos había recorrido dos kilómetros y como sólo aparecían pinos, polvo y ninguna señal de la zona de acampada no sé por qué sentía que aquello no iba a gustarme. Después he pasado por aquí, por la carretera que va allá por lo alto y desde el Tranco lleva a Hornos y Cortijos Nuevos pero nunca más se me ocurrió buscar la zona de acampada.

- Pues eso es lo mejor de las sierras.
Me decían una y otra vez lo amigos de Córdoba. Y el caso es que la Agencia de Medio Ambiente, poco a poco ha ido cerrando estas zonas y ésta de Los Parrales en fechas muy recientes todavía funcionaba.

Los pinos que ahora mismo estamos viendo son los mismos que aquel día recorrí con el coche y me volví antes de llegar al final. Les digo a ellos que esta zona de acampada tiene que caer cerca.
- Pues subimos y como la pista que conozco venía en esta dirección y no terminaba seguro que por ahí la vamos a encontrar.
- Y, además, como tenemos que volver para atrás sin más remedio hoy hemos de dar con ese lugar.

Pensamos y comentamos esto e inmediatamente nos ponemos en camino ladera arriba.

EL SEGUNDO CORTIJO - 32

Nada más llegar a los pinos la pista.
- Esto se llama tener intuición.
- Pero ¿A dónde va esta pista, porque de donde viene ya lo sé?
- Como ahora la vamos a recorrer hasta el final hoy saldremos de duda.

Y nos ponemos en caminos siguiéndola con objeto de regresar. Nada, aquí mismo, enseguida la misma incógnita que vimos al comenzar la ruta allá por el trozo de pista junto a la fuente de la ladera. El pequeño pilar de cemento con las misma letras grabadas: CHG.
- Lo cual quiere decir que esta pista es la misma que aquella.
- Si no es la misma al menos un ramal si parece que puede ser.

Pero interrumpimos nuestra reflexión ante la sorpresa de otro descubrimiento: las ruinas de un cortijillo aquí mismo, a la izquierda y bajo unas grandes rocas.
- Y fíjate, son tobáceas; de la misma clase que las que hemos visto ahí abajo.
- Las mismas y con señales claras de, en otros tiempos, haber pertenecido a una gran cascada de agua.
- Y tan claras; fíjate en aquella cornisa que no es otra cosa sino pura estalactita.

Nos acercamos y vemos que bajo ella aún existen los restos de una tinada.
- Cuando dejó de correr la cascada aprovecharon la covacha para encerrar el ganado.

Más a la derecha se ve la vivienda con, todavía, algunos trozos de pared blanqueados y otros tiznados por el fuego de la lumbre en la cocina. Por encima de nosotros la pared de roca que surge de la ladera se alza vertical por lo menos casi treinta metros.
- Este debe ser el Cortijo de Los Parrales de donde han tomado el nombre para la desconocida zona de acampada.
- Seguro que sí.

Pero parras no vemos aunque sí membrillos, higueras y nogales. Más a la derecha, la era perfectamente tallada en un cerrete, lo cual indica que aquella gente sembraba sus cereales. Los tengo soñados en forma de grandes trigales, cebada y centeno cosa que también recogen muchos documentos de aquellas épocas hoy guardados tanto en los archivos del pueblo de Hornos como de Segura de la Sierra. Estamos ensimismados en nuestros descubrimientos cuando oímos voces por encima de nosotros. Sobre el acantilado han colgado un mirador protegido con una valla de madera. Al mirar recuerdo ahora que por la parte alta de estas rocas hay otra zona que también le llaman Los Parrales donde crecen nogales, álamos y corre una fuente.

- Está claro, si esto es el Cortijo de Los Parrales aquello también son Los Parrales y la zona de acampada también la han bautizado con el mismo nombre. Todo un mundo con nombre común.

EL BELEN NATURAL - 33

Es un rincón bonito este del cortijo bajo el abrigo de la pared rocosa. Como estamos próximo a la Navidad ahora cualquier paisaje parece como si te remitiera a ese sentimiento y en este caso concreto la fantasía te presenta un rincón con la imagen de un belén. Todo lleno de pinos, la casa, el corral que podría ser el establo, las higueras, los nogales, la era, la cascada que aunque está seca existe y se ve, la oscuridad de la covacha, los enebros, las sabinas, todo parece un auténtico belén a lo grande y construido por el mayor de todos los artistas. Hasta la situación: en mitad de la ladera, justo donde el cortado de las rocas forman un gran escalón y mirando al oriente. Ni en sueño podría quedar más bello. Además, para llenarlo de un encanto todavía más especial, a los pies de este magnífico belén, queda el lago de las aguas azules que en este caso es el Pantano del Tranco.

Cuando es verano este rincón queda frente al sol del medio día. Solana que es sitio en que da plenamente el sol, particularmente la vertiente sur de una montaña pero, aún así, este singular belén queda lleno de fresco por la pared del acantilado que lo resguarda y la frondosidad de la vegetación que le rodea. Por aquí, en otros tiempos, el bosque debió ser otro al que ahora mismo vemos. Por ejemplo: cuando subíamos desde las rocas, sobre la ladera que el agua ha dejado al descubierto, se ve, hemos visto, los tocones de varias gruesas encinas. Las cortaron cuando empezó a llenarse el pantano y aún subsisten a pesar de haber sido cubiertas por la gran masa del pantano.

Y los textos de aquellos tiempos nos descubren también otro tipo de árboles que sin duda crecían en compañía de la gente de estos cortijos, como el que hoy, por ejemplo, nosotros hemos convertido en belén. “Item ordenamos y mandamos que los árboles de frutos que estuvieren en la dicha haça de lavor de estos nuestros términos que ninguna persona los corte por el pié ni desmoche siendo de dental arriba y permitimos que el señor de la tal heredad pueda desmochar los tales árboles e no otra persona que el que lo contrario hiciere tenga de pena por cada pie que cortare mil mrs. y por cada rama cien mrs. aplicados por tercias partes juez dueño y denunciador y si el dueño denunciare sean las partes para el tal dueño y destos dichos árboles mandamos que no se saque curtido”.

Restos de éstos árboles aún quedan por aquí escondidos por entre los pinos y las ruinas del cortijo pero con una cosa y otra lo que en aquellos años lejanos conservaron con tanto cariño ahora lo rompemos sin ningún respeto. De todos modos, y lo repito otra vez, el rincón es bello; un auténtico belén natural sin ningún acicalamiento humano que es lo que precisamente le da su tan gran encanto.

EL CAMINO - 34

Nos vamos aunque con algo ya de pena, porque eso es lo que pasa: son tan bonitas estas ruinas que enseguida se te meten en corazón. Y, además, no sé por qué, también enseguida te empiezas a sentir a gusto en estas soledades donde el único murmullo que enturbia el ambiente es sólo el trino de los mirlos, el piar de los zorzales y el repiqueteo de algún pájaro carpintero. También vibran llenas de armonía las pequeñas gotitas de lluvia que resbalan por las hojas de los pinos y la superficie de las piedras.

Pero en fin, nos vamos siguiendo el camino que ya dije antes y con el interés creciente de encontrar la zona de acampada. No la encontramos enseguida pero sí nos tropezamos con otra señal más que nos vuelve a remitir a los pequeños postes de cemento encontrados al comienzo de nuestra pista y una alcantarilla de piedra para que las aguas crucen la pista sin dañarla. Volvemos a sentir la extrañeza porque no es normal que en una pista forestal sin más hayan construido una obra tan buena y eficaz.
- ¿Sabes lo que pienso?
- ¿Qué piensas?
- Que esta pista fue una carretera.
- Si la carretera va a media ladera por encima de estos acantilados.
- Pero eso es la carretera nueva; la que trazaron cuando represaron el pantano y empezó a llenarse.
- ¿Quieres decir que antes tenía otro trazado?
- Así nos lo indican los postes que desde que comenzamos la ruta no dejamos de ver y ahora nos lo refuerza estas alcantarillas. Como en aquellos tiempos sólo existían carretas y mulos con una pista como esta, para salir y entrar a estas sierras, tenían bastante. Este camino es la salida natural del pueblo de Hornos hacia el tranco del pantano para el pueblo de Villanueva del Arzobispo y para esas dehesas de la isla de Bujaraiza, aldea de San Miguel en aquellos tiempos.
- ¡Qué curioso! ¿Verdad? Y lo hemos descubierto sin buscarlo, sin ni siquiera saber que este camino existía.

- Pero nos queda una pequeña incógnita: las letras grabadas en los postes ¿Qué significan?
- Creo que tengo la respuesta.
- Pues habla.
- En el periódico de la provincia el otro día apareció un artículo hablando de esta zona. La nueva gobernadora de Jaén ha hecho una visita a los pueblos de la Sierra de Segura y en su recorrido pasó por este pantano. "El proyecto de obras para la adecuación de áreas recreativas en los pantanos de El Tranco y Giribaile podría ser adjudicado este mismo mes. Las obras, presupuestadas en conjunto en 70 millones de pesetas, tienen un plazo de ejecución de 18 meses y pretenden darle a los embalses un uso turístico. En concreto, en estos pantanos se construirán un centro de recepción de visitantes y un área recreativa; tampoco está descartado que la iniciativa privada se incorpore a este proyecto con la construcción de algún establecimiento hotelero.

En el caso del Tranco, el centro de recepción de visitantes, que llevará una cafetería incorporada, se construirá aprovechando la rehabilitación de la antigua casa de Correos mientras que en el Giribaile será una edificación totalmente nueva, según los datos aportados a este periódico por el ingeniero-jefe de la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir". ¿Encontráis la respuesta a las letras que hemos visto grabadas en los pequeños postes?
- Está clara: CHG son las siglas de la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir. Por lo visto esta pista, en algún momento perteneció, si es que no sigue perteneciendo, a esa confederación.

Mientras avanzamos por el camino vamos atentos a las huellas del pasado, señales magníficas para orientarnos cada vez mejor y más por estas sierras. Produce una emoción especial recorrer esta senda tan cargada de historia además de bonita. Atraviesa parajes muchos más bonito que los otros, la carretera de asfalto que va más arriba y también menos prepotente porque busca el trazado más fácil, pegada casi al valle por donde todo es mucho más lógico.

LA CURVA DEL PINAR - 35

A veces tienes la impresión de estar viviendo un sueño. Ves un paisaje y tienes la sensación como si lo conocieras de siempre. Hoy, esta tarde, al pasar por aquí, me ha ocurrido a mí esto. Tuve un sueño anoche y en él vi una pequeña senda que, desde el cortijo en lo alto del cerrillo, bajaba hacia el arroyuelo de la junta. Trazaba una curva en forma de media luna y conforme iba ciñéndose al barranco todo el rincón se llenaba de un misterio especial.

Sé el nombre del cortijo que se llama Valdegrillos y está en una finca que tiene también el mismo nombre, precisamente en las tierras que hoy son el núcleo del Parque Natural de Los Villares al norte de Córdoba. Pero el rincón que vi en el sueño no se parecía al que allí existe y es real. Me veía yendo por allí pero los paisajes que en mi alma se reflejaban no eran aquellos.

Esta tarde, ahora mismo, en cuanto hemos llegado a la curva que esta pista da al pasar por este pinar, en cuanto penetramos por entre sus sombras, algo tiembla dentro de mi espíritu. Es éste el rincón que anoche vi en mi sueño. Pero ¿Cómo es posible si por aquí no he venido nunca? No conozco de ni este paisaje ni el camino ni el bosque ni las sombras húmedas que de él mana. Mas no me engaño: el arroyo, la ladera, el manantial en forma de fuente, casi todo y exactamente es lo que anoche recorrió mi mente mientras yo dormía. Y sobre todo, algo muy concreto: los parajes, todo el murmullo de aves aleteando, piando, trinando, resonaron anoche por mi mente mientras dormía y ahora están aquí pero es que, además, ahora tengo la sensación que este rincón es el mismo de hace cuatrocientos años según las ordenanzas que se proclamaron por aquellas fechas:

"Otrosi ordenamos y mandamos que qualquier persona de nuestro término no siendo vecinos dellos cortaren y llevaren fuera sin licencia de nos el dicho concejo açores y otras aves y yeruas o mineros u otras cossas que son defendidas por

nuestros fueros e por otras nuestras ordenanzas quelo haya perdido y pierda con más la bestias en que lo llevare y incurra en las demás penas de estas nuestras ordenanzas que son mil mars. por cada pie de siñuelo que sacare y llevare a lo mismo por las dichas aves e mineros y otras cossas que aplicamos donde ellas las aplican".

A mí al menos, me parece eso: que a veces tengo la impresión de estar viviendo un sueño. Veo un paisaje y me digo que lo he soñado y cuando voy andando por él ya no sé acertar si aquello es real o sueño.

LA ZONA DE ACAMPADA - 36

Vamos bajando por la pista saliendo ya de la curva y así a lo lejos vemos un hierro clavado en el suelo con una chapa blanca.

- ¿Qué será eso?

Porque resulta extraño un letrero por aquí en este rincón que a primera vista te parece el más aislado y solitario del mundo. Apresuramos el paso y con los ojos clavados en esa chapa a veinte metros ya podemos leer lo que en ella han escrito: "Zona de acampada, clausurada".

- ¡Hombre, mira donde encontramos la zona de acampada que venimos buscando!

Exclamamos sorprendidos por dos cosas: por encontrarnos por fin aquí la zona de acampada y por descubrir también que ya está clausurada. Hoy, con ésta, ya son tres las zonas de acampada libre que hemos visto cerradas. El Robledo, Los Parrales, a donde vamos a llegar dentro de un rato y ésta que es Montillana. Sí sabía que este rincón estaba clausurado desde el verano pasado pero la del Robledo, en los folletos que han dado a los visitantes al pasar por los controles la temporada pasada, se podía leer lo siguiente: "Zonas de acampada, Fuente de la Higuera, Bayona y El Robledo". Mas luego resulta que, por lo que estamos viendo hoy, todas estas zonas de acampada están cerradas. Entiendo por qué la han cerrado: Ya sobran hoteles y campings a lo largo y ancho de este parque y es lógico que los visitantes que se propongan

dormir por aquí, vayan a esas instalaciones. Por otro lado, las acampadas libres tal como estaban montadas eran un gran foco de contaminación en todos los sentidos.

Por ejemplo: vemos que ésta se ubica justo en el mismo cauce del Arroyo Montillana que sí trae una buena corriente de aguas limpias. Sé que todo este lugar se llenaba de tiendas repletas de gente. Aquí no existen unos buenos servicios; las letrinas son hoyos excavados en la tierra y protegidos por una pobre tapia de monte sin agua ni nada, los fregaderos están frente al arroyo donde construyeron una fuente para coger agua y unas hornillas de piedra que se alimentan con leña para hacer la comida. ¿Adónde iban todas las aguas sucias que esta gente generaba? Pues al arroyo que por supuesto se contaminaba aquí mismo y desaguaba en el pantano. Yo sé bien que de estos núcleos campistas sale una barbaridad de basura. Una contaminación impresionante que por encima de todo era necesario eliminar, porque, además, ni siquiera los habitantes, nativos de estas sierras, contaminan tanto. Todo este tinglado parecía, más que otras cosas, un insulto a la gente buena que ha nacido, crecido y tiene en estas sierras sus más profundas raíces.

A dos pasos de esta zona de acampada se encuentra ese primer cortijo que vimos al bajar. Resulta que aquellos pastores y labradores, dueños de este edificio y trabajadores de las tierras que les daban de comer, fueron echados lejos de sus propiedades porque necesitaban que no hubiera mucha gente por aquí aunque también existieran otras razones. Podría ser porque en cierto modo rompía y estropeaban el paisaje. Mas ahora, aquí mismo, sobre las paredes del cortijo, montan una zona de acampada y ¡ale! a romper, contaminar y ensuciar aguas, suelos y campos. A personas que tenían raíces y propiedades se les machaca para luego, a otro que ni son de estas sierras ni tienen por aquí ningún tipo de raíz, dejarlos o por lo menos darles la oportunidad para que destruyan y ensucien todo lo que a los primeros se les prohibe.

Así que esta es la zona de acampada de la cual me hablaba aquella familia de Córdoba porque a ella venían todos los veranos. Clausurada está ya pero como tengo aquellas publicaciones que el AMA repartió a todos los visitantes en el verano de 1989, miro en el librito que, además, muestras en su portada el emblema de la Reserva de la Biosfera, y leo lo siguiente: “El área de acampada Montillana está localizada en la denominada cola de Hornos en la vertiente izquierda al embalse del Tranco de Beas; se encuentra enclavado en una ladera rocosa que desciende hacia el pantano. El acceso se realiza a través de la carretera local Cortijos Nuevos-Tranco de Beas, sobre el kilómetro 10 de este local y a la izquierda existe un desvío y siguiendo este trayecto unos 3 Km. nos conducirá al área de acampada que se encuentra debidamente señalizado. El tipo de usuario que afluye a estas instalaciones es generalmente familiar y grupos de jóvenes, siendo la temporada de verano la de mayor utilización, seguida de la primavera.

Posee los servicios de fuentes, recogida de residuos sólidos y letrinas. La vegetación de la zona está formada por el chopo, el pino carrasco y el olivo, destacando como ejemplares faunísticos: el ciervo, el águila culebrera y el águila calzada. Los puntos de interés próximos son el castillo de Segura de la Sierra a 20 Km. el Parque Cinegético a 20 Km. y el Pantano del Tranco de Beas”.

Pero según este otro pequeño letrero que nos encontramos sujeto a un hierro al comienzo de esta pequeña llanura llena de cañas, chopos y dividido por el cauce, ya no sirve para nada ni el librito de la Reserva de la Biosfera ni el texto que he puesto arriba. Ya nada de esto informa de nada, porque han desaparecido las acampadas como si todo hubiera sido un juego, un experimento que se quita y se pone a capricho según convenga.

Mas nosotros hoy estamos, por fin hemos dado con el lugar y a fe que resulta atractivo por todo el silencio que aquí late, el murmullo de la corriente, los chopos sin hojas y los mirlos

espantados desgranando sus griteríos por el barranco. Y por la laderilla seguimos viendo el trigo verde. Es como un manto aterciopelado pero repleto de tonos esmeralda que el viento ondea como si se remansara en él. No es el viento sino pequeñas ráfagas de suave brisa que desde el valle ascienden barranco arriba. Como la sementera aún está a medio criar, las cañas de trigo con las espigas ya apunto de reventar, se doblan en armoniosas y dulces olas ladera arriba. ¡Qué paisajes los de este trigal!

La niña de pelos rubios semejante a los rayos de sol cuando éste se duerme tras las montañas ahora no salta por entre el trigo. Lo atraviesa de un lado a otro cual mariposa que ni lo roza para no romperlo. Se para de vez en cuando y se queda perdida transformada, por unos momentos, en sementera fresca. Cuando al rato aparece alza sus manos y mostrando en ellas los tallos tiernos grita:
- Otro más, papá.
- Esta primavera hay tantos que da gusto.

Y tiene razón: algunos de los espárragos son tan grandes que desde lejos se les ve sobresaliendo por el trigal. Otros son pequeños aún pero todos revientan de verde y casi se deshacen en las manos al cogerlos de tan tiernos. Es una maravilla esta sementera tan llena de primavera y con tantos espárragos este año por aquí. Toda la laderilla es un puro vergel teñida de rayos de sol color plata y oro, ondeada por la brisa del valle y engalanada por los juegos de la niña que hoy juega a coger espárragos silvestres. Esta tarde, mientras nos alejamos siguiendo la pista nuestros ojos se remansan en este trozo de ensueño desparramado por la laderilla que cae desde el cortijo hacia la llanura del arroyo por donde estuvo la zona de acampada.
- Y fíjate, lo bello, lo eternamente hermoso con señales inequívocas de permanecer hasta el fin de los tiempos no es ni lo que ahora mismo vemos por aquí ni lo que se podía ver hace unos años cuando la gente llenaba todo esto con sus tiendas. Lo imperecedero como primavera inmutarle a través de los siglos es aquella sencillez que más se parecía a un firmamento

estrellado en una noche silenciosa. Y eso demuestra la gran verdad rotunda: lo humilde, lo pequeño, lo sencillo, lo que más se parece a un chorrillo de agua que es al mismo tiempo un pequeño reflejo de Dios, eso es lo que no muere jamás. Eso es lo que permanecerá por encima de todos los proyectos humanos y todas sus mil obras que se pudren casi en el mismo instante en que nacen.

EL HOTEL DE MONTAÑA - 37

Tienen nombre parecido pero sería casi imposible confundir el uno con el otro. El Hotel Montaña está en el mismo Arroyo Frío al comienzo del Valle del Guadalquivir y se llama así y no de otra manera. Este se encuentra junto a lo que fue el Cortijo de Los Parrales en el término de Hornos junto a las aguas del Pantano del Tranco y su nombre es Los Parrales y como reclamo para atraer a los visitantes lo apellidan Hotel de Montaña. Los dos son bastante recientes aunque el de Arroyo Frío es más nuevo, más modernos y con más pretensiones y eso no quiere decir que sea mejor y más bueno. Personalmente, si tuviera que inclinarme por alguno de los dos, elegiría este de Hornos, por su sencillez, su poco impacto sobre la naturaleza y eso: una personalidad mucho más marcada dando lugar a mucho más silencio y profundo contacto con los paisajes.

Así que llegado aquí, nuestra curiosidad ahora es saber si este camino pista sigue por esta zona baja, bordeando el pantano o se va barranco arriba buscando la fuente. En este punto es donde tenemos que completar el puzzle y dejar despejadas, por fin, todas las interrogantes. Así que después de curiosear a fondo toda esta zona de acampada, seguimos camino adelante. Se va hacia el cortijo pero antes de llegar se echa por el lado de arriba, lo bordea un poco y luego sigue en la misma dirección, por la zona baja del valle. Otro ramal se deja ir ladera arriba buscando la fuente y al llegar al olivar queda roto. El olivar es arado todos los años pero cuando el arado, ahora ya tractores y no arados de rejas y yunta de mulos o bueyes como antes, llega al camino, ni lo respetan.

Por cierto que este olivar más se parece uno de esos basureros que las modas de los nuevos tiempos desparrama con frecuencia en muchos de los pueblos de estas sierras y de otros lugares. Digo esto porque en las bajeras de los olivos veo colgados muchos trozos de ropa vieja, plásticos, botellas y bolsas. Se adivina que los dueños quieren espantar a los animales, no se sabe si silvestres o domésticos, con estos métodos tan feos que dejan toda la ladera hecha un asco para que los animales no se coman las ramas bajas de los olivos. Con la tierra arada por un lado, con los tubos de plástico por donde traen el agua del arroyo para regar a los olivos, por otro y con los guiñapos colgando en casi todos los árboles es de pena la imagen que esto da. Esto nos dice una vez más que los tiempos y las civilizaciones no crecen igual en todas las direcciones ya que a veces tienes la sensación que en esta época, moderna para tantas cosas, encuentras más rasgos de barbarie, en otras muchas cosas, que en aquellas épocas lejanas.

Intuimos que este ramal de pista que sube por la ladera va o iría a las Cuevas de Montillana para no dejarlas aisladas. Las cuevas se encuentran en este mismo arroyo, a la derecha de la carretera según va hacia el pantano. Hoy pasamos por ellas y ya no paramos porque una vez cerrado el circuito de la ruta que hemos trazado por la zona, nos interesa ahora llegar hasta lo que, en estos momentos, es el Hotel de Los Parrales. Conocemos la zona porque en una ocasión, unos años atrás, junto a la fuente del pilar estuvimos un día comiéndonos unas truchas asadas. Las compramos en la piscifactoría del Río Aguasmulas y venimos a comérnoslas asadas a este rincón. Cogimos agua del chorro que cae al pilar, las lavamos, las asamos en el fuego que encendimos en las hornillas de piedras un poco a la derecha y bajo la sombra de la noguera nos las comimos y, además, aquel día estábamos solos. Ni una sola persona había por aquí lo cual daba al rincón un ambiente especial además de lo hermoso que ya era en sí mismo.

Dejamos atrás las Cuevas de Montillana que también recorrimos uno de estos años pasados y nos fascinó

construcción tan rudimentaria pegadas a las grietas de las rocas, mirando al oriente y sólo protegidas con una sencilla pared de piedras sueltas. En aquella ocasión quedamos en volver otro día por aquí para poderlas conocer más a fondo y también el rincón que las acoge que es poderosamente bello aun con tantas zarzas y rocas sueltas. Es cierto también que la construcción de esta nueva carretera asfaltada parece que han querido hacerla coincidir casi por la misma puerta de estas cuevas. Recuerdo, al verlas esta tarde una vez más, algo que leí en una ocasión, escrito allá por el año 1961. Reunido el Consejo Económico Sindical de la Sierra, en una ponencia sobre turismo rural, decía: “Pero en un proyecto conjunto sobre la potenciación económica total de una comarca, ninguna de sus facetas, incluso la del turismo, puede concebirse aisladamente sino en relación y coordinadamente con todas las demás. Toda tarea de otra finalidad puede y debe hacerse sin olvidar su aspecto estético como por ejemplo ha ocurrido con la construcción exprofeso del mirador de Vistas Pintorescas o con la impresionante conducción de agua y salto eléctrico de Los Organos y no destrozando bellezas naturales como la del nacimiento del Guadalquivir lo fue bajo el pedregal desolador de la explanación de un camino forestal”.

Cosa que como en tantas otras ocasiones se debió quedar en meras palabras, porque hay que ver los destrozos que uno se encuentra cuando anda por estas sierras. Esta carretera parece que fue antes de aquel consejo pero si comparas la pista que va por la parte baja y la carretera que aquí te encuentras ves que allí hasta desviaban el trazado para salvar un árbol y aquí hasta cortan las montañas para que pase la carretera.

Por Montillana, el camping que está algo más adelante, parece que algunas cosas las han respetado un poco más aunque no conozco a fondo el asunto. Estuve una vez por aquí antes de que construyeran el camping y luego otra cuando ya estaba todo terminado. Y por eso sé que era esto una simple casa de peones caminero pegada a la carretera y la rehabilitaron igual que hicieron con la que ahora es hotel y

vamos a ver esta tarde. Pero mucho antes este lugar fue un cortijo, el Cortijo de la Hoya de la Sorda y por eso más de una vez me he preguntado por qué no a este camping le pusieron el nombre del cortijo que sobre este monte hubo en lugar del que existió allá en las llanuras del valle. Hoya de la Sorda se llamaría este camping y sería bonito porque es un nombre que emerge desde lo más hondo de las cosas de esta sierra teniendo así solera y raíces propias al mismo tiempo que aquello de antes quedaría respetado con la dignidad y el valor que merece. Pero en fin, parece que los de la nueva etapa buscan más el reclamo turístico aunque ello vaya en detrimento de la propia identidad serrana.

A propósito del tema, en el periódico de la provincia, no hace mucho se podía leer lo siguiente: “El alcalde de Hornos ha denunciado la falta de paso de impuestos de la delegación de Medio Ambiente por la construcción del camping ‘Los Montillanos’ y la casa forestal de ‘Las Parralas’ sin licencia de obra y a la Confederación Hidrográfica por no hacer frente a la deuda del Impuesto de Actividades económica. Desde hace más de cinco años están reclamando a Medio Ambiente esta deuda que tiene con el Ayuntamiento.

En estos momentos el camping funciona en régimen de cooperativa entre varios jóvenes de la comarca. En parecidos términos se planteó la construcción de la casa forestal de ‘Las Parralas’, hoy convertida en un hotel rural. El Pantano del Tranco está íntegramente en el término municipal de Hornos y por eso el Ayuntamiento reclama el impuesto que genera la actividad energética de la presa”. Sólo aclarar, por tu parte, que los nombres de ‘Las Parralas’ y ‘Los Montillanos’, son invención del medio que hizo público tal noticia. Ya que, como bien saben tantas personas, estos lugares de siempre se llamaron Montillana, que se refiera a lugar de monte en tierras llanas y Los Parrales, que se refiera al cortijo, lugar donde crecen parras.

Pasado el camping, enseguida a la izquierda ves el gran panel. Para más exactitud, viniendo desde el pantano hacia el

pueblo de Hornos el hotel queda a la derecha justo a 1700 m. del Tranco, el camping a 1800 m. y las Cuevas de Montillana a 2200 m. En la entrada del hotel han puesto un gran panel de ladrillo y en azulejos el rótulo de “Los Parrales, hotel de montaña”. Giramos a la izquierda porque nosotros volvemos hacia el pantano y en cuanto comenzamos a rodar por la pista comprobamos que sigue igual que cuando vinimos a comernos las truchas asadas. Era de tierra y sigue de tierra, sin asfaltar. Enseguida aparece el edificio un poco volcado hacia la ladera del pantano y a la izquierda queda la zona de los álamos con el pilar, las hornillas y la fuente. A simple vista, en una primera y elemental impresión, parece que no han roto mucho. Y es esta visión la que motiva en nosotros una ligera reflexión.

Dejamos el coche en la entrada y como no vemos a nadie buscamos por el lado del pantano. Aparece ante nosotros una piscina vacía, terrazas con sillas y la puerta que da entrada a la parte del mostrador, bar, cocina, sala. Junto al fuego que arde en la chimenea una mujer sentada. La saludamos.
- Queremos alguna información del hotel y la zona.
Nos mira y nos dice que enseguida nos atiende. Llama con un fuerte grito y arriba, en la pequeña escalera aparece un joven. Baja trayendo en las manos unas fotos tamaño tarjetas de bolsillo que en realidad son calendarios para el 1995 por un lado y por el otro, información condesada del establecimiento. Nos los da diciendo:
- La pensión completa vale 4.000 ptas. y la habitación doble lo mismo. El teléfono que hay aquí es del Pantano del Tranco pero allí lo coge mi cuñado y me transmite el recado.
- ¿Cómo se llama el cortijo que hay por debajo de este acantilado?
- El nombre de toda esta zona es el de “Los Parrales”. Un nombre genérico para todo el conjunto.
- ¿Podemos dar una vuelta por el entorno?
- Sin problemas.
Salimos y lo primero que hacemos es irnos hacia la fuente.

Nos da gran alegría volverla a ver y tal como en aquellos tiempos. Ni la han tocado. Sigue aquí la noguera, las hornillas,

los álamos y hasta el chorro de agua. Es esto una buena noticia porque de verdad el rincón se lo merece. Después de aquello de las truchas esta zona también fue convertida en acampada libre pero hoy aquí aparece el mismo letrero que ya hemos visto en dos sitios más: “Zona de acampada, clausurada”.
En cuanto el hotel estuvo terminado la cerraron.

Por entre los pinos baja un caminillo que lleva directamente al mirador que cuelga sobre el acantilado. Nos asomamos a él y tal como lo habíamos pensado: justo debajo quedan las ruinas del cortijillo que hace unas horas descubríamos y bautizamos con el nombre de Belén Natural. Volvemos a convencernos que es el auténtico cortijo de Los Parrales y que ya no es nada más que ruinas por debajo del acantilado, frente al pantano y las laderas boscosas al otro lado. Cuando el otro año cayó aquella gran nevada por aquí se rompieron muchos pinos y hasta las viejas paredes del cortijo quedaron cubiertas.
- En aquella ocasión sí sería esto un espectáculo digno de verse.
- Y sobre todo el cortijillo en forma de belén, cubierto por el manto blanco, arropado por tantos pinos y abrazado por las montañas cercanas.

APROXIMACION A BUJARAIZA - 38

Desde el mirador de la espera, en el pueblo de la roca, el hombre que junto a ti se sienta, te sigue acompañando en tus rutas por este pantano.
- ¿Y ahora para dónde nos vamos?
Le preguntas.
- Vamos a aproximarnos primero al muro del pantano, aunque este trozo lo dejemos para el final total y luego desde ahí hacia el otro lado de este charco grande que tanto te fascina a ti. Por eso ahora esta tarde no te paras ni en el camping de Montillana que debería llamarse Hoya de la Sorda ni en el Hotel de Montaña ni tampoco en la aldea del pantano a donde volveremos después. A partir de este momento tu interés se

centra en esa casa de artesanía que cerca de Bujaraiza han abierto este verano. Por cierto ¿lo leíste en el periódico?
- Algo sí leí pero no me enteré del todo ¿qué decía?
- La noticia en la prensa decía lo siguiente:

"Inaugurada la primera casa de artesanía Los Casares. Su objetivo es reunir a todos los artesanos del Parque Natural. Ayer viernes quedó inaugurada la primera casa de la artesanía del Parque; a la inauguración asistieron el presidente de la Junta Rectora del Parque, el director conservador, el ingeniero jefe, la directora de artes populares de Jaén, el presidente de la Asociación de Artesanos de Ubeda y demás personalidades pero se echó en falta la asistencia de los alcaldes de la zona, aunque asistieron algunos representantes en su nombre. Tampoco faltaron el resto de las casas productoras de embutidos, los artesanos, aproximadamente unas 150 personas estuvieron presentes en la inauguración de la Casa de la Artesanía Los Casares.

Este es un proyecto que se llevaba valorando desde hacía muchos años y ayer se convirtió en una realidad. El objetivo que se persigue es aglutinar a todos los artesanos del Parque Natural e incluso de otros puntos de la provincia con el fin de tener un punto de exposición y venta de sus productos. Es una casa con 650 metros cuadrados en dos plantas de los cuales 170 metros se destinarán a exposición de artesanos y productos naturales de la zona: aceite, almendras, miel, romeros, tomillos y en definitiva todos los productos agroalimentarios de la zona de interés.

Los promotores de esta idea han sido cinco artesanos que regentan cinco pequeñas artesanales en el Parque, unidos formando una cooperativa de servicios para un proyecto común como este. Lo que durante muchos años perseguían estos cooperativistas era conseguir casas que fueran cedidas por la Agencia del Medio Ambiente y de no nueva construcción, finalmente el Ama les cedió esta casa situada en la carretera del Tranco a la altura del kilómetro 33,8. Sus amplias

dimensiones permitirán a éstos disponer de un horno de pana para hornear tanto pasteles como panadería.

Según el presidente de la Cooperativa la culminación de las obras ya es un descanso "porque hemos estado durante dos meses trabajando muchas horas al día para poder terminar las instalaciones y hoy, las autoridades han quedado muy contentas, los productos tanto de embutidos como de quesos y jamón y a todos en general les ha encantado y es que la casa tiene una cosa muy importante, que los productos que se ofrecen son muy buenos. Hoy por hoy la casa de artesanía cuenta con unas 15 casas de productos agroalimentarios: vino de Bailén, de la Torre, quesos ecológicos de Letur, jamones de Arroyo Frío, la casa Don Luque de Sierra Mágina, Artesanos y pequeños productores de miel, higos secos, etc. En lo que a artesanía se refiera hay aproximadamente unos 25 productores que pasan desde los bronces de Riopar, cerámica de Úbeda, pájaros de Donadío, flor seca de Cazorla o relojes de sol hasta otros tipos de artesanía llegada de diversos puntos de la sierra. En definitiva, como comenta el presidente "Lo que intenta ser el centro es la aglutinación de los productos que se ven en el Parque y dar una exposición de calidad a todos esos productos elaborados con una delicadeza muy buena. No queremos ser una tienda más y queremos que esta casa sea un paraguas donde pequeñas experiencias puedan ir tomando forma".

Así que atraído por esta curiosidad esta tarde cruzas el muro, a continuación el control que hoy no está controlado cosa que te extraña y siguiendo la carretera que recorre el Guadalquivir desde este punto hasta el empalme del Valle para atravesar toda la gran zona de los visitantes, te diriges a la casa de los Casares. ¿Qué es para ti esta casa? Hasta este mismo momento no ha sido nada.

- Exactamente eso es lo que quería decirte. Por el lugar he pasado muchas veces y como siempre lo he visto cerrado aunque también me llamaba la atención el gran edificio, nunca me paré. Ni siquiera sabía que esta gran casa forestal, fruto de aquella fiebre de las casas forestales por toda esta sierra, estuviera dentro de los términos de Hornos.

Los Casares se encuentran a unos diez kilómetros del Pantano del Tranco que tampoco es ni de echo ni de derecho de Beas sino de Hornos pero de ello no quieres hablar ahora. Un poco antes de cruzar el arroyo que baja de esa antigua aldea de la Cabañuela, en la curva que queda frente a la otra curva del Bujaraiza, ahí se encuentran Los Casares. En lo que podría ser casi el centro de esta porción de tierra que en forma de anejo pertenece al pueblo de Hornos. El centro quizá se encuentre en Bujaraiza o en todo caso en ese monte que es una isla y que se llama Cabeza de Viña. Pues ahí, al dar la curva, te encuentras la magnífica construcción de Los Casares.

Siempre lo anunció un letrero escrito en la pared pero hoy también lo anuncian otros letreros escritos en tablas y en la pared: “Los Casares, casa de artesanía”. Giras a la izquierda entrando por una gran pista y por detrás, en una llanura de tierra ves bastantes coches aparcados. Aquí dejas el tuyo y después de saludar a una familia que ya se va, te pones en marcha buscando la entrada. La puerta principal con su pequeña marquesina y algunos asientos además de la pared y las flores, mira al río. Mejor dicho, mira al pantano y al otro lado el monte de Cabeza de la Viña. La otra entrada, la que es puerta del patio por donde también se accede a la casa mira hacia el bosque en la dirección en que la carretera sube.

Como todo es nuevo para ti y como se encuentra recién arreglada, recién pintada, con la explanada limpia, recién regada y con bastantes plantas, te sientes un poco cohibido, como extraño y despistado y por eso no sabes ni a dónde dirigirte exactamente ni qué mirar. Ahora eres visitante y entre ellos te pierdes poniendo cara de despistado y de ignorante total. Así que entras y eso es lo primero que ves, muchos visitantes que dan vueltas por las amplias estancias de esta hermosa casa toda llena de cosas. Esparto por aquí mantas de jarapos por allí, cerámica, cuadros, objetos de madera, miel, pimientos secos, queso de una zona de la sierra de Albacete. Ahora ya te animas por la curiosidad y buscas a ver si encuentras algo de la zona de Santiago de la Espada y

Pontones. Sabes que por aquí se da una gran raza de oveja segureña, única en el mundo y de exquisita carne.
- ¿Qué quiere encontrar?
Te pregunta uno de los jóvenes que al parecer es arte en todo esto.
- Quizá queso de oveja o algún producto fabricado con la lana de esas ovejas.
- El caso es que nos pusimos en contacto con gente de ahí pero se mostraron reacios a este proyecto nuestro. Los ganaderos, los pastores de esa zona siempre fueron muy personales y por eso les cuesta ponerse de acuerdo. La verdad es que de ellos no tenemos ningún producto aquí, lo siento.
- No pasa nada pero también lo siento.
- ¿Por qué?
- Hombre, un muestrario como este vuestro es interesante, muy interesante pero más lo sería aún si realmente aquí estuvieran todos las magníficas riquezas que se dan en vuestra hermosa Sierra de Segura. Y hay cosas que son únicas y de un valor exclusivo. Al no verlas aquí uno siente como algo de pena, como si a vuestras iniciativas le faltara algo.
- Ten en cuenta que estamos empezando.
- Eso también es verdad; todo necesita su tiempo y puede que esto que pido sea real dentro de unos meses pero mientras tanto voy a sentir que algo muy importante falta aquí.

Te mueves hacia la zona de los productos de alimentación y como precisamente es el tema que más te atrae, te pones a observar los quesos. Son de cabra y de vaca y cabra y tienen su denominación de origen. Proceden de las sierras de Albacete, vecinas con las Sierras de Segura. Compras uno pequeño y mientras te lo envuelven en el bonito mostrador preguntas si tienen a la venta alguna publicación del Parque.
- Ahora mismo sólo tenemos este libro.
Y la joven te muestra una pequeña guía que ya conoces y que apareció hace unos meses y escribieron unos amigos de Mariana y Teresa hijas del pastor Félix de los Teatinos.

Le dices a la joven que ya conoces esta publicación y entonces te ofrece un pequeño folletito.

- ¿Qué es esto?
- La Agencia de Medio Ambiente lo acaba de publicar.
La coges y en su portada verde con una fotografía de la Nava de San Pedro con la sierra de la Cabrilla al fondo, en la parte superior, lees: “Bibliografía sobre historia natural y geoeconómica del Parque”.
- Eso me interesa.
- Por eso te la ofrezco.
La ojeas y entre sus páginas te encuentras como autor de un pequeño librito que publicaste hace unos años y que titulaste “El último Edén”. Es sobre los paisajes de este Parque y realmente te quedó bonito pero a ser sólo fotos y en blanco y negro no llegó ni mucho menos a lo que ahora en este momento ya es.

Sales fuera y te diriges al coche. Ya lo tienes todo visto porque no buscabas ni querías más pero ahí mismo, un joven con una bicicleta en la mano te saluda y al pasar junto a él te dice:
- De algo le conozco yo a usted.
Te paras, lo miras y haces un esfuerzo para acordarte y aunque en este momento quisieras decirle lo mismo a él, no puedes porque no caes en la cuenta de quién puede ser.
- ¿Usted está en Úbeda?
Le dices que sí y entonces él te sigue dando más pistas.
- Yo conozco a Jesús Mendoza que trabaja en la SAFA.
Jesús Mendoza es compañero tuyo en ese gran colegio de Úbeda.
- Trabajo en la central del río Borosa, en el Salto de los Organos. A tu compañero y a otro compañero más en varias ocasiones les he dado cobijo en la casa de máquinas de esa central.
Te alegras oír todo lo que te está contando y sobre todo te alegras porque tu sueño, tu más precioso sueño de entre ese montón de sueños que tienes pendientes esperando entre las sendas y cumbres de las sierras de este Parque, está en el río Borosa.
- ¿Es que no lo conoces?

- Sí que lo conozco pero por eso desde hace muchos años maduro en mí la idea de abrazarme a este río y dejar que mi alma se desangre herida por las bellezas y soledades de este lugar.
- Pues me ofrezco para lo que sea necesario el día que quieras. Me conozco este río como nadie en estas sierras porque llevo siete años trabajando en la central y, además, soy de aquí. Mi padre nació en las Canalejas y luego se crío aquí más abajo, en la Solana de Padilla. Yo estuve en Hornos de concejal y ahora vivo en el pantano del Tranco.

Al oír la noticia sigues llenándote de alegría. Otro de tus objetivos inmediatos es recorrer, aprenderte a fondo este trozo de sierra que las aguas del pantano inundan por el lado este del Guadalquivir.
- Sobre todo el poblado de Bujaraiza ¿ te lo conoces?
- Eso es mi padre el que puede hablar de todo esto. Tiene él recorrido cada rincón de estos lugares porque a mí no me deja de hablar de ello. Y mi padre está jubilado. Cualquier día, cuando quieras, te vienes por aquí y se lo decimos y él te acompaña a donde quieras, ya verás la de cosas que sabe de estas sierras.
Te sigue gustando el plan y por eso le dices que sí, que un día de estos vendrás por aquí y le pedirás a su padre que te acompañe por los lugares de las ruinas de Bujaraiza. Charláis durante largo rato de otras muchas cosas y como él se entusiasma cada vez más con lo que le cuentas de estas sierras, te ofrece su teléfono para que cuando te decidas, lo llames. Pasado un rato, y empezando a oscurecer lo despides y mientras montas en el coche ves como él monta en su bicicleta y comienza a regresa camino del Pantano del Tranco.

LA LUMBRE - 39

La niebla de la mañana llena el barranco y por las laderas chorrean las pequeñas gotas de la cristalina lluvia. En el barranco, junto al camino, silencioso duerme el cortijo pero no así sus moradores. De tierras lejanas acaba de llegar la hermana que un día emigró de estos lugares y con ella viene la

niña, hija de la hermana, mitad de aquellos lugares y algo de estos rincones. Para celebrarlo, porque es todo un acontecimiento la vuelta de la emigración, en el pequeño cortijillo del barranco, por donde cruzan los caminos y la niebla se amontona, esta mañana se va a hacer unas migas de panizo que es una comida muy corriente entre los habitantes de los cortijillos y que, además, son muy ricas y alimentan mucho.
- Hoy me vais a dejar a mí que haga la lumbre.
Dice el abuelo en medio del revuelo del cortijo donde además de la alegría por la llegada de los que vuelven de tierras lejanas se prepara la harina de maíz para las migas, la estancia de la chimenea y la lumbre que se va a encender en la chimenea.
- Pero abuelo, antes de hacer la lumbre hay que ir a por leña al campo.
Le dice la hija que en este caso es la dueña del cortijo.
- Traeré hoy también la leña y ya veréis como nadie se va a meter conmigo.

El abuelo dice esto por lo que ocurrió el otro día. Dos de los hombres que viven también en el cortijo el otro día salieron a por leña al campo y tuvieron problemas. Los vio el que vigila y como este hombre cuida el monte para impedir que la gente se lleve la leña, se fue a su encuentro con la intención de prohibirle que se llevaran aquellas ramas secas. Ellos también lo vieron y como era en el momento justo en que ya tenían sus haces preparados lo que hicieron fue dejarlos allí en la ladera e irse para la espesura del arroyo y esconderse. Pero el otro los descubrió y dejó que pasara un largo rato. Luego se metió arroyo abajo y cuando ellos estaban junto al gran charco como distraídos, se les acercó.
- ¿Qué se hace por aquí?
Les pregunta algo socarrón.
- Pues que hemos venido dando un paseo y ya nos vamos.
- ¡Qué sitio más raro para venir a dar un paseo y a estas horas del día ¿Nos os parece?
- Hombre, raro no es, se encuentra cerca de nuestro cortijo y como los animales también estuvieron por aquí anoche, de paso miramos por si alguno se hubiera quedado perdido en este barranco.

- ¿No será que estáis tramando llevaros algún haz de leña?
- Nosotros no estamos tramando nada de eso porque bien sabes que está prohibido coger leña del monte. ¿Por qué nos haces esa pregunta?
- No es por ningún motivo concreto; lo he dicho por decir.
- Pues no lo digas más porque nosotros no queremos problemas.

Aquella mañana el que vigila se fue sin irse porque se quedó por allí escondido a ver qué hacían los del cortijo y como los del cortijo se dieron cuenta que no se había ido, ellos sí se fueron, dejando por entre el monte el haz de leña. Así que aquel día no hubo más problema aunque a punto estuvo la cosa de complicarse bien. Por eso esta mañana el abuelo avisa que lo de la leña para la lumbre de la cocina va a ser cosa exclusivamente suya.
- Así se evitarán los problemas de otras veces.
Y es que el abuelo conoce al otro y sabe cómo entrarle y actuar para que le deje coger leña sin que nadie llegue al enfado.

El abuelo baja por el cerrillo y los trozos de madera que sobraron de los pinos cortados, los va recogiendo. Los va dejando amontonados en los sitios visibles y cuando ya cree que tiene suficiente se vuelve para atrás y poco a poco se los va llevando al cortijo. Enciende la lumbre en la chimenea y enseguida se pone a calentar las migas de harina de maíz. Mientras las va dorando en el calor de la lumbre charla con la hermana que ha venido de tierras lejanas y con la niña.
- Luego, cuando terminemos de comernos estas migas de panizo os voy a llevar por donde van los caminos ahí donde el Guadalquivir se junta con el río de Hornos. Sobre esas laderas de rocas aún siguen brotando los manantiales de aquellos tiempos ¿te acuerdas?
- Tanto me acuerdo yo de esos manantiales de aguas limpias que hasta los he soñado mil veces y te lo digo, no hay sueño más bello en el mundo que el de esos manantiales limpios brotando por entre las rocas rojas.

POR EL MURO DEL TRANCO - 40

Siguiendo la carretera del Tranco llamada en otros tiempos “Camino del Tranco de Villanueva a Hornos”, Pasas por el lugar del arroyo de los Masegosos y un poco más adelante se encuentra la que fue Casa del Cañaveral y Venta de la Coja. Donde ahora se encuentra el túnel para que la carretera atraviese esa impresionante pared rocosa que baja desde las cumbres de la Risca del Quijarón, abajo, en lo hondo del río, resonaba en aquellos tiempos las profunda, terrible y hermosa cerrada del Tranco. ¡El desastre que hicieron ahí los hombres para construir el muro de la presa! Pero claro, era necesario porque un pantano como este da mucha vida y aunque se rompiera un trozo de sierra ahí donde el río era más bello y precisamente cortaba la sierra para venirse hacia Andalucía, no era importante comparado con lo que se pretendía.

Desde la carretera ni te das cuenta porque no se ve bien y aunque se viera no se vería porque ahí ahora sólo hay mucho cemento, cables y transformadores. El muro, la central y todo lo demás rompió tanto todo esto y lo dejó tan feo que lo que en otros tiempos fue el punto más emocionante de todo el Guadalquivir, ahora es lo más ignorado y hasta lo más insulso de este gran río. Al pasar por aquí nadie ve bien la profundidad del río por este lugar y muchos menos ahora cuando todos van subidos en sus coches. Nadie advierte lo que fue este rincón en otros tiempos cuando ni existía la carretera ni el pantano. Cosas que se pierden con esto del progreso aunque se ganen otras que ni mucho menos son tan auténticas.

En cuanto sales del túnel aparecen las casas. Todo un pequeño poblado donde en aquellos tiempos sólo había pinos y laderas rocosas. Conoces tú algo este rincón pero no con detalle porque aunque pasaste muchas veces por aquí, sólo en dos o tres de ellas te paraste con aquel grupo de niños montañeros. Fue nada más que para tomar algún refresco o bocadillo y por aquellos tiempos estabas por completo perdido entre las grandezas de estas sierras. Mas a pesar de tu poco interés por este rincón desde aquellos primeros días entre tus

recuerdos guardas algunos escritos que un día encontraste no sabes dónde, que te hablan de este poblado y del pantano que aquí construyeron. Es mucho lo que se escribió desde el momento en que se tomó la decisión de la construcción de este pantano y como también fue mucho tiempo el que se tardó en terminarlo definitivamente, bastantes de los proyectos primitivos tuvieron que ser reformados, así como los presupuestos, los planos e incluso el mismo muro y galerías de desagüe del pantano. Uno de aquellos primeros escritos, "Pliego de condiciones particulares y económicas para el concurso de ejecución de las obras del Pantano del Tranco de Beas", se redactó en Sevilla el día 1 de mayo de 1929 y entre otras cosas decía lo siguiente: "Artículo 1; comprende el concurso de ejecución de las siguientes obras: presa provisional de derivación, dique, galería de visita del mismo, aliviadero de superficie y canal de descarga. La disposición, dimensiones y naturaleza de estas obras son las que detalladamente se definen en los planos del proyecto general aprobado. Se incluyen en este concurso todos los trabajos necesarios para la completa terminación de las obras, con excepción del suministro y montaje de los elementos mecánicos de desagüe y cierre, llaves y accesorios que quedan segregados de él lo mismo que la fábrica cuya ejecución haya de ser forzosamente simultanea con el montaje de dichos elementos.

Para poder tomar parte en el concurso será preciso depositar previamente el uno por ciento del importe del presupuesto directamente en la Caja de la Confederación o hacer ingreso en cualquiera de las Sucursales del Banco de España para ser abonado en la cuenta corriente de la Confederación abierta en la Sucursal de Sevilla precisamente con este nombre 'Confederación Sindical Hidrográfica del Guadalquivir'. Una vez aprobado el plan de ejecución, el adjudicatario deberá ampliar el depósito provisional hasta alcanzar el importe de la fianza definitiva en el plazo de un mes contando a partir de la fecha de aprobación del plan.

Esta fianza definitiva será el 5% del presupuesto de contrata más lo que corresponda con arreglo del Real decreto según la baja propuesta. Una vez empezadas las obras podrá ser canjeado parcialmente el depósito hasta la mitad de su total importe por maquinaria, materiales y medios auxiliares aplicables a la ejecución de las mismas; el valor de estos elementos según tasación que efectuará el ingeniero encargado de las obras, deberá alcanzar el doble de la suma por que hayan de responder y su propiedad deberá ser acreditada de modo fehaciente. La fianza, lo mismo que las retenciones que se hayan hecho al constructor durante el período de ejecución, según lo dispuesto en este pliego, le serán devueltas después de aprobadas la recepción y liquidación definitiva de las obras y haber acreditado el pago de los impuestos y gravámenes que estén obligado a satisfacer y el cumplimiento de las obligaciones de toda clase que derive del contrato.

El constructor contratante tendrá al frente de las obras a un Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos o en su defecto a un técnico o titulado que pueda acreditar de un modo fehaciente su competencia en este ramo de la construcción de las obras. Si no fuera español deberá hablar y escribir el idioma castellano. El director de las obras nombrado por el constructor, nombramiento que deberá ser aprobado por la dirección técnica de la Confederación, será el representante obligado para todos los asuntos técnicos relacionados con la ejecución de los trabajos. La Confederación se reserva la facultad de suministrar la energía necesaria para las instalaciones de construcción siendo tasada la consumida cada mes a los precios del mercado y descontada del importe de la certificación correspondiente. El compromiso de ésta se limita a las condiciones normales no respondiendo de interrupciones debidas a causas de fuerza mayor, cualquiera que sea su duración. El constructor no tendrá derecho a reclamación alguna por interrupciones cuya duración total en el mes no exceda de cuarenta horas. Si las interrupciones sumaran mayor período se aplicará el plazo de ejecución a razón de un día por cada ocho horas de interrupción.

Los plazos de ejecución de las obras se atendrán a lo fijado en el plan detallado de ejecución que dispone el artículo 1 de este pliego de condiciones particulares y económicas. La falta de cumplimiento de esta obligación llevará aparejada la rescisión del contrato con pérdida de la fianza o de intervención directa de la Administración a cargo del constructor contratante. Solamente podrán ser prorrogados los plazos en el caso de que dificultades para la EXPROPIACIÓN u ocupación de los terrenos fuera inevitable la paralización de las obras en cuyo caso se concedería la prórroga necesaria para compensar el tiempo perdido a causa de la paralización. Si esta interrupción sobreviniera el constructor no podrá retirar ninguno de los medios auxiliares que tenga instalados en obras; como compensación a los perjuicios ocasionados por la inmovilización de sus instalaciones se le abonará el 10 por 100 anual del valor de la maquinaria según la tasación efectuada. Si la paralización excediera de dos años, se podrá proceder a la rescisión de la contrata a solicitud de cualquiera de las dos partes.

El constructor está obligado a cumplir el presente pliego de condiciones particulares y económicas, el pliego de condiciones facultativas del proyecto aprobado y el de condiciones generales para la contratación de Obras Públicas salvo las prescripciones que resulten modificadas por este de condiciones particulares, el Reglamento de la Confederación Sindical Hidrológica del Guadalquivir, en cuanto sea aplicable al contrato y deberá observar cuantas disposiciones dicte la dirección de las sobras, encaminada a garantizar la buena marcha de las mismas".

En varios escritos más se hablan del Pantano del Tranco en general y de la aldea o poblado en particular. En el "Proyecto reformado para la presa y aliviadero de superficie del Pantano del Tranco de Beas", redactado en Úbeda el 22 de febrero de 1932, se dice que: "El proyecto del Pantano del Tranco redactado el 15 de enero de 1927 por el Ingeniero Don Antonio del Águila, fue aprobado técnicamente por R.D. de 15 de

agosto de 1927, aprobándose definitivamente por R.O. de 17 de enero de 1929 en la que se autorizaba a la Confederación para su ejecución. Sacada por ésta a concurso la construcción de la presa y el aliviadero de superficie por un presupuesto de contrata de 10.998.566,33 ptas. fue adjudicada la obra a la empresa constructora AGROMAN con una baja de 8675 ptas. y una reducción del plazo de cuatro años señalado en el concurso a cuarenta meses. El proyecto concursado fue aprobado en Consejo Técnico de Construcción de 27 y 28 de abril de 1929 y de acuerdo con esta aprobación se redactaron en 1 de mayo del mismo año los documentos que habían de servir de base al concurso.

Por el contratista fue presentado el Plan de ejecución que exigía el Pliego de Condiciones particulares y económicas, plan que mereció la aprobación de la Dirección Técnica en 30 de septiembre de 1929. El artículo 7 del citado pliego marca como plazo para el principio de las obras dos meses a partir de la aprobación del plan, debiendo empezarse, por tanto, en 30 de noviembre de 1929 y terminar en 13 de marzo de 1933. Efectuado el replanteo al contratista y redactado el correspondiente proyecto por el Ingeniero que suscribe en 30 de abril de 1931, se remitió a la superioridad previo informe favorable de la Junta de Obras del Pantano y la aprobación del Consejo Técnico de Construcción.

En 22 de Julio del mismo comunicamos que en la ladera derecha de la cerrada las excavaciones efectuadas no acusaban las condiciones de cimentación prevista, solicitando un estudio geológico y notificado en 24 de dicho mes por el Ingeniero Director de Mancomunidad a la dirección General de Obras Públicas, ésta resolvió en 26 de septiembre que se devolviese a la Mancomunidad el Proyecto de replanteo al contratista ya que resultaba inútil el examen y que se redactase un nuevo Proyecto Reformado en el que a la vista del resultado de los sondeos que se realizaban se tuviese ya en cuenta ‘que hay que variar considerablemente la profundidad del cimiento o variar fundamentalmente la situación prevista para la presa’, modificaciones que, con acierto, se preveían pues en la orden

de la Superioridad en cumplimiento de la cual presentamos este nuevo proyecto. En él efectuamos siempre la comparación tanto en lo que se refiere a la obra como a su presupuesto con el proyecto primitivo que sirvió de base al concurso, ya que no ha llegado a tener efectividad el replanteo al contratista".

Pues en este proyecto, en la página 12 se dedica un apartado a la "Ampliación del Poblado de obreros", donde se dice que: "En cuanto al abono de lo que a este concepto comprende es exactamente el mismo caso de los talleres a que acabamos de referirnos y a lo allí expuesto nos atenemos. Es un concepto que no figuraba en el proyecto aprobado y, por tanto, su importe de 110.000 ptas. viene íntegramente a aumentar el presupuesto del reformado. Se divide en dos partes: ampliación de la escuela, 10.000 ptas. y nuevas viviendas obreras, 100.000 ptas.

El actual poblado construido en el Tranco por la Mancomunidad de Guadalquivir se ejecutó por contrata a base del 'Proyecto de viviendas del Pantano del Tranco' redactado en 18 de diciembre de 1928 por el Ingeniero Don Rafael de Casso, obra que tuvo una baja de 0,035 por unidad y que fue liquidada y recibida definitivamente. Los datos para su liquidación redactados por el ingeniero que suscribe en 7 de marzo de 1931 arrojaron una valoración de contrata de la obra construida de 411.418,71 pesetas. La necesidad de nuevas viviendas obreras se había dejando ya sentir anteriormente y la ha agravado la acumulación de personal obrero indispensable para la precisa intensificación que hay que dar a las obras, doblemente obligada por el retraso que las dificultades de cimentación han originado y por la actual orden de la Superioridad de imprimirlas la máxima actividad. A esto hay que añadir la mayor atención que se viene prestando, cada vez más acentuada, a mejorar y facilitar la vivienda e instalaciones de obreros.

Hemos considerado que el modo más lógico y rápido de realizar las nuevas construcciones era unirlas a la contrata de la presa, añadiéndoles a las restantes 'Instalaciones auxiliares

de la obra, entre las que ya figuran diversos edificios, y así lo hemos efectuado presentando como precios contradictorios para su construcción lo mismo del Cuadro del Proyecto de viviendas antes mencionado y que figura en el acta aneja a los Cuadros del presente proyecto, juzgando que no hay lesión para los intereses de la Administración ya que la obra resultará así ejecutada más económicamente que lo fue antes pues a los mismos precios a que se aplicaba entonces la baja de 0,035, se aplicará ahora.

El tipo de barracón para 80 obreros del proyecto mencionado redujo su capacidad en la práctica a 60, por mejorar sus condiciones de habitabilidad y se considera ahora preciso proporcionar vivienda a unos 300 obreros más que lo que permite la actual capacidad del poblado. Es decir, se necesitan cinco nuevos barracones que a 20.000 ptas. cada uno hace la cifra de 100.000 ptas. que se ha llevado al presupuesto. El barracón menos costoso es de 20.322 ptas. y el más costoso de 20.968 ptas. por ello y a base de los mismo planos se han señalado el valor unitario mencionado. El coste de la ampliación del poblado obrero es un tanto del importe de liquidación de las actuales viviendas antes mencionadas casi exactamente igual al que el presupuesto adicional de este proyecto reformado es respecto al presupuesto aprobado, resultando así el crecimiento del poblado proporcional al de la obra que tienen que ejecutar sus pobladores".

Hasta aquí algunas de las cosas que encontraste escritas que hacían referencia a la construcción no del pantano sino de la aldea que junto a este muro se construyó. Pero para más ampliación del tema, otro día tuviste la suerte de tener en tus manos un nuevo escrito que te llenó tanto de asombro como de curiosidad por el tiempo que entre unos y otros había transcurrido dándote así la posibilidad de saltar de los primeros a los últimos tiempos de estas fabulosas obras en este entrañable rincón de la sierra. El escrito era un nuevo "Proyecto de reconstrucción de la capilla, almacén y talleres y otras edificaciones en el Pantano del Tranco". Es el documento

número 1 y tiene fecha del treinta y uno de agosto de 1940. Las tres o cuatro hojas escritas a máquina dicen así:

"Paralizada durante varios años las obras fundamentales del Pantano del Tranco, es criterio de la Superioridad la urgente terminación de dicho embalse, como lo demuestra las sucesivas autorizaciones de ejecución por la Administración de unas obras y la licitación de los trabajos e instalaciones restantes. Las importantes obras de la torre de toma, desagüe, aliviadero, impermeabilización, instalaciones reguladoras, alzas, etc., supone una inversión de varios millones a emplear en breve plazo. No puede cumplirse este programa sin los medios e instalaciones auxiliares necesarios. Los años de paralización primero y el haber quedado en zona roja después, durante toda la guerra, obligan a una revisión y reparación de las instalaciones y medios con que el pantano contaba, constituidos principalmente por las instalaciones mecánicas, línea de transporte de energía, camino de servicio y edificaciones.

Las instalaciones mecánicas vienen reparándose a medida que las obras por la administración de la Torre de toma lo va requiriendo; la reparación de la línea eléctrica y subestación de transformación, fue objeto del correspondiente proyecto, aprobado y autorizado recientemente y está en ejecución adelantada; el proyecto de reparación parcial de la carretera de Villanueva del Arzobispo al Pantano del Tranco, fue a la Superioridad y está pendiente de resolución. Queda la reconstrucción de algunas edificaciones indispensables para los trabajos que es objeto del presente proyecto.

En el croquis del poblado se señala las numerosas edificaciones de que consta el mismo. Construido en dos etapas se elevó su importe a 397.019 y 100.175'14 ptas. , con un total de 497.194'20 ptas. , invertidas por la Administración en dicho poblado. Los diez años que llevan de servicio, sin haber originado gastos de conservación, sería justificación, a nuestro juicio, de la necesidad actual de las mismas. Pero, además, durante la dominación marxista se produjeron daños,

como en la Capilla-escuela, desapareciendo la espadaña, altar y ornamentos religiosos; en cuanto a las viviendas que fueron utilizadas por evacuados de otras zonas, quedaron en lamentable estado.

No hemos extendido las reparaciones propuestas a todas las edificaciones, sino sólo a aquellas en que por ser absolutamente indispensables o por su aplicación a las necesidades de la obra por ejecutar, lo requiere. Son las siguientes: capilla, almacén y talleres, laboratorio, economato, hospital, grupo de 4 viviendas para empleados, un barracón de obreros subdividido y dos barracones generales. Todas estas edificaciones se utilizan, en la forma deficiente en que su estado permite, en los actuales trabajos por administración. El importe de la reparación que proponemos asciende, en ejecución por administración, a 44.744'07 pesetas, es decir, el 8'9% del coste de las edificaciones. No creemos desproporcionada esta inversión dado el tiempo que llevan de utilización. El tanto por ciento citado sería más reducido si existiese la diferencia de precios entre la época de la construcción y la actual.

LOS TRABAJOS A REALIZAR se detallen con las respectivas dimensiones en las cubicaciones; en los presupuestos parciales aparece también el correspondiente detalle quedando concretamente definidos los trabajos que en cada uno de los edificios se proponen, que son de la naturaleza siguiente: retejado: La reposición de tejas es necesaria en los nueve edificios a que afecta la reparación. Limpieza de desprendimientos: Ubicada la construcción a media ladera y siendo ésta de fuerte pendiente, se encuentran cegados los desmontes de las fachadas posteriores. Afecta esta limpieza a la Capilla, almacenes, laboratorios, economato y tres barracones. Reconstrucción de cielos rasos: Afecta al laboratorio, economato, hospital, grupo de cuatro viviendas y dos barracones de obreros. Blanqueo de cal: En la capilla, almacenes, laboratorios, economato y los tres barracones. Reparación de puertas y ventanas: En las nueve edificaciones. Enlucido de yeso: En todos los edificios que afecta la

reparación menos el economato. Pavimentos continuos de cemento: En el economato, grupo de cuatro viviendas y los tres barracones. Reparación de entarimado: En la capilla y economato. Saneamiento y W. C.: En la capilla-escuela, economato, hospital, grupo de cuatro viviendas y los tres barracones. Reconstrucción de tabiques y paredes: En la capilla, almacenes, hospital y grupo de cuatro viviendas. Instalaciones de agua: En la capilla, almacén, laboratorio, y hospital. Instalaciones eléctricas: En barracón dividido.

Además de estos trabajos se proyectan otros que afectan sólo al laboratorio, almacenes y capilla-escuela. Los del primero tienen por objeto dejar en condiciones los depósitos de conservación humedad de las probetas, constituidos por piletas de cemento, así como la pileta de la balanza hidrostática. En los almacenes se completa la obra a realizar con la prolongación de la cubierta de la nave central que hoy afecta sólo al tercio posterior y se propone continuarla en el tercio del centro, para que los vehículos que la utilizan como garaje, no queden a la intemperie y evitando así la construcción de cocheras independientes para este fin; también se constituye mediante unos tabiques de panderete, un cuarto independiente para almacén de los elementos más valiosos o delicados.

La edificación de la capilla-escuela es la que requiere gasto mayor. El local se encuentra dividido en dos partes, la religiosa y la escolar, separadas por cierre metálico que deja aislada la capilla. La parte que a ésta afecta y dada la santidad del lugar, se propone decorarla con economía y sencillez pero en forma apropiada pintando al temple las paredes, restaurando el altar pintado al óleo con imitación de mármol y reproduciendo las cristaleras de las ventanas; también hay que reconstruir la espadaña con su cruz y adquirir la imagen y ornamentos religiosos que faltan. Estos ornamentos están constituidos por cáliz, cubre-cáliz, bandeja de comunión, amito, juego de purificadores, y corporales, roquete, cíngulo, misal, atril, paños de altar, juego de candeleros, cruz, campanilla, juego de vinajeras, ara, lámpara Sagrario, juego de sacras, bolsas de corporales, estola, pila de agua bendita, vestiduras, etc.

Ajecutándose actualmente obras por administración del pantano, son conocidos los costes de jornales y materiales, que han servido de base para la deducción de precios, incluyendo en los mismos las mejoras sociales. Jornal de peón, 8 ptas. barrenero, 10; carpintero, 11; albañil, 11; herrero, 11; capataz, 15 ptas. La tonelada de cemento en la estación de Úbeda cuesta 155 ptas. transporte por carretera 70 km. 60 ptas. m3 de grava, 10; arena, 9; agua 1'5; cal, 23'65; tonelada de yeso negro, 65; yeso blanco, 70; millar de ladrillos, 150; centenar de tejas planas, 60; m3 de madera, 350; kg. de herraje, 2'15 ptas.

Resultando los siguientes precios fundamentales, para cuya formación consideramos suficiente el detalle con que se hace figurar en el cuadro número 2. Otros gastos son: m3 de limpieza de desprendimientos, 2'51; de mampostería ordinaria, 33'07; de fábrica de ladrillo visto, 128'35; m2 de tabique de panderete, 6'34; de enlucido de yeso, 1'19; de enlucido con mortero de 350 kg. de cemento, 2'03; de pavimento continuo de cemento, 8'12; de cubierta de teja plana, 115'70; de cielo raso, 6'65; m3 de madera en cubierta, 464; m2 de puerta exterior, 55'50; de ventana vidriera, 48'90; de blanqueo de cal, 0'35 ptas.

A estos precios fundamentales que originan el mayor volumen del presupuesto, se han unido los restantes complementarios que se definen en el cuadro 1 y se descomponen en el 2. El coste de la ornamentación religiosa ha sido fijado previa consulta a las casas que a su venta se dedican. El presupuesto de ejecución material agrupa la obra a realizar por edificaciones y el importe total correspondiente a los edificios cuya reparación se propone asciende a 43.023'15 ptas. Los presupuestos de ejecución por administración y contrata se elevan respectivamente a 44.744'70 y 49.906'85 ptas. La naturaleza de la obra, como antes indicamos, y su distribución en una seria de trabajos variados y de pequeña cuantía, hace a nuestro juicio, más apropiado la aplicación del primer sistema de la ejecución. Sevilla, 31 de agosto de 1940. El ingeniero autor del proyecto”.

Pero lo que hoy traes entre manos es otra cosa aunque sea lo mismo. Así que en uno de los chiringuitos donde a la izquierda de la carretera los visitantes compran helados, te paras. Un poco conoces al joven que aquí atiende al público. En otros tiempos estudió en el colegio de la Safa de Úbeda y por eso le preguntas:
- Es el padre y su hijo trabaja en la central del Río Borosa. ¿Sabes dónde vive?
- ¿Para qué lo buscas?
- Voy al lugar ese donde estuvo el poblado de Bujaraiza y como me han dicho que él sí conoce bien el rincón, lo busco para que me acompañe.
- Pues la verdad es que he oído hablar de él pero no sé dónde vive.
Te dice el joven, con bastante pocas ganas de atenderte cosa que se refleja, además, en una actitud un poco deformada por culpa de los visitantes. Es este joven serrano porque nació por aquí pero en sus formas y comportamiento no pertenece a los serranos buenos de aquellos tiempos que nunca bregaron con los visitantes. Y aquí está la clave: la brega y el trato con los visitantes lo han deformado hacia ese lado perdiendo terreno en el otro lado, el de los serranos que es el que realmente tiene valor por encima de todo. Como si este joven ya no fuera ni plenamente de la tierra de los visitantes ni tampoco plenamente de la tierra de estas sierras. Un algo intermedio que le hace ser ambiguo.

Pero ahí mismo, en el mostrador del chiringuito, se encuentran dos jóvenes más que al oírte se te acercan y te dicen:
- Ese hombre que usted busca en mi padre.
- ¡Hombre, me alegro!
Y entonces le vuelves a repetir lo de la central del Borosa y lo de Bujaraiza.
- Pues véngase conmigo que lo llevo a mi casa y con mi padre arregla lo que tenga que arreglar.
Te dice este joven hermano del otro joven llamado indicándote por donde tienes que subir para llegar hasta la casa. Una

pequeña carretera que sale a la izquierda y que por entre los cipreses y las casas, dejando la capilla también a la izquierda, se empina ladera arriba buscando la puerta de cada uno de los edificios de este pequeño y algo extraño poblado del Tranco.

Mientras subís y él te va adelantando algo sobre su padre y su hermano, miras para atrás y ahora recuerdas que por esta carretera asfaltada, estas humildes casas perdidas entre los pinos donde le pegaron un buen bocado a la ladera para construirlas, este trasiego de visitantes con sus coches, sus helados y sus bocadillos, por aquí y con el azul del agua que aún se remansa en el pantano en todo lo hondo del valle, estuvo este año la Gobernadora Civil. Nada más ser nombrada esta gobernadora hizo muchas visitas a muchas zonas de estas sierras. Siempre se le veía en la prensa saludando a la gente, promentiéndoles solución a tantos problemas, acompañada de muchas autoridades y participando en muy buenas comidas ofrecidas por los ayuntamientos. La de aquí, la que hizo a este Pantano del Tranco acompañada del ingeniero de la Confederación, fue muy espectacular; con su foto y todo y repartiendo promesas y proyectos tremendos. A día siguiente la prensa decía que:

“El Tranco y Giribaile, primeros pantanos en beneficiarse de planes de usos turísticos. Los pantanos de El Tranco y del Giribaile serán los primeros en la provincia en beneficiarse del plan de usos recreativos para los pantanos del país puesto en marcha por el gobierno. El Ministerio de Obras Públicas, Transporte y Medio Ambiente, ha sacado a concurso el proyecto de la construcción de los centros de visitantes de estos dos embalses con un presupuesto global de 70 millones de pesetas. El proyecto de obras para la adecuación de áreas recreativas en los pantanos de El Tranco y Giribaile podrá ser adjudicado este mismo mes. Las obras tienen un plazo de ejecución de 18 meses y pretende darle a los embalses un uso turístico. En concreto en este pantano se construirá un centro de recepción de visitantes y un área recreativa; tampoco está descartado que la iniciativa privada se incorpore a este proyecto con la construcción de algún establecimiento hotelero.

En el caso de El Tranco, el centro de recepción de visitantes, que llevará una cafetería incorporada, se construirá aprovechando la rehabilitación de la antigua casa de Correos según los datos aportados a este periódico por el ingeniero jefe de la Confederación. El plan de actuación no está cerrado a otros pantanos de la provincia. Así, se da por seguro que en los próximos meses se amplíen las actuaciones a los embalses del Dañador, Guadalmena y otros. De momento en todos estos pantanos sólo existen pequeñas iniciativas privadas".

Recuerdas ahora que después de aquel día de la visita de la gobernadora ni se ha vuelto a decir ni una sola palabra de aquel proyecto y de los millones que el mismo iba a dejar por aquí. Y recuerdas ahora que la gobernadora pronto será destituida de su cargo porque tiene que presentarse a las elecciones generales del 3 de marzo de 1996 y que por lo tanto tantísimas visitas tan cargadas todas de tantísimas promesas, se quedan una vez más como siempre: en puras promesas para que la gente, los serranos, vean que se acuerdan de ellos y que por ellos todo el mundo está deseando hacer cosas hasta que llega el momento de subir a puestos superiores donde se cobrarán mejores sueldos y de lo dicho ni me acuerdo. ¡Pobres serranos la cantidad de veces que son utilizados como conejillos de indias para lanzar a este o aquel y otros experimentos!

Pero, además un joven viejo serrano que tiene aquí un pequeña establecimiento desde el cual se gana la vida, te decía el otro día que esto de las inversiones y promesas de unos y otros personajes son puras falacias. "Lo que hace falta es que nos ayuden un poco a los que ya tenemos por aquí algún negocio que hemos levantado poco a poco con el sudor de nuestra frente y con sólo cuatro pesetas y media igual que se construyó este bonito poblado del Tranco. ¿Para qué tanta inversión de tantos dineros si luego nosotros tenemos que cerrar e irnos y pasado algún tiempo las cosas no van a estar mejor que ahora?" El bar tiene carnicería y ofrece variedad en carnes a la brasa con barbacoa al aire libre así como platos

combinados y raciones a buenos precios. Una amplia terraza une a la fonda y al bar como la mejor atalaya para una buena visión de las aguas del embalse. Recuerdas ahora que en otros tiempos, cuando aquello de los pequeños campamentos con los niños del la Puerta de Segura, al caer las noches de vez en cuando veníais a esta terraza y a este bar a cenar y por eso sabes que es verdad, aquí se come bien.
- Total, que de proyectos nuevos como los que ha anunciado la Gobernadora Civil, nada ¿verdad?
- Puras promesas como tantas otras de muchos que me conozco pero que, además, de llevarse a cabo, serían malos tanto para los que como yo modestamente nos ganamos el pan trabajando con sencillez y elegancia como para las bellezas y paz de las tierras de este Parque Natural.

Acompañado del joven remontas la calle que sube derecha a la pequeña iglesia y vais a salir a la calle principal. No mucho pero algo conoces este rincón. Aquí junto a la escuela te paraste aquella mañana cuando subías de Fuente Negra y cuando desde aquella soledad la observabas, te sorprendió el ruido del pájaro carpintero taladrando con su pico el tronco del pino seco. Tanto te sorprendió aquello que lo contaste a tus amigos los niños de la Puerta de Segura aunque ellos no supieran comprender ni la soledad de aquella mañana ni la belleza del pájaro carpintero agujereando la madera en el centro de aquella soledad. Ahora, esta tarde, también sigue estando esto en silencio y al pasar junto a la escuela lo que te llama la atención es su pequeña campana de bronce.
- Dicen que es la misma que había en la ermita de la aldea de Bujaraiza ¿es cierto?
Le preguntas al joven.
- Eso dicen pero mejor le preguntas a mi padre; él sí conoce bien las cosas del pasado por estas sierras.

Su padre no está en la casa porque a la casa que llegáis no es la del padre sino la de su hermano que a estas horas de la tarde duerme la siesta.
- Pero vamos ahora mismo a buscarlo que vive ahí, subiendo la cuesta que trae a la escuela.

Te dice su hermano. Así que salís fuera y bajáis en busca de la segunda casa. Pero aunque sea rápido te fijas bien y compruebas que estas últimas casas de la aldea las han levantado justo en la gran explanada que surgió en la cantera de donde arrancaban las piedras para el muro del pantano. Aquí, a la derecha del río justo donde empezaba la gran cerrada del tranco, un poco casi en lo alto del espigón rocoso, le abrieron a la montaña una enorme herida. De esta herida empezaron a sacar rocas que fueron depositando en el muro y cuando terminaron aquí quedó el agujero. Son estas rocas, este precioso y enorme espigón, la prolongación del pico rocoso llamado Risca del Quijarón que se encuentra en este lado del río y que tiene 1260 m. Te dijeron a ti un día que aquella vez que a estas rocas le pegaron el primer gran bocado fue todo un espectáculo. Llenaron toda esta ladera de barrenos y como aquella obra duró mucho tiempo, entre la gente de la sierra se fue corriendo la fecha en que a estos barrenos le iba a pegar fuego. Y te dijeron que aquello ocurrió un día sobre las doce de la mañana. A parecer desde todas las aldeas, cortijos y pueblos de estas sierras la gente salió y asomada por las cumbres esperaban, desde la distancia, la explosión de esta primera gran carga de barrenos.
- ¿Y cómo fue aquella primera explosión?
Preguntaste.
- Visto desde la distancia, casi una pura decepción. Sólo se observó una gran nube de polvo alzándose desde esta ladera y poco más. La gran explosión quedó perdida en la distancia y en los barrancos llenos de bosques. Pero claro, lo que aquí aquel día se rompía era un poco toda la sierra. Bajo la explosión de aquellos barrenos quedó machacado un buen trozo de lo que hasta entonces había sido el legendario, misterioso e histórico paso del Tranco, cosa que para los serranos era todo un símbolo.

La herida que le abrieron a la montaña por este lado en su parte baja forma una gran repisa que sembraron de pinos y acacias y rellenaron con la construcción de unos cuantos edificios en forma de barracones. Se encuentran unidos en grupos de dos o tres con sus pequeñas marquesinas en las

puertas donde crecen algunos rosales y hasta forman pequeñas calles. No son bonitas ni las casas ni el lugar donde vinieron a construirlas ni la distribución misma de estas casas. Parecen como pequeñas naves con postes de hierro, bajas y alargadas aunque el rincón es encantador a pesar de la herida.

Mientras bajáis en busca del padre te dices que un día de estos te vas a venir por aquí y en soledad, sin la compañía de nadie, te vas a poner a recorrer este rincón a ver qué sientes y qué descubres. Lo de esta tarde todo es rápido y con esto de buscar a unos y a otros no te concentras en lo que realmente quisieras. Pero ya vendrás por aquí más despacio a empaparte de las cosas que deseas. Y entre las cosas que realmente deseas está la de aquellos dos pastores que tenían su casa sobre el cerrillo y tan amigos eran ellos que todos los días se juntaban en la cañada que cae hacia el arroyo grande para hablar de esto y aquello. Junto al arroyo grande se sentaban ellos y contemplando su ganado y los peces que nadaban por el agua limpia de la corriente, se pasaban las horas. Y así fue hasta que un día aparecieron por allí los del Coto. Gente con rifles y diciendo que a partir de aquel momento todas aquellas tierras pasaban a ser gobernadas y vigilados por ellos y los pobres pastores tuvieron que irse de allí para siempre porque además de sentirse extraños en sus propias tierras también se sintieron atropellados.

Otra de las cosas que también deseas conocer un poco más es aquello de los gitanos llenando todos estos rincones y vendiéndole a todo el mundo cualquier cosa. Por lo visto hasta se hacen dueños de alguna casa y la Administración ni siquiera le dice nada. Y por lo visto, de vez en cuando surgen peleas entre los “payos”, como dicen ellos y los payos se tienen que callar. Por lo visto son realmente curiosas estas escenas y por eso a ti te gustaría venirte aquí más despacio y conocer a fondo estas cosas. Ahora llegas a la casa del padre que se encuentra a la izquierda bajando por la calle que viene desde la capilla, sobre una repisa tallada en la ladera de la montaña. El hijo lo llama, te presenta y le cuenta tu proyecto y como el

padre no se siente muy animado, el hijo le empuja diciéndole que sí, que haga el favor de acompañarte.
- Tú conoces bien ese rincón y estoy seguro que esta tarde te va a gustar recorrerlo.

Por fin el padre se anima pero ya has descubierto que no se siente muy seguro, aunque en el fondo a ti mismo te dices que vivir la experiencia no dejará de traerte algunas cosas positivas. Así que se sube en el coche y terminas de bajar hasta el rellano de la carretera principal. Torcéis aquí luego a la derecha y os ponéis a cruzar el muro del pantano. Pero no lo cruzáis enseguida porque no hace muchos tiempos en este muro instalaron un semáforo en cada extremo. Antes, cuando andabas pisando las tierras de estas sierras por primera vez que ni siquiera eran Parque Natural, no había aquí ningún semáforo y por aquellos días funcionaba bien esto de cruzar el muro siguiendo la carretera.
- Pero es que no sabes como se pone esto de visitantes en los veranos; tuvieron que poner estos semáforos para evitar atascos.
Te aclara el padre.
- Sin embargo, no recuerdo que nunca hubiera habido aquí algún accidente de circulación ni nada parecido.
- Ahora, con la modernización que la administración se empeña en traer por estas sierras han tenido la idea brillante de poner semáforos en el muro del Pantano del Tranco. En esto ponen la renovación y el progreso, en ir llenando estas sierras de cosas para que cada día nos parezcamos menos a nosotros mismos y poco a poco se pierda todo lo que de verdad y auténtico tienen estas sierras. Aunque mirándolo despacio, puede que aquí sí fuera verdad que hacía falta un semáforo.

Por el aliviadero del pantano ahora no cae agua y en todo el tiempo que llevas por estas sierras sólo una vez lo has visto rebosar. Luego se empezó a secar y el otro año, de ahí mismo, de la tierra por donde remontan las aguas para derramarse por el aliviadero cuando se llena, cogiste un pequeño pino carrasco. Había nacido en esas mismas tierras y tenía ya unos quince centímetros de alto. Ahora lo crías en una pequeña

maceta con la idea de hacerlo bonsái para tener un recuerdo de este lugar. De todos modos, en las tierras donde el pino crecía, no es posible que hubiera seguido viviendo. En cuanto llueva como es debido, el pantano rebosará cubriendo las aguas, no sólo esas tierras sino otras muchas y por eso cualquier planta que ahí haya nacido, no le queda otra oportunidad que secarse. Ninguna planta puede vivir sumergida en las aguas de un pantano.

Y como sabes que el padre conoce muchas cosas de la etapa en que se construía este pantano, ahora que pasáis por aquí le dices que te gustaría saber algunas cosas.
- ¿Qué es lo que deseas saber?
- Por ejemplo, yo ahí decir que el aliviadero primitivo proyectado para este pantano era distinto al que ahora mismo vemos.
- Y has oído bien. El aliviadero de superficie primitivo proyectado era un vertedero de automático de compuertas que sostenía constante el nivel de máximo embalse, formado por dos sectores móviles de hormigón armado de 12,5 m. de longitud cada uno y de 6 m. de altura, con superficie total, proyectada en el plano vertical, de 150 m2. y era de tipo semi sumergido y seguido de un canal de 20 x 6 m.
- ¿Cuánta agua era capaz de desembalsar ese primitivo aliviadero y cómo se hubiera hecho el empalme de la carretera que ahora estamos recorriendo?
- Ese primitivo aliviadero hubiera sido capaz de desembalsar 600 m3/seg. y el empalme de la carretera con la coronación de la presa se hacía por dos tramos de hormigón armado apoyados en los estribos de arranque del canal y en la pila entre las dos compuertas. Según dicen la ubicación del vertedero automático, la del canal y el desagüe del mismo, fueron bien elegidas teniendo en cuenta el terreno que por sí mismo definía como preferible el lugar señalado para devolver el agua al río, lo que se verifica sobre el corte que la ladera derecha presenta hacia aguas abajo en el crestón del Guijarrón, cayendo las aguas al cauce en punto suficientemente alejado del pie de la presa. En el proyecto reformado por los cambios que tuvieron que hacerse respecto

al primer proyecto, se decía que: “El punto de descarga para el aliviadero es el mismo que en este segundo proyecto pero las condiciones del nuevo emplazamiento de la presa conducen a importantes variaciones de las características del vertedero.

Al estar situado ahora el estribo derecho de la presa mucho más aguas abajo que antes, en la proximidad del sitio de descarga inducen a suprimir el canal que recogía las aguas del vertedero automático y a colocar este en el propio crestón, desaguando libremente sobre el escarpe de la ladera, para lo que basta colocar la presa en la forma que indica el plano de conjunto; se consigue con ello las ventajas, sobre la disposición del proyecto aprobado, de eliminar la imprecisión con que teóricamente hay que fijar el desagüe en canales de descarga de estas dimensiones y su efecto sobre el vertedero parcialmente sumergido en él, y el conseguir una economía en el importe del vertedero automático ya que, por el aprovechamiento de su total altura como límite libre, se obtiene el mismo desagüe anterior con menor superficie del sector. Aunque se suprime así el canal de descarga, en la zona de acceso al sector hay que hacer una importante excavación; la unión de la coronación con la carretera se hace con un puente en rampa sobre dicha zona de acceso. Respecto al vertedero móvil hemos sustituido los dos sectores automáticos por un solo sector de 22 m. de longitud y 6 m. de altura con superficie de 132 m2 que como veremos desagua el mismo caudal con economía reducida, como ya hemos dicho, por su menor superficie y simplificación de mecanismos por tratarse de una sola alza móvil.

La máxima avenida del Guadalquivir señalada en el Tranco es de 600 m3/seg. que, siendo la extensión de la cuenca alimentaria de 550 Km2. da un coeficiente de 1,09 m3/km2. Aunque las alzas móviles proyectadas anteriormente para el Tranco estaban previstas para el caudal de 600 m3/seg. ante citado, si la avenida hubiera sido superior a esta cifra, el margen de 1,50 m. de altura que tenían los vasos de desagüe sobre la altura máxima de las alzas, hubiese permitido que, elevándose el nivel del embalse, el desagüe hubiese alcanzado

hasta 830 m3%seg. En el proyecto aprobado se señala que la coronación debe quedar como ya hemos dicho 1,50 m. sobre el nivel máximo del embalse y sobre la coronación se proyectaba un pretil macizo de 1,20 m. de altura; ambas condiciones se reparten en este reformado y el nuevo sector propuesto garantiza el desagüe de 600 m3/seg. sin sobrepasar el nivel de agua fijado; pero aunque estas son las características hay que atenerse y el aliviadero queda definido con ello, veremos como hay un margen de seguridad tan grande que supondría darle paso a una avenida doble de la indicada lo que supondría una proporción entre caudal y cuenca superior a 2 m3/Km3. o por el contrario que caso que ni automáticamente ni a mano funcionase el sector, se dispone de medios para evacuar una avenida de importancia. Para ello hay que dejar de respetar el nivel máximo citado y acudir al auxilio de los desagües de fondo, es decir, que no se aplicarían las condiciones normales de evacuación pero consideramos interesante llamar la atención sobre ello"

Y esto es lo que se dice en ese informe de esta zona del pantano que por supuesto puedes leer cualquier día que quiera ya que el documento se encuentra archivado en las dependencias que la Confederación tiene aquí junto a la presa, en concreto en la Casa de Administración.
- Algún día le pediré permiso al ingeniero encargado de este pantano y si él me lo da, me vendré a este archivo y me pondré a leer papeles para enterarme de otras muchas cosas pero ahora que andamos por el muro de este gran pantano del Tranco en ese informe, de otras partes de este embalse ¿qué se dice?
- Pues en ese bello documento y por supuesto importante en aquel tiempo y más ahora en la distancia, se dicen cosas muy curiosas, tal como aquello del informe geológico.

"Como anejo a esta Memoria se presenta el informe geológico realizado por el ingeniero de minas de la Mancomunidad basado en los nuevos sondeos que el citado servicio ha efectuado de septiembre de 1931 a febrero de 1932, acompañándose también los croquis, fotografías, y

gráficos de los taladros que forma parte del citado informe. En él se hace referencia al anteriormente remitido por la ‘Comisión de Estudios Geológicos para la construcción de Obras Hidráulicas’ en agosto de 1927 cuya copia hemos incluida también en el citado anejo. Aquel informe establecía que ‘la presa se situará de modo que la cueva inmediata de la ladera derecha quede aguas arriba del parámetro superior de aquélla, en forma tal que su relleno se pueda efectuar independientemente y que a la vez la obra principal quede asentada sobre una porción más sólida de la referida ladera evitándose el apoyarla sobre el espolón débil del contrafuerte que limita la expresada cueva por el lado del vaso’.

A los dos motivos que la citada conclusión se fundaba para proponer el desplazamiento de la presa hacia aguas abajo añadió posteriormente el propio terreno uno más, pues cuando aún no se había iniciado ninguna excavación de presa y se trabajaba sólo en las obras de desviación del río se produjo en la ladera derecha un importante corrimiento de margas triásicas en la proximidad de su contacto con las calizas jurásicas de la cerrada, corrimiento que, con referencia a la zona central del arco de la presa, tuvo lugar inmediatamente aguas arriba del emplazamiento proyectado y que demostró ya entonces que en dicha ladera y zona, la presa estaba próxima al límite de las calizas siendo conveniente trasladarla a sitio más centrado dentro de la masa rocosa.

Aunque la presa se replanteó teniendo en cuenta las anteriores observaciones y desplazándola de modo que la cueva que se marca en la hoja número 1 queda aguas arriba, el resultado de las excavaciones que se efectuaron en la parte alta de la ladera derecha y que corresponden a la zona comprendida entre los posteriores sondeos n. 1 y 2 que se señala en el plano de conjunto de este proyecto, fue causa de que se suspendiese el trabajo y se solicitase nuevo informe geológico, pues en el lugar que luego se eligió para el sondeo n. 1 la capa arcillosa era muy grande. Basándose en el nuevo informe geológico emitido y en los nuevos sondeos efectuados puede sentarse que con el emplazamiento primitivo aceptado,

aun desplazado hacia aguas abajo, quedaba la presa bien situada sobre las calizas en toda su longitud con excepción de la parte alta de la ladera derecha en que hubiera sido preciso ir a buscar la roca para cimentación a gran profundidad a menos de dejar la presa montada sobre la falla. El informe dado por la Comisión de Estudios Geológicos en el año 1927 queda confirmado en su conjunto existiendo la falla a que acabamos de referirnos motivada por el hundimiento de la masa jurásica y únicamente el límite de la misma había quedado mal definido siendo causa de ello la irregularidad del contacto entre ambos terrenos pues los sondeos hasta entonces efectuados fueron a coincidir con los entrantes en las margas, dando la apariencia engañosa de que en toda aquella zona las calizas se encontraban a la misma pequeña profundidad.

Se precisaba pues que la parte alta del estribo derecho de la presa fuera a empotrase bastante más abajo, buscando la prolongación de la afilada cresta del Quijarrón; y ello no podía conseguirse trasladando la presa paralelamente a su posición anterior porque el congosto de la parte central de la cerrada es de corta longitud y quedaría desbordado por el macizo que al salir del estrechamiento, alcanzaría volúmenes muy grandes; de aquí que se haya tenido que llegar a la ubicación conveniente del extremo izquierdo y no siendo esto aun suficiente disminuyendo su radio primitivo. La presa en su ubicación definitiva corta oblicuamente la dirección del cauce buscando paralelismo con el crestón jurásico. Esta posición es más lógica que la primera en la que se seguía la tendencia muy natural pero que en este caso ha resultado injustificada de situar la presa lo más normalmente posible a la dirección del cauce.

Los sondeos realizados han servido de base para guiar el trazado de la curva del estribo derecho que resulta casi tangente a las proximidades del sondeo n. 4. El sondeo n. 1 hizo desechar desde el primer momento los emplazamientos en su zona próxima, pues atraviesa 29 m. de arcilla y yesos mas unos 12 m. de excavación en arcilla anterior al sondeo siguiendo luego las calizas cavernosas y no apareciendo las

primeras calizas compactas hasta los 47 m. de sondeo; por el buzamiento de los extractos calizos estas capas compactas debían encontrarse más superficiales hacia aguas abajo; el sondeo número 3 atraviesa un terreno calizo con bancos muy descompuestos y en el n. 4 aparece ya la caliza compacta en el origen del sondeo que está en el fondo de la excavación iniciada para canal del aliviadero, de unos 8 m. de profundidad en margas fuertes. A este lugar del sondeo 4 viene a terminar la presa en la posición definitiva que en este proyecto proponemos, ya que si luego se resuelve prolongándose es para formar los vertederos fijos y móvil que van a apoyarse en el crestón de roca viva que atraviesa en túnel la carretera de servicio del pantano.

Justificada así la estribación adaptada para la presa, el recorrido de la misma sobre la ladera derecha ha sido comprobado con los sondeos n. 7, 6 y 9 satisfactorios el 7 y el 9 y acusando el 6 bancos de caliza descompuesta y vetas arcillosas. Por debajo del n. 9 no se precisaba más reconocimiento pues habiendo atravesado con él fuertes cortes de calizas jurásica y estando también en la misma roca el túnel de desviación del río de la margen derecha, estaba dicha zona claramente definida. Uniendo con una línea los sondeos número 4, 6 y 9 resultan los extremos en terreno más firme que el de la pare central, por la que penetra en forma de cuña este último en la dirección de los sondeos 3 y 6. La desigualdad de la estratificación en esta zona y sus calizas fisuradas parecen indicar que bajo los esfuerzos sufridos quedó dicha parte más afectada y quebrantada y más propia, por tanto, a la inclusión de rellenos lo que por otra parte es lógico pues todo el arco de la presa es este el sito en que más se aproxima al borde de la falla y a los terrenos acusados por el sondeo número 1.

Al trazar la nueva posición de la presa se hubiera podido dejar el sondeo 6 aguas arriba de la misma pero muy poco hubiera sido y seguiríamos siempre dentro de su misma zona con el inconveniente de que la posición fijada puede considerarse como límite por lo que respecta al buen encaje y empotramiento de la presa en la parte casi vertical de la ladera

derecha que mira al río, según puede apreciarse en el plano de conjunto y cualquier traslación hacia aguas abajo, resultaría en este aspecto un perjuicio.

Haremos notar que el nuevo informe geológico al describir los sondeos n. 4 y 9 afirman terminantemente que sobre el terreno acusado puede cimentarse la presa omitiendo en cambio dicha afirmación al describir el n. 6 bien que tampoco haga lo contrario. Interpretamos nosotros tal indicación en el sentido de que en los n. 4 y 9 puede arraigarse la presa desde el origen del sondeo y en el n. 6 no, pues el principio de la absoluta estabilidad de la obra, siempre que se emplace dentro de los límites de las calizas jurásicas, está sentado en el primitivo informe y confirmado en el nuevo. Se trata pues de una dificultad local que aparece en sitio en que el alzado de presa es inferior a la cuarta parte de su altura máxima y la excavación para cimientos en dicha zona, cuya extensión debe ser muy limitada, por estar flanqueada por el buen terreno señalado en los sondeos 4 y 9, irá demostrando la conveniencia de profundizar más el cimiento, de reforzar la roca de apoyo con inyecciones o de cualquier otra determinación conveniente; pues eso sí, basta la diferencia de trato que el geólogo ha aplicado a uno y otro terreno para que el ingeniero encargado tome todas las precauciones y adopte todas las garantías.

Consideramos con todo lo anterior haber justificado el nuevo emplazamiento de la presa y esta importante variación del proyecto primitivo es la primera y fundamental consecuencia derivada del estudio geológico efectuado. Pero los sondeos, excavaciones, reconocimientos y limpieza de laderas han hecho llegar también a la conclusión de que se precisa en la totalidad de la cerrada una mayor profundidad de cimientos que la señalada en el proyecto subastado, ya por tener que atravesar un fuerte espesor de margas, ya porque la roca que está al descubierto requiere un profundo saneamiento, siendo estas dos importante variaciones las mismas que señalaban en la orden del nuevo estudio dada por la Ilma. Dirección General a la que nos referíamos al principio de esta Memoria. Falta

referirnos a los aspectos de protección de las calizas en contacto con el agua embalsada y de construcción de la presa en dos etapas de que se trata en el nuevo informe geológico y de los que nos ocuparemos más adelante al estudiar la impermeabilidad de cimiento".

Todavía estáis vosotros frente al semáforo esperando que se abra para seguir la ruta camino de Bujaraiza. Dos minutos y algo más tarda en abrirse este semáforo y cuando ya tenéis vía libre pasáis siguiendo la carretera que va por lo más alto del muro del pantano y antes de llegar al otro extremo, el padre te dice:
- Que le iba a decir yo.
- Usted dirá.
- ¿Sabe usted dónde murió mi hijo? Pues aquí mismo. Donde usted ve el pino ese que se dobla hacia las aguas del pantano y que ahora tiene las hojas un poco amarillentas, pues ahí murió.
- ¿Ocurrió un accidente?
- Por ahí pasa una línea, no tal como está ahora, no; una línea que había pelá ahí que estaría del elevador, el montacargas para las traviesas que ahí pusieron, y se encontraba a ochenta centímetros del muro ese. Se metió a pescar y al salir pa fuera le cogió ahí mismo, en el pinillo ese que se ve ahí amarillo.
- ¿Iba solo?
- Iba con otro muchacho de su edad pero lo que pasó es que el joven no supo reaccionar porque era una línea de dos mm. y medio; de esas de cobre que llegas con un palo y le das un golpe... en fin, son cosas que tienen que pasar.
- ¡También la irresponsabilidad de una línea ahí tan cerca del muro y sin protección!
- Claro, y luego ni siquiera hubo indemnización, bueno sí, unos dineros pero que fue poca cosa.

Ahí mismo os paráis que es cerca de donde se encuentra el otro semáforo y mientras el padre te muestra el punto exacto donde murió su hijo, te fijas en las casas de la aldea y te fijas en el muro que acabáis de atravesar. Para ti te dices que ese informe que el padre conoce, de todo este muro y por la

ladera de este lado que fue la que más problemas dio a la hora de construir esta presa, seguro que cuenta cosas interesantes.
- ¿Cómo qué cosas?
Te pregunta él.
- Por ejemplo, de las excavaciones para la construcción de este muro ¿en ese informe hay algún punto concreto que hable de ellas?
- De este asunto exactamente en la página catorce se dice que: "El volumen de excavación para el macizo de presa era en el proyecto aprobado de 19.558,250 m3 y en este reformado de 65.707,796 m3 con aumento de 46.149,543 m3. La causa fundamente de dicho aumento es la mayor profundidad de cimentación a que ya nos referimos al tratar del nuevo informe geológico y que ha sido acusada además de por los sondeos, por los reconocimientos, excavaciones y limpieza de laderas ya efectuados, pues aún allí donde la roca está a descubierto requiere un saneamiento profundo. La cubicación de cimientos del proyecto aprobado está calculada con profundidad de 2,50 m. en la ladera izquierda, 2 m. en la derecha y 5 m. en el cauce y en este reformado son de 5 m. en la ladera izquierda, 6.4 en el cauce y el rastrillo de aguas arriba en el mismo que baja 4 m. más y en la ladera derecha 4 m. en la parte vertical de la misma y hasta el perfil 33, creciendo de 4 a 10 m. desde este perfil hasta el 36 y manteniendo esta máxima profundidad hasta el 40.

En el aumento del volumen influye también en que en el proyecto primitivo se detenía el talud de la presa a su encuentro con el terreno, bajando después verticalmente lo que no es posible siempre, sobre todo en la parte alta de la ladera. El firme aconseja prolongar el talud de la presa hasta el pie del cimiento ya que hay que tener en cuenta la presión hidrostática hasta dicho punto, motivándose con ello, a igualdad de profundidad con el proyecto aprobado, un doble aumento de excavación por ser mayor el macizo de fábrica y por el volumen de excavación que queda sin rellenar, cubica la fábrica del cimiento en este proyecto 54.619156 m3. y la excavación necesaria para ello 65.707796 m3. mientras que en el proyecto aprobado las cifras asignadas a una y otra eran idénticas.

En los presupuestos parciales del proyecto aprobado se valora sólo el 60% del volumen de excavación, considerando el 40% restante como utilizable para la obra de fábrica, con excepción de las excavaciones correspondientes a las obras de desviación del río, túneles y ataguias pareciendo, por tanto, que el criterio seguido es considerar los productos de estas últimas excavaciones no pueden ser utilizadas por la gran dificultad de su transporte dada la baja cota a que se encuentran respecto a las instalaciones de machaqueo y hormigonado y porque teniendo que realizarse esas obras en la primera época de los trabajos no habrían empezado a funcionar estas instalaciones y no podían tener, por tanto, tal aplicación.

Ahora bien, en este mismo caso se encuentran las excavaciones del fondo del cauce que, en la parte común a los diversos emplazamientos posibles de presa, se están ya utilizando, obligada, además, la contrata a efectuarlas como único tajo posible mientras se resolvían las dificultades de cimentación por la orden dada con motivo de la aguda crisis obrera, no sólo de no despedir personal sino de aumentarlo habiéndose vaciado tales productos a lo largo del cauce hacia aguas abajo sin utilización posible por la baja cota y la gran distancia a parte de quedar a merced de las crecidas del río".

Y en este informe, unas páginas más adelante, ya que estamos metidos el río de donde nos vamos a venir para arriba hasta llegar a lo que los ingenieros llaman "coronación", se habla de la desviación del río en los siguientes términos: "Para desviación del río había proyectado un túnel de 4,30 m. de diámetro total, que se reducía a 3,50 con el revestimiento en la ladera derecha y curva. A propuesta de la Jefatura de la primera División, se aprobó por el Consejo técnico de construcción, la sustitución de dicho túnel por dos de 3,30 m. de diámetro total, uno por ladera con lo que el reconocimiento del estribo derecho de la presa, que el primer túnel permitía hacer, se extendía al estribo izquierdo habiendo acusado ambos las buenas disposiciones de las calizas.

El túnel de la margen derecha se ha trazado en curva, como en el proyecto pero ampliando el radio de la misma y reduciendo la longitud de las alineaciones rectas. La longitud de estos dos túneles es de 138,30 m. y 145,80 m. respectivamente y la del túnel primitivo era de 148,00 m. Hemos suprimido el revestimiento por considerar que dichos túneles no serán aprovechables para desagüe de fondo, como anteriormente se suponía, fundándose en las consideraciones que hacemos más adelante al tratar de los 'desagües del pantano'. La sección total del túnel primitivo era de 14,52 m2. y la de cada uno de los propuestos es de 8,55 m2.

En los cuadros de precios figura el de 'metro cúbico de excavación en túnel de 4,30 m. de diámetro en caliza'. Reducida la sección casi a la mitad influye considerablemente en el coste habiendo formulado precio contradictorio para 'metro cúbico de excavación en el túnel de 3,30 m. de diámetro', según acta de 17 de abril de 1931 que se adjunta como anexo a los cuadros de precios, aprobada por orden de la Ilma. Dirección General de Obras Públicas de 25 de junio del mismo".

Así que esto es lo que se dice en ese informe con respecto a las excavaciones para la construcción del muro. ¿Tienes curiosidad por algo más?

Te pregunta.

- Pues mi curiosidad es tanta que quisiera saberlo todo y con mil detalles pero como aún nos queda mucho por delante, aunque sea brevemente y ya que estamos aquí, me gustaría que me aclararas una cosa.
- Si puedo y tengo conocimiento sobre el tema, con mucho gusto. ¿De qué se trata?
- Desde hace mucho tiempo y sin parar un día y otro no dejo de oír conversaciones sobre las grietas que se le han abierto al muro de este pantano, el agua que se le escapa, que si en una ocasión pusieron colorantes y fueran a salir unas veces por la zona de Almería y otras veces cerca de Málaga, que si también vinieron buzos y se metieron por unas galerías que existe no sé dónde, e incluso el otro día un joven que estudia en el colegio

de la Safa de Ubeda y que vive en un cortijo un poco más abajo de donde al río Guadalquivir se le junta el gran arroyo del Chillar, me dijo que los ingenieros le había dicho que estuvieran atentos porque el pantano podría tener problemas de un gran escape de agua, vamos, que algún día podría romperse algo y que por eso no dejan que se llene aunque llueva tanto que haya agua para que se llene cualquier invierno de estos. En fin, tanto y tanto he oído y me han preguntado sobre este tema por todos sitios que me gustaría, ya que estamos aquí, que me confirmaras o me desmintieras algunas de estas cosas.
- Pues fíjate, sintiéndolo mucho y aunque también es verdad que me han llegado esos rumores, no puedo confirmar ni desmentir nada. En alguna ocasión le he preguntado al ingeniero y siempre me dijo que eso son bulos que la gente se inventa pero por si te puede servir de iluminación, en el informe que estamos repasando, cuando se construía este pantano, de ese tema se dice lo siguiente:

"En el primer informe geológico se señala la permeabilidad de las calizas del cierre y en el segundo se ha destacado muy especialmente este punto marcando las pérdidas de agua en los distintos sondeos, pérdidas que se acusan aun en las calizas más compactas del fondo del cauce, aconsejando en ambos la protección de la superficie de roca, poco extensa por la proximidad de las margas triásicas, que ha de quedar en contacto con el agua embalsada. Estamos sin duda en malas condiciones de impermeabilidad, sólo favorecida por el conveniente buzamiento y a nuestro entender no basta un reconocimiento exterior y un relleno de las oquedades y grietas. Es preciso obrar sistemáticamente procurando impermeabilizar toda la zona inmediata al parámetro anterior de un extremo a otro de la presa y después de esta precaución general aplicada indistintamente a todo lo largo de la misma, extenderse aguas arriba hasta el límite de la superficie caliza buscando ya con detallado reconocimiento los casos concretos de permeabilidad que haya que remediar.

Lo primero puede conseguirse, y con ello se siguen las normas que establecen el artículo 19 del pliego de condiciones,

con una cortina de inyecciones de mortero o lechada de cemento, lo que podría realizarse mediante una serie de orificios verticales ejecutados con superforadoras que podrían ser, salvo lo que la práctica enseñe y dentro de la limitación de presión del paso del macizo en cada punto, de unos 20 m. de profundidad y situados a 2 m. de paramento, equidistando 5 m. unos de otros y a todo lo largo de la presa como antes dijimos; paralelamente a esta línea se establecería otra igual separada 2,5 m. con los orificios colocados a trebolillo con respecto a los del anterior.

Como la eficacia de esta cortina no pasa naturalmente de la profundidad citada hay que asegurarse de los conductos inferiores que pudieran existir cerrándoles el paso aguas arriba pero como ya hemos dicho no sistemáticamente por lo caro que resultaría, sino definiendo los puntos o zonas precisos mediante reconocimiento exteriores y sondeos, aplicando rellenos directos, enlucidos a presión, revestimiento o inyecciones, según la necesidad que se acusase.

No olvidemos que cuando las cavidades y planos de estratificación están rellenos de arcilla y arenas el resultado de la inyección es muy relativo, pues estas obstrucciones dificultan grandemente la propagación del material inyectado y la consecuencia, por tanto, del fin perseguido quedan disminuidas. El que esto pase, como en la parte alta de la ladera derecha, nada prejuzga el sistema propuesto que, sino las indicaciones de los sondeos anteriores, la misma práctica de la inyección ha de aconsejar suspender. En todo caso siempre habría el beneficio, mayor o menor, como refuerzo de la roca de cimentación y debilitación de la subpresión que no puede negarse. Con la doble pantalla propuesta se cumple la prescripción primera del nuevo informe geológico ya que con las ‘pantallas de sondeos que cita interpretamos se refiere a las pantallas de inyección.

Precisamente porque tanto la ejecución de la referida cortina como la protección del resto de la zona es un trabajo poco definido y cuidadoso en que nada debe ahorrarse cuando sea

necesario pero en que nada debe tampoco gastarse inútilmente, propone el ingeniero que suscribe que se efectúe por administración; para ello debe también tenerse en cuenta que el plazo de ejecución no debe considerarse igual a de la construcción de la presa, pues seguramente lo sobrepasará, ya que una colmatación inicial de todos los conductos no es posible y el agua embalsada será la mejor consejera. A este respecto señala una de las conclusiones del nuevo informe geológico la conveniencia de construir la presa en dos etapa, deteniendo la primera cuando se alcanzase la altura de 13 m. por debajo de la coronación. Se conseguiría con ello, en efecto, disminuir la presión sobre las calizas bajas y suprimirla sobre las altas, que son las más descompuestas, esperando el resultado de la experiencia; evidentemente la cota ha sido elegida con acierto dejando, al embalase reducido, capacidad igual a la aportación anual media del río y deteniendo justamente la primera fase de la construcción para que no afecte a la zona del sondeo número 6 sobre la que hicimos antes algunas observaciones.

También hay que tener en cuenta que unos años escasos de agua aplazarían el resultado de la experiencia y alargarían con ello inadecuadamente la terminación de la obra. La construcción del aliviadero de superficie, parte muy importante de la obra, tampoco tendría razón de ser en la primera etapa y sólo podría incompletamente realizarse por su conexión con la parte superior del cuerpo de la presa, debiendo, además, utilizarse ésta como vertedero o construir un aliviadero provisional. Por todo ello y aunque recogemos la sugestión del informe, que consideramos oportuna, proponemos que prácticamente se traduzca en una construcción continua y completa y en que el embalse sólo se llene hasta la cota señalada y aunque puede tomarse si se considera conveniente otro límite inferior, esperando a que las calizas inferiores aconsejen o no continuar aumentando la presión sobre ellas sin completar su impermeabilización y reforzar las de las capas superiores aun no ensambladas.

Volvemos a insistir sobre lo que dijimos antes de tratar del nuevo informe geológico; nada de lo anterior afecta a la estabilidad de la obra bien establecida desde el informe primero. Pero el geólogo tanto al tratar de la cimentación como de permeabilidad hace destacar con su desigualdad de trato la zona que rodea el sondeo número 6 y el constructor ha de tenerlo en cuenta al cimentar y al impermeabilizar. Y si alguna dificultad hubiese inherente a la seguridad de la obra que ni en los informes ni en el terreno ve el modesto ingeniero que suscribe, sus prestigiosos jefes de la Mancomunidad que han de examinar e informar de este proyecto y que conocen perfectamente el terreno y lo sobre él proyectado, no por lo que en esta memoria se dice, sino por los detenidos reconocimientos que directamente han efectuado, señalarían con su conocimiento y experiencia que el criterio que sustentamos no está serio y suficientemente fundamentado.

En lo que se refiera a la cantidad asignada para impermeabilizar las consideraciones que antes hicimos nos han llevado a deglosarla del presupuesto de contrata para presentar oportunamente el debido presupuesto para administración. Ello se hace disminuir en 80.000 pesetas el presupuesto de ejecución material de este proyecto, en cambio hemos incluido una partida de 10.000 pesetas para sondeos y reconocimiento de laderas formulando precio contradictorio para el metro lineal de sondeo que figura en el acta aneja a los cuadros de precios y que justificamos en otra parte de esta Memoria".

Hasta aquí lo que se recoge en el informe reformado con respecto a ese tema que me preguntabas hace un rato y lo por que de ello puedes deducir es que este pantano, desde el mismo momento de su construcción ya tuvo problemas de escape de agua. Como ves, tuvieron que reorientar todos los proyectos iniciales para acudir a solucionar las galerías y grietas por donde al embalse se le iba el agua. Así que si ahora sigue todavía filtrando y desaguando por galerías y grietas no es nada de extrañar porque se podría pensar que este pantano aún no está del todo terminado. Según se ha ido llenando y

pasando el tiempo, van viendo y corrigiendo lo que en un principio era casi imposible conocer; eso es lo que se puede sacar con mucha claridad del informe que en aquellos tiempos hicieron para ponerse a corregir el agua que por las calizas y las laderas se escapaba.

Estas son las palabras del padre cuando termina de recordarte un trozo del informe que él conoce. Y como, además, te pregunta si algo te quedas convencido, le respondes que sí.

- Pero hay que tener en cuenta que esto que me acabas de contar no lo conoce casi nadie, así que es normal que la gente, bastante desinformada de estas y otras muchas cosas, piense algo de lo que antes ya te decía. Pero en fin, dejemos ese asunto y vamos a otro a ver si poco a poco nos desgranamos lo más fundamental que de este pantano hay que saber porque nos espera un buen trozo de sierra por delante el cual no sólo tenemos que recorrer sino comentar y hasta ordenar para que no se nos olvide nunca más.

- Pues como mandas ahora, ¿dime por dónde seguimos avanzando?

- Me parece que todavía nos queda un poco de ese informe que debe hacer hincapié en la parte de la coronación aunque ya antes la tocamos así por encima. ¿Me equivoco?

- No te equivocas. Con respecto al tema de la coronación del muro de esta presa, en se informe reformado se dice que: "Anteriormente nos hemos referido a su longitud. Respecto a su tipo hemos modificado el ante proyectado siendo este uno de los elementos en que hemos procurado obtener economías que compensen, aunque en pequeña parte, los aumentos por otros conceptos motivados. Estaba formada la coronación por una serie de arcadas semicirculares de 4 m. de diámetro, separadas por pilas de 2 m. de espesor; cada 32 m. y coincidiendo con las juntas de contracción antes proyectadas, los pilares eran mayores, con espesor de 4 m. y sobreancho de 1,20 m.; el camino sobre la coronación tenía 4 m. de ancho libre y estaba limitado por prestiles de 1,20 x 0,40 m. Todo el volumen de fábrica estaba cubicado y valorado como hormigón moldeado y realmente se hubiera obtenido una primera

economía en el mismo tipo de coronación reduciendo el espesor que debe considerarse como afectado por moldeo, ya que el incluir como tal la totalidad es excesivo y valorando el resto como hormigón en masa.

En la hoja de los planos figura el tipo de coronación que proponemos sustituya al anterior. El ancho del camino es de 5 m. en vez de 4, considerando esta mayor altura más apropiada a la grandiosidad de la obra y más conveniente ahora que antes por ser la curva más cerrada y de menor radio siendo muy pequeña la diferencia de coste entre ambos anchos, por la construcción aligerada de que se trata; las dimensiones de los prestiles son las mismas antes citadas. Una viga de hormigón armado se apoya sobre pilas distantes entres ejes 7 y 7,5 m. medidos según la línea de unión de paramentos y un forjado va desde dicha viga al remate de la presa por la parte de aguas arriba constituyendo el apoyo del piso del camino; las pilas son de 2 m. de espesor excepto en las juntas de contracción que tienen 2,5 m. y un sobreancho de 1 m.

La coronación propuesta importa 169.009 Pts. y la antes proyectada 348.504 Pts. con economía de 179.496 Pts. Ha sido necesario formular precio para el metro cúbico de hormigón para armar de 300 kg. de sandcement que figura en la nueva acta de precios contradictorios que sometemos como este proyecto y como anexo a sus cuadros, a la aprobación de la superioridad y de cuya justificación nos ocupamos más adelante".

Aquí termina el padre de exponerte algunas de las cosas que él cree más interesantes recogidas en el informe y que a ti te interesan porque hablan del pantano que en aquellas fechas pensaba construir aquí. Tú sabes y él te lo dice también que todavía quedan muchas cosas que contar y que están escritas pero claro, no os vais a tirar aquí todo el día repasando aquellos informes páginas por páginas.
- Tenemos que seguir.
Le dices.

- Sí, tenemos que seguir pero para que de una vez para siempre te quedes algo informado de lo que por aquí ocurrió te diré que además de este informe existen otros como el “Nuevo informe sobre la necesidad de efectuar trabajos de impermeabilización”, “Sondeos practicados en el río Guadalquivir”, “Impermeabilización de la ladera izquierda de la presa del Pantano del Tranco de Beas”, “Proyecto de estación de aforo en el Guadalquivir superior” y otros muchos documentos que si los trajéramos aquí todos tendríamos que escribir un buen tomo para que cupieran. Pero como decías, para hacernos una idea bastan con unas pocas pinceladas fundamentales ¿No te parece?
- Estoy de acuerdo contigo. Ahora vamos a seguir pero ya que estamos por aquí, saliendo de lo que es el muro del Pantano del Tranco y pasamos cerca del lugar donde murió tu hijo que es casi exactamente donde instalaron aquellas vías para el elevador de madera, me entra la curiosidad de saber qué fue aquello de las traviesas y este elevador. ¿Sabes algo?
- Claro que sé algo porque eso sí fue en mi tiempo y hasta estuve trabajando en algunos de aquellos trabajos tan variados. Lo del elevador de traviesas ya ves que hoy permanece aquí oxidado y muerto pero en aquellos tiempos, fue una obra muy grande y llena de gran importancia. ¿Y sabes lo que se me ocurre?
- ¿Qué se te ocurre?
- Que un escrito de un ingeniero de montes de aquellos tiempos es lo que mejor te va a iluminar para que te enteres de qué fue esto, para qué sirvió y cómo lo utilizaban.
- ¿Y qué dice ese escrito?
- Pues mira, ese escrito, que se publicó en la revista Montes en el año 1968,se dice que: “Hace ya veinte años que Explotaciones Forestales de la RENFE hizo su última flotación de traviesas por el río Guadalquivir; ha pasado por lo tanto mucho tiempo y es difícil de memoria hacer un historial de cómo se desarrollaban las mismas, no obstante voy a intentar recopilar en un espacio relativamente corto lo más interesante de las maderas.

Debido a las grandes distancias de las sierras de Cazorla y Segura a las estaciones de ferrocarril y la gran escasez de transporte de nuestra posguerra, agravado por la escasez casi total de carburantes y cubiertas los grandes volúmenes de madera a transportar, teniendo en cuenta el difícil tan tremendo de traviesas que padecía la RENFE, hizo pensar al entonces jefe e iniciador de Explotaciones Forestales de RENFE en echar mano de las flotaciones, ya que a la sazón si no se disponía de medios de transporte adecuados y suficientes, en cambio se disponía de una gran cantidad de mano de obra especializada en estos trabajos, no había dificultad para encontrar dos mil y más hombres, que alguna flotación llegó a necesitar. Se hicieron varias flotaciones de las cuales siete lo fueron por el río Guadalquivir, una por el Guadalimar, una por el río Cañamares y otra por el Barranco del Guadalentín; todas ellas en la provincia de Jaén y concretamente en ríos y barrancos con nacimientos en las sierras de Cazorla y Segura. Las flotaciones eran de diversos recorridos y con distancias desde los 10 km. hasta 200 en el río Guadalquivir, si las crecidas de los ríos no hacían que este recorrido fuera mucho mayor.

Por este sistema se transportaron a estaciones de ferrocarril o cargaderos de camión unos dos millones y medio de varias piezas principalmente traviesas de 2,60 m. cachas o traviesas de cambio, traviesas cortas, madera en rollo, apeas de mina y postes. Ahora bien de todas estas flotaciones destaca una por su importancia tanto en recorrido como en volumen, ya que se llegó a alcanzar en ella casi el millón de piezas de las que más de seiscientas mil eran traviesas de 2,60 m. Las hubo, como se indica, más pequeñas pero algunas con más dificultades como las del río Borosa, que después de pasar la Laguna de Valdeazores, muy conocida por muchos aficionados a la pesca, hubo que salvar el Salto de los Organos que era casi inaccesible, con cortados de más de 80 m. que había que preparar con tiros, tablados y lanzaderos para aprovechar el caudal del agua, haciendo balsas en las que las traviesas caían de gran altura sin sufrir daño alguno. Se flotaron algunas por angosturas y cerradas como la Cerrada de Utrero, cerca del

nacimiento del Guadalquivir y por la Cerrada de la Bolera, en el Guadalentín, con obras de madera de varios kilómetros de recorrido. Si los ríos eran de poco caudal había que hacer presa y boquillas para aprovechar el agua; si se pasaba un pantano como el del Tranco de Beas, de treinta kilómetros, había que hacer lo que los pineros o gancheros llamaban reos que, tirados por una lancha motora adaptada para esos fines, remolcaba hasta veinticinco mil traviesas de una sola vez, claro está que a un paso muy lento.

Había que salvar presas como las del referido pantano, entonces uno de los mayores de España, unas veces por los túneles de desagüe de fondo, otras por encima de la presa, para lo cual se utilizaba un aparato elevador de unos 100 m. de longitud para salvar la altura de la presa de unos 80 m. ya que si a veces el pantano, por los aliviaderos, estaba vertiendo agua, otras en cambio estaba medio seco. Unos 100 km. más abajo del pantano, en la estación de Jódar, se hacía un saque de la madera, si éste no se veía dificultado por las grandes avenidas de hasta 200 metros cúbicos por segundo, que en algunas ocasiones nos llevaba río abajo hasta Sevilla recogiendo madera. El año anterior a la realización de esta flotación había, por los distintos montes de Cazorla y Segura, grandes cantidades de traviesas y otras piezas, que se habían elaborado a mano por los hacheros o serrerías volantes que funcionaban en los mismos montes con locomoviles que empleaban la misma leña que producían como combustible. El año que hicimos la conducción se cortó en la sierra de Cazorla y Segura la respetable cifra de 110.000 m3.cuyas piezas resultantes unidas a las del año anterior se aproximaron al millón.

La corta se inició octubre y en septiembre del año siguiente toda la madera estaba cortada y elaborada y los productos resultantes facturados a los talleres de creosotado. ¿Cómo pudo hacerse en tan corto plazo de tiempo? Gracias a la flotación. Con el transporte por carretera disponible entonces hubiéramos tardado años en realizarlo. No voy a entrar en detalles a cerca de los trabajos de corta, pela y arrastre que,

por un lado se saldría de la finalidad de este artículo y por otro habría artículo para rato y ni la revista Montes lo iba a publicar ni usted lector lo iba a soportar. Para que el lector tenga una idea de lo que suponía transportar un millón de traviesas le diré que estas traviesas o piezas pesaban por término medio, unos setenta kilos lo que nos da un peso global aproximado de setenta millones de kilos y la distancia media por carretera era de unos 150 kilómetros a estación, de lo que resulta la respetable cifra de 10.500.00 Tm/Km. Los camiones de que entonces se disponía, además de funcionar algunos con gasógeno, eran de unas cuatro toneladas de carga útil, rusos 3HC, Ford 8, algunos Dodge, Carnero, etc. y para ellos el hacer 100 kilómetros en carga ya era excesivo y con todo y con eso, hubiéramos necesitado para realizar este transporte en un año la entonces respetable cifra de cien camiones. Ni teníamos los camiones ni la Campsa tenía gasolina para ellos.

Los elementos principales en la flotación eran los pineros o gancheros casi todos ellos de Beas de Segura, La Puerta, Orcera y Siles de la provincia de Jaén; estos eran reclutados por los maestros de río que eran dos veteranos, ya fallecidos, y que en la juventud habían sido pineros. Se formaban en cuadrillas o campañas de unos veinte o veinticinco hombres que, a su vez, eran mandados por un cuadrillero y sobre ellos, y mandando cinco o seis campañas, había un mayoral y sobre todos estaban los maestros que eran para ellos como generales en un ejército pero no veían con buenos ojos nuestra intromisión. Debido a su idiosincrasia teníamos que, la mayor parte de las veces, darles las órdenes a través de los maestros por muy importantes que éstas fueran.

En esta conducción llegamos a tener cerca de ochenta campañas; esto es, unos dos mil hombres. Se dividían en campañas de cabeza, de centro y de zaga. Como es lógico, empezaban a trabajar los de cabeza y conforme se iba cubriendo el río de madera y obras se iban incorporando nuevas campañas hasta que los 150 kilómetros de río estaban ocupados con madera y cubiertos por el personal. Entonces empezaba el saque: en esta conducción se estuvo mucho

tiempo sacando en cabeza y echando en la zaga, no obstante la longitud del recorrido. Hasta el Pantano del Tranco no teníamos miedo a las crecidas, pues en la cola del pantano se paraban las traviesas; aquí los pineros hacían los reos o grandes paquetes de traviesas que eran transportadas, como ya se ha dicho, por medio de dos canoas; llamarlas canos es un decir, eran dos barcas que habían sido de remo, se les acopló un motor Chevrolet de 17 Hp, las llamábamos "La Pepita" y el "Marqués de Comillas", esta última había sido bote salvavidas del "Marqués de Comillas" Estas barcas llegaron inclusive a transportar en una jornada y en un sólo viaje, que duraba dieciséis horas en unos veinte kilómetros en línea recta sobre el pantano, hasta veinticinco mil traviesas. Por cierto que la "Marqués de Comillas", cuando estaba realizando su último viaje y a unos dos kilómetros de la presa se encendió y se hundió, salvándose milagrosamente el personal que la tripulaba; al año siguiente y con el pantano vacío, recuperamos el motor y la transmisión.

Terminada la flotación, el motor de la "Pepita" pasó a una camioneta que sacaba traviesas por una pista tan estrecha que no podían entrar los camiones, esta pista es hoy día una amplia y bonita carretera que atraviesa la sierra de Cazorla y nos lleva al nacimiento del Guadalquivir. Una vez las traviesas en la presa eran pasadas al lado opuesto por medio del citado elevador. Este elevador funcionaba las veinticuatro horas del día y armaba un estrépito casi inaguantable pero estábamos tan acostumbrados a oírlo que cuando por la noche nos tocaba el turno de dormir, si se paraba, al cesar el estrépito nos despertábamos. Había que arreglarlo rápidamente, pues si dejaba de funcionar todos los hombres que estaban aguas abajo se quedaban sin trabajo al día siguiente y se cortaba la conducción. Una vez se estropeó el tambor sumergido a unos 20 metros de profundidad y hubo necesidad de mandar un camión a Huelva a traer un buzo con todo su equipo. "Pies de Plomo", como lo llamaban los pineros, se sumergió y arregló la avería. Las traviesas bajaban por un lanzadero de hormigón con una gran balsa al final pero a pesar de llevar muchos días en el agua, algunas, cuando llegaban al final, lo hacían

echando humo, debido a la gran velocidad que adquirían y al roce con las paredes del lanzadero; algunas incluso llegaron a arder pero no había peligro, pues en la balsa se apagaban.

Río abajo surgían grandes dificultades, la vigilancia era constante el personal se avisaba por medio de señales con los brazos, de nuestra presencia. Recorríamos el río sobre una balsa elaborada con traviesas entrelazadas. Se tardaba dos días en hacer los 100 kilómetros, recibiendo repetidos remojones pues si la corriente era impetuosa se deshacía la balsa y si la corriente era lenta los que se deshacían eran los nervios. A los cinco minutos de montarnos en la balsa ya lo sabían todos los pineros de los 100 kilómetros. Si se descuidaban en los pasos malos, se les hacía lo que ellos llamaban “hombros de madera”, que a veces llegaba a tener diez o quince mil traviesas y se liaban de tal forma que era necesario incluso emplear dinamita para deshacerlas, no obstante, como ya habíamos hecho varias flotaciones, llegamos a regular el río y su saque. Sacábamos aproximadamente unas treinta mil traviesas o piezas del río diariamente.

El saque estaba en la estación de Jódar, se hacía una presa con traviesas y unas maromas, que la mayor parte de las veces eran insuficiente pero otras si había grandes avenidas, éramos impotentes para luchar contra la fuerza de la corriente, miles de ellas se amontonaban en la presa y nada podíamos hacer. Unos rezaban interiormente, otros cerraban los ojos para no ver la catástrofe que se avecinaba y de pronto la presa y la maroma se rompían y había que organizar la recogida de traviesas río abajo. Mengíbar, Espeluy, Andújar, Villa del Río, El Carpio, Almodóvar, Palma del Río, hasta Sevilla y hasta el Atlántico llegaron algunas. La recuperación era difícil, porque las gentes ribereñas se creían con derecho a ellas por haber entrado en sus fincas o simplemente porque las veían pasar y las recogían. ¡Hasta en un convento recuperamos traviesas!

Volvamos al saque. Había que sacar del río unas 30.000 traviesas diarias y para ello teníamos que alquilar caballería.

Llegamos a tener a destajo unos ciento cincuenta pares de mulos que sacaban unas doscientas piezas por parejas. Aquello era la guerra y, a pesar de que las traviesas estaban empapadas de agua, se levantaba tal polvareda de arena que era necesario trabajar con gafas. Se pagaban a 40 céntimos cada pieza, dándoles a lo largo del río unos tikets que liquidaban por la noche.

Si nos veían muy apurados por haber muchas traviesas en el saque o por venir épocas de tormentas, se plantaban y había que subirles algún céntimo. He de hacer constar que este personal no era de RENFE. Subirles diez céntimos era subir 100.000 pesetas y, claro está, nos resistíamos cuanto podíamos. Alguna vez, cuando veíamos las nubes sobre nosotros o los motoristas llegaban precipitadamente anunciando una crecida cercana, subíamos el precio espontáneamente y entonces era el delirio, sacaban muchas más que en días ordinarios y hubo caballerías que cayeron reventadas en medio de aquel desierto de arena, que si bien tenía mucha agua no era un oasis precisamente.

Las traviesas, después de un arrastre de 300 metros eran cargadas a destajo en camiones y transportadas dos kilómetros a la estación para ser cargadas seguidamente en vagones. Usted lector creerá que con tanto personal, tanto riesgo y tanto trasiego, las flotaciones eran costosísimas pero yo le voy a demostrar con muy pocos números que no era así. Esta flotación de un millón de piezas tardó en realizarse unos tres meses, trabajando sobre ella unos dos mil hombres, el precio medio a que nos salía un jornal era de unas 20 pesetas; cobradas 12 pesetas más de los Seguros Sociales entonces existentes y el suministro gratuito que les facilitábamos, a base de un kilogramo de pan, 250 gramos de garbanzos y medio kilogramo de patatas, aceite y especias. ¡Qué difícil era entonces conseguir estas cantidades, 15.000 ó 20.000 kilogramos de garbanzos al mes y más de 30.000 kilogramos de patatas! pero todo se arreglaba. Hasta en alguna ocasión tuvimos contactos con la Fiscalía de Tasas, la cual, una vez

comprobado el origen y destino de las mercancías sobreseía el expediente sin ficharnos.

Estos dos mil hombres costaban a las Explotaciones Forestales de RENFE diariamente 40.000 pesetas y por lo tanto, 3.600.000 pesetas en los tres meses. El saque con caballería a destajo costaba aproximadamente con gastos generales y encargados de control unas 500.000 pesetas. El transporte a estación costaba 0,75 pesetas por pieza. La carga y descarga en estación venía resultando a 0,50 pesetas por operación y unidad, esto es, 1.000.000 pesetas. ¿Y las pérdidas no cuentan? Pues sí; tuvimos un 2 por ciento de pérdidas, que si bien parece poco y lo es realmente, suponía nada menos que unas 20.000 piezas que, al precio de 50 pesetas la pieza, nos daba otro millón de pesetas.

Si sumamos todas las partidas anteriores nos da un gasto aproximado y global de unas 6.850.000 pesetas, lo que suponía un gasto total por pieza flotada de 6,85 pesetas. Va usted a ver como este transporte era, a pesar de todo, mucho más barato que con camiones, aun en la suposición de que los hubiéramos tenido disponibles. He dicho al principio que el peso total de estas piezas era de unos 70.000.000 de kilogramos y que Tm/Km. a transportar eran de 10.500.000, aunque parezca increíble el precio de transporte por carretera no ha sufrido en estos veinte años prácticamente alza alguna; se transportaba entonces a 1,50 pesetas Tm/Km. y casi a este precio y en ocasiones más barato, si hay transporte, se transporta ahora. Si las 10.500.000 Tm/Km. las hubieran transportado al citado precio de 1,50 pesetas, nos hubiera costado la operación nada menos que 15.750.000 de pesetas que, comparados con los 6.850.000 de pesetas da una gran diferencia a favor de ésta.

No obstante lo anteriormente expuesto, las conducciones tenían grandes inconvenientes y grandes riegos; téngase en cuenta que entre estos casos tuvimos apilados en una ladera del pantano del Tranco durante un verano 600.000 traviesas, que una imprudencia o un descuido cualquiera de algún

fumador o ranchero las hubiera convertido en cenizas, ya que estaban completamente secas para su mejor flotación y teníamos temperaturas de más de 40 grados a la sombra. Las traviesas allí apiladas tenían un valor de pesetas 30.000.000, que si hoy día es un gran capital entonces era todo para nosotros, nuestro trabajo, nuestros sudores, nuestro prestigio, nuestra responsabilidad y principalmente lo que los 30.000.000 de pesetas de entonces suponía para la RENFE y la necesidad tan perentoria que había de estas traviesas.

Las grandes crecidas de los ríos era otro de los grandes riesgo. Hacíamos cuanto podíamos: dormir poco, vigilar mucho, incluso motoristas teníamos en aquellos cauces más peligrosos, que nada más producirse una crecida se lanzaban en su moto para avisarnos. Se tomaban las medidas más urgentes pero no se podían quitar del río, de la noche a la mañana, las cuatrocientas o quinientas mil traviesas. Como ya se ha indicado las pérdidas fueron de 2 por 100 pero podían ser mayores; era jugarse casi todo a cara o cruz pero no había otra solución.

Hoy día las conducciones se harían con más seguridad, ya que casi todos los ríos españoles, gracia a la gran política hidráulica y forestal de nuestro Gobierno están regulados pero resultaría antieconómico y casi irrealizable, pues además de que los precios de transporte se han mantenido, los jornales y Seguros Sociales se han multiplicado casi por cien. Además, ¿dónde se encontrarían dos mil hombres que estuvieran dispuestos a trabajar muchas horas metidos en el agua, en invierno y en verano, con temperaturas de 15 grados bajo cero y 40 grados sobre cero? Este personal, con desprecio de su descanso, de su propia vida muchas veces, luchaba como un sólo hombre contra todas las inclemencias del tiempo; se levantaban a las dos de la madrugada, o a las cinco, a la hora que se le llamaba o en cuanto uno oía un trueno o venía un relámpago; dormían a orillas del río y así vivían años seguidos; después de una conducción se iban a sus pueblos y al poco tiempo se les iba avisando para preparar la siguiente.

Podría escribir muchas anécdotas de casos de heroísmo unas, de entrega total otras, muchas graciosas y algunas pintorescas, pues de todo había en la viña del Señor pero este artículo, además de mal escrito, se haría interminable. No quiero terminar el presente trabajo sin dedicar un recuerdo al verdadero artífice de todo esto, al fundador, jefe y luchador infatigable; fallecido muy joven, cuando vio su obra completa, y del que si tuviera que escribir algo y supiera hacerlo, estaría años enteros, y cada vez que pronuncio su nombre, Jaime Cebrían, las lágrimas saltan a mis ojos como en esta ocasión, a pesar de hacer casi seis años que falleció. El lo hizo todo, él era el motor, las demás piezas complementarias de su engranaje. Fue un gran jefe un gran amigo de todos y esto lo reconoció el propio Consejo de Administración de la RENFE y todos los que lo conocimos y tuvimos el honor de trabajar a sus órdenes y encontrarnos entre sus amigos".

RUMBO A BUJARAIZA - 41

En cuanto terminas de pasar el semáforo que en la carretera del muro queda por el lado de Coto Ríos, en cuanto el padre acaba de exponerte el contenido de algunos documentos que conoce para que así te orientes un poco de esta zona, en cuanto ya parece que sí os ponéis por fin rumbo hacia el rincón donde estuvo la aldea de Bujaraiza, él se prepara y empieza a centrarse en lo que al parecer a ti te interesa. Pero como estáis pisando el cemento de este pantano quieres aprovechar el últimos instante y le preguntas por sus recuerdos.

- Antes del pantano yo recuerdo muchas cosas; por ejemplo, el paso del ganado desde las partes altas de la Sierra de Segura hacia Sierra Morena, "Las Andalucías", como siempre le decimos aquí, iba todo el río abajo por aquel lado del tranco. Y te estoy hablando de las casi quinientas mil cabezas de animales. Porque el pantano ya te he dicho que se terminó en el cuarenta o por ahí, lo que es la pasarela, y se inauguró sobre el cuarenta y seis y entonces se empezó la construcción de la central, que eso pertenece a la Sevillana.

Siete años que duró la construcción del túnel que tiene cinco kilómetros de largo por tres metros de diámetro. Ese túnel es por donde desagua la central y va a salir justo por la parte de abajo del Charco de la Pringue y algo más arriba del Puente de los Agustines, el que cruza el Guadalquivir y da paso a la carretera de las Sierras de las Villas.
- Y en Mojoque ¿quién vivía?
- Ahí estuvo viviendo una hermana de mi mujer. A todos los que vivían en esas cortijadas los conocía yo, luego unos se fueron a Barcelona, otros a Espeluy, a Villanueva, o sea, que... Claro, si lo expropiaron todo. El único que no le expropiaron es ese que le he dicho que era Adolfo.

De Mojoque, el lugar por el que el padre ya empieza a moverse, lo único que conoces es las ruinas de los cortijos y la ladera. Es la ladera derecha del pantano del Tranco, justo a unos quinientos metros después de pasar el muro del pantano, en el primer arroyo que baja de las cumbres de Las Lagunillas. Justo en ese monte, algo alzado sobre la ladera, se encuentran los que fueron los cortijos de Mojoque, los cuales a ti te han llamado mucho la atención desde aquellos primeros días que pisaste estas sierras. Pero nada más empezar a subir esta ladera dirección hacia los cortijos de Mojoque, a ti te ha llamado siempre la atención una pequeña alambrada que cerca un rodal de pinos justo mismo entre un arroyuelo y otro. Le preguntas y él te dice que:
- Esta alambrada que hay aquí son todavía las tierras de Adolfo. Ya te he dicho que fue el único que no quiso vender y ahora ya estas tierras han pasado a la propiedad del hijo pero como no dejan hacer nada, pues tendrá que venderlas cualquier día por cuatro perras, porque ahora, si no dejan construir nada, ¿para qué quiere las tierras? Ya ves que aquí no hay ni agua ni edificio ninguno. Y luz, ¿de dónde la trae? Pues como ellos decían: “Ya te cansaras algún día”.

Al pasar cerca de la alambrada recuerdas que hace unos años, cuando empezó esto del Parque Natural, en un trocito de tierra llana, dentro de esta cerca, siempre había muchas barquitas encerradas. Eran de un señor que las tenía ahí, en

las aguas del pantano y se las alquilaba a los visitantes. Recuerdas como uno de aquellos días estuviste por aquí con los niños de La Puerta y os disteis un paseo en una de las barcas que estaba varada en la orilla de las aguas junto a una roca, en aquel lado del pantano, por donde iban los caminos viejos.

Luego pasado algunos meses, un día dejaste de ver a estas barquitas. Primero desaparecieron de las aguas de la orilla y luego de las tierras que cerca la alambrada. Por lo visto aquel hombre no sacaba demasiado dinero con el alquiler de estas barcas y tuvo que venderlas e irse. Lentamente en tu mente y en tu silencio seguiste aquel proceso y como no le preguntaste a nadie, la conclusión que sacaste es que fue otro más que tuvo que irse de estas tierras porque la vida se le fue haciendo imposible y eso a pesar de la declaración del Parque Natural. Pero claro, después, has sabido que la Administración ahora quiere montar por aquí un hermoso proyecto náutico, con barquitas para los visitantes.

Y claro, de vez en cuando, sólo para ti, te preguntas ahora que por qué no le echaron una mano al que era de aquí e intentó con sus cuatro raquíticas barcas ganarse el pan. Lo dejaron que se arruinara, que se fuera y ahora ellos quieren montar su tinglado para gastar primero un chorro de millones y para que luego, después no sirva para nada. Con sólo un par de millones seguro que aquel hombre, anónimo para ti y por eso algo simbólico y lleno de misterio, hubiera podido no sólo seguir adelante sino haberse montado el negocio de su vida.

A LAS LAGUNILLAS - 42

Al oír al padre descubriéndote este arroyo, el ajorro y la senda, recuerdas que en una de las muchas guías de este parque, se habla de este lugar como punto de arranque de un itinerario a Las Lagunillas. Se lo cuentas a él y entonces te pregunta:

- ¿Recuerdas de qué manera, en esa guía se habla de esta ruta?

- Claro que lo recuerdo, por lo mucho que me llamó la atención. Dice que...

Esto es lo que esa guía cuenta refiriéndose a la senda que lleva a Las Lagunillas, porque a continuación sigue narrando, y yo creo que para llenar páginas, de los ciervos y gamos, mezclando el camino, el caserío y los animales y ni siquiera da detalles concretos. Así que a ti ¿Qué te parece?
- Te voy a decir la verdad: me parece que no es bueno engatusar a los visitantes con los hermosos ciervos que en esas soledades pastan e incluso descubrir que aquí existen ciervos con cuernas de ocho puntas por lo que luego más adelante tú mismo y, con tus propios ojos, vas a observar.

Me parece que tampoco vale que simplemente se hable de arroyos, riberas que no existen porque son profundos tajos, hoyas que no lo son y otros accidentes del terreno pero en fin, no le hagas mucho caso a lo que esta guía cuenta, porque aunque es verdad que por esa ladera va el verdadero camino que desde Las Lagunillas venía hasta el muro del pantano, nosotros nos vamos a ir por otra senda que también surca esta ladera y nos lleva al mismo punto.
- A ver, ¿Cuál es ese camino que tú conoces?

- Es el camino viejo que sale a la derecha justo nada más cruzar el muro del pantano, bastante antes de llegar al arroyo de Mojoque. Ahí mismo existía en otros tiempos un cortijillo que se llamaba Cortijo de Gililllo, que por supuesto no tiene nada que ver con el monte llamado también Gilillo éste sí en las sierras de Cazorla, y era de ese punto de donde arrancaba el viejo camino que iba de Orcera a Bujaraiza. Desde ese lugar se eleva cruzando la solana y busca precisamente el arroyo de Mojoque, atravesándolo no a la misma altura de los cortijos sino algo más abajo. En cuanto cruza el arroyo se divide en dos. Uno de ellos se va cauce arriba, por el lado derecho y otro se viene buscando el auténtico cortijo de Mojoque.

Nosotros ahora mismo nos vamos a ir, imaginariamente, por el que se viene por el lado derecho y sigue subiendo hasta

llegar a donde el arroyo también se divide en dos. Justo ahí mismo de nuevo el camino se divide otra vez yéndose uno ya arroyo arriba en busca del que sube desde el collado del Cerezuelo, el que describe la guía, hasta juntarse con él para a partir de ese punto, empezar a llamarse con dos nombres distintos. El que desde ahí baja hasta el collado y luego hasta los que fueron los cortijos de Pajilla, se llamaba “Camino de Mojoque a Padilla”, aldea y cortijos, que ya veremos. Y el que sube viene llamándose “Camino del Aguadero, Cabañuela, Lagunillas y Mojoque”. Nombres, que como puedes adivinar, se lo van prestando cada uno de los rincones por donde pasa. Pasaba, porque aunque hoy sigue existiendo bastante roto, ya no lo usan casi ningún serrano entre otros motivos porque los serranos que lo usaban ya no viven por aquí.

Pero nosotros que todavía estamos en ese punto donde se divide el arroyo de Mojoque y también el camino, ahora no nos vamos a venir hacia el lado de la izquierda que es el camino que nos llevaría a la Solana de Padilla pasando por los cortijos de Mojoque, sino que cruzamos otra vez el arroyo por el lado derecho y por ahí, ladera arriba y por el cauce de esa impresionante rambla llena de cascajales que desciende desde lo más alto de la cumbre, 1.300 m., seguimos el otro camino. Una estrecha vereda de herradura que zigzaguea repecho arriba como si fuera buscando lo más alto del monte. Pero no llega hasta la misma cumbre. Cuando ya se ha alzado casi hasta los 1.200 m. de pronto, en una de las mil curvas, se viene hacia el arroyo remontado ya en una preciosa loma que hace de mirador natural sobre el cauce del arroyo. ¿Me vas siguiendo?

- Te voy siguiendo luchando un poco con los recuerdos, porque te voy a decir que en una ocasión crucé por esa solana. ¡Por cierto! Te estás olvidando de los nombres.

- No todos me los sé pero los más importantes sí te los voy a decir; los tenía reservados para su momento. ¿Qué quieres saber?

- Yo quisiera saberlos todos pero al menos para orientarnos, dime como se llama este cerro que por detrás de los cortijos de

Mojoque, se alza majestuoso entre las casas de Las Lagunillas y estos cortijos.

- Pues precisamente ese pico es La Atalaya. Se eleva a una altura de casi 1.300 m. y es un rincón impresionante de bello. Muchos enebros y montones de rocas calizas abiertas por la lluvia, es lo que por allí encontramos. Luego, siguiendo todo este arroyo de Mojoque, ya casi al final, por donde la guía pone riberas, mana la preciosa Fuente del Tejo, una cascada en miniatura pero muy bella. A la izquierda repoblaron de pinos la ladera y algo más arriba se encuentra el collado de la Madera, cerca de donde la guía pone una hoya que no existe, porque aquello es el desagüe natural de la verdadera laguna, siendo al mismo tiempo uno de los ramales del arroyo del Cerezuelo.

Y seguimos. Ya te decía que la senda que traíamos se sube a la loma y de pronto se encuentra con las ruinas de unos cortijillos que allí hubo en otros tiempos. No son cortijos sino tinadas para el ganado que usaban los habitantes de los cortijos de Mojoque. "El Corralón" se llamó eso de siempre. Y por eso, abajo, por donde el camino cruza el arroyo, también se llamo: "La Pasá del Corralón". Todavía se ven allí las paredes, las tierras peladas donde aquella gente sembraron lo que podían y otros mil restos de presencias humanas. Aprovechando que allí había un pequeña rodal de tierra fértil, construyeron una pequeña vivienda sobre la loma y a la vez solana de la gran cordillera que mira a medio mundo. Quedaba debajo y al frente, el arroyo, los cortijos de Mojoque al otro lado de la solana y más al fondo otra vez el cauce del arroyo que se despeña, la gran solana y el valle con las aguas del pantano y los caminos viejos y nuevos. Una vista impresionante la que desde este punto se descubre y un lugar único en el mundo por la soledad, el vientecillo fresco que siempre sopla y los rayos de sol que lo ilumina desde que éste asoma por las cumbres del Yelmo hasta que se oculta por la parte alta del Almagreros. Tan bello es eso que ahí se podría dar por terminada esta y otras muchas excursiones. Y eso es lo que te parece cuando quieres seguir y buscas la senda. Que a partir de aquí ya no

hay camino ninguno y, sin embargo, no es verdad. La senda sigue aprovechando el cauce del otro arroyo pequeño que nos ha quedado detrás del cortijillo; el que hemos venido siguiendo desde abajo entrelazado con los lentiscos, las rocas y mil curvas. Aun se remonta unos metros más y luego por la parte alta de las ruinas del cortijillo definitivamente ya se viene hacia el arroyo de Mojoque. Pero nosotros, aunque por unos metros también nos venimos por la senda, no lo hacemos del todo sino que ahí, donde el camino deja el arroyo pequeño para buscar el grande, nos quedamos para seguir subiendo.

Pero ahora nos vamos por la senda y luego volvemos. Cruzamos el arroyo y un poco remontados en la ladera norte del gran cerro de Mojoque, La Atalaya pero a media altura, enganchamos con la verdadera senda o camino de Mojoque a Las Lagunillas. No por ahí mismo sino un poco más abajo es donde la senda que sube se ciñe al monte y lo rodea por encima de los cortijos de Mojoque para una vez recorrerlo, derramarse en el collado de Mojoque e ir, un ramal, hacia la Solana de Padilla y otro, bajar ese arroyo que describía el texto de la guía y que llama pista y es sólo un ajorro muy estropeado.

Y aquí, en el punto en que nosotros hemos cogido la verdadera senda ya casi se funde arroyo de Mojoque y camino. Pegado al cauce unas veces más y otras veces menos, pasa rozando la hermosa casada de los pinos grandes, donde brota la Fuente del Tejo, y enseguida comienza a fundirse con la cañada de los pinos repoblados. En estas tierras los serranos de aquellos tiempos tuvieron sus huertas. Por eso al llegar a esta zona el corazón se te acelera porque ya intuyes las ruinas de los cortijos y porque también el terreno deja de ser pura ladera para transformarse en cañada llena de rellanos y repisas repleta de buenas tierras. Y eso se ve en los pinos que por aquí van creciendo. Son grandes, corpulentos, llenos de enormes ramas, verdes y muchos de ellos torcidos en la dirección en que sopla el viento.

Si subes por aquí en esos días otoñales en que la niebla se arremolinea por los valles y las nubes cubren las cumbres, una de las cosas que más te fascinará será eso: el viento. Te lo encontrará soplando de cara desde la zona en que intuyes están Las Lagunillas y soplará con tanta fuerza que hasta puede hacerte retroceder. Impresiona este viento quebrándose en las ramas de los pinos al mismo tiempo que arrastra los chorros de niebla por entre su espesura, ahí, donde parece que sólo hay soledad. Porque eso es otra: la soledad que es única y profunda. Cuando subes por esas sendas y te encuentras con estos pinos, el ansia de llegar a lo alto, el viento soplando y los chorros de niebla, desde esa soledad, el alma se te asusta, se te llena de asombro al tiempo que de admiración y agradecimiento. Al menos a mí eso es lo que me ha pasado siempre que fui por allí y le entré a Las Lagunillas por esas sendas.

El padre guarda silencio durante un rato y desde ahí, desde la carretera asfaltada que se dispone a subir para recorrer el gran valle del Guadalquivir, miras hacia la asombrosa ladera por donde se adivinan Las Lagunillas. Y como todo es tan profundamente complejo, misterioso y grande, aprovechas la ocasión para preguntarle por los otros caminos.
- ¿Te refieres a los que no están ni en los mapas del ejército y mucho menos en las guías para los visitantes?
- A esos me refiero. Y en concreto al que desde este lado de la sierra puede llevarnos a la cumbre del Almagreros.
- Esos caminos nadie los conoce excepto yo porque en alguna ocasión me dejé perder por las cumbres altas. Es el caso del pico Almagreros del cual puedo decirte algo.
- ¿Qué me puedes decir?
- En primer lugar que ese monte ya no se encuentra dentro del término de Hornos y en segundo lugar que de todos los picos que en ese punto de la cumbre se amontonan, el Almagreros no es el más bonito y desde mi punto de vista, tampoco el más importante.
- Ya había pensando eso alguna vez pero como me encuentro tan perdido en estos y otros muchos montes, no me atrevía ni a preguntar ni a decir nada. Y hace un rato te iba a decir que a lo

mejor esta tarde sí se me ha presentando un buen momento para enterarme de lo que desde hace tiempo busco. ¿Puedes sacarme de alguna de estas dudas?
- Pregunta a ver si sé responderte.
- Pues mi primera pregunta se encuentra en esos picos que se nos quedan a la derecha según vamos subiendo por la solana y la senda que antes me decías. ¿Por dónde se le puede coronar?
- Esa pregunta es la misma que se hace todo el mundo cuando sube por la carretera del Tranco y se acerca al muro del pantano. Desde la carretera es desde donde los picos de estas cumbres se presentan tan majestuosos que lo primero que piensan es que son inaccesibles. Ya te digo, casi todos los visitantes se preguntan: ¿Quién supiera por dónde se sube a esos picos y quién pudiera llegar hasta su cumbre?
- ¿Y por dónde se sube?

EL LABERINTO DE LA CUMBRE - 43

- Pues ya te lo he dicho: yo quería hablarte de este inmenso y a la vez hermoso laberinto de picos sobre la cumbre de las sierras de Las Lagunillas. ¿Te acuerdas que hace un rato te dije que volveríamos?
- Sí que me acuerdo. Cuando íbamos por esa tortuosa senda del arroyo, rambla de la derecha, dejamos la senda en un punto el cual teníamos que volver.
- Pues ahora volvemos. En ese punto, por encima de la loma entre Mojoque y la rambla, ya la senda desaparece. Pero desde ahí, a campo traviesa, se puede seguir como yo lo hice un día cuando era joven. Cuando llegue a ese lugar, aunque la senda se me terminó, seguí. Quería meterme en el centro de ese laberinto de picos y roca y conocer por fin el fascinante mundo que tanto me intrigaba cada vez que lo veían desde este valle. Desde donde se acaba la senda hasta lo alto tardé casi dos horas porque esa ladera es muy mala de andar. Todo es pura roca, llena de grandes grietas profundas y con las aristas afiladas y por donde también son muy abundantes las cornicabras y los enebros.

Pero yo, con aquel entusiasmo y valentía propia de mis años mozos, tracé la ruta recto a lo más alto. Y cuál fue mi sorpresa cuando descubrir que después de casi dos horas luchando con la pendiente, el monte y las rocas, fui a salir, no a la cumbre, sino a un precioso collado. Un collado todo repleto de grandes pinos laricios que se abre entre los primeros picos que se ven desde la carretera del Tranco y que quedan más adentro siguiendo la cordillera hacia el Almagreros.

¿Que cómo se llama ese collado? Estando allí sobre él me lo pregunté yo mil veces y como no tenía la respuesta y tampoco lo vi escrito en el plano del ejército, para mí y sólo para mí, lo bauticé con un nombre que me pareció bonito: "Puerto del Aire de la Solana de Mojoque". Nunca antes yo había oído hablar de aquel collado y cuando luego le pregunté a personas que lo conocían me dijeron que sí tenía un nombre. Se llamaba y se llama "El Collado de Los Aires".

Pues del aire fresco que por allí corría, me dejé empapar y me dejé llenar también del asombro que tanto el collado en sí como los pinos y la panorámica que sobre el valle se abría y seguí mi ruta. En cuanto crucé aquella elevación ya me encontraba en la otra vertiente, que es sierra de las Villas, término del pueblo de Sorihuela del Guadalimar, me parece. Las aguas que por esa vertiente escurre van a caer al mismo río Guadalquivir pero por donde al río se le une el Arroyo de María y el del Chillar.

Y como mi intención, aquel día, era además de recorrerme todos esos picos, llegar hasta el más alto, el Almagreros y luego desde allí volverme y entrarle a Las Lagunillas por arriba, en lugar de remontar el pico que me queda a la izquierda, busqué una senda por el lado norte y ciñéndome a la cordillera, me volví hacia arriba, hacia lo máxima elevación. Fue entonces cuando yo empecé a encontrarme con otra sorpresa. Ese macizo que desde aquí parece una unidad compacta tiene más de diez preciosos picos. Entrándole desde la zona esta del Tranco, el primero alcanza una altura de 800 m., 900 m. el

segundo, 1.000 m. el tercero, 1.100, 1.300, 1335, 1565 m. que es el Almagreros y 1.200 m. el que le sigue cordillera arriba hacia el Blanquillo, que ya tiene 1.830 m. y nos queda bastante lejos de la ruta que ahora mismo estamos recorriendo.

Tengo que decirte, y esto me lo vas a rebatir tú y otros muchos, que no sé por qué a estas sierras le llaman de Cazorla, estando tan lejos como están ya de ese pueblo y siendo como son término de los pueblos de la Cuatro Villa. Si no lo hubiera visto escrito en los planos del ejército y en otros muchos sitio, habría pensado que algunos tenían interés en atribuirle a Cazorla lo que no le pertenece, y aunque escrito está en todos esos sitios, no me acaba a mí de entrar en la cabeza esta realidad.

- Tema escabroso ese que como bien dices, no se ve con claridad.

- Pero mi pregunta, mi duda, mi confusión, además de enfado y otras cosas, es ¿por qué si todas esas sierras son término de los pueblos de las Cuatro Villa, Sorihuela, Villanueva del Arzobispo, Villa Carrillo e Iznatoraf, las meten en las sierras de Cazorla?

- Claro que aunque en otros tiempos en los planos se escribieran así, en los tiempos estos nuevos, podrían clarificar las cosas y no seguir dejándola en la confusión total.

- Porque si por un lado son Sierras de las Cuatro villas, tercera parte de la extensión del Parque Natural ¿Cómo por otro lado pueden ser sierras de Cazorla, sin ni siquiera encontrarse en el término de este pueblo?

- En fin, déjalo porque como tampoco nosotros lo tenemos claro, nos tiraríamos mucho tiempo escarbando en este asunto y ello nos llevaría más lejos de lo que ahora mismo pretendemos. Sigue con la ruta que me estaba gustando.

- Pues de lo mío yo te iba diciendo que este laberinto donde ya estaba metido, no es nada más que la cordillera que por el lado norte ha venido escoltando al río Guadalquivir desde su nacimiento. Sesenta kilómetro por lo visto tiene este macizo que pacientemente ha venido amurallando al Guadalquivir para

que no se escapara hacia Andalucía pero que al llegar aquí, como si el río se hubiera enfadado con la cordillera, le ha embestido, cortándola a tajo y por ahí se ha escapado para el lado que quería escaparse. Por ese tajo es por donde le construyeron luego el muro del pantano. Desde este lado, frente a nosotros se nos quedan las Cumbres de Beas, con las riscas del Guijarrón y la gran falla que desde la risca baja buscando la rotura que el río le hizo a la cordillera. Así que además de la belleza que este laberinto de picos ofrece ante tus ojos, también tiene una enorme carga de significado e historia.

Como aquel día era invierno, aunque todavía no estaban esas cumbres llenas de nieve, sí hacía mucho frío. Tanto que a cada paso yo me iba encontrando con las cascadas de los arroyuelos heladas. Aquí un carámbano que era el chorrillo que saltaba por las rocas, allí dos carámbanos más que eran las ramas de los enebros desde donde las gotas al caer se habían helado, allá el charquito pequeño que ya no era agua sino puro hielo que destellaba ante los rayos del sol, más sobre la cumbre las cascadas grandes por completo convertidas en hielo, y así todos los barrancos y laderas de la vertiente norte.

Recuerdo que cuando llegué a uno de esos barrancos, el que me parecía más grande, solitario y bonito, el que se abre entre dos picos, siendo el segundo el gran Almagreros, recuerdo que como era medio día y ya estaba, además de cansado un poco hambriento, me paré y allí, en el centro de uno de aquellos mil arroyuelos, donde no tenía agua y sí un pequeño barranquito, hice una gran lumbre. Busqué trozos de ramas secas de pino, sabinas y enebros y allí les prendí fuego. No tardaron en salir ardiendo y como el frío era tan intenso en cuanto me paré me quedé helado pero resucité enseguida frente al calor de aquellas llamas rojas que con tanta fuerza empezaron a arder.

Saqué un buen trozo de tocino y pan, lo asé en las llamas y sentando en una piedra grande, en la soledad y silencio de aquel barranco, me puse a dar buena cuenta de tan exquisito bocado. Riquísimo estaba y más rico aún por todo lo que en

ese momento me rodeaba. La cumbre del Almagreros a mi izquierda, la otra también alta, empinada y solitaria a mi derecha y antes de llegar al Almagreros el barranco, el precioso e impresionante barranco que descendía de entre los dos grandes picos, pasaba por donde yo estaba y se dejaba caer en picado y lleno de asombro hacia el tajo del Guadalquivir; la soledad y el silencio del monte, la lejanía de aquellas altas cumbres y la sensación de encontrarme casi perdido muy próximo al cielo azul y por entre las estrellas, me hacía sentir una extraña sensación. Mientras devoraba mi modesta comida me iba dejando empapar de aquel extraño misterio tan lleno, al mismo tiempo, de belleza y el asombro que te digo la verdad: después, nunca más yo en mi vida pude olvidar aquella experiencia. Tanto fue así que desde entonces me siento más trozo no sólo de esas cumbres sino del universo y de Dios.

Cuanto terminé de comer me di el último calentón en aquellas llamas y seguí mi camino rodeando la ladera y viniendo a salir a un collado que existe en un arroyo que nace por encima de Las Lagunillas. Es este arroyo el del Cerezuelo justo en su nacimiento mismo. Al otro lado, el que da al Guadalquivir por el arroyo de María, quedan unos cortijillos que yo creo se llaman Los Chorreaderos. Una senda, muy poca cosa y por completo desconocida casi de todo el mundo, cruza por este collado y va o viene de Los Chorreaderos a Las Lagunillas. Pues por allí le entré a la cumbre y me puse a buscar esta senda porque mi intención era ahora, una vez coronado el collado, desde allí dejarme caer ladera abajo hacia Las Lagunillas, que es realmente lo hermoso: entrarle a ese rincón desde lo alto. Pues venía yo buscando la senda cuando en la misma cumbre me encuentro con la planta más rara que he visto en mi vida. Ya hacía mucho tiempo que me habían hablado de ella pero mis ojos todavía no habían logrado verla. Todo el mundo me había dicho que sobre las rocas de esta cumbre crecía en abundancia y aquel día lo comprobé. La planta en cuestión ya lo sé, es la ARENARIA TETRAQUETRA, Alfacariensis y es tan original y curiosa que al parecer sólo crece sobre las puras rocas calizas, a esas alturas y no en todos los lugares de estas sierras. Forma cierto densas

palvímulos de diámetro variable. Examinado detenidamente estos “cojines” se ven que constan de cortos tallos recubiertos de pequeñas hojas de disposición intrincada. Las flores blancas y después el fruto apenas si sobre salen de la almohadilla. Es esta curiosa planta un interesante intimismo subbético que vive en las zonas subrupícola y sobre rocas de naturaleza calizo-dolomítica.

Cuando algún día vayas por esas cumbres arriba, en todo lo alto, donde ya sólo crecen piornos y algunos enebros y sabinas, fíjate bien y verás como encuentras esta rara planta formando pequeños rodales que realmente sorprenden por los bonitos que son. Siempre están verdes pero en la época de mayor humedad, invierno y primavera, su verdor resalta sobre el blanco de las rocas calizas. Y para que lo sepas y por si quieres aumentar la cultura sobre las plantas de estas cumbres, en el Jardín Botánico de la Torre del Vinagre, puede ver tanto una planta como la otra.

A esta observación respondes diciendo que tomas nota de un sitio y de otro. Cuando vayas o por el Botánico de la Torre del Vinagre o por las cumbres de las Sierras de Las Lagunillas, te vas a interesar y buscarás esta planta para así aumentar tu cultura sobre las cosas de estas sierras. Pero ahora, siguiendo con aquel día, le pides que remate.
- ¿Cómo terminó aquella excursión tuya?
- Aquella extraña y bonita aventura mía terminó como tenía que terminar: llenándome de una profunda satisfacción una vez que coroné el collado o punto donde nace el arroyo del Cerezuelo o de Los Chorreaderos a Las Lagunillas. Después de gozar con la planta y aquellos tan bonitos paisajes me dejé caer derecho a las llanuras de Las Lagunillas. Yo sabía perfectamente que me quedaban por debajo del pico de la izquierda, detrás de una pequeña loma. Y yo sabía perfectamente que en cuanto remontara aquella loma, siguiendo la vieja senda que desde aquel collado baja, me iba a encontrar con el espectáculo.
- ¿Qué espectáculo?

- Te lo quiero contar y, además, con todos sus detalles para que lo conozcas lo más exacto posible a como yo lo vi pero estoy pensando ahora retroceder un poco en el tiempo.
- No entiendo qué quieres decir.
- Pues quiero decir que como nosotros nos quedamos, cuando hace un rato subíamos por la senda de Mojoque a Las Lagunillas, en el gran collado de los pinos arrastrados por el viento, collado de la Madera, podríamos dar un salto en el tiempo y venirnos a esta excursión nuestra de la senda de Mojoque.
- Tú sabrás por qué y para qué.
- Fundamentalmente porque los dos se encuentran en el momento más bello de toda la ruta. Tanto aquel día mío como este día nuestro estamos a punto de transponer el monte y asomar a la hermosa llanura donde se desmoronan las casas de Las Lagunillas. Y como aquel día fue tan bello y éste también lo es pero los dos están separados en el tiempo y por lo tanto con aspectos y cosas diferentes sobre este valle, creo que el encuentro con este delicado rincón de Las Lagunillas, de la manera que te digo puede ser realmente curioso y bello.
- Pues tú que tienes la solución en tus manos decide.
- Decido yo y voy a ver si soy capaz de exponerte con claridad lo que en mi mente tengo.

EL ENCUENTRO CON LAS LAGUNILLAS - 44

Subes desde el collado de los pinos arrastrados por el viento y en cuanto lo acabas de remontar, verás como la senda corta la ladera intentando adaptarse a los dos o tres arroyuelos que ahí mismo nacen. Es esta ya la cuenca del arroyo del Cerezuelo y los arroyuelos son los primeros metros de este hermoso cauce. Te voy a decir que propiamente el arroyo del Cerezuelo es éste que nace en el centro mismo de las tierras de la Laguna. El otro arroyo, el que baja desde las cumbres del Almagreros y desciende por el Cubo, Los Sótanos, el Poyete Cenón, el Chorrerón grande, el Chorrerón chico y cae justo mismo a la Piedra del Esparto, siempre se llamó arroyo de Padilla. En la parte alta, entre ese arroyo y este del Cerezuelo

se encuentra un gran cerro que tiene 1312 m. y se llama "Lancha Mojá", quedando por ahí cerca también la hermosa Piedra del Engarbo y La Atalaya que ya se encuentra a este lado, vertiente de arroyo de Mojoque. Abajo, donde ya crecen los olivos del cortijo del Cerezuelo, en ese barranco es donde se junta los dos arroyos y por ahí mismo empiezan a salirle las acequias a un lado y otro para llevar el agua a ese montón de cortijillos que en aquellos tiempos construyeron. Pero como ese rincón nos cae bastante lejos de este punto en el que nos movemos ahora, lo vamos a dejar para cuando luego al final vengamos de regreso. El rincón del cortijo del Cerezuelo, los cortijos de Padilla con la Solana y las Corralizas, tienen mucho que cortar y mejor será que en su momento le dediquemos todo el tiempo y atención que sea necesario.

Ahora, en cuanto avanzas por ese trozo de senda ya ves al frente y sobre el cerrete, las ruinas de las casas. Si decides entrarle por ahí a estas ruinas, casi sin esfuerzo te encajas entre sus paredes con sólo seguir la senda que traes. Pero yo te aconsejo que al llegar al collado llamado de la Madera, también llamado, algo más adelante, Hoya de la Madera, dejes esta vieja senda. Sigue subiendo pegado al cauce del arroyo de Mojoque y remonta esos pinares. Es un rincón precioso ese trozo último del arroyo y donde además de muchos y bellos pinos y magníficos trozos de tierra fértil también abundan los manantiales. Un montón de chorrillos de agua que brotan por entre aquellos pinos, bajo las rocas de la ladera de enfrente, que es la que yo rodeé aquel día por el lado norte, y en cualquier trocillo de tierra. Es aquí donde en realidad nace el arroyo de Mojoque. A los pies de esta gran falla de rocas que forman la cresta de la cordillera llamada Sierras de Las Lagunillas y justo mismo donde se encuentra las tierras fértiles de esta pequeña meseta.

Pero ya te lo he dicho: el arroyo de Mojoque no nace sólo en un punto concreto. Va surgiendo según baja, cosa que sucede en casi todos los cauces de estas sierras pero que en éste es mucho más que en los otros. Por aquí, según subes, por entre los pinos y en la depresión de las tierras que forman el canal

del arroyo, te vas encontrando los restos de las acequias que aquello hombres tallaron para llevar el agua a sus huertos. Y en las cabeceras de estas acequias las albercas que eran los depósitos de agua desde los cuales regaban ellos sus tierras. Porque todas estas fértiles tierras ellos las convirtieron en bancales que sembraban unos años de cereales, trigo, centeno, maíz y otras de hortalizas.

Así que perdido por entre este pequeño pero magnífico rincón de tierras, subes y como vas tan distraído en descubrir tantas cosas, sin que te des cuenta remontas la ladera. Cuando ya se te acaba el arroyo porque la misma cumbre de la cordillera se alza formando barrera para poner tope a este cauce, sigues y al poco te vienes para el lado izquierdo que es por donde se te han quedado las ruinas de Las Lagunillas y se extiende la gran llanura. Te vienes hacia el lado izquierdo y prepárate. En cuanto sales de entre los pinos que aún por aquí son espesos, de pronto, como si se tratara de un fantástico sueño, la hermosa llanura con su Laguna en el centro y sus casas viejas recogidas en lo alto del cerrete, se te abre ante ti. Una visión muy bella que te deja desconcertado y lleno de asombro.

Y lo primero que te dices es que no te esperabas, no podías esperarte que aquí, casi en todo lo alto de esta escarpada sierra, existiera un espacio de tierra como el que tienes ante tus ojos. Llana por completo, con su Laguna remansada, con sus laderas también a los lados casi llanas y con tanta agua y tanta tierra buena. Esto es lo primero que te dices al tiempo que te paras porque la visión así te lo pide y contemplas despacio lo que tienes frente a ti.

Y frente a ti, además, tienes la soledad, el silencio, la ausencia de los que estuvieron y ya no están, los juncos por las tierras que cubrió la Laguna y ellos convirtieron en huertos, la manada de ciervos pastando cerca del manantial y sobre el cerrete, las ruinas de las que fueron sus casas.

Estos ciervos son algunos de los que vio aquel señor que subió hasta el lugar para luego contarlo en su guía para los visitantes pero por supuesto, el que él quiso fotografiar y no puedo, ya no está. Tú ahora mismo no lo sabes pero no vas a tardar en descubrirlo.

Y en este mismo momento y dando un salto en el tiempo, yo también bajo por esa ladera y desde la parte alta, más arriba que , me asomo y acerco a esta llanura. También me paro y miro despacio. Voy viendo como por esas tierras los bancales aún se reparte por aquí y por allá llenos de verdor, repletos de tomates, pimientos, habichuelas, lechugas, granados y ellos que bajan desde las casas a por agua al manantial y otros a sembrar o labrar las tierras, a recoger frutas... También veo muchos animales; una manada de vacas por la ladera del lado derecho de las casas, otra manada de ovejas, cabras que ramonean y vuelcan por el lado este de los manantiales en que has subido. Se mueven algunos burros que van surcando la senda y los mulos que también van y vienen desde la aldea a la llanura y desde aquí por las otras laderas. Veo todo esto y por entre ellos y sus casas se ven saltar sus ilusiones, sus inquietudes, sus sufrimientos y al mismo tiempo la sonrisa y algarabía de algunos niños coronada por los caminos blancos que trazan los chorros de humo de las chimeneas y junto al calor del fuego, sentados, algunos ancianos.

Aquel día mío que acabo de juntar con este día tuyo de hoy, la vida y el trajín de la vida hervía por este puñado de tierras llanas en las laderas de estas cumbres y ello me llenó de satisfacción. No podía yo esperarme lo que empecé a descubrir según bajaba por el monte. Y no me lo esperaba por lo lejos, escondido y apartado que ese rincón se encuentra de todos los caminos y casas de estas sierras. Tú tampoco te esperas lo que estás viendo y por eso algo asombrado y con el alma inquieta sigues bajando por tu ladera que no es la mía. Te acercas con cuidado para que los ciervos, que todavía pastan en las hierbas frescas por donde brotan las primeras aguas, no te vean aunque no vayas con la intención de sacarle ninguna foto. Te acercas en silencio porque al mismo tiempo sientes

cierto respeto por las tierras que pisas ya que notas que aún les siguen perteneciendo.

Te ven los ciervos y emprende la huida ladera arriba por donde yo bajaba. No te lamentas. Ya hemos dicho que no quieres ni fotografiarlos ni ponerte cerca de ellos; este interés se queda para los visitantes. Tu preocupación en este momento se centra en no molestarlos ya que a pesar de como fue aquello, ahora ellos se encuentran en sus tierras, tranquilamente pastando. Piensas que para eso le quitaron estas tierras a los serranos que les pertenecían con todos los derechos. A pesar de todo eres el intruso hoy por aquí. Pero ojo, toma buena nota de estos magníficos ejemplares de ciervos que luego, algo más adelante, obligatoriamente tendremos que volver a ellos.

A pesar de tu sigilo los ciervos te ven porque eso es lo normal. Los animales están en su mundo y ¿qué quieres, meterte en el centro de su pradera y que no te vean ni salgan corriendo?

Al terminar esta pregunta, como si fuera el punto y final de la exposición que el padre ha hecho por los caminos y cumbres hacia el encuentro de Las Lagunillas, guarda silencio. Los dos estáis ahora en la carretera de asfalto que desde el pantano sube hacia el poblado de Coto Ríos pasando por las ruinas de Bujaraiza. Estáis todavía ahí, en la pista que la guía para los turistas descubre como el camino a Las Lagunillas. Junto a la alambrada que en aquellos días encerraban a las barquitas, en las tierras que Adolfo no quiere vender. Y como guarda silencio y tú entiendes que a pesar de ello, él aún no ha terminado de contarte a fondo aquel encuentro con las soledades y tierras de las llanuras altas, aprovechas y le preguntas.
- ¿Nos queda algo todavía por esas casi fantásticas lagunas sobre las cumbres?
- Nos queda mucho y poco.
- Explica una cosa y la otra.
- Verás; nos queda mucho porque los dos nos hemos parado pisando las primeras tierras que fueron de ellos y desde ahí

hasta las casas y por entre sus ruinas, aunque la distancia parezca corta, hay mucho que contar porque las emociones y los sentimientos se amontonan. Y nos queda poco porque una vez ahí, aunque estemos aquí, podemos seguir el camino e ir a salir a la misma Cabañuela. Desde la Cabañuela, Bujaraiza nos cae justo debajo; así que sólo hay que seguir otra senda y caer encima de esas otras ruinas. ¿Qué te parece?

- Me parece un poco complicado todo, aunque sí me atrae porque de este modo no sólo vamos a Bujaraiza sino que le entramos por los caminos de aquellos tiempos y en lugar de por uno solo, por todos ellos.

- Eso es lo que yo pretendía pero es que, además, nos queda éste, el que hoy es el más importante convertido en carretera. Siguiéndola también vamos a Bujaraiza aunque le entremos por el camino más feo y falso. ¿Qué opinas?

- Opino que nos vamos a decidir y le vamos a entrar por donde los caminos fueron siempre para a la vez tener así una experiencia única.

- Eso es también lo que yo estaba pensando.

- Pues entonces, sigamos. Damos un paso más y ya pisamos las tierras de la llanura de Las Lagunillas.

....

También este otro día bastante más acá en el tiempo que yo, terminas de bajar a la llanura y mientras te acercas a la fuente que mana en el mismo centro de las tierras, ves como la manada de ciervos emprenden su huida por la ladera en que el pastor y yo bajamos aquel día. Junto a la fuente, el manantial principal, te paras un rato y luego subes la cuesta en busca de las casas. Le entras por la parte de atrás y entre asombro y curiosidad comienzas a recorrerlas. Enseguida descubres que ni una sola tiene ya techo. En ninguna de ellas se puede ya vivir porque todo es pura ruina pero en casi todas ellas aún se adivinan el hueco donde estuvo la chimenea, la alacena, las escaleras, los aposentos a un lado y otro y los establos para el ganado. Hasta la “bola”, el horno donde se cocía el pan y eso sí, muchos trozos de tablas que en otros tiempos fueron las vigas que sujetaban el tejado, se amontonan por entre los escombros de las paredes caídas.

Como también es otoño y como también hace gran viento y frío, ahí mismo, entre las paredes de las primeras casas por el lado del arroyo, te pones a encender un fuego. Ni siquiera necesitas ir a buscar teas o trozos de ramas secas por el monte. Te limitas a recoger las tablas viejas que entre los escombros se están pudriendo y en dos minutos la lumbre se convierte en una gran fogata.

En las llamas de tu lumbre estás asando un gran trozo de tocino, alimento que ellos cocinaban casi a diario, cuando hasta ti se acercan dos hombres. Al verlos te quedas sorprendido porque enseguida ves que no son serranos sino que proceden de la Administración y, además, han salido de pronto y como de la nada.

- Tranquilo, no te asustes.

Te dice uno de ellos que parece el jefe.

- Ni te vamos a denunciar por andar por aquí y encender fuego entre las ruinas de esta aldea ni somos autoridades. Tú tranquilo que aunque sabemos que estas tierras pertenecen al estado y son Coto Nacional, lo cual es lo mismo que decir que está prohibido andar por el monte asustando a los animales que pastan tranquilamente en sus praderas, nosotros no te hemos visto.

- ¿Qué hacéis entonces por aquí y quienes sois?

- Eso está claro: no somos serranos sino otros y hemos venido por aquí con la intención de realizar un proyecto.

- ¿Qué proyecto?

- ¿De verdad quieres saberlo?

- Como me lo habéis anunciado la curiosidad me pica.

Se mueven ellos hacia lo alto del cerrillo y los sigues. Se sitúan sobre una roca y te dicen:

- ¡Mira!

Diriges tus miradas hacia donde te indican y enseguida te preguntan:

- ¿Qué ves?

- Veo sólo una inmensa panorámica, con las hermosas cumbres de la Sierra de Segura en el horizonte allá a lo lejos,

las azules aguas del pantano aquí en la hondonada y las laderas repletas de bosques y rocas que desde esas aguas suben hacia nosotros. Sólo veo esto y me parece fantástica tan impresionante panorámica.
- Pues ahí se encuentra lo que te queremos enseñar.
- Pero tenéis que explicármelo para que lo entienda.
- Si miras bien allá junto a las aguas del pantano se ven los cortijos y frente a los cortijos los pueblos que aunque silenciosos se encuentran llenos de vida. Desde que trazamos las carreteras por estas sierras e introdujimos el progreso en forma de turismo, todos esos pueblos y cortijos se llenaron de vida y bienestar. La gente no lo creía pero les trajimos la salvación y aunque en alguna ocasión, como fue el caso de esta aldea y otras, tuvimos que expropiarlas y luego derribarlas para que los animales del coto pudieran desarrollarse a gusto, a pesar de esto, ellos siempre salieron ganando. Fíjate qué buena carretera asfaltada hicimos desde el Tranco todo el valle arriba.
- Algo de lo que me dices estoy viendo aunque los siento de otra manera pero lo que me querías enseñar ¿qué era?
- Ya deberías haberlo descubierto. Pero como veo que no, voy a tener la paciencia de explicártelo con todo detalle. ¿Ves la carretera que desde el Tranco sube?
- Sí que la veo.
- ¿Ves la ladera que desde allí hasta aquí existe?
- También la veo.
- ¿Ves la senda que desde la carretera sube hasta esta desconocida aldea?
- La senda no la veo porque el bosque y los barrancos me lo impiden pero adivino por dónde viene.
- Pues precisamente por eso, porque desde el Tranco hasta esta cumbre lo que existe es una estrecha senda, tortuosa y en mal estado y, además, cuesta mucho subirla, por eso y por ahí, queremos trazar una carretera.
- ¡¿Una carretera?!
- Sí, una carretera que arranque desde la del Tranco que a su vez enlaza con los pueblos del valle y que surcando esta ladera, suba o descienda desde estas cumbres hasta el valle. ¿Qué te parece?

- Me parece una barbaridad y más aún, una ofensa.
- ¿Ofensa por qué?
- Si echasteis a los serranos de esta aldea y luego la minasteis arguyendo que era necesario para que el bosque se conservara y los animales silvestres pudieran vivir en paz, ¿por qué ahora destrozáis el monte trazando y rompiendo el mundo en que viven los animales?
- Es que no es lo mismo.
- ¿Por qué no?
- Sobre las ruinas de esta aldea puede que algún día construyamos edificios lujosos para los paseantes y como es natural, los paseantes necesitan carreteras buenas para venir con sus coches. Esto es progreso y bien para la gente de estas sierras y por eso pensamos que aunque se rompa un trozo de monte no pasa nada. ¿No querrás que suban y bajan desde aquí por esa senda de burros que ellos construyeron?

A esta pregunta no respondes. Aquel día, dejas que en silencio primero pase un rato. Luego te quedas allí con ellos no porque te guste su compañía sino porque necesitas llenarte a fondo de la visión que desde el lugar se ve.

Y nosotros hoy aquí, separados en el tiempo de aquel primer día mío y el segundo tuyo, en esta carretera asfaltada que desde el Tranco se va valle arriba para recorrer los pueblos y cortijos de la sierra, con nuestra imaginación remontamos la senda de esta ladera y nos encajamos en la llanura de Las Lagunillas. ¿Qué vemos nosotros hoy por ahí?
Es la pregunta que te hace el padre y como no tienes datos claros de lo que por la zona existe, respondes a su pregunta con una pregunta tuya.
- ¿Qué es lo que vemos?
- Sólo desolación. La sequía de estos cuatro últimos años, sobre las hermosas llanuras de Las Lagunillas, también ha dejado una gran desolación.

Ya no existe Laguna en esa llanura hoya que por eso se llama Lagunillas. Desde tiempos lejanísimos en esa dolina gigante se estancaba el agua de la lluvia y se formaba la Laguna. Pero es que hoy tampoco brota allí esa fuente de los

juncos que viste junto a los fresnos. No hay hierba fresca por entre aquellas acequias abandonadas. Ya hace algunos años, sobre la otra cumbre que se llama Almagreros por encima de la llanura, ya no blanquea la nieve. Casi nunca ya descargan las tormentas y si alguna aparece por aquí, ni en la sombra se parece a la de aquellos años. Ya casi no corre el arroyo y hasta los pinos que arrastra el viento se están secando. Los animales, los ciervos, los jabalíes y las cabras monteses, se encuentran más o menos a gusto porque no los molestan los serranos pero se les ve famélicos mientras se mueven porque no tienen un tallo que llevarse a la boca.

Y dicen los expertos que también en otras épocas hubo grandes sequías pero yo creo que la que ahora estamos padeciendo parece como un castigo del cielo; como esas grandes plagas y sequías que describe la Biblia. En fin, este misterio de la sequía es hablar por hablar, ya que Dios lo arreglará cuando quiera si El cree que es lo mejor para los humanos. Ahora, si te parece, sigamos adelante desde ese rincón de Las Lagunillas.
- Me gustaría seguir adelante pero desde donde nos hemos juntado a través del tiempo. ¿Qué hacemos nosotros ahora?

POR EL BARRANCO DEL HAZA - 45

- Nosotros ahora vamos a hacer lo siguiente: desde esta llanura nos vamos a ir por el camino viejo hasta la Cabañuela.
- ¿Y eso es porque ya que estamos aquí en lo alto nos conviene más seguir por la senda vieja a la Cabañuela que por la carretera para ir a Bujaraiza?
- Por ese motivo y por lo que ya te decía: antes de acercamos a Bujaraiza nos conveniente conocer bien todos sus alrededores y los caminos que hasta allí puede llevarnos.
- Pero yo he oído decir que esas tierras, las tierras estas de Las Lagunillas y en concreto toda la ladera desde la cumbre hasta el escalón de los Llanos son término de Pontones.
- "Poyo Segura de Pontones", Nombre que corresponde a una ordenación forestal. Y ahora que estas tierras ya no son

Provincia Marítima sino Parque Natural este trozo de monte sigue con el mismo nombre que le colocaron en aquellas fechas. Sólo que ahora pertenece a Santiago de la Espada porque hace bastante años que Pontones dejó de ser municipio.

Esta franja de tierra que queda recogida con el nombre de Poyo Segura de Pontones, tiene una extensión 1988 Has. terreno que ahora mismo es administrado por el AMA y allí abajo, justo donde la carretera ésta del Tranco cruza el arroyo del Cerezuelo, ahí mismo y junto a la carretera, todavía existe una roca que Icona levantó en forma de monolito donde escribieron y se puede leer el nombre de este monte ordenado. Por ese arroyo arriba sube o baja los límites de este monte ordenado y los que corresponde a Bujaraiza, el monte o Coto de Bujaraiza de la cual hablaremos en su momento.

En este monte de Poyo Segura, en aquellos tiempos también se hicieron buenas repoblaciones de pinos principalmente. Entre el año 1951 y 1955 se repoblaron aquí 63 Has. de pinos halepensis que corresponde al famoso carrasco y blanquillo, pino que se da muy bien por debajo de los 1200 m. En los años 61-65, se sembraron en estos terrenos alrededor de 44 Has. también del mismo pino y por los años 60-70 la plantación fue 20 Has. de pinos de Halepo. De la otra especie, del Pinaster, rodeno o negral, que los tres nombres sirven para la misma especie, por los años 51-55 se sembraron 7 Has. por los años 61-65 se repoblaron 5 Has. y por los años 60-70 también se sembraron 20 Has. El pino pinaster se da muy bien a partir de los 900 hasta los 1200 m. y que resiste con fuerza las heladas y las sequías.

- Todo lo que me acabas de contar esta muy bien porque así tengo más información de las tierras que piso pero nosotros íbamos a otra cosa. ¿Te acuerdas?

- Me acuerdo perfectamente: nosotros nos vamos a ir siguiendo el viejo camino. Iba desde Las Lagunillas hasta la Cabañuela, pasando luego por el Aguadero y desde allí caía hacia el valle para juntarse con la carretera que va por donde en otros tiempos iba el “camino de Cazorla a Hornos”.

- ¡Para, para, que como me descuide nos perdemos por entre esta gran solana del Guadalquivir! Vamos a lo nuestro paso a paso y desde aquí mismo.

- Imagínate que nos encontramos sobre ese monte, al que a ti te llevaron los de la administración para mostrarte por donde pensaban meter la carretera.
- Me lo imagino. Estamos sobre ese monte y por lo tanto las casas de Las Lagunillas nos quedan detrás.
- Nos quedan un poco a las espaldas y lo que hacemos es remontar y acercarnos a ellas. Pero ¡oh sorpresa! No podemos acercarnos porque varios hombres se ponen delante de nosotros y nos paran.
- ¿Qué pasa?
Le preguntamos.
- No podéis seguir
- ¿Y por qué no? Sólo vamos de camino por esta vieja senda que va a la Cabañuela.
- Pero en este momento no podéis pasar cerca de las casas de Las Lagunillas.
- ¿Qué sucede?
- Entre las piedras de esas paredes están terminando de poner la carga de barrenos y los vamos a explosionar de un momento a otro.
- ¿Y eso por qué?
- No lo han ordenado y nosotros nos limitamos a poner la dinamita y a prenderle fuego. Se queréis parad aquí y esperad un momento a que la dinamita explote. Así contemplaréis el espectáculo y luego seguí.

Nos miramos sorprendidos y nos decimos que sí, que nos quedamos en ese cerrillo frente a las viejas casas que todavía son blancas y tienen su tejado y sus puertas.
- Ya veréis que espectáculo este de la dinamita explotando entre las paredes de las casas y las tejas cayendo rotas. Esperad sólo unos minutos y ya veréis.
Nos quedamos sentados sobre la hierba del suelo y mientras miramos hacia las hermosas casas sentimos los golpes de los que dentro de ellas todavía trabajan haciendo los agujeros.

Miramos despacio y ahora el rincón nos parece mucho más bonito que hace un rato. El collado por donde sube el arroyo que es por donde desagua el manantial que brota en el centro de las tierras, se ve todo repleto de hierba; las encinas que no los pinos, se mecen movidas por el viento y hasta por entre ellas parece que se ve el trajín de los rebaños al otro lado del collado, por detrás de las casas, en las tierras fértiles. Tú y yo en silencio nos preguntamos por los que viven en estas casas y hasta pensamos lo que ellos sentirán cuando regresen y vean que ya no tienen casas, sino ruinas y desolación. Nos lo preguntamos en silencio sin atrevernos a pronunciar palabra cuando en estos momentos vemos correr a los hombres que han puesto los barrenos. Se esconde detrás de unas rocas al tiempo que gritan:
- ¡Barreno va!

Contenemos la respiración y no es por mucho tiempo. En unos segundos suenan las explosiones y mientras estallan caen, una detrás de otra, las tejas de las casas, los trozos de madera y las paredes. Desde el cerro redondo se alza la polvareda que en segundos el viento arrastra dejando impregnado todo el ambiente de un extraño olor. Huele a pólvora quemada mezclada con cal y tejas rotas y a continuación el silencio. Una quietud profunda que llega hasta nosotros cargada de muerte, de destrucción, de guerra ganada por el más fuerte sin que se pueda celebrar porque el corazón se encoge ante tanto cadáveres sobre el campo de batalla.

- Ya podéis regresar a vuestro camino.
Nos dice el que nos anunció los barrenos. Así que nos ponemos en pie, comenzamos a subir por la vieja senda del collado y al llegar al cauce donde la vereda lo cruza y dando una curva se viene para el cerro de las casas, nosotros procuramos evitarlo: en lugar de seguir por la senda e ir a parar al rellano de las eras y desde allí a la misma puerta de las casas, nos vamos cañada arriba. Sale esta cañada a las primeras tierras de la llanura y luego, donde la laguna siempre existió, se desforma o mejor, se transforma en llanura que ellos utilizaron para sus huertas. Van quedando las casas a nuestra

izquierda y de vez en cuando las miramos de reojo sin ni siquiera atrevernos a decir lo que sentimos. Tampoco nos atrevemos a mirarlas con detenimiento y menos nos aventuramos pasar ahora por entre sus ruinas.

- Aunque podríamos pararnos y esperar a que ellos, que ahora mismo andan con sus rebaños por el monte, regresen. ¿Tú no crees que tendrá su emoción verlos llegar y encontrarse con que sus casas ya no son casas sino puras ruinas?
Me dices sutilmente; y palabra que no entiendo bien porque por mi parte no encuentro nada emocionante verlos a ellos llegar y encontrarse con que sus cosas más queridas son puras ruinas, que se las han roto, que han dejado de existir para siempre.
- No, si te lo decía con el otro sentido.
- ¿Y qué sentido?
- El del compartir con ellos su dolor.
- Pero de todos modos nosotros no compartimos con ellos nada porque ellos se encuentran en el mismo centro de ese dolor, arrollados por el remolino de la realidad, mientras que tú y yo no encontramos fuera. Somos espectadores.

Atravesamos la llanura y vamos ya buscando la senda cuando sobre la ladera vemos al rebaño de oveja.
- ¿De dónde vienen?
Me preguntas.
- Vienen del otro lado de la gran ladera y ahora que los vemos te voy a decir que estas tierras, desde siempre, fueron las más queridas por los rebaños. Desde tiempos lejanos los animales siempre tomaron estas tierras entrándole desde el lado del arroyo de Mojoque. Subían llenando la ladera y cuando llegaban a la altura en que nosotros ahora vamos, casi siempre se dejaban caer para la llanura. Ellos, los pastores, las venían siguiendo por la parte alta y allí donde el monte traza un pequeño collado, le salían al encuentro por el lado de arriba. Al caer la tarde, ahí ellos las sujetaban y luego las echaban hacia esta llanura. Y es que ahí, donde el collado se recoge y cae hacia el barranco, es donde brota el gran manantial que no es uno solo sino un enjambre de veneros.

Mientras te va narrando lo de las ovejas y los veneros, vais remontando la ladera y os movéis pisando las tierras de la senda vieja.

- Fíjate, aquí mismo era todo esto ya un puro arroyo. Cuando pasabas por aquí te quedabas asombrado de tanta agua como bajaba por la ladera. Es este lado vertiente ya del arroyo del Cerezuelo que en realidad en aquellos tiempos era el arroyo de Padilla. Más adelante te explicará por qué. Si coges algún día en tus manos la hoja número 908 de los mapas del ejército, titulada Pontones y que se publicó en el año 1931, verás como te señala la senda que ahora mismo estamos recorriendo. Al pasar justo por aquí te pone un punto rojo y la palabra fuente. Corresponde esta fuente al manantial que ya te decía y que hoy no lo estamos encontrando tan seco. Pero a pesar de ello, quiero enseñártelo. Ven por aquí y verás.

Tu compañero deja la senda, sube un poco por la ladera aprovechando que el terreno traza por aquí como el surco de un arroyo y mientras va subiendo te dice:

- Ves, todo esto bajaba lleno de agua. Casi una cascada que al mismo tiempo que venía saltando por las piedras y el monte, se iba haciendo grande porque a cada metro brotaba un nuevo borbotón. Salían de cualquier forma y en cualquier sitio. Bajo una pequeña piedra, entre las viejas raíces de los pinos, por la grieta de cualquier roca, por entre las piedras suelta de la ladera... En fin, ya te lo digo: por cualquier sitio. Aquello era realmente emocionante y bonito ver tanta agua derramándose por esta ladera al tiempo que parecía viento de tan limpia. Se llenaba todo el barranco de caños de agua y todo el espacio se llenaba de un alegre cascabeleo de chorros quebrándose.

- Y el final o el principio de este manantial ¿Dónde se encuentra?

- Pues se halla ahí mismo. Sobre este pequeño collado, es donde brotaban los primeros borbotones de aquellas limpias aguas. Como ves aquí las tierras se allanan un poco y todavía por encima tiene cumbres. Es la primera cumbre del Pico Almagreros, fuente principal de este profundo barranco. Sobre la cumbre d ese monte, tan visible desde tantos lugares de

estas sierras, a lo largo de todo el invierno, las lluvias primero y las nieves después, siempre cayeron en cantidades muy grandes.

Es natural que tanta agua filtrada por entre las rocas de ese monte, saliera por algún sitio y aquí tienes uno de esos sitios que ya te he dicho, no era ni el único ni el más importante. Yo llegué a conocer por lo menos tres grandes veneros y los tres venían de ese monte. Uno de ellos era el que brotaba en las llanuras de Las Lagunillas, el segundo este que ya era nacimiento del arroyo Padilla y el tercero en la otra vertiente, el de los cortijos o pequeña aldea de Prao Chortales. Justo allí mismo nace también ese bello arroyo llamado de María.

Pisamos, tocamos, respiramos las tierras y la humedad del collado ahora por completo seco y como nuestro objetivo se proyecta más lejos, bajamos por la ladera y cuando ya nos adentramos en el Barranco del Haza, la pista, carretera de tierra nos sorprende.
- ¿De dónde viene?
Le preguntas.
- Viene desde la carretera asfaltada y la construyeron monte arriba por detrás de los picos llamados Las Morras. Esto se usó mucho, tanto en aquellos tiempos de la repoblación con el Patrimonio Forestal como luego, después con la Renfe.
- Menos mal que cuando la construyeron dejaron en paz el magnífico bosque de encinas y robles que por ahí crece.
- ¿Lo conoces?
- Una vez pasé por el lugar y fue una experiencia inolvidable.
- ¿Viste las madroñeras que por ahí crecen?
- Sí que las vi y aquel día hasta me llené la barriga y los bolsillos de aquellos tan apetitosos madroños gordos y rojos.
- ¿Viste los quejigos, los robles, los enebros y los sabinares que en esa umbría crecen?
- Tanto y tan bien los vi que aquel día tuve mucha dificultad bajando desde este barranco.
- Es que a esa umbría siempre le llamábamos nosotros precisamente Las Malezas del Cerezuelo.

Porque tú fíjate, a pesar de que esta gran ladera es una extensa solana, a lo largo de ella existe por lo menos tres o cuatro rincones que son malezas salvajes de tanto bosque y tan espeso como es este monte. Y de este barranco y esta ladera guardo yo algunos bellos recuerdos que aunque no los he vivido, aquello me resultó tan bonito que desde que me los contaron no los he podido olvidar.
- ¿Y qué fue lo que te contaron?
- Te lo voy a decir aunque no sé cómo me saldrá. A mí me dijeron que por estas laderas existe un tesoro.
- ¿Qué clase de tesoro?
- Por lo visto es un tesoro distinto a los que habitualmente conocemos. No es ni de monedas de oro ni de collares. Este tesoro parece que es de pequeños diamantes en bruto.
- Explica eso a ver de qué tesoro estás hablando.
- Lo mismo que a mí a ti, sólo la noticia, te llena de curiosidad pero si te parece voy primero con aquel asunto de los lobos y luego seguimos con lo del tesoro.

- Tú eres el que diriges. ¿Qué fue lo de los lobos?
- Pues lo de los lobos, y esto me lo contaron también, al parecer ocurrió en un cortijo que en aquellos tiempos hubo por este barranco. Y digo aquellos tiempos, porque sabes bien que los lobos ya hace mucho que desaparecieron de estas sierras pero que en estas sierras antes hubo muchos y a los serranos les crearon grandes problemas.

Me dijeron que en el cortijo de este barranco vivía una familia que como todos los serranos tenían sus animalillos y sus tierras donde sembraban sus hortalizas y cereales. Vivían ellos bien aunque luchando mucho porque la vida siempre fue dura en estos montes y claro, como todavía existían los lobos, estos animales, de vez en cuando, les creaban situaciones complicadas.

El caso es que una noche de invierno estaban ellos recogidos en su cortijo y como ya era muy tarde, casi media noche, todos dormían tranquilamente. Soplaba el viento aquella noche y por las cumbres de estos montes las nubes

descargaban una buena lluvia. Corrían los arroyos y por eso en el barranco, creo que ahí, perdido por entre las malezas que decíamos antes, todo eran sonidos de cascadas despeñándose, crujir de ramas que se rompen, silbar de viento estrellándose contra las rocas y de vez en cuando, aullidos de lobos.
- Papá, ya verás como esta noche van a venir hasta el cortijo a ver si pueden hacer una de las suyas.
Le decía uno de los hijos al padre y cabeza de familia de los habitantes de aquel cortijo.
- Eso es lo que yo me estoy temiendo.
Le contestaba el padre sin poder dormir tanto por el ruido de la ventisca rompiéndose por estas laderas como por el temor de que los lobos bajaran e hicieran acto de presencia por los alrededores de aquel cortijo suyo.

Y eso fue lo que sucedió. Era media noche cuando de pronto se les oyó allí mismo, en las tierras cercanas al cortijo. Primero uno de ellos, entre las rocas de la parte alta, lanzó su aullido y enseguida, un segundo le contestó por entre el barranco del arroyo un poco más abajo.
- Ahí los tenemos.
Dijo el hombre.
- Déjeme usted a mí, padre, que yo me encargaré de ellos. Es la primera vez que me enfrento a los lobos de estas sierras y ahora que se me presenta la ocasión quiero aprovecharla.
- Pero contra los lobos ya sabes que se puede hacer poca cosa. En la oscuridad de la noche son casi invisibles y escopetas ni rifles nosotros no tenemos para luchar con ellos.
- Usted déjeme. Ya me inventaré algo.
Decía el joven que enseguida abrió la puerta del cortijo, salió el exterior y con toda valentía se lanzó, a través de aquella oscuridad, en busca de aquellos animales.

Primero le dio la vuelta al cortijo por el lado de abajo con la intención de verlos por allí y a voces y a pedradas, enfrentarse con ellos. Luego le dio otra vuelta al cortijo por el lado opuesto y como no lograba ver nada decidió llevar acabo lo que él creyó iba a ser lo mejor. Desde una de las rocas de la parte de atrás,

saltó al tejado del cortijo para tomar una posición más elevada sobre el terreno en que ellos se movían y al mismo tiempo, para encontrarse a salvo en caso de que los animales decidieran atacarle. El joven había oído decir a su padre que desde los más remotos tiempos, los hombres, siempre han considerado al lobo como un enemigo sanguinario, astuto y cruel. Lo que su padre le había dicho una y otra vez era que:

"El lobo no mata sino para alimentarse y que su comportamiento social es muy complejo. Es probable que los lobos que antaño atacaban al hombre estuviesen enfermos de rabia y fuesen híbridos de perros y lobos; no obstante este animal, si no tiene bastante caza que llevarse a la boca, entra a saco con el ganado y roba los gallineros. Por eso se han empleado todos los medios para exterminarlo: fusiles, trampas, venenos, batidas, aunque los más responsables de que esté desapareciendo son los cazadores atraídos por su piel".

Así que recordando estas palabras de su padre y al mismo tiempo atraído por la curiosidad y la fascinación de los animales que esta noche aullaban por esas malezas, el joven se hizo valiente desde lo alto del tejado del cortijo. Buscó piedras y estaba a punto de empezar a dar voces para así ahuyentarlos cuando de pronto los vio aparecer. Se le presentaron saliendo de entre el bosque de las malezas y se plantaron en la ladera mirándole de frente.

Y me dijeron a mí que cuando el joven vio la belleza, el salvajismo y al mismo tiempo la fascinación que aquellos animales mostraban, se quedo sin aliento. Quiso dar voces para que se asustaran y se fueran pero no le salían las palabras. Quiso empezar a lanzarle piedras para asustarlos y si tenía suerte herirlos pero tampoco tuvo fuerzas. Y no es que sintiera miedo, sino todo lo contrario: se encontró de pronto como atraído, como enamorada de aquellos animales salvajes pero al mismo tiempo sorprendentemente bellos y repletos de fuerza. Sin saber lo que hacía, de pronto empezó a hablarles diciendo:

- Me habéis asustado, habéis asustado a mi familia y, además, todos temen que vengáis por aquí esta noche con la intención de hacer una de las vuestras. Nunca os había visto pero esta noche que os tengo antes mis ojos me estáis llenando de asombro. No he salido de mi cortijo con la intención de hacer ningún daño pero como todo el mundo os teme y desconfía de vosotros, por eso he venido a enfrentarme cara a cara. No os conocía y uno de mis grandes deseos era encontraros para saber cómo sois. Con vuestra imagen ante mis ojos, ahora mismo decido no haceros daños alguno pero a cambio os voy a pedir una cosa.

Dicen que el joven guardó silencio durante unos segundos y que fue lo suficiente como para que, al parecer, aquellos animales, les contestaran diciendo:
- Si no nos haces daños ni nos atacas, tampoco nosotros vamos a dañarte a ti. Pídenos los que quieras que te obedeceremos.
- Pues sólo os voy a pedir que nunca más vengáis por este cortijo en busca del ganado ni de mi familia. Que nunca más nos hagáis daños ni a mí ni a ellos y que a partir de ahora busquéis vuestro alimento entre los animales salvajes del bosque y no entre los que nosotros cuidamos.
- Trato hecho. A partir de hoy os vamos a demostrar que los lobos de estas sierras no somos lo que la gente dice. Si se nos ataca y acorrala, nos defenderemos atacando y haciendo daño pero si se no quiere y respeta, dejaremos a los hombres en paz y buscaremos nuestro alimento entre los animales salvajes del bosque.

Y dicen que a partir de aquel momento el joven bajó del tejado de su cortijo. Abrió la puerta y entró dentro lleno de tranquilidad y sin ningún miedo en su alma.
- ¿Qué ha pasado?
Le preguntó el padre.
- Ya se han ido.
- Estoy notando que han dejado de aullar, así que es verdad que se han ido pero ¿qué ha pasado?

- Se han ido y no volverá más. Los animales tienen hambre y por eso aprovechan la noche para buscar sus presas pero por aquí no volverá más.
- En fin, lo importante es eso, que no vuelvan más. Mañana me contarás qué ha sido lo que ha pasado esta noche.
Le dijo el padre y allí dejaron el asunto aquella noche.

Por lo visto, la noticia de lo que ocurrió allí aquella noche, se corrió por toda la sierra y desde aquel día mucha gente contaba cosas de aquel joven. De unos a otros se lo iban contando y así fue como llegó hasta mí. Quizá te parezca una cosa pequeña, de poca importancia pero yo como otros muchos, creí en aquello y por eso te lo cuanto a ti. Y punto y final.
- Punto y final no, porque ahora nos queda lo del tesoro. Me lo prometiste. ¿Lo recuerdas?
- Recuerdo que te dije que luego seguiríamos con lo del tesoro. Así que seguimos.

La verdad es que según me dijeron todo fue un sueño que tuvo un día un muchacho joven hijo de un pastor de Las Lagunillas. Dicen que sucedió una noche de invierno y en su sueño se vio andando por esta misma senda que ahora llevamos nosotros. Iba a la Cabañuela y cuando se encontraba atravesando la ladera de pronto vio en el suelo como una pequeña gota de agua que brillaba mucho. Se agachó y la cogió en sus manos y cual no fue su sorpresa al comprobar que aquello no era una gota de agua sino un trozo de piedra que parecía un cristal transparente, en forma de estrella. Enseguida pesó que aquello era un diamante en bruto porque tenía la misma forma. Parecía cristal de cuarzo pero no tenía ni la forma ni el tamaño que puede tener una punta de cristal de cuarzo y por otro lado tampoco creía él que por estas laderas se diera el cuarzo.

Aprovechas ahora y le preguntas a ver que te dice y te responde que no, que por estas laderas no se da el cuarzo.

- Pues si no se da ese mineral, yo creo que menos puede darse el corindón que es el mineral del diamante. ¿No crees tú?
- Eso es lo que me dijeron que él se decía en su sueño pero la tenía allí delante de sus ojos y en sus manos.

Y para convencerse un poco más se apartó del camino y se puso a buscar por la ladera. Dicen que enseguida empezó a encontrar más pequeños trozos de aquellos preciosos cristales transparentes. Cogía en sus manos uno y otro y por momentos se iba asombrando por lo bonito que todos ellos eran. “Tendré yo que decírselo a mi familia para que venga un día de estos conmigo por aquí a coger todos los diamantes que podamos”, se dijo.

Y mientras se decía esto y seguía subiendo por la ladera se encontró más y más pequeñas piedras brillantes. No se le ocurría otra cosa que gozar del esplendor de aquellas extrañas y mágicas piedrecitas sin sentir la necesidad de llenarse los bolsillos ni el zurrón. No sentía la necesidad ni de llevársela ni de acapararlas para sí. Todo su gozo estaba concentrado en el asombro de ver tantas piedras bellas por aquella ladera y en tocarlas con sus manos y acariciarlas con sus ojos. “¿Por qué habrá aquí tantos diamantes y nadie nunca los ha visto antes y en cambio yo ahora sí?” Seguía él preguntándose al tiempo que se repetía que tenía que ir a por su familia para que viniera a ver tanta maravilla.

Y dicen que más o menos por aquí y entre el monte y las rocas de esta ladera, se le acabó el sueño. Dicen que cuando despertó a la mañana siguiente el recuerdo de la experiencia de este montón de piedras transparentes le hacía sentirse como extraño, como en una situación nueva y diferente en estas sierras.

El padre guarda silencio y como a ti, estos dos extraños relatos, también te parecen algo novedosos, enseguida le preguntas:
- ¿Qué pasó después de aquel sueño?

- Todo el mundo sabe que por aquí, por estas sierras, no existe ese tipo de minerales; pero también algunas personas de inteligencia más aguda han llegado a pensar que lo de aquellas piedras no era otra cosa que el símbolo de un gran tesoro presente en estos montes.
- ¿Y cuál es ese tesoro?
- El agua. Aquel manantial, este arroyo, esa cumbre llena de nieve, esta cascada, todo ello es la cosa brillante en forma de pequeños trozos de maravillas transparencia, es el gran tesoro que aquel joven soñó. Quizá su alma, en aquel misterioso sueño, le transportó en el tiempo y le hizo ver la enorme sequía que hoy asola estas tierras. ¿Qué opinas tú?
- Que puede ser verdad pero lo que no sé es para qué pudo servir aquello.
- Fue un anuncio que como tantos otros, los humanos, no supieron ni interpretar ni situar para afrontar el futuro que vendría. Pero es que te digo más: al parecer aquel joven conocía algunas otras cosas.
- ¿Como por ejemplo?

Dicen que él también una noche soñó que yendo un día por este viejo camino, por allí algo más adelante, entre el cerro del Cerezuelo y el otro barranco, de entre los montes se le levantaron unas perdices. Lo de las aves en sí no es de extrañar porque a lo largo y ancho de estas grandes sierras, siempre hubo muchas perdices. De esto, aquellos hombres pastores y los que vivían en los cortijillos, sabían mucho. Casi todos tenían perdices en sus casas y casi todos las criaban con y entre sus gallinas. Pero dicen que las perdices del joven, aquel día, fue una cosa rara. Era otoño y como las aves alzaron su vuelo de entre unas matas, casi por instinto, al lugar se acercó el joven. Enseguida descubrió un nido con doce o catorce huevos. ¿En otoño un nido de perdiz y con huevos empollados? Se preguntó y era porque algunos de aquellos huevos estaban a punto de romperse y salir de allí un pollito de perdiz. No me lo puedo creer. Seguía diciéndose y como luego enseguida se lo dijo a las demás personas de la aldea, también ellas se asombraron mucho. Todos menos el pastor mayor que dijo:

- Es un anuncio de algo.
- Pero ¿de qué es ese anuncio?
Preguntaban los vecinos.
- Vendrán nuevos tiempos; cambiaran las cosas y tanto cambiaran que hasta los animales del campo se sentirán desorientados. En otoño nunca hubo en estas sierras, nidos de perdices pero si el verano se vuelve invierno y la primavera otoño, vosotros fijaros lo raro que será todo.

- Esta es la historia que a mí me contaron de aquel joven y sus sueños y la interpretación que unos y otros daban a estas imágenes.
Dice al concluir. Ya habéis llegado a la altura de ese gran barranco por donde corre el arroyo de la Cabañuela, el arroyo del Fraile y arroyo Frío. Al final, por las tierras que fueron llanura, se encuentra Bujaraiza.
- ¿Y ahora sabes qué vamos a hacer?
- Tú dirás.
- Aunque este viejo camino sigue aprovechando el escalón que la ladera por aquí forma, nosotros nos vamos a dejar caer por el lado izquierdo del barranco para ir a salir a la Loma de Los Casares. A partir de ese punto vas a seguir solo. Yo me volveré para atrás y te esperaré en las ruinas de la Solana de Padilla.
- Pero yo solo por ahí, ¿qué voy a hacer?
- No te preocupes. Te irá bien y hasta incluso mucho mejor que conmigo. Sigues y cruzando la carretera por donde ahora se encuentra el campamento de la Huerta Vieja, remontas el margen derecho del arroyo buscando otra vez el camino viejo que hemos dejado. Es por ese rincón por donde se encuentran las malezas de Bujaraiza.
- Pero según estoy viendo vamos a dar una vuelta tremenda. ¿Eso por qué?
- Es necesario que veas algunas cosas muy especiales que sólo se dan por esta zona de la sierra y, además, quiero que pises todos los rincones de este barranco. Para conocer la sierra hasta en los detalles menores no existe otro camino que éste: pisarla metro a metro.

- Pues tú mandas y, además, te obedezco con gusto ya que se bien que conoces a fondo por donde quieres llevarme. Pero ya que vamos por el barranco me tendrás que hablar de la historia de aquel pastor.
- ¿Es que lo sabes?
- Sólo he oído algo. ¿Que fue?
- Tenía pensado contártelo en su momento y creo que ha llegado ya.
- Pues adelante que te escucho.

EL PASTOR INDIGNADO - 46

- Al pastor, aquella mañana, le sucedió el siguiente: a primeras horas del día se trajo los animales por aquí y cuando el rebaño se extendía por la ladera, se fue él hacia el lado ese donde nace el arroyo de la Cabañuela. Estaba por esas tierras metido entre los madroñales al tiempo que gozaba del perfume de la mañana, la música de la cascada y la belleza de su rebaño, cuando por la parte alta le entró el otro.
- Ahora te he cogido de lleno.
Le dijo cuando ya estaba a dos pasos del pastor y sin ni siquiera saludarlo.
- ¿En qué me ha cogido usted, señor?
- Te he cogido con tu rebaño metido en las tierras de mi propiedad.
- ¿Cuáles son las tierras de su propiedad?
- Toda esta ladera para abajo, para arriba y a un lado y otro. ¿Cuantas veces te le hemos dicho ya y cuantas veces te he cogido con las ovejas dentro de estas tierras?
- Pero señor, si en estas tierras mis ovejas han pastado desde que yo soy pequeño. Siempre fueron nuestras y aunque usted diga ahora que son suyas, siguen siendo nuestras. ¿Por qué voy a dejar de meter a los animales en estos montes?
- Porque ya te lo he dicho, estos montes no son tuyos y, además, los vamos a repoblar con pinos dentro de unos meses. ¿Y sabes lo que te digo?
- ¿Qué me dice usted?

- Que la próxima vez que venga por aquí y encuentre a las ovejas dentro de estas tierras, una a una le voy a pegar un tiro.

Y dicen que aquel pastor, al oír estas palabras, se le subió la sangre a las venas y se plantó delante de él. Lo miró de frente y con la rabia saliéndole por los ojos le dijo:
- Cualquier día de estos...
Se cayó el otro, se fue senda adelante dejando al pastor y sus ovejas en la soledad de aquel barranco y a partir de aquel día ya te puedes imaginar lo que sucedió.
- Me imagino algo porque a propósito de este relato tuyo caigo en la cuenta ahora de un texto que se redactó por el año 1961, en el Ayuntamiento de Santiago de la Espada.
- Y que dice este documento.
- Es muy largo pero lo fundamental se resumen en lo siguiente:

"La iniciación de los deslindes en 1.862 provoca los primeros incidentes de que hay constancia entre el Estado y los particulares. Con ello se crea un clima de continuado malestar, abundante de acusaciones contra la administración tales como la que ésta se había aprovechado de la ignorancia e incomunicación de los vecinos y había despreciado sus protestas. El volumen de las discordias llegó a tal extremo que el 17 de febrero 1929 y enero se ordenó la formación de una comisión que dictaminase sobre las relaciones habidas en Santiago de la Espada y Pontones contra deslindes en montes del Estado. Pese a que las órdenes propugnaban benignidad y clemencia, nada se resolvió con ellas, probablemente a causa del casi inmediato cese del General Primo de Rivera.

El problema continuó latente hasta mayo de 1.946 en que, con motivo de la iniciación de una repoblación que afectaba a cuestiones posesorias y ganaderas, se elevó escrito por el Ayuntamiento a los Excmos. Sres. Secretario General de Montes, Caza y Pesca Fluvial y Gobernador Civil de Jaén. Una vez más, en este escrito se exponía la idea de una posesión indebida que el Estado trataba de ejercer sobre determinadas superficies, al tiempo que se reflejaba la nueva discordia suscitada por la repoblación. Como consecuencia de esta

gestión se personaron en Santiago de la Espada las autoridades antes aludidas, entre las que figuraba como Secretario General de Ordenación el actual Excmo. Sr. Ministro de Información y Turismo, Sr. Arias Salgado. Desde el balcón del Ayuntamiento se pronunciaron diversos discursos que calmaron los excitados ánimos al animarse a los vecinos a roturar todos los terrenos, tanto del Estado como del Ayuntamiento, que fueran susceptibles de producir trigo, parándose acto seguido los iniciados Trabajos de repoblación procediéndose a la roturación masiva de los montes públicos.

Paralelamente a estas acciones, que el Ayuntamiento encauzaba, se produjo por aquellas fechas la invasión material de las iniciadas repoblaciones por gran parte de la ganadería del Término, dando lugar a su casi total destrucción. Resulta fácil imaginar el grado de tirantez entonces existente, cuando la Administración no decidió reanudar las repoblaciones hasta 1.952. En 25 de junio de 1.947 se emitió Orden del Ministerio de Agricultura por la que se dispone que se autorice a los roturadores de menos de 30 años a continuar labrando mediante el abono de un canon, que se realice los deslindes pendientes, que se estudie la zona de repoblación posible desglosándola de la de pastos, que se podrá adjudicar la zona de pastos directamente al Ayuntamiento, que se forme una primera comisión en la que figurará un técnico del Instituto Nacional de Colonización para estudiar la situación de enclavados en montes deslindados, que se forme otra comisión por si fuera necesario aconsejar a los municipios el desplazamiento de algunos vecinos y, por fin, que se reclamen expedientes de apremio de multas por cultivos y pastoreo abusivos para atemperar su tramitación y ejecución en cuanto resultase de la aplicación de las anteriores disposiciones.

Probablemente como consecuencia de esta orden se realizaron deslindes en varios montes que estaban pendientes de ello, se adjudicaron los pastos al Ayuntamiento de Santiago de la Espada siempre que éste lo ha deseado y se formó la primera de las comisiones mencionadas. Sin embargo, nada verdaderamente práctico ha llegado hasta nosotros todavía

como consecuencia de estas disposiciones mientras que el P.F.E., al iniciar las nuevas repoblaciones en 1.952 y al efectuar los deslindes pendientes, ha cambiado por completo las condiciones del problema, volviendo anticuadas las anteriores aspiraciones y disposiciones y agudizando las disensiones descritas. Por cierto que nos interés resaltar en esta somera descripción de antecedentes lo perniciosa que para el pueblo fue la torpe destrucción del primer intento de repoblación en 1.945, y su aplazamiento hasta 1.952 es la causa del mantenimiento de los actuales acotados.

En la última y fundamental etapa de actuación del P.F.E. es decir desde 1.952 hasta la fecha, a todos estos hechos se sumaron las profusas acciones directas de los vecinos, demasiadas numerosas para que se puedan reflejar suficientemente. Entre las reacciones provocadas por la actuación del P.F.E. podemos acordar las siguientes: Tres protestas masivas por cuestiones de propiedad contra los Técnicos Forestales, con peligro de su integridad personal en una ocasión. Dos amenazas de muerte a la guardería con intentos frustrados de agresión. Tres destrucciones con numerosas yuntas de parcelas repobladas y varios intentos sofocados en superficies de dilucidación legal dudosa. Un incendio originado en condiciones misteriosas. Una importante extracción de madera con desprecio de la autoridad del P.F.E. Tres peticiones masivas de auxilio a P.F.E. para introducir durante nevadas los animales bloqueados a la repoblación. Conferencia en el cine local contra la repoblación. Entablamiento de procedimientos del art. 41 de la Ley Hipotecaria, por un total de unas 2.000 Has., que habiendo sido inicialmente ganadas por los particulares están siendo ahora sistemáticamente recuperadas por el P.F.E. al recurrir. Docenas de escritos tanto colectivos como individuales pero fuera del control de Ayuntamiento, a directores generales, ministros e incluso al Caudillo. Constantes lamentaciones de los vecinos contra el P.F.E. ante el sr. cura párroco, el sr. comandante de puesto de guardia civil y ante mí mismo. Innumerables infracciones consistentes en aprovechamientos efectuados por pretendientes defraudados en las superficies

objeto de pretensión. Numerosas infracciones de pastoreo en la repoblación. Tres acciones judiciales de distinto tipo, ganadas por el estado. Constante comentarios adversos al P.F.E.

Naturalmente, la cita de estos hechos no lleva por parte nuestra una intención de censura pero lejos de creer culpable de todos ellos al P.F.E. estimamos que su principal falta, como veremos detalladamente más adelante, consiste en ser en antagonista común de un elevado número de contradictores; pero esta actitud es inevitable pues no es a este organismo al que le toca decidir sobre si el Estado debe tener o no propiedades y por otra parte carecería de mayor importancia si las propiedades estuviesen localizadas sobre una pequeña superficie y no fuera el Estado el que las asumiese. Nuestra intención es solamente la de testimoniar hechos que estamos presenciando y de los que, en cierto modo, nos sentimos responsables. Nuestro deseo, el de convertir este antagonismo en una convivencia mutuamente benéfica y apacible.

Por último diremos que, en 25 de noviembre de 1.955, se emitió el Decreto sobre la Utilidad y Necesidad y Urgencia de la ocupación afectos de su repoblación forestal de los Términos Municipales de Santiago de la Espada y Pontones, decreto éste que no ha sido aplicado hasta el momento por el P.F.E.
El resto de los hechos dignos de mención se puede decir que forman ya parte de la situación actual, cuestión que en definitiva es el exclusivo objeto de estas notas y a las cuales dedicaremos espacio aparte. De la misma lentitud e inope rancia de las gestiones que describimos, suscitadas siempre por medio de acusaciones más o menos violentas, se puede deducir que la actitud de la Administración Forestal no ha sido nunca tan arbitraria y nefasta como algunos interesados desearían.

Por otra pare, del examen atento de estos antecedentes podemos sacar la enseñanza de que la solución del problema que nos ocupa, no consiste en impugnar la tarea del P.F.E., tras la cual encontramos siempre una disposición o una norma

que presta obligatoriedad o conveniencia pero en cualquier caso derecho a sus actuaciones. Se trata de algo más profundo pues son estas mismas disposiciones las que, aplicadas a una comarca retrasada, aislada y pobre como ésta, perturban y escandalizan.

Subrayamos que esto sucede muy especialmente debido a este carácter aislado de la comarca que ha impedido a sus pobladores incorporarse francamente al progreso nacional por una parte y por otra al Estado. En consecuencia, una vez desechados aquellos ruegos que supondría la anulación de importantes disposiciones, es a la modificación, siquiera excepcional y por una sola vez, de algunas de estas normas y deberes generales, a lo que nos dirigimos con la esperanza de encontrar la capacidad, patriótico empeño y cristiana compresión precisa". Mientras te ha ido narrando el asunto del Patrimonio Forestal y los problemas que en estas sierras creó, no habéis dejado de bajar.
- Cuando luego regreses de explorar lo que todavía queda de la Aldea de la Cabañuela, te llevaré para que veas una señal.
- ¿Qué señal es esa?

- Junto al arroyo del Cerezuelo, el del Padilla en otros tiempos y que hemos dejado atrás, allá donde la carretera lo cruza, en aquellos tiempos pusieron un mojón. Unas cuantas rocas en forma de monolito y en la última trazaron un rótulo que dice: POYO SEGURA DE PONTONES.
- ¿y qué me quieres decir con eso?
- Pues que ahí tienes todavía unas huellas de las cosas de aquellos tiempos. Cuando ordenaron este monte Pontones aún era municipio y no como ahora que ya pertenece a Santiago.
- ¿Pues quieres que te diga una cosa?
- ¿Qué es?
- Que de este tema de la ordenación de los montes hoy día ya tengo algo claro. Me ha costado salir a flote pero al final lo he conseguido.
- Buen, pues de ese tema, me vas a contar lo que sepas pero antes óyeme una vez más con otra historia bonita de la aldea que vas a visitar dentro de un rato.

- Te oigo y con interés.

EL PASTOR
DE LOS PINOS - 47

El día amaneció soleado pero con sus nubes negras coronando la cumbre y el profundo silencio llenando el barranco. Y por ahí, por el barranco bajamos nosotros e íbamos buscando la senda. No la conocíamos pero sí nos habían dicho que existía. Lo que nos habían dicho era que en otros tiempos intentaron construir por allí un carril ancho y que al final lo dejaron sin terminar pero que por algunos sitios aún se veían algunos trozos de aquel carril. Y como desde hacía mucho tiempo nosotros queríamos conocer aquel barranco, aprovechamos esta mañana y nos pusimos en marcha arroyo abajo hacia lo más hondo del barranco que eran donde se mecían los amarillentos chopos. Al lado derecho se extendía la pequeña llanura, brotaban por allí los manantiales y el segundo arroyo. El que desciende del cerro de los pinos todo hundido y perdido por los grandes matorrales.

Y sí: el barranco nos resultó de lo más emocionante por los pequeños trozos de pista, ya rotos por las lluvias y que todavía se veían al lado derecho del arroyo grande.
- Por aquí entraron con las máquinas y al llegar a esa roca pararon la obra.
Me decía uno de los amigos que en esta ocasión éramos tres.
- Fue un acierto que se marcharan y dejaran este camino sin terminar. Si hubieran seguido fijaros el destrozo de monte que habrían hecho por aquí.
Comentó otro de los del grupo y tenía toda la razón del mundo. Si aquella pista del barranco hubiera seguido, el destrozo habría sido tremendo. Eso se veía bien en los pequeños trozos que dejaron medio construir y en la fenomenal hermosura del barranco.

- Es como si a pesar de tantos arroyos por esta sierra éste fuera el único entre todos ellos.
Seguía diciendo otro de los amigos. Y desde luego que también tenía razón: era el único. Ahora que lo estábamos

recorriendo nos íbamos empapando de ello. Y más nos empapamos aún cuando llegamos al arroyo que baja de los pinos. Torcimos a la derecha y ladera arriba nos fuimos atravesando el monte y al llegar a lo alto vimos otro trozo de senda. Ibamos dudando seguir por ella cuando en la llanura y collado de la derecha nos encontramos a las ovejas.
- Vamos a parar un poco a ver si vemos al pastor para charlar un rato con él.
Les digo yo a los amigos pero ellos, ya que había subido el cerro no tenía muchas ganas de pararse y por eso, los dos enseguida me dijeron:
- Déjate de pastor y de ovejas porque la senda ésta es larga. Si perdemos el tiempo se nos hará de noche antes de llegar a donde tenemos pensado.
Pero justo en este momento veo al pastor. Se mueve por lo hondo del barranco, justo en la ladera por donde nace el arroyo de los pinos.
- Allí lo tenemos. Si bajamos sólo unos metros lo podremos saludar.
Les digo al tiempo que ya me muevo hacia su encuentro. Pero como los compañeros no quieren pararse y especialmente uno de ellos me insiste en que lo del pastor es una tontería.
- Hemos venido por aquí a otra cosa.
- Es que en cuanto uno se tropieza con un pastor de estas sierras, parece como si todas las demás cosas dejaran de tener importancia, como si pudieran esperar un poco más. Charlar con un pastor y dejar que el tiempo pase creo que merece la pena.

En estos momentos ya he recorrido un buen trozo de ladera y me acerco al pastor. Es la ladera de los pinos que baja por donde nace el arroyo. Y ahí, en lo hondo, justo donde nace el arroyo, las praderas están llenas de hermosura al tiempo que también son amplias. Aligero el paso y lo llamo diciéndole que espere y cual no es mi sorpresa cuando al bajar unos metros descubro lo que descubro: al lado derecho de la ladera del arroyo, entre el monte y como escondida y olvidadas del mundo entero, veo las casas de la aldea.
- ¿Y esto qué es?

Les pregunto a ellos.
- Ya lo ves; es la aldea. La única aldea que no ha querido ni progreso ni contacto con el resto del mundo.
- Pero yo no sabía que esta aldea existiera.
- Ni nadie; y ves que por no tener no tiene ni carril para venir hasta ella en coche.

Me asomo por el lado de arriba y desde lo alto de la roca la veo perfectamente. Es pequeña, hermosa, sencilla, humilde aplastada junto al arroyo y extendida ladera abajo como si aún quisiera esconderse más por entre los pinos y los madroños.
- ¡Como un pequeño misterio escondido de todos y todo!
Comenta uno de los amigos.

Y ya está. De aquello del pastor, mis amigos y la aldea escondido, hoy no quiero contarte nada más porque fue tan bello para nosotros la silenciosa visión, que el resto del día nos quedamos por allí charlando con el pastor. Mas para gozar de la aldea extendida por la ladera, el monte y las praderas que por ninguna otra cosa. Sigue ahora.

ORDENACION
DE MONTES - 48

- Lo que yo te quería decir es que sobre esto de los montes ordenados en la sierra del actual Parque Natural, para mí ha sido una experiencia muy curiosa. Como ya te dije en otro momento, los montes de estas grandes sierras, los he ido descubriendo poco a poco, sin la guía de ningún experto. Me ha costado lo suyo pero he gozado como nadie. Y ahora ya sí te puedo decir que es muy complicado un aprendizaje como este mío por los extensos y ricos que son estas sierras, la historia de la gente que siempre los poblaron y la presencia de la administración a lo largo de tanto tiempo. Es muy complicado de este modo llegar al conocimiento de las cosas pero al mismo tiempo se viven experiencias muy bellas. Resulta que a cada descubrimiento, cada paso hacia adelanta hacia el en encuentro de las cosas, va viendo como aún te queda más y

más. Como si todo fuera mucho más complejo, profundo y extenso.

Y resulta que unas de las cosas a mí, desde el principio me resultó más oscuras, fue esto de los montes ordenados. Al comienzo de todo ni siquiera sabía que existiera esta ordenación y cuando tuve la primera noticia fue con el monte de Navahondona . Una amiga mía que trabaja en un inventario forestal, fue la que me preguntón en una ocasión sobre el monte de Navahondona. Y mi sorpresa fue que hasta ese mismo momento yo tenía creído que Navahondona era precisamente eso, una nava. Supe que existía una extensión de tierra que se llamaba así, justo en la cabecera del nacimiento del río Guadalquivir. Mi amigo me dijo que sí, que esa franja de tierra lleva este nombre pero que al mismo tiempo también este nombre se refería a una extensión de tierra mucho mayor.

Luego otro día, esta joven muchacha, nacida en los Teatinos e hija de un pastor, me preguntó por el monte Guadahornillos y otra vez me pasó lo mismo. Me preguntó otro día por el monte Arrancapechos y fue entonces cuando cayó en mis manos tres escritos que leí con mucha curiosidad.

El primer escrito era el libro que habla de las ordenanzas de montes en el año 1748, en Segura de la Sierra y su provincia marítima. Aquí encontré yo muchos datos todos pasa mí hermosos y en concreto sobre la ordenación de montes. En el segundo escrito, inédito y elaborado por la Escuela empresarial Agrícola de Córdoba, allá en el año 1974, se recogen muchísimos datos el conjunto de estas sierras. “Aproximación a la realidad socioeconómica de una región deprimida”, se titula el trabajo y entre otras curiosidades, encontré un mapa muy simple donde se relacionan los montes ordenados en Santiago de la Espada. “Montes del Estado y de propios”, era el título de este pequeño mapa que luego completé con ese otro que también encontré en el primer escrito. Pero tengo que decirte que en primer plano lo había reproducido mal. Tan reducido estaba, que ni con lupa pude sacar nada en claro.

Pero de un plano y otro saque en claro la existencia De los montes ordenados en estas sierras. Y como mi tercer escrito abundaba más en el tema me lo leí con bastante más interés. Te estoy hablando del "Informe sobre dificultades existentes entre el Patrimonio Forestal del Estado y el vecindario de este Municipio". Que por supuesto, el término municipal es el de Santiago de la Espada en el año 1961, y el trabajo también inédito, está realizado por los representantes del Ayuntamiento. En este escrito, lo de la ordenación de montes rezuma por todos los renglones. Fue aquí, en este trabajo, donde yo llegué a comprender casi con plena exactitud esto de los montes ordenados.

- ¿Y cuál la conclusión final que sacaste de esto?

- Mi conclusión daría para escribir un buen libro pero resumiendo te diré que se me ha quedado claro la ordenación forestal que fue realizada en la época del Patrimonio Forestal a partir del año 1948 y continuada por Icona en las fechas del Coto Nacional. En este último escrito, se recogen algunos datos de gran importancia.

Entre los años cincuenta al setenta fue cuando esto tuvo su mayor incidencia en la sierra y sobre todo, en la zona de Santiago de la Espada. Según los datos más recientes del cuadro catorce, los Montes Públicos, ocupan el 60% de la superficie del término; de ellos más del 75%, 21.400 Has. son Montes del Estado, y el resto, 6.000 Has. pertenecen a los Ayuntamientos, montes de propios. El cuadro quince permite Has. hacerse una idea sobre la importancia relativa de los Montes de propios sobre la superficie geográfica de cada término en toda la Sierra de Segura; los datos corresponden al año 68 y ya vimos que en la actualidad Santiago cuenta con 6.000 de Montes del Ayuntamiento, el 12% de la superficie del término.

La superficie total repoblada Has. Hasta el día de hoy de estos montes públicos no es muy importante, algo menos de 7.500 Has. estos datos nos serán de gran utilidad a la hora de

estimar la superficie disponible para pastos que es considerable.

Pero en el tema, con profundidad, no quiero entrar ahora porque no es el momento. Sólo deseaba comentar un poco, de qué modo llegué al descubrimiento de la ordenación de los montes en las sierras de Segura y Cazorla.

Mientras el padre te ha contado sus recuerdos y le has hablado de las cosas que llevas dentro, casi sin daros cuenta habéis recorrido el camino aunque más bien la carretera que de pronto, os ha dejado en la misma llanura del pueblo que en cuestión a ti te inquieta.
- ¿Tú lo has advertido?
Te pregunta.
- Me he dado cuenta que el Cerezuelo y Los Casares ya se quedaron atrás. ¿Dónde se encuentra el punto de la despedida?
- Aquí mismo. Desde este mismo lugar y momento ya no sigo a tu lado. Me vuelvo para atrás y te espero donde dijimos, en las ruinas de la aldea Solana de Padilla.
- Pero antes de irte dime ¿Por dónde voy, qué me encuentro, qué hago... ?
- Te voy a decir sólo lo fundamental. Para ir a la Cabañuela como pretendes, tienes que seguir por aquí... Luego por allí... te encontrarás con... el regresos lo haces por... y no te preocupes que al llegar a lo que para ti es tan importante, las ruinas de Bujaraiza, respirarás.
- ¿Por qué voy a respirar?
- Ahí te espera Juan Paco, el amigo de la sierra, ayer ganadero y hoy poeta, que te sacará de apuros. No hay otro que se conozca mejor este rincón. Lo encontrarás por aquí y no es que venga en tu busca; Juan Poco ya se está haciendo viejo y una de las cosas que más añora es precisamente los paisajes de la sierra donde vivió. En cuanto puede, se escapa de aquel pueblo donde vive y se viene al calor de estos rincones, donde tiene sus recuerdos y su vida entera.
- Y las razones para no acompañarme ¿cuáles son?

- La fundamental es que ya mis años no me permiten trepar por las cuestas que hoy quieres recorrer. Me gustaría seguirte pero no puedo. Y las otras razones también puede servirte. Tú necesitas ir solo por esta sierra. Es algo que te gusta y hoy tiene más sentido que otras veces. Ya verás como cuando regreses me vas a decir que tenia razón. Ve lo que tienes que ver sin que nadie te guía ni te explique nada. ¡Suerte y en la aldea os espero!

BUSCANDO EL CAMINO - 49

Por la parte de arriba de la carretera, en las tierras que fueron de Bujaraiza, queda una gran llanura. Salpicados por ellas crecen los álamos y algunos árboles frutales. Se adivina que estas tierras fueron algunas de las que ellos usaron para sus huertas. Metieron la carretera por aquí y las tierras de la llanura quedaron partidas por la mitad. Tierras de huerta fue esto y por eso crece aún ahí la preciosa noguera, solitaria, en el centro de la llanura.

Ya vas subiendo en busca de la aldea y mientras te acercas te dices que a lo mejor tiene algunas nueces. Y sí, cuatro nueces te encuentras por el suelo y cada una de ellas con su agujero. Será de las ardillas, te dices; pero también puede ser de algún pájaro carpintero, no te creas. ¿Que adónde vas monte a través por aquí? Tanto el padre, como otros amigos tuyos y los mapas que llevas en las manos, te han dicho que la Cabañuela se encuentra detrás de ese pico que tienes delante. Alguien te dijo un día que para subir a la aldea, desde estas tierras arrancaba un camino. Miras el mapa, y sí, viene señalado pero ¿desde dónde sale y por dónde va?

Como en tantas otras ocasiones, te abandonas por completo a tu intuición y caminas en la dirección en que más o menos crees se encuentra la aldea. Subiendo por monte, a la derecha te va quedando el arroyo donde se encuentra el campamento de La Huerta Vieja. De este arroyo sí sabes algo. Es el que hay entre el barranco del Cerezuelo y el otro de la Cabañuela.

Y por ahí, arroyo arriba es por donde crees sube el camino aunque también crees que otro arrancaba desde aquí; desde las casas de esta desaparecida Bujaraiza.

Te vienes un poco hacia la derecha. Mientras subes, paralelo a la cuerda que llevas, te acompaña la corriente del arroyo y el negro asfalto de la carretera. El montículo queda al levante de la llanura y es como un espigón rocoso que baja desde la gran ladera al, frente. Los pinos mezclados con robles ya empiezan a salirte al paso. Una reguera de tierra baja espigón adelante. ¿Será la senda que ellos usaban para subir a la aldea? Te preguntas al tiempo que también te dices que puede ser una de las canales por donde ellos traían el agua del arroyo para regar las tierras de la llanura, las huertas.

Pero no, las piedras aparecen formando como pequeñas paredes y esto te hace creer que es camino. "Si fuera cierto, qué suerte he tenido" y nada más comenzar la ruta, te tropiezo con la senda. Va recta hacia un pequeño edificio que aparece al frente, remontado en lo más alto del espigón. Por aquí, justo por donde iría el camino descubres que sube también una senda. Pero ¿es senda la senda y reguera la reguera o la canal que baja es lo que crees senda? ¿Y la casa? Está en ruinas, es pequeña y parece un cortijo.

Te acercas y observas que tiene una sala grande, otra dependencia con la chimenea en un rincón y nada más. No es un cortijo porque sus dimensiones son más reducidas y, además, la construcción ni se parece. Tiene más pinta de obra hecha por la administración: toda de piedra vista y con las paredes rectas. Seguro que es lo que él llamaba la casa del viverista. ¿Pero hubo por aquí un vivero? De ello no tienes información pero sí sabes que cuando repoblaron estos montes tuvieron que hacerse de muchos pinos pequeños. Lo del vivero tiene sentido pero no en la etapa de los serranos sino después, cuando la administración tomó cartas en el asunto. Lo que parece senda avanza en la dirección que llevas y se va buscando la ladera. Hasta parece que se divide en dos. Un

trozo busca el arroyo de la derecha y el otro, cada vez con más pinta de reguera, sigue puntal arriba.

Es otoño y por eso de vez en cuando hasta ti llegan los berridos de algún ciervo. Lo adivinas oculto por entre el espeso monte que al frente vas viendo. Del lado derecho, se te arranca una pequeña manada y sobre el puntal se ven las cagadas de otro grupo. También se ven por aquí muchos pinos pequeños con sus troncos pelados de rascarse ellos. Y lo que más se ven por aquí son paratas, pared de piedras sin masa. Ello y otras señales dan la impresión de que todo este cerrillo, aunque tiene mucha vegetación de robles y gran cantidad de rocas sueltas, también tiene una buena tierra. Crees que todo este cerrillo, además de la llanura que ya ha quedado atrás, era aprovechado por ellos para sembrar sus cosechas. Aquí mismo, donde sigues viendo más paredes de piedra, descubres restos de lo que claramente parece una tinada. Junto a ella, montones de piedras encima de las rocas; como si hubieran sido recogidas para dejar la tierra más limpia a fin de sembrarla.

Ya tu intuición te lleva a creer que las tierras que los de Bujaraiza cultivaban se unían con las que cultivaban los de la Cabañuela igual que se une el agua del arroyo y la senda. Y exactamente, aquí, en lo más alto del cerrillo, aparece como los restos de unas eras. Aunque no son tal cosa, sino pequeñas repisas de tierras fértiles ganadas a las rocas y el monte que entre las rocas crece. Ellos hacían estas cosas. Sembraban cualquier trozo de tierra aunque tuvieran que robársela a la más empinada ladera.

Volcando un poco hacia la izquierda te encuentras con otra cañada donde crecen los álamos. Hay muchos y están repartidos por entre el monte que ya son los famosos pinos repoblados. Sabes que por el año 1968, en los Poyos Segura de Pontones, repoblaron unas 210 Has. y muchos de aquellos trozos fueron en las tierras que ellos cultivaban. Aquí mismo te tropiezas con un puesto para cazadores ya bastante roto. Todo se amontona. Lo de aquellos tiempos de los serranos y

los de estos tiempos de la administración: el Patrimonio Forestal, Icona, el Coto nacional. Todo se amontona.

Hay aquí un pequeño collado que vuelca desde la izquierda hacia la derecha buscando el arroyo que baja. Y por aquí se ve otra reguera más. ¿O es la misma? Parece la principal. Te dices mientras sigues tu avance con la esperanza de sacar algo en claro más adelante. Y exactamente, en cuanto recorres unos metros más, se oyen las cascadas del arroyo despeñándose y ve con más claridad la gran canal. Baja cortando la ladera. En un principio, o más bien ahora aquí, vuelve a tener apariencia de camino. Será la senda que por aquí se adentra en el monte y busca el barranco para remontar hasta la aldea. Te vuelves a decir. Pero es que son las dos cosas: senda y reguera que desde el arroyo conduce el agua a las tierras que fueron de regadío. Más convencido ahora estás de que sí, que por fin has encontrado la senda. Y es verdad que la has encontrado pero enseguida tu interés se fija en otra cosa: las madroñeras. Aunque haya muchas madroñeras a lo ancho de las sierras de este Parque Natural, como las que ahora mismo empiezas a ver, no has visto nunca otras.

Unos metros más y las tienes ante ti. En la misma torrentera de los lados de la canal, crecen hermosas. Gruesas como troncos de encinas que también forman un denso bosque apiñadas con las madroñeras, los robles y muchos pinos. A esta zona no llegó la repoblación. No hizo falta. Recuerdas ahora que en este barranco es donde se encuentra lo que los serranos llamaban Las Malezas de Bujaraiza. Un bosque muy espeso y abrupto, similar a que existe en el otro barranco del arroyo del Cerezuelo y donde todo permanece intacto, virgen como en los primeros tiempos.

Como es otoño, los madroños están maduros. De las ramas cuelgan rojos, gordos y son tan apetitosos que con sólo verlos se te hace la boca agua. Algunos se han caído y ruedan por la ladera. De vez en cuando te paras y en cuanto coges un puñado te lo comes. Están muy ricos. En aquellos tiempos, los que por aquí vivían, también se los comían.

De dos cosas importantes y bonitas te acuerdas ahora. La primera de cuando aquel día, junto con los niños de la Puerta de Segura y el científico, estuviste cogiendo madroños allá por el Arroyo de María. Y la segunda de cuando la otra noche leías el segundo libro de Juan Poca, el poeta y ganadero de Fuente Segura y Bujaraiza. De las dos tienes un recuerdo entrañable y parece como que ahora, en este lugar y momento, las dos cosas toman vida y se hacen presentes. Lo del científico y los niños fue tan sencillo y al mismo tiempo tan bello, que se hizo juego entre las madroñeras y los frutos rojos y desde entonces lo tienes prendido en tu alma.

Pasabais unos días de vacaciones junto al río Guadalquivir, cerca del Charco de la Pingue. Una de aquellas mañanas subisteis por la carretera que atraviesas la Sierra de las Villas. Cruzasteis el puente del arroyo de María y seguisteis adelante. Ya arriba, donde se terminan los olivos de esa empinada ladera, os parasteis. A la izquierda, por una de aquellas curvas, os metisteis pista adelante y enseguida estuvisteis entre las madroñeras. Crecen por allí espesas, recias y casi todas curvadas hacia el barranco. Era otoño y por eso de sus ramas colgaban hermosos los mis racimos de madroños. Ya estaban maduros, rojos muchos, amarillos otros e incluso por la ladera rodaban algunos.

En cuantos la niña rubia de la Puerta de Segura vio tantos madroños dorados, se llenó de alegría como le pasaba casi siempre. Fue ella la primera en romper el fuego y acosar al científico con preguntas y más preguntas.
- No te disgustará ¿verdad?
Le decía como si estuviera pidiendo permiso para lo que a continuación tenía planeado.
- No me disgusta. ¿Qué quieres saber?

Y la niña comenzó preguntar de todo.
- Primero el nombre.
- Su nombre en latín es Arbusto unedo. En castellano, se llama madroñero, madroñera, madroña, madrollo, merodo, albocera,

alborocera, aborio, borto; en portugal y gallego se dice medronheiro, ervedeiro, hérbedo. El fruto, fortabellacos y borrachines. En vasco, gurrbiz, que quiere decir leña viva porque arde con facilidad. Otra pregunta.
- Aunque lo estoy viendo ¿cómo es en realidad la madroñera?
- Comúnmente, arbusto de 2 ó 3 metros de altura pero se hace árbol cuando se deja crecer a sus anchas, mayormente donde halla tierra sustanciosa y agua abundante, en los terrenos de las umbrías mediterráneas. Tiene las ramitas jóvenes de color encarnado y las hojas perennemente verdes, no mucho menores que las del laurel, serradas o dentadas en los bordes.

Las flores forman ramilletes terminales más o menos péndulos y tienen figuras urceoladas, esto es, a manera de una olleta en miniatura de color blanco tirando a verdoso o un poco sonrosado. Dentro de la corola se hallan los diez estambres, con los filamentos vellosos. El fruto es ya baya de 20 a 25 mm. De color rojo cuando está bien maduro, toda cubierta de berrugitas o púas y con la carne amarillenta. Florece al final del verano con las primeras lluvias otoñales; los frutos maduran al año siguiente, cuando la planta vuelve a florecer.

Esto es lo primero que el científico le dijo a la niña para que comprendiera mejor las madroñeras de aquella ladera. Luego ella le preguntó por los sitios en que estos arbustos se crían. El le dijo que la madroñera se cría en los bosques de encinas o alcornoques, así como en los matorrales y laderas resultantes de la destrucción de aquellos árboles, en los barrancos de todo el país aunque de preferencia en las provincias del litoral, en tierras bajas y en las montañas poco elevadas, por lo regular hasta los 1.200 m. de altura, tanto en terrenos calcáreos como silicios.
- Dentro de la medicina natural, sabrás también cuales son las virtudes y para qué se usan las distintas partes de esta planta. Le preguntaba la niña.

- Las hojas son astringentes, lo mismo que la corteza; aquellas son también antisépticas, sobre todo en el aparato urinario. Se usan, por tanto, para combatir las diarreas y

desinterías, en cocimiento, a razón de una onza de hojas o de corteza secas por litro de agua que se hierven durante un cuarto de hora y luego se dejan en maceración hasta que se enfríe el líquido. De este conocimiento se toma 3 ó 4 tazas al día en caso de diarreas intensas o sólo una taza en ayunas si se trata de cursos menos frecuentes.

El mismo cocimiento sirve para mitigar la inflamación de la vejiga urinaria, contra los cólicos nefríticos y la incontinencia de la orina. Los frutos del madroño son comestibles pero poco gratos al paladar a no ser que se coman cuando, más que maduros, se ablandan y se vuelven más sabrosos; pero, según dicen, no se coman demasiado porque llegan emborrachar y producen dolores de cabeza.
- Y de la historia de este arbusto ¿qué me puedes contar?
- Del dolor de cabeza que antes te decía ya habla Dioscórides al tratar de las virtudes del madroño. En su libro se lee que en España se come mucho en el siglo XI y que de este fruto, por el alcohol se fabrica un vinagre fuerte, rojo, en la región de los castillos del norte de nuestro país.

Lagunas puso los siguientes comentarios a la descripción de Dioscórides: El árbol de los madroños, en su grandeza, se parece al membrillo así como al laurel en las hojas, el color de las cuales es verde amarillo. La corteza de su tronco es áspera, escamosa y de color oscuro, tirando a rojo. Produce al fin de estío, ciertas flores blancas, a manera de campanillas, muy bien ordenadas en unos racimos luengos. Su fruto, según dice Plinio, tarda un año en se madurar.

El cual, cuando se va madurando, de verde se vuelve amarillo y después de maduro muy rojo. Es por defuera todo muy sarpullido y lleno de ciertos granos los cuales, cuando se mascan, exasperan al paladar y la lengua. Del resto, parece el madroño a muchas cortesanas de Roma, las cuales en lo exterior diréis que son unas ninfas, según van llenas de mil reclamos pero si las especuláis, hallaréis que son verdaderos retratos del mal francés. Dígolo porque este fruto, de fuera se muestra hermoso en extremo y cocido hincha de ventosidad el

estómago y da gran dolor de cabeza; lo cual fue causa de que los latinos le diesen el nombre de Unedo, amonestando que nadie comiese más de uno.

De la segunda cosa importante que también tienes un recuerdo entrañable, es de lo que leíste en el libro de Juan Paco. En las primeras páginas del segundo tomo él dedicó todo un capitulo a esta zona.

HISTORIA DE POYO SEGURA - 50

Decidió él que se llamara su trabajo y a continuación escribió lo siguiente: "Como resulta que también conocí a Poyo Segura y algunas de sus aldeas, que comprende a Poyo Segura de Pontones y Poyo Segura de Santiago, que las aldeas de Poyo Segura de Santiago han desaparecido, han desaparecido dos y la Hoya de Miguel Barba también, el Zarzalar y la Hoya de la Almailla no tuve referencia de quien fueron los fundadores. La Hoya de Miguel Barba contaban los antiguos que en la segunda parte del siglo XIX, vino de Santiago de la Espada un tal Francisco Aguacil y contrajo matrimonio con una de la Cabañuela.

Hizo el cortijo y la roturación de la finca que según me contaba en hermano José Antonio de Pontones, en otros tiempos, Poyo Segura de Santiago fue de Pontones y se la vendieron a Santiago. Poyo Segura de Pontones tenía ocho aldeas que fueron, la Loma de los Asperones, el Aguadero, La Cabañuela, Las Lagunillas, Mojoque, Solana de Padilla y el Cerezuelo. Según yo tuve referencias La Loma de los Asperones, los más antiguos fueron los Ricos y los Carreras pero de los fundadores no tuve referencias. Y el Aguadero, los primeros fundadores fueron el hermano Julián y el hermano Fernando Marín, que hicieron casas y la roturación del terreno. Como eran tan amigos, Fernando lo suyo se lo dejó a su amigo Julián y se bajó a Bujaraiza.

La fundación de La Cabañuela, según oí contar, que vino de Santiago de la Espada y tal Juan Francisco Gómez y su mujer Maravillas y comenzaron la fundación de la aldea y sus roturaciones. Luego ya vinieron más. En Las Lagunillas, los fundadores más antiguos que yo supe fue Miguel Campos, hermano de Ramón el Bu, el tío domingo, el padre de las tontas, a lo que yo tuve entendío fueron aquellos los primeros pobladores. Y en Mojoque según fue el tío Pablete y Torrente. Contaban que el tío Pablete no le querían firmar las escrituras en el registro por cosas de los forestales. Entonces cogió y echó pan y tocino en su morral y algunos dineros en su bolsillo y andando se metió en Madrid. Llegó a las Cortes y entonces la reina informada de donde venía andando ordenó a sus vasallos que lo llevaran a la Notaría y se le legitimaran y la trajeran y las cogió y la firmó la misma reina y se volvió a su casa andando otra vez.

Y en la Solana de Padilla uno de ellos fu el tío Quico, Angel Blanco y José Salero, luego yo conocí a sus descendientes y algunos otros que vinieron después. En Padilla fue aquel Fernando Marín que hizo el cortijo y la roturación del terreno. En aquella zona hubo, además, cortijos, huertos como la Venta Luis, la Casilla del Fraile, Galillo, el Horcajo y Pradolopez. Esos cortijos eran de los Espinosa. La Era Alta, aquel cortijo lo hizo el hermano José Fernández. Y de todos aquellos cortijos y aldeas no quedan nada más que la Venta de Luis y el Cerezuelo, que lo hizo el tío Miguel Campos y luego lo compró el hermano Manuel Carrión Sola. Roturó el monte y lo plantó de olivas y el cortijo se lo trajeron a la Loma del Corral y allí fueron haciendo casas y formaron la aldea que existe. El cortijo principal, luego se hizo el molino que estuvo unos treinta años y ya no quedan más que las ruinas.

Poyo Segura fue una zona muy rica en vegetación, en ganadería, en cereal, árboles frutales, unos pastos muy finos para toda clase de ganado como vacas, ovejas, cabras y yeguas... Los pastos casi todos son praderas. Tiene también matojos como la zamarrilla, la hojacebá, el lastón, el cerbero. Lo mejor de la parte del valle también fue muy rico en

vegetación y en animales de todas clases. Pero cogió el pantano lo mejor de todo el valle que entonces quedó como asombrao. Por allí yo anduve bastante, que me da emoción de juntarme con alguien de por allí y recordar las hermosuras del valle cuando estaba con toda su fragancia. Con aquellos hatos de cabras, vacas que no sentías nada más que cencerros en todo el valle y hoy no se sienten nada más que coches".

SURCANDO LA UMBRIA - 51

Cuando hace un rato despedía al padre ahí más abajo, te decía que al cruzar esta umbría, tuvieras cuidado.
- ¿Qué peligros hay por allí?
Le preguntabas.
- Para los que somos de aquí y conocemos el monte, ninguno. Probablemente para ti tampoco exista peligro. Pero eso son unas malezas muy malas de andar. No te confíes demasiado porque en cualquier momento se te pueden complicar las cosas más de lo que en un principio creías.

Y ahora que ya subes por la ladera atravesando la umbría, empiezas a comprobar que tenía razón. A cada paso el bosque aumenta en espesura y tanto es que hasta la luz del sol se oscurece por aquí. A cada instante los árboles parecen gruesos, llenos de mil ramas secas y con zarzas enredadas por todos sitios. De no haber encontrado esta reguera, te sería imposible atravesar el bosque de esta umbría.

Lo que tuvieron que luchar aquellos hombres para trazar por aquí el canal principal. Primero tuvieron que romper el bosque, casi impenetrable; tuvieron que tallar la reguera en la tierra de la umbría y por alguno sitio, en la roca viva. Y cuantos trabajos aquellas personas emprendían por estos montes, tenía que ejecutarlo a brazo partido. Todo a mano, con herramientas sencillas, limitadas y vastas. El material que ellos usaron para construcción de esta reguera fue sólo monte, tierra y piedras.

Las piedras aparecen de vez en cuando formando una pequeña pared por el lado de abajo. Por encima de esta pared va lo que crees es la senda. Ya has volcado hacia el barranco y llevas un rato oyendo el agua del arroyo saltar por el cauce. Es precioso este barranco, con su ladera tan repleta de bosque, su silencio y la densa oscuridad. A pesar de la intensa sequía y ya prolongada durante años, el bosque está verde como en aquellos buenas primaveras de lluvias abundantes. Sientes que no deben quedar lejos las ruinas de la aldea que buscas. Pero según vas avanzando, subiendo y al mismo tiempo adentrándote en lo más hondo y espeso, lo que más te interesa ahora, es llegar al punto en que esta reguera se une al arroyo. Tienes ganas de llegar a este empalme y ver de dónde y cómo arranca la reguera. Aumenta el rumor de la corriendo que baja por el cauce y también tu extrañeza. Por lo que se oye, el arroyo baja casi repleto pero la reguera viene seca.

Tú pensabas que por estas zonas bajas no crecen los acebos. Nunca te los has encontrado por estos montes. En otros sitios del Parque sí pero por aquí no. Esto es lo que pensabas hasta que justo en este mismo momento ves tres. Fíjate que bonitos. Como ya vamos camino de la Navidad, las hermosas bayas que estos árboles dan, están tornándose rojas.

Miras y descubres que sí. Crece aquí uno, en lo que ya empieza a ser cauce del arroyo. Algo más abajo otro y pegado a él, un tercero. Una prueba más de esa teoría tuya: las personas que poblaban estas sierras no destruían ni el bosque ni la belleza de que se viste el bosque. Ellos arañaban la tierra y de la tierra quitaban la vegetación necesaria, casi siempre por necesidad pero no hacían daño. O en todo caso, lo imprescindible. Como eran hijos de estas tierras, a lo largo de toda su vida, la cuidaban y conservaban mejor y con ideas diferentes a los que no son de aquí.

Ya ves que por la reguera corre un poco de agua. No viene del arroyo pero se ve que o mana por ahí o desde aquellos tiempos, aún el agua sigue bajando por la canal. Pero no; en cuanto avanzas seis metros ves el manantial. Mana aquí

mismo. En lo que ya es casi torrentera del arroyo. Hay un montón de rocas rotas y por entre ellas brota el agua. Te acercas al tiempo que vas descubriéndolo y siente como respeto, como si te acercaras con cuidado para que nada se asuste de tu presencia. Por lo que descubres, te parece ver y empiezas a creerlo un poco, que el agua que por la reguera bajaba hasta sus huertas, no la cogían ellos propiamente de la corriente del arroyo.

Siempre nos tenemos que remitir al pasado para conocer y comprender la sierra que pisamos ahora. Y sí, parece que ya lo tienes claro: el agua que corría por la reguera, brotaba de aquí mismo. Del manantial de la hondonada lleno de rocas porque el arroyo, que se oye mucho más potente, baja por la otra ladera. La de la derecha. Donde brotan los manantiales y las rocas se amontonan, se dobló la vieja encina. Se ve que era una de las más bellas del lugar aunque en el lugar, por el barranco umbría, crecen muy buenas encinas. Pero ésta, por crecer aquí mismo, junto a la fuente que le daba vida a los que poblaron la aldea, era una encina muy especial.

¿Por qué se habrá caído? Se ve que era un árbol muy viejo. Puede que se haya cansado de vivir y al quedarse sin la compañía de los que se llevaban el agua por esta reguera, también ella decidiera irse con ellos. ¿Pero por qué se habrá caído? Te sigues preguntando como si te interesara mucho encontrar la razón de su muerte y no te satisficiera del todo lo que has pensado antes. Se pudo caer aquel año de la gran nevada, el último que nevó y que fue hace tres o cuatro inviernos. Incluso por las mismas tierras que rodean al pantano, se rompieron muchos pinos. Pero aún ahora, ya caída y casi seca, fíjate qué presencia tiene y como hasta te entran ganas de quedarte aquí con ella para siempre.

Más tienes que seguir. Cuando uno recorre estas tierras siempre le entra ganas de quedarse en cada rincón. Eso es lo normal cuando uno el corazón lleva tanto cariño por estas tierras. Pero es que el rincón siguiente, también te llama con la misma fuerza y te pide que te quedes. Remontas un poco la

canal y ahora ves con claridad que la reguera también arranca del arroyo grande. Y según ya te acercas al arroyo grande, al que es propiamente el principal, el bosque se espesa y al mismo tiempo también tu temor aumenta. Si no das con la senda ¿qué haces ahora desde aquí?

Algo te dice que la senda existe y que un buen rumbo puede ser seguir la corriente del agua. Aunque presientes que tienes que irte preparando. Miras hacia la hondonada por donde se siente a la corriente del arroyo. Se te queda el alma y todo tú entero por entre el gran madroñal que surge del barranco. El que tienes más próximo se ve todo repleto de hermosos frutos rojos, algunos amarillos y otros todavía verdes. De entre ellos se alzan los mirlos que mientras revolotean alejándose por la hondonada, lanzan una tremenda escandalera.

El tronco seco de otra vieja encina caída, te corta el paso y al mirar buscando algún trozo de senda te sorprenden las otras encinas. Las que aún siguen verdes y con sus raíces clavadas entre las rocas del barranco y al fondo de las aguas de este arroyo. De estas viejas encinas cuelgan también viejas, largas y gruesas lianas. Se parece al bosque de las películas de Tarzán. Pero prepárate que aún verás cosas mayores. De todos modos, es bonito el lugar. La espesura y los pajarillos que no dejan de arrancar vuelo, se encargan de darle su toque para que resulte más mágico.

En la parte alta de este primer arroyo, de donde salían los manantiales, las rocas formando grandes voladeros y muchas grietas. Desde esta vista dominas un poco más la situación. En aquellos tiempos, era de estas rocas de donde ellos recogían el agua para llenar la gran canal. Aquí brotaban los grandes manantiales. Hasta por aquí, a pesar de la densa maleza, ellos venían con sus ovejas. No hace mucho rato, el padre te ha contado alguna aventura de aquellos pastores.

LA DEMOSTRACIÓN DEL PASTOR - 52

- ¿Tú ves los cerros de ahí enfrente?
Te preguntaba.
- ¿Te refieres a ese monte que coronando la cuenca del arroyo, se alarga de derecha a izquierdas a media altura entre la cumbre?
- A ese monte me refiero y es por donde va la senda de una aldea a otra.
- Pues dime ¿qué le pasa a ese monte?
- En la parte alta, más abajo de la cumbre y más arriba de donde va la senda, estaba el pastor aquella mañana. Y aquella mañana, uno de esos hermosos días de primavera en que todo revienta de verde, de perfume de flores, de arroyos crecidos y de pajarillos cantando, uno de esos grandiosos días que quizá tú no has conocido nunca pero que son de ensueño y más aún porque hasta estos bonitos días han desaparecido ya. Desde hace mucho tiempo ya no se ven primaveras como aquellas y mucho menos se dan días como aquel día.

Ya digo, estaba allí el pastor y como sus ovejas llenaban toda la ladera paciendo tranquilas por entre el monte y en aquellos “rasetes” en que la hierba era más tierna y espesa, el hombre se sentía feliz como un rey en su trono. Había él aprovechado la sombra de unos viejos robles y en las rocas que allí mismo se levantaban, se había sentado mirando hacia este barranco y el gran valle que ahora cubren las aguas del pantano. Y estaba el hombre tan agusto cuando hasta él se acercó el otro. Uno de los muchos que por aquellas fechas rondaban por aquí.

- ¿Pues tú ves este monte que tanto te gusta y que crees que es tuyo porque has estado toda la vida por aquí con tus ovejas?
Le preguntó si más al pastor en cuanto estuvo a su lado.
- Sí que lo veo, señor.

Le contestó el pobre hombre creyendo que las cosas iban por otro camino.
- Dentro de un tiempo ya no será tuyo ni podrás traer a tus ovejas por aquí.
- Y de eso se alegra usted ¿verdad señor?
- Hombre, me alegro por el bien del monte. A partir de ese momento ya no lo romperás más con tu ganado. Por eso crecerá y se pondrá hermoso. Tan hermoso y grande que cuando luego vengas por aquí ni lo conocerás ni te conocerá.

- Pero señor ¿si yo le digo a usted una cosa se lo va a creer?
- ¿Qué cosa me vas a decir?
- Que cuando usted pisa este bosque hasta el monte se echa a temblar. Los animales huyen y se mueren llenos de enfermedades, los arroyo se secan y los árboles se pudren.
- Eso lo dices por decir algo y por fastidiarnos a nosotros porque no te caemos bien.
- Lo digo porque es la pura verdad.
- ¿Y cómo me puedes demostrar lo que con tanta rotundidad afirmas de palabras?
- Cuando usted quiera se lo demuestro y muy sencillamente.
- ¿Ahora mismo me lo puedes demostrar?
- Se lo puedo demostrar ahora mismo.
- ¿Cómo?

- ¿Usted ve aquellos árboles del fondo del barranco?
- Sí que los veo.
- ¿Y ve aquellos arroyos y aquellas rocas donde pastan las ovejas?
- Las veo y se me revuelve el corazón contemplar a las ovejas por aquellas praderas tan bellas.
- Pues yo me apuesto con usted ahora mismo lo que quiera que con tanto como dice, conoce y quiere a estos montes, no es capaz de conseguir que con unas simples palabras suyas, aquellos árboles se vengan aquí, a sus pies y esas rocas, por sí mismas, rueden ladera arriba.
- ¿Es que te has vuelto loco o estás soñando? ¿Acaso tú eres capaz de conseguir lo que me pides que haga yo?
- ¿Quiere usted verlo?

- No quiero verlo, porque si digo que sí estaría tan loco como tú. Pero es que, además, si eso fuera verdad ¿qué me demostraría con ello?
- Le demostraría con ello que tanto los árboles de este bosque como sus arroyos, rocas y praderas son más amigos míos que de usted. Que usted aquí no es nada más que un simple otro que por la manera que sea logró colocarse en los trabajos de estos montes y ya está. De ahí a que usted conozca el bosque tanto que hasta el mismo bosque sienta cariño por usted, va mucho trecho. Esto es lo que yo quería decirle y estoy dispuesto a demostrárselo cuando quiera.
- Pero te digo lo de antes: que estás loco perdido y como no quiero discutir más contigo me voy y ya verás al final quien gana.

Y dicen que el otro se fue y el pastor se quedó allí sentado en su trono tan lleno de orgullo.

EL SANTUARIO - 53

Desde la hondonada de este arroyo por donde intentas subir con la ilusión de encontrar la senda que atravesando esta ladera lleva a la vieja aldea, no dejas de mirar buscando lo que en realidad existe por aquí y puede verse con los ojos. Este primer arroyo de donde arranca la gran reguera y por donde se amontonan las rocas, es también un museo de tobas. Rocas que se fueron formando con el paso del tiempo con la cal que el agua al corre iba depositando sobre la superficie de las otras piedras que contenían la corriente. Es decir “cuajado de corriente” como dice el pastor.

Fácilmente lo puedes intuir por la experiencia que tienes de tus rutas por la sierra. Estas grandes rocas de tobas son porque en otros tiempos por aquí mismo existió una gran corriente de agua. Pero lo del santuario que en este momento buscas ¿dónde está? Sabes que no es un santuario físico, es decir, que se pueda ver con los ojos de la cara y tocar con las manos del cuerpo. Pero si miras fijo, por ti mismo lo puedes descubrir y en todas las direcciones. Ahora mismo andas

metido en el centro de ese fabuloso y original santuario. Tanto que podría decirse que allá arriba, a media ladera, tiene su trono donde forma un gran balcón frente a este barranco que es como la puerta de este precioso santuario.

Sin embargo, no te acaba de entrar en la cabeza. Los santuarios que conoces son todos construidos por los humanos y sirven para eso: para que los humanos vayan a rezar a ellos. Grandes casas de piedras con tejados también grandes, campanas y muchas imágenes donde las personas se juntan para rezar. Y por eso ahora es tan normal que te extrañe tanto el santuario que ahora mismo estás recorriendo y por donde en ningún rincón aparece nada de lo que conoces en otros santuarios. Sabes que hubo una vez un grupo de gente que recorrió estas sierras con la idea en la cabeza de construir un gran santuario del tipo del que tienes también en tu mente. Hasta vinieron jóvenes acompañando al líder que decía eran novicios. Ellos se encargarían de llenar de rezos estos montes pero aquello no cuajó por lo extraño que resultaban en estos montes.

De todos modos, piensas que te gustaría ver con tus propios ojos una señal de ese casi extraño sueño. Pero algo en tu interior te dice que no la verás. No se puede ver. Se siente, se intuye, golpea dentro del corazón y hasta llegas a notar que te encuentras en su interior pero no ves nada. Tú hazme caso: sigue y deja que por tu alma y desde tu alma corra y vuele lo que tu espíritu palpa y no busques ni quieras más. Ahí, en ese punto se encuentra y existe el núcleo de este fabuloso santuario que al mismo tiempo chorrea por estas laderas en forma de arroyos limpios, de monte verde, de madroños rojos y de profundos silencios. En este pequeño punto que no es materia, se encuentra la verdad que intuyes e intuyeron otros. Intentar materializarla es inútil.

Al oír este rumor y sentirte rodeado del bosque y las cascadas que ahora mismo tienes ante ti, se te viene a la mente el recuerdo de tanta gente como estos días y sobre todo, estos últimos años, visita y surcan estos montes. Te dices

que todos ellos son como peregrinos rumbo a este santuario que buscan y quieren pero ni saben lo que buscan ni tampoco lo que quieren. Si se les observa despacio, si alguna vez caminas con ellos y les observas despacio enseguida descubrirás que una de las primeras cosas que hacen en cuanto llegan a estos montes, es reunirse para comerse la tortilla de patatas y beberse la cerveza. Luego, cuando ya no tienen que comer en grupo empiezan a mirar a un lado y otro y a preguntarse entre ellos mismos: "¿Qué hacemos? ¿Adónde vamos? ¿Quién conoce estas sierras para que nos las explique? ¿Por qué no buscamos un guía?

Y es que en el fondo están sin guía. Se encuentran desconcertados, bastante perdidos en el centro mismo de este gran santuario. En más de una ocasión no sólo te has dado cuenta de esto sino que hasta has vivido la experiencia. Los has visto tan perdidos como a niños chicos en medio de la muchedumbre. Los has visto rogándole al guía que no se vaya, que no los deje solos porque sino no sabrán ni a dónde ir y hasta ni andar.

EL CAMINO QUE REMONTA - 54

De todos modos, como ahora desde este barranco lo que en particular persigues, es otro tema, vuelves a tu realidad con el deseo de seguir subiendo. Miras hacia arriba y por la empinada ladera que repleta de monte se alarga hacia la cumbre, te parece intuir el camino. Lo has visto en tu mapa el otro día y en tu sueño la otra noche. Por él subía el joven que se alejaba y además del camino lo que más te fascinó fue la tierra que pisaba y lo rápido que subía a pesar de la gran pendiente. Como si tuviera prisa y deseara escaparse cuanto antes de estos montes. Como si le esperaran en aquellas otras tierras prometidas, lejanas y desconocidas. Y ahora, en tu alma, corre por ella como un sentimiento de pérdida, de ausencia. Por eso buscas el camino y hasta te parece ver como asciende todavía el joven para perderse dentro de un rato, tras la cumbre.

Abajo en el barranco, junto a la corriente del arroyo y los manantiales que por esas rocas fluyen, hasta ti llega el suave perfume de la clemátide. Las pequeñas y blancas florecillas de esta humilde planta, es en el otoño cuando se abren igual que los madroños. Cuando los robles empiezan a desprenderse de sus anchas hojas verdes, las madroñeras y las clemátides florecen y los bosques se llenan de un perfume delicioso. Es un perfume de otoño que también huele a bosque mojado y a setas recién nacidas.

Ya has visto bien despacio de donde ellos cogían el agua que se llevan por la reguera. Sigue y te adentras en la espesura del bosque que aparece por el lado derecho. Más espeso aún y con más encinas, robles, algunos pinos y muchas zarzas envolviendo a las madroñeras y a las clemátides. Por aquí, en este trozo de arroyo, no corre agua. Aunque no dejas de oír su cascabeleo más entre la espesura del matorral, al lado derecho. Parece que el cauce tiene su nacimiento más en la ladera de la solana y es hacia este lado por donde te vienes. Tienes la intuición que la aldea debe encontrarse por las tierras de este lado.

Se te ponen en tu camino, si es que se puede llamar camino a la espesura de tan tupida maleza, algunas rocas llenas de musgo. Por aquí brota un chorrillo de agua y ya estás viendo que la cantidad grande viene de más arriba. No la ves pero se le oye saltar por la pendiente de la ladera. ¡Qué bello es esto! El todavía confuso cauce que desciende por entre unas rocas, solana adelante y cae, se mete, se va filtrando, sale y se mete otra vez. ¡Es precioso esto! Te paras un poco por entre el monte porque quieres ver por donde brota el agua y lo que ves es una pared que tiene forma de camino. No lo distingues y por eso remontas aunque te cuesta dejarte atrás lo que acabas de encontrar. Y sí: parece que esta forma puede ser el camino que crees viene desde Las Lagunillas. Pero tanto bosque hay aquí que aunque se ven las piedras bien puestas como formando lo que puede ser un pequeño muro de contención para sujetar un camino, no hay ninguna otra seña evidente de senda real.

El chorrillo por aquí atraviesa una pequeña llanura. Ahora viene más del lado de la solana, entre los pinos y tiene todo esto inundado. ¡Que maravilla! Y es nuevo porque este torrente no desciende por lo es propiamente la cuenca del arroyo. Viene como de otro lugar. Desciende del bosque y la pendiente de la derecha. Aquí te encuentras otra vez cascadas entre las rocas y las zarzas. Y no, más que cascadas, son raíces, piedras y una gran canal que la corriente ha tallado. Cae cantidad de agua.

Ya lo has descubierto. Pegado a la corriente y ascendiendo ladera arriba, no sube ninguna senda. Pero si se ven como muchos rastros de animales. Como si bajaran desde las partes altas, aprovechando el curso del agua. Pero no te convence. Te fijas bien y te dices que no son animales silvestres los que han dejando tan trillando todo este borde del arroyo. Son rastros de seres humanos. Como si por aquí hubiera subido o bajado mucha gente. ¡Ya está! Pueden ser los muchachos del campamento que hay al final de este barranco. Seguro que por aquí han venido ellos buscando el nacimiento del arroyo. Lo mismo que yo ahora. Pero lo que no te explicas cómo pudo pasar el primero que por aquí vino. Tú ahora, a pesar de la gran dificultad, si puedes penetrar el bosque y avanzar ladera arriba. Aunque más bien gracias a que ellos trillaron tanto estas malezas, puedes abrirte camino hacia el objetivo que persigues.

Tienes ya recorrida un buen trozo de ladera. Por entre la espesura de la sombra, raíces y oscuridad de los grandes robles y pinos, aparece un buen charco con su también buena cascada. Cae espectacularmente por entre las rocas. En el centro, esta limpia y sonora cascada, tiene su árbol caído. Hasta parece que acaso hecho, alguien lo hubiera puesto para que sirviera de puente. Sabes que no lo ha puesto nadie sino que por sí mismo él se tronchó y quedó tumbado sobre la corriente. Por encima de la cascada, otro espeso bosque de pinos y el agua que sigue fluyendo entre charcos y más cascadas. Aquí, donde se rebulle este remanso que tienes casi a tus pies, el terreno forma como una pequeña hoya y es por el

centro por donde baja el surco repleto de agua. La ladera se inclina, el monte sigue espesándose, las rocas se pronuncian y la subida se complica por momentos. A cada instante resulta más complicado seguir subiendo. Ya estás convencido que por aquí no hay camino.

Es imposible que por terreno tan quebrado y cubierto de tan densa vegetación, suba un camino. Y tanto se complica que te paras. Miras y te planteas abandonar. Nos es posible romper frente solana arriba dirección a La Cabañuela. Piensas un poco y te dices que cualquier decisión que en este momento tomes, pasa primero por salir del atolladero en que te has metido. Tires para donde tires has de salir para algún sitio. Por eso, a las alturas en que ya estás, lo mejor es salir para arriba. Es por ese lado por donde te queda lo que vas buscando y si calculas bien, no tardarás más tiempo en terminar de remontar que en regresar, si es que optas por esto último.

En estos momentos miras para el barranco y desde la espesura de este inmenso bosque que te cubre casi cinco metros por encima, te empieza a correr una extraña sensación por tu alma. Cuando las lluvias, cuando esas densas, fuertes y oscuras lluvias que en tantas ocasiones se derraman sobre estos montes, llegan y caen por aquí ¿cómo será tal espectáculo visto desde donde ahora mismo te encuentras? Con lo grande que son todas estas sierras, con la cantidad de barranco, arroyos, laderas, cumbres, rocas y demás trozos de tierra, fíjate la maravilla que supone el que pequeñas gotas de agua caída desde las nubes, rieguen, empapen y hasta formen embalses, a lo ancho no sólo de este rincón sino del casi infinito mundo de esta sierra. Fíjate qué maravilla.

Y maravilla más grande es aún porque el pensamiento que se te acaba de ocurrir, desde hace mucho tiempo, ha sido una realidad palpable por esto paisajes. Lo sabes muy bien y es precisamente por ello por lo que te asombras. Si los humanos, si los hombres tuvieran que regar la extensión que ocupan estas sierras con sus rincones, rocas y barrancos ¿cuánto tiempo y cuánta agua necesitarían? Sabes que la pregunta que

acabas de hacerte es un imposible. Los humanos con los medios que hoy tiene, nunca regaría todos y cada uno de los pequeños trocitos de tierra que existe por estas sierras. ¿Cuánta potencia y cuánta agua no necesitaría? Es lo que te preguntas y es por lo que te asombras cuando ves la lluvia caer sobre estos campos regando cada centímetro y así hasta completar la gran sierra.

Por eso te decías que sólo este fenómeno supone una gran maravilla. La naturaleza con sus silencios y sin que nadie se entere, se realiza aquí y allá y en todo el planeta tierra. Portentos asombrosos que jamás los humanos llegarán nunca a comprender y mucho menos a imitar. Continuas con tu subida metiéndote ahora por entre las rocas buscando el cauce del arroyo con la idea de subir por ahí. En estos momentos, ante tus ojos se abre otra maravilla. Te las estás viendo negras para seguir adelante por entre monte tan denso, y ahora, conforme llegas al arroyo, ha ocurrido otra maravilla: de los dos charcos de este arroyo han salido huyendo una manada de jabalíes. La madre, que es una marrana grande y fuerte y los hijos que son cinco rayones pequeñitos. No tendrán más de diez días y como son tan chicos aún, al querer huir trepando por la ladera en que la madre atraviesa, tropiezan y ruedan por entre las piedras y las raíces que ellos mismo levantan en su atropellada huida. Casi no puede seguir a la madre de tan pequeños y las pocas fuerzas que tienen.

Otra maravilla más en el centro de este barranco donde todo sobre sale y principalmente el bosque, las cascadas y charcos del arroyo y el silencio en cuyo seno nace y empiezan a crecer estos rayones. Por aquí el cauce se divide corriendo no por una solo canal sino por tres o cuatro diferentes. Si le observas bien verás que tiene sus lógicas. Miras para lo hondo. Descubres que ya te encuentras muy elevado sobre la ladera. Estás ahora mismo subiendo no una ladera sino una pared fuertemente inclinada y por eso aquí el arroyo cae convertido en una pura cascada que se divide en muchos chorros.

¿Es este monte Poyo Segura de Pontones o es Bujaraiza? Hace memoria y recuerdas que dentro de lo que son los trozos de montes ordenados que pertenecen al Estado, las tierras que ahora mismo pisas, se encuentra recogido en el monte llamado Bujaraiza. En el catálogo tiene el número J-1071. Así que estás todavía en tierras de Bujaraiza y que a su vez pertenecen al término de Hornos. La linde del monte Poyo Segura de Pontones, se encuentra mucho más alzada sobre la ladera.

Subiendo unos metros más, el canal del cauce de la derecha se queda seco. Toda el agua se concentra ahora en el arroyo de la izquierda y otra nueva sorpresa: sobre la ladera de la derecha se ve el camino. Exclamas un “Me lo encontré”, convencido y enseguida te sitúas sobre él. Ves que sube adaptándose como puede a la forma del terreno y al cauce del arroyo en busca de la aldea. Te parece quedar claro que la senda no es la misma que viene desde Las Lagunillas.

Aquí mismo hay un acebo y aquí mismo nace parte del agua que baja por el arroyo, la sombra de alguna higuera. Te sientes contento. Ahora sí parece que lo has encontrado de verdad. Pero empiezas a dudar. Tu primer impulso no es seguir subiendo sino venirte por la senda siguiéndola para atrás. Quieres ver, aunque sólo sea muy rápido, qué se divisa desde los distintos puntos por la ladera que recorre el camino. Te dices que sólo recorrerás unos metros para atrás y luego volverte y continuar con la subida que por supuesto, ahora ya es gloria siguiendo este viejo camino.

Y otra sorpresa: en cuanto remontas unos metros, otro camino más. ¿Y esto? Te preguntas. Quizá no sean dos caminos sino que este que viene surcando la ladera, al llegar al cerillo, se divide en dos. El ramal principal sube y busca a La Cabañuela y el ramal secundario, baja un poco, cruza el cauce que traes desde lo hondo y luego sigue por la otra ladera en busca del “Mirador de Bujaraiza”, que te han dicho cae por ahí. Al regreso, piensas pasar por ese mirador, si es que todo sale tal como lo tienes pensado. Sino te pierdes entre este espeso

matorral y la rocosa ladera por donde ahora discurre el buen camino.

Desde el cerrillo en que la senda se divide, también se ve una gran panorámica. Sobre lo que fue el gran valle, se nota ahora el pantano, donde estuvo la aldea, las ruinas del viejo cementerio, Cabeza d Viña y la amplia ladera de Peña Musgo. Como has regresado por la curiosidad de comprobar qué se veía desde este lado, sin pretenderlo te has situado casi en el centro del monte que se derrama por el centro de los dos arroyo. El de la Cabañuela y el del Fraile. A la derecha te queda el de la Cabañuela y el del Fraile a la izquierda con su gran barranco. Al frente y en lo hondo, el valle que cubre el pantano y detrás, que es el norte y la cumbre, lo más elevado de la cuerda. Por donde te encuentras es todavía ladera pero entre el Almagreros y el Blanquillo.

Saboreas la visión desde este trozo de sierra y regresas. No es regresar sino seguir la misma dirección pero ahora ya por el camino viejo que a pesar del tiempo y el desuso, no esta viejo. Se encuentra perfectamente tallado en la ladera y tan cómodamente se va por él que es todo un alivio. Se ha espesado tanto el monte y se ha inclinado tanto la ladera que si ahora no fuera por el camino, sería complicadísimo avanzar por el terreno.

Ya estás de nuevo en el punto en que se divide. Ahora es cuando se ve con claridad que uno sube y otro baja. Te vas por el que sube y lo primero que descubres es que la senda empieza a pegarse al arroyo. Ya adivinas que busca remontar a la gran repisa de la gran ladera, aprovechando el surco que las aguas del cauce abrieron. Ya adivinas también que en cuanto remontes el collado, aparecerá la llanura, seguro, donde se encuentra la aldea que buscas. Ahora, frente te va quedando la roca del escalón de la repisa y la ladera que subes. Ahí se termina esta pronunciada pendiente. En un también pronunciado cerro el cual ha sido tallado por el arroyo del lado en que subes. A la derecha te queda ahora las crestas

del Almagreros. El collado, cortando el escalón y detrás las llanuras que intuyes, al frente.

En cuanto avanzas unos metros, caes de nuevo al arroyo. ¡Qué cantidad de agua trae por aquí ahora! Si no lo vieras no te lo creerías y sobre todo con la sequía que padecemos y a estas alturas sobre la solana. Mas tú sabes que cada cumbre de estas sierras es todo un depósito de agua que se va desangrando lentamente y en el arroyo que te cruza por delante, tienes una muestra. Y, además, compruebas una cosa: cuando hace un rato venías por allá abajo, te creías que de aquellas rocas y raíces, brotaba este arroyo. Ahora ves que no era verdad.

Estás viendo que este cauce, bastante más arriba de aquel primer encuentro, baja tan lleno o quizá más de agua que en aquel punto. Parece como si en realidad fuera aquí donde de verdad naciera pero eso es lo que pensabas cuando te encontraste con él allá abajo. ¿Nace aquí o no? Es lo que te pregunta. Tú estás viendo ahora mismo este gran paredón rocoso y sin más, parece como si fuera ya lo más elevado de esta ladera. Por eso crees que debajo de esta pared debe nacer el agua. Pero espera un poco y en cuanto remontes ya verás lo que encontrarás por allá arriba.

En camino y el arroyo se funde en esta zanja que corta la ladera y por su centro sube buscando la repisa de las tierras llanas. Hay muchos arrendajos por aquí que van remontando su vuelo según avanzas por el monte. Es ahora también la época de las bellotas y por eso y por esta zona crecen muy esposas tanto las encinas como los robles y los quejigos. A los arrendajos les gusta mucho precisamente este tipo de bosque. Es donde ellos se sienten más agusto por la cantidad de alimento que por entre las encinas siempre encuentran. Y es curioso, ahora que ya andas casi de nuevo por las aguas del arroyo, descubres que este trozo de por aquí, se parece mucho o es casi igual que el arroyo de Mojoque cuanto éste empieza a caer desde Las Lagunillas para abajo.

En aquella zona allí existe un salto por donde el agua se despeña y queda recogido bajo el bosque de pinos y madroños al mismo tiempo que encajonado entre dos laderas; la del cerro de Mojoque y la cimbre el Almagreros. El salto del arroyo de la Cabañuela también se despeña por una pared rocosa muy parecida aquella. Casi gemelos son aquel rincón de Mojoque y este otro rincón del arroyo de la Cabañuela, aquí, por donde el camino viejo ya si domina la ladera. De tu lado mismo se arranca una ardilla y, más que asustada, extrañada de tu presencia por este monte, corre un poco, se para cerca del agua, empina su cola y mira, salta unos metros más, cruza el charco, busca el tronco de un pino y lo remonta dos metros, se para otra vez moviendo su cola, mira a ver qué pasa. Arranca y sigue subiendo y como te acercas, al fin transpone tronco arriba y se pierde por entre las ramas de la copa. Es como si hubiera querido echar un rato de juego para divertirse un poco contigo y cuando ya se ha cansado, se va a su mundo para desde esa atalaya segura de su pino particular, seguir su observación. Podrías decir que de pronto este rincón se convierte en el rincón del juego del agua y la ardilla. Aunque no te ha sorprendido demasiado lo de este roedor. Sabías que por esta ladera abundan mucho y también sabías lo juguetonas y escandalosas que son cuando se trata de huir de la presencia de alguien.

Y eso también: el agua es limpísima. Puro viento que chorrea por la cascada y se estanca en preciosos charcos por donde en su fondo brillan los rojos madroños. Otro sueño y otro juego. Las madroñeras crecen espesas junta al charco, con sus raíces clavadas en la misma tierra que las aguas moja y como todas ellas están repletas de frutos maduros, los que ya maduros se caen de las ramas, ruedan por la ladera y muchos se quedan en el mismo fondo del charco y la corriente. Otro trozo de belleza más que viene a hacerse presente en el rincón lejano y escondido de estas perdidas malezas de las sierras.

Y un poco más arriba, en la derecha por donde subes, una era que aparecen por entre el monte. Señal esta segura de que por aquí, por estas tierras tan repletas de agua aún hoy,

hubo sembrados. Sementeras de trigo, cebada y centeno que luego trillaban en esta era para aventarla y separar la paja del grano. Hoy las tierras se encuentran tupidas de espeso bosque pero eso no es indicador de lo que en aquellos tiempos pudieron ser. Y la era sí pude ser señal de que las tierras de La Cabañuela no se encuentra lejos. Se despega el camino un poco del arroyo porque aquí el monte se espesa y por eso se viene hacia la izquierda. Por este lado remonta buscando el collado que es el camino natural que el arroyo ha abierto en la ladera.

LA CASCADA DEL MUSGO - 55

Vuelcas a la otra pequeña vertiente y lo primero que llega a tus oídos es el gran ruido de agua. Agua por aquel lado y agua también por este lado. Ya sí estás seguro: este es el auténtico camino a La Cabañuela. Se topa por aquí otra vez con el cauce. Traza una amplia curva empinándose más en busca del collado. Pero tú, por un momento, te sales de la senda y te metes hacia el arroyo. Te sientes atraído por el gran ruido del agua que de por aquí surge y por eso quieres explorar la zona. Trae más aguas, mucha más que este ramal del cauce que el que subía por la ladera y son el mismo arroyo que según se remonta, vienen abriéndose en abanico para concentrarse en varios torrentes que arrancan de la cumbre y según van cayendo, se juntan.

Lo primero que por aquí te encuentras es una gran madroñera repleta de frutos rojos y el charco que se mece bajo ella, todo lleno de madroños. Es este charco como una laguna de viento al lado de abajo de una preciosa cascada donde lo que más destaca no es el chorro de agua blanca de agua blanca que salta por ella sino el tapiz de musgo verde que cubre la roca desde arriba abajo. Tendrá esta cascada unos cinco metros. Al verla lo primero que piensas es que se parece algo de la del Saltador en el río Tus, allá por las sierras del Agua. Se parece no algo sino bastante y es tan limpia el agua que por aquí cae que en lugar de formar tobas como allí lo que

ha criado es un espeso manto de musgo verde. Como es tanto y está tan crecido, apenas queda ya sitio en la cascada para que corra el agua. Sólo un pequeño chorrillo en el centro, por donde cae la cascada, el chorro de agua blanca que se pierde y esparce a lo largo de su caída en varios tramos. Es todo una auténtica maravilla esta cascada, tan repleta de musgo verde, su charco, la madroñera y el rincón entero. ¡Preciso todo esto!

Por el lado izquierdo apartas el monte que son zarzas, clemátides, madroñeras y carrasca y te acercas. Pretendes sacar una foto cogiendo un buen trozo del chorro, el máximo de cascada y su tapiz de musgo pero no encuentras la toma que quisieras. En la foto no se recoge bien ni el agua que cae ni el césped verde ni el charco. Una pena porque aunque a partir de ahora ya te llevarás contigo para siempre la belleza de este rincón, si también pudieras recogerlo en alguna buena foto, sería estupendo. Lo intentas una y otra vez y al final sacas lo que puedes. Nada, sólo un pequeño retazo de esta impresionante belleza para luego enseñársela a tus amigos y a esos otros que jamás vendrán por aquí.

Ya terminada tu sesión de fotos regresas, apartando las zarzas con la sensación casi de fracaso. Te ha pasado como tantas otra veces: tanto te ha rebosado la belleza que ahora al irte y tener que dejara aquí, hasta te duele sentirte ta pequeño y limitado. Y ahora te ocurre otra cosa: sientes como si esta cascada, su charco, su bosque, el rincón todo entero y las laderas que le rebosan por los lados, lo hubieras visto más de una vez en tu sueño. Es como un reflejo, como una copia perfecta, pequeña y limitada de esa otra cascada que tanto has visto en tus sueños y tanto presientes. La Gran Cascada, en mayúscula, con esos montes misteriosos, densos y oscuros que desde tus sueños siempre emergen como anuncia de algo grande, emocionante y bello, ahí por donde la materia ya no es materia.

¡Qué sensación de eternidad y de hermosura cada vez que esos paisajes y esas cascadas emergen desde tus sueños! Y sabes bien todo lo que ello significa porque desde que tienes

sangre corriendo por tus venas has estado tocando un poco cada día esa realidad que luego no te ha abandonado en ningún momento de su existencia. Así que ahora, en estos momentos, remontas la cuestecilla y de nuevo te sitúas sobre el camino. Y ahora, en cuanto de nuevo te sitúas sobre el camino correcto y lo empiezas a recorrer, notas como si otra vez se empezara a dividir en dos. Pero no, sigue y compruebas que el camino traza una gran curva. Y lo que sucede es que lo animales han trazado una trocha de curva a curva para ahorrarse distancias. Es una trocha esta que creías un segundo camino. La senda ahora se adentra por aquí en una intrincada zona de rocas calizas. Todo poblado de pequeñas encinas buscando unas veces el arroyo de la izquierda y otra el de la derecha. Asciendes por la tierra que ha quedado en el centro de dos cauces que en realidad es el mismo arroyo que aquí, tramo alto, va recibiendo otros ramales que descienden desde las cumbres.

En los días de nieblas y lluvias y más aún, de nieve, tiene que ser impresionante encontrarse caminando por este trozo de barranco. Las encinas tienen sus raíces y sus troncos cubiertos por el musgo y las rocas también. Otra curva más y te aproximas al arroyo de la izquierda. El de la derecha ya se ha diluido por entre las laderas rocosas que se extienden por este lado. En realidad es de aquí de donde arranca el pequeño cauce como consecuencia de las aguas que chorrean por la ladera. Así que en este momento sí se te van quedando claro las cosas: el verdadero arroyo viene por el lado izquierdo y nace arriba, por las tierras de La Cabañuela y puede que aún de mucho más arriba. Ya no anunciaba este collado.

Remontas por fin este magnífico collado, pegándote casi por completo al cauce y tanto se acerca el camino que el mismo surco del arroyo se convierte en senda. Aparece por aquí una gran lastra de roca caliza cuya base, firme y lisa, es aprovechada por los dos: corriente del agua y camino. La corriente ha lamido tanto a la roca que parece como si acaso hecho, alguien la hubiese pulido. Es lo que sería el final de la llanura donde se alza la aldea y el comienzo de la caída hacia

el barranco. El agua ha lamido la roca dejándola casi lisa blanca y el camino aprovecha este firme duro y bastante llano para remontarse sobre la ladera. !Es precioso este otro trozo del arroyo con el camino fundido en él, la frágil corriente, la sombra de las gruesas encinas y la sensación de tierras llanas! Porque ya todo esto comienza a ser tierra llana que era lo que la vereda venía buscando. Y aquí, en la primera llanura, en cuanto te has asomado a ella, lo primero que te encuentras son los ciervos. Cinco o seis grandes ciervos que tranquilamente pastan en estas tierras ahora casi por completo suyas. Estas primeras llanuras fueron bancales en aquellos tiempos aprovechados por los habitantes de la aldea para sementeras y hortales. Se nota a simple vista.

Y de pronto la sorpresa: al salir de este tramo de lastra blanca el camino se va un poco hacia el lado derecho del arroyo y ahí, bajo la sombra de la espesa encina, un oscuro y profundo pozo. Justo mismo al borde del camino. Sorprendido te asomas creyendo que es una dolina.

PISANDO LA CABAÑUELA - 56

Y no es una dolina aunque sí lo sea. La roca está abierta, en una gran grieta se abre aquí donde las rocas se amontonan y es como un profundo pozo al cual te asomas lleno de curiosidad. No se le ve el fin pero sí se ve como el tronco de una encina que sube desde el fondo y llega hasta el borde de arriba. Sin duda que este pozo es como una trampa donde con suma facilidad se pueden caer los animales e incluso las personas. Su agujero se encuentra totalmente ras del suelo y hasta un poco escondido entre el monte. Cualquier persona o animal que pase por aquí algo distraído, puede caer dentro de donde es imposible salir. Las paredes están totalmente en vertical y la oscuridad es completa. Crees incluso, que el tronco de encina ha servido para eso: algún animal se ha caído dentro y para salvarlo pusieron el trozo de madera para usarlo en forma de escalera. Luego se fueron y lo dejaron ahí dentro. Un extraño pozo muy peligroso por la profundidad y el sitio donde

se encuentra que no acabas de ver si en aquellos tiempos ellos le daban alguna utilidad.

Desde este punto ya ves las tierras que rodeaban a la aldea. Aquí mismo, nada más llegar a las ruinas de las viejas casas, lo primero que te encuentras es la era. Un rellano pequeño algo redondo que es tierra llana y que sin duda fue la era. Las ruinas de la aldea las tienes aquí mismo, al alcance de la mano. Por fin respiras diciéndote que ya sabes, estás viendo ahora mismo, donde se alzaba la pequeña aldea perdida en las profundidades de este áspera ladera. La construyeron en un gran trozo de tierra casi llana en una especie de hoya, al lado sur de la gran cuerda del Blanquillo y Almagreros. Desde el pozo en la roca, la senda remonta alejándose del arroyo y trazando unas cuantas curvas más para salvar las rocas y encajarse en la misma puerta del cortijo. Ya vez con toda claridad las ruinas. Tal como lo había intuido la senda te ha traído justo a las mismas casas de la Cabañuela. Ni más allá ni más acá. La senda viene a salir al hermoso rellano, sobre el cerrete en que se alzan las casas. ¡Qué satisfacción y qué alegría aunque sea en la soledad de estas montañas y en este momento, cuando ya las aldeas se encuentran no sólo abandonadas sino rotas por el tiempo y más olvidadas de los humanos! Así que aunque parezca que has llegado tarde es bello el encuentro y más para ti.

Lo primero que te impresiona, entrándote por los ojos en cuanto te acercas, son las dos grandes encinas. Junto a ellas las ruinas de unas paredes que tienen pinta de haber sido una corraliza. Quizá donde se criaban a los cerdos que luego servían para la matanza. Y las encinas te dicen lo que tantas veces te han dicho árboles similares en las mismas puertas de cortijos y aldeas. Que aquellas personas, a pesar de todo, respetaban el bosque donde vivían. Los árboles más bellos del entorno, siempre ellos los dejaron crecer aunque esto estuviese en la misma puerta de sus viviendas. Tenían ellos conciencia de la belleza de estas plantas y sentían que cortarlos era toda una crueldad.

Además de las encinas y las corralizas ya se ve la grandeza de esta humilde cortijada. Con temor, con bastante respeto y lleno de honda alegría, te acercas al mismo tiempo que te vas diciendo que vas a entrarle por la parte de atrás; la que da al norte que es la que pega a la cumbre del Blanquillo. Por cierto: desde este punto si siguieras en línea recta y atravesaras la cordillera, irías a salir justo al mismo nacimiento del arroyo de María. Es más: el arroyo que te has dejado a la derecha de la que has traído ladera arriba, arroyo de Los Frailes, nace casi en el mismo punto que el de María. Sólo que aquel brota al otro lado de la cuerda, en la cara norte, y este revienta en el lado sur. Pero la parte final de ambos arroyos, bueno más bien, el punto donde brota un cauce y otro, casi se tocan en lo alto de la cumbre. Es más, seguro que el agua que ahora mismo corre tanto por este cauce como por aquel, surge del mismo depósito puesto que es en la misma cumbre donde ambos arroyos se fraguan. Hasta se parecen en la cantidad de agua que aquel y este arroyo llevan. Este descubrimiento es muy curioso y te sirve para orientarte con exactitud y saber bien por dónde te encuentras y te quedan las cosas, las cumbres y los arroyos.

- Pero un momento.
Te dice de pronto la figura invisible de uno de aquellos que en otros tiempos habitaron en estas ruinas. Lo sientes cerca de ti a pesar de la soledad y el abano y por eso lo crees natural.
- ¿Qué pasa?
Le preguntas.
- Que antes de seguir adelante y meterte en el centro de estas ruinas con las tierras que dieron vida a la aldea, quiero contarte algo.
- ¿Qué es lo que me quieres contar?
- ¿Tú has oído hablar del cortijo, casi aldea del Aguadero?
- Sí que he oído hablar aunque nunca estuve allí a pesar de las ganas que tengo de conocer aquello.
- Pues entonces, tú sabes que esta senda, la vieja senda que recorre la solana, fundamentalmente va desde el Aguadero a Las Lagunillas pasando por la Cabañuela. Y eso fue así porque el camino venía desde Cazorla y un poco más arriba del Collado del Almendral, se divide en dos. El que seguía río

abajo y el que subía. Camino del Almendral desde Cazorla a Bujaraiza, era el primero y camino del Aguadero a Las Lagunillas pasando por La Cabañuela, el segundo.
- De este asunto, no mucho pero algo ya sabía. ¿Sólo esto querías decirme?

- Quería yo decirte ahora que precisamente al descubrirte pensando en la teoría de los dos arroyos y ver este cauce que has seguido, se me viene al recuerdo la imagen de aquella tarde.
- ¿Cuál es esa imagen y qué pasó aquella tarde, sí es que pasó algo y si tiene algo que ver con este arroyo y los caminos?
- La imagen son ellos por este arroyo yéndose por el camino.
- Aclara el tema un poco para que lo pueda entender.
- Te lo voy a descubrir con detalla. Sólo el recuerdo de ellos aquella tarde por aquí, me llena de una emoción especial.
- Te escucho aunque por unos momentos tenga que dejar aparcado mi encuentro con las ruinas y la llanura.

ELLOS AQUELLA TARDE - 57

- Pues eso: estaba ya cayendo la tarde y ellos salieron de las casas de La Cabañuela. Querían subir por el arroyo que te has dejado a las espaldas. Es por donde, en principio, el camino que viene desde el Aguadero, le entra a esta llanura. Y el caso es que ellos conocían perfectamente el camino. Mil veces lo habían recorrido a lo largo de sus vidas para ir y venir a la aldea del Aguadero y a otras partes de la sierra. Mil veces habían ellos recorrido este camino y otras mil veces se habían llenado de emoción cada día que, siguiendo el camino, remontaban el gran cerro que se ve al frente. El que ahora mismo te queda a tus espaldas. Y por eso a ellos les gustaba tanto recorrer este trozo de senda y luego coronar el cerro. Un gozo grande y especial que siempre corría por sus almas aunque ni lo conocían ni sabían por qué.

La Lancha Bonifacio, es el nombre con el que todos los de por aquí conocían este bello, impresionante y a la vez traicionero cerro. Al principio, una vez que el camino se situaba sobre el collado, subía durante un trecho como si quisiera coronar la cumbre. Luego se iba para el lado izquierdo y cortando rocas y casi colgado en la ladera, surcaba el cerro para caer por la parte de atrás; donde nacen dos pequeños arroyuelos que enseguida se junta para luego caer por la escabrosa ladera. Y en su recorrido por esta pendiente, el camino iba descubriendo las más preciosas vistas sombre el amplio valle de Bujaraiza y sus llanuras. Todavía hoy se ven estas panorámicas pero son las aguas del pantano las que ahora asombran.

Cuando ya el camino se sitúa en el barranco de los dos arroyos, se va por el de la izquierda y sube pegado a él hasta el delicioso collado del pino solitario. Lo vuelca y humildemente se pega a la ladera para empezar a caer hacia el impresionante barranco del arroyo del Aguadero. Según se baja, rozando las encinas milenarias y acompañado por el rumor de las casacas que caen, al frente, sobre la verde, solitaria y hermosa lomilla, se van viendo las casas de la aldea del Aguadero. ¡Qué bonito es este puntal, con las tierras que se derraman a un lado y otro y las casas en lo alto! ¡Qué bonito y que lugar más emocionante por la cantidad de agua, las buenas tierras y lo solitario en lo hondo del barranco y en la cumbre del monte!

Desde tiempos remotos los serranos siempre buscaron los manantiales de cabecera de los numerosos arroyos donde se establecían con sus familias, roturaban la tierra para cultivarla y pastoreaban su ganado. Allí donde hubiera un trozo de tierra fértil regada por un manantial, construían sus casas y sembraban sus huertas.

Así que aquel día, ya bien cayendo la tarde, salieron de las casas de la aldea y se pusieron en marcha para coger el camino y remontar el cerro. Pero ya te lo he dicho: aquella tarde no era otra de tantas. Toda la noche anterior había estado nevando y luego gran parte del día y por eso, aunque al irse el sol el cielo se quedó por completo azul y sin nubes

alguna, el campo, todas las laderas de las montañas, las cumbres de los repechos, los arroyos, barrancos y aquellas otras cumbres al otro lado del Guadalquivir, estaban por completo blancas. Cubiertas totalmente por la nieve y en algunos sitios con más de un metro. Un nevazo grande de verdad que había dejado el bosque, los arroyos, las sendas y hasta las grandes rocas, tapadas por completo.

Pero esta nevada tan grande no era freno para el propósito que ellos querían llevar a cabo, sino que resultaba todo lo contrario: la abundancia de nieve era lo que a ellos les había empujado para ponerse en ruta rumbo a la hermosa cumbre del cerro que nos quede enfrente.

- Pero si no vamos a ver ni el camino.

Decía uno de los niños.

- El camino va por aquí, ves. Sólo tenemos que seguirlo porque sube pegado al arroyo y después remontamos el cerro.

Le decía el hermano mayor que era el promotor de la aventura.

- Pero cuando pasemos por el voladero, por donde la senda va rozando el borde mismo del acantilado ¿dime cómo nos las arreglamos?

- Vosotros dejáis que yo vaya delante. Ya veréis como trazo camino por la nieve. Además, lo del voladero, la parte difícil, no es nada. Cuatro metros que yendo con cuidado y agarrándose a las rocas, enseguida abrimos senda lo cual nos vendrá bien para el regreso. Vosotros me dejáis y ya veréis como remontamos la ladera hasta la cumbre.

- Y eso es otra: ¿para qué tenemos que subir a esa cumbre y precisamente hoy y a estas horas del día?

- Es ella lo más bello del mundo y vosotros como yo sabéis que remontar esta ladera, coronar la cumbre y situarse frente a los grandiosos barrancos, los bosques y los arroyos que desde allí se ven, es la maravilla más grande que en este suelo puede contemplarse. ¿Creéis que no merece la pena?

- Eso sí es verdad pero ello no quita que debamos ir con cuidado.

- Porque también es verdad la belleza que ahora mismo este barranco, con su arroyo y la nieve llenándolo, presenta ante nosotros. ¿No veis? ¿Y no veis la ladera con su monte oscuro

y su hierba verde ahora todo vestido de blanco? Venga, pongámonos en marcha y no lo pensemos más.

Se pusieron en camino. Subieron por el arroyo pisando la espesa capa de nieve para al andar ir trazando un camino que les sirviera no sólo para la subida sino también para volver luego ya cayendo la noche. Después de atravesar el amplio barranco, no sin grandes dificultades, la emprendieron con el repecho. Trazaron otra senda ladera arriba. Por ese terreno era más difícil avanzar porque tuvieron que luchar no sólo con la nieve sino con la pendiente y el monte. Grandes dificultades que en otros momentos y para otras personas hubiera sido empresa por completo imposible pero que para ellos, aquella tarde, suponía un enorme gozo. Un placer que se hizo mucho mayor cuando por fin coronaron la cumbre y tuvieron ante sus ojos el espectáculo que en sus almas habían soñado.

Y me dijeron a mí luego, que para ellos fue tan curioso, mágico y al mismo tiempo misterioso, el espectáculo que desde aquella cumbre contemplaron, que cuando volvieron de ella, desde aquel día, algo trascendente y profundo se clavó en sus almas para toda la vida. Me dijeron a mí que aquello fue como la visión de un mundo nuevo y una tierra nueva donde en el centro estaba el Creador del Universo llenándolo todo de esplendor. Lo que jamás habían visto nunca ni soñado en ninguna ocasión, allí lo tuvieron ante sus ojos como un regalo exquisito y solamente para ellos.
- ¡Tú tendrías que haber visto!
Me dijeron ellos a mí. Y también me dijeron que a partir del momento de aquella tarde, muchas cosas comenzaron a ser distintas para ellos. Ya la cumbre esa no era la misma cumbre sino el rincón desde el cual se divisaba la belleza y el misterio. Los barrancos y laderas también tomaron un aspecto nuevo.
- ¿Pero cómo fue aquello?
Les preguntaba yo.
- Aquello fue como un encuentro con la verdad suprema donde además de sentirnos felices y llenos de un hondo bienestar, nos sabíamos importantes, plenos y profundamente nosotros. Tú tendrías que haber visto.

Me dijeron a mí.

Y luego me dijeron que ya muy caída la tarde regresaron siguiendo la senda que por la ladera habían trazado. Cruzaron por el borde de los acantilados y luego por la senda que va arroyo arriba. Me dijeron que todo aquello, a pesar de la aspereza del camino por el terreno y la nieve, resultó de lo más gratificante.
- Como el más delicioso de los juegos que al mismo tiempo es un recorrido por el país del gozo.
Fue lo que también me dijeron. Y claro, ahora que andas por aquí, el conocimiento y recuerdo de aquella tarde, es importante que la tengas presente. Si después te da tiempo, puedes subir a la cumbre. ¿Qué te parece?
Te pregunta la presencia del que intuyes presente en la ausencia.

- Si luego me da tiempo, subiré a esa cumbre, tan diferente a las otras, según me has contado. Parece como si fuera una gran cumbre sagrada. Como un santuario donde ellos aquel día de nieve, tuvieron su encuentro con el gran Dios. ¿No lo crees?
- Yo lo creo y lo acepto con los ojos cerrados porque, además, esta realidad, es una de las verdades más genuina de nosotros los serranos. Desde tiempos lejanos, muchos nos han tratado como a objetos para sus experimentos. A pocos se les ha ocurrido pensar que nosotros, también tenemos corazón y alma. Que aquí estamos vivos y hasta nos sentimos hijos de la nueva creación porque Dios nos roza y nos habla en cada momento por estos barrancos y repechos. Muy pocos caen en la cuenta de esta realidad y por eso se equivocaron, se equivocan y se equivocarán siempre en las cosas más esenciales con relación a nosotros y a estas sierras.
- Pues ya te digo, luego si me da tiempo, me pondré en marcha y subiré a esa cumbre aunque parezca tan sagrada por lo de ellos aquella tarde.

LAS RUINAS - 58

Como ahora ya estás tocando las ruinas de esa vieja aldea, te dedicas de lleno a eso: a tocar el frío silencio y la soledad que por ahí ha quedado. A lo que queda de estas casas le entras por la parte de arriba, la que mira a la cumbre. Según se le entra por el lado del arroyo que es por donde queda la senda, en el trozo de pared que aún queda en pie, un ventanuco. Por el lado de la cumbre, una puerta que por supuesto no tiene puerta ni sirve para entrar a ningún sitio. Ya no existen por aquí nada más que unas cuantas paredes, sin tejado ni puerta ni ventana aunque los marcos de las ventanas y puertas, sí pueden tocarse todavía pegados a los trozos de pared que se caen. La primera puerta que ves todavía tiene su dintel. Fue construido de troncos de pinos y ahora se desmorona sujetos a las bonitas piedras de toba que le pusieron. ¡Precioso a pesar de la ruina! Se ven que esto no fue vivienda sino corral para el ganado.

Entrando por el hueco de lo que antes fue la puerta se llega a otra puerta más en el interior y se llega a una corraliza. En el centro otra puerta y esta era la vivienda. Aquí se ven la chimenea y ya no hay techo. La cocina, conforme entras, te queda a la izquierda y la estancia principal con dos habitaciones y una ventana que da a otro establo en la parte de abajo. Algo más adelante, en la misma dirección, otro establo bastante grande por detrás de la vivienda, y más adelante, sin tener que girar ni a un lado ni a otro, otra vivienda.

Rodeas el montón de ruinas y ya por el lado de Las Lagunillas, más escombros de un grupo de cinco o seis viviendas. Una de ellas, la primera en el camino que llevas, además de escombrera total, se encuentra comida por las zarzas. Por entre la maraña y los montones de piedras se adivina una pequeña estancia con su chimenea y la puerta. A continuación ves un ventanuco y una nueva puerta que lleva a otras tres, cuatro, cinco... viviendas más. Lo puede sacar porque aún se ven las paredes negras del humo donde estuvo la chimenea. A los lados se adivinan las correspondientes alacenas junto a las pequeñas ventanas. Observan que el bloque fue construido formando un sólo tejado y dividido en dos

para el agua. En cada una de las vertientes existió una vivienda.

Más para abajo, hacia el arroyo, otras dos vivienda aprovechado la misma vertiente del tejado. Aunque algo más hacia el arroyo se ven unas encinas y pegadas a ellas, un par de vivienda más. Siete llevas ya contadas en total. La que ahora mismo tiene ante ti es todavía mucho más grande. Se ve la alacena blanqueada, donde estuvo la chimenea todo el tejado desmoronado. Cielo puro y limpio entre cuatro paredes de piedras recogidas por las llanuras que rodean el frío mazacote de ruinas. Precioso es aún este lugar y más lo sería en aquellos tiempos cuando estaba repleto de vida y calor humano.

Sigues rodeando el lugar ahora ya por el lado del arroyo. Por aquí no se ven puertas. Tampoco ventanas. Aunque puede parecer que lo más lógico fuera lo contrario: que las casas estuvieran construidas con sus puertas y ventanas de cara al gran valle. Pero ya se ve que en la realidad no fue así. Como si ellos estuvieran enfadados con el resto del mundo ya que parece que el mundo estaba por ese lado. Por la zona del valle y no por detrás que sólo queda la llanura en primer plano. Luego, la cumbre sagrada formando una gran muralla entre el mundo y ellos y el infinito. Pero no: para ellos el mundo se alzaba, se encontraba y se concentraba en las pequeñas tierras de la llanura donde cultivaban sus cosechas y pastaba su ganado.

Desparramado por aquí tenían ellos su trozo particular de mundo. El otro pedazo, lo que le faltaba al mundo para ser completo y las otras personas, quedaba allá en la lejanía. Por el valle del Guadalquivir y más allá. Como si de este modo, de espaldas al valle y recogidos en el pequeño pero hermoso abrigo de la llanura, ellos quisieran decir que aquí tenían toda su felicidad. Que aquí tenían todo su universo. Que no necesitaban de más para desarrollar sus vidas y hacer real todos sus sueños. Y hasta crees que sí: que incluso hoy, aquí

tendrían lo suficiente, si en aquellos tiempos los hubieran dejado tranquilos.

Sigue en tu deseo de descubrir no sabes qué y ahora, por el lado en que te empeñas hubiera sido el lógico para las puertas y ventanas, ves los corrales. Los establos para el grueso del ganado justamente aquí: pegadito a sus casas por el lado del arroyo y el gran valle y, además, aquí mismo, donde crecen las encinas, se encuentra la era. Todo, encinas, era, corrales y arroyo, como abrazando a las casas hacia la llanura, que es el centro del universo, el corazón mismo de cuanto para ellos existe sobre este planeta. La era fue tallada en la roca viva porque ya aquí no hay llanura sino peñascos y algo más abajo, cauce de arroyo.

Compruebas que no hace mucho alguien ha pasado por aquí. En las tierras de esta vieja era, he encendido lumbre. ¿Quiénes serán y a qué vendrán por tierras tan sagradas y ocultas? Aquí están los restos de tizones, cenizas y piedras donde se han sentado. También ves que por debajo de la encina, ya rodeándola por completo, siguen, seguían las corralizas extendiéndose hacia el arroyo. La encina daba buena sombra y algo de refugio en los momentos de las lluvias y las nevadas y por eso, aprovechando su buen tronco y sombra, otra corraliza. Es tan gruesa esta encina que los animales más que dañarla, la abonaban con sus cajoneras y cagarrutas. Hasta puede que por eso ahora, tanto años después, se encuentre tan frondosa y verde. Una auténtica joya como en tantos otros cortijos por estas sierras donde casi siempre, ellos procuraban tener buenos ejemplares tanto de encinas como de robles y nogueras, en la misma puerta de sus viviendas.

Al dar la vuelta te has situado frente al barranco y miras empapándote de la bonita y amplia panorámica. Allá abajo, muy cerquita, el Cabeza de Viña que se alarga majestuoso por las que son tierras del pantano, inundadas en otros momentos y por completo secas ahora. Sientes el arroyo caer y ahora parece que con más jubilo y agua porque estás situado casi sobre él. Ya sabes por dónde va despeñándose y esto te da

una pequeña sensación de dominio y seguridad. Subiendo, el collado o la gran hendidura por donde el arroyo se ha colado para bajarse de esta ladera. Un montezuelo ahí en el centro del collado con muchos pinos. Algunos son de aquellas repoblaciones.

Es un buen mirador este punto. Sobre todo, lo que desde aquí se domina bien es el rincón por donde has subido siguiendo la senda. Las tierras que aprovechaban ellos queda detrás de las ruinas, entre la ladera de rocas que cae de la cumbre y el arroyo. Son estas unas tierras muy buenas y, además, con mucha agua. Las viviendas, este grupo de casas tan bonitas, en este apartado rincón solitario y bello, tenía todas vista hacia la zona de Las Lagunillas. Es más bien tierra llana este lado. Y aquí, por delante, crece otra higuera. Junto a lo que fue otro corral y en el mismo centro de una corraliza pequeña. Todavía tiene algunos higos este árbol. Son blancos y además de tener buen aspecto, en cuanto coges uno y lo pruebas, compruebas, notas que son los higos más ricos que has probado en tu vida.

En la misma llanura de lo que sería la entra a la aldea, porque hacia este lado miraban todas las casas, estaba el horno. Podría decirse que esta explanada era la plaza principal de la cortijada. La semejante a esas modernas y extrañas plazas en las grandes ciudades. Y desde aquí hacia el collado, dirección a Las Lagunillas, se alarga el llano. Solitario por completo hoy aunque lleno de árboles. Todos los árboles frutales que ellos sembraron en los lindazos de sus huertas, siguen vivos y esparcidos por las tierras de la llanura. Crece aquí mismo un almez, un estupendo almez cargado de frutos ya maduros. Como sí sabes que estas redonda bayas son comestibles, recoges un buen puñado arrancándolas de las ramas bajas y te las comes.

Las negras bolitas están dulces y tienen un sabor característico y muy exquisito. En la misma llanura que sirve de entrada a la aldea, en el centro de este delicioso llano, es donde han venido a nacer y crecer. Con tanto vigor se han

desarrollado que el tronco de uno de ellos necesita dos hombres para abarcarlo. Seguro que fueron ellos, los que fundaron y poblaron esta aldea, los que sembraron estos bonitos árboles. De este modo puedes pensar ahora que los viejos almezos son el fruto de aquel cariño que ellos siempre sintieron por los árboles y el bosque en general. Los miras, los tocas, recorres su sombra y hasta sientes todavía por entre ella el balar de los rebaños cuando en los meses de calor se amontonaban bajo las ramas de este almez para sestear. Además de ovejas, cabras y cerdos, también tenían vacas, mulos y burros. Aquí, ahora mismo hay también algunas boñigas de vacas. Pero, claro, enseguida te dices que no son las de aquellos tiempos. Puede que alguna familia de algún cortijillo por ahí todavía habitado, conserve una pequeña punta de vacas y los animales hoy han estado por aquí pastando.

Han acudido a la sombra de este hermoso árbol. Los almezos son tres en total. Lo de las boñigas recientes te dicen que la sombra fue un buen sesteadero para el ganado. Es de hoja perenne esta clase de árbol y de ramaje muy denso lo cual hace que su sombra sea oscura y fresca. Uno de los tres, el más viejo, ha sido invadido por una hiedra silvestre. Se le han enredado en el tronco y trepa verde y fuerte por las ramas arriba coronándolo hasta lo más alto. Por entre los troncos del almez y la hiedra se enreda y trepa una parra. Esta planta sí fue sembrada por ellos. Con tanta suerte y tan bien se ha adaptado a estas tierras que ya hoy alcanza la categoría de monumento. Así de hermosa y grande es esta vieja parra.

Avanzas un poco dirección a Las Lagunillas y por aquí te tropiezas con un pequeño arroyo. Justo en este punto se divide en dos. El principal viene de la ladera rocosa. Desde donde mueren las rocas el arroyo baja cortando la llanura en dos. Y otra realidad más que compruebas: aquí mismo tenían ellos el agua tanto para su ganado como para el riego de sus sementeras, huertas y hortalizas. Es este arroyuelo todo un puñado de belleza que más parece y canal construido por ellos. Las higueras crecen a lo largo de toda su orilla y lo mismo que la del cortijo, todavía tienen algunos higos. Ya empiezan a

ponerse amarillas las hojas. También las de las muchas parras que se enreda por las encinas, las higueras, los membrilleros y los granados.

Verdes y con frutos están los granados todavía. Pero tanto unos árboles como otros, se les ves muy rotos. Muy viejos y con muchos trozos de troncos secos. Los animales del coto que ahora viven por aquí, se los están comiendo poco a poco. La sequía de estos años ha sido tan grande que hasta los animales tienen muchos problemas para encontrar alimento. Estos viejos árboles de las huertas de ellos les sirven de buen alimento. Por una razón y la otra: la depredación de los animales silvestres del coto y el abandono de las tierras, los estupendos árboles frutales son ya casi por completo plantas asilvestradas. Según va moviéndote llanura arriba, se te alzan pequeñas bandadas de pajarillos. Unos salen de los mismos charcos del arroyo y otros de entre las ramas de las higueras.

POR LAS TIERRAS DE SUS HUERTAS - 59

Porque este arroyo, a estas alturas sobre la solana, en esta época del año y después de cuatro de dura sequía, tiene agua, mucha agua. Pista fácil de seguir para llevarte a la conclusión de que en aquel tiempo hubo por aquí mucha abundancia de vida. Vas metido en tus cosas, reflexionando en esto y aquello, saltando de sorpresa en sorpresa al tiempo que gozas placenteramente. El encuentro no puede ser más sustancioso. Más rico en soledad y silencios preñados de belleza. Y de pronto, lo que ya esperabas desde hace un rato: una manada de ciervos. Al lado del arriba, por donde ya la llanura comienza a elevarse ladera arriba, por donde nace de verdad del arroyo, una manada de ciervos que comen bajo las últimas higueras. Buscan por el suelo los higos que se han caído. No te han visto todavía y por eso los puedes observar calmadamente. Están ellos tan entusiasmados con los frutos y las hojas que a la higuera se le han caído, que ni han notado tu presencia.

La manada está compuesta por cuatro ciervos hembras y un gran macho. Como la soledad y el silencio de este espacio es total, han bajado desde el monte y se siente dueños de la llanura. Te paras. Durante unos minutos los observas tranquilamente. No te han visto. Bastante entretenidos están con su rebusca de higos. Te dices que se te ha presentando el mejor momento para fotografiarlos a plena satisfacción. Están un poco lejos. No has traído contigo el tele objetivo. Además, tampoco sientes demasiado interés en una foto con ciervos. Ya hiciste otras en ocasiones pasadas. La verdad, no le ves la emoción a eso de coleccionar muchas fotos de animales sin tener un fin concreto.

Sigues moviéndote llanura adelante con tus ojos fijos en ellos. Te extraña bastante que tarden tanto en verte. Te vuelves a decir que sí, tiene su encanto ver animales silvestres pero tan poco es hasta el extremo en que los paseantes proclaman. Te mueves ahora al descubierto por el llano con la intención expresa de que te vean. Saltas el arroyo y ahora te descubren. Primero levantan las cabezas, miran muy asustados y arrancan a correr. Saltan por las rocas y se alejan veloces hacia el lado de arriba, por donde el bosque es espeso.

El arroyuelo viene cruzando la llanura y nace aquí: debajo de las rocas que descuelgan de la cumbre. Buscas ahora el punto exacto donde debe brotar el manantial. Todo arroyuelo tiene un venero en su principio. Eso lo sabes. Mientras continuas subiendo con el deseo de encontrarlo, caes en la cuenta, otra ves más, que todo el surco que el cauce traza cruzando la llanura, sigue repleto de higueras. ¡Cuántas higueras sembraron ellos por aquí! Siempre las plantaban junto a las acequias; en los lindazos, aprovechado las tierras que no servían para huerta pero que sí criaban árboles de todo tipo.

Hay aquí, donde nacen las primeras aguas de este arroyo, una pequeña hoya toda llena de viejas encinas. Por el suelo, toda la tierra está llena de rastros de animales. Mil pisadas y muchos excrementos. Están cayéndose ahora las bellotas y esos mismos ciervos que acaban de perderse monte arriba u

otros cualquiera de los muchos que debe haber por aquí, pisotean las tierras bajo estas encinas buscando sus frutos. Esto sucede así y por eso las tierras se ven tan trilladas. Sin ni siquiera una brizna de pasto y lleno por todos sitios de cagarrutas. También boñigas de vacas y hozaduras de jabalíes.

Ya pegando muy a la pared, por el lado de arriba de la llanura, te encuentras con varios olivos. Otro de los árboles que siempre acompañaron a los serranos. Y es curioso pero así es: uno de los olivos se encuentra cargadito de aceitunas y, además, son gordas. Desde el lugar en que en este momento te has situado, si miras para atrás, la llanura ya te queda en la zona baja. Los cortijos y demás ruinas, allá al comienzo del llano, sobre un montículo pegando al arroyo grande y todo formando un sólo bloque. La vegetación que ellos le quitaron a estas tierras para "roturarla" y hacerla productiva, fundamentalmente fue encinas. Un bosque muy bueno de encinas porque aún, por las tierras colindantes a las que fueron desmontadas, existe restos de este primitivo bosque. Espesas y viejas encinas creciendo por entre las rocas.

Al verlas ahora te dices que fue una pena: aquella gente roturaban y los de la Administración los acusaban diciendo que hacían polvo el bosque. Pero las que quedan por aquí todavía se les ven por completo endebles. Sin apenas fuerza para seguir creciendo y ello se debe a que no las han podado, no las han limpiado desde que ellos se fueron. Muchísimas encinas, todas altas, de diez metros algunas pero endebles. Las más gruesas como el cuerpo de un hombre, que aunque esto es ya una buena encina, hay que verlas para convencerse de su endeblez. Recuerdas ahora que unos años atrás, hablando de estos y otros muchos árboles por estas sierras, se decía que:

"Pero no es de admirar tanto la gran corpulencia, cuando la prontitud admirable con que se reproducen. Es muy frecuente entre los moradores de esta cordillera, después de haber cortado algunos árboles por sus pies, quemar todo el monte bajo para sembrar centeno y otras semillas; a los tres años, sin

embargo, vese ya el corto tronco que había quedado cubierto con la tierra y las cenizas, vestido de una multitud de frondosas ramas... Por todo ello es muy de lamentar que esta rara y magnífica vegetación, camine hacia su ruina, por negligencia y errores, que es menester remediar, ya disponiendo que se habrán vías de comunicación en estas sierras... ya, en fin, apelando a otros de los muchos remedios que puede ocurrirse a u Gobierno inteligente, laborioso y culto".

De por aquí sale huyendo otro ciervo. Al tropel de su huida, de entre el bosque alzan el vuelo un montón de pajarillos. Aves pequeñas y algunos grandes que se refugian por aquí al calor de tanto árbol como por el lugar crecen todos llenos de frutos y junto al arroyuelo donde también tienen agua. La vida hierve donde el agua corre y el bosque crece. Los pájaros, los jabalíes, los ciervos, todos llenan la tierra cuando la tierra es buena y brota el agua de los manantiales. Aquí mismo crecen también varios granados cuya fruta no sólo ya está madura sino abierta y con los granos rojos esparcidos por el suelo.

Según vas avanzando a media ladera por el lado de arriba de la llanura, te llega el olor de algún animal muerto. ¿Qué será? Ya estás regresando. Busca ahora el arroyo grande cruzando las tierras por la orilla del monte y la llanura. Bajas un poco y el olor a carne podrida se hace más intenso. No te extraña que con tanto animal como por aquí vive, alguno se haya despeñado. También puede haber muerto de viejo. Eso es lo que te vas diciendo cuando de pronto, tras una gran roca, descubres la verdad: un gran ciervo muerto. Se pudre pegado a la roca, algo oculto entre las carrascas y en las piedras manchadas con su misma sangre.

Te acercas y ya lo descubres mejor: es un ciervo grandísimo y tiene la cabeza cortada. ¿Qué ha sido esto? Te preguntas y perece que enseguida imaginas algo. Alguien ha venido por aquí y se lo ha cargado aposta. No ha muerto ni de viejo ni de un accidente al resbalar por los despeñaderos. De noche, alguien ha venido por aquí, lo ha esperado, le ha disparado, le ha cortado la cabeza con su buena cornamenta y se ha llevado

el trofeo. Eso ha sido lo que ha pasado. Las señales están claras. Todo tiene pinta de haber sido una ación humana, meditada y muy bien planeada. Ha sido matado expresamente para obtener un buen trofeo de cornamenta. También piensas ahora que esto puede ser obra de alguien con mucho dinero. Alguien con algún buen despacho en la gran ciudad, ha ofrecido dinero para que unos furtivos maten el mejor ejemplar de ciervo y le lleven la mejor cornamenta. La arreglará y luego la pondrá en la pared de un despacho para así presumir de la más hermosa cornamenta. Seguro que la historia de este hermoso ciervo, ahora muerto entre las matas y rocas de este rincón, si no es esta, se parece mucho.

Lo miras un poco más como si quieras hacer algo y por fin te vas. Ya te queda cerca el gran arroyo. El mismo cauce por el que has subido hasta esta llanura hace un rato. Y es que, andas buscando la presencia de alguna senda que, por este lado, salga o entre al llano de las casas. Tu intuición te dice que el camino que iba a los cortijos del Aguadero, debe arrancar por este arroyo arriba. Por aquí es por donde ellos aquella tarde surcaron el monte en busca de la cumbre. Pero por un momento se te olvida la senda. La corriente del arroyo te coge. Es asombroso la cantidad de agua que por él corre. No te lo crees.

Ya estás en el mismo borde. Subes un poco y ahora lo que te interesa es ver donde brota el manantial. Crees que no se encuentra lejos. Debe manar por aquí mismo. Ya te mueves por los límites del barranco. Más arriba sólo hay ladera, casi pared rocosa muy inclinada y más abajo, tierras de hortales. De cualquier rincón, bajo cualquier roca o matorral de estos, puede brotar el manantial. Subes unos metros más siguiendo la corriente y a cada paso tu asombro aumenta. Por este punto, el arroyo grande, trae más agua que por el tramo medio que hace un rato pisabas. Y ya está: nace aquí. A la derecha según subes, entre la ladera y las rocas. En el mismo bosque de encinas. Entre las piedras brota.

Muchas encinas, muchas zarzas, entre un montón de piedras sueltas, donde se quiebran las lastras blancas de la ladera, aquí mismo sale a la luz el gran arroyo de la Cabañuela. Así que una ves más se te clarifican las cosas: cuando hace un rato subías por el barranco buscando las ruinas de las casas, ninguno de los chorros de agua que te venías encontrando eran el nacimiento verdadero del arroyo. El de verdad es este porque, además, es también el primero o el último, el que se encuentra en la cabecera del cauce. Y ahora, demás, sacas otra conclusión: aquí hay mucha más agua que en aquellas otras tierras de Las Lagunillas.

En aquellos tiempos, casi todos los manantiales de estas sierras estaban libres. Es decir, nadie había intervenido en su punto de nacimiento para encauzar u ordenar el agua que hay brotaba. Y si en algunos de ellos los serranos trazaban regueras o acequias, siempre era por pura necesidad. Se adaptaban cuanto podían a la tierra y a la forma y belleza primitiva. Es exactamente lo que ha ocurrido en este venero. Aún se conserva tal como brotaba hace trescientos y quinientos años. Después de la decisión de ordenar y manipular estos montes, muchos de los manantiales cambiaron por completo su fisonomía. Lo primero que hicieron con ellos fue ordenarlos, justo donde nacían, encauzarlos y luego le construían una fuente o una arqueta con cemento y los metieron en tubos de plástico negro. La mayoría de aquellos precisos manantiales, fueron rotos. Despojados de su más pura belleza en el mismo punto en que ellos salían a la superficie. Y esto aumentó más con la llegada de los nuevos tiempos. En nombre del progreso y los nuevos proyectos de desarrollo para estas sierras. Aquellos nuevos tiempos que comenzaron justo cuando el gran director escribió sus proyectos sobre el viejo libro de estas sierras. Nuevos tiempos que están llegando todavía y ni se sabe cuando terminarán.

Avanzas un poco con el deseo de encontrar el camino. No lo ves pero sí otro nuevo arroyo. Queda más a la izquierda y este sí parece el arroyo principal. Todas las tierras confluyen hacia este cauce adquiriendo así la categoría del arroyo mayor de la

gran cuenca. Cuatro caños de agua más que se suman al pequeño que has visto hace un rato. Por fin ya sí es esté el venero padre. Y nace aquí: justo debajo de una higuera y esta tan grueso como el cuerpo de un hombre. ¡Qué chorro más bonito! Te metes por debajo de la higuera, que no es una sola sino varias, y te alejas hacia la parte del collado intentando descubrir la senda que buscas. Lo que pretendes es no regresar por el mismo camino. Te interesa un sitio nuevo y te interesa la senda que crees debe ir por aquí en busca de la cumbre y desde ella al Aguadero.

Por cierto, de ese rincón que no has pisado todavía y crees no pisarás nunca, el poeta serrano, tiene escrito una página. Una historia cortita pero muy maciza. “Al principio del siglo XVIII, años antes o después, un matrimonio con tres hijos vino de Navarra. De un pueblo que se llamaba Milagros de la Rivera. Y vinieron de encargados con unos señores para llevarles su administración. Aquellos, cuando los hijos fueron mayores, como eran dos varones y una hembra, la hermana se quedó allí en Segura y allí aparecen sus descendientes todavía. Los hermanos se fueron por la sierra a la parte de Pontones. Se llamaba uno Pepe y el otro Fernando. El primero se casó en Pontones y allí aparecen sus descendientes.

Fernando se casó en las Casas de Carrasco y se bajó al valle por la parte de Bujaraiza con otro amigo suyo. Como se comprende que aquello fue la era de Carlos III, que el rey aquel dio mucha libertad, Julián que era un amigo suyo, formaron dos buenas familias. Aquellos dos matrimonios se subieron allí, a poyo y fundaron el Aguaero. Hicieron dos casas y comenzaron la roturación. Luego Fernando se bajó otra vez a Bujaraiza y a su amigo Julián le dejó las casas y las tierras. El se puso a vivir en la casa grande que había sido del virrey. A la vez que vivía en Bujaraiza comenzó a ir a Padilla. Hizo el cortijo de Padilla y roturo allí todo lo que más le gustó del contorno.

Se supo que se llamaba Fernando Marín Garay por una escritura que se vio de una de sus propiedades. Resulta que mis padres eran bisnietos de aquel Fernando Marín. Por eso

todavía tengo allí una pequeña propiedad que es un poquito monte de pinos y monte bajo. Así que por eso recuerdo, por referencia o escritos, que puedo ser descendiente de aquellos marines luchadores que vinieron de Navarra a tomar posesión en Segura de la Sierra".

Si no te queda más remedio, te volverás por la misma ruta que has traído. Pero será así sino hay más remedio. Bajas un poco siguiendo el cauce y como crecen por aquí muchas higueras y nogales, uno de ellos te lo encuentra cargado de nueces. Ya nadie aprovecha los frutos de estos árboles. Nadie viene por aquí a no ser para eso: para dar muerte al mejor ciervo que ha criado el Coto Nacional, para cortarle la cabeza por lo de la cornamenta y luego dejarlo aquí para que se pudra entre las rocas. Servirá de alimento a otros animales. Que eso también es bueno.

Situado por entre la sombra de este nogal, buscas una vara y las nueces que aún todavía quedan trabadas en las ramas, las echas al suelo. Las recoges. Las amontonas aquí mismo. Buscas una piedra gorda y otra pequeña. Te sientas frente al arroyo, sobre las hojas secas que el otoño desprende del nogal y te pones a partirlas. Ya están por completo secas. También están muy sanas. Su sabor es de lo más delicioso. Unas nueces riquísimas que, además, entran de lleno en lo que hoy llaman "productos ecológicos".

Nadie ha venido a estas cumbres a matar con insecticidas las posibles enfermedades de estos nogales. Nadie les ha puesto abono y menos nadie los ha regado con aguas sucias. Aquí sólo hay aire puro, aguas limpísimas que brotan cinco metro más arriba, nieve, mucho frío en invierno y sol transparente. Así que los frutos de esta noguera, además, de ser productos de alta montaña, tienen la virtud de estar completamente libres de cualquier clase de contaminación. Cosa que hoy día es casi imposible conseguir y encontrar en la sociedad de las grandes urbes. Estas nueces, además, de encontrarse repletas del mejor sabor, ya están bien secas. Hasta produce una emoción especial cogerla del árbol, partirlas con una piedra entre las

hojas secas y comerlas entre la soledad de este barranco y acompañado del rumor de la corriente.

Es una pena que sus dueños, aquellos que sembraron por aquí estos nogales, no puedan ahora recoger o comer frutos tan buenos. En su lugar eres tú ahora y las ardillas de estos bosques los que estáis dando buena cuenta de tan apetitosos frutos. Sigues bajando. Dejas ya atrás los nogales. Por la parte de abajo de los cortijos, vuelves a cruzar el arroyo. La senda que por allá arriba buscaba, no ha aparecido. La buscas de nuevo por aquí. ¡Hay que ver la cantidad de agua que trae el arroyo! Sin duda, que en tiempo de buenas lluvias, será impresionante.

EL NUEVO CAMINO - 60

Senda de la Cañá de los enebros

No es que sea este un camino nuevo que de pronto aparece por la ladera. Es el mismo que traías. El que lleva al Aguadero. El que venías buscando. El de ellos aquella tarde. Has llegado justo a donde dejaste la senda para irte hacia las ruinas. Al lado del pozo que se abre en las rocas. Lo que haces es cruzar la corriente en la dirección en que sube la senda. Te vas por la ladera que se enfrenta a los cortijos y sigues. Mientras empiezas a subir por el repecho, alejándote ya del rincón de la Cabañuela, te sorprende los pinos. Estos sí son de repoblación. A todos se les ve puestos en fila. Sobre repisas de tierra ordenada y a una distancia calculada unos de otros. Y según recorres el pinar crees descubrir la forma de la senda. Porque aún no lo tienes claro. Con absoluta certeza no sabes si por aquí va o no la senda. Aparece a veces y luego se pierde, se funde con las repisas de los pinos, se difumina en las sendas de los animales.

Ya te has despegado del arroyo. Siguiendo lo que crees es la senda, giran un poco hacia el barranco al tiempo que remonta la ladera. Empiezas a ver como la llanura con sus ruinas y sus árboles, se te queda en la hondonada. Es una completa y muy bella panorámica la que desde aquí se ve. La aldea de la

Cabañuela la alzaron sobre un montículo al final de una llanura que es una repisa alargada en mitad de la vertiente de la cordillera. Desde este punto se ve con perfecta claridad. Ya sabías que esto era así pero verlo como se ve desde aquí, es distinto. Sigues remontando sintiendo un poco de pena mientras te alejas. Coronas el collado. Ahora ya sí llevas senda. Por fin la has encontrado y es la misma de ellos aquella tarde.

A la derecha te queda aquel cerro hermoso que ellos remontaron. A la izquierda se queda el cerro en forma de puntal que cierra el valle por la parte de abajo. El collado se abre entre la cumbre de ellos y la cresta del puntal. Y en el collado se divide la senda. La misma que has traído, sigue y crees será la que lleva al Aguadero. Para atrás, siguiendo la raspa del puntal, se va el segundo ramal. Crees que por aquí busca caer hacia Bujaraiza. ¿Por cuál te vas? La del Aguadero sería interesante pero ya va cayendo la tarde y no te atreves a distanciarte más de donde tienes situado el centro.

Durante unos minutos lo piensas y al final te vienes por la de la izquierda. Es esta la que más te aproxima a Bujaraiza. Aunque no tienes muy claro que este ramal sea una buena senda. Quizá se borre en cuanto empieces a andarla, porque si fue esto camino en otros tiempos, ahora está borrado de no usarlo. Pero sí: en cuanto empiezas a regresar, te tropiezas con restos de comida. Alguien, no hace mucho, ha pasado por aquí y justo en este punto, ha estado comiendo. ¿Es, son los mismos matarifes del ciervo de la llanura?

Te echas para abajo y enseguida ves las tierras del Collado del Almendral. También las llanuras del valle. Puede que sí: lo que ahora empiezas a recorrer, quizás fuera una antigua senda que subía por el puntal. Hasta crees que es el mismo ramal aquel que se dividía cuando subías por el arroyo. Allí por donde crecen las grandes madroñeras y se iba a media ladera hacia el Collado del almendral. A lo mejor tienes razón pero tienes que ir con mucho cuidado. El camino se encuentra muy roto, hay muchos montes, muchas lastras sueltas y en cualquier

momento puedes despistarte. Sigues bajando. Por aquí se desciende a la llanura de Bujaraiza. Ya se ve el castillo y las tierras que lo rodean.

Pero la senda se te pierde. Se ha puesto tan espeso el monte, las carrascas, se ven por aquí tantas veredas de animales, que un poquito en cada metro, la senda se ha diluido. Sientes que debe ir por aquí pero ahora ya bajas atravesando el campo. Saltas rocas y atraviesas espesas sombras de carrascas y enebros. De todos modos, no te vas a perder. La referencia la tienes clara. El valle y se ve cada vez mejor y más cerca. Sigue adelante y a unos doscientos metros, crees, de lo que serán las tierras de Bujaraiza, se te cruza otra senda. Viene desde el arroyo de las grandes canales y va dirección hacia el Collado del Almendral. Te dices que la vas a seguir hacia el lado derecho. Empiezas a recorrerla y enseguida piensas lo de antes: esta senda que de pronto ha aparecido por aquí surcando la ladera, es aquella que se dividía en el arroyo por donde las grandes madroñeras.

Así que te vas por ella desviándote del rumbo que traías dirección a las llanuras de Bujaraiza. Llegas a la altura del segundo cementerio. El que construyeron en el lugar llamado Los Cerrillos, para enterrar a los que se morían en Bujaraiza cuando el primero se quedó bajo las aguas del pantano. Te tropiezas aquí con un gran asombro. Un rasete de rocas blancas y un poco de tierra. Te queda por el lado de abajo de la senda que llevas. Sin más te apartas. Crees que desde este punto existe una buena visión del valle. Y es verdad: el mejor balcón sobre el gran valle, está aquí. Y también es verdad la otra parte.

Ya te lo habían dicho a ti y a medias lo habías creído. Pero en el fondo del tu silencio hondo lo creías y por eso ahora, mientras bajaba este cerro, lo venías buscando. ¿Existirá o no? Te venías diciendo. Y ahora ya lo estás viendo. Te has situado encima de él y de aquí que ya no te quepa la menor duda: ¡Existe! Exactamente este es el acantilado. Te asomas a su borde y compruebas que las rocas son las mismas.

LA PRADERA
DE LA CUMBRE - 61

Y es que a ti te habían dicho que la gran pradera se encontraba sobre esta misma cumbre. Mirando un poco al sol de la tarde. Un lugar de tierra fértil que en aquellos tiempos se encontraba desprobisto de vegetación. La hierba aquí crecía espesa, alta, verde oscuro intenso y tierna. Una hierba que no crecía en ningún otro rincón de los muchos que por aquí hay. Y te habían dicho a ti que esta misma hierba, al llegar la primavera, se cubría con tantas flores amarillas, azules y violetas, que el rodal de tierra que conforma esta pradera era lo más hermoso de cuanto pueda soñar mente humana. Pero ya al final de la primavera, cuando los rayos de sol de los primeros meses de verano y luego a lo largo de todo el verano, empezaban a dorar la fina hierba, a ti te habían dicho que la mancha de tierra fértil de esta cumbre, se convertía en un puro sueño.

- Te asomas por arriba, por donde ya el camino alcanza su máxima altura y despacio empiezas a mirar ladera abajo y lo que ahí descubres "te deja pasmao". La hierba seca ya es pasto blanco y como las de esa pradera son tierras tan buenas, el pasto es tan espeso y tan abundante que nada más verlo se te muere el corazón de gusto. Y lo que más de gozo te llena el corazón es la delicada figura de la pradera. Es tierra llana esa pero como se encuentra en lo más alto de la cumbre o más bien de la cumbre cayendo un poco hacia el pantano, tiene que derramarse hacia el barranco adaptándose a la ladera. Y ese derramarse con suave ondulación, como si fuera un juego, te fascina. No hay hermosura en toda la tierra que se parezca a esta finura. Y cuando tanta belleza la gozas desde allí, sentado en lo más inclinado de la cumbre, ya el conjunto alcanza su máxima expresión de guapura.

Esto es lo que a ti te habían dicho cuando te hablaron de la pradera. Pero lo más importante, lo de mayor emoción y deleite, se concentraba en aquel momento en que el rebaño se extendía por ella comiendo de aquella hierba. Por lo visto esta era la escena más deliciosa que de siempre había ocurrido por estas cumbres. Pero más lo era cuando la presencia del rebaño se daba por la mañana, en un día de final de la primavera y comienzos del verano. Y un día de aquellos fue, según te contaron, la última vez que el rebaño pastó en la pradera de la cumbre.

Según te dijeron, sucedió por la mañana, a primeras horas, cuando el sol comenzaba a llenar de luz los repechos y un poco los barrancos. El pastor les dio suelta a los animales. Las dividió en dos grupos: las ovejas con borregos pequeños, es decir, las paridas y las otras. Las que no tenían crían. Y el pastor condujo a las primeras por la ladera de la senda que va al cortijo del Aguadero. Quería remontar hasta el collado y luego desde aquí volverse para atrás atravesando la otra ladera y entrarle así a la pradera desde la parta alta y por el lado del poniente. “Me llevaré a la pradera estos animales. Aquella tierra ahora se encuentra llena de alimento y las paridas son las que más lo necesitan. Me voy a la pradera con ellas y volveré al caer la tarde”. Dijo él en su casa de la Cabañuela cuando desde allí arrancaba con el ganado.

Así que los animales, en cuanto terminaron de remontar el collado, se volvieron para atrás y comenzaron a cruzar la ladera en busca de las buenas tierras de la pradera. Pero él, el pastor, cuando ya se encontró con el rebaño en lo más alto del collado, en cuanto comprobó que las ovejas se volvían para atrás y se orientaban rumbo a las tierras de la pradera, en lugar de seguirlas pegado a ellas, cogió y se fue por lo más alto de la cuerda. Su intención era remontar luego hasta la cima y asomarse a la pradera. Cuando esto sucediera él ya esperaba ver no sólo las tierras si no a todo su rebaño desparramado por allí, saciándose de la fina hierba un poco convertida en pasto.

Y sucedió así. Remontó el pastor la parte más alta del monte y poco a poco fue volcando para las tierras llanas de la pradera. Y ahí estaba su rebaño: pastando plácidamente por entre aquel tapiz de hierba. Pero algo le llamó la atención. Los animales que habían entrado por el lado del poniente y por la parte de abajo no sólo habían invadido toda la pradera sino que se encontraban en el borde mismo del acantilado. Cosa que nunca ocurría. La orilla de aquel acantilado, un despeñadero tremendo, siempre había sido respetado por el rebaño. Nunca las ovejas se acercaban al filo porque ellas, por instinto, sabían que aquello era un peligro. Por eso lo de esta mañana, el pastor lo vio raro.

"Como sigan avanzando se van a caer por el voladero". Se dijo para sí. En estos momentos pensó bajar de la cumbre y ponerse por la linde para sujetar el rebaño. Pensó esto cuando comprobó que tres o cuatro de las ovejas empezaron a saltar por las rocas como si buscaran un paso hacia el barranco de la riscalera. "Están locas estas ovejas. Como sigan adelante se me van a despeñar todas por ese voladero". Seguía diciéndose el pastor mientras asombrado veía como los animales avanzaban buscando un camino por el impresionante paredón del voladero.

Y primero fue una. Logró meterse por entre las rocas de la parte alta, saltó a una pequeña repisa y desde ahí dio otro salto hacia el gran vacío. Se le vio volar por los aires y un minuto después cayó en lo más hondo, entre el espeso monte de lentiscos y carrascas. Detrás saltó la segunda y la tercera. En poco rato, el resto del rebaño que pastaba por las tierras de la pradera, se dejó venir hacia el voladero y formando fila, sorteaban las rocas, saltaban a la repisa y desde aquí se lanzaban al vacío. Todo un chorro de ovejas que como por arte de magia volaban por los aires del vacío de aquel terrorífico voladero.

"¡Dios mío! ¿Qué es esto?" Se empezó a preguntar el pastor asombrado allá en lo alto de la cumbre sin dar crédito a lo que con sus ojos estaba viendo. Nunca en la vida había ocurrido

nada semejante en estas sierras y menos en el voladero de la hermosa pradera sobre la cumbre. Nunca había ocurrido esto y menos en una mañana como la de hoy donde todo parecía pacífico y hasta las tierras rebosaban de alimento para los rebaños. "Es como si los animales huyeran de algo. Como su barruntaran alguna extraña catástrofe y por eso han decidido suicidarse. Lo que estoy viendo con mis ojos es exactamente eso: un suicidio voluntario y colectivo". Seguía diciéndose el pastor mientras desconcertado observa el triste panorama. Todavía durante un rato más los animales siguieron volando por los aires, caían al barranco dando un golpe seco. Algunas se levantaban y seguían andando con las patas rotas y chorreando sangre pero otras, la gran mayoría, allí se quedaban destrozadas entre las rocas y los lentiscos del barranco. Esto es lo que a ti te habían contado de este voladero que aunque se parece mucho a otros voladeros de las laderas de estas sierras, tiene un algo diferente.

DESDE EL VOLADERO - 62

Piedra Palomera

Te encuentras ahora en lo más alto de este voladero. El que sólo conocías de oída. Y ves que es verdad: entrándole por, donde decía estuvo la gran pradera y ahora es un espeso bosque y la ladera que cae, entrándole por este lado casi ni te das cuenta del profundo corte de rocas. Bajas con toda suavidad desde los ranchales, restos de la pradera y cuando te das cuenta estás en lo alto del despeñadero. Así es como a ti te ha sucedido. Y tú, con toda tranquilidad te has parado, ha saltado por las rocas que las ovejas sortearon y te has asomado al barranco. Más de cien metros de caída tiene y por completo en vertical. Al fondo se ven los lentiscos, el bosque de pinos, los cascajales y la ladera que sigue derramándose hacia el valle. Por ahí se iban las ovejas que quedaban lisiadas.

La carretera de los paseantes, cruza por allá abajo. Más al fondo ya empieza el valle. Las tierras que inunda el pantano y por donde estuvo la aldea de Bujaraiza. Los fértiles llanos donde tenían ellos sus huertas y sus tinadas para el ganado,

ahora es todo erial. En el repecho de enfrente se ve el viejo cementerio. Desde aquí la vista es fantástica. Con absoluta claridad se domina todas las tierras que conforman esta llanura. También gran parte de las hermosas dehesas que cubren las aguas del pantano cuando se llena, todo el oscuro cerro de Cabeza de Viña. Quedan al lado de arriba la llanura del Castillo de Bujaraiza, los llanos del Hoyazo, las tierras por donde llega el Guadalquivir, el arroyo de Las Espumareas y el Cerro del Almendral. Al lado de abajo de Cabeza de Viña, en primer plano se ven el morro y los puntales donde se alzaban las casas de la aldea. En el centro al frente, el charquito de agua que hoy embalsa el pantano. Más allá, aquellas tierras llanas por donde al Guadalquivir se le entrega el caudaloso arroyo de Montero.

Más lejos, por encima de esas llanuras, queda toda la enorme cordillera de las Malezas de Santiago, desde las Banderillas casi hasta el Yelmo. ¡Casi ná! Por la cumbre de esa larga y ancha cordillera se van repartiendo las otras aldeas. Las más desconocidas, solitarias hoy en día y las de los nombres más bonitos. Ahora caes en la cuenta que por ese amplio territorio tienes pendiente varias rutas. Quieres recorrer una a una las ruinas y caminos de esas aldeas. Pero ¿cuándo será? Con lo grande que es esta sierra y con el empeño que en ti llevas de explicarla metro a metro ¿cuándo podrás hacer real semejante sueño? Desde las Banderillas para abajo te esperan Las Canalejas, colgadas entre los cerro Puntal y Poyo de San Clemente, Picón y Cuevas. El nombre hace referencia a canales de poca monda. Las Espumaredas, entre los primeros manantiales del arroyo con el mismo nombre. Muchas espuma sale de las cascadas al despeñarse el agua que baja buscando el Guadalquivir. De las espumas de esas cascadas ellos amasaron un nombre para dárselo a la aldea. Artuñedo desparramada frente al pico Tolaillo y donde nace arroyo Frío. Los Archites cuyos caminos, origen del nombre y muchas más cosas, desconoces.

Te quedan también por ahí Los Centenares, otro rincón silencioso donde se mueren muchas cosas. En otros tiempos

se cultivaba centeno. Montalvo, la Ballestera, Los Goldines, La Parrilla... ¡Qué nombres tan bonitos! En fin, todo un enjambre de pequeñas y hermosas aldeas, habitadas algunas todavía, medio habitadas por gente que no son de estas sierras. Y muchas por completo rotas al estilo de la Cabañuela y Bujaraiza. Las cosas más graves ocurrieron cuando aquello del Coto Nacional. Desde aquellas fechas siguen desmoronándose cada día un poco más. Te dices que sí: en cuanto puedas, tengas tiempo y te encuentres preparado, vas a recorres esos viejos caminos y las ruinas de esas bellas aldeas.

Ahora, desde las ricas que acabas de hacer tu mirador particular, parece que por un momento y sin que lo haya preparado, te acabas de dar un primer abrazo con este trozo de sierra tan soñado por ti. Sacas la cámara y te dispones a recoger unas cuantas fotos. Tres son y empiezas desde la parte de abajo. Por donde el arroyo de Montero se derrama en el pantano. Sólo en esa hondonada se le ve un puñado de agua al pantano. Este trozó será la primera foto cogiendo hasta la mitad de Cabeza de Viña. Desde ahí para arriba, te mueves hacia la derecha y coges la otra mitad en la segunda foto. Y a partir de una línea que viene recta por el arroyo de Las Espumaredas, cortando el comienzo del Cabeza de Viña, la tercera foto. Sale en esta las primeras llanuras entre el Pico del Almendral y el Castillo de Bujaraiza y al fondo la cresta de las Banderillas, con toda la vertiente del río Aguasmulas.

Una buena panorámica repartida en tres tomas que luego unirás para conseguir una sola foto. Ya la estás viendo y piensas que sin duda será la más grandiosa fotografía que hasta hoy le has arrancado a estas sierras. Y es que como este mirador no existe otro en ninguna parte. Y tiene, además, una característica que te gusta mucho: queda lejos de la ruta de los paseantes y por lo tanto, bastante escondido. Se ve desde la carretera por donde ellos pasan con sus coches pero no hay peligro. Queda remontado lo suficiente sobre la ladera como para que cueste su trabajo subir a él. Desde aquí no sólo los ves a ellos cruzar la carretera sino que los oyes. Te encuentras

remontado sobre el mirador artificial que junto a la carretera, les han preparó.

Y ahí están ellos ahora mismo asomados frente a la llanura que sube hacia el viejo castillo. Se encuentra este mirador por el rincón de Los Cerrillos, entre el mirador de Rodríguez de la Fuente y las tierras donde estuvo la aldea de Bujaraiza. Y los paseantes, al pasar se paran. Se van por los senderos de tierra que les construyeron y se asoman al valle. ¡Ya ves tú! Toda una ridiculez si comparas tu Peña Palomera con su cerrillo de tierra roja una miaja alzado sobre la llanura.

Un poco más arriba, entre los pinos y la vaguada, estás viendo el nuevo cementerio de la vieja aldea que dejó de existir. Lo construyeron para traerse aquí a los serranos que dormían en el viejo cementerio que las aguas del pantano cubrió. En cuanto termines de bajar de este tan buen mirador, secreto y repleto de misterios, como el nuevo cementerio te coge de paso, te vas a parar en él. ¿Para qué y por qué? Para desde la soledad que sobre ellos duerme, rezar un padre nuestro por los que aquí tuvieron la suerte de quedarse para siempre. Tu sueño oculto y es por lo que tanto les envidias.

Por esto ahora mismo, desde este tan mágico mirador remontado por encima no sólo de la carretera sino de mil cosas más y alejado de los que ruedan por la ciudad y su mundo lleno de modernidades, decides que es justo ahora el momento de comer. Son casi las cuatro de la tarde. Como lo fuerte de la ruta ya ha pasado a la historia, aprovechando que es este un rincón mágico lleno de paz, decides sentarte y comer. Por la parte de abajo, por donde se derraman los cascajales y crecen los lentiscos, de entre la espesura sale huyendo una cierva. Te ha visto y te ha sentido sobre las rocas, dominándola y ha huido formando gran estrépito. Se va hacia el Collado del Almendral, para donde esta mañana se fueron los rayones que te salieron de entre las madroñeras.

Durante un rato las miras irse y luego, antes de abrir tu macuto, echas otra mirada por la fabulosa panorámica. Es lo

más bonito que en tu vida ha entrado por tus ojos. De aquí que te digas de nuevo que comer sentado en esta plataforma rocosa, no sólo es fascinante sino el mejor de todos los privilegios. Nunca en tu vida has gozado de un mirador como este, tan grandiosamente dispuesto y al mismo tiempo, tan perfecto y cuidado en tantos detalles. Suerte que tienes y gracias a tu Creador quien ha dispuesto que las cosas hayan salido de este modo.

Así que sin más, abres el macuto, sacas el pan, una pequeña barra de pan integral, abres la lata de atún y con la pequeña navaja que siempre te acompaña cuando caminas por estas sierras, te pones a dar cuenta de esta suculenta y abundante comida. Exquisito todo y más aún por el buen toque de silencio y la suerte que tienes. Te siente como la persona que ahora mismo sobre esta tierra posee la mayor fortuna. Toda una eternidad fraguándose este mirador para que hoy vengas a él y sin más, te sientes aquí y solo, lo goces a tus anchas. Menuda suerte y, además, por completo sencillo a pesar del inmenso lujo.

Terminas tu comida y como postre un buen trago de zumo de manzana de cultivo ecológico. También es esto una gloria y otro lujo. Empiezas a recoger los cachivaches y por puro gusto, das unos golpes en las piedras. Siente un gran tropel por donde antes se arrancó la cierva. Miras a ver qué pasa. Y los ves: son los jabalíes. Los cinco o seis rayones que viste cuando esta mañana subías por el barranco de las canales. Te creías que ya se habían perdido por el Collado del Almendral y no. Estaban por aquí y al oírte ahora se arranca asustados. Por los cascajales en que ha huido la cierva, se van ellos armando una sonora escandalera. Se pierden por entre los pinos. ¡Hay que ver la cantidad de vida que tienen estas soledades y lo bien ocupado que en cada momento uno se encuentra! Y ello, a pesar de que aparentemente puede parecer lo contrario.

Guardas tus cosas en el macuto, echas una última ojeada por el mundo que se abre frente a ti y te pones en marcha. Aunque haya sido rápido, bien a fondo has gozado este

mirador y bien recogido te lo llevas contigo tanto en el espíritu como en la cámara de fotos. Tardará mucho tiempo antes de que olvides la roca de la ladera afrente a las ruinas de Bujaraiza. Punto este donde el silencio es gozo, el bosque chorrea misterio y la ausencia es presencia total. Tan sencillo y sin apenas apariencia pero tan grandiosamente repleto y repleto. Te dices que en alguna ocasión tendrás que volver porque, además, crees que cuando le enseñes las fotos a los conocidos se van a morir de envidia.
- Tendremos que ir un día por allí cuando el pantano se encuentre lleno de agua. Porque si ahora que se le ve seco, es tan bello, cuando el agua rebose por las colas ¿qué no será?
Te dirán ellos.

LA CAÑADA DEL ALMENDRAL - 63

Tiná de las Majaicas,
Cañá Setera.

Desde el voladero sigue la senda. Es la misma que venía surcando la ladera de oeste a este y se larga hacia la parte del Collado del Almendral. Una vez aquí sería más fácil tirarse recto monte abajo e ir a salir al mismo cementerio. Ya tienes la ruta explorada. En el rato que has echado observando desde la roca, has analizado unos pocos detalles. Por eso crees que si te echaras resto ladera abajo, en unos minutos estarías en el final. Pero no te interesa ni llegar pronto ni acortar terreno. Ya que hoy has tenido la suerte de felizmente situarte sobre las rocas de esta ladera, tienes que aprovechar y sacar toda la sustancia que puedas. Te interesa ahora examinar esta senda hasta donde te sea posible. Y como, además, se alarga por la ladera y parece que va buscando la cañada que se extiende por la parte de arriba del Collado del Almendral, coincide bastante con tus pretensiones. Así que te arrancas y hacia ese punto te vas.

Tienes que volver otro día y trazar otra ruta resta desde la parte alta del mirador. Es importante para ti conocer el trozo de ladera por debajo del voladero. También porque crees que por

ahí, junto a unos álamos grandes y una buena espesura del bosque, brota un manantial. Es de donde los de la aldea de Bujaraiza cogía agua para sus huertas y sus animales. Las señales que por el terreno se observa indican eso. También crees que los jabalíes pueden tener su cubil en alguna covacha de las rocas de este voladero. Otro día tienes que volver a inspeccionar este trozo de ladera.

Mientras ya te mueves senda adelante a tu mente acude el recuerdo de aquellas dos hermosas escenas recogidas en el libro viejo, bello y grandioso, de las cosas viejas de estas sierras y que tan guardado tienes sólo para ti, por su contenido misterioso y eterno y del cual piensas, un día de estos, hablar a chorros pero por ahora callas. Aunque aquí está la escena del padre con su dulce niña del alma, que es como él la llamaba y la del padre con su rebaño aquel día de las setas. La primera la recuerdas y según se quedó recogida, el padre era el hombre más feliz del mundo, con aquella hermosa criatura que Dios le había dado. Y se recoge que un día él bajaba por aquí, por esta senda, acompañado de su niña del alma e iba al río. A darse un buen baño en las aguas claras de los charcos y de paso, jugar el juego de pescar peces. Para la niña aquel juego era lo más emocionante y bello del mundo y para el padre lo era todo: el sentido de su vida y el gozo más hondo que en su alma nunca se había dado.

- Lo que más me gusta a mí es cuando me coges de los pies y dejas que me lleve la corriente sin que me pude llevar porque me sujetas bien. Es tan emocionante y me lo paso tan bien que como ese juego no creo yo haya otro en el mundo.
Le decía la niña al padre.
- También a mí me gusta mucho pero sobre todo justo en el momento en que yo te cojo por los pies y tú te alejas confiada hacia lo hondo del charco y te hundes en sus aguas. Cuando al rato sales a flote y traes en tus manos algún pez, esa es la escena que a mí más me llena de emoción profunda.
Le dice el padre a su niña del alma.
- ¡Qué bonito es ese juego! ¿Verdad papá?

- Nada en el mundo podrá darnos nunca mayor felicidad que este hermoso y sencillo juego nuestro.
Le decía el padre mientras seguían bajando por esta senda viviendo ya la emoción de su río lleno de aguas limpias y los peces con su juego.

Y la segunda escena que empiezas a recordar mientras recorres la senda y que se recogían también en el libro viejo de las cosas viejas de estas sierras, era la del padre con su rebaño y las setas. Hasta más o menos por aquí, las tierras de esta cañada que es donde existen también unas praderas de hierba fina, es donde el padre llegó aquel día con su rebaño. Lo dejó pastando por entre estas hierbas finas y como era otoño y las lluvias aquel año habían sido abundantes, se fue por entre los pinos a buscar níscalos. Sabía él que el rebaño no iba a moverse del lugar y por eso se fue confiado en que cuando volviera se lo iba a encontrar por allí. Se perdió por entre los pinares de la parte baja y durante toda la mañana estuvo buscando setas. Despreocupado él un poco de su rebaño hasta que al final de la mañana le sorprenden unas grandes voces llamándolo.

- ¡Pastor, pastor!
Se asomó al collaete y se encontró con ellos.
-¡Será posible que sea usted tan tonto!
Le dicen nada más verlo.
- Pero hombre ¿qué pasa con tanto escándalo?
- ¿Que qué pasa? Pues que lo vamos a meter en la cárcel ahora mismo.
- ¿Y a qué se debe esa decisión tan grande?
- ¿Dónde están sus ovejas?
- Me las he dejado pastando en la cañada.
- ¿En la cañada...? En la cárcel se va a encontrar usted ahora mismo por haberse ido y dejar el ganado solo. ¿No sabe que desde hace un tiempo hemos prohibido que el ganado ande por el monte?
- Sí que lo sé. Desde hace un tiempo cada pastor debe acompañar a su rebaño en todo momento para evitar que los

animales se metan en las repoblaciones o en las tierras del coto.
- Y si lo sabe ¿por qué ha hecho lo que ha hecho?
- Sólo he ido a buscar unas setas sabiendo en cada momento que mi rebaño pastaba en la cañada y que de ahí no se iba a mover.
- ¿En la cañada...? Pues su rebaño ya hace tiempo que se fue de la cañada y se metió en la repoblación pequeña haciendo polvo todo lo que por ahí tenemos sembrado. ¿Sabe usted dónde está el rebaño ahora?
- ¿Dónde está?
- Camino de la cárcel lo mismo que usted va a estar dentro de un rato.
- Pero vamos a ver, vosotros estáis locos. ¿Cómo vais a meter a mi rebaño en la cárcel y a mí también sin ni siquiera comprobar los hechos? Yo sé que mi rebaño se encuentra en la cañada y no en ningún otro sitio. Si se ha ido de allí ha sido porque vosotros me lo habéis espantado.
-¡Lo que faltaba! Que ahora después de tu irresponsabilidad y de que tu rebaño ande a su aire por el monte, nos acuses a nosotros.
- Es que no puede ser de otro modo.
- Pues de otro modo es y lo vas a ver ahora mismo. Déjate prender por las buenas y sino te sujetamos por las malas y será peor.

Y ahora, tantos días después, a ti te parece ver subiendo por la senda que atraviesa este monte, la figura de aquel hombre pastor. Viene todo lleno de tristeza, encorvado y humillado, escoltado o mejor, empujado por el otro y el ayudante camino de la cárcel. Te parece ver esto y hasta sientes un poco el dolor y la pena de aquel hombre al mismo tiempo que también sientes no la presencia, sino la ausencia de su rebaño. Al parecer ya nunca más volvió por aquí. La cañada sí es la misma.

Siguiendo la vereda has llegado ya casi a la altura del castillo del Bujaraiza y parece que aquí, la senda se vuelve para atrás. Remonta por la tiná de la cañada en busca del

collado donde se dividen los caminos del Aguadero y la Cabañuela. Pero en el rellano, que sería el centro mismo de la cañada, sale también un ajorro que baja hacia el valle. No hacen mucho han sacado de por aquí troncos de pinos y claro, no puedes evitar pensar que quizá algunos de esos troncos procedan de aquella repoblación que le trajo tanto problemas al pastor. Te dijeron a ti, que cuando empezaba lo del Coto Nacional, en esta cañada fue donde el Caudillo de España mató su primer ciervo. Por lo visto en un rellano de estos le montaron el puesto. Llenaron toda la sierra de guardias y le prepararon el ciervo. Lo que a ti te dijeron es que se lo habían estado preparando durante mucho tiempo. Más de una persona diariamente se encargaba de echarle de comer al animal para que estuviera gordo y se querenciara con la tierra. Cuidado como un rey y acostumbrado a ir y venir siempre por los mismos sitios y casi a la misma hora. Así el cazador no tuvo luego muchos problemas en matarlo y por lo visto, de que saliera bien o no aquella operación, dependía el futuro del Coto Nacional.

El ajorro se va un poco para atrás como si los pinos los hubieran sacado por las tierras de Bujaraiza. Por los arañazos que los troncos han dejado en la tierra, te vienes. Bajas casi en picado, como siempre son los trazados de los ajorros. Vienes a caer exactamente al segundo cementerio del pueblo que cubrió las aguas. El nuevo cementerio es sólo un cuadrado de tapia de piedras trabadas con cal y cemento. Más se parece a un viejo corral que a un cementerio pero precisamente por esto te gusta. La pobreza, la sobriedad y la sencillez de los serranos rebosa hasta en esto.

Lo han construido aquí, en las tierras buenas de lo que es una pequeña cañada que desde la ladera se derrama hasta fundirse con las tierras del valle. La pared, por este lado de arriba, se ha caído. Y parece que el hundimiento ha sido provocado. No se ha caído por sí misma sino que da la impresión que alguien ha venido acaso hecho a derribarlo. Es un gran portillo lo que la pared tiene por aquí y para evitar que los animales se metan en las tierras en que están enterrando,

al parecer los mismos serranos, los que tienen aquí a sus amigos, hijos y familiares queridos, lo han reparado un poco. Como la pared se cae y ya no queda nadie por aquí que esté encima de esto, lo que ellos han hecho ha sido coger un gran trozo de tela metálica y taparlo. Es decir: ponerla en el portillo para que los animales silvestres no pasen dentro.

Te acercas y por el agujero, por encima de la valla de alambres, te asomas con la intención de ver lo que hay dentro. Y lo primero que ves son las tumbas. En la tierra desnuda están enterrados ellos. Y se sabe donde yace uno u otro sólo por alguna pequeña cruz o por algún ramo de flores de plástico puesto encima de la misma tierra. Otras se distinguen porque se parecen a esas sepulturas que se ven en las películas del oeste: un simple montón de tierra en forma de montículo cubriendo la fosa. Cuentas y te salen unos veinte tumbas.

Cualquier cosa se puede sentir y pensar ante la presencia de este rústico y hermoso cementerio serrano. Lo arropa la sombra de los pinos, se derrama por las tierras llanas de la cañada y lo envuelve un mar de silencio. Cualquier cosa pero lo que más ahora mismo corre por tu alma son las tardes de lluvias y vientos derramándose amorosamente sobre estas tierras. El viento al rincón llega desde el valle. Sube por la cañada desde las tierras llanas del valle y entra como escondido, aplastado y algo silencioso a pesar de sus quejigos al quebrarse entre los pinos y los lentiscos. Se rompe contra esta pared como si ello fuera un abrazo, un beso con los que son de estas tierras y ahora tierra pura con la ladera y se alza luego repecho arriba buscando la Cabañuela. Como si desde la cumbre quisiera dar un abrazo aún más grande al rincón donde ellos duermen. Como si quisiera irse sin irse porque se desmorona con la lluvia en forma de caricias dulces.

La lluvia a este rincón llega empujada por el viento y también sube desde el valle. Baja más bien por el valle del gran Guadalquivir y al llegar a las llanuras del viejo castillo, lluvia, viento y nubes, se escapan por la hondonada de los lados y así es como llena toda la ladera del cementerio. La lluvia cae por

aquí en forma de suave caricia porque se siente amiga con estos amigos y este suelo y empapa las cuestas de la cañada. La lluvia, estas cristalinas, pequeñas y hasta delicadas gotas de rocío, son como hermosos ríos de vida que siguen saltando por donde ellos duermen para no dejarlos solos. Desde que ellos respiraron su primera bocanada de aire, la lluvia los acompañó en un secreto y grandioso pacto de amor y vida y ahora que son parte de esta lluvia, tierra y viento, aquí sigue presente.

Y las nubes a este rincón llegan desde la parte alta de estas sierras. Que puestos en las tierras de este cementerio ¿cuáles son las partes altas de la sierra? Es decir: ¿por dónde quedan desde aquí, lo más elevado de estos montes? Quizá al frente. Por allí, por donde se derrama el grandioso pico de las Banderillas y la pétrea cordillera que lo tiene sujeto. Quizá ese lado y esas cumbres sean las partes altas de la sierra, que quedan al frente y son majestuosas.

Por esas cumbres asoman las nubes cuando vienen vestidas de negro, repletas de agua y nieve. Pero las partes altas de estas sierras vistas desde este trocito de mundo, universo completo y rincón sagrado, también son todos estos barrancos, laderas y cumbres que desde el arroyo de Las Espumaredas para arriba, Aguasmulas, La Campana, río Borosa y el barranco de Roblehondo con el Calarilla. En general, el conjunto de la oscura y bella cordillera que escolta al Guadalquivir por el sur. Desde este lado y estos montes llegan las nubes al valle de los sueños. También desde las cumbres de Peña Rubia y el Blanquillo. Desde todos estos puntos de la sierra llegaron siempre las nubes a este barranco, repletas de agua y nieve, con su frío viento, fresco en verano y de hielo cortante en invierno.

EL NUEVO CEMENTERIO -64

Los Cerrillos

Hoy el día apenas tiene nubes. Y aunque hace un poco de frío no llueve ni nieva. Todo se encuentra sumido en un silencio hermoso. Es el latir propio de la tierra respirando eternidad y de los muertos dormidos en sus tumbas. Convertidos ellos en silencio eterno en la soledad de esta cañada. Cuando la muerte se ha llevado a la persona por delante, a veces, es cuando se descubre que esa persona era digna de vivir. Y es el caso de ellos que no fueron comprendidos en su vida y por eso se apagaron en silencio. Y claro ¿Quién les hace caso ahora que están muertos? Mas se podría decir que cuando le quitamos la vida a los hombres, no sabemos ni lo que le quitamos ni lo que le damos.

Desde el portillo abierto en la pared observas la tierra y descubres algunas cruces. Unas son de hierro y otras de cemento. La mayoría están rotas. Es una pena porque este lugar, aun no estando abandonado, lo está. Ya nadie vive en la hermosa aldea de Bujaraiza. Ahora sólo de vez en cuando algunos familiares vienen a traer flores o a encender una vela.

Por un roto de la tela metálica pasas y te pones a pisar la tierra sagrada. Los sientes, aún ahora muertos, como a los grandes de estas sierras. Aunque hoy sean puro silencio, consideras que la tierra es suya como también lo fue cuando vivían a pesar de que los demás les dijeran todo lo contrario. Pisas la tierra y lo primero que te encuentras es una pequeña lápida tallada en mármol blanco. Lees lo que en ella escribieron: “María Cruz Robles, 22-1-72 de 65 años. Recuerdos de tus hijos”. Y ya está. María fue unas de las niñas que con sus sueños, juegos y alegrías, sembró de primaveras las tierras de este valle. Nadie la vio y nadie se lo agradeció pero ella surcó los caminos cuando aquellos días de lluvias, cuando aquellas tardes de frío y cuando aquellas mañanas el dorado sol se esparcía por estos montes. Corrió ella por las pequeñitas calles de su bonita aldea de Bujaraiza y hasta subió a buscar níscalos por la tierra en la que ahora duerme.

Miras despacio la tumba de tierra donde se ha convertido en polvo y te la imaginas en su juventud. Labraba ella el hortal y

caminaba tras los rebaños toda resignada pero repleta. ¡Cuánto no darías ahora por saber la vida entera de María desde que nació hasta que vino a descansar a este rinconcito de tierra! Sobre todo, cuánto no darías por saber de aquellos juegos de ella por el río. Y claro, lo mismo que de otras cosas, de ella también te contaron algo en forma de fantasía o leyenda. Te dijeron que era todo un mundo de gozo y una auténtica fantasía aquel rincón del río que a ella tanto le gustaba. Una pequeña torrentera, muchos robles mezclados con pinos y madroños. Un gran escalón desde los pinos hasta lo hondo del río y una senda trazada por allí. Por la inclinada tierra de la torrentera que saltaba de una repisa a otra e iba a descansar justo al borde de las aguas del charco del río. Y aunque parecía mentira por lo difícil, por aquella senda trazada de escalón en escalón en la pendiente de la torrentera, ella bajaba. Se asomaba al borde del precipicio, porque aquello era más un precipicio que otra cosa, durante unos minutos miraba la elegancia de la corriente por lo hondo y luego exclamaba:
- ¡Allá voy!
- Pero María, si por ahí no bajan ni las cabras lo inclinada que está esa senda y lo peligrosa es, con tantas piedras, tanto monte y esa profundidad.
- Yo sí bajo; además, fíjate con qué facilidad.
Alzaba sus brazos, empujaba su cuerpo hacia delante, tomaba una pequeña carrerilla y saltaba el primer escalón. Luego el segundo, el tercero y el cuarto y en menos de un minuto ya estaba cerca de las aguas.

- ¿Ves papá, qué fácil es?
Gritaba cuando ya se encontraba en lo más hondo reflejándose en la transparencia del agua.
- Cualquier día de estos te vas a matar por aquí.
Le decía el padre.
- Ni el campo ni las tormentas ni el viento matan nunca a nadie si uno es amigo, conoce sus secretos y le pide permiso para jugar de todos ellos.
Contestaba siempre María, envuelta ya por completo en aquel juego suyo allí donde el Guadalquivir es todo un puro barranco inaccesible y por eso sus aguas parecen más limpias.

De aquel juego de la niña María con las aguas del río, en la soledad de la tarde, apenas nadie sabe nada a no ser ella misma, su padre y la corriente. Pero aquel juego se dio allí y fue todo puro placer. Hoy no lo ha sepultado todavía el tiempo y por eso algo sabes de él aunque hasta ella ahora duerma convertida en tierra con aquella tierra que de pequeña fue su juego. Y aquí, Junto a la tumba de la niña María sembraron un peral. Es silvestre y ahora mismo está cuajado de pequeñas peras. Algunas ya están maduras. Pero son peras como de ensueño, pequeñitas como un garbanzo y de color verde amarillo. Bajo la misma sombra del árbol, otra tumba y en ella nadie duerme. A la derecha unas flores y una roca. Se ve que ahí sí dieron sepultura a alguien. Ni siquiera tiene cruz pero la hermosa roca y encima las flores, sí dan testimonio de la presencia de otro serrano durmiendo en la bella tierra que en otros tiempos les dio su fruto.

Aquí mismo se ve una cruz de hierro con otras flores, otra pequeña cruz de hierro y al final, por la parte de abajo que es donde se encuentra la entrada, se ve la lápida más grande. La que parece más lujosa de este humilde cementerio serrano de tierra y piedras y con olor a silencio mezclado con esencias de pino y mejorana. Tiene también una bella cruz encima, algunas flores sueltas y varias macetas con más flores de plástico. Está embaldosada con ladrillos y en lo alto de las losas de cerámica tiene una cruz de azulejos negros. En la misma cruz hay un letrero escrito a mano que dice: “Pedro Salas Adán que falleció el día 2 de junio de 1966 a los 54 años de edad. Tu mujer e hijos no te olvidan”.

¿Quién sería este Pedro y de qué murió tan joven? ¿Por dónde vivió, qué caminos recorrió, cuales fueron sus obras y sus sueños y qué secretos grandes de estas sierras, se llevó para siempre con él? Quedan a la derecha, otras dos grandes lápidas, una de ellas muy bonita, blanqueada, con otra cruz también de hierro con su rótulo correspondiente: “Falleció E. Ruiz Mondejar, el 6 de abril de 1964, de 13 años de edad. Los padres y hermanos no te olvidan”: Y este pequeño joven

¿quién fue? Cuando él nació ya el pantano remansaba sus aguas por los llanos de esta Bujaraiza. Pero su vida fue tan breve que ni siquiera tuvo tiempo de enterarse de lo del pantano. Antes de que supiera los nombres de algunos de estos montes él ya se fue porque quizá necesitaba de otras tierras y paisajes donde las normas y leyes de los humanos no hicieran tan difícil la libertad. En el fondo parece que él tuvo mucha suerte. Aunque fue una pena que muriera tan joven.

Totalmente en el centro del último rincón de los sueños, se ve otra también bonita lápida. Le han puesto un trozo de mármol negro y sobre la piedra dejaron escrito su nombre: “Magdalena Rubira Parejo, 3-10-63 a los 40 años de edad”. Tú fíjate, entre otras cosas, lo joven que en aquellos tiempos los serranos abandonaban este mundo. Cuarenta años de edad en la civilización de hoy, dicen que es la etapa de la madurez. Casi la plenitud de la vida. Y, sin embargo, para ellos era, fue el punto y final. ¿Por qué se iban tan pronto? Puede que se agotaran rápido en aquella lucha realmente dura y áspera con estas tierras, sus ganados, los nevazos y los fríos invernales. Puede que sucediera esto pero también puede que los sinsabores de la vida por culpa de los que en estas tierras decidían, los quebrara de una forma irreversible.

Puede que la opresión y ese romperles los caminos y quitarles los hortales, los dejara sin ilusión en la vida y ya se sabe: sin sueños, con los caminos rotos, arruinados y dejados de los demás, la existencia se hace dura. Para ellos esta existencia resultaba más cuesta arriba. No tenían más recursos ni más mundo que este puñado de tierra y la voluntad de sacar cada día algún fruto de ella.

Asombrado, emocionado, algo confuso y en el fondo sintiéndote en tu mundo, bastante elevado sobre la materia y el instante en que vives, te vas moviendo por la tierra silenciosa de este cementerio. Nunca antes sentiste con más claridad que las tierras que pisas son sagradas. Nunca lo sentiste a ellos tan silenciosamente fundidos con el suelo y tan olvidados de la gran masa humana. Nunca sentiste tan tuyo nada en este

suelo como ahora a este puñado de tierra. Nunca te sentiste tan agusto en ningún rincón de estos montes como ahora aquí entre ellos. No los conoces pero sientes que son tus amigos y aunque no supiste ni de sus sentimientos ni de sus sueños, los consideras como a los más grandes, a los más sabios, a los más llenos de amor y bondad. Ellos pertenecen a ese muy reducido grupo de personas, que de siempre admiraste.

Te acercas al peral silvestre y como lo sigues viendo tan cargado de peras diminutas, sin una intención concreta, coges un buen puñado. Quizá deseas llevarte un recuerdo. Es importante para ti este trozo de tierra y más aún por ser su cementerio. Te mueve pegado a la pared y por aquí te encuentras la tumba de Emilio Fernández Carrión que falleció el 13 de abril de 1948 de 27 años de edad. La de Cesáreo López Gómez, 15 de junio de 1962 y a los 60 años de edad. Cuentas otra vez y te salen más de veinte. Puede que incluso haya más. Las tierras de este cementerio están llenas de zarzas, pasto, cornicabras y pequeños perales que han ido brotando de las semillas del grande. En un rincón, el que pega a la puerta, por el lado de abajo, crece un precioso rosal silvestre. Se enrede entre las ramas de una amplia mata de lentisco. Ha nacido justo en lo alto de una tumba. Aquí pusieron una cruz de hierro en forma de jaula rodeando la tierra de la sepultura. Se adivina que este arbusto ha sido sembrado expresamente. La mata, en la misma tierra que lo cumbre, ha brotado con una lozanía esplendorosa. Del rosal cuelgan hermosas las semillas rojas y los tallos se alargan llenos de fuerza. Te paras, lo miras y sientes la emoción. Una gran belleza y mucho significado ves en esta monte brotando en las mismas tierra que les sirve de tumba.

Ya te vas y claro, quieres llevarte una foto para el recuerdo. Cuando luego algún día te hablen del cementerio de Bujaraiza, hasta podrás enseñarlo para que vean cómo es. Y, además, es la última foto que hoy queda en tu cámara. Acaso hecho la has reservado para este lugar. Buscas el ángulo, disparas, echas una mirada final, rezas una oración, sintiéndote ya algo

abrazado a El por cada uno de ellos allá donde el tiempo no existe y todo es eterno, y te diriges a la puerta.

Se encuentra abierta. Así que vas a salir por aquí. Empujas la cancela, corres el cerrojo y ya fuera, la cierras de nuevo. La pared de este cementerio es toda piedra con mezcla de cal y tierra. La puerta es de hierro pintado color aluminio. Tiene una cruz pequeñita en lo alto y nada más. Se encuentra cerrada y aunque en el cerrojo tiene su candado, está abierto. El símbolo de los serranos: siempre sus casas y su corazón abierto para que todo el mundo entre sintiendo que cada persona es un hermano suyo. Todo es de todos. Siempre fue así, para ellos, el concepto de lo ajeno y de lo mío. Hasta su cementerio permanece abierto para todo el mundo y en cada momento aunque se encuentre perdido entre los pinares de esta cañada.

UNA REALIDAD Y LA OTRA - 65

Tú ahora te alejas de este cementerio y te dispones a meterte ya en las tierras del valle pero por aquí, por donde existió Bujaraiza. Y ahora acabas de ver la hierba donde varios de ellos duermen para siempre. ¿No serán algunos de estos aquel joven del sueño? Y si lo es ¿acaso logró el final de su gran sueño? ¿No se encuentra ahora volando sobre el espacio limpio de este valle con la libertad y la felicidad del mismo viento? ¿Acaso su sueño no es ahora una realidad que se adelantaba en el tiempo realizado ya plenamente? Es más, su sueño era mucho más real que aquella otra realidad viva y fresca del sueño, porque lo primero, su sueño, sigue existiendo y permanece para toda la eternidad y sus cuatro días reales, como los tuyos ahora, terminaron y se rompieron para siempre. Por eso crees ahora que el sueño de aquel joven no fue fantasía sino una invitación a entrar un poco en la realidad de su existencia eterna, a la verdadera y perfecta dimensión de la vida, como un privilegio que su creador le concedía. Tú crees esto con toda seguridad y más ahora, cuando acabas de verlo fundido entre y con la tierra de este valle. Aquel joven no murió y aunque se encuentre enterrado en este humilde cementerio,

no ha dejando de existir igual que todos los que le acompañaron. Esto es lo que sientes y muy sinceramente.

Te vas retirando de este viejo cementerio habiéndolo dejado ya para siempre dulcemente instalado en tu corazón como el rincón más digno de emoción y cariño de todos estos sitios. Enseguida te acercas a la otra realidad: los humanos con sus coches y la carretera llena de asfalto. Aquí mismo, a esta carretera que viene recorriendo todo el valle del Guadalquivir, se una a ella el ajorro que traías desde la cañada alta del Almendral. Al llegar al lugar lo reconoces. Fue exactamente en este punto donde, una tarde te pusiste a busca níscalos. Venías con los niños de la Puerta y con la pequeña rubia traía su cesta, la que la abuelita le había preparado para que la llenara de setas, al pasar por este rincón aquel día, os parasteis. Ni siquiera sabías si por aquí crecían los níscalos. Pero os parasteis y os pusisteis a buscar. Por entre los lentiscos que caen a la misma torrentera de la carretera, encontrasteis un rodal.

Más arriba y también entre las ramas de los lentiscos, disteis con más rodales y por las tierras de la pequeña hondonada y bajo los pinos, cogisteis otros buenos puñados. Total que la pequeña rubia de la Puerta sí llenó casi por completo su cesta y ello fue una gran alegría para la abuelita en cuanto llegasteis a la casa y los vio.

Al pasar por este lugar ahora recuerdas aquella hermosa tarde y también recuerdas a la niña rubia con aquella alegría tan risueña. La abuelita ya murió. Era tan buena que eso es lo más recuerdas de ella. Desde su silencio apagado, dulce pero pleno y lleno de amor, te enseñó tantas cosas que más de una vez te lo has dicho para ti solo: “un día yo tengo que hablar de todo lo que ella dejó en mi corazón y a pesar del tiempo no se paga”. Con tanto cariño ella a ti te trató y tanto a ti te enseñó desde su sonrisa redonda que a pesar del tiempo, no la puedes olvidar. Porque, además, la abuelita era toda una auténtica serrana de pura cepa y por lo tanto, rosa repleta de pureza.

Por aquí, donde el ajorro que baja se funde con la carretera, te tropiezas ahora con los coches y los visitantes que dan voces asomados al mirador. Esta sí que es otra realidad tremenda, por estos tiempos, en los paisajes de estas sierras. Ellos, protegidos o al menos permitidos por la Administración, están logrando desplazar y hasta borrar la realidad silenciosa de aquella presencia serrana. Los ves aquí asomados al mirador que da al valle como si estuvieran desahogando sus frustraciones. Y ni siquiera saben mostrar respeto ni por estas tierras ni por los que en estas tierras siempre vivieron. Ignoran por completo la presencia de aquellos serranos y esto es tremendo. Quiere decir que la sierra para ellos no tiene ni identidad ni historia. Ni antes hubo nada por aquí ni tampoco parece que les importe lo que en el futuro estas sierras sean. Es tremendo pero esta es su realidad que por otro lado se palpa nada más acercarte a ellos. Justo en este momento los está viendo amontonados en el mirador y no te inspiran otros sentimientos que la de esta realidad fría y seca.

Al ver sus coches recuerdas cuando aquellos serranos, amigos del silencio y señores de estos valles, organizaban sus pequeñas fiestas en los días que ellos mismos señalaban. Por aquí, por esta misma tierra iban ellos montados en sus burros, andando en grupos de tres o cuatro, charlando, prestándose sus cosas, saludándose y llenos hasta lo más hondo del alma, de sensaciones limpias y cargadas de amor. En el lugar indicado, a la hora acordada, comenzaba la fiesta y aquello, por encima de todo, era un sincero encuentro de amigos de estas tierras que festejaban y gozaban las cosas de estas tierras.

Los que ahora vienen por aquí, los paseantes que en todo momento andan cruzando para arriba y para abajo esta carretera, no celebran nada aunque sí lo celebran todo. Pero más que nada celebran el asombro que les produce la contemplación de los paisajes sin que tengan nada más en común con estos paisajes porque, además, su presencia por aquí es sólo de visita y no de moradores perpetuos y dueños hasta la médula como eran ellos.

Los caminos viejos por este rincón eran el gran camino real de Cazorla a Bujaraiza, camino de Cazorla a Hornos que era el mismo y que es el que rompió la carretera cuando la construyeron. Y desde aquí, arrancaban varios caminos que son: camino de Pontones que rodeaba el pico Cabeza de viña por el lado de abajo y se metía en la gran umbría por el arroyo de Montero. Por ahí se encontraba con unos cuantos más que subían buscando la cumbre. Por el Artuñedo iba uno, por las Espumaredas otro y por arroyo Frío otro más. Todos iban buscando a Pontones que era un núcleo de población importante en aquellos tiempos.

Desde Bujaraiza arrancaba otro camino que iba a Las Lagunillas y otro más que subía a la Cabañuela. Uno que se venía por las llanuras del viejo castillo y rodeando el cerro del Almendral, cruzaba el Guadalquivir por allí y tomaba ladera arriba en busca de Las Canalejas y desde allí a Pontones. Todos estos caminos principales y muchos más secundarios tenía Bujaraiza. Aquella gente los usaban siempre andando o montados en sus burros o yeguas. Es decir: la aldea de Bujaraiza era como el centro de muchos caminos en este punto del valle y lugar de encuentro para muchos de los que vivían en Pontones que se bajaban a estas tierras más cálidas en aquellos inviernos crudos tan repletos de nieve y frío.

Cruzas la carretera. Te dejas a la derecha el mirador con sus paseantes. Saltas el surco de un pequeño arroyo y sigues bajando. Te mete de lleno en lo que son las tierras de sus viejas huertas. Remontas un cerrillo donde construyeron el mirador este y te asombra los grandes robles que aún crecen por aquí. Uno de ellos casi gigante. Casi en la misma franja que han marcado las aguas del pantano cuando se llena. Por eso unos metros más abajo ya no hay vegetación. Atraviesas la sombra de los robles y te dejas ir derecho al cerrillo donde estuvo la aldea. Cruzas otro pequeño arroyuelo por completo repleto de majuelos y varias acacias. Los majoletos están secos y los fresnos también. Un pino o dos y esto indica lo fuerte que es la sequía estamos viviendo.

Y ahora que cruzas la llanura que tanto has soñado, por tu alma se mueve un sentimiento: la desaparición de tanta vida serrana por aquí ¿no tiene también alguna relación con la ausencia de las lluvias y las nieves por estos montes? Tan seca se ve la tierra que da grima. Tú sabes que los trozos de tierra fértil que ahora vas cruzando, fueron todo un vergel en aquellos días. Miras hacia la ladera y te parece sentir y hasta ver un grupo de niños que bajan de las partes altas. Vienen siguiendo la senda mientras atraviesan el monte y cruzan las pequeñas llanuras en las hondonadas donde las ovejas pastan tranquilas comiendo la abundante hierba. Más abajo pasta otro rebaño y otro grupo de ellos saludan en la casa al que ha llegado de los lugares a los que emigró. Tanto tiempo hace ya que algunos de los que son sus familiares ni lo conocen.

- Mira, esta es tu tía por parte de tu padre, esta tu prima la más pequeña y la mediana es aquella.
- Lo que me digáis vosotros es lo que yo me creo pero ya veis el lío en que estoy metido.
- Es que tendrías que haber venido más a menudo por aquí. Desde que te fuiste ya han pasado muchas cosas. Han nacido muchos y han muerto también muchos.
- Yo me dije eso también muchas veces pero a ver, en la vida con frecuencia las circunstancias se imponen.

Dentro de la casa ellos se van juntando alrededor del que ha venido y después de besarlo y abrazarlo, junto a la chimenea se van sentando. El pregunta por los niños y el pastor su amigo. Ellos preguntan por las cosas de la ciudad y la vida por allí. Los niños, algunos niños que no son los que él dejó cuando se fue, juegan por las tierras de la llanura y la torrentera del río. Se les oyes reír y hasta discutir entretenidos poniéndose de acuerdo para irse a jugar o al río o a la llanura alta. De la casa, aplastada un poco del arroyo pequeño que por aquí divide la llanura, sale un hilillo de humo. Oscuro y silencioso se alarga viento arriba como si quiera perderse por donde la cumbre roza el cielo. Dentro celebran la venida. Algo más adelante, sobre la ladera y el puntal, silenciosas se

aplastan las otras casas. Su color es el de la tierra y sus paredes están construidas de piedras rebuscadas por estas laderas y maderas de los bosques.

SOLO LOS GRANADOS PERVIVEN - 66

Con este sentimiento en tu alma y saboreando la imagen de un trozo de aquellos días, sigues cruzando la llanura en dirección a donde estuvo el núcleo de la aldea. A la derecha te va quedando el que por aquí llama castillo de Bujaraiza. Lo miras y te dices que otro día irás por allí. Otro nuevo sentimiento te zarandea el alma: a pesar de todo, envidias a las personas que aquí quedaron enterradas para siempre. En el fondo, lograron su triunfo. No sólo vivieron donde más ellos querían sino que hasta murieron abrazados a los suyos. Ya nadie ni nada podrá nunca arrancarlos de lo que ellos más querían. ¡Cuánto te gustaría a ti encontrarte entre ellos!

Sigues avanzando por uno de los puntales más importantes: el cerrillo que baja adentrándose en el valle. Mira al río y aunque está seco y la tierra que pisas sólo tiene montones de piedras, hay mucha hermosura. Todos estos montones de piedras fueron las paredes de las casas en aquellos días. Por aquí iban las acequias, se alzaban los ribazos de las huertas y se recogían las paredes de las viviendas. Sobre este puntal se concentraban las casas de la aldea. Las mil piedras desperdigadas que por aquí se ven, dan testimonio de ello. Su destrucción fue casi desde los cimientos. Por algunos sitios aparecen grandes bloques de piedras de sillería, piedras tallada que seguro formaron las paredes de alguna casa más señorial. Son muy bonitos estos bloques pero ahora están por aquí completamente abandonadas. Lo que en aquellos días seguro fue una casa bella, también cayó.

Que en este puntal estuvo el grueso de la aldea, se adivina nada más comenzar a recorrer los escombros. Por lo que es ya

el límite del cerrillo en forma de mirador hacia el valle, se mueren los granados. Clavados entre los montones de piedras de las paredes que dividían los corrales y las huertas. De entre las piedras han surgido las zarzas, los majuelos y las madreselvas. Enredado en la maraña crecen los granados y aún están verdes y cargados de fruta. Te acercas a ellos. Como estás viendo sus granadas colgado de las ramas las altas, quieres coger alguna. Ya no son de nadie. Mejor dicho, son de todos, hasta tuyas y de los paseantes pero no son de nadie. Pertenecen a gran patrimonio del Parque Natural a pesar de que los sembraran ellos y hasta que llegó el tiempo, los cuidaran y recogieran su fruta.

A parte de la emoción que para ti supone, después de tantos años, poder saborear aún la fruta de los árboles que ellos sembraron, te atrae por lo rica y sana que está esta fruta. Ningún veneno de insecticida ni abonos químicos ha sido rociado por aquí. Sólo puro aire. Frío en invierno y sol en verano y luego agua y nieve recién caída de las nubes es lo que estos árboles están recibiendo de continuo. Así que una granada de estas es un puro bocado de salud y placer.

Las granadas cuelgan hermosas de las ramas altas y como el otoño anda muy avanzado no sólo han madurado casi todas ellas, sino que los pájaros han dando buena cuenta de las mejores. Las otras, las que no han sido picadas, ya se han abierto y sus granos va cayendo por entre las piedras y las zarzas. Pero en las ramas de las copas aún cuelgan algunas perfectamente madura y redondas. Ni se han abierto ni han sido atacadas por los pájaros y hasta parece que estuvieran aquí esperando a que vengas a cogerlas. Así que busca un palo y dando algunos saltos las arrancas de sus tallos, las coges en tus manos y las abres. ¡Qué dorados y qué gordos son sus granos! Tú no tienes claro a qué especie pertenecen estas de los granos gordos y jugosos. Pero sabes que existen otras especies con los granos más menudos, con muy poca pulpa y sí mucha parte dura. Las que ahora tienes en tus manos son de las mejores, las de los granos más jugosos y del zumo más dulce.

Así que sacas la navaja. Cortas la cáscara y las abres. ¡Que rojas y qué apetitosas se ven! Separas las pipas con los dedos y juntas un buen puñado. Te lo vacías en la boca y ¡qué sabrosas! Están dulces casi como la almíbar y como sus granos tienen tanto jugo a cada apuñado la boca se te llena de zumo. Son estas las mejores granadas que has comido en tu vida.

La familia de las Punicáceas, que son los granados, sólo comprende el género Punica con dos especies: una, la Punica protopunica, de las Isla de Socotora y la otra, la Punica grantaum. Romeira, romazeira, miligrandeira en portuges y gallego. En catalán magraner y en vasco mingrana, minglana.

En su libro, Kroeber empieza la descripción de esta especie diciendo: "En nosotros, la imagen de la española, de negro y brillante mata de pelo, se une de manera inseparable la flor del granado, de un rojo encendido, el adorno preferido por la hermosura meridional". Así llaman la atención estas flores a los forasteros venidos de luengas tierras y a los fatigados caminantes porque les anuncia la proximidad del poblado. Nacen de una en una esparcidas por todas las sumidades del arbusto o del arbolito. Rojo tiene el cáliz en forma de urna carnosa, abierto a manera de estrella de cinco o siete puntas y entre cada dos de sus lóbulos nace un pétalo del mismo color, de forma redondeada, muy delgado y arrugadito.

Esta flor, pues tiene tantos pétalos como gajos el cáliz, los cuales se desprende con gran facilidad. Tiene también numerosos estambres, con los filamentos del mismo toro escarlata pero con las anteras amarillas. Es fruto es singular. Sin otro parecido en todo el reino de los vegetales, grande como una de las mayores manzanas, coronado por el cáliz carnoso y persistente, algo deprimido y repleto de infinitas simientes prismáticas, de cubierta de color granate, carnosas y muy jugosas, las cuales están separadas por una delgada tastanas amarillas en diversos compartimientos superpuestos. Este fruto es la granada y no es abridero pero la repleción de

jugos puede hacer que, regañando, se desgarre la corteza, que es coriácea y gruesa.

Las simientes del arbolito cultivado son muy dulces y agradables; las del arbusto silvestre tienen sabor extremadamente agrio y no son ni tan agradables las granadas ni tan jugosos los granos. El granado pierde las hojas en invierno y tiene ramitas endurecidas y espinosas que nacen enfrentadas, lo mismo que las hojas. Estas tienen un rabillo corto y son prolongadas, obtusas de bordes enteros, lustrosas y de un alegre verdor, con ligeros tintes amarillentos. Al principio tienen sabor agradable que se torna acerbo.

Florece en junio y aun en mayo en las provincias meridionales y madura sus frutos en septiembre. El granado contiene diversos alcaloides localizados principalmente en la corteza de la raíz, menos abundante en la del tronco y las ramas. Contiene también hasta un 25% de materias tánicas. La actividad de la corteza se conserva durante muchos años. Los granos del fruto, aparte de agua, tienen glucosa, ácido cítrico, ácido málico y gran cantidad de vitamina C.

Las virtudes más importantes se refieren al poder tenífugo y en general contra toda suerte de gusanos intestinales de los alcaloides antes citados. La tenia y solitaria quedan bien pronto paralizada y muere poco después. La acción de estos alcaloides sobre el hombre y en general sobre los mamíferos, es parecida, en parte, a la que ejercen sobre uno y otros la nicotina y el curare. Para evitar tales acciones sobre el organismo humano, hay que emplear dichos alcaloides combinados con los taninos. Lo mejor es utilizar la corteza de la raíz.

La corteza y los tabiques internos del fruto, sobre todo del grano agrio, ejercen una acción parecida, aunque menos intensa, sobre las lombrices intestinales. El zumo de los granos del fruto es refrescante. Con el zumo de la granada silvestre, se prepara el oxizacre o jarabe de granada agria, que se utiliza contra las afecciones de la garganta y como refrescante. Este

jarabe puede prepararse en frío y con zumo sin fermentar de la misma granada agria. Es un jarabe en extremo agradable, sobre todo en verano cuando se toma con agua fría.

El zumo de la granada, concentrado al fuego, es excelente, según Dioscórides, "contra los flujos intestinales y contra las calenturas acompañadas de cámaras, conforta el estómago, restriñe el vientre y provoca la orina. Esta especie de vino de granada se llama 'roete'.

El granado fue conocido y cultivado desde remotísimos tiempos prehistóricos. En las tumbas egipcias de 2.500 años antes de nuestra Era se han encontrado restos de sus frutos, considerado en Oriente como símbolo del amor y de la fecundidad. El árbol estaba consagrado a la dios Rimmel, en Siria, en Gracia, a Afrodita. El nombre de granada viene del latín *malum granatum*. Malum es la manzana y granatum significa que grana bien, que es abundante el grano. Aunque algunos quieren que se llamen granadas porque el reino de Granada abunda en esta clase de frutos. El nombre del género Punica, establecido por Limné, deriva de otra denominación latina: malum punicum, porque como aclara Andrés de laguna, 'en aquella parte de Africa antiguamente llamada Púnica, en la cual se comprehende Cartago y Túnez, nace este fruto muy perfecto y en grande abundancia'.

POR LA ZONA DE ACAMPADA - 67

Desde estas paredes de piedras ahora desmoronadas, por donde entre ellas, además de los granados, crecen las zarzas, los majoletos y algún enebro, miras hacia atrás. Frente a tus ojos se alza el morro por done has bajado con su voladero rocoso. La ladera arranca desde aquí mismo y se le ve toda sembrada de álamos. Fueron tierras de cultivo en aquellos tiempos. Ahora ya sabes que detrás de este monte se encuentra la Cabañuela.

Sigues la ruta y como crecen más granados esparcidos por las tierras de este cerrillo, en cada uno de ellos te vas parando y coges más granadas. Ya no puedes comer más y por eso las vas echando en el zurrón. Por experiencia sabes que quizá el desayuno más sano es el de una granada recién levantado. Sólo una granada sin más mezcla de café, magdalenas y mermeladas. Nada más levantarte lo primero que entra en tu estómago es esto: el zumo de los granos maduros y dulces de una granada y ya no comes más hasta media mañana. Sienta tan bien y alimenta tanto, aprovecha y al mismo tiempo es tan bueno para la salud como la mejor de la más sofisticada medicina química.

Por experiencia lo sabes y firmemente crees que si muchas personas practicaran esta forma de medicina tan simple, natural y fácil, se evitaría un montón de problemas con la salud. Mil veces mejor que los potingues de las farmacias. Por eso ahora que se te presenta la oportunidad llenas tu zurrón de los frutos ricos que por aquí has encontrado. Poco a poco luego te las irás comiendo en tus desayunos para así beneficiarte bien de la bondad de esta fruta que por otro lado, contiene también todo lo bueno de los aires limpios y las tierras vírgenes de este cerrillo. Nada para ti es más satisfactorio que coger la fruta, ahora abandonada, que plantaron ellos. Sería este lugar un auténtico vergel regado con las aguas que bajan del macizo de la Cabañuela.

Terminas de recorres las tierras del cerrillo y te asomas al borde del gran barranco que las aguas del pantano llena cuando se llena este embalse. Sombre la ladera al otro lado, ya se ve el cementerio viejo. Tenías pensado seguir y llegar hasta ese mismo punto pero ya es tarde y decides que otro día. Antes de la inundación del pantano ellos tenían su cementerio frente a la aldea, en la ladera norte del pico Cabeza de Viña. Desde aquí, desde sus casas y más aún desde la capilla, todo el día estaban viendo su cementerio. Cerca unos de otros en todo tiempo. Cuando ya tuvieron que abandonarlo construyeron el de Los Cerrillos, detrás y lejos de la aldea.

Por aquí mismo, junto a este arroyuelo pero en la llanura entre la carretera y el borde que ahora recorres, hace unos años el AMA levantó una zona de acampada. Construyeron unos preciosos vestuarios, fuente, cocinas de piedra para que los paseantes asaran sus chuletas y hasta trazaron una pista de tierra para que los coches pudieran entrar al centro de la llanura. El agua la trajeron desde el mismo sitio por la misma canal que los serranos usaban. La almacenaban en una alberca de cemente al comienzo de la llanura y por debajo de la carretera. Esto corrió por el año 1984-1985, que fueron los años en que dicha organismo comenzó lanzando su propaganda a los cuatro vientos para que se viera que sus proyectos eran buenos y cuajaban.

Imprimieron ciento de folletos de todas clases y se los repartieron a los turistas a puñados. Eran los años del comienzo del Parque Natural y de derroche de dineros por todos sitios. Así que los anuncios aparecieron a todo color con muchos planos. Pero aquello, como otras muchas cosas, no dio el resultado que ellos esperaban, poco tiempo empezaron a cerrar zonas de acampadas. La gente se metía por todos los sitios, lo rompían todo, lo contaminaban todo y algunos serranos empezaron a quejarse de tantas barbaridades. Se les permitía a los paseantes lo que de nunca se le había dejado hacer a los serranos.

Así que esta zona de acampada y otras muchas, la empezaron a cerrar y aquí se quedaron los vestuarios, construidos de ladrillos, blanqueados y según el estilo de los prisioneros de las ciudades. Si rompieron la aldea y era bonita ¿por qué van a preocuparse ahora de tonterías menores?

A pesar de la sequía, por aquí, por allá y por el otro lado, crecen las plantas y el bosque va tapando las heridas que los hombres dejaron por las tierras. El silencio, la ausencia de los serranos y el tiempo se encarga de poner las cosas en su sitio.

LA LLANURA

DEL CASTILLO -68

Arroyo Rovuelto

Desde el puntal de los granados, la gran llanura queda a tus pies. Despacio la recorres con la vista y un poco de nostalgia sientes por el recuerdo de aquel día. Como si el tiempo, a veces, también se encargara de seleccionar lo que tiene que pudrirse y lo que debe permanecer para la eternidad. Quizá por eso ahora, al recorrer con tus ojos la llanura, de entre la tierra callada, lo ves emerger. Es 26 de noviembre casi media mañana. Lleva ya cinco días lloviendo sin parar y esta mañana él se plantea recorrer la gran llanura. Quiere empezarla desde abajo, para recorrerla hasta donde pueda. Ha sido el diluvio. Durante toda la noche ha soplado el viento y con fuerza la lluvia se ha estrellado por entre los pinos, las lastras blancas de la ladera y la tierra roja de la llanura. No ha parado de llover en toda la noche y con fuerza.

Ahora, aunque sigue soplando el viento y sobre las cumbres de la sierra de la Cabañuela y Las Lagunillas, se amontonan espesas nubes negras, en estos momentos ya no llueve. De vez en cuando se abre el cielo y por ahí el sol se cuela para derramarse sobre Peña Amusgo y las cumbres de las Banderillas. Valle abajo desde las partes altas donde nace el Guadalquivir, bajan grandes vellones de nubes que amenazan con inundar toda la sierra. Pero por el momento, se queda sólo en amenaza. El viento sí soplando fuerte valle abajo pero no es frío.

Aunque mil veces el joven tiene ya recorrido las tierras llanas y conoce cada trozo de la vieja pared del castillo que sobre el cerro se desmorona al final de la llanura, esta mañana quiere andarlas de nuevo.

- No sé que vas a encontrar hoy que no estuviera ayer por estas tierras.

Le dice el padre.

- Una noche de lluvia como esta, lo cambia todo. Tú fíjate cómo baja el arroyo y fíjate cuantos chorrillos rezuman por las torrenteras. Ha sido tanta, la lluvia de esta noche, que el río

vendrá desbordado. Me atravesaré la llanura y escalaré al castillo para verlo.
- Ganas de mojarte y luchar con el viento. Además, ¿por dónde cruzarás el arroyo con el agua que trae?
- Lo seguiré cauce arriba y ya verás como encuentro una estrechura o un vado.

El arroyo, el que baja desde el monte que queda en el centro entre el cortijo del Aguadero y la Cabañuela, hoy cae repleto. Al principio se despeña un poco antes del Collado del Almendral y por ahí le entra a la llanura desde el lado izquierdo. Pero por ese lado, lo que el arroyo cruza son rocas calizas y por eso el agua que ladera abajo se despeña es cristalina y llena de espuma blanca. A partir de ese punto se mete en la llanura, primero dirección a Cabeza de Viña y luego gira buscando el río. Cuando ya se convence que por este lado no puede pasar, se ciña al cerro y corre paralelo al río por la ladera norte de Cabeza de Viña. Como por aquí lo que hay es mucha tierra, el agua la perfora y en unos metros se torna color chocolate. De un lado y otro a la llanura le va quitando tierra y cuando ya llega a la altura de la ermita de la aldea, sus aguas son casi cieno. “Rovuelto”, es el nombre que ellos le dieron al arroyo y bien saben por qué.

Pero hoy a él no le asusta ni que venga tan crecido ni que traiga tanto barro.
- Pues ya verás como tendrás problemas.
Le seguía diciendo el padre.
- Bajaré hasta el cauce y lo cogeré por donde el cerrillo se hunde en el barranco. Trazaré la ruta corriente arriba.
- ¿Y tú sabes lo duro que es el viento?
- Sé que se aplasta por la llanura y veloz se quiebra por el barranco.
- Cuando el tiempo se enfurece como hoy, no hay quien dé un paso arroyo arriba. Te tumbará y si te descuidas te arrastrarás hacia lo hondo del valle.
- Pero es que a mí me gusta ese juego.
- Y luego están los regatos. De este lado de la aldea, al arroyo se van juntando pequeños regatos que ni siquiera llegan a la

categoría de arroyos pequeños porque casi todos son veneros. Hermosos surcos abiertos en la tierra viva que el agua de los veneros de la ladera abre buscando el cauce del gran arroyo.
- Ya los salté otras veces.
- Pero no cuando como hoy, toda la ladera ya es un puro manantial.

Tú sabes que cuando cada año llega el invierno, si las lluvias son generosas, como lo están siendo este otoño, de la ladera sur no sólo desciende mil arroyuelos en forma de hermosas cascadas blancas, si no que las aguas revientan por cualquier grieta de cualquier roca. Las llanuras de este pueblo nuestro, son entonces una pura laguna de tanta agua como le llega desde los arroyos y por los veneros. Sabes que casi todos los inviernos ocurre esto y este año es uno más de esos muchos. Pero, además, hoy, con la gran lluvia caída por la noche, el valle y sus laderas recogen más del doble de agua que otras veces.

- Pues me pego al arroyo y en cuanto vea la posibilidad de cruzarlo, salto al otro lado. Recorro ese trozo de llanura que me separa del cerro y me subo en las paredes viejas de las rocas donde el castillo se desmorona. Quiero ver esa otra llanura por donde desciende el río porque hoy el Guadalquivir tiene que estar impresionante.
Le decía al padre.
- No será fácil. Tan repleto hoy el arroyo baja que parece todo un río. Y aunque el cauce que atraviesa la llanura, baja sin ruido por lo llanas que son estas tierras, el caudal está ahí: velozmente aplastado en el surco del arroyo y lleno de asombro.
- ¡Será posible que tanta agua haya caído esta noche!

- Y como, además, las lluvias de este año han sido tempranas, las tierras de la llanura entre el monte de Cabeza de Viña y el Cerro el Almendral, ya están un poco tapizadas de hierba. Un tapiz verde que espeso ya crece vigoroso, lavado por las lluvias de la noche pasada.

- De todos modos, no voy a desistir; hoy tengo que llegar hasta el castillo. Quizá por allá al final, donde el arroyo deja la llanura y se va para la ladera, sí se estreche y por ahí lo saltaré.
- ¿Pero sabes lo que te vas a encontrar al final?
- ¿Qué me encontraré?
- Cuando el arroyo va cayendo ladera abajo en busca de la llanura, todo es una pura cascada. Más imposible será cruzarlo por ese punto. Nadie ha sido nunca capaz de atravesar el arroyo por la ladera cuando baja tan lleno como hoy.

Ese rincón es muy feo, muy malo de andar. Cuando se acaba la llanura y comienza la ladera, están las malezas de Rovuelto. Un gran bosque repleto de viejos robles, gruesas encinas, lentisco y zarzas, tan tupidas y tan enredadas que es imposible atravesar esas malezas. Te harás polvo si te metes por ahí.
- Pero en ese punto, precisamente porque es todavía mitad ladera y mitad llanura, sí hay muchas rocas. El agua se desparrama. Saltando de una piedra en otra podré cruzar.
- Yo te lo advierto, como te metas en el bosque de las encinas, te verás negro para salir. Las zarzas se enredan tanto que no te dejarán ni andar. Es verdad que el agua se desparrama pero tanto y por tantas piedras y tanto monte, que por ahí no hay quién pase.
- Ya sé lo que voy a hacer. Cuando hace unos días estuve por allí, al lado derecho y al comienzo de las malezas, vi un pino caído. Lo tronchó el viento la otra tarde. Cogeré una de sus ramas, me la llevaré al arroyo, buscaré un sitio donde crezcan las junqueras, tiraré la rama procurando que caiga encima de las cepas de los juncos para que sirvan de apoyo en un lado y otro y ya tengo un puente. Sólo me queda caminar por encima de la rama y así tranquilamente cruzar de un lado a otro. Verás como yo le doy una solución a esto.
- Será fácil y puede que hasta logres cruzar la corriente pero allí donde crecen las junqueras es precisamente por donde el arroyo tiene más de un metro de profundidad. Si pierdes el equilibrio ¿qué me dices?
- Primero pisaré con cuidado en la rama para ver si resiste. Clavaré luego el palo que llevo en la mano en el centro de la corriente. Me apoyaré en él y cuando esté seguro que tanto la

rama que me sirve de puente como la otra más delgada que uso como bastón, aguantan, saltaré rápido. Después en dos minutos ya estaré en lo alto del castillo gozando de aquel otro valle y del gran río Guadalquivir que hoy debe ser de espanto.

- ¿Y si al pisar se rompe la rama?
- Ya ni lo pienso.
- Porque es que eso sólo se le ocurre a un loco como tú.
- Tendrás razón, papá pero lo que sí te digo es que tendrías que haber estado allí como yo lo he estado hace un rato. Lo que desde el viejo castillo vi, es fabuloso. La pradera, la ancha pradera de los llanos del Hoyazo, estaba verde, casi del color de la esmeralda. El bosque al frente también era un sueño de tanto verdor y tantos pinos y el río se cruzaba por la llanura en forma de serpiente. Y como bien dices, el agua era tanta y de color chocolate, que aquello no parecía un río sino un océano navegando por un edén. Yo ni lo pensé pero aquella visión tan bella merecía la pena. Y, además, desde las viejas paredes de ese ruinoso castillo con Peña Amusgo sobre la cumbre iluminada por los rayos del sol escapándose por entre las nubes, te digo que aquello merecía la pena. Si se hubiera roto la rama, si el viento me hubiera arrastrado o hubiera caído otra nube, las cosas habrían sido distinto pero te digo sinceramente que aquello mereció la pena.
- ¡La verdad es que tú estás loco!
Fue lo último que le dijo el padre.

Hoy la llanura y el viejo castillo siguen ahí. Desde el mirador de Los Cerrillos y el de Rodríguez de la Fuente, los paseantes la contemplan y lo contemplan cuando pasan por la carretera. Las llanuras de Bujaraiza lo llaman a eso y también al castillo lo llaman con el mismo nombre. El arroyo, nadie de los muchos que por aquí pasan, saben cómo se llama. Tampoco nadie sabe donde se encuentra el puente que el joven construyó ni nunca han visto el arroyo con tanta agua como llevaba aquel día. No importa, y hasta incluso puede que así sea mejor.

EL ROBLE Y LAS

PALOMAS - 69

El roble se encuentra al final de la llanura o al comienzo de ella según subamos desde el valle o bajemos desde la cumbre. Y el árbol, desde cualquier punto de las tierras de este valle y cercanía, se le ve. A su sombra, sentado en la piedra, te encuentras a Juan Pedro. Mira en silencio, recorriendo el valle. Te espera y no te espera. Te acercas a él. Lo saludas y le dices:

- Ya di la vuelta a los montes esos de la Cabañuela. Te habrás aburrido en esta espera tan larga.
- Yo nunca me aburrí en estos lugares y menos cuando en silencio miro las tierras de este rincón.
- ¿Tiene algún misterio especial este árbol?

- A este roble, a este viejo, majestuoso y verde roble, todos los años venían las palomas para hacer sus nidos. Una hermosa pareja de palomas torcaces que revoloteaban por los bosques de la ladera y llevaban de arrullos a cualquier hora del día todos estos barrancos. Antes de seguir quiero aclararte que lo de este roble, la pareja de palomas y el nido con sus pichones, yo nunca lo llegué a ver. La historia me la contó la ancianita de los ojos azules que vivía en la casa que hubo donde ahora se ven esos montones de piedras.
- ¿Y qué fue lo que te contó a ti la ancianita?
- Ella me contó más de un millón de fantasías, sueños y aventuras. Muchas las vivió personalmente en sus años de niña dulce. Otras las creó en su mente y mil más las soñó cada día. Pero ella especialmente me habló de la bondad de las palomas y su nido en este roble. ¿Quieres oír esa bonita aventura?
- Estoy deseando.

- Detrás del cortijo de Monte Claro, mirando al sur, hay una ladera toda tupida de árboles. Arboles con ramas recias en forma de un cielo de nubes, pequeñas y grandes. En invierno crecía el musgo en sus troncos con tanta abundancia y tan largo que las ramas se fundían con él dando la impresión de que el mismo tronco era tan frondoso o más que las copas redondas.

Cuando pequeña, cuando todavía no había llegado la guerra y apena conocía este suelo, cuando todo lo que para mí existía eran aquellos campos con su sol, sus nubes, sus ríos y sus montañas, en aquella ladera pasaba largos ratos, en los días de lluvia oscuros, viendo temblar en las hojas, las gotas transparentes del rocío. Me divertían los pequeños arroyuelos bajando, primero por los troncos de los árboles y saltando después por las piedras, las lastras y la hierba. Nunca allí había otro ruido sino el de la lluvia y el viento y en ocasiones, ni siquiera éste. Nada más que el cielo azul y la ladera con su asombrosa visión verde y tranquila.

Todos los años, al llegar la primavera, ocurría un fenómeno que me llenaba de alegría y me divertía hermosamente. Primero aparecían en el cielo cuatro o cinco palomas torcaces y luego se llenaban los montes y los cerros junto al río, los robles de las umbrías, los pinos de la llanura y la espesura verde y frondosa de la hermosa ladera. En mis largos paseos llenos de paz, juegos y sueños, al ponerse el sol en las tardes de primavera, subía hasta la ladera verde, en busca de las palomas. Y ellas al verme nunca se espantaban. Siempre me las encontraba paradas en las ramas con las alas huecas o la cabeza, a veces, entre las plumas. Algunas dormían en las ramas del mismo tronco y con mis manos podía cogerlas. Se estaban quietas que las acariciara, que las pusiera en mis manos o simplemente que las cambiara de un sitio a otro.

Aquél juego era delicioso y nunca me pareció ni extraño ni raro. Mi alma de niña contemplaba aquello como lo más normal. Igual de sencillo y simple que la hierba creciendo, el rocío sobre el campo y las flores titilando en los montes al rayar el día. Mis pequeños ojos llenos de placer, se embelesaban, se dormían y se derramaban dulces contemplando la belleza de aquellas aves.

Pasaron los años y me hice mayor y las palomas cada primavera acudían al oscuro bosque llenándome de gozo horas y horas con sus vuelos y sus arrullos. Después de

casarme y cuando ya Andrés andaba, una y otra vez subía al vergel de aquella ladera para jugar con ellas al caer las tardes y en medio del imponente silencio.

Al estallar la guerra, me vine de aquellos campos y años después volví a ellos en varias ocasiones. Entre otras muchas cosas, de lo que más me acordaba era del bosque verde y las bandadas de palomas; y en mi alma siempre que me acercaba a aquel rincón, no deseaba otra cosa sino volver de nuevo a tener en mis manos y acariciar con mis dedos aquellas palomas. Y ocurrió que ni una tarde más pude gozar del espectáculo que tanto me había divertido cuando niña.

Ahora ya de mayor, antes de llegar al rincón verde, me descubrían y asustadas, remontaban vuelo cielo adelante hasta las nubes y luego se iban a lo más alto de la colina. Ni que decir
tengo la pena que aquello me daba.

Yo siempre las había amado; siempre las recordaba en mi corazón como a mis mejores amigas; mas ellas, al verme ahora, me huían, se asustaban de mí, no me reconocían ni se fiaban de mis intenciones ¿Qué era lo que se había roto y por qué se habían tornado tan ariscas?

La explicación era sencilla: En la guerra y después de ella, en más de una ocasión, muchos hombres recorrieron aquellos campos con escopetas y lazos cazando todo lo que encontraban y allí mismo, junto al río, encendían lumbres y en sus brasas asaban las carnes de aquellas palomas. Ahora, cuando yo quise volver a aquel rincón, deseaba que las palomas, al verme, se estuvieran quietas y se dejaran acariciar por mí como en los tiempos pasados. Pero ahora parecía como si este rincón se riera de mí. Cada vez que me acercaba a él, antes de llegar, las palomas se iban y hasta los árboles estaban menos verdes, tenían los troncos más pelados y las ramas más lejos del suelo".

La ancianita interrumpió aquí su relato y como nosotros queríamos saber cuál fue el final de aquellas palomas, le preguntamos:
- ¿llegaste a comprender por qué te huían a ti siendo como habías sido su amiga?
- La única explicación seria que he encontrado es que yo también había perdido mi inocencia primitiva. Hasta la naturaleza ahora lo sabía y de alguna manera me lo echaba en cara negándome lo mejor, lo más dulce, lo más elevado de ella misma.
- ¿ Y cuál crees que es el camino de retorno para volver otra ver a la limpieza del alma y a la amistad con nosotros mismos?
- Hoy estoy convencida que todas las guerras, todos los odios, todos los conflictos, todos los amores, dolores y gozos del mundo, no están en ningún otro lugar sino dentro de nosotros. Por aquí tendríamos que empezar a poner las cosas en paz.

Ahora esta tarde, siento que me voy y siento que ya no puedo hacer nada para arreglar ninguna cosa. Lo único que puedo es lo que hice otras veces: Pediros que vosotros sí penséis en ellos, en los niños que ahora habitan nuestro mundo. Lo único importante, lo único que realmente les hará mucho bien, es que procuréis que sus almas se mantengan siempre en la inocencia primitiva de las cosas; que se mantengan siempre en armonía con la naturaleza y en sintonía con el universo. Si lográis esto, veréis como son felices y saben sonreír y amar; veréis como son capaces, al fin, de vivir juntas razas y naciones.

Ya conocéis el camino y sabéis que es muy fácil; sólo basta con que vosotros respetéis, al menos si no podéis amar, a la naturaleza y todo cuanto de hermosura y belleza ha plantado Dios en ella. Respetarla y amarla un poquito y veréis como ella os devuelve su sonrisa y os hace personas más limpias, bondadosas y amables. De aquí aprenderán vuestros hijos y es muy probable que dentro de un tiempo, ellos sí sepan amar en serio y sean felices con auténtica felicidad.

Esto es todo. Cuando el hombre vuelva sus ojos hacia el campo y ame a sus flores, la música de sus arroyos y el perfume de las tardes de primavera, las palomas volverán a posarse en las manos de los niños y éstos, las contemplarán con sus ojos limpios y jugaran con ellas y todo volverá a la paz y armonía primitiva de aquellos tiempos. La ancianita cerró sus ojos. Notamos que poco a poco se apagaba. Nos pusimos junto a ella, como si con nuestro calor la quisiéramos retener un rato más y fue en estos momentos cuando recordamos el gran relato de su vida. Nos lo había contado tantas y tantas veces, que casi nos lo sabíamos de memoria.

"Estaba nublado, las sombras de la tarde y de las nubes cubrían los montes y el cortijo. Un poco antes había llovido. Ahora la niebla llenaba los barrancos y las cumbres. Era Navidad o por lo menos el viento y la nieve que por él iba, eso era lo que parecía anunciar.

El, antes de llegar, ve la puerta. Nuestro cortijo siempre ha estado abierto. Sin llamar, entra. Estoy sentada junto al fuego y al verlo exclamo:
- ¡¿Tú?!
Corro y lo abrazo. Mutuamente nos llenamos de dulzura y cosas extrañas.
-¿A qué estas carreras con tu abrazo y tu gozo?
Me dice.
- ¡No sabes el deseo que tengo de ti! Está nublado el cielo; la tarde es triste y hace frío.
Le digo y él me responde:
- Sí, es todo tan bonito y a la vez tan misterioso. ¿Estás sola?

- ¿Sabes lo de nuestro hijo Andrés?
- ¿Qué ha pasado?
- En el incendio del otro, día le alcanzaron las llamas; se lo llevaron a la ciudad; está en el hospital.
Al oírlo me abraza y durante un rato llora; luego dice:
- ¿Y mamá?
- En la cama.
- ¿Duerme la siesta?

- No; parece enferma.
- ¿Qué le pasa?
- No lo sé.
- ¿Puedo verla?
- Sí, entra.

Anda hacia la puerta y la abraza. Al hacerlo noto que el barro y el agua del campo también están dentro.

- ¡Qué triste es todo hoy, qué triste aunque por momentos da gusto sentir esta tristeza.

Por la rendija que la puerta de la habitación ha dejado al abriese, se ve la cama. En ella está mamá. Sus ojos nos miran. Buscan sol y cariño.

- Mamá, ¿puedo pasar?
- Sí.

Dice blancamente con su cabeza. Amándola desde el otro lado del tiempo, se acerca. La mira, lo mira.

Tiene sus manos entre las sábanas; no las mueve; no le dice nada. Guarda silencio. Por su cara parece pasar la lluvia, la nieve, el viento.

- Mamá ¿Qué tienes hoy?
- No lo sé, quizá es un catarro; puede que no sea nada.
- ¿Has visto qué día hace?
- ¡Ella es tan pequeña! ¿Vamos a dejarla sola?
- Eso digo yo, mamá.
- ¿Hace viento fuera?
- Mucho.
- ¡Quién me diría a mí que esta vida es eso: Nada!
- Tengo que decirte que este cortijo es extraño hoy ¿Eres feliz en él?
- ¡Qué más da la casa!
- Quizá todo es un sueño o el día que llueve o el campo mojado.
- Hasta por mi ventana entra el olor de los pinos.
- Son mis pinos mamá, nuestros pinos, la nieve blanca. Pero dime ¿Qué te pasa hoy?
- ¡Quién pudiera decirlo! Puede ser el deseo de ser toda alma.
- Tú eres tan buena, tan hermosa, tan callada...
- Algún día tenía que acabar lo que nunca es nada.

- Y ojalá, mamá, que nos amemos siempre y que siempre seamos nieve blanca.
- Acércate; soy tan buena como dices.
- ¿Me dejas que te dé un beso?

- Sí y, además, debes saber que también te quiero.
- Hoy estás más guapa que nunca.
Y ella se levanta sobre la cama y lo abraza. Sobre su pecho llora. Los dos tienen mucho que decirse pero lo esencial, lo más hermoso, se lo dicen así, durmiendo en el pecho el uno sobre el otro.
- ¡Qué pavesa somos en el universo!
- No te entiendo, mamá.
- Es igual porque es hermoso pasar por el camino sólo sembrado flores; cantando alegre; mirando el azul del cielo; haciendo puro lo que no lo es y amándonos a raudales.
- ¡Oh mamá! ¿Quién te ha dicho a ti eso?
- ¡Qué más da ahora! Sólo ya es importante contemplar la tarde y sentir el arroyo correr.
- Porque todo es breve ¿verdad mamá?
- Y nada queda después de todo.
- ¡Oh, quiero llorar pero en tus brazos mamá, mientras se va la tarde. ¿La dejas que venga conmigo?
- ¿ Dónde vas?
- Sólo a dar un paseo; está casi nevando.
- Llévala. Tú eres bueno; tú la quieres.

Se agacha hacia ella y besa su mano. Arropa su brazo y entonces dice:
- ¡Animo mamá! Todo pasa; quedarnos en las cosas no podemos; hay que seguir porque el tiempo avanza. Todo se pudre menos eso: Tú alma, su alma y mi alma.
- Espera un momento.
Le digo y entro para mi habitación. Avanza por la cocina.
- Ya no volveré más.
Le dice.
- Es igual; adiós.
Responde mamá. En el campo sigue lloviendo; todo es semi oscuro, perfumado de eterno. Salgo del cuarto, me mira y dice:

- ¿Adónde vas tan guapa?
- Contigo.

Me ofrece su brazo y me agarro a él. Salimos al campo. El viento frío y la niebla blanca me acercan a él. Nos baña a los dos de lluvia invisible y prados de luz.
- ¡Qué frío hace!
- Hoy sí es verdad. ¿Adónde vamos?
- Sólo a hacer real lo que es sueño y por su belleza quedará eterno.

Avanzamos por el campo hacia la colina. A cien pasos está el arroyo. Todo son pinos, niebla, monte, viento.
- Mira lo que sale por mi boca.
Le digo; me mira, expulso mi aliento y al mezclarse con el frío se hace nube de incienso.
- Parecen ríos de nieve que volando van al cielo. Es bonito, muy bonito.
- Yo diría que son ríos de humo, en mi alma llevo fuego.
- Todo es eso y algo más; el día y lo hace.
- Pero escucha. ¿Oyes pasar el tiempo?
- Yo sí lo siento; parece como si sólo faltara un hilillo. Jamás me sentí tan feliz ni más lleno.

Pequeños caños de cristal gotean por las rocas. Al caer a los arroyos cantan dulcemente.
- Para que te hagas nota en este silencio, para eso te traigo por estos cerros.
- Ya comprendo; no importa no ir a ningún sitio.
- Nada.
- Sólo caminar por la tarde dando un paseo, sentirnos blancos entre la niebla y sentirnos uno casi en el cielo; sólo esto importa, porque todo ello nos hace buenos. ¿ Quién a su paso por esta tierra se tropezó en este suelo, con algo que le dirá tanto, en tan poco y tan perfecto?
- No lo sé.
- Quizá somos únicos; por eso hoy te llevo por entre la lluvia blanca.
- Pero todo es sueño.

- Aunque así fuera, no puede serlo. ¡Todo es tanto y tan bello! Cae la lluvia, es invierno, está llegando la Navidad; los montes son arroyuelos que llevan perfume y luz por los mares de mi pecho.

Formando ángulo recto, torcemos en el arroyo. Frente a nosotros está la fuente de los caños de viento. Sólo hay barro, lluvia y algo inmenso.
- Es como en aquellos días llenos. ¿Te acuerdas?
- Sí, como en aquellos días cuando éramos pequeños. Cuánto hemos corrido por estas praderas, cuánto y qué bello.

De nuevo torcemos a la izquierda. El agua del arroyo corre en la misma dirección que nosotros; por entre las piedras y la sombra.
- ¡Qué frío tengo! Ahora sí tengo frío.
- Ya no llegó a casa.
- ¿Por qué?
- Sólo quería verte y abrazarla a ella. Me esperan en la guerra.
- Pues dame un beso pero antes dime
¿Es cierto que no se puede hacer nada?
- Nada. Ha llegado el momento. Aunque nos duela, hay que aceptarlo y quererlo.
- ¿Qué serán, cuando hayan pasado veinte siglos, estos cerros?
- Quizá sólo sean olas esmaltadas de nieve y fuego; aunque eso no nos toca a nosotros.
- Es verdad; pero dime ¿no es todo pureza y aunque da miedo, sabe a eterno y, además, es bello? Casi parece un sueño que va sobre la aurora besando al viento.
- Y qué bien volar sobre las nubes y rozar el cielo; qué gozo sentir el frío cuando la tarde cae y todo es inmenso. Estamos abrazados ¿No oyes su aliento? Parecen campanillas blancas y aunque es misterio no es nada de eso. A partir de ahora, de este momento, ya la materia empieza a pudrir a la humanidad y sólo queda lo bello: Tu amor, mi amor, tu sueño y mi sueño. Es el fin y el comienzo.
Adiós; volveré si puedo.

Acerca su cara a mí; al hacerlo, tropieza con la bufanda. Saco mi mano del bolsillo y tiro de ella hasta la mitad del pecho.
- Adiós y no hablemos más; te espero.
Le digo con otro beso sobre su mano que tiembla. Lo sigo con mis ojos. Se pierde en el monte. La lluvia sigue cayendo. Es tarde. Poco después, se tiñe de negro el cielo. Ya lejos, se vuelve y me dice:
- Mañana la aurora será blanca y allí, con ella, los dos estaremos, abrazados para siempre y dueños del tiempo. ¡FELIZ NAVIDAD Y AHORA, DESDE DENTRO! Fueron sus últimas palabras; después, no he vuelto a verlo".

Y aquí pongo punto y final a lo que ella me contó justo en el momento que también se iba. ¿Qué te parece?
- Cosas muy grandes siendo pequeñas.
- Es lo que siempre pensé y, además, en las humildes casas de piedra de la que por aquel entonces era una bonita aldea y andando el tiempo fíjate lo que es: sólo ruinas, recuerdos que no mueren y montones de piedras llenos de zarzas.
- Voy a recorrer, dentro de un rato, los silencios y las tierras grises de estas lomillas pero antes de seguir ¿qué otras cosas recuerdas de aquella mujer?
- Ya te lo dije: me contó más de mil sueños y de entre todos ellos, ahora que me lo preguntas, recuerdo lo de aquella emocionante mariposa que todas las noches acudía a la luz de su lumbre. ¿Quieres oírla?
- Deseando estoy.

LA CIERVA - 70

- El caso es que de aquella mariposa yo sólo recuerdo que siempre aparecía por la noche a la luz de la lumbre o las teas. Ella me dijo que lo que más le fascinaba era eso: sus grandes alas, con unos ojos también muy grandes. Me decía que por la casa se quedaba revoloteando toda la noche y al amanecer se escondía en los agujeros del tronco de este viejo roble. Desde aquel relato suyo y a lo largo de mis años, yo he visto muchas veces también a esta mariposa y aunque he preguntado, nadie

me supo decir mucho de este bicho que vuela de noche y hasta se puede confundir con un murciélago. ¿Tú sabes algo de esta mariposa?
- Puede que sepa algo. Estoy pensando que me hablas del Gran Pavón Nocturno, la mayor mariposa de Europa que es un inconfundible personaje de la oscuridad.

- Seguro que será esa la mariposa grande que ella y yo tantas veces hemos visto por aquí. ¿Se da en estas tierras dicha mariposa?
- Voy a empezar diciéndote que esta mariposa es un insecto circunmediterráneo. Tiene sus máximas poblaciones en la Península Ibérica y vive hasta los dos mil metros de altitud. Vuela en primavera de abril junio según las latitudes. Siente gran atracción hacia la luz. Las larvas nacen en verano y se alimenta de las hojas de diversos frutales y otras especies arbóreas. Para crisalidar se dejan caer a tierra y buscan una grieta protegida. Con casi 15 cm. de envergadura alar, es la mayor mariposa de europea. Cuerpo robusto y lanudo con cabeza diminuta con grandes antenas y de abdomen más voluminoso en las hembras. Alas de color pardo gris, blando y negro con grandes ocelos, uno por en el haz y en envés.

Pero como me dejes continuar seguro que voy a aburrirte como una ostra.
- Te voy a decir yo también que tengo gran interés en saber todo lo que se pueda de esta mariposa por lo que ya te he dicho antes. Continua por favor, no me vas a aburrirme ni mucho menos.
- Pues apréndete una cosa curiosa: la mariposa que nos ocupa tiene un apodo curioso: “mariposa de la virgen” o “mariposa de las vacas” como se prefiera ya que ambas denominaciones se acercan mucho a la realidad del insecto.

Cuenta la leyenda que cuando se apareció la virgen a unos vaqueros que apacentaban su ganado por el campo de Avila, todo su manto blanco estaba adornado por estos bellos lepidópteros, unos posados y otros revoloteando a su alrededor. A partir de entonces, recibió ese sonoro

nombramiento que se ha conservado hasta nuestros días. Lo mismo ocurre con la tradición de ofrecerla a la citada virgen en las romerías y procesiones que se celebran anualmente en lo que hoy es un barrio de Avila, así como otros puntos de nuestra geografía.

Los entendidos en mariposas han explicado el fenómeno de tan vistoso adorno señalando que semejante hecho es perfectamente posible, dando que estas mariposas vuelan en esa época y siente una irresistible atracción hacia la luz, por ejemplo, la desprendida por el manto blanco de la virgen rodeada de su luminoso halo. La comprobación personal no es difícil y son muchos los aficionados que lo han verificado. Con sólo tender una sábana iluminada en plena noche de luna nueva, lo que resulta tanto más factible cuanto más propicio sea el entorno para la especie. En ciertas zonas de la Península Ibérica, esta mariposa nocturna llega a constituirse una plaga. Sólo es perjudicial para el hombre en el estadio de oruga, que es cuando se alimenta de las hojas de numerosas especies frutales, como cerezos, melocotoneros, ciruelos, manzanos y almendros, sin desdeñar sauces, alisos, olmos, chopos y robles.

Y a continuación y durante rato guardas silencio mientras lo escuchas en las mil y una vivencias que por las tierras tiene derramadas y cuando termina de contarte la divertida aventura de aquella niña serrana, vecina de esta aldea, vivió con los montañeros de papel, aún sigue sentado bajo su roble. Habla y mira llanura adelante como si con sus ojos quisiera descubrir el camino que sube desde el río y por él, a ella con su cesto lleno de tomates. No quiere irse de la sombra ni la piedra donde se siente bajo este roble. Es como si aquí tuviera él toda su felicidad y por eso no desea irse ni siquiera para acompañarte en este último tramo de tu ruta.

- Entonces ¿qué hago ahora?
Le preguntas tú.
- Pues mira, ahora mismo no tengo muchas ganas de levantarme e irme por entre las ruinas para hablarte de las

cosas. Se me vienen al recuerdo tantas historias y tantas imágenes que es como si necesitara contártelo todo para así quedarme liberado y luego seguir.
- ¿Pero qué más cosas tienes que contarme?
- De ella yo te contaría tanto que tendríamos para llenar un libro bien gordo. Antes de que pises los rincones de estas ruinas que ves ahí, asomadas al barranco de las aguas del pantano, yo te contaría a ti lo de la iglesia y el arroyo aquella tarde que ella entró a la capilla para rezar. Te contaría luego lo de la cierva, lo de la Tía Cándida en su cortijo del Fraile, lo de sus caracoles y por que tanto al cortijo como al arroyo, le llaman del Fraile. Te contaría lo de la visitante y el visitante. En fin, si quieres y tienes paciencia, te contaría y no acabaría nunca.

- Pues creo que lo mejor es que empieces ya. Estoy deseando terminar con lo que nos queda de este pueblo. ¿Por dónde empiezas?
- Comenzaré por lo de la cierva.
- Venga.
- Me dijo ella que aquella mañana había subido a los hortales. Estaba ocupada en regar las lechugas cuando oyó el chirrido de los frenos del coche.
- Salí corriendo y me asomé al camino. Vi al coche parado y a ellos mirando por aquí y por allí. ¿Sabes lo que había pasado?
- ¿Qué había pasado?
- Pues que al pasar el coche por la curva, la cierva cruzó la carretera y la arroyaron.

- ¿Qué hicieron ellos y qué hiciste tú?
- Ellos estaban allí quietos y ni siquiera se les ocurría apartarla o intentar curarla. Yo salí corriendo y bajé a la aldea. Se lo dije a mi padre que estaba allí y le dije, además, que teníamos que acudir porque el animal necesitaba ayuda.
- No nos metamos nosotros porque a lo mejor esos son personas que no les gusta que los demás le arreglen sus cosas.
Fue lo que me dijo mi padre.

Pero yo no hice caso a nada de lo que él me decía. Busqué una soga, lo cogí a él de la mano y casi arrastrándolo ladera arriba me lo empecé a llevar hacia donde estaba la cierva.
- Ya verás, papá, que animal más bonito y lo mal herida que la han dejado.
- Si lo comprendo hija pero...
Me dijo ella que cuando llegaron vieron que todavía estaban allí ellos. Se habían parado y junto a la cierva que permanecía herida a un lado del camino, estaban quietos mirándola fijos.
- Ha sido una fatalidad. ¿Se puede hacer algo?
Pregunta una señora. Mi padre le dice que a lo mejor se podía hacer algo pero que las heridas eran muy grandes.
- Nosotros es que nos tenemos que ir. ¿Por qué no se encarga usted de curarla y luego otro día venimos y le preguntamos?
Dijo un señor montándose en el coche y poniéndolo en marcha.
- ¿Ves hija mía, lo que te decía?
Me dijo ella que le dijo su padre en cuanto se fueron. Y me dijo que la pobre cierva los miraba como pidiendo compasión.

LOS LOBOS DE LAS MALEZAS - 71

Vagas noticias tienes del teme esta de las malezas y por eso desde hace tiempo andas detrás de enterarte. Si más detalles, por malezas siempre entendiste un lugar lleno de mucho monte, espeso, alto y sin caminos ni posibilidad alguna de andar por él. Pero no estás seguro que aquí en la sierra los serranos apliquen tal nombre a las malezas que hasta hoy tienes entendido. Pero sí sabes que por estas zonas de la sierra son varios los rincones a los cueles les aplican este nombre.
- En este lado del río ¿por dónde caen las malezas esas que antes me decías?
Le preguntas.

- Lo que yo conozco tiene cuatro grandes grupos de malezas. Bajando valle adelante hacia el pantano, la primera maleza la tenemos ahí, justo donde el arroyo Rovuelto cae de la lancha y llega a las tierras del valle. Ahí mismo existe una maleza que

en mis tiempos de joven, cuando se me escapaba una vaca y se metía en ese monte, tenía que dejarla hasta que ella quisiera salir. Nadie podía entrar a sacar de lo penosos que es ese monte. Otra de las malezas, la más grande y asombrosa, se encuentra justo aquí: en el barranco de los Canales que es donde cogían el agua para regar las huertas de estas tierras. Esta maleza es la que has atravesado y se llama también de la "Encantá" o la de la Cabañuela, que luego te diré por qué le decíamos "Las Malezas de la Encantá". Aquí en este monte es donde ella aquella noche tuvo un encuentro con los lobos, según me dijo, porque ya en mi época no había lobos en la sierra. Otra de las malezas se encuentra por donde cae la Peña del Acebuche y la última de las cuatro, en el barranco del Cerezuelo. Por donde se alza la Peña de la Raja, Lengua de Ciervo y la Raja de la Cabrita.

- Esa maleza también la conozco yo por aquel día que bajamos desde el Almagreros. Mis compañeros siguieron bajando por esa pista de tierra que los de la Renfe hicieron por allí mientras que yo me tiré por entre el monte pendiente abajo. Cuando terminé de cruzar la gran maleza, que es grande de verdad, vine a salir al mismo puente del Cerezuelo. ¡Qué bonito es de verdad ese rincón!

- Bonito para el que lo ve por recreo pero para vivir aquí luchando con el monte, eso es un infierno. Pero en fin ¿ a dónde íbamos?

- Ibamos al encuentro que ella aquella noche tuvo con los lobos. ¿Por dónde fue eso?

- Ocurrió justo en la segunda maleza que como ya te he dicho, es donde nacen las canales.

- ¿Y qué fue lo que le ocurrió, porque según tengo entendido los últimos lobos se vieron en estas sierras a finales del siglo pasado?

- Exactamente no sabría yo decirte en qué fecha fue pero el caso es que aquella noche, una templada noche de verano, ella se quedó con su rebaño de ovejas por este barranco. La luna se puso aquella noche muy pronto y ella se acurrucó cerca de unas rocas, pegada al rebaño. Nada ocurrió hasta ya bien pasada la media noche. De pronto sintió un ruido extraño por el

barranco y le empezó a entrar miedo. Se levantó y empezó a llamar a su padre.

En la casa de la aldea, el padre le contestó:
- ¿Qué pasa?
- Los lobos se comen al rebaño entero. ¿Qué hago?
- Prende fuego a las teas y da voces que ya subo.
Ella prendió fuego a las teas y comenzó a dar voces y dicen que enseguida los vio. Eran cinco grandes lobos que iban en manada bajando desde las malezas de Las Canales arroyo adelante en busca del rebaño. Y como esos animales les tienen tanto miedo al fuego, en cuanto vieron las llamas de las teas, salieron huyendo monte arriba. Ella, más que muerta de miedo pero haciéndose la valiente, siguió prendiendo fuego a las teas y cuando los palos comenzaron a arder, los ondeaba en el aire como amenazando a los lobos.

En unos minutos aquel barranco se quedó libre de las alimañas y aunque las ovejas se pusieron nerviosas y ella se moría de miedo, en cuanto se presentó el padre, todo se lleno de paz y silencio.
- Si no vienes a mí me hubiera dado algo.
Le decía al padre.
- Lo comprendo, hija. No hay nada que dé más miedo que una noche sin luna con la presencia de los lobos por entre el monte.

Cuando luego al día siguiente amaneció y bajó a la aldea, todo el mundo la recibió como se recibe a los héroes. Todo el mundo le preguntaba y todos querían saber qué había ocurrido aquella noche en el barranco de Las Malezas de Las Canales.
- Yo creí que me iba a morir de miedo. ¡Qué noche más tremenda!
Les decía ella.

EL VIRREY - 72

En fin, cosas que ocurrían antes que vistas desde la distancia parecen nada o en todo caso, un pequeño cuento pero vivida

ahí y en aquel momento, la realidad era distinta. ¿Qué otro asunto deseabas preguntarme?
- Creo que tenemos que seguir con la ruta que habíamos trazado a través de las ruinas de la aldea ¿No es ya el momento?
- Es el momento y ya sabes que el que ha de seguir eres tú.
- ¿Por qué yo?
- ¿Quién de los dos es el extraño en este rincón?
- Lo desconozco yo y por eso necesito pisarlo pero ¿cómo voy a enterarme de lo que quiero si no me acompañas?
- Tú ponte en marcha y pisa todo lo que te apetezca. Luego me preguntas y cuando termines nos vamos.

- Yo por ejemplo, me he colado en este cerrillo donde estuvo la aldea, por aquel que está más cerca del mirador de los paseantes. Entre otras cosas allí me he tropezado con muchos granados, muchas piedras y algunas hasta bloques grandes de sillería, lo cual me ha extrañado.
- ¿Por qué te ha extrañado?
- Hasta hoy tenía creído que las casas que hubo en esta aldea, eran poca cosa. Que todas las levantasteis vosotros de piedras sueltas recogidas por estos cerros y con cal cocida en alguna calera cercana.
- La calera estaba en el barranco que hay al otro lado del arroyo del Fraile y entre las casas humildes de la aldea, también hubo una muy grande. Una gran casa señorial construida de piedra de sillería, con dos plantas, sótano con calabozo, tejado a dos aguas y en las esquinas de las gruesas paredes de piedra tallada, sus troneras para defenderse de los enemigos. Una miraba hacia el valle de arriba, los llanos de Bujaraiza hoy, por donde se suponía podrían venir los guerreros. Otra hacia los llanos de abajo, para la torre de Bujarcaiz, por donde también podrían entrar enemigos. ¿Sabes de quien era esa casa?
- Si dices que fue de tus padres, seguro la construyeron tus abuelos.

- Ni mis abuelos ni bisabuelo; esa casa fue del Virrey
- Y eso del virrey ¿qué es?

- Nos vamos a meter en mucha profundidad pero puede que sea necesario para que conozcas una poca historia de Bujaraiza. ¿Seguimos o lo dejamos ya?
- Hay que seguir. Cuéntame a ver hasta dónde llegó y anduvo este virrey que conoces.
- "De los seis pueblos de Sierra Segura, tuve referencias por aquel virrey que hubo en Segura que no quedaron escritos pero quedaron señas y referencias. Y las señas que existen contaban que empedró el camino de Segura a Bujaraiza para pasar él con su caballo.

Tampoco tuve referencias del siglo que fue ni del tiempo que estuvo ni si murió aquí o en Segura. Ni de qué nación procedía. Sólo supe que se llamaba don Gonzalo de la Peña. También recuerdo la casa fortaleza que tuvo en Bujaraiza. Que luego fue de mi abuelo y luego de una tía mía y a ella se la expropiaron. No había propiedades. El lo hacía todo por la administración. Tenía sus encargados y sus almacenes. Lo que podía, lo exportaba para fuera y si le faltaba de algo, importaba todo lo que hacía falta".

Y esto es todo cuanto puedo decirte del virrey. También, según cuentan lo que le conocieran era una bella persona. A todos daba tierras y trabajo. La gente vivía bien con él porque aunque cada uno tenía que pagar su tributo, el virrey a cambio, daba protección contra los enemigos. Y esto es verdad. Tú mismo has visto donde tenía su casa y las bellas piedras de sillería de que estaban construida.

LA VIEJA PLAZA - 73

Animado por la emoción de las cosas que van saliendo, él deja la sombra de su roble, camináis por las tierras de los majoletos dirección al puntal donde estuvo el pueblo y al llegar, te dice:
- Fíjate, aquí mismo estaba la plaza. Era un cerco de casas que les decíamos "Las Tinás" y no tenía nada más que una entrada. Aquí se hacían los "tablaos" con haces de tablas y metíamos las vacas y las toreábamos. Pa San Miguel era la

fiesta que yo me acuerdo muy bien. Era yo un chiquillo y me lo pasaba divertido. Las casas venían formando una calle así y la otro por este lado.
- ¿Y te acuerdas de alguna cosa curiosa además de las vacas, por esta plaza?
- Lo más curioso la concentración que los de las Administración hicieron un día.
- ¿Qué concentración fue aquella?
- No fue una concentración como las de ahora, sino una cosa muy rara que nosotros dimos en llamar concentración porque no sabíamos darle otro nombre. ¿Quieres saberlo?
- Estoy deseando.
- Pero primero que quede claro que yo no la vi. Lo sé porque me lo contaron.
- Pues claro queda eso.

- A mí me contaron que aquello sucedió por la mañana y fue antes de que se llenara el pantano. Dicen que estaba toda la gente de la aldea esparcidas por el campo cada uno en su faena. Las mujeres regando las tierras en los huertos que ahora hay por encima de la carretera, los hombres, algunos por las tinadas con las ovejas recién paridas y otros por el campo cuidando de los otros animales. Los niños, como entonces no había escuela, algunos ya se habían levantando y ayudaban a los mayores y otros todavía andaban por las casas quitándose las mantas de encima o atizando la lumbre. Dicen que empezaba a despuntar el son por Peña Amusgo y que los valles estos comenzaban a llenarse de luz con los ganados que se estiraban monte arriba entre validos y sones de cencerros y los mil pajarillos que revoloteaban por los árboles de las huertas y los bosques de la solana.

Todo estaba empezando a despertar al nuevo día, lleno de vida y belleza, cuando de pronto, tres de la Administración se presentaron por aquí. A los de las Administración todo el mundo le temíamos porque siempre venían contra los serranos. Nunca a traernos nada, sino a quitarnos. ¿Y sabes lo primero que hicieron aquella mañana?
- Ni me lo imagino pero ya estoy en ascuas.

- Se repartieron por aquí, por la plaza, las calles, los huertos, la llanura y los cerrillos y con un silbato parecido a los que ahora usan en los partidos de fútbol, comenzaron al silbar alocadamente y a dar voces. En uno segundos liaron una escandalera de mil demonios. Hasta el último rincón de estos valles llegaron los sonidos de aquellos silbatos y las voces que ellos daban.
- Concentraros ahora mismo aquí en la plaza, que tenemos un mensaje para vosotros.
Decían nerviosos.

La gente primero se asustó. Luego dejaron sus faenas, unos las azadas en la huerta, otros las ovejas en el campo, otros el burro por las veredas y alzaron sus cabezas para mirar a ver qué pasaba.
- Son los de la Administración y con ellos viene.
Decían algunos.
- ¿Y por qué dan tantas voces y hacen tanto ruido con ese silbato?
- Por lo visto quieren hablarnos. Están pidiendo que nos concentremos en la plaza.
- Esta gente está loca y nos quieren amargar la vida. Cuando comienza el día vienen ellos para pedirnos que dejemos nuestros trabajos y que nos reunamos en la plaza porque nos quieren decir algo.
- Pero a ver ¿qué vas a hacer? Si no vamos, seguro que es peor. Se enfadarán y decidirán hacer cualquier tontería sin darnos ninguna explicación ni margen para defendernos.

- ¡Venga! Aprisa que no tenemos todo el día para ver como os vais acercando a la plaza.
Seguían gritando algunos de aquellos empleados. Los otros eran los directores y entre ellos, el grande que ya había buscado un buen sitio en la plaza comenzaba a desliar unos papeles mientras los habitantes de la aldea iban llegando con caras de circunstancias y bastantes enfadados. Cuando ya estuvieron por allí todos los serranos, incluidos niños y mujeres, y comenzó a hablar diciendo:

- Esto es como cuando vosotros reunís vuestras vacas o vuestras ovejas para contarlas a ver si os faltan algunas. Os hemos reunido desde todas las laderas, barrancos y arroyos como a las ovejas pero no para contaros a ver si faltáis algunos sino para deciros que faltan cinco.

Al oír estas palabras la gente se miraba entre sí y empezaron a murmurar:
- ¡Tendrá cara decir que nos reúne, no para contarnos si no para anunciarnos que faltan cinco!
Comentaba un joven allí presente y él fue el que alzó la voz y preguntó:
- Señor ¿qué significa eso de que faltamos cinco?
- No lo entendéis pero yo os lo voy a explicar: no es que faltéis cinco, sino que faltan cinco, que es muy diferente.
- ¿Pero quienes son los cinco que faltan?
- Del barranco ese donde vosotros decís que "la tierra mana leche y miel", faltan cinco árboles. Los hemos contado muy bien y hace unos días estaban y hoy no están. ¿Quién se los ha llevado?
- ¿Y para decirnos esta tontería ha formado usted tanta escandalera esta mañana en nuestra aldea?
- Joven, no es ninguna tontería que falten cinco árboles sino algo serio. Del barranco que "mana leche y miel", han desaparecido los cinco mejores árboles y estoy seguro que ellos no se han ido volando. Si nos callamos y no decimos nada, mañana faltarán no cinco árboles sino cinco ciervos y pasado mañana seis cabras monteses. ¿Vosotros creéis que las cosas pueden ser así?
- Pero señor, lo que está ocurriendo aquí ahora mismo no tiene sentido ¿Cómo es posible que falten cinco árboles?
- Es que faltan cinco y eso es grabe.
- ¿Y por qué es grabe?

- Os hemos reunido para avisaros y así luego no digáis. Ya estáis advertidos, podéis seguir con vuestras faenas. Que os quede claro a partir de ahora que están todos contados y controlados como vosotros contáis y controláis a vuestras

ovejas y que no sois libres por estas tierras. Aquí os quedáis y no olvidéis lo que acabo de anunciar.

Y dicen que aquel anunciador con su cuadrilla, se abrió paso por entre la gente que allí en la plaza se había concentrado. Se alejó dándole las espaldas a todo el mundo y a partir de aquellos días comenzaron los sufrimientos para la gente de la aldea.
- Fue tremendo aquello ¿verdad?
- Fue más que tremendo pero éramos unos pobres serranos.
- ¿Qué decía aquel papel que les dieron?
- Exactamente decía esto:

"AYUNTAMIENTO DE HORNOS DE SEGURA.
El Sr. Ingeniero Director de al Confederación Hidrográfica del Guadalquivir, me comunica la siguiente orden de la Dirección General de Obras Hidráulicas de fecha 15 de julio de 1936:

'Recibido en este Ministerio tres volúmenes del expediente de expropiación forzosa motivado por las obras del Pantano del Tranco de Beas, en el término municipal de Hornos de Segura y su anejo Bujaraiza, remitidos por la Dirección Técnica de esa Confederación, y examinados los documentos correspondientes al segundo periodo; esta Dirección General, vista la propuesta formulada por V.S. en fecha 9 de los corrientes, ha tenido a bien:

1- Aprobar los documentos redactados por los peritos, de acuerdo con lo propuesto por el perito de la Administración, a los efectos que éste se proceda a la redacción de justiprecio.
2- Desestimar las observaciones formuladas por el Perito de los propietarios referentes a la clasificación de calidades de las fincas por él presentadas, las cuales por lo tanto, se considerarán clasificadas de acuerdo con lo propuesto por el Perito de la Administración y que se consignan en las respectivas hojas declaratorias.
3- Desestimar las reclamaciones formuladas por D. Francisco Rodríguez, D. Inocente Blanco y Joaquín Reina.

4- Desestimar las reclamaciones formuladas por D. Luciano López y siete más sobre la propiedad de la finca número 4 de Bujaraiza, haciéndoles saber que pueden utilizar el procedimiento regulado por el R.D. de 23 de marzo de 1886, para hacer uso de los derechos que crean les asisten.
5- No aceptar la oferta formulada por el Perito de los propietarios de la finca número 16 de Bujaraiza, y en sus consecuencias no expropiar en dicha finca mas que la parte que en su hoja declaratoria se consigna como necesaria para la obra, y
6- Iniciar un expediente de expropiación forzosa para la expropiación del poblado de Bujaraiza, a cuyo efecto se concederá un plazo de un mes para que los propietarios interesados manifiesten si desean o no la expropiación de sus edificios, entendiéndose que aquel que nada manifieste dentro del plazo señalado, renuncia a la expropiación

Lo que comunico a V.S. con devolución de los tres Volúmenes del expediente que se trata para que prosiga su debida tramitación'

Lo que notifico a Ud. a los efectos que se determinan en los artículos 38 y 39 del Reglamento de 13 de junio de 1879 para la aplicación de la ley de Expropiación Forzosa.

Hornos, julio de 1936. Año de la Victoria. El alcalde: Miguel Ruiz".

- Esto es lo que decía aquel documento.
- Fue tremendo ¿verdad?
- Lo fue y mucho.
- ¡Oye! Y aquello de "la tierra que mana leche y miel" ¿qué era?
- Lo de esa tierra tan bella, pues que era verdad.
- Pero cómo va a ser verdad si eso es pura fantasía poética. Nunca he visto yo que una tierra mane leche y miel.

- Eran unos manantiales muy caudalosos de aguas limpias y puras y en un trozo de tierra que aquello daba gloria verlo. Nosotros lo llamábamos así porque así lo habían llamado de

toda la vida nuestros ante pasados. Pero si quieres luego te cuanto lo de esa tierra que manaba leche y miel.
- Luego me lo cuentas, porque ahora ¿para dónde vamos?
- Vamos de puntalillo en puntalillo. Desde el puntal de la casa del virrey al puntal de la iglesia.

LA CAPILLA -74

- ¿Y qué fue lo que viste y qué es lo que dices?
- Yo que estuve por ahí el otro día, primero con los Jipis, hace ya años y luego con el padre, hace unas semanas y por fin solo, hace tres días, digo que me asomé al borde del cerrillo y miré hacia el barranco. Vi que el camino no se acababa cerca de la iglesia sino que subía por la hondonada emergiendo de las aguas y venía buscando la iglesia.

Subía el arroyo primero por el arroyo pequeño y ella venía por él. Y como por allí aquello era ladera, ella subía con bastante dificultad, como si no pudiera con la carga del haz de leña seca para la lumbre en esta aldea. Cruzó unas rocas y como allí el camino daba una curva no veía bien lo que en la otra pequeña hondonada se iba a encontrar. Y en la otra hondonada, en cuanto remontó el puntalillo, vio que estaban ellos. Ellos más que estar bajaban por el camino no se sabía hacia dónde. Pero era igual; recorrían estos terrenos para vigilarlos porque desde hacía un tiempo se sentían dueños de ellos. Por eso ella los temía y en cuanto los vio se echó a temblar.

"Seguro que en cuanto me cruce con ellos me quitarán la leña. Me preguntarán primero que de dónde vengo y les diré que ya lo están viendo, del campo de recoger unas ramas secas para la lumbre. Me dirán que si no sé que está prohibido recoger leña porque ahora los bosques ya tienen dueños. Les diré que lo entiendo pero que en mi casa tenemos frío y necesitamos la leña no sólo para calentarnos sino para hacer la comida y medio poder vivir. Me dirán que a ellos les da igual. Lo ordenando es lo ordenado y si no se cumple se castigará a quien infrinja la ley.

- ¿Ni siquiera con una pobre anciana como yo por respeto a los años que tengo y por humanidad con mi pobreza y pequeñez podéis tener una poca de bondad?
- Es que si hoy la tenemos contigo, mañana habrá que tenerla con otro y luego con otro y así de este modo ¿dime tú cómo podremos ejercer nuestra autoridad?
- Mirad que somos pequeños, pobres y carecemos hasta de libertad para andar por estos campos. ¿Por qué os ensañáis de ese modo con los humildes de este valle?
- El que manda, manda y nosotros no podemos hacer otra cosa.

Toda esta tragedia corría por el alma de ella mientras ya comenzaba a bajar hacia el segundo arroyuelo donde se los encontró. Ellos la reconocieron, ella los saludó y encorvada tal como iba con su haz de leña a cuestas siguió el camino y se acercó a la fuente. En la fuente su perro se puso a beber agua y al verlo ella se dijo que allí se podía parar a descansar como otras veces. Pero ellos estaban todavía por allí cerca y si se paraba seguro que entonces sí vendrían a quitarle el haz de leña. Así que siguió dando una voz para llamar al perro que la siguió y enseguida éste dio carrera y se puso delante de ella.

"Ahora ya el camino se mete en la ladera y por allí se queda oculto entre los trigales. Ya dejarán de mirarme. Ya estoy segura de librarme de ellos por esta vez. En cuanto llegue a la iglesia voy a entrar en ella y le daré gracias a Dios por haberme librado otra vez más. **Gracias Señor y protégeme que refugio en ti, porque mi vida y mi suerte están en tus manos".**

Esto es lo que ella venía meditando en su corazón para rezar ante el sagrario de esta iglesia cuando a ella llegara. Yo la vi como se quedó perdida, toda encorvada y con su haz de laña a cuestas, por entre los altos y dorados trigos de la ladera. Durante un rato estuve esperando a ver si salía por la parte de arriba, por donde el camino remonta la ladera y surge el barranco como en un sueño y luego se viene derecho ha la

iglesia. Pero no la vi salir. Me acerqué yo entonces a la iglesia y vi que respiraba silencio, paz y hasta belleza.

Ahora pienso, siento y siempre seguiré pensando toda mi vida que este trozo de tierra eterno será sagrado. Son trozos sagrados que ni pisado por ninguno de nosotros deberían ser nunca. Pero según me iba yo acercando veía como todo estaba roto, demolido, excepto la iglesia que sí permanecía en pie aunque sólo unos trozos de paredes. Pregunté y me dijeron:
- Aunque te cueste creerlo nosotros respetamos esta iglesia. Prueba de ello es que sus paredes están todavía en pie. Se van cayendo poco a poco pero porque el tiempo las desmoronando. Nosotros respetamos este recinto sagrado para quedar.

Y es verdad. No se atrevieron a tocarla aunque sí los rompieron a ellos para toda la eternidad. Lo que de la iglesia se ha caído, se ha caído empujado por el viento, ayudado por la lluvia, el silencio y el tiempo. El tiempo poco a poco va poniendo las cosas en el sitio que a las cosas les corresponde. Antes de llegar a la iglesia, por la parte de atrás, crece un gran olivo. Arbol que siempre estuvo unido a ellos, muy presente en todos acontecimientos bíblicos y aquí todavía sigue vivo aunque ya la iglesia no tenga techo. Pegado al olivo crece un fresno, una higuera, un granado y muchas zarzas. ¡Qué cosa más bonita! ¿Pero quién te ha dicho a ti que allí duerme ella? “Gracias Señor, que me refugio en Ti...”.

Y ella, cuando terminó de salir, cuando yo volví a verla saliendo de aquel trigal de espigas doradas con su haz de leña acuesta y encorvada, se vino hacia la iglesia. Allí los vio a ellos, sentados sobre las piedras de las ruinas. Los saludó de nuevo y entonces uno le dijo:
- No creas que lo hacemos para dañarte, para castigarte porque has infringido la ley. Lo hacemos por tu bien y el de todos los que aquí en esta aldea habéis vivido desde siempre.
- ¿Pero qué me habéis hecho con la iglesia?
- En el fondo no queríamos pero no quedaba otro remedio.

La iglesia, ella la vio y yo también, estaba aquí. Preciosa, con un hermoso arco de piedra de sillería, tres grandes piedras que suben, otras tres a los lados y una en el centro. No tiene puerta ni techo pero todavía se ven por aquí trozos de vigas en la pared del fondo. Se adivina donde estuvo el sagrario. Por entre la poca hierba que ya empieza a brotar, se ve el suelo. Era de cemento. También se ven por aquí los trozos de tejas que se desmoronan. El sagrario estuvo puesto sobre una estructura de hierro redondo con otro hierro que cae para abajo. Está cubierto con cemento y ladrillos y puesto encima quedaba el sagrario. Hay una repisa y ahí se apoyaba.

Y aquí, a los lados, a la derecha según se entra, hay una puerta que es seguro la sacristía. Todavía se ven los escalones del altar. Preciosa y grande era esta iglesia. Mirando desde dentro, al fondo se ve la fachada donde estuvo la campana en forma de una gran ventana. Otra ventana más pequeña abajo y la puerta que además del arco de piedra por arriba la sujetan unas cuantas vigas de madera de pino. ¡Qué bonito es esto! A la entrada tenía un escalón con dos piedras grandes también bonitas que trajeron de algún lugar de estas sierras y luego existe un rellano empedrado. Es cuadrado, de unos tres metros por cinco que era la entrada a la iglesia.

Fíjate, la tenían empedrada y todo. Y ya más al lado del barranco del trigal, otro rellano empedrado también. Este lugar fue la era. El pavimento es de piedras pequeñas muy bien puestas y su forma es redonda. Así que en la misma puerta de la iglesia pusieron ellos su era donde trillaban y aventaban las mieses, las espigas del hermoso trigal por donde ella se perdió. Aquí mismo era triturado por el trillo para separar el grano de la paja. ¡Fíjate qué cosa! En la misma puerta de la iglesia y frente al cementerio. También es verdad que desde este lugar, era y puerta de la iglesia, se ven las aguas del pantano cuando éste está llano. Ahora mismo, bastante seco pero dicen que a mediado de diciembre de 1996, van a comenzar las lluvias. Lloverá mucho, como en aquellos tiempos. Hasta dicen que este año puede llenarse el pantano y ahora mismo se

encuentra a un 18%. Algunos aventuran que para Navidad de este mismo año ya no se verá la torre de Bujarcaiz. Viejo castillo que ahora sí se ve perfectamente por lo seco que está el pantano.

- Vosotros no sois buenos.
Le dijo ella parada frente a lo que quedaba de la iglesia.
- ¿Por qué piensas eso?
- Lo que acabáis de hacer con mi pueblo y con la iglesia de mi pueblo, no se hace. Soy una pobre anciana que no tenía más riqueza en este suelo que la pequeña casa de piedra que me habéis roto, un trozo de huerto donde siembro los tomates y este rincón sagrado donde vengo a rezar a mi Dios.
- Es necesario que os vayáis de aquí por muchas razones. ¿Para qué queréis una iglesia si ya no la vais a usar? De todos modos, nosotros cumplimos órdenes. El nos dijo que hoy no te quitáramos el haz de leña y que mañana os darán tierras en otras aldeas que se llama Calanlle, Espeluy o Palma del Río. ¿Por qué dices que no somos buenos?

- No se puede romper lo que vosotros estáis rompiendo y menos aún del modo en que lo estáis haciendo. Lo que habéis hecho con mi iglesia no se hace y le decís al decide de mi parte que no tiene corazón. Que está obrando mal porque machaca a los pobres como nosotros y que, al otro lado del tiempo, nos encontraremos más tarde o más temprano.

Después de estas palabras ella se fue por detrás de la iglesia y mientras pasaba, cerca de las zarzas que empezaban a crecer por donde estuvo la sacristía, volvió a repetir su oración: “Piedad de mí, Señor, que me refugio en Ti, porque mi vida y mi suerte están en tus manos”. Luego yo la vi alejarse por entre las ruinas de las piedras de lo que fue su casa y al rato ya no la vi más.
- Esto quiere decir que ahora me toca a mí contar lo que vi.
- Creo que tendrás algo que decir, porque también con tus propios ojos lo viste.
- Pues yo, por aquel entonces, vivía en Pontones y un día vine a esta iglesia al bautizo de un primo mío que lo apadrinaba mi

madre. Lo que recuerdo es que vine yo un domingo de ramos y me hinqué de rodillas y me dieron un manojo de "apestucas" y entonces la costumbre de los labradores era llevarse las "pestugas" aquellas bendecidas.

- Un momento, porque yo no sé lo que son las pestugas.
- Se llaman pestugas a los pequeños ramos de olivo que se bendicen por el domingo de Ramos. Como te iba diciendo, había la costumbre entre los labradores de llevarse e hincarlos en la siembra porque decían que era bueno. Como estaban bendecidos creían que aquello era bueno para los campos. Y me acuerdo que vine yo y claro, era el suelo de mezcla y llevaba unos pantaloncillos así y unos calcetines bajos y se me hincaban ahí las chinas. ¡Madre mía! Y ya terminó el bautizo y salimos. Cuando iba por ahí, aquí mismo en la puerta de la iglesia, por el lado que da a la casa grande, tiré las pestugas. Mi padre que venía detrás de mí me vio y enseguida me dijo: "Muchacho no tires eso que está bendito". Salí corriendo, las cogí y allá que nos fuimos luego toda la familia con aquellos ramos benditos para ponerlos en mis campos del Cerezuelo. Y ya está. Estas es una de las cosas que yo recuerdo de esta iglesia de cuando era pequeño.
- Así que ya nos podemos ir de aquí porque ni tú ni yo sabemos más de esta pequeña iglesia. Ya nadie reza en ella, nadie viene por aquí a bautizos y, además, se está cayendo. No tiene techo ni puerta ni suelo ni sagrario ni sacristía. Ni la iglesia es lo que era y para más desolación se cae cada día un poco ante la mirada indiferente de los paseantes que desde el cerrillo se asoman al barranco buscando no se sabe qué.

Muchos de ellos ni siquiera saben que este fue un antiguo poblado y que estas cuatro paredes que aún se alzan llenas de majestad en lo alto de este monte, fueron las paredes de una bonita capilla donde se rezaba y se bautizaban a los niños que por aquí nacían.
- Espera un poco.
- ¿Esperar para qué?
- Ahora recuerdo yo algo que en otros tiempos ocurrió en esta iglesia aunque claro está, aquello no lo vi con mis ojos.

- ¿Qué recuerdas?
- Mis mayores me contaban a mí que en los tiempos de aquel virrey, cuando algún ladrón o criminal llegaba de otras tierras perseguido por la justicia, decían los mayores que si lograba entrar a Bujaraiza y se agarraba a las argollas que había clavadas en la puerta de esta iglesia, ya quedaba libre. Libre no, lo que sucedía es que la justicia dejaba de perseguirlo y pasaba a ser empleado del virrey que no lo castigaba. Le daba trabajo y asilo y aquí se quedaba para siempre sin cargo ninguno. Tú fíjate qué cosa más bonita ocurría aquí en este cerro y en la puerta de la iglesia que ahora se cae.

- Ciertamente que es bonito ¿Y llegaste a ver aquellas argollas?
- Eso sí. Las argollas que eran dos clavadas cada una a ambos lados de la puerta de la iglesia, sí las vi yo.
- Pues fíjate qué bonito ¿verdad?
- Sí que lo es.

Tú sigue por la parte de atrás de la capilla y termina de recorrer esa llanura que es la llanura que siempre recorren los turistas. Pero que a pesar de eso guarda los secretos para quien sabe buscarlos y descubrirlos.
- Me voy por ahí y como ya estamos saliendo de las tierras de Bujaraiza y por lo tanto estamos terminando nuestra ruta por el lugar, parece que ahora sería el momento de echarle un vistazo a lo que fue su misterio.
- Desde luego que sí sería bueno eso; así que vete buscando un título para este próximo capítulo.
- Ya lo tengo.
- ¿Cuál?
- En lugar de llamarlo “La Historia de Bujaraiza” lo voy a llamar “La Colonia”.

EL JOVEN - 75

- Pero como todavía andamos recorriendo los cimientos y los caminos de los que se fueron, ahora te vienes desde la iglesia para arriba. Fue ese rincón, en otros tiempos lugar de calles,

de casas, de caminos que iban y venían tanto a la iglesia como a la era, al valle y al cementerio. Si te fijas bien verás como ahí crecen todavía las higueras y los granados casi puestos en fila unos y otros.
- ¿Qué fue esto?
- Las paredes de las huertas, de las casas y hasta la puerta de alguna vivienda. La gente aquella, como casi todos los serranos, siempre sembraban algún árbol en la misma puerta de la casa. El culto al árbol. El amor al bosque. El deseo de ser ellos mismos bosque y asociar a lo más íntimo de sus vidas la tierra en libertad y lo que la tierra produce.

- ¿Y la fuente?
- La fuente se encuentra ahí mismo, bajo unas higueras que empezaron a morirse en cuanto se fueron ellos y que aunque luchan con el tiempo y la sequía, ya verás como se están pudriendo, se están secando cada día un poco. Ya llegaremos a la fuente y si tenemos suerte, hasta puede que allí nos la volvamos a encontrar lavando con las demás mujeres de la aldea.
- ¿Y el caminillo que sube?
- El caminillo ese ya estás viendo que también se rompe. Fue un caminillo importante en aquellos tiempos porque salía desde el rincón de la iglesia, subía hasta la fuente y desde ahí llevaba a muchos otros lugares llenos de huertos, rebaños y bosques. Si te paras ahí, si haces un pequeño esfuerzo, si miras con detenimiento quizá tengas la suerte de verlo.
- ¿A quién voy a ver?

- Al joven algo rebelde pero de corazón grande que en aquellos tiempos lloraba en silencio y al mismo tiempo gritaba porque no podía aguantar lo que le estaban imponiendo.
- Pues te voy a hacer caso: me paro un poco, miro en silencio y sí, lo veo. Viene por el camino, es hermoso, lleno de juventud e ilusión, ojos pequeños, limpios como las aguas de estos arroyos y transparente su mirada como el mismo viento. ¿Qué gran persona es el joven sin más que su presencia y cómo parece triste, herido en lo más profundo de su alma a pesar de su alegría! Lo saludo y me corresponde.

- Voy por aquí perdido intentando encontrarme con alguno de vosotros, para si me queréis dejar que yo también llore un poco frente a la lumbre de vuestras casas y el silencio de estas tardes. ¿Quién eres tú?
- Me llaman el joven y también un poco el rebelde pero sencillamente soy uno de los muchos que aquí ahora mismo sufre.
- ¿Y quién te pega?
- Desde su poder, me pega el que tiene más cultura y más estudios que yo.
- ¿Pero tanto es lo que duele?
- Tanto es poco. Tú te sientas frente al fuego del rincón de tu casa o te sientas aquí, frente al verde de ese bosque que mece el viento, y no puedes vivir. Te dan vueltas las cosas en la cabeza y empieza a dolerte el alma. No hay más pero duele.

Uno tiene aquí sus raíces y no desea otra realidad en este suelo. Porque uno sabe que aquí se encuentra todo lo que el alma necesita: el viento limpio, la corriente del arroyo, la cumbre lejana, el horizonte azul, el silencio de la tarde, las hojas que se caen, la nieve en las laderas, los prados verdes, la llanura limpia, los caminos que cruzan las tierras y va a los cortijos y sobre todo, ellos: los que perdidos por estos montes han decidido ser libres con la libertad más grande de las libertades y vivir entre los bosques. No hay nadie en el mundo que sea como ellos porque tienen lo más hermoso que pueda poseer un ser humano. La pequeñez. Son pequeños de verdad y sabes que un pequeño es humilde, es sencillo, es bueno desde lo hondo, es verdad pura y excelsa. Tú sabes que un pequeño es el tesoro que encierra todos los tesoros y el que te satisface con la plenitud más rotunda.

- Pero aunque todo eso sea verdad, os quieren dar tierra. No os van a dejar sin casa. No vais a estar privados ni de aire limpio ni de compañía humana.
- ¿Y por qué será que, aún así, quiero morirme de aquí? Me resulta fría, lejana, extraña aquella tierra y su viento.
- Es que en el fondo eres un romántico.

- Romántico o no, ¿acaso no tengo derecho a ser libre, a ser quien soy sin que nadie se erija juez para organizar mi vida? Te diré algo muy personal a ver si puedes entender un poco:

Estoy cansado. Me noto incapaz de levantarme de esta. ¿Para qué seguir viviendo? Voy a encontrarme un día y otro con el mismo dolor. La misma soledad. El mismo horizonte gris. Para dos minutos de satisfacción a lo largo de un año ¿merece la pena aguantar? En estos últimos día, en más de una ocasión he pensado quitarme la vida. Así de este modo acabo ya de una vez. Quizá cuando lo sepan los que no han querido ayudarme reflexionen y piensen que a los que tienen un alma como la mía, se les ha de tratar de un modo distinto. Quizá alguien se sienta culpable y mejores las cosas para los que vienen después. Sí, esto es lo que haré. Busco de qué modo. Me despeñaré. Me ahogaré en el río. Comeré hierbas venenosas. Sólo la idea me llena de gozo.

Pienso en mi encuentro con Dios. No tengo miedo. Pienso en los que se suicidan van al infierno. Tampoco me asusta. Sé que yo no me quito la vida no es por hacerme daño o hacérselo a otros. Creo en la eternidad. Me quito la vida porque me es imposible entenderme con los viven aquí. No iré al infierno, estoy seguro de ello.
- Pero esta idea es terrible. ¿Hasta esa profundidad llega tu dolor?
- Te voy a contar algo más para ver si acabas de penetrar en la cantidad de dolor que estoy sintiendo ahora mismo. Fue una pesadilla que tuve anoche donde, en sueño, se materializó la tragedia que me están haciendo vivir.

Allá, al otro lado de los montes, sobre una pequeña loma, mis padres tenían su casa. Existía una modesta extensión de tierra, a su alrededor, que era de nuestra propiedad. Allí nacimos nosotros tres. Mi hermana Milagro, año y medio más joven que yo, mi hermano mayor y éste que te habla ahora. Aquella finca era la única riqueza que mis padres tenían. Labrando sus tierras, cuidando sus olivos, se pasaba todo el año. Nadie más trabajaba allí sino mis padres y mis hermanos.

Las tierras, de siempre fueron más bien pobres y las cosechas escasamente nos daban para comer y vivir. Por eso teníamos que hacerlo todo. Arar las tierras con la yunta, sembrar la cebada, el trigo, el centeno, la avena, las habas, quitar las malas hierbas, segar los cereales, apilarlo en la era, trillarlos, aventarlos. Era delicioso ver los montones de trigo dorados apilados en la era, llenar de cebada rubia los largos costales, ver la sonrisa en el rostro de mi padre bañado al mismo tiempo por el sudor, ver a mis hermanos jugando por entre las pajas. No creo que nadie en el mundo fuera más feliz que nosotros bajo el espeso sol del mes de agosto, con la cara manchada por el sudor y todas las carnes del cuerpo lleno de pajas.

Cada año mis padres vendían las cosechas. Con ese dinero y el que sacábamos de las pocas ovejas que teníamos, había suficiente para comer y sembrar de nuevo. Mi padre no tenía ni cuenta corriente ni coche ni apartamento en la playa. Tampoco amigos millonarios. Todas sus riquezas y mundo se reducía a su familia, la finca, la sementera, el rebaño, los siete mulos para labrar la tierra. Nunca él había hecho daño a nadie. Nunca había robado. Nunca se había metido en política. Del mismo parecer era mi madre.

Mas un día, cuando yo estaba para cumplir los quince años, estalló la guerra civil en nuestro país. Se llevaron a mi hermano mayor. Los campos empezaron a ser surcando por aviones, soldados. Una mañana, dos meses más tarde, los soldados cargados de rifles, asaltaron la casa. La destruyeron. Bajo sus escombros quedaron sepultados mis padres y mi hermana. Ni siquiera puede verlos. Asustado por las explosiones y las llamas, corrí por los montes. Me refugié en los cerros vecinos. Fue horroroso el dolor que sentí. El hambre, el miedo. Pasados tres días los soldados se fueron. volví a mi casa.

Pero mi casa ya no era como antes. Toda estaba desmantelada. Convertida en cenizas, polvo, escombros, metralla, soldados muertos. Puede imaginarte lo que aquello

significó para mi corazón, para mi alma, para mi mente. Sin más, así, de la noche a la mañana, me encontré sin familia, sin casa, sin cariño. Todo me había sido arrebatado, destruido. Se habían llevado las ovejas. Los mulos los habían usado para cargar con los cañones. Los carros los habían quemado. Aquello fue tan duro para mí que durante varios días vagué de un lado para otro, por los campos, loco. Perdido en mi dolor. Dormido en mi pena.

Por fin, sin saber por qué ni cómo, me alejé de los cerros que tanto quería y me puse a caminar por los montes. Lo que más miedo me daba era volverme a encontrar con los soldados. Caer en medio de sus tiros. Y eso fue lo que ocurrió. Pasado un tiempo, seis o siete meses, vine a parar precisamente a este barranco. Por la noche me quedé dormido entre las grietas de las rocas bajo las ramas de los robles. Mi sueño fue roto por las explosiones de los fusiles. Asustado salí de las rocas. Corrí cuerda adelante. No habían pasado dos minutos cuando sentí las ráfagas de las ametralladoras. Miré a mi izquierda y lo que vi me llenó de espanto. Entre unas matas los soldados habían construido una trinchera. Desde ahí disparaban al cerro de enfrente. Pero estos soldados justo cuando yo pasaba por su lado, fueron alcanzados por las balas de las ametralladoras. A dos metros de mí cayeron muertos. Los vi saltar abriendo los brazos, arrojaron los fusiles y cayeron al suelo. Tres de ellos quedaron tendidos casi en mis propios pies. Uno de ellos era mi hermano. El que se habían llevado hacía unos meses. Cayó boca arriba pegado a unos lentiscos. En mi carrera, me tropecé con él. Al verlo me quedé helado. Freno mi huida, miro asustado. Lo veo que me pide auxilio, al tiempo que se revuelca y dan tumbos por el suelo. En uno de sus vuelcos me ve y me tiende la mano. “¡Sálvame, hermano!”

Y en estos momentos sentí el mayor horror que ningún ser humano puede sentir nunca. El charco de sangre que le empapaba la cara y las manos me producía repugnancia al tiempo que compasión. Igual todo su cuerpo. Por un lado deseaba acercarme a él, abrazarlo, besarlo. Por otro lado me

asustaban sus heridas, la espuma que manaba por su boca. La visión era espantosa. No sabía que hacer.

Allí, de pie, estuve un rato, sin notar ni oír lo que sucedía a mi alrededor. En mi interior todo se me revolvía produciéndome bocados de dolor. Creo que perdí la conciencia. De ahí que me sintiera incapaz de seguir, de quedarme, de llorar, de abrazarlo, de gritar. No sé cuánto rato pasó ni cuantas balas más explotaron. Sólo recuerdo que de pronto vi a uno de los soldados correr hacia mí. Lo vi lleno de humo, de polvo, de sangre. Me cogió del brazo y me dijo:
- ¿De dónde eres?
No le respondí. El siguió diciendo:
- Vete de aquí. Estamos en guerra. En pleno combate. Te puede herir. Aunque tienes suerte de no haber sido alcanzado ya.
Metió su mano en el bolsillo. Sacó una insignia brillante, la trabó en la ropa de mi pecho.
- Esto para que tanto ellos como nosotros sepamos que contra ti no debemos disparar. No eres ni de un lado ni de otro. Ahora vete.

Me tiró del brazo. Me empujó hacia el abarranco. Comencé a caminar obedeciéndole. Cuando ya bajaba por el cerrillo me di cuenta que las balas pasaban rozándome. Sin embargo, caminé. Rato después ya estaba en lo hondo del barranco. Nadie más me molestó. Nadie más me disparó. Nadie más me dijo nada. Por el barranco me quedé varios días. Los sentía unas veces locos y sin fresno, otras quietos y silenciosos. Pasado unos días subí por ese arroyo. Seguí caminando a través del campo. Si me encontraba con alguien le pedía algo de comer. Si me tropezaba con algún hortal, cogía de sus tomates; si con una sementera, sus espigas.

Durante algún tiempo algunas personas me persiguieron por ladrón mientras que otros me acogieron en los cortijos, me dieron pan y cama junto al fuego de las chimeneas. De esta forma he vivido hasta hoy. Bastante veces me dije que tenía que irme de estos montes y perderme por la ciudad como han

hecho otros muchos serranos. Nunca lo hice. En el fondo tenía miedo. Siempre creí que no iba a ser capaz de vivir entre ellos. Que no iban a entenderme. Que no iba a encontrar la paz. Y esto es todo cuanto tenía que decirte. Dentro de unos momentos me voy a despedir de ti para marcharme. No me sigas. No me pidas ningún consejo. Déjame ir.

Guarda silencio y yo también. Brilla un relámpago. Ilumina el barranco. Poco después empieza a llover. Comienza a alejarse. Ni me abraza ni me dice adiós. No abre su boca para despedirse de mí. Lo miro fijo mientras se aleja. Me empiezo a entristecer. ¿Quién es este hombre? ¿Adónde va? ¿Cuánto tiempo más estará dando vueltas por estas sierras?

LA ÚLTIMA MAÑANA - 76

Durante un rato te quedas fijo en el joven que se desvanece en el viento para fundirse con el tiempo. Como aún te queda un trozo para llegar a la vieja fuente, sigues subiendo por donde crees venía la sendilla que ellos siempre cogían para acercase a esta fuente.

- ¿Por qué crees que tanto le dolieron las cosas al joven?
- Desde hace bastante tiempo le vengo dando vueltas en la cabeza a esa reflexión y el otro día llegué a una conclusión.
- ¿A qué conclusión?
- A que hay gente, y que a veces son los que gobiernan nuestras vidas, que son demasiado formulistas. Luchan para poner en el centro de sus vidas lo formar y, además, obligan a los otros a que también estructuren sus vidas de este modo y dejan a un lado, porque lo creen secundario, lo de dentro. Y después de estos años de vida he llegado a la conclusión que las cosas tienen que ser al revés: primero es lo de dentro y cuando sea en tanta cantidad que rebose por todos los poros, entonces es cuando hay que echar mano a lo formar para recoger y dar cauce a la abundancia que fluye. ¿No sé si me explico?

- La verdad es que no acabo de entender del todo.

- Ten pongo un ejemplo: ¿Qué es lo más importante, el agua o el pantano?
- Yo creo que las dos cosas.
- Las dos cosas lo son pero cuando llega y dice que por encima, primero es el pantano, uno llega a pensar que debería ser al revés: primero el agua. Es decir, que hay tanta abundancia de agua que se hace necesario el pantano. Primero lo de dentro y como lo de dentro es en tanta cantidad, hay que buscar la manera de recoger y entonces surge la forma, por la necesidad de la abundancia y así de este modo surgirá el pantano que dará igual que sea redondo o cuadrado ya que lo fundamental es lo otro: la abundancia, el agua.

Pero cuando se lucha para que primero sea lo forma y después lo de dentro, hay mucho sufrimiento. Puede haber mucho dolor porque al ser humano no se le puede encerrar ni limitar para que primero sea la formal y no lo esencial. ¿Me he explicado bien?
- Un poco sí pero creo yo que muchos no lo verán claro. Ya estoy llegando a la fuente y me pasa como cuando venía por el camino.
- ¿Qué es lo que te pasa?
- Que a pesar de verla solitaria, en silencio, algo rota y sin agua, creo sentir la voz y los pasos de unos y otros charlando por aquí. Como si no se hubieran ido. ¿Recuerdas cómo fue aquel último día que ellos vinieron a esta fuente?
- Recuerdo yo que aquella última mañana todos vinieron a este lugar, que era la fuente del pueblo, cada uno con sus necesidades. Las mujeres a lavar, los hombres a beber y dar también de beber a las bestias, las muchachas a llenar sus cántaros y los niños a jugar o a subirse a las higueras a por los higos.
- Pero el último día ¿Cómo fue?
- Todo aquel día sucedió de esta manera: era por la mañana y era una mañana de primavera. Había sido aquel un año bueno de lluvias y por eso, cuando llegó en buen tiempo, los campos reventaron de vida. Corrían los arroyuelos con magníficos chorros de aguas limpias y los manantiales brotaban repletos.

Por cualquier rincón se deslizaba un caño limpio y por cualquier peña o reguera, afloraba un venero.

Cuando el sol empezó a calentar los campos aquellos eran una bendición del cielo de tan verdes como se pusieron y el brillo que surgía de los bosques. Aquella mañana era una de esas hermosas mañanas en que la vida parece surgir por primera vez y por eso daba gloria ver a los rebaños subiendo por los barrancos lanzando sus balidos mezclado con el son de los cencerros. Daba gloria ver a la gente afanada en sus cosas y llenando todos los caminos, barrancos y cuestas. Daba gloria ver esta ladera que desde la fuente se alarga hacia el Collado Blanco por donde crecen los olivos y luego el barranco por donde se encontraban las huertas más fértiles.

Por el lado ese del Collado Blanco bajaba un rebaño de ovejas seguidas por su pastor y arriba, por donde ahora se ve la carretera asfaltada, la familia del pastor se movía en dirección a los huertos del barranco. Las ovejas llenaban toda la ladera y los corderillos parecían bolas de nieve de tan blanco y regordetes repartidos por entre el rebaño.

En ese momento de la mañana, que un el momento mágico y eterno, desde la aldea por el camino, subía un grupo de mujeres. Venían a la fuente donde ya las higueras se pudren y venían, unas a lavar sus ropas y otras con sus cántaros de barro a por agua. Venían ellas dándose compañía y charlando de sus cosas y como el camino lo conocían tan bien y la fuente les era familiar, la escena y sus decorados ni siquiera era importante para ellas. Todos los días ocurrían aquellas cosas y así venían sucediendo desde tiempos lejanos. Ni siquiera prestaban atención a la fuente, ni a su caño de agua, ni al camino, ni a las higueras y granados que junto al camino crecían. Ni siquiera prestaban atención a las paratas de piedras de los huertos a un lado y otro del camino y ni a los hilillos de humo que mansamente brotaban de las chimeneas de las casas y trazando caminos azules, se iban viento arriba hacia el infinito. Tampoco les prestaban ninguna atención a los

chiquillos que ya empezaban a organizar sus juegos por detrás de las casas o en las puertas de éstas.

Todo era la misma escena de cada día a no ser que lo de esta mañana estuviera más realzada por el hermoso día de primavera que ya te decía y los brillantes rayos de sol que por todo el campo se extendía. Todo era la misma escena tan repleta de cosas sencillas y pequeñas al mismo tiempo que habituales en este rincón de la sierra. Todo despertaba con el día y nada hacía indicar que fuera diferente a cualquier otro despertar de otros muchos días. Eso era lo que creían ellos o más bien vivían sencillamente y con su monotonía habitual, hasta que su presencia fría y amenazadora, les hizo salir de aquella región de paz.

Las mujeres que se acercaban a la fuente, de repente los vieron. Eran tres y entre. Y se habían situado junto al rellano de la fuente.
- ¡ Míralos donde están!
Dijeron ellas y el corazón les dio un vuelco.
- ¡Válgame el Señor del cielo! No nos dejan en paz y cada vez que los veo me siento morir. Se han metido en nuestras vidas y hasta que no nos las rompan y nos rompan del todo, no descansarán.
- Desde luego, qué terrible es lo que nos están haciendo pasar.
- ¿Seguimos o nos volvemos?
- Vamos a seguir a ver qué nos dicen hoy pero desde luego con ellos ahí delante yo no me pongo a llenar el cántaro.
- Ni yo me pongo a lavar.
- De todos modos vamos a llegar y dejamos ahí las cosas. Los saludamos y los despedimos y cuando se vayan, volvemos. Por lo menos nos enteramos a qué se debe su presencia aquí.

Llenas de miedo, comidas por la curiosidad y también un poco poseídas por la rabia, se acercaron a la fuente, los saludan y antes de que a ellas les dé tiempo de soltar los cántaros y la ropa, ellos hablan y dicen:
- ¿Adónde vais mujeres?
Y las mujeres casi a coro les contentan:

- Ustedes lo están viendo. Venimos a lavar y a por agua para nuestras casas.
- ¿Y no veis que hoy la fuente ya no tiene agua?
- ¿A qué se debe eso?
- Ya la fuente se ha secado.
- Nunca se secó esta fuente y menos ahora con el año de lluvia tan bueno que hemos tenido.
- Es que nosotros la hemos secado y no empieces a protestar diciendo que os queremos amargar la vida. Hemos cortado el agua que baja por los canales allá, en el barranco de las canales para que esa agua deje de regar vuestras huertas y de surtir a vuestra fuente porque la necesitamos para que se llene al pantano.
- ¿Y qué va a ser de los que vivimos en esta aldea?
- Ya sabéis lo que va a ser: tenéis que preparar el petate e iros. A partir de hoy los días están contados. Hoy os hemos cortado el agua para que sepáis que el tiempo se acaba. Esto va en serio porque el pantano ya tiene que empezar a llenarse.
- ¿Pero dónde lavamos nosotros ahora y de dónde cogemos el agua para beber?
- Eso ya no es problema porque en esta aldea lo que a partir de ahora va a empezar a faltar no es el agua sino que empezareis a sobrar vosotros. Ha llegado el momento de ser tajantes. Este es el fin, porque al mismo tiempo es el comienzo. No hay más vuelta de hoja.

Después de estas palabras las mujeres ya no supieron qué decir. Miraron hacia el barranco del valle a ver si sus maridos estaban por allí y en todo caso subían y se enfrentaban con los que vigilaban la fuente. Pero aquello era otro imposible. Las ovejas y las cabras pastaban y balaban por el barranco y el sol se derramaba por entre todos aquellos montes y allí también estaba presente el fin. Era inútil buscar a los hombres para que se enfrentaran y lucharan. Las batalla estaba perdida porque ellos son sólo un puñado de humildes serranos contra un fantasma poderoso y terrible.

Así que ni siquiera soltaron sus ropas ni sus cántaros. Humildemente se volvieron para atrás e iban a irse para sus casas cuando les vuelve a decir:
- Por hoy podéis quedaros. Ahora mismo vamos a darla al agua para que os podáis lavar y coger agua para beber. Pero ya sabéis lo que hay. Es el fin porque al mismo tiempo también es el comienzo. Así que después de todo tenéis que estarnos agradecidos. No somos tan malos.

Fíjate lo que se vivió junto a esta fuente aquella hermosa mañana de primavera.
- Pero aquello tuvo que ser terrible.
- Para saberlo bien era necesario haber sido uno de los que aquí vivían. Pero en fin; sigues avanzando por el cerrillo que sube desde la iglesia y ya te encuentras casi encima de la fuente. Estás deseando verla por la curiosidad de ver qué queda de ella. Mas en este momento, antes de ver la fuente, del lado del puntalillo del Collado Blanco, te llega un fuerte olor a carne podrida.
- Es verdad. De ese lado me llega olor a animal muerto. ¿Qué es?
- Deja el camino, olvida la fuente por un momento y vete por esa ladera hacia el puntal de los olivos.

LOS CIERVOS
DEL COTO - 77

Por el lado del puntal de los olivos, en primer término se encuentran las paredes de piedra que en aquellos días sirvieron para deslindar sus huertos. Las tierras de la aldea, calles y casas y los caminos. Se abre por aquí un gran barranco que lo cierra, por el lado del arroyo, un hermoso puntal por donde abundan las tierras blancas. Un puntal que en aquellos tiempos ellos sembraron de olivos y que todavía crecen por aquí. Los de la aldea lo llamaban el puntal de los olivos pero como la tierra del puntal es toda ella de color blanco, también ellos lo llamaban el Collado Blanco. Cuando te encuentres sobre él, ya verás qué hermosura de espigón,

adentrándose desde la carretera de ahora hacia el arroyo y las aguas del pantano.

Así que dejas el camino y por el centro del barranco, entre el cerro de la iglesia y el puntal de los olivos, te vas como si buscaras el rincón donde el puntal se sumerge en las aguas del pantano. Sigue el rastro del olor a animal muerto y no tardas en descubrirlo. Entre unos matojos, cayendo para el barranco y por entre unas piedras descubres el cadáver de un viejo ciervo. Enseguida se ilumina tu mente.
- ¿Sabes una cosa?
- ¿Qué es?
- A este ciervo lo conozco yo.
- ¿Cómo que lo conoces?
- Sí que lo conozco y hasta lo quiero un poco y otro poco lo siento amigo mío.

- Explícate más porque sino me quedo a dos velas.
- Te lo voy a explicar: este otoño, como sabes, me vine un día por aquí con mi amigo, el que ahora vive en las casas del pantano y de pequeño vivió en la Solana de Padilla. Quería él enseñarme algunas cosas de las ruinas de esta aldea y cuando llegamos aquí nos pusimos a recorrerla. Ibamos desde el puntal de la capilla hacia el puntal de la casa del virrey y al pasar por entre los granados, las zarzas, las higueras y las nogueras de la llanura y hondonada de ambos cerros, vimos el ciervo. Salió de la sombra de una de las higueras y ni siquiera corrió. Nos vio él a nosotros y desde la higuera donde sesteaba y había estado buscando los higos pasos y las hojas caídas, se empezó a mover lentamente hacia la fuente.

Mientras caminaba iba con su cabeza alzada y sobre ella luciendo una hermosa cornamenta de ocho puntas. Contorneaba su cuerpo y parecía un toro de grande. “Fíjate qué ejemplar”. Me dijo. “Lo estoy viendo asombrado y descubro que es todo un magnífico macho viejo”. Nos paramos frente a él que se iba y durante largo rato lo estuvimos contemplando. Como se dio cuenta que no lo seguíamos también se paró. Entonces nos acercamos y pudimos ver que según dábamos

nosotros dos pasos, él avanzaba otros dos. Pero nada de salir huyendo ni asustarse. “Nunca en mi vida he visto un ciervo tan grande y tan confiado”. Volvió a decirme. “Será que el animal está acostumbrado a la presencia humana y como se siente ya un poco viejo, no se asusta”. Le contesté yo.

Y la verdad era esa: que el gran ciervo ni se asustaba de nosotros ni tampoco, por lo que vimos, quería irse del rincón. Porque como lo fuimos siguiendo sin asustarlo ni correr detrás de él sino gozando de su presencia y sobre todo de aquella cornamenta tan grandiosa, en cuanto al ciervo se le acabó la llanura porque llegó hasta la carretera, se volvió para atrás y por el lado de la fuente, se metió precisamente en este barranco. “Es que le tendrá querencia a este rincón”. Me dijo. “Eso es lo que parece y como las higueras se encuentran ahora cargadas de higos y las hojas ya empiezan a caerse, aquí encuentra alimento y se siente agusto”. “¿Pero sabes lo que te digo?”. “¿Qué me dices?” “Que un ciervo tan grande con una cornamenta tan bella como la que luce éste y en esta zona, corre peligro de muerte”.

No comprendí bien aquellas palabras y como ya tranquilamente habíamos gozado de él y se nos metió en el barranco, seguimos nuestro recorrido por las ruinas y lo dejamos tranquilo por aquí en su mundo.

- Y ahora, unas semanas más tarde, en el mismo barranco donde lo dejaste vivo y lleno de belleza, te lo encuentras muerto y hasta con la cabeza cortada. ¿En qué estás pensando?

- ¿Qué en qué estoy pensando...?

- Te lo voy a decir yo: el gran ciervo viejo que aquí ahora mismo estás viendo muerto, ya casi podrido porque huele mucho, es el mismo ciervo que aquella tarde se paseó delante de vosotros por este barranco.

- Desde luego, aunque no quería pensarlo. Lo que vi con mis propios ojos y lo que veo ahora también con mis propios ojos, no me deja otra salida. Seguro que aquel ciervo tan grande y bello, es este ciervo y, además, fíjate que se pudre en el mismo

barranco donde bajo las higueras lo dejamos buscándose la vida. ¿Qué ha pasado?
- Lo que ha pasado, ya lo piensas como también lo pienso yo.
- ¿Que lo han matado?
- Tú fíjate bien en el cuerpo de este animal.
- Desde que lo he descubierto me estoy fijando. Y descubro que tiene patas, unas patas largas y bellas con sus pezuñas que son las mismas de aquel que vimos. Tiene rabo, piel... en fin: todo el ciervo entero aunque ya esté tan descompuesto. Pero le falta algo. Le falta la cabeza.
- Claro que le falta la cabeza. Y si observas bien fíjate como ha sido cortada. Tiene un corte perfecto, seccionado por el mismo cuello. Pero mira bien verás como no verás por aquí ningún rastro de ella.
- ¿Ha sucedido lo que estoy pensando?

- Exactamente eso es lo que ha sucedido. A este ciervo lo han matado unos furtivos, le han cortado la cabeza para llevarse la cornamenta como trofeo, lo han tirado a este barranco y aquí se pudre, a dos pasos de la carretera sin nadie diga ni haga nada.
- ¿Pero quién hace estas cosas? Porque de esto, cuando en aquellos tiempos se intentaba convencer a los serranos ¿qué les decía?
- Fue cuando empezó el coto y como lo más importante era sacar el coto adelante, cuando hablaba con los serranos que no era siempre ni demasiado, una vez y otra intentaba demostrarles que lo del coto estaba por encima de cualquier otra realidad. Que lo del coto era lo realmente importante y cualquier otro asunto, pura menudencia.

- ¿Vosotros veis esa carretera que están construyendo por aquí, por el centro de vuestros huertos?
Les preguntaba a los serranos indicándoles la carretera asfaltada.
- Sí que la vemos.
Respondían los serranos.

- Pues cuando el coto sea coto y estos montes estén llenos de ciervos, por esta carretera ocurrirán cosas precisas. Cosas que de tan bonitas parecerán cuentos de hadas.
- ¿Qué cosas serán esas?
- Como por ejemplo, si venís por aquí luego de visita en forma de paseantes os podréis sentar en cualquiera de esas rocas que se ven por encima de la carretera y como auténticos reyes desde ahí contemplareis los eventos.

- ¿Y cuáles serán los eventos?
- Como el coto será tan importante y tendrá tan buenos ciervos, los reyes de otros países vendrán de cacería a estos montes. Sentados en vuestra roca veréis pasar por esta carretera las carrozas reales tiradas por hermosos caballos también reales. Irán escoltados por los pajes subidos en otros caballos y seguidos de grandes rehalas de perros para la cacería. Veréis al rey sentado en su carroza con el mejor ejemplar de ciervo cobrado en la caza y os llenará de gozo viendo que las que fueron tierras vuestras, huertos y corrales de cabras, serán cotos reales. Lugares poblados de reyes con carrozas casi de plata que surcaran estos bosques. ¿Qué os parece?
- De ensueño pero queremos verlo.
- Y lo veréis.

Y ahora, pasado el tiempo, fíjate tú cuales son las carrozas que surcan estas tierras con lo mejores trofeos de ciervos cobradas en las monterías.
- En fin, ya pensé yo algo de esto cuando hace unos días también me encontré otro hermoso ciervo matado y con la cabeza cortada de igual forma allá junto a las ruinas de las casas de la Cabañuela.

Pero ahora, como andamos despidiéndonos de las tierras de esta vieja aldea, una vez que nos hemos venido hasta este barranco ¿para dónde nos movemos?
- Recuerda que la fuente nos está esperando pero vamos a subir hasta la cumbre del puntalillo de los olivos. ¿Conoces esa pequeña atalaya?

- La conozco de una tarde hace años. Era también otoño y con los niños de la Puerta vinimos por aquí a oír la berrea. Nos subimos al puntalillo y desde ese pequeño monte los sentíamos berrear. Mientras tanto, los niños comenzaron su juego. ¿Sabes cuál?
- Estoy esperando que me lo digas.

- Pues fue el juego de tirar piedras hacia el barranco por donde estuvieron las huertas. Como en este puntalillo existen tantos trozos de piedras sueltas y como muchas de ellas son alargadas, pequeños trozos de losas, al tirarla con fuerza, van girando por el aire produciendo unos silbidos muy característicos. Se lo enseñé a los niños y les gustó tanto que hasta que oscureció estuvimos por el puntalillo buscando las piedras y lanzándolas al aire. Se lo pasaron bien y, además, gozamos de los berridos de los ciervos esparcidos por el monte de esas laderas.

DESDE EL PUNTAL DE LOS OLIVOS - 78

- Pues de esas laderas es de lo que te quiero hablar desde este puntalillo.
- ¿Qué les pasa a esas laderas?
- Como desde aquí se ven tan bien, pues me ha parecido que aprovechando el momento y el alto-llano, te puede gustar saber tres o cuatro cosas que ocurrieron por laderas de enfrente.
- Seguro que me va a gustar. Empieza con la primera.

- Pues la primera puede ser la de los paseantes despistados precisamente en este puntalillo. Pero la dejamos para después y comenzamos con lo que sería la introducción a “la Tía Cándida”.
- ¡Hombre! Lo de Tía Cándida, porque he oído hablar mucho de ella pero estoy muy despistado. Dejemos lo de los paseantes para más tarde porque ellos siempre pueden esperar y subamos al cortijo de la Tía Cándida. Porque hay que subir ¿verdad?

- Hay que subir toda esa ladera para ir a su cortijo. Luego iremos aprendiendo los nombres. Porque primero quiero que sepas que lo de “Tía”, aquí en la sierra, siempre se usó como detalle cariñoso y familiar. Lo de tío y hermano entre nosotros los serranos fue trato de amigos, de familia, de personas que se quieren entre sí y no como hoy lo usa la juventud de las modernas ciudades que casi siempre es en forma de burlas.
- Sabía yo algo de eso pero ahora vamos con lo de ella.

- Pues fíjate: aquella mañana el padre se fue con el rebaño barranco arriba. Quería subir hasta las praderas que a media altura, entre el Almagreros y el valle, siempre están llenas de hierba.
- Hoy me voy contigo, papá.
Le dijo el niño que por aquel entonces tendría como unos diez años.
- Vente conmigo pero prepárate porque no es fácil subir por esas laderas y, además, el monte es muy espeso.
- No importa. Yo soy fuerte y si, además, me voy detrás de ti no tendré problemas. Quiero ver el arroyo ese que siempre me dices es tan bonito. Quiero ver el lugar de Fuente de Piedra. Quiero ver la piedra del Fraile. Quiero ver los madroños que crecen en las malezas y quiero ver también el cortijo de la Tía Cándida.
- Pues vamos.

Echaron el rebaño delante y los animales empezaron a subir por la ladera. Siguiendo se fue el padre y detrás le iba siguiendo el niño. Cuando llegaron al arroyo ayudaron a los animales a cruzar tanto aquel gran caño de agua como a atravesar el monte.
- ¿Es por aquí por donde siempre dices las perdices tienen su nido?
Preguntó el niño.
- Por estas tierras es por donde a las perdices les gusta venir a hacer su nido más que a ninguna otra parte de las sierras.
- ¿Y si tenemos la suerte de encontrarnos uno de esos nidos hoy?

- Con los animales delante ya se habrán espantado pero de todos modos yo te llevaré a ti un día al rincón donde hay uno de esos nidos. Me lo encontré hace unos días ya tiene doce huevos. Está entre unas matas, debajo de unos peñascos y aquello es toda una maravilla. Cuando yo me lo encontré me dio una alegría grandísima. Porque no sabes la satisfacción que produce ir andando por el campo y de pronto, tropezarse con un nido de perdiz.
- ¿Hoy lo vamos a ver?
- Hoy no lo vamos a ver. Quiero llevarte directamente al cortijo de la Tía Cándida. Siempre me anda preguntando por ti y siempre me está diciendo que cuándo vas a venir.

El cortijo de la Tía Cándida que se encuentra cerca de una roca alta que se llama "El Fraile", era una casa de nada. Cuatro paredes de piedras recogidas por allí y trabadas con cal de las piedras calizas que cocieron en la calera del barranco, unas tejas de tierra roja, una humilde tinada pegada al mismo cortijo y un rodalillo de tierra que era donde ella sembraba sus tomates. Pero tienes que saber que ahí vivió toda la vida ella. Ya no podía moverse por aquellas tierras y nadie fue capaz de convencerla para que se viniera a algunas de las casas del valle, como el Cerezuelo o las casas de Padilla. Más adelante, en su momento, te contaré la aventura completa de la Tía Cándida. Ahora, lo que nos interesa es lo de aquel día del padre con el niño.

Ya a media mañana llegaron ellos al cortijo. Estaba ella allí en la puerta con sus cuatro gallinas y en cuanto se acercó el padre le dijo:
- Mira, aquí te traigo al niño para que hoy se quede todo el día contigo y te dé compañía. Cuida de él y si tienes algún trabajo por ahí pendiente, dile que te lo haga que ya es casi un hombre. Así además de darte un poco de compañía, también te echa una mano en las tareas.
Le dijo el padre. Se despidió luego porque tenía que irse con el ganado a las praderas de la cumbre y allí se quedaron los dos. Lo primero que hizo ella fue darle un buen tazón de leche calentita.

- Es de las cabras que tengo. Son tan buenas y dan tanta leche que yo no la consumo toda.
Luego se lo llevó a la huerta, cavaron las lechugas, sembraron los tomates, regaron las patatas, recogieron leña del bosque, arreglaron un portillo en la pared de la tinada y cuando ya caía la tarde, el padre regresó.
- Qué, Tía Cándida ¿cómo se ha portado el niño?
- El niño es un cielo que me ha llenado de felicidad como nunca antes había estado llena.
- ¿Cuánto ha trabajado?
- Ha trabajado mucho pero lo más importante es que me ha dado compañía. Tan sola me encuentro aquí en este cortijo y este monte remontado sobre el valle, que su compañía hoy ha sido para mí como el mejor regalo que el cielo me dio nunca. ¡No te lo lleves, por favor!
- Nos tenemos que ir porque la tarde cae y se nos hará de noche bajando este monte.
- Pero si me quedo sola ¿qué hago? Tan bueno ha sido conmigo y tan dulce ha sido su compañía que ahora ya estoy llena de tristeza.
- Ya volveremos por aquí otro día.
- De todos modos yo no puedo hacer nada pero sabed que desde ahora hasta ese día, las horas serán largas para mí.

Y dicen que la Tía Cándida se abrazaba al niño con los ojos llenos de lágrimas. Que se lo quería comer y que todo era agradecimiento por aquel día tan hermoso que el niño le había dado y quejas o expresiones de lamentos por la soledad y la falta de compañía en que a partir de aquel momento le tocaba vivir. Aunque dicen también que la Tía Cándida vivía en aquel bello paraíso, por pura decisión suya, personal y libremente. Que allí tenía ella todo su tesoro y que de allí no se venía sino cuando ya la vida se hubiera ido de su cuerpo. Que por encima de todo ella era feliz en su solitario y oculto rincón.
- Volveremos otro día.
Le decía el padre.
- Aquí estaré yo esperando.
Les decía ella.

POR LA FUENTE - 79

- ¿Y aquí concluye todo lo que de la Tía Cándida sabes ?
- Ya te dije que no. Cuando ya empecemos a regresar, te hablaré de los nombres y lo verdaderamente importante de ella, viviendo en la soledad de su cortijo de la cumbre y la originalidad del rincón donde su cortijo se haya.
- Porque, además, también me tienes que indicar por dónde va el camino que lleva a ese cortijo ahora ya pura ruina. Un día de estos, cuando pueda y sepa el camino, quiero subir y conocer el lugar y ver lo que por allí queda de esa bella casa. Ahora ¿para dónde vamos?
- Nos volvemos a la fuente. Lo del paseante y sus aventuras te lo contaré cuando ya vayamos camino adelante por la senda que nos llevara a donde estuvieron los huertos del Retozaero, que es como se llamaba eso.
- Pues volvamos a la fuente del viejo pueblo que, además, fue pilar para que bebieran los animales y lavadero de ellas.
- Exactamente. Por ahí estaba el pilar y si va atento lo primero que te encontrarás es, casi encima del pilar, las hornillas que construyeron para que los paseantes asaran sus chuletas. Cuéntalas y verás como son veinte. Construyeron una pared de piedra y le pusieron diez hornillas a un lado y otras diez a otro. Junto a la higuera mismo y casi encima del pilar. Eso fue por la primera época del Parque Natural. Instalaron por aquí una zona de acampada y luego la clausuraron. ¿Por qué no rompieron estas hornillas como hicieron con las casas y las tinadas? No se sabe. Quizá si las rompieran contradecían sus propias decisiones y acciones tomadas unos meses antes.

En el fondo pensaban en el futuro pero claro, querían que lo del futuro tuviera su sello personal. De las cosas de los otros, de los serranos, cuanto menos mejor porque en el nuevo proyecto estaba escrito que casi todo tenía que ser nuevo. Los viejos cortijos tenían que caer, los viejos caminos tenían que romperse, los huertos tenían que desaparecer, los manantiales debían encañarse para dar paso a lo nuevo. Pero lo que luego fueron llegando, siguieron diciendo lo mismo. Lo viejo tiene que desaparecer. Esto es lo que andan diciendo los que están recién llegados.

- Total, que no acabamos nunca.
- Nunca acabamos. Todo el que llega rompe lo que encuentra y sobre las ruinas levanta su obra para así realizarse. ¿No lo estás viendo?

Las hornillas estas ya no sirven. El tiempo las está desmoronando porque ahora han prohibido que sean usadas por los paseantes. Empieza otro futuro nuevo, según ellos, antes de que aún hayan sido cerradas las heridas que se abrieron cuando a ellos le derribaron su aldea. Siempre proyectando en el futuro que es lo irreal para así nunca tener los pies sobre la tierra, que es lo real, y consolidar lo que ya existe.
- ¿Pero el pilar lo rompieron?
- Ya te he dicho que lo rompieron no se sabe si queriendo o porque no les interesaba recuperarlo. Ahí lo tienes: bajo la higuera, entre las zarzas y fíjate, a pesar de los años y lo abandonado, lo bonito que es.

Alargado, en forma rectangular, con sus lavaderos, lo que nosotros siempre llamamos la losa para lavar, cuatro a cada lado e intactas todavía, el canalillo al final de la losa por donde se iba el agua sucia que salía de la ropa para que no se mezclara con las aguas que se embalsaban en el pilar que quedaba en el centro repleto de transparencias. Así de este modo los animales podía beber aunque las mujeres estuvieran lavando y nunca ellos se bebían las aguas sucias que dejaba su colada. Fíjate bien y verás como este humilde pilar es casi una obra de arte. Lo hicieron sin subvención de la administración, quizá sin planos ni peritos pero lo hicieron bien porque le pusieron mucho amor y mucho inteligencia y, además, arte. Ya ves que es belleza auténtica y sin más medios que algunos sacos de cemento y piedras de estas sierras.

- Yo de siempre he pensado que entre los serranos que poblaron estas sierras, hubo personas inteligentes. Mucho más inteligentes y con mayor sensibilidad que aquellos de grandes carreras en el mundo de las ciudades.

- Eso es tal real como que estos montes existen. Y volviendo al pilar, donde cae en caño de agua, ya ves la poza pequeña en forma de cono hueco. ¿Sabes para qué servía?
- ¿Para qué?
- Cuando venían con sus cántaros para llenarlos, los metían en ese cono y así quedaba perfectamente de pie con la boca centrada en el caño de agua. Aunque el cántaro se llenara, nunca se podía caer ni tampoco tenían que hacer ningún equilibrio para que el agua cayera dentro. De esa poza pequeña, el agua pasa a la más grande y a las dos del centro y de estas cae a otra más pequeña y a un nivel mucho más bajo por donde ya el agua sale de este recinto y se va, por su desagüe natural, hacia el barranco. Pero ya lo estás viendo: hoy no hay agua. Está seco. La fuente y el pilar se alimentaban del agua que venía por las canales desde el centro de las malezas por donde corre el arroyo de la Cabañuela. Fuente Grande que ya sabes se llama. Era la misma que bajaba para regar sus huertos de la cual se desviaba un chorro para este pilar cuando en aquellos días todavía ellos estaban.

Ahora ya lo estás viendo todo seco. ¿Para qué quiere agua esta fuente y su pilar? Pero fíjate bien la perfecta joya a pesar de su abandono.
- Lo estoy mirando y aunque lo tengo ante mis ojos y lo estoy tocando con mis manos, me está costando entenderlo, a pesar de su sencillez. Tú no sabes quién hizo esta fuente ¿verdad?
- De eso ya no me acuerdo yo pero lo que sí te puedo decir que en aquellos días era puro placer pasar por aquí y ver a las mujeres lavando. Charlaban y charlaban mientras golpeaban sus ropas contra la losa, los niños jugaban llenando este rincón de risas y sueños y las mozuelas iban y venían con sus cántaros llenos desde la fuente a las casas y al revés.

En aquellas mañanas de primavera pasar por esta fuente era todo un espectáculo lleno de vida, de color y de alegría. En aquellos días la fuente era como el lugar donde todos se encontraban, se saludaban, charlaban, se preguntaban por esto y por aquello, se tomaba el fresco a la sombra de la higuera y se conocían las noticias de las cosas que ocurrían en

la aldea, por los cortijos del valle y las aldeas del alrededor. Ten en cuenta que entonces ni había televisión ni radio y el periódico por aquí no se veía. Ellos vivían en su mundo y aunque sí sabían de las cosas y sobre todo de las cosas que en sus aldeas o cortijos ocurrían, todo era transmitido oralmente de unos a otros y la mayoría de las veces, aquí, entorno a esta fuente. La fuente y la iglesia eran dos buenos lugares de encuentro y de reunión entre ellos.

- Pues ya la hemos visto y un poco meditada en silencio aunque sea así muy por encima. Ya vamos acabando la aldea, al menos en la parte que fue su corazón. ¿Para dónde nos vamos ahora?
- Desde aquí mismo, desde la fuente, sale el camino, ya lo estás viendo, que paralelo a la carretera del asfalto, corta la ladera del cerro y busca las llanuras del arroyo. No es las del arroyo sino las de los arroyos, porque son tres: el de la Cabañuela, arroyo Frío y el del Fraile. Antes de extenderse por las tierras de la vega y fundirse con las aguas del pantano, los tres arroyos se juntan un poco por donde estuvieron las huertas. En este rincón estuvieron sus huertas, las mejores huertas que por los contornos hubo y para que quede constancia, se llama “El Retozaero”.
- Por ese rincón me fui yo el otro día bajando desde arriba, desde lo que llaman la “Huerta Vieja” que por lo visto esa llanura fue una pura huerta.
- También en esa llanura hubo unos canteros muy buenos y para que los conozcas mejor, luego nos damos un paseo por el lugar. Ahora, dentro de un rato, vamos a coger este camino y siguiéndolo vamos a caer justo en el centro del bonito rincón que ya te he dicho se llama El Retozaero. Ya mismo nos vamos a despedir del rincón este donde estuvo la aldea pero antes ¿no recuerdas qué nos quedaba algo?
- Lo recuerdo muy bien. Nos quedaba la historia de la aldea que decías íbamos a llamar “Colonia” y la aventura del visitante joven por el morro del Collado Blanco. ¿Cómo lo organizamos?
- Eso está claro: primero lo del visitante y al final lo de la colonia.

- Pues a ver ¿qué le pasó al visitante?

LOS DOS JOVENES - 80

- Aunque también lo podemos titular “la madre del visitante joven que despreció al joven serrano porque decía que su hijo tenía estudios y por lo tanto era más listo y culto que el pastor”. Y también le pega el título de “el visitante tonto”, simplemente así y para completarlo, un joven amigo mío me decía el otro día que él lo hubiera llamado “el visitante ceporro”, que ya sabes este lenguaje moderno que usa la juventud de hoy.
- Pues vamos al grano.
- El grano es que aquel día, el joven serrano se encontraba en la llanura que hay a la derecha de donde los tres arroyos del Retozaero se funden con las aguas del pantano. Un poco más adelante de este llano, es donde muere el puntal de Collado Blanco y más adelante ya está el arroyo.

Pues, allí, entre la llanura y el arroyo se deja caer el Collado Blanco que ya te dije antes, también lo conocemos por el puntal de los olivos. Según me han dicho a mí, esa presencia en forma de loma, es flanco de un anticlinal. Es decir, el pliegue rocoso que se ha levantado verticalmente y se ha desformado poco a poco. Y según me dijeron a mí, un pliegue es la ondulación de una capa o extracto de amplitud y forma variable. Y según sean las capas más antiguas o más recientes, tenemos un anticlinal o un sinclinal. Pero en fin, lo nuestro no es nada más que eso: el flanco de un pliegue que ha salido a la superficie entre esas tierras blancas que son arcilla y por ahí se va rompiendo poco a poco y es lo que forma el puntal de los olivos.

Por aquel entonces estaba ya el pantano llenándose y aunque el joven serrano ya no vivía aquí, aquel día había venido él a pisar, una vez más, las tierras que tan dentro llevaba y estaba ahí, en la llanura que a la derecha tiene este puntal de los olivos. Toda la orilla abajo, desde los llanos estos del castillo, recorrió el joven visitante acompañado de su madre y al llegar a la altura de joven serrano, lo saludaron.

- Venimos siguiendo el borde de las aguas y ahora queremos continuar justo hasta donde el arroyo que desciende por la Huerta Vieja, se funde con las aguas del pantano.
Le dice el joven visitante.
- Por ahí no se puede pasar.
Le aclara el joven serrano.
- ¿Por dónde no se puede pasar?
- Por la ladera esa donde muere el puntal de los olivos y lo va rodeando el agua del arroyo por un lado y las aguas del pantano por otro.
- ¿Y por qué no se puede pasar?
- Esa ladera es toda pura arcilla y está muy pronunciada. Según vas bajando, al principio se puede llegar hasta la mitad siguiendo algunas sendillas de animales pero luego se complica muchísimo por el lado del arroyo que lo ha cortado casi en picado, y ya te digo: como es tierra arcillosa con esta lluvia que ha caído, eso se escurre como el aceite.
- Yo sí podré pasar. Quiero ver exactamente eso, donde el arroyo se junta con las aguas del pantano porque me han dicho que es precioso.
- Es bonito pero te aconsejo que lo veas desde arriba.
- Quiero verlo desde el mismo borde de las aguas que es lo emocionante. Desde arriba me queda muy lejos y eso ya no me gusta tanto.

- Ya te lo he dicho: por abajo corres el peligro de resbalar, rodar por la ladera e ir a parar a las aguas del pantano. Esa ladera es muy traicionera. Caerás y te harás polvo si ruedas por ella. Si te rompes un brazo, un pie o te haces una herida grande, a ver cómo vas a salir de esas aguas tan profundas. Mientras vienen a rescatarte te ahogarás ahí, eso te lo aseguro.
- Es que no sabes con quién estás hablando. ¡Pues no he pasado yo por sitios complicados! He subido mil paredes rocosas, he escalado otras mil montañas, me he perdido más de mil veces por la nieve y he rodado otras tantas por las laderas. Tú no sabes con quién estás hablando. Quieres que le tenga miedo a esta insignificancia de ladera sólo porque no te atreves con ella.

La madre del visitante joven que está ahí presente, al oír a su hijo sale en defensa diciendo:
- Tú es que eres un joven serrano que no sabes ni entiendes de muchas cosas y por eso te crees que mi hijo es un paleto. Mira, para que lo sepas, mi hijo hasta ha estudiado y conoce a la perfección lo que son los pegueros. El sabe que aquí en otros tiempos vivíais de eso, de pegueras. De sacar resina de los troncos de los pinos que luego vendíais fuera. En los libros ha estudiado él cómo se hacen las pegueras, cómo se cortan las teas y como luego se ponen en pilas que lentamente el fuego va consumiendo para dejar salir de la madera la resina que cae a un pozo. Desde ahí vosotros la recogíais en un barril primero y luego en carretas la transportabais hasta los puntos de venta. Mi hijo sabe que de la pez se sacaba el alquitrán, trementina, alcoholes y esencias.

También sabe él otras muchas cosas de estas sierras. Así que no te metas en su mundo porque ya te digo, es más listo que el hambre y tiene mucha cultura y estudios. Si él dice que se puede pasar por ahí, es porque se puede y si nunca pasaste es porque eres un joven serrano sin apenas estudios y claro, no sabes muchas cosas. Ya verás como es posible la ruta por esa ladera que para ti es tan peligrosa y así demostrará lo que nadie hasta ahora ha demostrado. ¿Porque quieres saber una cosa?
- Diga usted, señora a ver qué es.
- Una curiosidad importante que te puede orientar respecto al gran talento que tiene este hijo mío y su buena sensibilidad para las cosas del campo.

Pues resulta que nosotros tenemos unos buenos chalés a las afueras de las ciudades más grandes del país. Casi todos ellos dando están en el campo y como mi hijo es tan sensible a todo lo que sea naturaleza, él mismo se ha instalado lo que todavía nadie es capaz de montar en el mundo entero. ¿Sabes lo que es?

- No lo puedo saber porque además de desconocer el mundo de las ciudades y de los chalés, también ignoro el mundo moderno y más aún el de los inventos y las cosas raras.
-¡Ves como eres un ignorante! Pues te lo voy a decir para que valores a mi hijo en su justa medida. Resulta que él solito, sin ayuda de nadie, ha instalado un aparato que está conectado con las ventanas que en los chalés dan al campo. Cada vez que por la mañana se levanta lo primero que hace es abrir las ventanas de su habitación ¿y sabes lo que ocurre?
- No tengo ni idea.
- Pues que al abrir la ventana, el aparato se conecta y suena la música. Una música preciosa que te saluda frente al campo y te llena de las mejores sensaciones. Pero para que lo sepas, su invento llega mucho más allá: como junto a su ventana y por las tierras que rodean al chalé crecen muchos árboles, él ha llevado su invento hasta estos árboles. Cuando va andando por el bosque, si se agarra a las ramas de un árbol, también suena la música y si quiere que la música sea distinta de vez en cuando, sólo tiene que mover las ramas de un lado a otro. Unos cantos preciosos que nadie conoce y menos aún lo saben gozar de este modo. ¿Qué te parece?

- Pues que no lo entiendo.
- ¿El qué no entiendes?
- Eso de la música al abrir la ventana y al coger las ramas de los árboles.
- ¿Es que no te gusta?
- No me gusta porque el campo, la naturaleza en sí, tiene su propia música de silencios, susurros de hojas y sinfonías de viento. Para mí esta es la música más bella que existe. No entiendo que alguien pueda pensar que la otra música, la inventada por los humanos, sea más bella que la silenciosa y dulce música de la naturaleza. Por muy sofisticados que sean los aparatos que su hijo haya inventado y montados en las ventanas y árboles de esos chalés, yo no creo que sea más bella y auténtica que la música que ahora mismo sale de la corriente de este arroyo o la que se oye brotar de los bosques de enfrente.

- ¿Ves como eres un ignorante serrano que no conoce más mundo que estos cerros y estos barrancos? No sé para qué te cuento nada ni me paro a charlar contigo.
El joven serrano no contestó a estas palabras y siguió en sus cosas. Se olvidó por un momento del joven visitante y lo dejó que hiciera lo que quisiera aunque lo sintió mucho. En su interior sabía que aquello no iba a salir bien como casi nunca salen bien aquellas cosas que los paseantes se empeñan en hacer por estas tierras engreídos de estudios e ignorando el respeto que siempre a estas sierras hay que tenerle.

El joven visitante siguió su ruta trazada por la orilla de las aguas primero del arroyo Rovuelto que viene cruzando la llanura desde el Collado del Almendral y luego las aguas del pantano. Según se iba aproximando a donde el arroyo que viene de la Huerta Vieja se funde con las aguas del pantano, el puntal de las tierras blancas y piedras que se desmoronan, se iba haciendo presente.
- Yo me subo por aquí derecha a los olivos del collado y en lo alto te espero.
Le dice la madre.
- Bueno mamá; saldré por el otro lado, por las llanuras donde estuvieron las huertas y allí nos juntamos. Ya verás qué bonitas fotos voy a sacar de los remolinos de agua que se forman donde el arroyo se funde con el pantano.
- Animo, hijo, allí te espero.

Y la madre se vino ladera arriba con la intención de esperarlo al otro lado de la torrentera que chorrea de Collado Blanco. Donde el arroyo y las aguas del pantano lo sumergen en sus aguas. El joven visitante, al principio empezó a seguir las pequeñas sendillas que por esta ladera los animales han trazado cuando por aquí cruzan. Poco a poco las veredas se van borrando y la ladera comienza a complicarse. El terreno, según se acerca al arroyo, se descarna al tiempo que se inclina. Es la misma erosión de la corriente la que por aquí se fue encargando, primero de cortar el puntal infrigiéndole un profundo tajo y luego de seguir lamiendo el flanco del corte. Por esto el suelo es de lo más complicado debido a su ladera muy

inclinada, toda ella de tierra arcillosa que en cuanto se moja, se escurre mucho y la gran cantidad de piedras sueltas que tienen el mismo peligro. En cuanto se pisa o se toca cualquier piedrecilla de estas, se desprenden y enseguida empieza a rodar media ladera.

Pero el visitante joven era valiente. Aunque se le acababan las sendillas de los animales, él siguió adelante enfrentándose con la ladera porque su intención era avanzar pegado a la misma cresta y darle la vuelta al montículo. Sube un poco en el recodo donde las aguas del pantano y las del arroyo se remansan y ya se encuentra frente a las tierras llanas de las viejas huertas. Pero la ladera se complica tanto que justo en el punto y momento en que él cree que ya ha vencido, se encuentra con un escalón. Las rocas del plegamiento aquí han quedado descarnadas, casi verticales y rotas, formando un escalón que es imposible saltar. Además, en cuanto se acerca a los guijarros, estos se desprenden y salen rodando. Allí donde pisa, la arcilla resbala y de tal manera se queda encajado que ahora ya no puede ni avanzar ni retroceder.

-¡Socorro que ruedo!
Grita lleno de miedo casi tumbado en la ladera y por completo con la mente bloqueada.
- ¡Venid a salvarme, por favor!
Sigue gritando al tiempo que mira hacia donde se ha quedado el joven serrano. Mira también buscando a su madre pero esta no le oye. Ha subido hasta el puntal de los olivos y como el agua del arroyo salta con tanto ruido, no puede oír la voz de su hijo. Tampoco lo ve porque desde arriba no llega a verse esta parte de la ladera. Pero el joven serrano sí lo ve. No ha dejado de verlo en todo momento porque en su interior algo le decía que lo del visitante era temerario.

- Espera ahí y no te muevas. Vamos a salvarte pero mantén la calma.
Le indica el joven serrano al tiempo que ya sube corriendo por la ladera para entrarle al puntal por donde crecen los olivos.

- Desde lo alto no podrás hacer nada. Vente aquí a mi lado que me agarre a ti.
Le pide el joven visitante.
- Te voy a salvar desde lo alto. Si me voy contigo, los dos resbalaremos y sin remedio, daremos tumbos por la ladera y caeremos al agua.
- Pero yo no quiero que me dejes solo. Necesito agarrarme a ti porque sino no salgo de aquí.
- Tú mantén la calma porque el peligro está en los nervios. Cualquier paso que des ahora sin tener seguridad de que es un paso firme, puede ser fatal. Ten calma que yo voy a salvarte.
- Pero no te subas a lo alto y me dejes aquí solo. Así no es como se hacen los rescates. Tienes que venir hasta donde yo estoy y agarrarme para librarme del peligro.
- Tranquilo que el que rescata soy yo. Te salvaré. Puedes confiar en mí.
- Lo que estás buscando es que me caída y así luego poder decir a todo el mundo que tenías razón. Que me he caído al río por no hacerte caso a ti. Eres un cabezota.
- No digas más tonterías y espera un poco verás como te salvo.
- Pero tiene que ser como tú digas y como tú quieras.
A partir de este momento el joven serrano ya no volvió a hacer caso a nada de lo que el visitante le decía. Subió por la cuesta de los olivos, avanzó por el puntalillo y como la madre estaba por allí, al verlo le preguntó:
- ¿Ocurre algo?
- Tiene problemas su hijo.
- ¿Qué problemas son?
- Se ha quedado empoyetado en la ladera y no puede salir ni para delante ni para atrás.
- Eso es grabe pero yo le busco una solución enseguida.
- ¿Qué solución?
- Le voy a decir que se esté quieto ahí. Ahora mismo llamo por teléfono, porque para eso traigo aquí mi teléfono móvil, y es presenta un helicóptero. En dos minutos estás sacado de ese peligro.
- Señora, si usted me permite yo lo rescato mucho más fácil y sin tener que liar tanta algarada.

- ¿Cómo lo vas a rescatar tú?
- Venga conmigo y verá.

La señora visitante se fue con el joven serrano y aunque no del todo, confió un poco más bien por la necesidad de ver por dónde salía el muchacho. Y el muchacho se puso en lo alto del puntalete desde donde se veía bien al visitante.
- Pon atención y has las cosas exactamente como yo te digo. ¿Me oyes?
- Te estoy oyendo.
- Primero no des ni un paso sin antes asegúrate que donde vas a poner el pie es tierra firme. Me explico: que ni sean piedras sueltas ni pura tierra que se deslice.
- Recibido. No me muevo de donde estoy.
- Segundo, busca una piedra en forma de cincel que por toda esta ladera hay muchas. Un trozo de piedra alargada con la cual puedas hacer agujeros en la tierra.
- Ya la tengo. Precisamente me he quedado atascado en lo alto de una losa que se rompe. Adelante.
- Tercero, con la piedra talla un pequeño agujero en la tierra en forma de escalón donde te quepa el pie. A continuación, algo más arriba, ha otro procurando llegar a tierra y piedras firmes.
- Tengo ya cavado el primer escalón. ¿Qué hago?
- Cuarto, sin agarrarte a ninguna roca, pon el pie en el primer agujero asegurándolo bien antes de apoyar el cuerpo sobre el pie. Pasa luego el siguiente pie al segundo escalón y una vez bien sujeto y firme, construye otro escalón algo más arriba y luego otro. Este es el proceso: a cada escalón que subas un escalón nuevo que hay que construir y aunque el proceso sea lento, resulta seguro. Sigue al pie de la letra todas las indicaciones verás como sales de este peligro pero procura subir resto. No te desvíes ni a la izquierda, por donde la arcilla resbala, ni a la derecha que es por donde la ladera se desmorona en pequeños trozos de rocas.

Tú sube recto de escalón en escalón y ni siquiera te pares para mirar hacia atrás a ver si te queda mucho o poco. Lo importante es salir del peligro se tarde lo que se tarde.

- Te he oído perfectamente y estoy ejecutando al detalle cada indicación tuya.
- ¿Y cómo van saliendo las cosas?
- Llevo tres escalones subidos y dos preparados y hasta ahora todo va bien. Pero madre mí como algo falle. Como me resbale el pie o se suelte una roca, ruedo ladera abajo y voy al pantano sin remedio.
- Tú tranquilo que peligro es verdad que existe pero si lo dominas con calma, salimos de esta sin daño alguno.
- Se lo contaré luego a mis amigos y le diré también que gracias a ti y a este conocimiento tuyo de la sierra, he podido salvarme de uno de los peligros más grandes que en la sierra existe.

Media hora más tarde, aquel joven visitante remontaba la peligrosa ladera que el cerro de Collado Blanco hunde hacia las aguas del pantano del arroyo. Cuando ya estuvo en lo alto, sin daño ninguno y fuera de peligro, se abrazó al joven serrano y casi llorando la daba las gracias.
- Ten en cuenta que un poco ha sido la suerte y otro poco ha sido la mano del Señor, lo que te ha sacado de la peligrosa ladera.
- Pero si no hubieras estado aquí presente con toda seguridad que habría tenido problemas grabes.
- Lo importante es que ya todo pasó y que en esta ocasión lo puedes contar. Una oportunidad más que Dios Nuestros Señor se ha permitido poner en tu vida. En el futuro no tientes demasiado la suerte, porque a lo mejor se quiebra y ya no sales de ella para contarlo como en esta.
- Nunca en mi vida vi tan claro esa verdad como la estoy viendo ahora. Acabo de entender que a la sierra hay que tenerle su respeto, que hay que pedirle permiso para irse por ella y que hay que recorrerla siempre desde la humildad. Es una tontería lo que yo pretendía.

Y dicen que el joven visitante y la madre tonta querían pagar al joven serrano la ayuda que les había prestado. Le pidieron que se fuera con ello porque como tenían coche lo iban a llevar

a los otros rincones de la sierra que él todavía no había conocido.
- Te podemos llevar al nacimiento del Guadalquivir o a la Laguna de Valdeazores, al río Borosa o a la Nava de San Pedro porque tú no sabes lo bonito que es todo eso.
Le decía la madre.
- En otra ocasión cuando ustedes vengan por aquí aceptaré esa invitación. Ahora mismo no echo de menos ninguno de esos rincones y como aquí, todo también es tan hermoso, me siento plenamente feliz. En otra ocasión a lo mejor necesito de otros lugares de la sierra que ahora mismo ni echo en falta.
- Tú lo decides.
Le dijo la madre y luego se fueron dejando allí al joven serrano. Cuando luego pasó el tiempo, yo me enteré de esta historia porque me la contó él.

LA COLONIA - 81

- Y ahora, si seguimos el orden que habíamos pensado, nos queda lo de la colonia.
- Pues vamos a lo de la colonia y te digo que antes de empezar, el mejor sitio para hablar de ello, es precisamente este: la fuente que fue y ahora se encuentra seca. Desde aquí, con este último recuerdo nos despedimos del lugar y comenzamos a regresas con un poco más de tristeza.
- Eso es verdad. Así que empieza.

“Perfectamente me acuerdo de aquellos días de mi juventud cuando yo estaba en el Cerezuelo con el Hermano Joseico en el mirador. Allí lo sentía contar muchas cosas de antigüedad. Decía que los primero pobladores que vinieron al valle del Guadalquivir, unos a vivir y otros a roturar, y allí se pusieron a vivir todos. Aquello era una finca que a pesar de estar rodeada del término de Pontones, es término de Hornos de Segura y cuando Carlos III, dio las dehesas Boyares, les dio el enclave aquel a Hornos Como dehesa Boyar.

Allí, en aquella misma dehesa, le dieron a su padre una parcela, en el sitio de Praolargo y comenzaron a hacer un

cortijo. Cuando le ponían las primeras maderas fue el fracaso de la colonia y así se quedo a medio hacer. Los Parras hicieron suya la dehesa y la colonia como fue el fracaso del engaño que le hizo aquel bergante que había en Hornos, les decía él que les facilitaba las cartas de Orcera y las traía a Hornos y que les fueran dejando el dinero. Y entonces el muy sinvergüenza, se quedaba con el dinero y no le hacía la gestión. Y como las cartas estaban en blanco, entonces pagaron todo aquello entre don Genaro Parras, don Lucas Rodríguez y don Olayo Rodríguez.

Ellos se repartieron el terreno como Bujarcaer, los Terneros, los Quiñones, la Hoya de Ursula, que fue de don Lucas y las Corralizas de don Olayo. Lo demás fue de don Genaro. Si no es que el hermano Juan Paco, que también fue colono pero que él no se confió de aquel individuo. Iba a Orcera, pagaba, se traía su carta... Luego también fue propietario de Bujaraiza. Y los bujaraizanos aquellos se fueron haciendo fuertes. Porque ¿cómo echar a cualquiera de una casa donde ha estado metido? Eso no ha sido nunca fácil. Cuando pasaron cien años estaban allí todavía. Y el Patrimonio Forestal les compró una colonia entre Córdoba y Sevilla y se fueron para siempre".

FRENTE A LA CASCADA - 82

Desde la vieja fuente, ahora ya sí se va contigo siguiendo el camino que en un principio parece que viene exclusivamente al rincón de las huertas. Es esa llanura que los tres arroyos, el de la Cabañuela, arroyo Frío y arroyo del Fraile, al juntarse, han ido tallando. El Retozaero, le llaman a esta llanura, según te ha dicho y aquí en esta llanura es donde estuvieron las más hermosas huertas, las de las mejores tierras y las que tienen más abundancia de agua.

- Tú fíjate que por aquí siempre corrió el agua que se recogía a lo largo de toda esta ladera que viene desde la Cabañuela hasta Las Lagunillas.

Te dice él. Al mirar al frente, desde la curva que este camino va trazando, según se aproxima al arroyo, se ve la gran cascada, aunque ahora mismo seca.
- ¿Cómo se llama?
Le preguntas.
- Es la famosa y fabulosa cascada del Fraile.
- ¿Por qué es famosa y fabulosa si yo apenas he odio hablar de ella?
- Eso es lo que le sucede a muchas de las personas que ahora mismo anda por estas sierras. Que ni conocen los sitios por donde van ni saben los nombres, Y esa ignorancia y frialdad suya frente a los paisajes, es lo que les lleva a creer que las cosas ni son importantes ni tienen identidad.
- ¿Por qué dices eso?
- Lo digo por lo siguiente: el echo de que no hayas visto ni odio hablar nunca de esta cascada, no te puede llevar a pensar que es poca cosa. Ella es lo que es y es famosa y fabulosa porque nosotros sí la conocemos bien, ya que hemos nacido y vivido con ella casi de cabecera. Por nuestra cuenta, desde tiempos lejanísimos, decidimos incluirla en la categoría de fabulosa precisamente por eso, porque la conocemos bien y sabemos lo que es.
- ¿Y qué es, si me lo quieres explicar para que yo, a partir de ahora, adquiera el conocimiento exacto de esta cascada?
- Pues mira, yo te voy a poner a ti un ejemplo:

En aquellos tiempos en que las lluvias eran tan abundantes, cuando un servidor jugaba y se ilusionaba con los juegos de los niños por estos llanos, sucedía lo siguiente: nada más entrar el invierno, justo en el mes de diciembre que es cuando ya la Navidad rezuma por todos sitios, estas cumbres de Las Lagunillas se cubrían de grandes nubes negras. Soplaba el viento a lo largo de varios días y luego una noche se ponía a llover. Primero caía la lluvia mansamente y luego, poco a poco, iba aumentando sin parar en toda la noche. Al día siguiente seguía lloviendo con gotas de agua menudas que se quebraban silenciosamente en las rocas de las laderas y en las hojas del espeso bosque de las malezas. Las nubes seguían arropando toda la cumbre y de vez en cuando se abrían

dejando salir el sol que durante un rato se derramaba por las tierras y enseguida se apagaba por otro frente de nubes espesas y repletas de agua.

Seguía cayendo la lluvia y si acaso, cuando el día llegaba a su plenitud, paraba un poco para unas horas más tarde, llenarse el valle, los barrancos y las cumbres, de espesas nieblas blancas y comenzar otra vez a caer la lluvia. Llovía luego ya toda la tarde sin parar, la noche siguiente también toda la noche y todo el día entero. Toda la noche y todo el día y así continuaba cayendo la lluvia durante una semana entera. Muchos litros de agua caían sobre las cumbres de estos montes, las laderas y los valles y cuando toda esa agua ya había empapado la tierra, empezaba a correr, primero en regatos pequeños que se descolgaban por los acantilados y poco a poco se iban juntando por las laderas hasta convertirse en torrentes y caudalosos arroyos.

Los tres grandes arroyos que ya te he dicho. El del Fraile, antes de caer por la cascada blanca que tanto embelesa a los paseantes que ahora pasan por la carretera del asfalto, fundía sus aguas con las de arroyo frío algo más arriba del cortijo de la Tía Cándida y aquello era lo emocionante.
- ¿Qué era lo emocionante?
- Cuando después de una semana sin parar de llover, te asomabas a estos arroyos. Te venías por aquí, por el mismo sitio en que ahora le estamos entrando nosotros, y justo desde este punto, donde los tres arroyos te queda casi encima pero enfrente y bien colgados de las laderas, y aquello era emocionante. Te parabas aquí y no te cansabas de mirar esa hermosa cascada blanca del Fraile. No te cansabas de oír su estruendo al quebrase contra las rocas de la ladera. No te cansabas de mirar a la cascada y al arroyo de la Cabañuela que traía tanta agua que a borbotones saltaba y se metía por las rocas como si tuviera prisa en fundirse con las de los otros arroyos. Porque aunque el de la Cabañuela es largo y recoge mucha agua, el más largo de los tres es arroyo Frío, que queda en el centro.

Ya te digo, para que lo sepas, este lugar es el mejor punto para contemplar con todo su esplendor, la cascada del Fraile. Aquí te parabas y era como si no pudiera irte de ese salvaje espectáculo de agua cayendo. Como si no acabaras de creértelo a pesar de tenerlo ante los ojos y estar toda la vida viéndola. Era tanta el agua que por esta ladera se despeñaba que sólo su ruido llenaba por completo el valle. "¡Hay que ver Dios Nuestro Señor, lo grande que es que primero deja millones de gotas diminutas sobre las cumbres y luego las va juntando hasta forma cascadas tan asombrosas como la que vemos". Eso era lo que siempre nos decía mi madre. "¿Y eso también lo pueden hacer los hombres?" Le preguntaba yo. "Cosa tan sencilla y al mismo tiempo tan grande y bella, nunca podrán hacerlo los hombres con la perfección, el silencio y el amor con que Dios lo hace".

"De verdad es un asombro y como siga lloviendo hasta los montes de estas laderas van a quedar sepultados bajo la cascada ¿verdad mamá?" "Si sigue lloviendo la cascada seguirá creciendo y el espectáculo será aún más grandioso pero tranquilo que Dios sabe lo que hace". "Es como si ahora mismo se estuviera divirtiendo mucho con este juego que El se ha inventado de lluvia, nubes y viento.

Como si se lo estuviera pasando muy bien con esta cascada que deja caer desde la ladera para gozarlas y para que también la gocemos nosotros.

- Exactamente. Todo es un poco así. Un puro juego que Dios se ha montado para pasarlo bien y al mismo tiempo nos beneficia a nosotros y nos divierte. Porque fíjate, hijo mío, en este mundo no existe espectáculo más bello que el espectáculo de las cascadas cayendo por entre el monte. Y, además, todo ello sin tener que movernos de aquí y sin que nos cueste ningún dinero.

- ¿Y esto sólo se da en este rincón?

Le preguntaba yo siempre a mi madre.

- Se da aquí y en toda la sierra y en muchos más montes que no conocemos nosotros.

- Pues hay que ver qué grande tiene que ser Dios y el poder que tiene para llevar tanta agua a lo alto de estas cumbres y de otras muchas. Qué grande y qué fuerza tiene que tener para mover tantas nubes de aquí para allá y lograr que cada gota caiga donde tiene que caer.
- Tú fíjate qué maravilla, nosotros para regar las huertas, cuatro surcos con cuatro tomates y dos lechugas, tenemos que trazar regueras y estar toda una tarde o una semana entera y, sin embargo, el Señor, fíjate con qué facilidad riega no una pequeña huerta, sino montañas y montañas, con sus valles y sus bosques, sus rocas y sus laderas y puede con todo a la vez y aún le sobra fuerzas, tiempo y agua y por eso se entretiene en construir estas fabulosas cascadas para que nos recreemos nosotros y para que el riego de sus campos se más divertido y hermoso.

- Desde luego que es todo un asombro, mamá. Y, además, qué bonita verla caer tan blanca y tan repleta de agua.
- Y tan bonita, hijo mío, que ya verás algún día, como a ver esta cascada, vendrá mucha gente de todas las ciudades del mundo. Incluso gente muy rica que tienen posibilidad de ver muchas cosas por cualquier parte del planeta. Ellos también vendrán aquí y dirán que de todo lo que han visto en otros lugares, lo más bello y emocionante, es el espectáculo de esta cascada despeñándose.
- Y esos es hermoso ¿Verdad mamá?
- ¡Vaya que si lo es!

- Una cosa, mamá, el cielo ¿cómo es?
- Pues como yo no lo he visto ni lo ha visto nunca nadie, no te lo puedo decir pero seguro que el cielo tiene que ser lo más parecido a estos campos nuestros.
- ¿Quieres decir que allí habrá cascadas, ríos, valles llenos de hierba, arroyos, madroños repletos de flores y frutas rojas y también pajarillos y flores?
- Seguro que habrá de todo eso y muchas otras cosas que también abundan por los paisajes de estas sierras.

Así era como nosotros vivíamos aquellos intensos días de lluvias en aquellos inviernos cargados cuando era niño. Así era como yo vivía esta gran cascada blanca llamada del Fraile desde este punto concreto. Algo que ya te digo, yo vivía con asombro porque se me clavaba en el alma por la fascinación que ella siempre me producía. Así que fíjate si es famosa y fabulosa esta cascada.

- Ahora ya lo entiendo y lo comprendo mejor.
- No habrá salido nunca en los periódicos, que es por lo que la gente cree que se hacen famosas las cosas pero siempre pensé que no es así. Lo de los periódicos es siempre aquella otra cascada que salta desde las cumbres de la sierra de Beas, el pico Natao, cerca del charco de la Pringue y que se llama de Los Caballeros. Esa sí la sacan cada año una pocas veces porque como está en la misma carretera, siempre que por el lugar pasa un periodista, si es invierno y cae llena, la fotografía y ale, en cuanto hay alguna noticia de la sierra, sacan la foto de la cascada de los Caballeros.
- En eso sí tienes razón porque yo mismo lo he visto muchas veces con mis ojos. Así que en esto también tienes razón. Y, además, ¿sabes qué te digo?
- ¿Qué me dices?
- Pues que como este invierno de 1996, va a llover mucho, igual que tú cuando eras pequeño, sin que nadie lo sepa, me vendré aquí a gozar del espectáculo de la famosa cascada cuando salga. ¿Qué te parece?
- Que es una idea estupenda de la cual no te vas a arrepentir.

LAS LECHUGAS DE LA HUERTA - 83

- Así que según , por este camino ya nos vamos retirando del rincón de Bujaraiza. - Siguiendo este camino que va de fuente a fuente en busca del llano del Retozadero, nos vamos a retirar del lugar. Como puedes comprobar, el camino avanza casi paralelo a la carretera. Pero si nos volvemos para la carretera, lo primero que vamos a encontrarnos es el asfalto. Luego coches y antes de llegar a donde el arroyo de la Cabañuela lo cruza y se encuentran las instalaciones del campamento juvenil

de La Huerta Vieja, en la carretera y colgado en las ramas de los pinos, nos encontramos un palo con cuerdas y trapos que son las señales que el verano pasado pusieron aquí los jóvenes que acamparon en el lugar.

Luego se fueron y como todos los paseantes, pensaron que ya no iban a volver más por aquí y por lo tanto, les daba igual dejar sus señales por el monte aunque esas señales afearan y ensuciaran el monte. Como ellos ya no van a volver más y no es suyo este bosque, les da igual y pensar en los otros y en los paisajes, es mucho pedir.
- ¿Quiénes serían sus profesores o monitores?
- A veces son los directamente responsables. Pero en fin, ¿tú ves esa ladera?
- ¿La que desde los llanos del Retozaero sube un poco por aquel lado del arroyo?
- Esa misma.
- Pues sí que la veo porque nos queda al frente de este precioso camino que vamos bajando. ¿Qué tiene esa ladera?
- Fíjate bien a ver si lo descubres.
- Me estoy fijando y sólo veo algunos pinos carrascos, muchas rocas, viejos robles entre madroños y lentiscos y todo lo demás es silencio a no ser que intente adivinar los mil chorrillos que por ahí bajaban en aquellos años de tanta lluvia. Fuera de esto no veo nada más.
- Pues hay más. Por esa ladera yo ahora mismo estoy viendo los ciervos correr.

El joven le ha entrado a la huerta arroyo arriba y es por la mañana temprano. Esta noche los ciervos ha bajado del monte y se han metido en las huertas a comerse lo que en ellas el joven tiene sembrado. Pero los animales al verlo, ahora ya que empieza a salir el sol, han salido huyendo ladera arriba. Y como si se burlaran del joven, de vez en cuando se paran sobre las rocas y miran para atrás. “Rabia que nos hemos comido tus lechugas y tus tomates y ahora ya nos vamos al bosque dejándote aquí enfadado y ni siquiera puedes hacernos nada”. Perece que le dicen los ciervos cada vez que se paran

sobre las rocas de la ladera. Y continuamente el joven rabia y los mira enfadado porque dice que no hay derecho.

"Me paso el año labrando estas tierras, quitándole las piedras, echándole abono, regando cada día y cuidando con esmero mis lechugas que necesito para alimentarnos mi familia y yo y cuando ya están grandes, una noche cualquiera venís vosotros y sin escrúpulos ninguno, entráis a la huerta y os la coméis. No hay derecho. Un día de estos os voy a esperar aquí y cuando os coja desprevenidos, os voy a matar a palos". Es lo que el joven le dice a los ciervos como respuesta a la desafiante arrogancia.

Los animales ni le hacían caso y siguen. Después de burlarse de él desde las rocas de la ladera, se iban y un poco desafiante seguían subiendo por el monte.
- Espera un momento. Ahora que andamos por la ladera y antes entrar al fondo con lo de los ciervos, quiero preguntarte una cosa.
- ¿Qué quieres saber?
- Lo del pino redondo que al parecer creció por esta ladera ¿Fue o no cierto?
- De ese pino que se tragaba la niebla a mí me hablaron las personas mayores a los cuales se lo habían contando sus abuelos y a estos a la vez, sus bisabuelos.
- ¿Pero fue cierto o no la existencia de ese pino?
- Su existencia fue en un tiempo muy remoto y de ello yo no tengo más información que la que me contaron las personas mayores.
- ¿Y qué te contaron las personas mayores?

- Me contaron que el pino era grande como un bosque entero. Por lo visto crecía en esta ladera y como era redondo, más bien bajo y de ramas abiertas, el pino al parecer cogía media ladera. Desde cualquier sitio que se viera la ladera lo que más destacaba en ella, siempre era el pino. Verde en todas las épocas, con una lozanía que todo el año parecía estar vestido con la primavera más radiante y formando como una gran bola su copa por arriba.

Tanto era así que al parecer en el gran pino se refugiaba casi todos los pájaros de estos bosques. Los cuervos donde junto con las grajas y los rabilargos, a todas horas tenían ahí una gran escandalera. Los picapinos, los carboneros y los arrendajos también llenaban sus espesas ramas y de vez en cuando, una gran bandada de palomas bravías. Al parecer, cuando llegaba la primavera, todas las aves que volaban desde la llanura a la ladera y desde la ladera a la llanura, su lugar de descanso, siempre era el pino. Algo así como si dividieran el recorrido en dos etapas, remirando y tomando fuerza entre las ramas de la copa del pino.

A los otros animales, vacas, ovejas y cabras, siempre les sucedía igual. Al bajar o subir por esta ladera, buscaban el pino y a su sombra, descansaban tranquilos para luego seguir. Pero el pino, grande al parecer, donde de verdad mostraba su gran misterio, era en la niebla. Cuando en invierno, según te decía antes, estas cumbres y barrancos se cubrían de nubes y llovía intensamente, al alzarse luego las nieblas, el pino era todo un espectáculo. Dicen, que yo no lo he visto pero en más de una ocasión me lo he llegado a creer de verdad, que desde el barranco este de las malezas de las Canales, la cumbre de la Lacha de Bonifacio, Fuente de Piedra, arroyo Frío, el Fraile, los Almagreros y el Portillo de la Escalera, la niebla se alzaba formando grandes vellones alargados.

Se alzaba desde el bosque como si diera la impresión de querer elevarse por lo alto de las sierras para irse viento adelante a otros rincones del mundo pero no era así. Cuando ya esos hermosos vellones blancos se habían concentrando y comenzaban a moverse a cierta altura sobre el bosque, ladera abajo hacia los valles, de pronto ocurrió el fenómeno: como atraídos por una magia poderosa los chorros de niebla empezaban a caer rápidos y en picado buscando el centro de la gran copa del pino. Algo así como si entre las espesas ramas del verde pino existiera una gran aspiradora y con fuerza chupara de la niebla para tragársela.

Cuando aquello ocurría, todo el mundo en este valle y en las cumbres de estas sierras, dejaba su trabajo y sus cosas para quedarse absorto frente al pino viendo como éste se tragaba la niebla a chorros. Desde todos los puntos del valle y de los barrancos acudía la niebla como atraída por un fuerte imán y clavándose en picado en el centro de la copa, desaparecía para siempre.

- ¡Claro, así está tan gordo y tan verde!
Decía la gente cada vez que ocurría aquel fenómeno. Y tenían razón: al parecer el pino no se secaba ni perdía su lozanía en ninguna época del año. ¿Y sabes una cosa más?
- ¿Qué hay más sobre este pino?
- Pues que como era tan grande y a la sombra se estaba tan fresquito en los meses del verano, allí dicen que se juntaban siempre los pastores y los vaqueros en los días en que ellos empezaban a agruparse para ponerse en "verea": trashumar de las tierras bajas a las tierras altas y al revés. Bajo la sombra del pino planeaban ellos siempre las veredas con sus animales y luego cuando volvían, al llegar el invierno, de nuevo se juntaban para celebrarlo.
- ¡Hay que ver qué cosas y sobre todo lo de este pino tragón de niebla!
- Lo que te he dicho es lo que yo sé de él. ¿Podemos seguir con lo de los ciervos?
- Podemos seguir. ¿En qué acabó aquello de los ciervos?

- Pues cuando el joven se cansaba de insultar a los bichos, se ponía a trabajar en su huerta. Pero como sucedía que pasaba el rato y los ciervos seguían con su presencia yéndose y a veces hasta saltando por aquella ladera, esto le ponía más nervioso. "¿Es que estáis esperando que me vaya para veniros otra vez a mi huerto y comeros las pocas lechugas que me habéis dejado?" Le seguía él diciendo a los animales cada vez que alzaba la cabeza y los veía pastando tranquilamente allí. Hasta que una de aquellas tardes, enfadado el joven, salió de la huerta y cogiendo un gran palo se puso a correr ladera arriba detrás de aquellos bichos. ¡Ya ves ! Correr con un palo detrás de los ciervos es una solemne tontería pero aunque él lo sabía,

tan enfadado estaba que esto fue lo único que se le ocurrió para aliviarse algo de aquel disgusto. “Condenados ciervos, esperad un poco ahí que vais a saber lo que es bueno”. Les gritaba mientras subía por la ladera.

Los animales lo miraban como despreocupados y luego lentamente se iban para la orilla del monte. “Aunque os metáis en lo más espeso de las malezas os buscaré para daros un buen escarmiento para que no volváis nunca más por aquí”. Seguía él exclamando ya bastante cerca de aquellas rocas donde los animales se subían para mirar hacia la huerta.

- El escarmiento te lo voy a dar yo a ti si no paras de correr detrás de estos ciervos y los dejas tranquilos de una vez.
Le dijo de pronto el otro que asoma por entre el bosque con actitud amenazante. Al verlo y oírlo el joven, cesó en su carrera y allí mismo se quedó parado. Miró al otro.
- ¿Es que te divierte espantarlos?
Le dijo.
- Lo que pasa es que ya estoy harto de que todos los días se metan en la huerta y se coman mis lechugas y tomates.
- Ya hace tiempo que deberías saber que ni esa huerta te pertenece y mucho menos las tierras donde las lechugas crecen ni esta ladera por donde corres detrás de los ciervos.
- ¿Qué hago, entonces, dejo que me lo rompan todo?
- Tú y todos los de esta aldea y cortijos sois los únicos que estorbáis en estas tierras. Los ciervos están por derecho en el monte que les pertenece. Así que piénsatelo bien y ten cuidado de no hacerle daño.

El joven dejó el palo allí mismo. Sintió que tanto aquel otro como aquellos ciervos eran sus enemigos y por eso, a partir de aquel día, empezó a encontrarse extraño en las tierras que siempre había sentido como suyas.

HUERTAS ROTAS - 84

El camino, ya viejo y bastante roto, a partir del cerrete de los olivos, se extiende, primero llano y luego recogido en la pequeña umbría, baja cómodamente buscando la llanura. Aquí mismo corre la fuente. Otra pequeña fuente que silenciosa permanece solitaria entre la semi oscuridad del barranco.

- No te lo esperaba ¿Verdad?

Te pregunta.

- No me esperaba casi nada de lo que estamos viendo por aquí pero eso es cierto: no me esperaba la fuente de este rincón.
- Claro, pasas una y mil veces por la carretera montado en tu coche, y ves sólo las cuatro cosas que te ofrecen las laderas del valle. Para descubrir esta fuente tienes que hacer lo que nosotros ahora: venirte andando por el camino y meterte de lleno en las llanuras de las huertas.
- ¿Cómo se llama?
- Es normal que te interese saber cómo se llama. Ya conoces el nombre de la que corre en la carretera, por debajo de la cascada blanca, que se llama Fuente de los frailes y , desde tiempos lejanos, la llamaste la fuente del Caballito. La otra fuente que también hicieron los de la administración se encuentra al final de la llanura donde ahora se encuentran las instalaciones del campamento de la Huerta Vieja. Ni aquella ni esta sé cómo se llaman porque ninguna de las dos nos pertenecen. Las construyeron ellos y como ves, de cemento, piedras e hierro, en sitios donde nunca hubo ningún manantial natural y por eso tuvieron que coger el agua de la que corre por el arroyo. ¿Es tan importante para ti los nombres de las cosas de estas sierras?

- Sobre todo si son nombres vuestros. Nombres que pusisteis vosotros o vuestros ante pasados para moveros con soltura por los caminos y los barrancos pero ahora que nos encontramos en el brocal de esta solitaria fuente, se podría decir que rozando las paredes de aquellas huertas ¿de dónde viene ese olor tan agradable?
- ¿A cual de ellos te refieres?

- No me refiero al que huele a lechuga fresca, tomates maduros o tierra mojada sino al que sabe a pan recién cocido.
- Ese es el olor nuestro, el olor serrano que en aquellos tiempos manaba de todos cortijos y aldeas. ¿Cómo te ha llegado a ti y precisamente junto a esta fuente?
- Eso es lo que te preguntaba y quiero saber. Me ha llegado el olor a pan recién amasado y cocido y según me estás diciendo, por el barranco sólo hubo huertas.

- Huertas y también buenas sementeras de trigo, buenos costales de harina que salía de aquel trigo después de molerlo en los molinos harineros y muy buenas hornazas de pan cocido con leña en los hornos de cortijos y aldeas. El olor que ahora respiras viene de la aldea. Cuando en ese lugar se cocían las hornadas, todo este barranco, el valle y la ladera con sus caminos, olía a pan recién cocido. Un olor que te resucitaba por lo rico que sabía aquel perfume. Pero yo tengo que decirte a ti una cosa que se mezcla con la misma esencia de pan.
- ¿Qué es?
- Aquí mismo, donde ahora silenciosa corre la fuente que tocamos, aquel día el joven vivió otro de sus muchos malos momentos.

Era una mañana de otoño y hacía frío. No llovía ni el cielo estaba cubierto por las nubes. Pero sí hacía frío y el joven ya estaba sin lugar en este rincón, un poco lejos de aquí aunque todavía no se había ido del todo, subió por el arroyo por el lado de las huertas. Unos días antes había estado recogiendo algunas cosas de las tierras de estas huertas; como azadas, arados, alambres y pequeñas cosillas suyas personales. Ya lo habían echado de las tierras y por eso recogía y amontonaba los utensilios con la idea de luego venir y llevarse todo aquello que pudiera tener algún provecho. Como cuando uno se muda que primero amontona y luego vuelve para llevarse poco a poco lo que va creyendo útil. Así que aquella mañana, a pesar de su tristeza, al arrancarse del rincón que tanto quería, subió por el arroyo en buscas de las cosas y venía silbando. Echando fuera de sí la ultima alegría que le quedaba a pesar del trance que estaban pasando unos y otros. Venía él silbando y

pensando en sus cosas y cuando salió de entre las zarzas del arroyo vio que aquí, precisamente donde él había amontonado todos aquellos cachivaches, se reunían ellos alrededor del grande.
"¿Qué será esto?" Se preguntó y empezó a sentirse incomodo porque su mente se llenó de temor.

El grupo de los allí, mejor dicho, aquí reunido, al verlo dejaron sus proyectos porque fue el grande el primero en pararse y se quedaron mirando mientras se acercaban a ellos. Cuando ya estuvo a su lado los saludó diciendo:
- ¡Buenos días, señores!
- ¿Qué busca por aquí entre nosotros?
Le preguntó.
- Había yo dejado por este lugar algunos utensilios que me pertenecían y vengo a recogerlos. Pero estoy mirando y no los veo ¿Os los habéis llevado vosotros?
- Lo que hay en estas tierras ya pertenece a la gran administración. Si tus cosas estaban por aquí y alguno las ha querido coger, a nosotros no nos ha preocupado mucho. Es decir, que aunque nosotros hubiéramos visto que alguien se llevaba tus cosas, nada le hubiéramos dicho porque está en el derecho de llevárselas.
Le dijo.

- No entiendo lo que usted quiere explicarme.
- Pues está clarísimo: si tus cosas estaban por aquí y alguien por aquí ha pasado y al verlas le ha gustado y se las ha llevado, ha hecho bien. Sabe que esas cosas ya no tienen dueño y que a ti no te van a servir para mucho y por eso se siente en la libertad de coger y llevarse lo que quiera.
- Pero es que esas cosas eran mías desde siempre porque las compré yo y las que no, las he construido con mis propias manos. Algunos de esos utensilios a parte de ser muy valiosos, les tengo un gran afecto porque vienen desde mis abuelos y me han acompañado a mí desde que tengo vida. Nadie tiene derecho a quitarme pertenencias tan personales.

- Ya te he dicho que esas pertenencias, en cuanto tus tierras han pasado a propiedad estatal, han perdido también su propietario. Ahora todo lo que por aquí hay, os dejó de pertenecer. Además ¿para qué quieres un arado si al lugar nuevo donde te vas a mudar no puedes ni tenerlo ni usarlo?
- Aunque así fuera, es algo mío y por eso sólo yo tengo derecho sobre ello.
- No sé cuándo os vais a convencer que la realidad ya es otra. Las cosas ya han cambiado. Nada es como era y mucho menos será en el futuro. Pero en fin, ya que estás aquí, te damos permiso para dos cosas: te puedes quedar si quieres y para que durante un rato pasees por aquí a ver si encuentras algo de lo que buscas.

Así que durante un rato el joven se quedó por aquí y se puso a dar una vuelta. Quería encontrar algunas de aquellas cosas suyas pero no tuvo esa suerte. Sólo vio algún trozo de tabla, una silla vieja y tierra solitaria que aún todavía olía a huerta y a las cosas que él había dejado en la huerta. Busco lleno de interés, un par de cacharros que apreciaba mucho y no quería perder por nada del mundo pero ni rastro encontró.
- Era lo que yo más quería.

Le dijo profundamente apenado. Y este, lo único que le respondió fue que:
- Alguien se la ha llevado sin decírmelo a mí. Pero ya sabes: en tu nuevo hogar, comprarás otros cacharros y pronto olvidarás los trastos que por aquí teníais.
- ¿Así que tendré que callarme y aguantar?
- Te repito lo de antes: ya que estás aquí, te puedo proponer algo que a lo mejor te interesa.
- ¿qué es?
- Precisamente estamos reunidos porque dentro de un rato vamos a comenzar las faenas: la repoblación de estos montes. Si quieres te puedo dar trabajo en esta cuadrilla y así te ganas unas pesetas. Sólo se trata de limpiar primero el monte para luego sembrarlo de pinos. Tú conoces estas tierras y aunque al principio te cueste un poco, enseguida te adaptarás. Así cambias y aprendes un nuevo oficio. De pastor a repoblador de

estos montes para que te convenzas de que las cosas ya no son iguales.

Al pobre joven se le llenó el alma de tristeza al caer en la cuanta de que ahora tenía que cortar las madroñeras y los chaparros que de pequeño había visto crecer, para sembrar pinos. Ahora tenía que cortar las higueras y los nogales que tan buenos frutos desde siempre habían dando para en su lugar, primero allanar la tierra y segundo llenarla de pinos.
- Tremendo y cruel. Me echáis de mis tierras, me quitáis mis cosas y ahora me pedís que hasta rompa mis huertas y el monte que siempre abracé para sembrar vuestros árboles. Es cruel y vosotros no os dais cuenta.
- A cambio te daremos un sueldo y la posibilidad de que aún sigas por las que llamas tus tierras.

ENTRE HUERTA Y HUERTA - 85

Pisando ahora las tierras que rodean al pilar, despacio vosotros os movéis en dirección al arroyo.
- A pesar de todo, tú fíjate bien y verás como esta fuente, aunque no sea obra de los serranos de aquellos tiempos, es bonita.
Te indica y es que él, puro serrano con el corazón y las raíces por aquí, sabe encontrar la belleza limpia que su tierra siempre manó aunque las cosas hayan cambiado.
- Es lo que yo te iba a decir: a pesar de ser esto una fuente artificial montada por el grande y su cuadrilla, es bonita.
- Las cosas de esta sierra mía: aun rota y cambiada por los que vinieron de fuera, sigue siendo hermosa.

Por el tubo de hierro sale un buen chorrillo que seguro viene del arroyo que atraviesa el barranco. Un poco antes de donde el camino se encuentra con el arroyo ya es por completo llano. Algo más adelante, por el vado que fue tierra de huertas, el camino cruza el arroyo y sigue por la otra ladera. Ahí debió crecer el pino que se tragaba la niebla. Del arroyo sale un gran rumor de corriente.

- ¡Qué cantidad de agua! ¿Verdad?
- Tú fíjate y después de cuatro años de sequía intensa.
- Eso te iba a decir: si al otro lado de cuatro años de sequía tan grande, corre por este arroyo tanta agua, en aquellos tiempos de lluvias sin parar ¿Cómo bajaba este cauce?
- ¡Reventado! Ya te lo decía antes. Este arroyo era todo un río que ni se podía cruzar y hasta dejaba paralizado del espanto que producía. Desde la aldea se le oía despeñarse en competencia con la cascada de arroyo Frío. Un auténtico espectáculo salvaje pero al mismo tiempo profundamente conciliador y humilde.
- El centro, el corazón mismo de la naturaleza viva es lo que sería este rincón. ¡Cuánto lamento no haberme encontrado por aquí en algunas de aquellas ocasiones!

Pero como no podía ser una excepción, aquí, donde el camino llega al arroyo y cruzándolo se va para la ladera de la solana, aquí mismo los paseantes ya tienen trazadas sus sendas. Bajan o suben saltando rocas por la corriente con el ansia de pisar, tocar y contemplar lo más metido posible en el arroyo, la limpia belleza que de aquí mana. Por estas extrañas sendas os metéis vosotros porque quiere enseñarte la maravilla que el trozo del arroyo esconde y al mismo tiempo quiere llevarte, porque se lo has pedido, a donde ahora se encuentra el campamento. Y una vez más descubre que el que hoy quiere enseñarte la sierra, sabe bien a dónde se mete.

- Fíjate que robles, retorcidos entre las viejas madroñeras y clavados en las rocas que el agua baña.
- Los estoy viendo y de nuevo de iba a preguntar. ¿Como a pesar de tanta presencia humana y tantas huertas por aquí, los robles se salvaron?
- Los serranos no eran tan dañinos. Estos robles con las gruesas madroñeras abrazadas por las clemátides, eran como sus propias señas de identidad. Necesitaban que estuvieran aquí no sólo por la belleza y fuerza que los robles representaban para ellos, sino para reafirmarse mutuamente. Un buen serrano enclavado en estos montes, sin tener junto

así viejas y hasta centenarias nogueras, encinas y robles, no era serrano de pura cepa.

- Estoy observando y mi intuición me está diciendo que el bosque que por aquí hubo es el mismo que sube por el barranco hasta la Cabañuela. ¿Me equivoco?
- No te equivocas. Por este trozo del arroyo se refugia todavía un mechón del espesísimo bosque de las malezas de las Canales.
- ¿Por qué dices se salva todavía?
- Porque ya te lo dije antes: los serranos sí supieron y hasta quisieron que estos robles para siempre siguieran creciendo. Pero los que vinieron por aquí rompiendo tanto, no respetaron nada más que este puñado de robles y encinas que vemos. Los otros, los de la ladera aquella, ésta y algo de la llanura, se los cargaron porque estorbaban para el pantano. Luego los de la carretera, también se lo cargaron porque estorbaban precisamente para eso: para que la carretera pasara y algunos, a un lado otro que no estorbaban demasiado, cuando idearon lo del campamento y no sé qué otra cosa, también se los cargaron. Sólo los del arroyo con las rocas y las viejas madroñeras, quedaron con vida. Vete a saber por qué suerte o milagro.

- ¿Y lo que me decías de la senda?
- Te decía que por donde ahora vamos subiendo, desde las llanuras del Retozaero hasta las llanuras de la Huerta Vieja, de huerta a huerta, también teníamos una sendilla. La que en este momento pisamos, es de los paseantes que llenos de no sé qué interés, se meten por aquí a caminar. La de antes era de los serranos que llenos de necesidades y cargados de esfuerzos, trazaban sendas para subir a las cumbres o bajar a los valles.
- Y lo de aquella mañana ¿qué fue?
- Aquello fue otro cuadro más lleno de vida que tuvo como marco el rincón de este arroyo con los robles y la corriente. ¿Quieres conocerlo?
- Quiero conocerlo aunque sea pequeño ya que de lo contrario, siempre ignoraré quizá los pedazos más fundamentales de

estos rincones. Un trozo por aquí y otro trozo por allí me va dando una visión completa del lugar y las personas que lo llenaban. A ver si así un día llego a comprender algo.
- Siempre te faltará mucho pero como bien dices, estos pequeños trozos te pueden ayudar en ese empeño tuyo de reconstruir aquellas vidas por estas tierras.

LOS NIÑOS

AQUELLA MAÑANA - 86

- Pues por aquí aquella mañana subieron los niños. Dos más pequeños y otro algo mayor y venían jugando además de ir a las tierras de la huerta de arriba. Por la senda aquella mañana los niños subían jugando porque el rincón tan lleno de robles, charcos y tonos oscuros, era para ellos como un mágico lugar encantado. Unos días antes, también por la mañana, el mayor había tenido un desagradable encuentro con los que por aquellas fechas empezaban a cuidar más los bosques y los árboles que de las vidas de los serranos y los animales que los serranos cuidaban.

El joven muchacho se fue aquella mañana con su punta de cabras por el bosque. Tienes que saber que a las cabras, más que a las ovejas, aquellos antiguos defensores de estos bosques, las odiaban.
- Eso lo sé.
- ¿Es que conoces algún caso reciente?
- ¡Y tan reciente! No hace dos días, en el periódico de La Loma que se hace en Ubeda pero que recoge noticias de toda la comarca, contó las últimas aventuras de los rebaños de cabras por las sierras del Parque.

"Se llama Amador Gómez Valero y es un pastor de Campocebas, Castril, aunque su zona de pasto está en La Cabrilla, dentro del Parque Natural de Cazorla, Segura y Las Villas. Comentaba Amador que la vida para un pastor es difícil pero que se la hacen todavía más difícil. 'Ahora tengo unas 600 ovejas pero hace dos años tenía, además, 70 cabras. No

paraban de ponerme denuncias porque dicen que las cabras estropean los pastos y ellos no quieren cabras'.

Cada denuncia ascendía de 400.000 a 500.000 ptas. 'Que como usted puede suponer, no podemos pagar y de hecho no las hemos pagado ya que siempre nos hemos defendido. Entre unos y otros me convencieron de que si yo vendía las cabras ellos me arreglaban el cortijo donde paraba con las ovejas. Yo cumplir mi parte del trato, mal vendiendo las cabras a las que les perdí dinero pero ellos, en vez de arreglarme el cortijo lo tiraron del todo para que no pudiéramos quedarnos más allí'. Ahora Amador vive en un covacho contra unas piedras, junto al cortijo destruido. 'Cuando hicieron el parque nos dijeron a los ganaderos que nada iba a cambiar y que nosotros podíamos seguir viviendo pero la verdad es que ahora no hay quien viva aquí'. No le dejan desempeñar su trabajo, están pendientes de cualquier descuido para denunciarlo y hacer la vida más imposible todavía. Las cosas están llegando a un punto donde todo puede saltar por los aires, pues la opresión no trae consigo nada bueno. Amador Gómez, está dispuesto a meter, para mayo, 200 ó 300 cabras en el paraje de la Cabrilla y está dispuesto a esperar a que vengan a verlo".

Y esto es lo que contaba el periódico.
- Pues eso te sirve para comprender que las cabras siempre fueron odiadas por los otros de estas sierras y por los de antes más aún. Sigo yo con lo que iba para decirte que aquella mañana el joven muchacho se trajo su hato de punta de cabras por este barranco. Subieron los animales por las llanuras de la Huerta Vieja y arroyo arriba iban metiéndose en el monte. Se vino el joven por este lado de las tierras, por la derecha, y después de remontar la ladera por donde se descuelgan las cascadas de arroyo Frío, cuando llegó a una gran roca desde donde se veía todo el barranco con las cabras, se paró.

Le entró por detrás a la roca y subiéndose en ella se sentó asomado al barranco frente a su manada de cabras. Y estaba él allí tan agustico viendo como sus cabras subían por el monte comiendo de un lado y otro, cuando se le acercó el otro. Así

por la parte de delante saliendo del monte como si fuera un fantasma. Se quedó de piedra el joven muchacho y ni siquiera le dio tiempo a cambiar de postura.
- No te asuste pero me he presentado para decirte que tus cabras se han metido en los pinos.
Le dijo amenazante.
- Si precisamente me he venido a este lado para evitar que se metan en los pinos. Las estoy viendo a todas, porque desde aquí se les ve perfectamente y hasta ahora mismo, ninguna se ha metido por donde crecen los pinos.

- Por allí, por el arroyo, yo he visto a dos que se han metido en los pinos y se los están comiendo.
- Puede que se hayan acercado y si son dos que pasan junto a los pinos que crecen por el arroyo, eso no es una tragedia.
- Eso es lo que os pasa siempre a vosotros, que nunca es una tragedia que las cabras se coman los pinos. No se trata de dos o tres pinos, se trata que las cabras se los están comiendo y se trata de que entendáis que no es la cantidad sino la calidad. Aunque sea un pino solo, las cabras son culpables de la destrucción del bosque y no te pongas a discutir conmigo si son dos pinos o tres o si es un pino joven o viejo. Ahora mismo quiero que te vayas de esta roca y que te vayas hacia tu rebaño de cabras y las saques del monte.

- Pero señor ¿a dónde me las voy a llevar?
- Eso ya no es problema mío. A ti y a otros se os ha dicho muchas veces que las cabras ya no pueden andar por el monte. Así que ahora mismo coges y te llevas las cabras a tu cortijo y las encierras en el corral.
- Pero los animales tendrán que comer algo. ¿No? ¿O quiere usted que se me mueran de hambre?
- Eso es lo que tenía que suceder y, además, te digo una cosa: si no me hubieras discutido que las cabras se están comiendo los pinos, habríamos llegado a un arreglo pero como has puesto en duda mis palabras, ya ni somos amigos ni hay arreglo. Llévate tus cabras ahora mismo si no quieres que las cosas acaben peor.

El joven muchacho, aquella mañana se bajó de su roca, buscó el rebaño de cabras, lo sacó del monte y se lo trajo al corral. Allí sobre la cumbre se quedó el otro y al parecer hasta satisfecho viendo como los serranos ya sí le tenían miedo. El muchacho joven, tres días más tarde subía por esta senda en compañía de otros dos niños más y venían ellos jugando sus juegos camino de las tierras de la huerta de arriba. Por aquí mismo se metieron ellos entusiasmados con la corriente de este arroyo, con los chorros profundos y limpios que entre las rocas se remansaban, la sombra húmeda y casi misteriosa que estos robles proyectaban sobre la senda y el dulce cascabeleo de la corriente saltando.

El joven muchacho traía a cuestas a su amigo más pequeño y estaban ellos subiéndose y bajándose en las rocas frente a los charcos cuando sintieron murmullo de personas que bajaban por la senda. Se quedaron un poco parados y enseguida vieron al grupo. Cinco o seis hombres con él a la cabeza que vinieron a parase junto a las piedras en que los niños jugaban.
- Ya estáis de sobra por aquí.
Dijo seriamente.
- Vamos por nuestro camino, sin molestar a nadie, a la huerta de arriba. ¿Por qué nos tenemos que ir?
- Os tenéis que ir por dos razones: por las tierras esas de la huerta de arriba ahora mismo van a empezar a limpiar el monte y por aquí, dentro de un momento vamos nosotros a comenzar la fumigación.

- ¿Y qué es lo de limpiar el monte y lo de la fumigación?
Seguía preguntando el joven muchacho.
- Para que vosotros os enteréis bien, lo de limpiar el monte es lo siguiente: vamos a rozar, cortar y quemar toda la vegetación baja; matorral y arbustos y lo de fumigar es para que la hierba ano crezca.
Dijo al muchacho joven. A lo que el muchacho preguntó:
- ¿Y para qué una cosa y otra?
- Para que cuando llegue el verano, si se declara un incendio en estos montes, las llamas se propaguen menos porque no

hay broza. Si rozamos el monte bajo, romeros, madroños, lentiscos, zarzas, carrascas, en caso de un incendio las llamas no podrán propagarse y si fumigamos la hierba, esta no crecerá y así tampoco habrá pasto en verano. El pasto es uno de los combustibles mejores para que las llamas se extiendan en caso de incendio. ¿Lo entendéis?

- Pues la verdad, señor, yo no lo entiendo.
- ¿Qué es lo que no entiendes?
- Que me insulte una vez y otra y me obligue a que encierre mis cabras en el corral para que se mueran de hambre porque no quiere que se coman el monte ni la hierba y luego vengan y lo rocen y lo quemen porque hay mucho monte y eso es malo para los incendios. La hierba que va a fumigar para que no crezca es el alimento natural que mis cabras necesitan para que no se me muera de hambre y usted sabe que los líquidos que va a echar en la hierba, son venenosos. ¿No es mejor para el monte, para ustedes y para nosotros, dejar que las cabras pasten por la sierra y de una forma natural conseguir que el monte esté limpio?
- Esa es siempre la teoría vuestra. Que las ovejas y las cabras sirven para, de una forma natural, mantener el equilibrio en el monte. Pero yo ni me lo creo y hasta me río de esa teoría. Lo mejor es que vosotros os quitéis de en medio y que nosotros lo tengamos todo controlado. Limpiaremos el monte, fumigaremos donde queramos y cuando queramos sin la incomodidad y el peligro de que vuestro ganado se mete por aquí o por allí.
- Pues yo no lo entiendo.
Dijo el muchacho joven.
- No se trata de que lo entiendas.
Contestó.

Y aquí se acabaron todas las explicaciones. Los niños tuvieron que abandonar esta senda, el rincón y sus hermosos charcos de agua y desde la ladera aquella de enfrente, por el puntal de los olivos, al rato vieron las cuadrillas de hombre saliendo de este barranco. Ya estaba rozando el monte y prendiendo fuego en grandes lumbres para que si en verano se

declaraba algún incendio, las llamas no tuvieran maraña que quemar. ¿Qué te parece?
- Pues que me guardo la opinión.

LA HUERTA VIEJA - 87

La senda se retuerce por los recovecos del arroyo. Roza las aguas. Se abraza a los troncos de las madroñeras. Rodea los robles una y otra vez y sube a lo largo del precioso cauce. Te asombró esta mañana y según vais avanzando, te asombra en cada momento. Y el asombro brota tanto de la senda como de los rincones que recorre y del agua limpia que por el arroyo baja. Te asombra de tal manera que tu esfuerzo es continuo intentando imaginar lo que el cauce sería en aquellos años de tantas lluvias. Te lo ha descrito ya más de diez veces Juan Paco pero en tu interior te dices que habría que verlo. Sería fabuloso como también lo es la llanura donde montaron el campamento.
- Pues no me lo acabo de creer.
Le dices.
- ¿Qué es lo que no te crees?
- Que el nombre del rincón se el de "Huerta Vieja".
- Yo no sé decirte de dónde surgió tal nombre pero se lo pusieron ellos en aquellos tiempos y ya sabes que aquellas personas eran listas.
- De todos modos, respetando lo que ellos decidieron, los que ahora han instalado por aquí el campamento, creo que, no a este lugar si no al campamento en sí, le deberían de llamar de Bujaraiza. Campamento de Bujaraiza en lugar de La Huerta Vieja. Igual que por ejemplo llaman Campamento de Los Negros en el río Madera.

- Explícame por qué debería ser así.
- Se comprende que por esta zona lo realmente importante es eso: Bujaraiza que fue primero nombre, después castillo, luego pueblo o a lo mejor al revés pero que da igual. Lo de verdad bonito es que ese nombre, en esta zona, tiene solera e identidad. Asunto por el cual yo creo debería ser respetado,

perpetuado y considerado y más aquí, a dos pasos de donde estuvo la aldea.
- Pero ten en cuanta que eso sería falsear un poco la realidad de las cosas y la historia.
- Aunque un poco fuera así, no llegaría ni mucho menos a lo que ha llegado en otros lugares no muy lejos de aquí.

- Pues a lo mejor tienes razón pero cuando a las personas lo que en su corazón le empuja es el deseo de obtener y ganar dinero ¿a ver quién es el guapo que les pide respeto por este árbol o por aquel río? Van a lo que les convienen y ya se sabe: donde no hay sensibilidad y amor por la sierra, no pidas peras al olmo.
- En fin... Ya hemos remontado la carretera asfaltada y nos encontramos frente a la hermosa llanura de La Huerta Vieja. ¿Para dónde nos movemos ahora?
- Vamos a meternos justo en el centro de lo que aquí han instalado para el campamento.
- Pues no metemos aquí y ya veo lo primero que te encuentras: unas tablas clavadas y en ellas puedo leer con claridad: "Campamento Juvenil La Huerta Vieja". A continuación, aquí mismo, los coches de los paseantes, magníficos todo terreno, aparcados en lo que es zona de campamento.
- Claro, ahora mismo no hay por aquí ningún grupo de jóvenes porque es otoño. Ya vendrá el verano y verás.
- Y ahí, a la derecha que es donde se encuentran las hornillas para que los jóvenes del campamento preparen su comida, ya ves a los paseantes amontonados alrededor del fuego que han encendido. ¿Qué hacen?
- Eso lo sabes muy bien, según me has dicho tantas veces.
- Asan chuletas. ¡Faltaba más! Un visitante parado en algún rincón de estas sierras, que no tengan su coche cerca y que no esté asando chuleas y chorizos, no es visitante.
- Y ya ves también como esa niña suya, de los paseantes, corre detrás del perro enano que al vernos se ha venido siguiéndonos.

Aquí a la izquierda, ya estás viendo también, el recinto que acondicionaron con tablas. Además de paredes y techo también pusieron mesas y asientos para que los acampados tengan un comedor original. “Cenador”, lo llaman algunos y ellos se entienden. Junto a ese recinto de las mesas, igual de madera, con una estancia pequeña. Son los servicios que tienen cuatro puertas y son bonitos a pesar del orgullo que no lo es tanto. Yo los hubiera hecho diferentes y me sentiría mejor. Junto a las instalaciones ya ves una pequeña llanura que se pega al arroyo con sus robles. Los viejos robles, reliquias de aquellas malezas que a pesar de todo, ya has comprobado como son mayoría desde lo hondo del valle sumergido ahora mismo bajo las aguas, hasta la misma llanura de la Cabañuela.

Ya estás viendo como los de la administración cercaron las tierras que ellos quieren que sea el campamento, muy al estilo de los corrales del oeste: una cerca cuyas paredes se forman con troncos de pinos para que dentro se mantenga encerrados los acampados o al menos sepan cuales son las tierras que pertenecen a la zona del campamento. A partir de la llanura donde debe estar el campamento, el arroyo sigue y ya ves como baja de agua y como por allí las rocas también se amontonan formando preciosos charcos. Comprueba una vez más lo que fue y lo que es este arroyo de la Cabañuela: la arteria principal que más que agua lo que traía era pura vida a todo el rincón.

Por él y sus otros manantiales cercanos, surgió y se asentó aquí la vida humana, con tanta fuerza, belleza y amor. De aquí para arriba, de la llanura y fuera del cercado de troncos, el arroyo ya lo conoces y sabes de su belleza, silencios, robles, madroños y chorrillos. Ya estás viendo como por este lado le hicieron un ajorro para sacar la madera que usaron en la construcción del campamento. Ya salidos del cercado, el cauce se divide en dos, por donde los profundos y limpios charcos vienen escalonados de cascada en cascada. Ya estás viendo, no dejas de ver, las viejas madroñeras clavadas cerca de los troncos de los robles, las llanuras que en cuanto llega el

invierno se puebla de helechos y las cascadas en el centro que se derraman juguetonas en los profundos remansos.

Si te fijas bien verás como por entre este bosque de espesa y misteriosa vegetación, sobre salen las higueras. Por poco que imagines puedes adivinar que por aquí estaba el final de la gran huerta. Siguiendo barranco arriba, te encontrarías otra vez las canales que esta mañana descubriste. Sabes ya que al lugar se la llama el Barranco de las Canales y sabes también que por ahí para arriba es por donde trazan sus rutas los que acampan en este lugar, guiados por sus monitores y movidos por la aventura de descubrir la fuente del arroyo grande. Y tú sabes el gran desastre que por esas malezas han hecho los que aquí acampan que por supuesto, nunca llegan hasta el final. Se destrozan y se cansan mucho antes y es porque ni conocen por donde sube la senda ni tampoco saben que arriba se encuentra la Cabañuela. Fíjate un poco y verás como a la izquierda todavía se distingue donde estuvo la huerta. No fue una sola, sino muchas que como hermanos se repartían.

No arrancaron ellos los robles a pesar de su presencia en el lugar durante tantos años y aquí los tienes aún sabe Dios por que misterio. ¿Preguntas que si fue bueno este rodal de tierra? Pues te digo que fue el rodal de tierra más fértil que por aquí se conocía, arropado y enriquecido por la sombra y el fresco del gran barranco y las deliciosas aguas del arroyo. No había huerta más bella y rica en toda la sierra que este trozo de tierra. Y ya estás viendo: ahí mismo, donde mejor era la tierra, ellos construyeron la otra fuente. Otra fuente más de piedra con caño de hierro extraña a estas sierras para que los del campamento bebieran y fregaran los cacharros. Pero de la fuente y lo que aún nos queda por pisar, ver y tocar, te seguiré contando luego. En estos momentos te voy a hablar de la encantá.

LA ENCANTÁ - 88

- ¿Tú sabes lo que era la encantá?
Te pregunta.
- De la encantá por este barranco yo he oído algo pero como pasa con tantas cosas por estas sierras, en mi mente tengo bastante confusión sobre el tema. Tú sí conoces bien el caso ¿verdad?
- Lo conozco tan bien que hasta en mis propias carnes lo viví en forma del miedo más grande que en mi vida he sentido. ¿Quiere oírlo?
- Quiero oírlo pero lo del joven y sus manzanas ¿qué pasa?
- Aunque demos un rodeo para venir luego a encontrarnos con el joven, ahora vamos a seguir con lo de la encantá por dos razones: es necesario que conozcas este asunto a fin de que te quede completa tu ruta por la zona y es necesario también, para entender lo del joven.

Así que vamos.
- Pues vamos. ¿Qué fue lo de la encantá?
- Yo oí decir a los mayores que por este barranco, de vez en cuando se aparecía a la gente una encantá. Al parecer vivía en la espesura de las malezas de las Canales, en un sitio que se llaman Las Mereras. Decían los mayores que una tarde pasaba por aquí un muchacho que iba camino de su cortijo no sé si en la Cabañuela o abajo en Bujaraiza y al meterse por el monte, justo en este sitio de Las Mereras, de pronto, sobre una gran piedra, vio a un perro muy grande. Se quedó parado el muchacho frente al animal que le miraba y por un momento no sabía qué hacer.

Nunca él había visto por allí aquel perro y, además, tampoco lo había visto en ningún cortijo ni en ningún hato de ganado. Era un perro desconocido por completo para él y ni siquiera se parecía a los de los pastores o guardianes de aquellos cortijos. “¡Que animal tan raro y grande veo de pronto aquí y sentado sobre la piedra!”. Murmuró el muchacho bastante asustado y fue agacharse para buscar un palo por si acaso, cuando en ese momento oye una voz que le dice: “Muchacho, muchacho”. Al oír la extraña voz y más extraña aún porque sabía que por allí no había nadie, dejó de buscar el palo y rápido miró hacia

donde salía la voz, que era de allí mismo, de la piedra donde el perro estaba sentando.

Pero cual no fue su sorpresa al comprobar que sobre la piedra no sólo no había ninguna persona sino que hasta el gran perro había desaparecido. Y me dijeron a mí los mayores que en aquel mismo momento el muchacho se echó a temblar muerto de miedo y la emprendió corriendo ladera arriba en busca de las casas de la Cabañuela. Dicen que cuando llegó no podía ni hablar; que no habló en toda la noche y que se metió en la cama con un susto tan grande que hasta las carnes le temblaban. Dicen que en la cama estuvo metido un montón de tiempo con las calenturas y temblores que todo el mundo creía que de aquella ya no salía.

Esta fue la primera vez que a mí me hablaron de la encantá. La segunda vez, creo que mucho tiempo después, también por el barranco este y por el lugar llamado Las Mereras, pasaba un recovero. Iba el hombre pin, pan, con su borriquillo subiendo cargado con mercancía de ropa y otros cachivaches en busca de las Casas de la Cabañuela, donde cambiaba los huevos de las gallinas por tela, vino y algún cacharro para la casa. Iba el hombre tan entusiasmado y distraído con su tarea subiendo por la senda cuando al mirar hacia el barranco, no sobre la piedra sino sobre un hermoso helecho verde, vio a una preciosa mujer sentada. Tan desconcertado le dejó aquella visión que por un momento pensó si era real o estaba soñando.

"¿Qué hace aquí tan sola una mujer tan guapa, tan lejos de una y otra aldea y justo en este barranco, donde la espesura del bosque es tan grande que casi no se puede andar?". Se preguntaba en su interior mientras de nuevo, al abrir los ojos, la seguía viendo sentada entre los helechos con la cabellera rubia cayéndole sobre los hombros, toda ella tan bonita que parecía una virgen. Con las miradas puestas en la hermosa señora siguió subiendo por la senda y cuando ya estuvo bastante cerca de ella le preguntó:
- ¿Qué hace usted aquí buena mujer?

- Es que estoy esperando a mi marido que ha entrado al monte a coger madroños.
Le contestó ella y en ese momento volvió su cabeza hacia el monte y llamó a su marido:
- ¡Florián, Florián!
El recovero, confiado en lo que le acababa de decir la mujer y movido por la curiosidad, miró hacia la oscuridad del barranco que era por donde la espesura del monte alcanzaba su máxima densidad para ver si era verdad que por allí se encontraba el marido de aquella señora. Pero el hombre por allí no vio a nadie y como ya estaba un poco extrañado volvió a mirar de nuevo para donde había visto a la mujer. Y cual no sería su sorpresa cuando comprobó que sobre los verdes helechos ya no se veía a nadie. “Si no puede ser; si estaba aquí ahora mismo”. Rumoreaba en su corazón ya con todo el cuerpo temblando de miedo.

La llamó por dos veces para convencerse de si seguía por allí y como ni vio ni oyó a nadie, continuó con su burro subiendo pero ahora ya todo muerto de miedo. Cuando llegó a la aldea contó lo ocurrido y todo el mundo comenzó a decir que aquello había sido la encantá.
- ¿Y qué es la encantá?
Preguntó el pobre hombre.
- Es una señora muy guapa que al parecer vive en el barranco de las Canales, nadie sabe por qué causa ni desde cuando y que se le aparece a al gente de vez en cuando.
- ¿Entonces, lo que esta mañana se me ha aparecido a mí es una visión de la encantá?
Seguía preguntando cada vez más lleno de temor.
- Seguro que sí.
Le dijeron los habitantes de la aldea.

Y me contaron a mí que aquel hombre dejó allí su burro con el cargamento que llevaba y a todo correr, se bajó de aquella aldea volviéndose por el lado del Aguadero, justo por un lugar que le llaman “Las Canaillas” que fue por donde luego, después le construyeron a Franco el puesto para que matara el ciervo que le había criado. Dicen que aquel hombre ya no

volvió a subir más a la Cabañuela y mucho menos volvió a pasar por el barranco de las malezas que es por donde estaban Las Mereras.

- Pero cuando vivías por aquí ¿recuerdas que alguna vez se le apareciera la encantá a alguien? Porque según entiendo las dos historias que me has contado ocurrieron en tiempos lejanos.
- Eso es verdad. Ocurrieron en tiempos lejanos pero según me contaron a mí mis mayores, fueron ciertas. Aunque yo no me las creí del todo hasta que una día, siendo todavía zagalillo, me pasó a mí.
- ¿Y qué fue lo que te ocurrió?
- Lo mío es tan cierto como que ahora estoy vivo. Y todavía cuando lo recuerdo me tiemblan las carnes. ¿Quieres que te lo cuente?
- Claro que quiero.

- Pues fue de la siguiente manera: llevaba yo unos días por la ladera esta entre la aldea de la Cabañuela y Las Lagunillas cuidando una punta de vacas que entonces tenía mi familia. Porque tienes que saber que uno de los animales domestico que en aquellos tiempos abundaban por aquí eran las vacas. Mi familia tuvo vacas toda la vida y en mi etapa de zagal, fundamentalmente a cuidar las vacas era a lo que me dedicaba. Así que en aquella ocasión, como estaba ya bien entrada la primavera y hacía un buen tiempo, me quedaba en el campo durmiendo por las noches junto al ganado allí donde me cogía la noche. Y justo aquel día nos cogió la noche en el lugar que te he dicho y allí, entre el monte y pegado a una roca, hice mi cama y en cuanto oscureció me puse a dormir. Todo fue bien y sin problemas hasta que a media noche ocurrió el fenómeno. Lucía la luna toda redonda y hermosa llenando de luz color plata todas las laderas y barrancos. Estaba silencioso el campo y tan en calma se mostraba que hasta el más leve ruido de la naturaleza se oía con absoluta claridad. Las vacas dormían tranquilas en la ladera del barranco y un servidor, como pasa siempre cuando uno es joven, también dormía tranquilamente.

Nada me inquietaba ni me preocupaba porque yo estaba bien acostumbrado a dormir en pleno campo y solitario. Pero aquella noche, yo no sé cómo ni por qué, cuando más profundamente dormía, porque era ya la media noche, de pronto me desperté. Di un bote en la cama de tierra que allí tenía y me quedé mirando de frente a la luna como si buscara una explicación al miedo que sentía. No sabía qué pasaba pero todo mi cuerpo lo sentía como si se alzara de la tierra hacia el espacio y un extraño fantasma me quisiera lleva a no sé dónde. Me moría de miedo y quería gritar pero era tal el pánico que tenía que parecía como si el corazón se me saliera del pecho y las carnes se me rajaran.

"¿Qué es lo que me pasa o qué es lo que pasa?" Me preguntaba todo aturdido y por completo confuso. Miré desorientado a un lado y otro y en ese momento me acordé de la encantá. ¡Madre mía, como me moría yo de miedo! Dejé allí mi cama y sin ni siquiera buscar senda, enfilé aquella ladera arriba con la mente puesta en un aprisco de ganado que algo más arriba estaba lleno de bestias que la Renfe tenía para acarrear la madera. Temblando como iba yo, al acercarme procuraba que nadie me viera no fuera a regañarme y me echaran de aquel lugar. Con todo sigilo me metí por entre las alpacas de paja que tenían para el pienso de los mulos y en lo más hondo me enterré en paja para que nadie me viera ni me cogiera.

- ¿Quién anda ahí?
Dijo uno de los hombres aquellos que me oyó.
- Es un zagal que ha venido a calentarse entre la paja. Déjalo que duerma tranquilo.
Contestó otro de aquellos hombres que eran empleados de Renfe. Y en esta ocasión, ya te lo he dicho, tenían su campamento por esas cumbres donde cortaban la madera y luego la ajorraban hasta el cauce del arroyo y de ahí al Guadalquivir.

Así que allí me escondí entre aquella paja y acurrucado y calentito pasé el resto de la noche. Cuando amaneció me bajé de aquel lugar y a nadie conté lo que me había ocurrido pero desde aquel día yo sé que aquel miedo tan espeluznante que a mí me despertó en pleno sueño, tenía algo que ver con la encantá del barranco de Las Mereras. Asegurártelo ya no te lo puedo asegurar pero dime sino ¿qué fue aquello?
- A lo mejor fue un mal sueño.
- ¿Pero por qué fue precisamente ahí y sólo aquella vez?
- No te puedo responder porque ya vez que soy extranjero por todas estas sierras y rincones. La verdad sincera y buena de lo que por aquí siempre ocurrió, sólo vosotros la conocéis con todos sus matices.
- Yo lo que te digo es que aquella noche también andaba por allí la encantá. Porque vuelvo a repetirte, de siempre había oído a los mayores contar que eso de la encantá en este lugar es verdad. Que se aparece cuando quiere y como quiere sin que nadie nunca haya podido explicarlo.

- Mientras me contabas tu sueño, no sé por qué, se me venía a la mente el contenido del libro que hace uno días leí. Uno de sus párrafos dice que: "A la inmoral conducta de los empleados subalternos de la Marina y del Negociado, a los abusos de los mismo y a la perjudicial manera de administrar, incluso la justicia, debieron estos establecimientos su muerte decretada por las Cortes den 1842. Los pueblos respiraron con la destrucción del Ministerio y, creyendo que los árboles eran causa de sus desventuras, hicieron asombrosos destrozos en los bosques, talaron, quemaron y ello no fue sino la repetición de lo que en 1836 hicieron, lanzándose con avidez sobre los Archivos y dependencias del Ministerio y su Auditoría en Segura, capitaneados por un tal Peñuela, con lo que hicieron desaparecer curiosos e inestimables papeles, entre ellos, los que más les interesaban: varios millares de causas criminales instruidas por los Jueces de Marina.

Cabe preguntarse: si los abusos los cometieron los inmorales subalternos de la Marina, ¿por qué los habitantes de los pueblos se lanzaron a destruir los Archivos, sabiendo que

contenían miles de causas criminales? ¿Acaso les afectaba a ellos, o lo hacían por caridad hacia los subalternos de la Marina?”

- ¿Qué te parece?

- Estupenda la relación de este sueño con aquellas luchas.

- Pero ahora ¿terminamos nosotros ya con esta llanura de la Huerta Vieja?

- Terminamos. Ya te iba diciendo que ahí tenemos la fuente con sus dos caños. Ya ves que qué punto y cómo fue construida. Que por supuesto fueron los de ahora. Aquí mismo, donde el joven regaba su huerta y ahora queda el final de la llanura, donde los acampados instalan sus tiendas. Ella es la típica fuente que, en los últimos tiempos, han construido por tantos sitio de estas sierras. De piedra vista, con un pilar donde se derraman los caños de agua y que en aquellos tiempos sí se usaba para que las bestias bebieran. Hoy día casi no tiene otra utilidad que la estética.

Por aquí mismo, ya ves como la cerca de palos sigue rodeando la llanura para que los acampados no se metan en el monte. Por este lado del arroyo del Fraile pero por dentro de la cerca, tienes otra vez las hornillas. Ya ves como en ellas los paseantes han encendido una lumbre y rodean las llamas atraído y aguardando las chuletas que se asan. Siguiendo el borde de la cerca de palos, se llega a la pequeña cuenca del arroyo del Fraile y arroyo Frío. Sólo tienes que avanzar unos metros dejando a la derecha a los paseantes y enseguida te encuentras frente a la cascada.

REGRESANDO - 89

Desde ese punto exacto en que en arroyo de los Frailes cruza la carretera, reemprendéis vosotros el regreso. Carretera adelante hasta el rincón del Cerezuelo, cortijos de Padilla y aldea de Solana de Padilla, donde tenéis pensado dar por finalizado la nueva ruta que por este rincón habéis trazado. Y claro está, desde el rincón del arroyo de los Frailes, lo que seguís es la carretera del asfalto. Baja buscando el muro y viene ciñéndose al borde de las aguas. Desde la caída de los

Frailes a la Loma de Los Casares, quedando a la derecha la que fue casa forestal de Los Casares y a la izquierda, algo remontada sobre la ladera, la Piedra del Acebuche.

- ¿También en ese rincón vivía gente?
Le preguntas.
- Hay conocí yo a mucha gente que vivía en cuevas y que después se fueron a Espeluy. Pero para que te quede claro el rincón, la caseta del Acebuche, es ésta que se desmorona aquí, también a la derecha de la carretera, medio kilómetro pasado Los Casares.
Miras y sí que lo recuerdas. Desde aquella primera vez que pasaste por aquí, siempre te llamó la atención no sólo el primer edificio, Los Casares, sino el segundo, la Caseta del Acebuche.

Los Casares surgió para ser una de las muchas casas forestales que Icona repartió por toda la sierra. Una gran casa forestal que, con el tiempo, como muchas otras, quedó inservible porque aquella etapa pasó. Esta y otras muchas casas forestales fueron abandonadas a pesar de lo hermosas que eran y el dineral que en la construcción de cada una de ellas se gastaron. Las segunda casa, la del Acebuche, no fue forestal sino de peones camineros. También por aquella etapa y recién construidas las carreteras asfaltadas que ahora surcan este valle y que va para Hornos, construyeron muchas casetas de peones camineros.

Todo el mundo sabe bien qué era "peones camineros" y por qué ellos vivían precisamente junto a las carreteras. La misión de estas personas era exactamente eso: la de vigilar las carreteras y ponerse mano a la obra en cuanto la cuneta se llenaba de barro o sobre el asfalto había desperfecto de tierra o piedras. Peón es eso: jornalero no especializado y caminero que se dedicaba al arreglo de los caminos. Obrero destinado a la conservación y reparación de los caminos. Pues esta y otras muchas casetas de peones camineros, se quedaron también vacías y ahora se caen junto a las carreteras. Y se distingue esta vivienda de la otra, la de Los Casares, en que sobre las paredes de la segunda pusieron letreros con información de

kilómetros y lugares. Que para este fin también servirían las casetas de peones camineros. Sobre sus paredes, por lo general blancas y azules, siempre rotulaban los kilómetros a tal o cual lugar o pueblo.

- Y en nombre de Los Acebuches ¿de dónde le viene?
Le preguntas.
- Le viene de la piedra que existen más arriba, en mitad de la solana y a la piedra le viene precisamente de los árboles que ahí crecen.
- Porque claro, ahí crecen entonces acebuches y ese nombre se le da al olivo en su estado asilvestrado. Y ahora que sale el olivo, caigo en la cuenta que los estoy viendo junto a casi todos los cortijos y aldeas que me encuentro por estas sierras.
- Es natural; cada serrano tenía siempre junto a sí a un olivo, una noguera, un granado y una higuera. También parras y otros árboles pero si alguno faltaba, nunca fue de esos primeros que te he dicho. Por cierto, ya estoy esperando que me cuentes lo que antes me decías con relación al olivo. ¿No es ahora el momento?
- Sí que lo es pero como también yo espero que tú me cuentes a mí aquello de “Los Pinos Buenos”, podemos hacer una cosa: tú primero me habla de lo que ocurrió en ese vado y luego voy yo con la cosa de los olivos. ¿Te parece?
- Lo acepto. Así que atento. Comienzo con lo que a mí me toca.

LA CRECIDA
DEL RIO -90

Siempre fue un lugar muy importante el Vado de los Pinos Buenos. Todo el mundo lo conocía por estos rincones de la sierra. Y el Vado de los Pinos se encontraba ahí mismo, donde los caminos que bajaban rió adelante desde Cazorla a Hornos, cruzaban el cauce. Y lo cruzaban precisamente por el vado ya que en aquellos tiempos no existía, por estas tierras, ningún puente sobre el Guadalquivir para que los serranos lo cruzaran y pudieran ir de un lado a otro.

Aunque sobre el Guadalquivir sí había algunos puentes que se construyeron precisamente para sacar los troncos de pinos que en estos montes se cortaban pero aquellos puentes fueron escasos y casi nunca coincidía con los caminos que iba a los cortijos y a las aldeas y muchos de ellos fueron tan provisionales que duraron el tiempo justo que necesitaron para pasar los troncos de un lado a otro.

Así que en el Vado de los Pinos Buenos, aunque por ahí cruzaba uno de los caminos más importantes de aquellos tiempos en estas sierras, no había ningún puente. El camino atravesaba por el vado y había que meterse en el agua para cruzar al otro lado cuando el río no llevaba mucha crecida. Cuando bajaba con una crecida media, había que atravesarlo montado en bestias y cuando la crecida era total, nadie podía pasar al otro lado del río. Y el Vado de los Pinos Buenos, se encuentra precisamente ahí, en lo hondo del valle, por encima de los cortijos de Padilla y más abajo de la casa forestal de Los Casares. Y se llamaba aquello precisamente así por los pinos tan grandes que en el lugar crecían. Un pequeño bosque de pinos negros que se doblaban hacia el barranco llenando la ladera de sombra y frío. Precisamente por estos magníficos pinos era por lo que a aquel rincón le empezaron a llamar “Pinos Buenos” y lo del vado por el remanso que el río formaba a pasar por allí. Y aquello era como uno de los puntos claves en el centro del valle por el camino, el vado y los pinos y porque las tierras que a un lado y otro quedaban, eran las mejores tierras de toda la vega. Así que todo el mundo conocía este rincón porque casi todo el mundo por aquí, por el vado de los Pinos Buenos, había pasado alguna vez.

Y aquel invierno fue un invierno de mucha lluvia. Llovió durante casi todo el otoño sin parar un día detrás de otro mientras los montes permanecían cubiertos por las nieblas mañana tras mañana y los valles se llenaban también de nieblas densas. Y comenzó a chorrear el agua por las laderas y las cascadas empezaron a resonar a lo largo de las oscuras noches que no eran frías pero sí húmedas y repletas de agua.

Llovió durante todo el otoño en el mes de diciembre, en enero y cuando llego a mediado de febrero, todavía estaba lloviendo. Pero por aquellos días, los dos últimos antes de la gran crecida, aún llovió mucho más. Durante dos días y dos noche estuvo cayendo el agua sobre los montes y los barrancos y aquello no era lluvia sino puras cascadas que desde las lluvias se derramaban densas y limpias. Algo como pocas veces se había visto en estas sierras, según contaban los habitantes de los cortijos y de las aldeas.

Pero al tercer día dejó de llover y al amanecer por la mañana el cielo apareció limpio de nubes. Salió el sol y llenó de luz todos los campos y aunque los campos chorreaban agua por todos sitios, aquel día parecía nuevo, de primavera recién estrenada, donde sólo existía la luz, bosques verdes y el rumor íntimo de los arroyos y los manantiales. Por eso el joven se fue por el campo, en compañía de una amiga suya y allí, en la ladera, algo más arriba de Los Pinos Buenos, se sentaron los dos frente a la corriente del río. Y es que la corriente del río bajaba como nunca ellos la habían visto. Toda repleta, ancha como un mar, con el agua color chocolate y formando olas que se estrellaban por las orillas y luego se hundían en el centro.

- ¿Será este el último día?
Preguntó la muchacha al joven.
- Seguro que es este el último día que vemos el Vado Bueno. Tanta agua trae hoy el río que como ves el pantano ya sube por el valle. El agua ya está cubriendo las tierras y el camino que pasa por el Vado de los Pinos Buenos. Hoy va a ser el último día.
- Es que es una barbaridad como baja el río.
- El río baja que no cabe en el cauce y aunque realmente es bello, viéndolo desde aquí, sobre coge el alma. ¡Qué espectáculo más profundo y misterioso!

Y ciertamente fue verdad: fue tan grande la crecida del Guadalquivir aquel día, que antes de que se pusiera el sol las aguas ya habían cubierto las tierras del Vado de Los Pinos Buenos. A lo largo del día, poco a poco fueron desapareciendo

ante los ojos del joven y de la muchacha. Ya nunca más volvió nadie a ver ni el camino ni el vado y tan olvidado con el tiempo ha ido quedando, que ahora nadie sabe que ese lugar existió. Pero ahí sigue, oculto bajo las aguas del pantano y para mi y otros muchos, para siempre ese lugar será “El Vado de Los Pinos Buenos”.

EL ÚLTIMO DIA -91

Pues allí mismo, algo más arriba de donde el vado fue quedando perdido bajo las aguas, aquella tarde ocurrió la tragedia. ¿Te interesa oírla?

- Claro que me interesa. Sigue adelante porque para mí es, además de emocionante oírte, de necesidad casi vital por el interés que tengo de meterme dentro de estas sierras y de cada uno sus pobladores.

- Pues mira, lo que ocurrió allí aquella tarde, se dio como a un kilómetro o así del Vado de los Pinos Buenos. Resulta que como aquellas tierras eran valle y el valle estaba lleno, además de huertas y tinadas, de praderas verdes donde el ganado pastaba, en la pradera más próxima al río apacentaba el rebaño de ovejas. El pastor era un amigo mío y él me lo había dicho a mí muchas veces.

- Las mejores tierras que por todos estos contornos pueden existir, se dan ahí.

- ¿Por eso el ganado las toma tan bien?

- Los animales también tienen paladar y por eso lo saben igual que nosotros. La hierba que en esa pradera se dan es tan fina y exquisita que en cuanto las traigo por aquí, lo primero que hacen es salir corriendo en busca de la hierba de esa llanura. Y si no, fíjate.

Y me fijo. Aquel día daba gusto ver como el rebaño llenaba la llanura. Blancas todas ellas y apaciblemente tranquilas, se dedicaban a pastar por la pradera, como si aquella hierba fuera para ellas el bocado más gustoso. Después de aquel día, mil veces más vi yo pastando por allí aquel rebaño y mi amigo el pastor sentado en la ladera de enfrente contemplándolo y plenamente satisfecho. Para los pastores, una de las

satisfacciones más grandes de su vida, casi siempre es esta: sentarse frente a su rebaño cuando éste pasta en una hermosa pradera repleta de hierba fresca. Se dan cuenta ellos que los animales se están saciando a su gusto, que están comiendo bien y como ellas necesitan y esto se convierte en auténtica satisfacción y placer para los pastores.

Por eso aquella tarde, que ya se había corrido por todo el valle, el cierre de las compuertas del pantano, mi amigo trajo a su rebaño a la pradera que a ellas tanto le gustaban.
- Es como una despedida. Que los animales aprovechen esa hierba por última vez.
Me dijo a mí y como siempre las ovejas empezaron a tomar con gusto las tierras de aquella llanura, cuando de pronto empezó la gran crecida del río.
- Que si el pantano sube, las ovejas pueden quedarse para siempre bajo el agua.
Le decía yo a mi amigo.
- Las ovejas saben defenderse y como lo que sí se va a quedar para siempre bajo el agua son las praderas con su hierba, hoy que es el final, el último día, déjalas que aprovechen la comida.
Fue lo que me dijo mi amigo.

Así que confiado él en que los animales sabrían salvarse en caso de necesidad y confiado yo en que él sabía lo que se hacía, dejamos allí a las ovejas y nos dedicamos a gozar del espectáculo del río. Tan hermoso era aquello que pasó el tiempo y ni siquiera nos dimos cuenta. Tampoco nos dimos cuenta que el pantano empezó a crecer y en nada de rato el agua cubrió la llanura. Llegó hasta donde estaban las ovejas y por un lado y otro las rodeó en cuatro minutos.
- Que los animales se quedan sepultados bajo las aguas para siempre.
Le decía yo a mi amigo.
- Ha crecido en un instante y yo pensé que les daría tiempo a escapar pero de todos modos, estas ovejas mías saben salir de situaciones como estas.
Me seguía diciendo mi amigo.

Pero para su asombro y mi asombro vimos como aquello evolucionó con más rapidez y peligro de lo que al principio ninguno habíamos pensado. Por completo los animales se quedaron rodeados y como la pradera también era ya pantano, las primeras empezaron a lanzarse en busca de una salida. La corriente las arrastró y en lugar de salir a la orilla, asombrados íbamos viendo como el agua se las llevaba hacia el centro del pantano. Los animales balaban y era curioso al tiempo que trágico y bello, la estala de olas que dejaban detrás de sí mientras intentaban surcar las aguas en busca de la orilla. Al poco se hundía una, luego otra y otra y así, en nada de rato, fueron desapareciendo cada una de aquellas ovejas junto con la hierba de la pradera y las tierras llanas de la vega. Mi amigo lloraba de rabia viendo como nada podía hacer para salvarlas.

Y ya te lo he dicho: la crecida del río aquella tarde, que fue hermosa, grande y llena de fuerza, sepultó para siempre en el fondo del pantano, las tierras del valle, el Vado de los Pinos Buenos y las ovejas de mi amigo. Todo eso para siempre ha quedado ahí y si algún día vuelve a verse, seguro que ya no será igual.

EL OLIVO -92

Te recuerda que él ya ha cumplido con lo que le tocaba, que ahora eres el que tienes que tomar el relevo y aclararte con aquello que le habías preguntado.
- Y lo que yo te había preguntado era algo relacionado con los olivos. Me acuerdo muy bien.
- Pues deseando estoy ya de oírte porque aunque no lo creas, me interesa y mucho. Toda mi vida desarrollada en estas sierras y sin dejar de ver un sólo día, olivos junto a los cortijos, por el valle y en las laderas. En fin, que nadie me dijo nunca nada de lo que es este árbol tan compañero de mi vida. Pero eso creo que es interesante cuanto vas a contarme.
- Mi deseo es no ensancharme mucho. Pero como del tema, en una singular ocasión, se nos coló por los ojos, ahora mismo me desangra por el alma y de ahí que sólo tenga que poner las manos y coger un puñado.

Todo sucedió no hace mucho y también no muy lejos de aquí. Río Guadalquivir abajo y en ese rincón que todos conocen como el Charco del Aceite. Un lugar que acondicionaron no sé si los de ICONA o los de la Confederación para que se bañaran los paseantes bajo las rocas de los Poyos de Andaragasca y la Veleta de Arroyo María. A ese rincón, como bien sabes, cuando llega el verano, viene mucha gente unos a pasar el día con su familia y amigos, otros a comerse unas chuletas asadas, otros a beberse una cerveza y todos ellos principalmente a darse un buen baño en las frescas aguas del precioso charco.

Para que se conozca bien la verdad te diré que yo también, en varias ocasiones, estuve en el lugar a darme un baño con algún grupo de jóvenes. Pero aquella vez que ahora intento traer aquí, estuvo con mi amigo el científico. Bueno, era mi amigo principalmente porque era el amigo de los niños montañeros de la Puerta de Segura. Ocurrió aquello en los primeros años de la declaración del Parque Natural de estas sierras y por eso, en una tierrecillas allí junto al río, se podía acampar. Era aquello un rodal de tierra pequeña exactamente donde el arroyo de María se entrega al Guadalquivir y como su dueño, aunque no estaba declarado como zona de acampada, permitía que la gente pusiera allí sus tiendas para pasar unos días o una semana como máximo. Como eran tierras suyas pensó que no tendría ningún problema. Luego los tuvo pero eso vamos a dejarlo porque no es este nuestro asunto.

El caso es que aquel verano, en los primeros días de agosto, nosotros nos fuimos al rincón. Le pedimos permiso al dueño y junto al arroyo de María, entre las zarzas bajo los álamos, pegado a una gran roca y en la misma sombra del olivo, pusimos las tiendas. El grupo completo lo componía seis personas. Los tres primos de la niña rubia, la niña, el científico un servidor. Y para que la narración quede completa te diré que nuestro plan era, una vez acampados allí, quedarnos en el lugar una semana principalmente en compañía del científico que era el asunto que en aquella ocasión más valorábamos.

Voluntariamente él se quiso venir con nosotros porque a parte de un trabajo que realizaba por esa zona de la sierra, era feliz con la compañía de los niños y gozaba explicándoles las mil curiosidades que los niños a todas horas le preguntaban.

Nada más llegar al lugar, él se metió en hondura con el tema de los animales. Nos habló del ciervo volador, una gigante y preciosa cucaracha que puebla estas sierras, del pez celacantos, el fósil viviente, de la mariposa de la reina, la Graelsia isabelae, del águila culebrera, del alcaudón, del rabilargo y del pinzón real. También nos dio una bonita clase al aire libre y sobre la marcha, aquel día que recorrimos el río Borosa y de otras muchas cosas más que él amaba y dominaba a la perfección. Era toda una delicia oírlo y estar en su compañía y tanto fue así que ahora que ha pasado el tiempo, los niños y yo recordamos con especial cariño aquellas bonitas experiencias. Quizá las más ricas y emocionantes que nunca nadie haya vivido en contactos con estas sierras y por eso ahora las has traído a colación.

Y es que resulta que un día de aquellos, nada más levantarnos por la mañana, nos preparamos y nos pusimos en ruta precisamente hacia este rincón de la sierra. La noche anterior él nos había prometido hablarnos de la presencia de los olivos en los montes de estas sierras y esto fue porque la niña rubia, como siempre, le preguntó y le preguntó intrigada por los olivos que ella estaba viendo desde la misma puerta de la tienda que allí habíamos montado. Al final él consistió y lo primero que hizo fue proponernos una excursión y ya nada más comenzar, aquello fue de lo más emocionante.

Al amanecer de un bonito día de agosto comenzamos la ruta. Una ruta sencilla y tan conocida por todo el mundo que se podría decir que era la monotonía pura. Pero a nosotros nos ocurrió todo lo contrario: desde el primer momento aquello empezó a tener tanta emoción que la niña y sus amigos saltaban de gozo. Sólo oírlos era una satisfacción.

- Subiremos por la senda del arroyo, no dejaremos caer por la llanura que junto al río se extiende y un poco antes de empezar a subir, nos pararemos frente al bosque.
Decía el científico.
- ¿Qué tiene el bosque?
Preguntaba la niña.
- Visto desde allí, desde la llanura que se remansa en la orilla del río, es todo un asombro. Más que un bosque parece un puro sueño repleto de misterio donde las sombras se alargan y las laderas se estiran como si trazaran un camino que se alarga hacia el otro lado de la cumbre.
- pero ¿y cómo nos han dejado para nosotros solos un bosque como ese, con el río y la ladera?
- Lo que pasa es que al bosque hay que saberle entrar y luego también hay que saber pedirle para que él se nos abra como se nos va a abrir hoy a nosotros. Normalmente los que van por allí, ni se dan cuenta del misterio que late en este bosque ni palpan ni bucean en la belleza que allí existe.
- ¿Y dentro de ese bosque están los olivos?
- Allí mismo crecen los viejos olivos que vamos a ver hoy y de los cueles vais a aprender todo lo que vosotros queráis.
- Pues qué emoción siento ya.
Decía la niña seguida de los otros tres pequeños montañeros.

Cuando luego aquel día ya estuvimos en el lugar, el científico, que era el mejor conocedor del entorno, nos propuso un par de planes.
- Desde aquí, si queréis podemos subir y después de pasar por los olivos y preciosas casas del Cerezuelo, meternos por entre los olivos de la ladera y cruzarlos por ahí hacia el bosque. Una vez conseguido la mitad del objetivo, nos venimos y por la Piedra del Esparto y por donde caen los chorreones y luego todo el arroyo abajo, venir a salir justo a lo que lo serranos llaman “El Puente del Cerezuelo”. Esta es la primera posibilidad que en estos momentos tenemos. ¿La realizamos?
Nos preguntó el científico. A su plan la niña rubia pregunta con algo parecido:
- ¿Qué veremos y aprenderemos si nos ponemos en marcha por esta ruta?

- Primero vamos a ver, para mí, una de los rincones más bonitos de este lugar y como se encuentra repleto de pequeños y verdes olivos, de paso, sobre el terreno, aprenderemos las mil cosas bellas que hoy nos tocan conocer de este árbol. Esto será lo fundamental que al mismo tiempo, os lo aseguro, es emocionante e instructivo.
- Y la segunda posibilidad ¿cuál es?
- Es, desde aquí mismo, buscar la vieja senda que en otros tiempos bajaba arroyo adelante y metiéndose por entre los olivos, los pinos y los robles, dejarnos caer por este barranco y zambullirnos de lleno en la emoción de la belleza y los recuerdos.
- ¿Por qué dices eso?
- Digo esto porque si nos vamos arroyo abajo por la senda, primero nos tropezaremos con la fuente, el manantial de agua cristalina que un día fue la que a ellos daba la vida y ahora, cuando ellos ya no están aquí, el manantial todavía siguió brotando y es el asombro de este solitario rincón.

En este preciso momento los niños me miran a mí y enseguida comprendo lo que quieren.
- ¿Que qué hacemos?
- Eso es.
- Pues que podemos dejar que el científico nos guíe y nos lleve para dónde y por dónde él quiera. Pero también pienso que antes de seguir deberíamos orientarnos un poco. Por ejemplo: ¿cómo se llama el punto exacto donde ahora mismo estamos?
Tomó la palabra el científico y comenzó la explicación diciendo:
- Antes de arrancar ya pensaba yo desarrollar ese tema.

Ahora mismo nosotros estamos remontados sobre el cerrete del primer mirador que para los paseantes han construido subiendo por la carretera del muro hacia Coto Ríos.
- Tú ya sabes mi curiosidad.
Le dice de pronto la niña rubia.
- La sé. ¿Dime qué quieres saber?
- Para empezar, todos los nombres que sepas.

- Es lo que ya había pensado pero a su momento. Aunque pensándolo bien, puede que el momento ya haya llegado. ¿Por dónde empezamos?
- ¿Cómo se llama el cerro de este mirador donde ahora mismo estamos?
- Los serranos que vivieron en los cortijos que quedan por la ladera, a este cerro le llamaban "El Castellón" y también "Eralta". Todo seguido porque se refería a una era de trillar en un lagar alto: Era Alta. Por donde ahora mismo pasa la carretera, de siempre fue el Collado del Castellón.
- ¿Y de aquí para arriba, toda estas solana hasta la cumbre?
- Como veis, para arriba y para abajo, todo esta ladera y el barranco, está llena de preciosos olivos motivo por el cual hoy hemos venido hasta el rincón. Pero a los olivos volveremos luego. Ahora lo que nos interesa son los nombres para situarnos, y los nombres, del collado para arriba eran: El Cerro, la Solana de Padilla, por la parte alta de la carretera algo más atrás, Hoya Secreta, entre los cortijos del Cerezuelo y los de la Solana de Padilla y en lo alto del todo, ese penacho rocoso que se ve allí, se encuentra el Cerro de las Cocolas que tiene 903 m. Entre este primer cerro y el segundo, el de la Atalaya o de Las Lagunillas, se encuentra el Collado de Mojoque.

Si desde el collado nos venimos barranco abajo, atravesamos por allí el gran olivar del Cerezuelo y ya junto al arroyo llegamos a los cortijos del Cerezuelo. Los nuevos, que el verdadero cortijo lo construyeron pegado al arroyo de Padilla, cerca del Chorreón Chico. El Poyete Cenón, se llama eso. Por encima están los Charcos, el Charcón y más por encima se encuentra el Cubo. Si nos venimos a la izquierda de este gran barranco, tenemos las Malezas del Cerezuelo, que es la ladera aquella en donde crecen los olivos. En todo lo alto, yo lo estoy viendo allí, se alzan Las Morras, que como podéis ver son dos preciosos picos casi iguales que tienen 1321 m. cada uno. En la morra de arriba es donde se encuentra la Raja de la Cabrita, que es una enorme grieta en la roca y en lo hondo de ella crece, quizá el único tejo que vive por estas tierras bajas de la sierra.

Entre Las Morras y la gran cumbre se abre un collado que se llama Collado Serbal, por donde pasaba un camino que ahora han convertido en pista, y fue usada antes para que los camiones del Patrimonio Forestal subieran a esos barrancos con las personas que repoblaban los cerros de Pinos. Si desde Las Morras nos venimos para el barranco, al llegar al arroyo nos encontramos la carretera y el puente. El Puente del Cerezuelo llama por aquí a ese rincón que por supuesto fue construido cuando la carretera. Ahí mismo pero algo más arriba, estaba el viejo molino del Cerezuelo que era donde los serranos de aquellos tiempos, convertían sus aceitunas en aceite.

También de ahí mismo arrancaban las grandes acequias, regueras o canales que cogían el agua del arroyo y abriéndose en forma de abanico, por estas dos laderas según se baja hacia el pantano, conducían el transparente líquido tanto a los cortijos de Padilla como al cortijo de Las Corralizas. También el agua de esas dos grandes acequias servían para regar las tierras del olivar por el lado de la umbría y los otros hortales por la vera del arroyo.

El mayor del grupo, el primo de la niña rubia y su hermano, algo más expertos en sierra que el resto del grupo, interrumpe al científico y le preguntan por La Lanchilla.
- Me dijeron a mí un día que estaba por aquí.
- La Lanchilla, como su nombre indica, no son nada más que unas pequeñas rocas que bajan desde la carretera hacia el gran barranco de los cortijos de Padilla. Desde el puntalillo aquel, donde se ven los muros de Las Corralizas, río arriba, en aquellos tiempos hubo una gran finca de tierra toda de riego. La gran acequia que bajaba surcando la ladera de la umbría, se alargaba e iba a caer a unas llanuras que le decían “Los Pinos Buenos”. Unos pinacos grandes, donceles que crecían por allí.

- Y desde esos Pinos Buenos para abajo ¿qué nos encontramos?

Seguía preguntando el primo mayor de la niña rubia. El científico le responde diciendo que:
- Desde aquellas ricas tierras de buenos hortales y trigales, si nos venimos río abajo, en lo que ahora cubren las aguas nos encontramos con lo que en aquellos tiempos fue la gran dehesa de San Román. Una extensión de tierra muy grande que cogía todas estas llanuras. Así que des Los Pinos Buenos para abajo lo primero que nos encontramos era la Ermita de San Román y el cortijo de San Román. Al otro lado nos quedan los grandes montes de Montero, con Las Templaeras en primer lugar y lo que fue la caseta forestal de San Román.

Si seguimos para abajo, según nos vamos acercando al muro del pantano pero también bajo las aguas, nos queda el cortijo del Horcajo y Venta del Horcajo junto a lo que fue el viejo camino de Hornos a Bujaraiza. ¿Qué os parece?
- Que hemos dado una gran vuelta para venir a parar otra vez al que sería Castellón de Padilla.
Responde la niña rubia.
- Así ha sido y ello nos deja casi en la puerta de los cortijos de Padilla que como veis, los tenemos aquí mismo.
- Un momento que caigo yo en la cuenta ahora de otra cosa.
Dice de pronto el hermano de la niña.
- ¿De qué te acuerdas?
- Me dijeron a mí en una ocasión que por estos cortijos de Padilla se dan mucho los espárragos ¿es cierto?

Antes de responder el científico se vuelve hacia el barranco y señalando con la mano, dice que sí.
- Toda esta solana, desde tiempos muy lejanos, fue despoblada de su monte original. Lentiscos, robles y encinas para ser sembrada de olivos que fueron rodeando a los dos cortijos de Padilla. Cuando expropiaron las tierras para lo del pantano, derribaron también a los cortijos dejando a los olivos plantados. Pero sembrando entre ellos álamos y grandes hileras de pinos carrascos. Ahí los podéis ver perfectamente. Pero como la tierra siempre tiene mucha fuerza de regeneración, en cuanto se fueron de aquí las personas que cuidaban de ellas, toda la ladera se llenó otra vez de

esparragueras. Y lo que a ti te han dicho es verdad: se dan muchos y muy bien por ahí los espárragos y, además, con una peculiaridad que no existe en casi ningún sitio: estos espárragos son los primeros en nacer. Si el año es lluvioso, aunque haga frío, al final de febrero ya han brotado y si el año es menos lluvioso y el clima mas templado, en el mes de enero ya se puede coger espárragos en estas laderas. ¿Qué os parece?
- Que es curioso ¿No?
Responde la niña rubia.

- La explicación es la siguiente: como estas tierras son solana, el sol, desde que se alza allá por las cumbres del Alto del Montero hasta que se pone por las cumbres del pico Almagreros, calienta con sus rayos las tierras de esta ladera. Como si en este rincón concreto existiera un único clima mucho más templado que en aquella ladera de enfrente. Por eso lo primero en brotar en toda esta sierra, son los espárragos de la solana de los Cortijos de Padilla.
- Pues el año próximo tendremos que comprobarlo nosotros. En cuanto llegue el mes de febrero vamos a venir a buscar espárrago a este lugar.
Aclara la niña rubia.

Dijo el científico a sus amigos los niños.
- Pero tú no puedes concluir porque aún te queda lo más interesante. Nos has traído a este rincón porque decías nos ibas a contar cosas de los olivos.
Aclara ahora el primo mayor.
- Eso no se me ha olvidado a mí.
Dice la niña.
- Tampoco a mí se me ha olvidado. Quería hablaros de los olivos y hace un rato nos quedamos un poco tocando ya algunas ramas de ese olivo. ¿Quién lo recuerda?
Enseguida la niña rubia alza la mano y dice:
- Lo recuerdo yo.
- ¿Dónde nos quedamos?

- Pues mira, andabas diciendo que lo más importante de todo este rincón eran precisamente los cortijos de Padilla y decías que con el mismo nombre de Padilla, también existió una pequeña aldea que se llamaba y se llama “Solana de Padilla” pero que hoy también está rota. Decías que luego más tarde nos íbamos a ir por ahí y que íbamos a ver como los olivos aún siguen creciendo en la solana. Y nos dijiste que lo que nos importaba ahora era el barranco donde estuvieron los cortijos, las preciosas llanuras que junto a ellos existió, la historia que por ahí se fue derramando desde tiempos lejanos y la presencia del olivo maravilloso. ¿Te acuerdas?
- Perfectamente me acuerdo.
- ¿Qué era eso del olivo maravilloso?
- A ello quería llevaros para desde ahí entrar ya de lleno en lo que nos ha traído a este lugar.
- Pues adelante.

- Resulta, como ya os decía, que este rincón estuvo tan lleno de vida, que la gente, además de ovejas, vacas y mulos, tenían sus tierras con olivos para las aceitunas de donde sacaban el aceite suficiente para sus necesidades. Ya os decía que todavía se ven por la ladera, entre los pinos y hasta por las mismas aguas del arroyo. Pues aquí mismo, en la misma puerta del cortijo y casi metido en la corriente del agua, crecía el mejor de todos aquellos olivos. El más bonito de cuantos se vieron por estos contornos.

Inundado casi por completo por las aguas del arroyo del Cerezuelo estaba siempre ese olivo y tan grande y bonito era que parecía como si toda la vida del rincón girase en torno al olivo. Sobre la ladera se alzaba otro cortijo y tanto su construcción como sus ventanas y puertas, se orientaban mirando precisamente al gran olivo. Un poco más arriba se encontraba otra construcción y esta era la del gran pastor del lugar. “El pastor de los pastores”, le decían los vecinos tanto por la extraordinaria bondad de aquel hombre como la cantidad de ovejas que él guardaba, la familia tan buena que le rodeaba, compuesta por su mujer, dos hijos que por lo visto eran dos

primores, el hijo mayor y la abuela, como por lo bien que aquel hombre conocía todos los caminos y laderas del lugar.

Por allí mismo, por debajo de las ramas del olivo maravilloso, pasaba la senda más emocionante de todos los caminos. Dicen que cuando alguien aparecía por primera vez por este rincón, lo primero que el pastor le enseñaba era la senda. Lo llevaba primero hasta las aguas del arroyo y como de allí mismo arrancaba el canal que iba o más bien pasaba por el tronco y bajo las ramas del olivo, por el borde del canal iba la senda. Pues siguiendo esta senda, una vez y otra, el pastor llevaba a las personas que por aquí venían para que vieran y gozaran tan singular maravilla. Aquel hombre siempre creyó en la bondad de la gente que por allí iban y por eso le gustaba tratarlos con cariño y respeto. En el fondo, hasta se sentía orgulloso tanto del rincón como del olivo. Muy convencido estaba él que una maravilla como aquella no existía en ninguna otra parte del mundo.

Así que un día de aquellos, cuando más estaba lleno de satisfacción por el olivo del arroyo, la corriente del agua, la senda, los cortijos por la ladera y en el fondo del valle, las manadas por allí pastando y los rebaños trajinando de un lado para otro, al salir el sol subió por la senda. Remontó la cuestecilla y sobre la hierba del pedestal que él más quería, se sentó mirando al valle. A sus pies quedaba el arroyo con su cascada blanca saltando alegre hacia el barranco, cruzando por allí mismo y en el lugar más bonito, el olivo. Era época de buen tiempo y también ya en que las aceitunas estaban maduras. Y como el gran olivo tenía clavadas sus raíces en tan buena tierra y siempre estaba regado por tan limpia agua, este año también se había cargado de aceitunas. Una cosecha abundante de aceitunas gordas que colgaban de las ramas haciendo que éstas se doblaran hacia el arroyo por lo mucho que pesaban.

Y mientras el hombre llenaba su alma de aquel amanecer tan esplendoroso, para su interior se dijo que ya estaba llegando el momento de coger las aceitunas del olivo. “Las de este año son

las mejores aceitunas que nunca se dieron por estos lugares. Así que cualquier día de estos me vendré por aquí con mi familia y nos pondremos a cogerlas. No olvido que tengo que repartirlas entre todos mis amigos. A los del cortijo de Padilla de Arriba, les llevaré como siempre, unos kilos. A los del cortijo de Padilla de Abajo, también. A los del cortijo de Las Corralizas, igual que siempre y a los de cortijo de San Román y del Cerezuelo, tampoco los puedo dejar fuera, porque también son mis amigos. Todo el mundo, como todos los años, tendrá aceitunas del olivo maravilloso para que así nadie se enfade". Se decía el hombre, echando sus cuentas y haciendo sus planes.

Y es que estos planes estaban dentro de la historia que cada año, desde tiempos lejanos, se repetía en este lugar. Como el olivo maravilloso era tan grande y daba tan buenas aceitunas, nunca las dedicaban para molerlas y sacar aceite de ellas, sino para aliñarlas y comérsela arregladas. Todo el mundo decía que aquellas aceitunas para lo mejor que servían eran para esto: para partirla o rajarlas y después de aliñadas con tomillo y ramas del laurel que crecía en la misma puerta de los cortijos de la Solana de Padilla, echarlas en orzas de barro y comérsela luego a lo largo del año. Todo el mundo decía esto y por eso cada temporada, en cuanto las aceitunas empezaban a ponerse pintas, la historia se repetía. Una escena más de las muchas bonitas que los serranos siempre vivieron en estos montes.

Pero nadie en el rincón sabía ni esperaba que las cosas este año fueran diferentes a otros años. Nadie lo sabía y el hombre, dueño de las tierras del olivo y de la manada de ovejas, menos. Pero de pronto, cuando menos él lo esperaba y cuando estaba echando sus cuentas, la realidad vino a mostrarle la verdad de las cosas. Así que estaba él sentado en aquel rodal de tierra toda llena de hierba y contemplaba satisfecho el olivo y las tierras por donde el arroyo y la senda iban, cuando vio a un grupo de hombres. Bajaban por la senda y venían derecho al olivo.

- ¿Adónde Irán?

Se preguntó el hombre. Y enseguida lo comprobó. Al llegar al olivo se pararon y uno de ellos que parecía el que mandaba en algo, empezó a dar órdenes.
- Lo primero que hay que hacer es varear las aceitunas, con mucho cuidado para no dañarlas. Luego hay que recogerlas. Después cortaremos el olivo y trocearemos su tronco y ramas. Toda esta tarea hay que llevarla a cabo esta misma mañana antes de que los dueños nos vean y empiecen a protestar y acudir a unos y a otros reclamando. Así que mano a la obra.
Y enseguida los otros tres o cuatro hombres comenzaron con la faena.

En cuanto el hombre, dueño del olivo, vio lo que allí pasaba, bajó corriendo y al llegar a ellos les dijo:
- ¿Con qué permiso cogéis las aceitunas de este árbol?
- Con todos los permisos que puedan existir.
- Es que yo soy el dueño y a mí nadie me ha dicho nada.
Al oír esto, el que parecía que mandaba, se adelantó y dijo:
- Es que usted ya debería saber que estas tierras han sido expropiadas. Dentro de poco van a cerrar el pantano y tanto este olivo como la senda, el arroyo y algunos de los cortijos, quedarán bajo las aguas para siempre. Este olivo ya no le pertenece como tampoco le pertenecen las tierras.

- Aunque eso sea así a mí nadie me han avisado de nada. No he recibido ni una peseta ni por mis tierras ni por mi cortijo.
- Usted tranquilo que ahora mismo vamos a medir nosotros sus parcelas para levantar planos tanto del cortijo como de la finca. Con la escritura de sus propiedades en la mano le extenderemos un expediente forzoso de expropiación y con toda legalidad le abonaremos hasta las tejas de su cortijo.
- ¿Pero y lo de este olivo y sus aceitunas?
- Como ya no le pertenece, nosotros tenemos todo el derecho de hacer lo que estamos haciendo. Y para que lo sepa, aunque no tenemos ninguna obligación de informarle, le vamos a decir qué es lo que vamos a hacer.

En este momento estamos procediendo a recoger las aceitunas. El jefe nos has pedido que se las llevemos porque

ya que les va a pagar, quiere él comérselas este año. También nos ha pedido que cortemos el olivo y que troceemos sus ramas y su tronco. Al parecer, quiere sortear, entre sus amigos, la leña de este olivo por eso de ser un árbol tan viejo y al mismo tiempo, maravilloso, como todo el mundo dice.
- Pero vosotros estáis cometiendo una gran injusticia.
- Es que usted debe saber, a estas alturas, que lo de este rincón y su olivo, va a dejar de existir para siempre. A partir de ahora todo cambia y como ello viene motivado por razones muy poderosas y desde arriba, es inútil que no reconozca esta nueva realidad.
- ¿Y lo de la exposición de mis niños?

- Ya se lo hemos dicho, señor: ustedes ya no pintan nada en esta sierra. A partir de hoy, los paseantes los vamos a traer nosotros para que vean no este olivo, si no otras muchas maravillas que existen en muchos rincones. La exposición la vamos a montar también nosotros y no como un juego de niños si no en un museo de luejo que construiremos. Cuando este pantano se llene y pase algún tiempo, las cosas cambiarán de tal manera que si luego vienen por aquí alguna vez, nosotros le aseguramos que le será por completo desconocida esta sierra. ¿Lo entiende?

A estas palabras y los hechos allí presentes, el hombre dueño del cortijo, no dijo nada más. Se dio media vuelta, subió por la senda y se fue a su cortijo. Le contó a su familia lo que estaba sucediendo y lo que iba a suceder y después se sentó frente al fuego de la chimenea.
- Así que fíjate, hasta las aceitunas de nuestro querido olivo, nos las quitan este año.
Le dijo a su mujer a punto de morirse de amargura.

Luego, cuando aquel día se puso el sol, ya no existía ni olivo ni senda ni tampoco ganas en los niños de seguir en el proyecto de la exposición que ellos querían hacer. De la noche a la mañana, todo cambió por allí y los moradores, poco a poco empezaron a preparar las cosas para abandonar el rincón. Cómo fue aquel proceso de desmantelamiento y muchas otras

cosas, es muy largo de contar. Daría para un gran libro y lo que nosotros hoy buscamos por aquí es sólo hablar un poco del lugar en detenernos en lo principal.

- Y lo principal era el olivo. ¿Te acuerdas?
Dice la niña rubia. El científico responde que sí, que se acuerda y que ya está casi todo dicho.
- Casi todo menos lo más importante.
- ¿Y qué es lo más importante?
Pregunta el científico.
- Pues que nos expliques ahora todo lo que sepas del árbol llamado olivo.
- Eso sí. La cosa no quedaría completa si faltara esa explicación tuya. Por ejemplo: ¿Cuántos nombres recibe el olivo?

El científico, primero les dice a los niños que sí, que se prepara y acepta lo que le piden pero que mientras va explicando él las cosas, mejor sería irse por la ladera, recorriendo el olivar que por ahí todavía crece. Y segundo les dice a los niños que el olivo tiene un montón de nombres.
- El nombre científico del olivo es Olea europea y la sinonimia en castellano es aceituno y el silvestre, acebuche.
- Y de lleno, en el asunto importante del olivo ¿cuando entramos?
Le pregunta la niña.
- Entramos ahora mismo pero os propongo un camino.
- ¿Qué camino?
- Pues que como vosotros sois cuatro y yo solo, os organicéis y cada uno me hacéis una pregunta. Ya veréis como de este modo vamos a aprender muchas cosas del olivo al tiempo que avanzamos con la máxima claridad. ¿Os parece?
- Vale pero yo soy la primera en preguntar.
Aclara la niña rubia enseguida.
- Tú la primero pero una pregunta cada uno. Si el tema da para más, pasamos a otra.
- Trato hecho. Que empiece la niña rubia.

Y la niña, por unos segundos, guarda silencio. Luego mira al científico y le dice:
- Ya lo tengo: imagínate que yo no he visto a un olivo en mi vida. ¿Cómo te las arreglarías para decirme qué es y cómo es el olivo?
- Preciosa pregunta y muy buena. Yo empezaría diciéndote que: el olivo es un árbol de no mucha altura pero de gran longevidad, de tronco corto y grueso, irregular, retorcido y como torturado cuando viejo. Las ramitas más jóvenes, de sección elíptica y color ceniciento, están recorridas por cuatro filetes en relieve que pasan dos a dos, por la base de las hojas. Estas se colocan enfrentadas y cruzadas; tiene la figura de un estrecho hierro de lanza, los bordes enteros y el ápice mucronado y están sostenidas por un corto rabillo. La haz de las hojas tiene color verdinegro salpicado de puntitos blanquecinos; el envés está totalmente cubierto de apretadas escamitas blancas que se desprende raspando la superficie foliar con una navajita o haciéndolas saltar con las uñas. Estas escamas dan al reverso de la hoja su característico aspecto argentino.

Las flores son pequeñitas, blancas y forman racimitos, la trama, en las axilas de las hojas. Tiene el cáliz menudito y la corola de una sola pieza, con el tubo muy corto y el limbo dividido en cuatro lóbulos. Los estambres sólo son dos, pegados al tubo de la corola y con las anteras salientes. El fruto de este árbol, la oliva o aceituna, llamado drupa en latín, ha dado nombre a los de su misma naturaleza, carnosos y con un hueso dentro, como son el melocotón, la cereza, la ciruela y tantos otros. No será necesario describir por menor la aceituna por ser conocida de todos. Pero sus dimensiones y su forma varían mucho, porque se conocen numerosas castas de olivos que cada cual da la suya: la mayor de todas es la gordal o de la reina, sevillana y la más pequeñas, la arbequina, de Arbeca, cerca de Lérida.

Flore en mayo sino antes pero “la trama de abril no arde en candil”, dice el refrán como para indicar que nada se gana con una floración precoz del olivo. Las olivas alcanzan su madurez

al empezar el otoño pero no suelen cogerse hasta fines de noviembre y diciembre, porque otro dicho popular nos enseña que “por Santa Catalina, todo su aceite tiene la oliva”, esto es, el treinta de noviembre. ¿Queda de este modo tu pregunta respondida?
Y La niña rubia responde que sí:
- Perfectamente. Así que ya me voy y doy paso al siguiente.

- El siguiente soy yo.
Aclara enseguida el primo pequeño.
- Pues segunda pregunta: adelante.
- Y yo, siguiendo el modelo escogido por esta pequeñaja, te digo lo mismo: imagínate que nunca he visto a un olivo. ¿Cómo te las arreglarías para decirme a mí dónde se cría el olivo?
- También es muy buena pregunta esta. Yo seguiría diciéndote a ti que, se cría silvestre, ora en ejemplares aislados, ora formando acebuchales, en las tierras bajas próximas al mar de las provincias de litoral mediterráneo y Atlántico de la Península, desde Cataluña hasta Algarbe, así como en las islas Baleares y Pitiusas. En los collados que están junto al Tajo y en muchos lugares apartados y rocosos de Lusitania.

Cultivado, el olivo forma extensos olivares en los secanos de Andalucía, mayormente en la provincia de Jaén desde donde remonta hasta los picos y montes más elevados de estas sierras. Los grandes fríos del mes de febrero del año 1956, causaron daños extraordinarios a los olivares del país. Algunos árboles sufrieron tanto que sólo retoñó el bordizo y otros murieron totalmente. Como estos fríos vienen sucediéndose desde muy antiguo, en contra de lo que suponen muchos, traducimos para su enseñanza lo que refiere Fournier a cerca de este punto: “el olivo puede vivir durante largos años, un millar de años y aun quizá un par de millares pero en Provenza no resiste los inviernos muy rigurosos”.

El olivo da fruto a los pocos años, en nuestra provincia vegeta en casi toda ella, pues algunas sierras como por ejemplo la que estamos pisando, lo consiente muy bien y todos los valles y sitios templados lo mantienen lozano. Y con esto

pongo punto y final a la segunda respuesta y ya estoy esperando la siguiente pregunta. ¿A quién le toca?
- Ahora me toca a mí.
Responde enseguida el hermano de la niña rubia.
- Pues venga ¿qué quieres saber?
- Del olivo yo quiero saber algo que en una ocasión me contaron y que desde siempre dudo si es o no verdad. Lo de si son o no buenas para la salud las hojas del olivo.

- Eso de las hojas del olivo para fines medicinales, tenía razón el que te lo dijo. Pueden recolectarse en cualquier época del año pero donde haya acebuches deben preferirse sus hojas a las del olivo por ser más ricas en principios activos. Donde no los hubiere se recomienda emplear las de los hijatos, porque dicen que tienen más fuerza de sanar. En cuanto al fruto, las acebuchinas no sirven sino para las aves que las comen.

Las hojas se conservan sin más preocupaciones que, una vez secas, guardarlas a cubierto del polvo y en lugar seco, al abrigo de la humedad. Las aceitunas ya hechas pero no del todo, sazonadas llamadas de verdeo, se adoban para tomarlas como aperitivo o entremeses. Otras aceitunas, las negras y arrugaditas, que se cogen en invierno, pasadas o modorradas, no necesitan endulzarse, porque de sí mismas han perdido todo su amargor. Se comen así mismo a modo de entremés o en ensaladillas diversas, a menudo con cebolla cruda, aceite y vinagre. Estas aceitunas pasan por las más nutritivas.

En cantidad muy superior las aceitunas se destinan a la extracción del aceite contenido en su pulpa. Por presión moderada fluye de ellas la flor del aceite llamado aceite fino o virgen, que es el destinado a usos medicinales. El aceite común u ordinario se saca después, aprovechando las aceitunas de la primera prensadura. Antiguamente se hacía un celebre jamón en Castilla, de mucho renombre en América por estar fabricado con aceite de olivas sin mezclas extrañas. Hoy ha desaparecido casi por completo del comercio.

Según investigaciones de Bourquelot en 1908, las hojas del olivo contienen el glucósido oleuropeina, en la proporción de 0,75%. Se cree que no se trata de una especie pura química sino de una mezcla de varios principios amargos amorfos. Estas hojas contienen dextrosa hidrocarburos de más de treinta átomos de carbono, los alcoholes oleasterol y oleanol, resina, etc. Los frutos contienen en su parte carnosa importantes cantidades de aceite, en proporción que varia según la casta del olivo y el grado de madurez de aquellos. El aceite de oliva está constituido por los ésteres glicéricos neutros de los ácidos oleico.

El aceite de oliva tarde mucho en enranciarse y por esta razón es muy útil en farmacias para preparar los numerosos ungüentos. Cuando en inviernos las temperaturas descienden a ocho grados, el aceite comienza a enturbiarse y se forma en él a modo de nubes, por precipitar en su seno la margarina. A temperaturas más bajas puede cuajarse todo el aceite en una masa ungüentácea. Calentándolo ligeramente cobra su fluidez y sus transparencias normales. Y con esto doy por concluida la tercera pregunta. ¿A quién le corresponde ahora?
Es el primo mayor el que alza la mano diciendo que le toca a él.
- Pues pregunta.
- Es una continuación de lo que acabas de decir. ¿Qué virtudes y qué es lo que curan las hojas del olivo?
- Pues, las hojas, a parte otras propiedades que se les atribuyeron, se consideran ligeramente febrífugas; y en estos últimos años apropiadas para lo que se acostumbra llamar usualmente rebajar la sangre, esto es, disminuir su tensión. Las aceitunas son aperitivas y tónicas estomacales, sobre todo cuando están impregnadas de las esencias labiadas que se utilizan para aderezarlas. Para minorar la tensión sanguínea y provocar la orina, se toman un par de docenas de hojas y se hierven durante un cuarto de hora en un cuarto de litro de agua.

Se toma este cocimiento en ayunas y por la noche, antes de acostarse, otro tanto, todavía caliente y endulzado a gusto de cada uno. Se hace uso de este remedio durante dos semanas

y se descansa otra, para volver a empezar. Esta cura se prolonga todo el tiempo necesario. El Dr. Oliviera Feijao, en la pagina 140 de su Medicina pelas plantas, también recomienda emplear el cocimiento de estas mismas hojas para combatir la presión arterial excesiva, solo que más concentrado: 30 gr. de hojas en 1 litro de agua que se hervir hasta reducir el agua a 0,1 litro. Dicho doctor recomienda tomar desde 200 gr. hasta 0,1 litro de este cocimiento por día. Con él se combate la gota, el reumatismo y sobre todo, la hipertensión arterial.

“Los efectos de la aceituna preparadas, dice Quer, por lo general son mover el apatito y fortificar el estómago, deshace y disuelve las viscosidades asidas en sus paredes haciendo evacuar por el intestino y consumen la humedad superflua; en fin, no producen daño sino comidas en exceso. Usan mucho las aceitunas escabechadas para sazonar los asados, especialmente el carnero. Y se comen también en forma de ensalada.

Del aceite se hace uso principalmente como alimento, sobre todo en nuestro país y en otros muchos países mediterráneos, que guisan con él y con él aliñan las ensaladas, las verduras y el pan tostado. Una tostada de pan sin requemar, untada con un buen aceite y un poquito de sal, sabe a gloria. Es de fácil digestión y está al alcance de todas las posibilidades económicas. Y cuando después de dietas más severas el médico permite al paciente tomar una de aquellas tostaditas, el estómago lo agradece y demuestra al punto su aprobación.

La farmacia aprovecha el aceite para disolver en él principios activos de la más diversa condición. Mezclado con otras grasas, cera, colofonia, etc., sirve para preparar numerosos ungüentos. Un linimento muy apropiado para sanar quemaduras se hace con aceite de oliva y agua de cal. Para otras heridas y llagas, se agitan así mismo en una botella, a partes iguales, aceite y vino tinto. Dícese que esta mezcla es un cicatrizante maravilloso.

Tomado en ayunas, en cantidad de 1 ó 2 cucharadas soperas, el aceite obra como laxante suave. Si no bastare a producir el efecto deseado, puede doblarse o triplicarse aquella dosis. A menudo, tomado así, facilita la expulsión de los gusanos intestinales. Como contra veneno, no siendo fósforo el tóxico, se da a beber un buen vaso de aceite mezclado con otro tanto de agua tibia y bien batidos ambos en una botella. Así se provoca el vómito y se atenúa el daño del veneno. Si el vómito no viniere a la primera toma, insistase en otra en espera del médico y de sus órdenes. Después del vómito y para asegurarse la acción del aceite, puede propinarse otra toma de éste sin agua.

Como emoliente se emplea en forma de lavativa. La lavativa emoliente es muy antigua, pues ya la traían las farmacopeas matritenses del siglo XVIII".
- En fin, parece que con este apartado ya tenemos bastante agotado todo lo que se puede decir del olivo. ¿O no es así?
En estos momentos soy yo el que entra en acción diciendo:
- Todos han preguntado menos un servidor.
- Pues dime a ver qué quieres saber.
- Quizá una tontería pero como le estamos dando un buen repaso a este árbol, antes de terminar a mí me gustaría algo relacionado con su historia.
- Es verdad. Eso se nos ha quedado en el tintero y ciertamente que es interesante.

Dioscórides escribe del acebuche y el olivo y dice que las hojas del acebuche aprietan, limpias las llagas sucias y mascadas, las hojas también encoran las llagas de la boca, lo mismo que su zumo y su cocimiento. La espuma que fluye de los extremos de las ramas del olivo cuando se calientan a la lumbre, cura la sarna y los empeines. Y Laguna dice que: "Hácense también los olivos estériles en siendo pacidos de cabras. Y eso, según yo pienso, por el grande enojo que toman de verse roídos por un animal tan sucio, máxime ellos que compitieron siempre con el laurel y fueron consagrados a la diosa Minerva. Por eso, quien quiere aceite, no tenga cabras".

A Laguna le salió muy redonda la frase de Minerva pero la Inquisición se la borró.

Y con esto yo creo que podemos dar por terminado, al menos por hoy, el tema del olivo. ¿No creéis?
Pregunta el científico. Los niños y yo con ellos, estamos de acuerdo en que así debe ser. También estamos de acuerdo en que como todavía nos queda mucho día por delante, podemos dedicarnos a otras muchas cosas por el rincón.

Esto fue lo que pensamos pero luego, en cuanto nos pusimos a recorrer la ladera por donde se desmoronan las últimas paredes de los cortijos de Padilla, el día se nos fue llenando poco a poco. Al llegar a la corriente del arroyo nos paramos. Nos sentamos por entre aquellas rocas salpicadas de agua y llenas de musgo y mientras emocionados íbamos contemplando las azules olas del pantano.
- Esta tarde podemos seguir hasta las ruinas de las que fueron casas de Solana de Padilla.
Nos decía el científico.
- ¿Y qué hay de interesante por allí?
- Entre otras cosas, las ruinas de estas casas y el viejo laurel. Como antes dijimos algo del laurel asociados a los olivos, no estaría de más que nos acercáramos aunque sólo sea para verlo.
- A mí me gusta, porque, además, ello nos sirve para completar la información sobre el lugar que pisamos.
Responde el primo mayor.

Pero nosotros aquel día no subimos a las ruinas de la vieja aldea de Solana de Padilla. Nos entretuvimos por allí con otras muchas pequeñas cosas interesantes y cuando acordamos el día se nos había ido. Decidimos volver en otra ocasión y como tampoco pudo ser, hoy ya sí se hace real aquel deseo.

Y EL FINAL - 93

Cuando terminas de contar lo de aquel día con el científico por el rincón de los cortijos de Padilla, es justo en el momento en que cruzáis este barranco. El gran barranco del Cerezuelo como el científico os decía, está cuajado de nombres y magníficos lugares atravesados de arroyos, coronado por las rocas, tapizados de bosques, surcado de caminos, sembrado de huertas que fueron y salpicado de cortijos que ya no existen.

Atrás han quedado los edificios de Los Casares, la Caseta del Acebuche, Las Morras, la Loma de Los Casares y la carretera asfaltada. En estos momentos también el día va terminándose y como ya vuestra presencia por aquí es el regreso hacia el punto y final, cruzáis el rincón un poco aprisa.

- De este lugar, no tengo mucho más que añadir a lo que el científico dijo.

Te aclara.

- Pero tú naciste ahí ¿Verdad?

- Exactamente en los cortijos de Padilla. Y hasta que me hice viejo, mi vida a transcurrido por las dehesas de San Román, los caminos que llevaban a Pontones, en Fuente Segura donde todavía tengo una casa, por las laderas estas de Las Lagunillas, la Cabañuela y el Aguadero y Bujaraiza.

Y vuelvo a decirte lo de antes: hasta la construcción del pantano, este rincón, todas las ruinas que rodean los lugares que te he nombrado, fue un verdadero paraíso repleto de vida y de actividad humana.

- En fin; las cosas pasan lo mismo que pasa el día y llega la tarde. Hoy nos hacemos viejos y atrás nos quedan los sueños que soñamos de niños. Los recuerdos se amontonan y para los que llegan después, como no tienen vivencias en el pasado, todo es nuevo.

- Así parece y claro, como nosotros nos vamos, aquello que vivimos de niños, es lo que siempre mantenemos vivo. Como por este barranco me críe yo, ahora que soy viejo, cada vez que vengo por el lugar, el alma se me llena de nostalgia. ¡Si tú supieras lo que siento! Uno está aquí y parece que por aquí uno se va a quedar para siempre.

Atravesáis el puente del Cerezuelo y siguiendo la carretera, trazáis la curva.
- ¡Mira, ves, ahí está!
Te indica.
- ¿Qué es lo que está?
Preguntas tú.
- Aquí mismo, al lado de abajo de la carretera es donde pusieron los caballos.
- Caballos ¿para qué?
- Fue cuando aquella primera fiebre del Parque Natural. Un grupo de Villanueva montaron aquí lo que ellos llamaban "Zona recreativa el Cerezuelo". Trajeron caballos, abrieron un chiringuito junto a las fuentes y las mesas de piedra que unos años antes Icona puso por el rincón y luego repartieron folletos donde se decía que: "¡Apuesta por la naturaleza, la aventura y la marcha! En verano, Semana Santa, Navidad, puentes o cualquier época del año puedes conocer el Parque Natural, a caballo, a pie o en vehículo todoterreno".

- Aquello, como dice el refrán: "Mucho ruido y pocas nueces". Sólo unos meses de aquel verano estuvieron aquí los caballos encerrados. Pocos vinieron a montarse en ellos y pocos fueron los que vinieron a celebrar alguna fiesta. Así que tuvieron que cerrar y aquí lo tienes todo sin vida. Bueno, con mucha vida porque el agua sigue corriendo limpia y los bosques no han perdido su belleza. Pero aquello, fue la fiebre de los primeros días del Parque Natural y un poco el gancho de la naturaleza.
- Aquí fracasó, por lo que estoy viendo pero en otros lugares, prendió con fuerza para mal de este Parque, de muchas personas y sobre todo del hermoso gran valle del Guadalquivir.

Seguís bajando y ya os encontráis en el collado del Castellón.
- A la izquierda queda Hoya Secreta y a la derecha, el Castellón, Era Alta, hoy también mirador para los paseantes.
- ¿Quieres asomarte para ver el pantano?
Te pregunta. Y como ya lo tienes visto de aquel día con el científico y otros días que por aquí has venido, le dices que no.
- Se nos acaba el día y en la Solana de Padilla nos espera. Echamos el último vistazo al rincón y luego nos vamos.

El rincón se encuentra sólo unos metros más abajo dirección al muro del pantano. Junto a la carretera, a la derecha, muchas zarzas, una fuente obra de Icona con un caño de hierro que no echa agua y ahí mismo los olivos.
- Fuente de la Solana es como siempre le llamamos a este pilar con su chorro. Y ya lo estás viendo, a la izquierda, solana arriba los olivos suben y se mezclan con los pinos. A la derecha, solana abajo, descienden y se pierden en las aguas del pantano. Aun están verdes a pesar de que sus dueños, los que vivían en la aldea, ya hace mucho tiempo que los dejaron abandonados. La senda de aparta de la carretera de aquí mismo, pegado a la fuente. Sube por la ladera atravesando los olivos y llega a las ruinas de lo que en otro tiempo fue la cortijada-aldea de Solana de Padilla.

Y ahí mismo, en las piedras de las paredes caídas de las primeras casas, sentado, el padre os espera.
- Ya creía que no llegabais.
Os dice al saludarlo.
- Pues llegamos aunque por pocas nos quedamos por ahí para siempre.
Le dices.
- ¿Qué te ha parecido?
- Tan inmenso todo, tan repleto, tan profundo, ancho y largo, que no hay palabras para contar.
- Pues aquí ahora "La Solana de Padilla". Ya puedes ver: pura ruina todo.

Abres tus ojos y sin gran esfuerzo, la desolación se amontona ante ti.
- ¿Y esta noguera?
- La sembraron los serranos cuando por primera vez construyeron aquí y aún sigue viva.
- Si lo digo porque es un ejemplar de asombro. Estoy contando y ya voy por el séptimo pie.
- Pues ten en cuenta que hubo otra más grande. La cortaron y estos siete troncos brotaron de aquel.

El lugar donde se desmoronan las piedras de las casas que formaron aquella humilde aldea, es el pequeño rellano en la mitad de la ladera. Como una repisa con un bloque de rocas en el centro. Y a este lugar desde luego las aguas del pantano no llegaron. Pero como las tierras que ellos cultivaban se encontraban por las llanuras del valle, en la vega que ahora cubre el pantano y en la ladera que desde lo hondo sube, al quedarse sin tierras, ya no tenía ni vida ni sentido la aldea.
- ¿Quién iba a vivir aquí y de qué?
Te dice.

- Por ejemplo ¿tú por qué te fuiste?
- Trabajé seis años en la construcción de la presa, siete con Mejamol y cuarenta y tres con Sevillana; o sea, que cuando tenía siete años todavía vivía aquí y fue entonces cuando empecé a trabajar ganando un sueldo. Voy a cumplir sesenta y nueve pasado mañana. Así que ya puedes echar cuentas. ¿Que por qué me fui? Al quedarnos sin tierras para cultivar en este rincón, busqué el trabajo que ya te he dicho. Nos derribaron estas casas y a mí en concreto, me dieron vivienda en el Tranco y como tenía trabajo y sueldo, pues me fui. Otros tuvieron menos suerte y se esturrearon por Andalucía.
- Pero tengo entendido que en un principio, a casi todos os dieron trabajo en el pantano.
- Nos dieron trabajo e íbamos andando desde aquí. Cuatro kilómetros entre ida y vuelta todos los días pero cuando cerraron la presa y el agua subió, ya no hubo otra salida que irse.

Junto a la noguera de siete pies crece el laurel. Resto, verde y se alza hermoso por entre los pinos casi quince metros hacia el azul del cielo. Las zarzas se amontonan brotando por entre las paredes y lo que fueron las puertas de las casas.
- Dime quién vivió en esta primera.
- Aquí vivía uno que se llamaba Adolfo Espinosa que ya murió y estudió para médico pero se gastó los dineros y luego no sacó nada. Lo mandó el padre porque tenía mucho dinero... era listo e inteligente pero... Aquí vivía otra familia que se llamaba Pascuala. La Pascuala a fuerza de dolor se quedó ciega. Juan

Francisco vivió aquí más pa' rriba y que ahora está en Guadalimar. Un poco más arriba tenía sus casas otras familias. En esta otra casa vivía una hermana de mi mujer y entre estas ruinas había otro horno. Nosotros vivíamos allí, en esa casa que es la última por el lado de arriba. Entre los árboles que todavía creen en el lugar, teníamos la casa y aquí mis suegros. Por este lado había otra vivienda.

- ¿Cuántos erais en total?
- Pues estábamos, uno, dos, tres, cuatro, seis... nueve familias y ten en cuenta que cada familia tenía cinco o seis miembros.
- Total, entre treinta o cuarenta personas vivíais en Solana de Padilla.
- ¡Claro!

Tanto en la que fue casa de él como en las de las otras familias ahora sólo ves muchas piedras amontonadas, zarzas, lentiscos y pinos. La destrucción fue total y el tiempo, poco a poco, se ha encargado de lo demás.
- Y de por aquí, yo recuerdo que en mi casa había muchas monedas de plata, de duros de plata. Cuando la guerra cogimos y los metimos en una espuerta. Como temíamos que un día vinieran y nos lo quitaran, pues hicimos un agujero y lo enterramos. Las enterramos junto a una roca ahí arriba. Después que pasó el tiempo, hemos venido muchas veces a buscarlas y no hemos dado con ellas. Se ve que como ha pasado tanto tiempo ya no recuerdo el sitio exacto y como por aquí en el terreno ha nacido tanto monte, pues ya no las hemos encontrado.

- Así es como también esta aldea tiene su tesoro escondido.
- Hicieron una pista que pasa por ahí para repoblar y por eso alguna vez yo he pensado que a lo mejor las máquinas removieron la tierra y por ahí se han quedado perdidos todos esos duros de plata.
- Pues a mí también me han dicho que por el cortijo de Los Parras, alguien hablaba continuamente de tesoros. Por lo visto los tesoros en estas sierras son abundantes.

- Por lo demás, aquí la vida transcurría tranquila. Unos cuidando las tierras de sus huertas, los animales, echando algunos jornales en la repoblación de los pinos y por la noche, nos juntábamos los vecinos, comprábamos una arroba de vino y cuando no había que enforfollar panizo a la luz de las teas, organizábamos una fiesta. Del Tranco subían algunos con guitarras y laudes y poníamos los candiles de aceite en las puertas de las casas y ahí formábamos la fiesta. Eramos felices a pesar de todo y, además, nadie pasaba hambre. Todo el mundo hacía su matanza, molía su trigo, recogía su cosecha de pimientos y garbanzos, sacaba su aceite y con cuatro cosillas más estábamos hartos de comer siempre y, además, en lo tuyo. Pero hoy...

Ya se pone el sol. Por lo alto de las cumbres que coronan las otras aldeas de Las Lagunillas, la Cabañuela y el Aguadero, ya se pone el sol. Las aguas azuladas y verdosas del pantano duermen serenas ajenas a cuanto fue y es ahora por estos alrededores. Desde aquellos tiempos todo guarda silencio a pesar de estos nuevos tiempos y tantos paseantes surcando la carretera. Los caminos, los cortijos y los rincones, además del silencio, duermen olvidados, muertos bajo las aguas y otros por las laderas y collados. “En mi sierra apenas hay vida. Todo está muerto. Sumido en un sueño apagado entre nubes y tarde oscuras atravesadas de lluvia. No hay juventud. Todos se han marchado a la ciudad. Mucho a Barcelona, algunos al extranjero. No es por vocación auténtica sino con la esperanza de ser algo y tener pan cada día.

¡Qué hermosa es mi sierra y qué triste y solitaria la veo a pesar de la mucha gente que ahora vive por aquí! ¿Y qué puedo hacer yo? Las sendas se van borrando por el monte que crece. La llanura es la misma. Verde, hermosa como en aquellos tardes. Los árboles son más grandes. Alrededor de sus troncos crece la hierba. Se ve que no los han podado desde hace mucho tiempo. El arroyo sigue corriendo. También las zarzas son más espesas a su alrededor. El charco azul de las encinas grandes ya no está. La corriente y las aguas del pantano lo han cegado. Sin embargo, el pueblo de la roca, el

misterioso pueblo de piedra, permanece en su lugar. No ha muerto en mi ni la pradera ni la misteriosa criatura que por ella corrió ni las horas compartidas ni los padres aunque ya no estén”.

Cae la tarde. Dentro de un vais a regresar cada uno a vuestra casa. El sigue viviendo en la aldea del pantano del Tranco. Juan Paco se refugió en el pueblo de Villanueva y tú, tienes tu morada en Ubeda. A pesar de todo, dentro de un rato, olvidaras este extraño sueño que por un día habéis resucitado al recorrer y tocar las sendas de aquellos tiempos. Esta noche y mañana, todo seguirá durmiendo, respirando, latiendo como ayer y como ante de ayer.

Yo, desde este mirador de la espera, a la entrada del pueblo de la roca, sigo soñando. Me acuerdo de ella, de él. ¿Dónde estarán ahora? ¿Cuánto habrá crecido? ¿Qué habrán sido y cuánto todavía la vida les tienes reservado? Sigo soñando en hacer algo para perpetuar el recuerdo de cuanto he conocido. Me gustaría levantar una estatua en mi corazón, en las calles de este pueblo, escribir un libro que sea hermoso para dejar mi vida y su vida entre sus páginas. Los quiero a todos.